

novela

John Boyne

Motín
en la
Bounty



ee

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Instalado en los últimos compases de su vida, el capitán Turnstile rememora los extraordinarios acontecimientos que dieron inicio a su larga y fructífera carrera de marino. A sus catorce años, de padres desconocidos, John Jacob Turnstile es un chico alegre y vivaz que se gana el sustento de forma no muy honrosa por las calles y mercados de Portsmouth. Justo cuando está a punto de dar con sus huesos en la cárcel, surge una última tabla de salvación: embarcar como ayuda de cámara del capitán en un navío destinado a una importantísima y exótica misión. El capitán es William Bligh, la nave es la fragata HMS Bounty y el destino, Tahití. Así pues, a lo largo de este apasionante relato, el grumete Turnstile no sólo nos ofrece una versión muy distinta del capitán Bligh y del insubordinado Fletcher Christian, sino también nos dibuja con encomiable realismo un variopinto retablo de personajes que entretejen un denso entramado de relaciones personales.

Tras el fabuloso éxito de su novela anterior, *El niño con el pijama de rayas*, John Boyne vuelve a mostrar su particular don narrativo con otra novela diferente, en la que el motín más famoso de la historia es el vehículo idóneo para sumergir al lector en un complejo microcosmos donde el juego de la ambición, el poder, las jerarquías, la lealtad y el valor reflejan con inusitada precisión toda la miseria y la grandeza de la condición humana.

John Boyne

Motín en la Bounty

Título original: *Mutiny on the Bounty*

John Boyne, 2008

Traducción: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte

Ilustraciones: Neil Gower

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

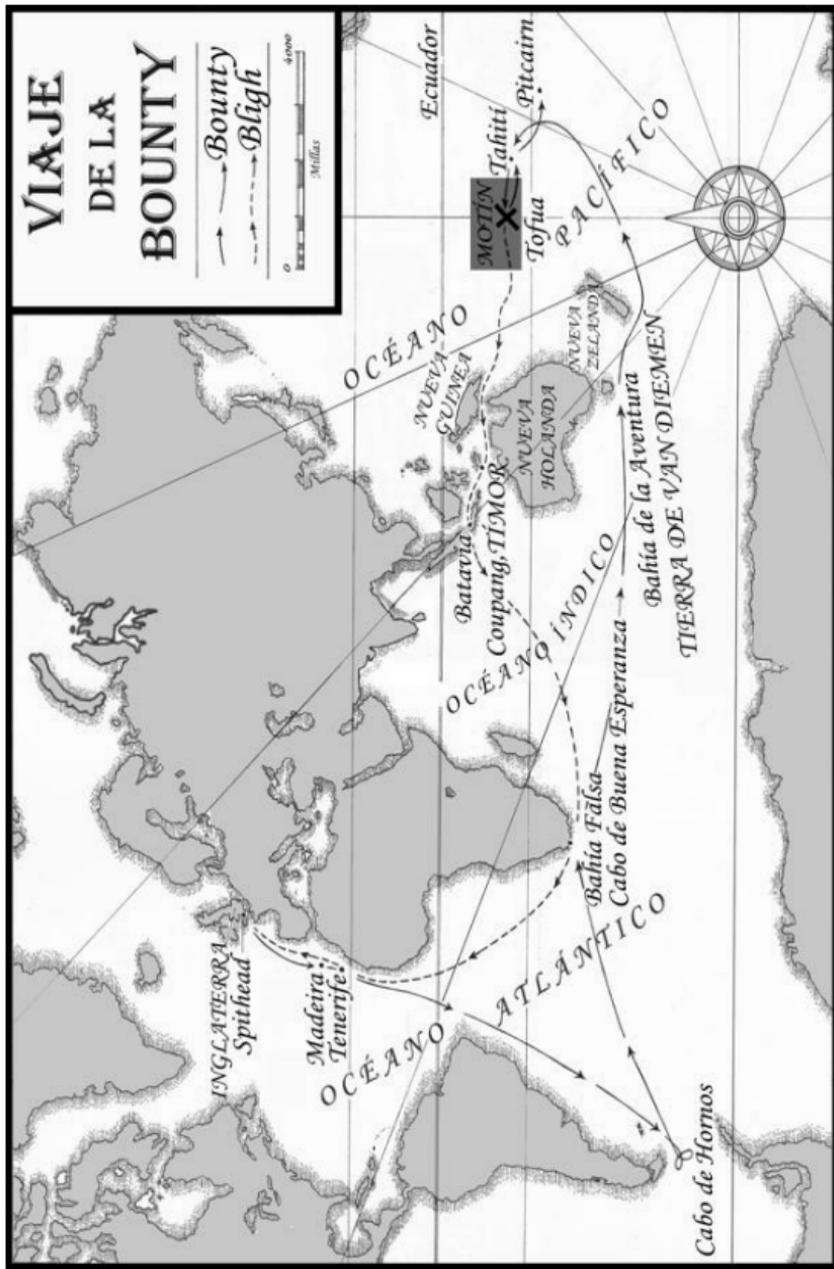
Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste



Mapas

VIAJE DE LA BOUNTY

— Bounty
- - Bligh



Primera parte

El ofrecimiento



Portsmouth, 23 de diciembre de 1787

Había una vez un caballero, un tipo alto con cierto aire de superioridad, que acudía a la plaza del mercado de Portsmouth el primer domingo de cada mes con el propósito de reabastecer su biblioteca.

Me fijé en él por el carruaje en que viajaba. El vehículo era del negro más profundo que haya visto en mi vida, pero tenía el tejadillo moteado con una hilera de estrellas plateadas, como si al propietario le interesara un mundo más allá del nuestro. El hombre solía pasar buena parte de la mañana hurgando entre los puestos de libros que instalaban ante las tiendas, o acariciando los lomos de los volúmenes que había en las estanterías de dentro, sacando unos para echar un vistazo a las palabras que contenían, pasándose otros de una mano a otra mientras examinaba la encuadernación. A veces parecía olisquear la tinta de las páginas, tanto se acercaba a algunos. En ocasiones se marchaba con cajas de libros que era preciso asegurar en el techo de su carruaje con una gruesa cuerda. Otras veces tenía suerte si encontraba un solo ejemplar que fuera de su interés. Pero mientras él buscaba una forma de aligerar su cartera mediante las compras, yo perseguía un modo de aligerarle los bolsillos, pues tal era mi oficio por aquel entonces. O uno de ellos, al menos. De vez en cuando conseguía birlarle algunos pañuelos, y una chica que conocía, Floss Mackey, les quitaba el monograma bordado, MZ, por un cuarto de penique, de modo que yo podía venderlos a una lavandera por un penique, y ella a su vez encontraba un comprador para cada uno y se sacaba un buen beneficio que le permitía seguir abasteciéndose de ginebra y pepinillos. En una ocasión, el hombre dejó su sombrero sobre un carro en el exterior de una mercería y me lo llevé para canjearlo por una bolsa de canicas y una pluma de cuervo. Ocasionalmente trataba de hacerme con su cartera, pero él la mantenía a buen recaudo, como hacen los caballeros. Por eso, cuando la veía aparecer para pagar al librero, siempre pensaba que era de esos hombres a los que les gusta llevar el dinero encima, y finalmente decidí que algún día me haría con él.

Lo menciono ahora, justo al principio de este relato, con vistas a narrar lo que ocurrió una de esas mañanas de mercado dominical en que hacía una temperatura inusualmente cálida para la semana de Navidad y las calles estaban más silenciosas que de costumbre. Fue una decepción para mí que no hubiese más caballeros y damas haciendo sus compras en ese momento, pues tenía intención de concederme un almuerzo especial al cabo de dos días para celebrar el nacimiento de Nuestro Salvador y andaba necesitado de algunas monedas para pagarlo. Pero ahí estaba él, mi caballero particular, ataviado con sus mejores galas y envuelto en un tufo a colonia, y ahí estaba yo, rondando en segundo plano, a la espera del momento idóneo para mi siguiente paso. Normalmente habría hecho falta una estampida de elefantes para distraerlo de sus lecturas,

pero esa mañana de diciembre sintió la inclinación de mirar hacia donde yo me hallaba. Por un instante pensé que venía por mí y que estaba perdido, pese a no haber cometido aún el delito.

—Buenos días, muchacho —me dijo, quitándose los anteojos para mirarme, sonriendo un poco y haciéndose el estirado—. Una bonita mañana, ¿no es así?

—Para quien le guste que haga sol en Navidad, que no es mi caso —repliqué, campechano.

El caballero reflexionó unos instantes y aguzó la mirada, ladeando un poco la cabeza en tanto me examinaba de arriba abajo.

—Bueno, es una respuesta como cualquier otra —dijo, aunque no parecía muy seguro de aprobarla—. Supongo que preferirías que nevara, ¿no? A los niños les gusta.

—A los niños, quizá —repliqué, irguiéndome en toda mi estatura; no llegaba ni por asomo a ser tan alto como él, pero sí más que algunos—. A los hombres, no.

Esbozó una leve sonrisa y me examinó con mayor atención.

—Discúlpame —dijo, y en su voz me pareció captar algún acento. Francés, quizá, aunque lo disimulaba bien, como es debido—. No pretendía ofenderte. Salta a la vista que tienes una edad venerable.

—No se preocupe —respondí, ofreciéndole una pequeña reverencia. Había cumplido los catorce dos días antes, la noche del solsticio, momento en que decidí que no volvería a dejarme avasallar por nadie.

—No es la primera vez que te veo por aquí, ¿no es así? —me preguntó, y pensé en alejarme sin responderle, pues no tenía tiempo ni ganas de mantener una conversación, pero por el momento decidí quedarme. Sí, como pensaba, era un franchute, ése era mi sitio, no el suyo. Me refiero a que yo era inglés.

—Es posible —contesté—. No vivo muy lejos.

—¿Y puedo preguntarte si he descubierto quizá a un colega conocedor de las artes?

Fruncí el entrecejo mientras pensaba, royendo sus palabras como la carne de un hueso y empujando la lengua contra la comisura de los labios hasta hacerla sobresalir; cuando pongo esa cara, Jenny Dunston me llama tarado y dice que soy candidato al matadero. Una cosa sí tienen los caballeros: nunca utilizan cinco palabras donde pueden meter cincuenta.

—¿Debo deducir entonces que lo que te trae por aquí es tu amor por la literatura? —quiso saber, y yo me dije que al infierno con todo aquello; de hecho, estaba ya a punto de largarle un insulto y dedicarme a la búsqueda de otro pardillo, cuando el hombre soltó una carcajada como si yo fuese alguna clase de simplón, al tiempo que blandía hacia mí el volumen que sostenía—. ¿Te gustan los libros? —preguntó al fin, yendo al grano—. ¿Disfrutas con la lectura?

—Pues sí —admití—. Aunque no suelo tener libros que leer.

—Claro, y a me lo imagino —contestó en voz baja, echándole un vistazo a mí

ropa, y supongo que por mi variopinto atuendo dedujo que en ese preciso instante la suerte no me favorecía con abundancia de fondos—. Sin embargo, un joven como tú siempre debería poder acceder a los libros. Enriquecen la mente, ¿sabes? Plantean preguntas sobre el universo y nos ayudan a comprender un poco más nuestro lugar en él.

Asentí y desvié la mirada. No tenía por costumbre entablar conversaciones con caballeros, y no pensaba empezar a hacerlo una mañana como aquélla.

—Sólo lo pregunto... —continuó como si fuera el arzobispo de Canterbury y se dispusiera a pronunciar un sermón ante un público de una sola persona, sin dejarse disuadir por la escasez de asistentes—. Sólo lo pregunto porque estoy seguro de haberte visto antes por aquí. En la plaza del mercado, me refiero. Y en los puestos de libros en particular. Y resulta que tengo en gran estima a los jóvenes lectores. No consigo que mi sobrino abra un libro más allá del frontispicio.

Cierto que solía ocuparme de mis actividades en los puestos de libros, pero sólo porque eran buenos sitios para desplumar pardillos, pues ¿quién puede permitirse comprar libros, excepto los que tienen dinero? Pero su pregunta, aunque no fuera una acusación, me dio mala espina, y decidí seguirle la corriente para ver cómo podía burlarme un poco de él.

—Bueno, la verdad es que no hay nada que me guste más que un buen libro —declaré entonces, frotándome las manos como si fuera el mismísimo hijo del duque de Devonshire, todo acicalado con su mejor atuendo de domingo, las orejas limpias y los dientes impecables—. Oh, sí, ya lo creo. De hecho, me he propuesto visitar China algún día, si puedo permitirme abandonar durante tanto tiempo mis obligaciones.

—¿China? —preguntó el caballero, mirándome como si tuviese veinte cabezas—. Discúlpame, ¿has dicho China?

—Desde luego —respondí, inclinándome levemente ante él e imaginando por un instante que si me creía culto acaso me convertiría en su protegido y me vestiría de gala; un cambio en mis circunstancias, sin duda, que quizá no resultaría desagradable.

Él continuó mirándome con fijeza y temí haber metido la pata de alguna forma, pues parecía totalmente confundido por mis palabras. A decir verdad, el señor Lewis —quien se ocupó de mí durante mi infancia y en cuyo establecimiento vengo alojándome desde que tengo memoria— sólo me había dado dos libros que leer en toda mi vida, y los relatos de ambos transcurrían en esa tierra distante. El primero trataba de un hombre que navegaba hasta allí en una vieja chalana destartada, sólo para que el mismísimo emperador le encargara multitud de tareas antes de permitirle casarse con su hija. El segundo era un relato descarado que llevaba ilustraciones y que el señor Lewis me enseñaba de vez en cuando para luego preguntarme si me excitaba.

—En realidad, señor —añadí, acercándome más para echar un vistazo a sus bolsillos por si veía un par de pañuelos descarriados asomar de su guarida, en busca de la liberación y de un nuevo dueño—. Si me permite la audacia, me gustaría convertirme en un escritor de libros, cuando tenga la edad suficiente.

—¡Un escritor! —exclamó él riendo, y me detuve en seco con la cara como el granito. Así es como se comportan todos los caballeros. Pueden parecer amistosos cuando hablan contigo, pero intenta expresar el deseo de llegar a ser algo mejor, quizá algún día incluso un caballero, y te tomarán por estúpido—. Discúlpame —dijo entonces, observando mi expresión de desaprobación—. No pretendía burlarme, te lo aseguro. De hecho, celebro tu ambición. Ha supuesto una sorpresa, eso es todo. Un escritor —repetió al ver que yo seguía en silencio, sin aceptar ni rechazar su disculpa—. Bueno, pues te deseo buena suerte, señor...

—Turnstile, señor —apunté, y volví a inclinarme por pura costumbre; costumbre que, por cierto, trataba de abandonar, pues a mi espalda no te convenía aquel ejercicio, de igual manera que a los caballeros no les convenía la adulación—. John Jacob Turnstile.

—Entonces te deseo buena suerte en tu empresa, John Jacob Turnstile —dijo en lo que pretendía ser, supongo, un tono agradable—. Pues las artes son una actividad admirable para cualquier joven dispuesto a mejorar. De hecho, dedico mi vida a estudiarlas y apoyarlas. No me importa admitir que he sido un bibliófilo desde la cuna y que eso ha enriquecido mi vida y proporcionado a mis veladas la más soberbia compañía. El mundo necesita buenos narradores y quizá tú serás uno de ellos si perseveras en tu propósito. ¿Conoces bien las letras? —añadió ladeando la cabeza, casi como un maestro de escuela que esperase una respuesta.

—A, B, C —declamé con toda la elegancia que pude—, seguidas por sus compatriotas de la D a la Z.

—¿Y escribes con buena letra?

—Quien cuida de mí dice que mi escritura le recuerda la de su propia madre, y era un ama de cría, nada menos.

—Entonces sugiero que te hagas con todo el papel y la tinta que puedas permitirte, jovencito —me aconsejó—. Y que pongas manos a la obra de inmediato, pues es un arte lento que requiere grandes dosis de concentración y revisión. Supongo que confías en hacer fortuna con ello, ¿no?

—En efecto, señor —aseguré, y ¡qué extraña cosa me ocurrió entonces!: resulta que ya no me estaba burlando de él, sino que realmente se me antojaba algo estupendo. De hecho, había disfrutado con las historias sobre China y era verdad que me pasaba la mayor parte del tiempo entre los puestos de libros, cuando todo el mundo sabe que deambulan más pardillos en torno a las tiendas de telas y las cervecerías.

El caballero pareció haber terminado conmigo y volvió a ajustarse los

anteojos en la nariz, pero antes de que se diera la vuelta fui lo bastante audaz como para hacerle una pregunta.

—Señor —dije, y los nervios asomaron a mi voz, de modo que traté de disimularlos volviéndola más grave—. Si me lo permite, señor...

—¿Sí?

—Si fuera a convertirme en escritor —continué, eligiendo las palabras con cautela, pues deseaba que me diera una respuesta sensata—, si me decidiera a intentarlo, sabiendo que he aprendido bien el abecedario y que escribo con buena letra, ¿por dónde debería empezar exactamente?

Soltó una risita y se encogió de hombros.

—Bueno, admito que nunca he tenido el toque creativo —respondió al fin—. Soy más un mecenas que un artista. Pero si tuviese que contar una historia, supongo que trataría de establecer el instante preciso, el punto singular de mi relato que desencadenara todo el asunto. Encontraría ese momento y empezaría mi narración desde ahí.

Asintió con la cabeza, despachándose, y volvió a sus lecturas, dejándose con mis cavilaciones.

El instante preciso. El momento que desencadenara todo el asunto.

Menciono esto aquí y ahora porque el instante preciso que desencadenó mi asunto particular fue ese encuentro dos mañanas antes del día de Navidad con aquel caballero francés, sin el cual nunca habría conocido los días espléndidos o sombríos que habrían de seguir. De hecho, de no haber estado él allí aquella mañana en Portsmouth, y de no haber permitido que su reloj abandonara el bolsillo del chaleco y asomara de forma tan tentadora del abrigo, yo nunca habría procedido a trasladar el mencionado artificio del cálido lujo de su forro a la fría comodidad del mío. Y es poco probable que me hubiese alejado entonces de él con cautela tal como había aprendido a hacer, silbando una sencilla melodía para ilustrar la actitud tranquila de quien no tiene una sola preocupación en el mundo y se dedica a sus honrados asuntos. Y, desde luego, jamás me habría dirigido a la entrada del mercado, satisfecho de saber que había conseguido ya el dinero de una mañana y así tendría con qué pagar al señor Lewis, y pensando que al cabo de dos días me haría sin duda con una buena comida navideña.

Y de no haber hecho eso, se me habría negado sin duda el placer de oír el sonido penetrante de un silbato azul y de ver una multitud volverse hacia mí con ojos airados y puños bien dispuestos, o de sentir el rechinar de mi cabeza al golpear contra los adoquines cuando algún torpón hizo su buena obra del día al abalanzarse sobre mí para hacerme perder el equilibrio y derribarme al suelo.

Nada de eso habría sucedido y nunca habría tenido una historia que contar.

Pero sucedió. Y la tengo. Y he aquí cuál es.

¡A rastras me llevaron! A rastras como a un perro, para sacudirme como una alfombra. Son momentos en que tu vida no te pertenece, en que otros te agarran y te zarandean y te obligan a ir a donde no te interesa en absoluto ir. Y bien que lo sabía yo, pues había pasado por más momentos de esa clase de los que me correspondían por mis catorce años. Pero una vez que oyes ese silbato y la multitud que te rodea se vuelve para fijar sus feos ojillos en ti, dispuesta a acusarte y juzgarte, harás bien en dejarte caer de rodillas con la esperanza de evaporarte en el aire como único medio de huir sin una nariz sangrante o un ojo a la funerala.

—¡Eh, apartaos! —gritó alguien de fuera del tumulto, pero no pude saber quién era, atrapado como estaba por el peso de cuatro comerciantes y una mujer simplona, que se había instalado encima de todos y chillaba de risa y aplaudía como si no hubiese deporte mejor—. ¡Eh, apartaos, o vais a aplastar al chico!

Fue muy extraño oír algo así, a un tipo que se ponía de parte de un joven villano como yo, y resolví dedicar una apreciativa reverencia a quienquiera que hubiese pronunciado esas palabras, eso si alguna vez volvía a encontrarme parpadeando a la luz del día. Sin embargo, sabedor de qué vejaciones podían hallarse en mi horizonte, me contenté con pasar unos ociosos instantes más tendido sobre los adoquines, con una piel de naranja contra las narices, el corazón de una manzana podrida junto a los labios y un trasero condenadamente grande trabando amistad con mi oreja derecha.

No mucho después, una rendija de luz se abrió entre la masa de cuerpos que me aplastaba y se fueron incorporando uno por uno, librándome del peso de forma gradual, y cuando el del trasero condenadamente grande se levantó de mi cabeza, permanecí en el suelo unos instantes más, alzando la vista mientras consideraba mis opciones, sólo para ver la mano de un guardia de azul que se tendía para agarrarme, sin cortesía alguna, de las solapas.

—Bueno, arriba, muchacho —dijo, poniéndome en pie de un tirón; para mi bochorno, me balanceé un poco al recobrar el equilibrio, y los mirones se burlaron de mí.

—Está borracho —exclamó uno, lo cual era una calumnia, porque nunca bebo antes de la hora de almorzar.

—Un ladronzuelo, ¿eh? —preguntó el guardia, haciendo caso omiso de la falsa acusación.

—Pues sí, era un ladronzuelo —intervine, tratando de zafarme y preguntándome hasta dónde llegaría si el tipo me soltaba un instante y echaba a correr—. Ha intentado largarse con el reloj del caballero, y de no haberlo agarrado yo y llamado a los guardias, lo habría conseguido. Un héroe es lo que soy, sólo que toda esta gente se me ha echado encima y a punto ha estado de

matarme. El ladrón —añadí entonces señalando en una dirección que hizo volverse a todos fugazmente— ha escapado corriendo por ahí.

Miré alrededor, tratando de calcular la reacción de la multitud, aunque en el fondo ya sabía que no eran tan tontos como para creer semejante embuste. Pero intentaba improvisar, y eso fue lo que se me ocurrió.

—Era un irlandés —añadí, pues en Portsmouth se odiaba a los irlandeses por sus sucias costumbres y por el vicio de procrear con sus hermanas, de forma que se hacía fácil culparlos de cualquier cosa que se saliera de lo correcto y legal—. Parloteaba en una lengua que no entendí, y también tenía el pelo rojizo y grandes ojos saltones.

—En ese caso —replicó el guardia cerniéndose sobre mí, tan alto que parecía a punto de echar a volar—, ¿qué es esto, entonces? —Hurgó en mi bolsillo y extrajo el reloj del caballero francés, y yo me quedé mirándolo con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡El muy granuja! —exclamé con un dejo de ultraje en la voz—. ¡El muy vándalo y bellaco! ¡Oh, estoy perdido! Ha sido él quien lo ha metido ahí, palabra; lo ha metido ahí antes de salir corriendo. Es lo que hacen siempre cuando saben que no pueden escapar. Tratan de culpar a otro. Además, ¿para qué iba a necesitar yo un reloj? ¡Soy dueño de mi propio tiempo!

—Ahórrate tus mentiras —contestó el guardia, zarandeándome de nuevo para potenciar el efecto y toqueteándome de tal forma que el tipo se estaba excitando, palabra—. Echemos un vistazo, a ver qué otras cosas escondes en tu pícaro persona. Apostaría a que llevas robando toda la mañana.

—Ni un solo segundo —exclamé—. Esto es una calumnia. ¡Escuchadme! —pedí a la multitud que me rodeaba, y a que no saben qué pasó entonces: pues que la mujer simplona se acercó y me metió la lengua en la oreja. Me aparté de un brinco, pues sólo Dios sabía dónde había andado metida esa lengua y no quería que me pegara la gonorrea.

—Déjalo, Nancy —ordenó el guardia, y la mujer retrocedió para sacarme aquella sucia lengua suya con aire de desafío. Lo que habría dado por tener un cuchillo afilado en ese momento; la habría deslenguado en un periquete.

—Habrá que colgarlo —opinó un hombre, un tipo de quien sabía de buena tinta que se gustaba en ginebra hasta el último penique que ganaba en su puesto de fruta y que no tenía por qué acusarme de nada.

—Déjenoslo a nosotros, señor —propuso otro, un chico que había estado un par de veces a la sombra y que por tanto debería haberse puesto de mi lado—. Déjenoslo y le enseñaremos un par de cosas sobre qué le pertenece a él y qué nos pertenece a los demás.

—Señor agente, por favor... ¿me permite? —intervino una voz más refinada, y quién se abrió paso entonces entre la multitud sino el caballero francés, nada menos, el hombre que tenía todo el derecho a condenarme al castigo eterno, pero

a quien reconocí al instante como mi benefactor, el que no hacía ni cinco minutos había tratado de impedir mi aniquilación bajo aquel montón de cuerpos apestosos.

La muchedumbre, percibiendo que era un caballero, se abrió como si él fuera Moisés y ellos el mar Rojo. Hasta el guardia aflojó la presa y se quedó mirando. Eso es lo que una voz elegante y un buen abrigo pueden lograr, y en ese preciso instante resolví llegar a poseer ambas cosas algún día.

—Buenos días, señor —saludó el guardia tratando de que su tono sonara más refinado que el del sucio perro que intenta equipararse al caballero—. ¿Es usted la víctima de este bellaco?

—Agente, me parece que puedo responder por el chico —adujo él, y dio la impresión de que todo aquel lío era en realidad culpa suya, no mía—. Mi reloj de bolsillo se ha visto peligrosamente desplazado de mi persona y en inminente peligro de caer al suelo, de manera que ningún maestro artesano habría logrado reparar los desperfectos resultantes. Estoy seguro de que el chico sólo lo ha cogido para evitar ese funesto resultado y que pensaba devolvérmelo. Estábamos enfrascados en una conversación sobre literatura.

Hubo un momentáneo silencio y debo admitir que yo mismo me sentí inclinado a creer sus palabras. ¿No podía ser yo víctima de circunstancias desafortunadas como cualquier otro? ¿Debían liberarme sin mayores asaltos a mi persona y mi buen nombre, y quizá con una carta de encomio de alguien en un puesto de autoridad? Miré al guardia, que lo consideró unos instantes, pero la multitud, advirtiendo que la diversión tocaba a su fin y se le negaba el castigo adecuado, hizo suya la causa en su lugar.

—¡Es una farsa, agente! —exclamó uno, escupiendo con tal fuerza las palabras que hube de apartarme de su repugnante salivazo—. Con mis propios ojos he visto que se metía el reloj en el bolsillo.

—¿Lo has visto hacerlo?

—Y no es la primera vez, además —bramó otro—. No hace ni cuatro días me birló cinco manzanas.

—Yo no me comería tus manzanas —repliqué, pues era una horrible mentira. Sólo había cogido cuatro manzanas y una granada para un budín—. Tienen gorgojos, todas y cada una de ellas.

—¡Oh, no permitáis que hable así! —exclamó la mujer que estaba a su lado, la vieja bruja que tenía por esposa y que ponía una cara capaz de dejar bizco al más pintado—. El nuestro es un negocio próspero —añadió, apelando a la comprensión de la muchedumbre con los brazos extendidos—. ¡Un negocio próspero!

—¡Ese chico es un mal bicho! —gritó otro; se oían que correría la sangre, y eso buscaban. Nadie querría tener a una multitud en contra en un momento así. En realidad, casi me alegré de que estuviese allí el guardia, pues de lo contrario

podrían haberme descuartizado, con caballero francés o sin él.

—Agente, por favor —dijo entonces el susodicho, acercándose para recuperar el reloj, pues sin duda el guardia lo habría escamoteado en un periquete—. Estoy seguro de que puede liberar al chico si reconoce su error. ¿Te arrepientes de tus actos, niño? —me preguntó, y en esa ocasión no me molesté en corregirlo.

—¿Que si me arrepiento? —repose—. Pongo a Dios por testigo de que me arrepiento de todo. Os juro que no sé qué me ha ocurrido. Ha sido el demonio, sin duda. Pero lo lamento muchísimo, en honor del día de Navidad. Me arrepiento de todos mis pecados y palabra que me marcharé de este lugar y no volveré a pecar. Lo que Dios ha unido, que no lo desgarré el hombre —añadí, recordando las pocas buenas palabras que había oído en mi vida y juntándolas para que todos fuesen testigos de mi devoción.

—Se arrepiente, agente —insistió el caballero francés en tono suplicante, extendiendo las palmas abiertas en un gesto de magnanimidad.

—¡Pero ha admitido el robo! —exclamó un hombre con una panza tan grande que un gato bien podría haberse echado una siestecita en ella—. ¡Llévenselo! ¡Enciérrenlo! ¡Azótenlo! ¡Ha confesado el crimen!

El guardia negó con la cabeza y me miró. Entre los dientes delanteros tenía restos de lo que me pareció un estofado; sólo de verlo me produjo repugnancia.

—Estás detenido —me informó con gravedad—. Debes pagar por tu abominable crimen.

La multitud vitoreó a su héroe recién coronado y se volvió como un solo hombre cuando un carruaje se detuvo detrás del vehículo del francés, pero no era más que el cupé del guardia. Se me cayó el alma a los pies al ver que su compañero, el que llevaba las riendas, se apeaba de un salto y se disponía a abrir las puertas de atrás.

—Vamos —ordenó el primero con un vozarrón para que todos lo oyeran—. Tu juez te estará esperando al final de nuestro viaje, así que ya puedes empezar a temblar en previsión de su magnificencia. —Desde luego, podría haberse dedicado al teatro.

El baile había terminado y yo lo sabía, pero hiqué de todas formas los talones en los resquicios entre los adoquines. Por primera vez lamenté de veras mis actos, pero no porque hubiese faltado a mi moralidad personal, por así decirlo, sino más bien porque en el pasado había faltado demasiadas veces de forma similar y, aunque ese guardia en particular no me conocía, había otros donde me llevaban que sí, y era consciente de que el castigo podía no ser del todo acorde con el delito. Me quedaba un único recurso.

—Señor —exclamé, volviéndome hacia el francés cuando el guardia empezó a llevarme hacia mi coche fúnebre—. Señor, ayúdeme, por favor. Apíadese de mí. Ha sido un accidente, palabra. He tomado demasiado azúcar en el desayuno,

eso es todo, y me ha infundido ciertas ideas.

El caballero me miró y vi que lo estaba considerando. Por un lado, debía de estar recordando la agradable conversación que habíamos mantenido no hacia ni diez minutos, así como mis abundantes conocimientos sobre las tierras de China, por no mencionar mis ambiciones de convertirme en escritor de libros, que él aprobaba por completo. Por otro lado, le habían robado, simple y llanamente, y lo que está mal, mal está.

—Agente, rehúso formular cargos contra el chico —declaró al fin, y yo solté un grito de júbilo, un clamor como el que habría proferido un cristiano en el Coliseo si Calígula, aquel sucio pagano, le hubiese perdonado la vida y permitido luchar una vez más.

—¡Estoy salvado! —exclamé tironeando para soltarme del guardia, pero éste volvió a agarrarme.

—En absoluto —replicó—. Te han pescado con las manos en la masa y debes pagar por ello; si te dejamos aquí, volverás a robar.

—Pero, agente —insistió el caballero francés—, ¡yo lo absuelvo de su delito!

—¿Y quién es usted? ¿Nuestro Señor Jesucristo? —replicó el guardia, ante lo cual la multitud estalló en carcajadas. Él se volvió, sorprendido ante tal encomio, con los ojos radiantes y encantado de que lo consideraran un tipo estupendo y divertido—. Lo llevarán ante el juez y de ahí a prisión, diría yo, para que este pequeño bribón pague por su reprensible conducta.

—Es una monstruosidad... —protestó el caballero, pero el guardia no quiso ni oírlo.

—Si tiene algo que aducir, dígaselo al juez —fueron sus palabras de despedida mientras me arrastraba tras él.

Me dejé caer al suelo para ponérselo más difícil, pero siguió tironeando de mí por la calle empapada y aún puedo imaginar la escena: mi trasero dando tumbos sobre los adoquines en tanto tiraban de mí hacia el carruaje. Dolía, y no sabía por qué demonios estaba haciendo eso, pero sí sabía que no pensaba ponerme en pie y facilitarle la tarea. Antes habría preferido comerme un escarabajo.

—Ayúdeme, señor —exclamé cuando me arrojaron al interior del carruaje y me cerraron la puerta en las narices, tan cerca que casi me las arrancan. Aferré los barrotes y puse la cara más lastimera que pude, una imagen de incrédula inocencia—. Ayúdeme, y haré lo que me pida. ¡Le encerraré las botas todos los días durante un mes! ¡Le lustraré los botones hasta que brillen!

—¡Llévenselo! —berreó la multitud, y algunos hasta se atrevieron a arrojarme verduras podridas, los muy bellacos.

Los caballos se movieron y emprendimos nuestro alegre camino, yo en la parte de atrás preguntándome qué destino me aguardaba cuando me topara con el juez, que demasiado bien me conocía de encuentros anteriores para mostrar compasión alguna.

Lo último que vi cuando doblamos la esquina fue al caballero francés acariciarse la barbilla, como si se preguntara qué podía hacer estando yo en manos de la ley. Sacó el reloj para consultar la hora y a que no saben qué ocurrió entonces. Pues que se le escapó de las manos y cayó al suelo. Me resultó fácil adivinar que el cristal se habría roto. Hice un ademán de indignación y me dispuse a instalarme para al menos hacer el viaje un poco más cómodo, pero no había forma en aquella estrecha cabina.

No estaba hecha para el consuelo.

Jesús, María y José, si la vida no era ya lo bastante difícil, los guardias se aseguraron de que los caballos pasaran por todos y cada uno de los baches que adornaban el camino al juzgado de Portsmouth, el carruaje subía y bajaba como el camión de una recién casada. Para los guardias no había problema: tenían un suave y mullido asiento bajo el trasero, pero ¿qué tenía yo? Nada, a excepción del duro metal que servía de asiento para quienes eran apresados contra su voluntad. (¿Y qué pasaba con los falsamente acusados?, me pregunté. ¡Qué ignominia, hacerles padecer semejante humillación!). Me encogí en un rincón del transporte y traté de asirme a los barrotes con la esperanza de mantenerme inmóvil, pues la alternativa era no poder sentarme durante una semana entera, pero todo fue en vano. Palabra que lo hacían para burlarse de mí, los muy perros. Y por fin, cuando llegábamos al centro de Portsmouth y pensaba que la terrible experiencia iba a concluir, que me aspen si el carruaje no pasó de largo justo ante las puertas cerradas de la justicia para continuar por la carretera llena de baches.

—¡Es aquí! —exclamé dando porrazos como un poseso contra el techo del carruaje—. ¡Eh, los de arriba, es aquí!

—Quédate callado o te vas a ganar unos azotes —respondió el segundo guardia, el que llevaba las riendas, no el que me había apresado esa mañana por mi pequeño y honesto robo.

—Pero os habéis pasado de largo —insistí—. Habéis dejado atrás el juzgado.

—Qué familiar te resulta, ¿eh? —contestó riendo—. Debí sospechar que habrías visto el interior del juzgado muchas veces.

—¿Y no voy a verlo hoy? —pregunté, y no me enorgullece admitir que empecé a inquietarme al advertir que estábamos saliendo de la ciudad. Había oído historias sobre chicos a los que los guardias se llevaban y no volvía a saberse de ellos; les ocurría de todo. Cosas que ni se podían mencionar. Pero yo no era tan malo, me dije. No había hecho nada para merecer semejante destino. Además, sabía que el señor Lewis esperaba mi regreso con el botín de la mañana y que, si no volvía, se armaría la gorda.

—El juez de Portsmouth está fuera toda la semana —me llegó la respuesta, y esa vez el tono sonó bastante amistoso. Pensé que quizá sólo me llevaban a las afueras para lanzarme a alguna cuneta con la cabeza por delante, animándome a ejercer mi oficio bien lejos de su territorio, una propuesta a la que en principio no me oponía—. Se ha ido a Londres, ¿qué te parece? El rey le ha concedido algún honor por los servicios prestados a las leyes del país.

—¿A Jack el Loco? —pregunté, pues conocía bien a aquel juez viejo y despreciable por haber tenido tratos con él en un par de ocasiones—. ¿Para qué diantre ha hecho eso el rey? ¿No había nadie por ahí que se hubiese ganado una

medalla?

—Muérdete esa lengua, chico —espetó el guardia—, o contarás con una acusación extra en la lista.

Volví a acomodarme y decidí reservarme mis opiniones por el momento. Considerando la carretera que estábamos tomando, imaginé que nos dirigíamos a Spithead; en mi penúltimo arresto un año antes (me avergüenza admitir que acusado también de hurto), me llevaron a Spithead a cumplir mi castigo. En aquella ocasión, me plantaron ante un malévolo personaje que se hacía llamar juez Henderson, que tenía un lunar en medio de la frente y una boca llena de dientes podridos, y me había hecho ciertos comentarios sobre la personalidad de los chicos de mi edad como si yo representara a todos aquellos indeseables. Me había sentenciado a unos buenos azotes por mis descuidos, después de los cuales el trasero estuvo escociéndome como un campo de ortigas durante una semana. Yo había rogado no tener que volver a encontrarme nunca ante él, pero al mirar desde el carruaje tuve la certeza de que era ahí adonde nos dirigíamos, y entonces sentí miedo y me alegré de haberme visto zarandeado de aquí para allá en el carruaje, porque así al menos había una posibilidad de que tuviese tan dormido el trasero que no sentiría nada cuando en el juzgado me bajaran los bombachos y me lo dejaran en carne viva a base de azotes.

—¡Eh! —grité, desplazándome hasta el otro lado del carruaje para hablar con el primer guardia, puesto que habíamos establecido una suerte de relación durante el arresto—. Eh, guardia. No vamos a Spithead, ¿verdad? Dime que no vamos allí.

—¿Cómo podría decirte que no cuando lo cierto es que sí vamos? —repuso con una carcajada, como si hubiese contado un buen chiste.

—¡No es posible! —exclamé en voz más baja mientras meditaba sobre las consecuencias, pero el guardia me oyó de todas formas.

—Desde luego que es posible, mi joven granuja, y ahí se ocuparán de ti tal como conviene a los ladronzuelos como tú. ¿No sabes acaso que en ciertos países cercenan la mano por la muñeca a quien hace suyos sin permiso los bienes ajenos? ¿Te consideras merecedor de semejante castigo?

—Pero aquí no se hace —objeté desafiante—. ¡Aquí no! Quieres asustarme, ¿verdad? Aquí eso no pasa. Éste es un país civilizado y tratamos con respeto a nuestros decentes y honestos ladrones.

—¿Dónde pasa, entonces?

—En el extranjero —contesté sentándome de nuevo, decidido a no conversar más con aquellos dos ignorantes—. En China, por ejemplo.

Poco más se dijo después, pero durante el resto del trayecto oí a aquellos dos idiotas cacarear como un par de gallinas viejas, y estoy seguro de haber oído también que se pasaban una jarra de cerveza entre las mugrientas pezuñas, lo cual explicaría el hecho de que a medio camino de Spithead redujésemos la

marcha y nos detuviésemos para que el conductor vaciara la vejiga en el arcén. Y no tuvo la menor vergüenza, pues se volvió justo hacia mí y trató de apuntar sus emisiones a través de los barrotes, lo que hizo que el otro guardia casi se cayera del carruaje del ataque de risa que le sobrevino. Deseé que así fuera, pues podría haberse partido la crisma de paso y habría sido una escena bien bonita.

—¡Apártate, asqueroso! —le grité retrocediendo hacia el fondo, fuera de su alcance, pero él se limitó a reír.

Cuando terminó, se guardó el pito y se enjugó las manos en la entrepierna de los pantalones, tan poco respeto tenía hacia sí mismo o su uniforme. Los guardias son unos brutos, todo el mundo lo sabe, pero también son unos bichos bien raros. Nunca he conocido a ninguno al que no deseara darle una buena patada.

Llegamos a Spithead antes de que pasara una hora y vaya si disfrutaron al abrir la puerta del carruaje y arrancarme de él por los brazos, como si fuera una criatura que no quisiera abandonar a su madre a la hora de nacer. Palabra que casi me descoyuntan los huesos, y no quiero ni pensar qué me habría ocurrido entonces.

—Vamos, chico —dijo el primer guardia, el que me había apresado, pasando por alto mis protestas por su violencia—. Ya basta de cháchara. Adentro.

El juzgado de Spithead no era ni mucho menos tan majestuoso como el de Portsmouth y los magistrados que trabajaban allí eran unos amargados. Todos aspiraban a irse a la capital del condado a dictar sus sentencias, pues hasta un tonto sabe que en la capital se encuentran criminales de una clase muy superior a los del resto de las ciudades. En Spithead nunca había gran cosa que oír aparte de unos cuantos casos de ebriedad o algún pequeño hurto. Un año antes se había armado un gran revuelo con un tipo que había poseído a una muchacha por la fuerza, pero el juez lo había soltado porque aquél tenía veinte hectáreas y ella era de familia humilde. Además, el juez le había dicho a la chica que debería sentirse agradecida por el privilegiado contacto que se le había concedido, lo cual no había sentado muy bien a la familia de ella. Lo que pasó fue que una semana más tarde el propio juez había aparecido muerto en una zanja con un agujero del tamaño de un ladrillo en la cabeza (y el ladrillo en sí reposando plácidamente en el arcén). Todo el mundo supo quién lo había hecho, pero no se dijo ni pío, y el de las veinte hectáreas se largó a Londres antes de que le hiciesen lo mismo a él, no sin antes vender las tierras a una familia gitana que echaba las cartas y cultivaba patatas con formas de animales.

El guardia me arrastró por un largo pasillo, que yo recordaba muy bien de mi anterior visita, a un ritmo tan frenético que en varias ocasiones temí caerme y que ése fuera el final, pues el suelo que me sostenía era de sólido granito y una cabeza blanda como la mía no habría soportado la colisión. Mis pies casi danzaban detrás de mí mientras el guardia me arrastraba.

—No tan rápido —exclamé—. ¿O acaso llevamos prisa?

—No tan rápido, dice —se burló él, riendo y hablando para sí, supuse—. ¡No tan rápido! ¿Qué te parece el tunante?

Giró a la derecha de repente y abrió una puerta, y tan de sorpresa me pilló aquel súbito cambio de dirección que finalmente perdí el equilibrio y caí de bruces, rodé sobre la crisma y di con el trasero antes de acabar despatarrado en la sala del tribunal, hecho un guñapo. Y antes de que pudiese incorporarme se hizo un completo silencio y todas las cabezas y pelucas que había en la sala se volvieron para mirarme.

—¡Hagan callar a ese chico! —exclamó el juez desde el estrado, y quién era sino el mismísimo viejo Henderson otra vez, esa criatura osuna.

Se lo veía tan anciano, con sus buenos cuarenta o cuarenta y cinco años, que sin duda padecería la influencia de la mente y no se acordaría de mí. Después de todo, sólo era la segunda vez que estaba allí. Difícilmente podían tomarme por un criminal de carrera.

—Perdón, su señoría —dijo el guardia, y se sentó obligándome a instalarme en el banquillo junto a él—. Un caso de última hora, me temo. Portsmouth está cerrado.

—Bien que lo sé —replicó Henderson poniendo cara de acabar de pegarle un mordisco a un hurón infectado y habérselo tragado entero—. Al parecer, allí los magistrados están más interesados en recolectar elogios y chucherías que en la debida administración de la justicia, me temo. No como aquí, en Spithead.

—Desde luego —dijo el guardia, asintiendo tan enérgicamente que pensé que la cabeza se le iba a caer y que su decapitación me proporcionaría la oportunidad de escapar. Advertí con cierta satisfacción que la seguridad en las puertas no era como debería haber sido.

—Volvamos ahora al caso que nos ocupa —prosiguió el juez, apartando la mirada de nosotros para fijarla en el hombre que tenía ante sí y que se veía de lo más humilde; sostenía una gorra entre las manos y sus facciones caballunas esbozaban una expresión de absoluta consternación—. Usted, señor Wilberforce, es una deshonra para la comunidad y considero que lo mejor para todos sería que desapareciera de escena durante una temporada. —Se aseguró de pronunciar cada palabra con repugnancia y superioridad, el muy perro.

—Tendría a bien su señoría... —repuso el tipo tratando de ponerse derecho, pero quizá tenía agarrotada la espalda porque parecía incapaz de adoptar una postura erguida—. No estaba en mis plenas facultades mentales cuando ocurrió el incidente y ésa es toda la verdad. Mi querida y santa madre, a quien se llevaron de mi lado sólo unas semanas antes de mi error de juicio, se me apareció en una visión y me dijo que...

—¡Ya basta de tonterías! —estalló el señor Henderson golpeando con el mazo el estrado—. Juro por Dios todopoderoso que si oigo una palabra más sobre su

querida y santa madre lo sentenciaré a unirse a ella de inmediato. ¡Y no crea que me desdeciré!

—Qué vergüenza —exclamó una mujer, y el juez miró hacia el público con un ojo cerrado y el otro tan abierto que tuve la certeza de que si le daban una palmada en la espalda el globo le saltaría y rodaría por el suelo como una canica.

—¿Quién ha dicho eso? —rugió, y hasta el guardia a mi lado dio un respingo—. He preguntado que quién lo ha dicho —repitió, más alto incluso esta vez, pero no hubo respuesta y el juez se limitó a negar con la cabeza y mirarnos a todos con el aspecto de un hombre al que acaban de sangrar con sanguijuelas y ha disfrutado con la experiencia—. Alguacil —le dijo a un tipo aterrorizado que montaba guardia a su lado—. Una sola palabra más de cualquiera de esas personas... —pronunció esta última palabra como si fueran lo peor de lo peor, lo que bien podían ser, pero de todas formas suponía una tremenda falta de cortesía—. Una palabra más de cualquiera de ellos y serán todos acusados de desacato al tribunal de manera individual. ¿Entendido?

—Entendido —asintió el alguacil—. Desde luego que sí.

—En cuanto a usted —continuó el magistrado, mirando al pobre desgraciado que languidecía ante él en el banquillo—, tres meses en prisión, y espero que allí aprenda una lección que no olvidará con rapidez.

Hay que decir en favor del condenado que éste hizo gala de dignidad y asintió con la cabeza como si aprobara por completo la sentencia. Lo hicieron bajar del banquillo y no tardó en verse estrujado casi hasta la muerte por una mujer que supuse su esposa, antes de que el alguacil se la quitara de encima. La observé desde cierta distancia y no me habría importado que me estrujara así a mí, pues era bonita como la que más, aunque las lágrimas le surcaban el rostro, y pese a la gravedad de mi situación hizo que me excitara.

—Bueno, alguacil —dijo el juez recogiendo la toga y haciendo ademán de levantarse—. ¿Es todo por hoy?

—Debería serlo —repuso el alguacil con nerviosismo, como si le preocupara que lo mandaran a él a prisión si retenía más tiempo a su superior—. De no ser por el chico que acaban de traer.

—Ah, sí —dijo el juez, acordándose de mí. Volvió a sentarse y me miró—. Ven aquí, muchacho —añadió en voz baja y al parecer satisfecho de no haber acabado aún con su reparto de sufrimiento—. Al banquillo de los acusados, que es donde te corresponde estar.

Me levanté y otro guardia me condujo hasta el banquillo hincándome los dedos en el brazo, y me situó donde el viejo Henderson, el muy perro, pudiese verme mejor. Yo lo miré a mi vez y me dije que el lunar le había crecido desde nuestra última entrevista.

—Te conozco, ¿verdad? —murmuró, pero antes de que acertase a contestar, el guardia, el mío, quiero decir, se había puesto en pie y carraspeaba para llamar

la atención, y que me aspen si todos los presentes no se volvieron para mirarlo. Palabra que ese hombre se equivocó de profesión: debería haberse dedicado al teatro, el muy mariquita.

—Con la venia del tribunal... —empezó, utilizando de nuevo aquel tono refinado que no engañaba a nadie—. Con la venia del tribunal, esta misma mañana he apresado a la miserable criatura que ven ante ustedes en el criminal e ilegal acto de hurtar un reloj cuya propiedad no le pertenecía.

—¿Quiere decir que lo robó? —inquirió el juez, como quien siega el campo de maíz con una guadaña.

—Como bien dice su señoría —admitió el guardia, un poco abatido por el resumen.

—¿Y bien? —preguntó entonces el juez, inclinándose hacia mí—. ¿Qué tienes que decir, chico? ¿Lo has hecho? ¿Eres culpable de tan abominable crimen?

—Ha sido un nefasto malentendido —aduje, suplicante—. Tomé demasiado azúcar en el desayuno, he ahí el problema.

—¿Azúcar? —repitió el juez, confuso—. Alguacil, ¿he oído decir al muchacho que ha sido víctima de un exceso de azúcar?

—Creo que sí, señoría.

—Bueno, pues al menos es una respuesta honesta —comentó Henderson rascándose la cabeza de forma que una nube de motas cayó de sus folículos a la toga, cubriéndola de nieve—. El azúcar no le conviene a un muchacho. Le da ciertas ideas.

—Eso es exactamente lo que pienso yo, su sabia señoría —intervine—. Pretendo evitarla en el futuro y chupar un pirulí de miel cuando me apetezca.

—¿Un pirulí de miel? —exclamó el juez mirándome como si hubiese sugerido blandir un látigo ante el príncipe de Gales para paliar el aburrimiento—. Muchacho, eso es incluso peor. Lo que necesitas son unas buenas gachas de avena. Las gachas son lo que te conviene. Las gachas han sido decisivas para muchos chicos que iban por el mal camino.

¡Gachas, nada menos! Habría disfrutado encantado de un cuenco de gachas para desayunar todas las mañanas de haberme dado él los dos peniques necesarios para ello. ¡Gachas! Los jueces como él ignoran por completo el mundo de las personas como yo, si he de ser sincero. Pero eso no les impide sentirse a juzgarnos. Sin embargo, no hay política alguna...

—Entonces comeré gachas de avena a partir de ahora —prometí con una leve inclinación de la cabeza—. Para desayunar, comer y cenar si consigo el dinero.

Se inclinó de nuevo hacia mí y repitió la pregunta que yo confiaba hubiese olvidado.

—Te conozco, ¿verdad?

—No lo sé —respondí, conteniendo un encogimiento de hombros, pues los

jueces detestan ese gesto. Dicen que es signo de baja cuna—. ¿Me conoce?

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Consideré darle un nombre falso, pero los guardias me conocían, así que dije la verdad, pues una mentira no habría hecho sino condenarme más.

—Turnstile. John Jacob Turnstile. Inglés, antes domiciliado en Portsmouth.

—¡Ja! —soltó el juez, y escupió un gran gargajo sobre el serrín del suelo, el muy cerdo—. ¡Condenada sea Portsmouth!

—Lo será, su magna señoría —repuse para complacerlo—, en el día del Juicio Final. No me cabe la menor duda.

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Catorce, señor.

Se relamió unos instantes y estuve seguro de ver uno de sus espantosos dientes negros moverse por el oscuro cañón de su boca, amenazando con soltarse de las encías que lo sujetaban a duras penas.

—Estuviste ante mí hace un año —dijo señalándome con un dedo cerúleo, como de cadáver exhumado—. Ahora lo recuerdo. Creo que fue por otro robo.

—Un malentendido —dije—. Una travesura que salió mal, nada más.

—Te azotaron por ello, ¿no es así? Jamás olvido un rostro de mi tribunal o un trasero de mi cámara de azotes. Dime la verdad ahora y quizá Dios se apiade de ti.

Reflexioné. Hay todo un mundo de significado en la palabra «quizá» y bien poco de él me era útil. Pero no tenía sentido que me pillaran mintiendo cuando podían consultar los archivos en un santiamén.

—Lo recuerda usted correctamente —admití—. Me castigaron con doce latigazos.

—Y ninguno de ellos fue excesivo —añadió bajando la vista para apuntar algo en unos papeles que tenía ante sí—. Te declaro culpable, John Jacob Turnstile, del robo malintencionado —anunció en voz más baja, una voz que sugirió que había perdido interés en mí y que quería marcharse a comer—. Eres culpable de lo que se te acusa, sinvergüenza. Lléveselo, alguacil. A la prisión durante un año.

Los ojos se me abrieron desmesuradamente y confieso que el corazón me dio un vuelco de terror. ¿Un año de prisión? No saldría de allí siendo el mismo chico, eso lo sabía. Me volví hacia el guardia, mi guardia, y dicho sea en su alabanza, cuando me miró a su vez con el entrecejo fruncido su ademán sugería que lamentaba tener que llevarme allí, pues nadie en el tribunal lo habría creído un castigo apropiado. Unos azotes deberían haber bastado.

—Señoría... —empezó mi guardia, pero Henderson se había precipitado y a hacia sus cámaras privadas, sin duda para recibir instrucciones de sus señores del averno, y el alguacil me había puesto las manos encima y me llevaba a rastras.

—Lo hecho, hecho está —dijo con pesar—. Tienes que ser valiente,

muchacho. Has de mostrarte firme.

—¿Valiente? —exclamé con incredulidad—. ¿Firme? ¿Con un año de prisión?

Hay un tiempo para la valentía y un tiempo para tenderle a un tipo una pistola cargada y permitirle que deje este mundo con honor, y ése era uno de ellos. Las piernas se me doblaron y, antes de darme cuenta siquiera, me estaban arrastrando a través del umbral. ¿Hacia qué? ¿Hacia un año de tormento y violación? ¿De hambre y crueldad? Apenas me atrevía a pensar en ello.

¡Menudo momento aquél! No me importa admitir que descendí los peldaños desde la sala del tribunal hasta las celdas subterráneas con el corazón encogido y bien pocas esperanzas. El día había empezado bien, pero había adquirido un cariz tan sombrío en cuestión de pocas horas que no pude evitar preguntarme qué tormentos me reservaba aún. Me las había apañado para desayunar medio arenque ahumado y una yema de huevo en el establecimiento del señor Lewis, tras lo cual me había acercado al mercado sin una sola preocupación en el mundo. La conversación con el caballero francés había versado sobre temas intelectuales, y soy de los que gustan de una pequeña disertación erudita de vez en cuando. Y aquel reloj suyo, que con tanta naturalidad hice pasar a mis manos, fácilmente habría sido decisivo para mí, pues era una excelente pieza, con una sólida cadena y refinado aspecto, y debía de haberle costado sus buenas libras en los joyeros; de haber conservado su posesión, se lo habría llevado a un hombre tuerto cuyo negocio consiste en el comercio de objetos robados y habría obtenido media corona por él. Pero todo se había perdido. Me llevaban a prisión y estaba preparando mi alma para padecer quién sabía cuántas vejaciones y atropellos.

¿Soy acaso demasiado orgulloso para recordar las lágrimas que anegaron mis ojos mientras esperaba? En absoluto.

El alguacil me había conducido escaleras abajo, donde yo debía aguardar mi transporte al Hades, y me encontré confinado en una fría estancia con suelo de piedra y nada donde sentarse. El guardia me había arrojado al interior sin una palabra de disculpa o excusa, y con quién se esperaba que la compartiera si no con el señor Wilberforce, el que habían sentenciado antes que a mí. Cuando entré, el muy bruto estaba instalado en el orinal y sus deposiciones emanaban un hedor de otro mundo que me hizo retroceder, pero la puerta se cerró con estrépito detrás de mí y no me quedó más remedio que enfrentarme con entereza a su toxicidad. Por lo que sabía, iba a ser mi compañero a partir de entonces.

—Ese viejo rastrero te ha mandado también aquí abajo, ¿eh? —dijo con una gran sonrisa, pues la desdicha prefiere compañía. Por toda respuesta, me dirigí al rincón más alejado de la celda y me senté con las piernas encogidas bajo la barbilla, rodeándolas con los brazos. Una fortaleza en torno a mí. Me miré los pies y me pregunté cuánto tiempo seguirían siendo míos los zapatos que llevaba cuando llegara a mi nuevo hogar. Y pensé en el señor Lewis y en el lío en que me vería metido cuando descubriese lo que me había pasado; lo había visto moler a palos a otros chicos hasta dejarlos medio muertos por mucho menos.

—Eso ha hecho —admití—. E injustamente, además.

—¿Por qué te ha trincado?

—Por robar un reloj —expliqué, incapaz de mirarlo, porque se había

incorporado y examinaba el contenido del orinal como un médico o un viejo boticario—. Pero el tipo al que se lo robé lo ha recuperado, o sea que no se ha causado ningún daño. ¿Dónde está entonces el crimen, pregunto?

—Se lo habrás dicho al viejo rastrero, ¿no? —inquirió el señor Wilberforce, y negué con la cabeza; entonces añadió—: ¿Cuánto tiempo te ha caído?

—Un año.

Silbó entre dientes y movió la cabeza.

—Eso es una buena temporada. Sí señor, una buena temporada y no hay vuelta de hoja. Por cierto, ¿cuántos años tienes, muchacho?

—Catorce.

—Tendrás más años de los que te correspondan cuando salgas dentro de doce meses —me advirtió con cierto placer, una estupenda noticia sin duda destinada a animarme—. Yo también estuve a la sombra cuando tenía más o menos tu edad, pero prefiero no contarte las cosas que me ocurrieron. Si lo hiciera no dormirías.

—Entonces no lo hagas —espeté—. Guárdate tus consejos y ocúpate de tus asuntos, viejo borrachín.

Se me quedó mirando y esbozó una mueca. Pensé que si iban a transportarnos y albergarnos juntos, tenía que iniciar nuestra relación con una actitud huraña para darle a entender que yo no era un tierno mozalbete al que fácilmente podría convertir en criado.

—¿Me estás llamando borracho, un vil renacuajo como tú? —preguntó incorporándose con los brazos en jarras, como si posara para una estatua en Pall Mall—. Es la mayor calumnia que he oído en mi vida.

—El señor Henderson ha dicho más o menos lo mismo —solté, acalorándome—. Por eso te ha mandado a prisión tres meses. Y esa de ahí fuera, la que lloraba a mares, es tu esposa, ¿no?

—Sí, mi mujer —admitió, aguzando la mirada como si yo hubiese tomado su nombre en vano—. ¿Qué pasa con ella?

—Pues que cuando me traían aquí abajo estaba haciéndole arrumacos a otro tipo, arrullándole en la oreja de una forma asquerosa y poniéndole ojitos para que supiera que no estaba dispuesta a pasar carestía por más que tú fueras a hacerlo.

—Serás desgraciado —repuso avanzando hacia mí, y tuve la sensación de haber cometido un error al provocarlo, pues cuando se acercó advertí que era más robusto de lo que había creído al principio, y vi que sus manazas se habían apretado en puños. La fortuna quiso que justo cuando se inclinaba para levantarme en vilo del suelo de piedra, una llave girara en la cerradura y la puerta se abriera de par en par para revelar nada menos que al alguacil.

Éste nos echó un rápido vistazo en nuestras desafortunadas posturas, yo levantado del suelo por el cuello, con los pies colgando en el aire, y el puño del tipo a punto de golpearme.

—Un instante más y este tipo te habría dado bien dado —comentó con despreocupación el alguacil, como si no pudiese haberle importado menos que nos pasara a cualquiera de los dos y estuviese muy dispuesto a presenciar cómo tenía lugar el asalto.

—Sal de aquí, guardia, y déjame acabar la faena —espetó el señor Wilberforce—. Ha levantado una calumnia contra mi mujer y obtendré mi desagravio o me iré al infierno.

—Te irás al infierno, entonces —repuso el alguacil, al tiempo que se acercaba para apartarlo de un empujón; la mano de mi atacante me soltó el cuello y me desplomé en el suelo, no por primera vez ese día. Me toqué la garganta, preguntándome si mi voz seguiría intacta y volvería a cantar alguna vez. También pensé que mi cuerpo, bajo la ropa, debía de ser un arco iris de cárdenos y azules, tras las vejaciones padecidas en las últimas horas.

—En pie, chico —espetó el alguacil dirigiéndome un ademán, y me incorporé lentamente.

—No puedo —me quejé con un hilo de voz—. Estoy molido.

—En pie —repitió él, pero en tono más severo y dando un paso hacia mí con tal ponzoña que no tardé en recuperar el equilibrio y ponerme en vertical.

—¿Nos vamos ya a la gayola? —quise saber, pues aunque no me deleitaba la idea de seguir allí con mi violento compañero, aún me entusiasmaba menos el concepto de mi prolongada encarcelación—. ¿No hay más juicios que oír antes de marcharnos? ¿Ha quedado Spithead limpia de pecadores?

—Acompañame —ordenó el alguacil, asiéndome del brazo para sacarme a tirones de la celda—. Y tú quédate de momento donde estás —añadió para el señor Wilberforce—. Volveré por ti enseguida, cuando llegue el carruaje.

—No irás a dejarlo marchar, ¿no? —exclamó mi antiguo compinche al verme arrebatado de sus garras—. Ese chico es una amenaza para la sociedad, una auténtica amenaza. Si sólo hay espacio para uno de nosotros en prisión, lo justo es que sea para él, pues tiene un año que cumplir y a mí no me corresponde ni una cuarta parte de ese tiempo.

—Cállate ya —espetó el alguacil tirando de la puerta para cerrarla—. Pagaré por su crimen, descuida.

—Daré recuerdos de tu parte a tu mujer —exclamé cuando la puerta de la celda se cerraba, y al punto oí al señor Wilberforce arremeter y golpear el marco con los puños—. ¿Y qué me espera a mí ahora? —pregunté al guardia cuando éste me precedió por el pasillo; era el primer tipo que ese día no había sentido la necesidad de arrastrarme detrás como un perro con correa.

—Tú sígueme y calla. El juez Henderson desea celebrar audiencia.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Acaso el viejo habría consultado con la policía de Portsmouth para llegar a la conclusión de que yo era un mal bicho y que un año no era condena suficiente? Quizá me mandarían allí más tiempo, o

recibiría primero unos azotes.

—Pero ¿de qué va la cosa?—insistí, ansioso por saberlo para poder preparar mis argumentos por el camino.

—Dios sabe —respondió encogiéndose de hombros—. ¿Crees acaso que confía en gente como yo?

—No —admití—. No eres lo bastante importante.

Se detuvo y me fulminó con la mirada, pero entonces meneó la cabeza y continuó. Pensé que no era tan irascible como algunos que rondaban por allí.

—Limitate a acompañarme, chico —repuso—. Y nada de entretenerme, si sabes lo que te conviene.

Yo sí sabía lo que me convenía y me habría encantado decirselo. Lo conveniente habría sido mi inmediata liberación en las calles de Spithead con una mera reprimenda y la promesa por mi parte de dedicar mi vida entera a ayudar a los pobres y tullidos, y de no volver a posar mis ojos en los bienes ajenos. Pero no abrí el pico. En lugar de ello, lo seguí hasta una gran puerta de roble. Llamé a ella con fuerza y me pasó por la cabeza que detrás de aquella puerta se hallaría mi salvación o mi condena. Inspiré hondo y me preparé para lo peor.

—¡Pasen! —se oyó del interior, y el alguacil abrió la puerta y se hizo a un lado.

No me sorprendió que la habitación del juez fuese mucho más bonita que cualquier otra que hubiese visto hasta entonces en un juzgado. Un fuego ardía en la chimenea y sobre la mesa se había dispuesto una bandeja con carne junto a un cuenco de sopa para la cena de aquel viejo despreciable. Estaba sentado a la mesa, con una servilleta remetida por el cuello, y daba buena cuenta de la comida. Al verlo, mi estómago despertó y clamó por sus derechos; no había tomado nada desde la mañana y había padecido enormemente desde entonces.

—El chico en persona —comentó el juez alzando la vista hacia mí—. Pasa, pasa, truhán, y ponte bien derecho cuando te hable. Gracias, alguacil —añadió en voz más alta y mirando al guardia—. Eso es todo por el momento. Puede cerrar la puerta.

El guindilla hizo lo que le decían y el juez tomó otro largo sorbo de sopa antes de limpiarse la boca con la servilleta y quitársela del cuello. Se arrellanó entonces y aguzó la vista, relamiéndose, antes de formar un campanario con los dedos índices para mirarme fijamente. Me pregunté si iba a ser el siguiente plato en su menú.

—John Jacob Turnstile —anunció tras una larga pausa, pronunciando cada sílaba como si mi nombre fuera un fragmento de una poesía—. Menudo granuja estás hecho.

Fui a responder con una categórica negativa cuando un escalofrío me recorrió el cuerpo, como el que se siente cuando un fantasma ronda por la habitación o alguien ha pisado tu tumba, y sentí otra presencia cercana. Rápido

como el rayo, volví la cabeza y a quién vi sentado en una butaca detrás de mí, de tal modo que no lo había visto al entrar, sino al caballero francés, el mismo cuyo reloj me había agenciado unas horas antes. Sorprendido, solté un impropio y él sonrió con un gesto de condescendencia, pero Henderson no pensaba tolerar esa clase de lenguaje en sus habitaciones privadas.

—Haz el favor de no ser grosero, chico —espetó.

Me volví hacia él y bajé la vista al suelo.

—Me disculpo de todo corazón, señoría —dije—. No pretendía faltar al respeto; las palabras han salido de mi boca antes de poder contenerlas.

—En este sitio impera la ley —me recordó él—. La ley del rey. Y no permitiré que lo mancille la sucia lengua de los de tu calaña.

Asentí con la cabeza. La habitación quedó de nuevo en silencio y me pregunté si el caballero francés hablaría, pero permaneció callado por el momento y le correspondió al juez iniciar la conversación.

—Señorito Turnstile —me dijo al fin—, ¿reconoces al caballero que está sentado detrás de ti?

Me volví de nuevo hacia él, para comprobar que los ojos no me habían engañado, y miré de nuevo al juez asintiendo con la cabeza, avergonzado.

—Para mi eterna ignominia, así es —repuse—. Es el mismísimo elegante caballero ante el que me he deshonrado esta mañana. Aquí me tiene, un tipo de lo más infame.

—Infame es una palabra demasiado modesta, señorito Turnstile —opinó el juez—. Demasiado modesta, desde luego. Te has comportado como un monstruo, como un pícaro truhán; no has sido mejor que un carterista de la más baja calaña.

Me pasó por la cabeza que debería señalar que eso era precisamente lo que era, que era ése el mundo en que me habían criado, pues nunca había conocido el auxilio de una madre o un padre, pero la sensatez impuso sus virtudes y me selló los labios, advirtiéndome que no eran ésas las palabras que él quería oír.

—Le pido mil perdones por mis actos —dije en cambio, y entonces, dirigiéndome al caballero francés, hablé con algo que se acercaba a la honestidad—: Usted se ha mostrado amable conmigo. Y me ha hablado de una forma que me ha hecho sentir más de lo que soy. Me disculpo por haberle defraudado. Si pudiese enmendar mis actos, lo haría.

El caballero asintió con la cabeza y pensé que parecía emocionado por mis palabras, para mi propia sorpresa, sinceras. Se había mostrado en efecto atento conmigo al iniciarse nuestra conversación. Y me había hablado como si hubiese algo más que una molienda de telarañas entre mis orejas, lo cual para mí era un lujo bien poco frecuente.

—¿Qué opina usted, señor Zulú? —preguntó entonces el juez, mirando al francés—. ¿Es prometedor el muchacho?

—Es Zéla —respondió el caballero en tono cansino, y sospeché que había corregido ese error de pronunciación en más de una ocasión desde que entró en la habitación antes que yo—. No soy de origen africano, señor Henderson. Nací en París.

—Acepte mis disculpas, señor —repuso el juez, y capté en su tono que no podía importarle menos y que simplemente deseaba que aquella entrevista llegara a una conclusión feliz lo antes posible. Miré al caballero y me pregunté quién podría ser para ejercer semejante dominio sobre un perro rabioso como el señor Henderson.

—Sin embargo, parece el candidato ideal —dijo entonces el señor Zéla, y me preguntó—: ¿Cuánto mides, muchacho?

—Algo más de metro y medio, señor —respondí sonrojándome un poco, pues había quien decía que era más bien bajito, una lacra que había llevado toda la vida.

—Y tienes catorce años, si no me equivoco.

—Catorce años, exactamente —contesté, y añadí—: Y dos días.

—La edad perfecta —comentó, poniéndose en pie y acercándose a mí. He de conceder que era un hombre de muy buena figura: alto y flaco, con un aire de elegancia pero cierta generosidad en la mirada, como si no fuera de los que disfrutan complicando la vida a los demás—. Me pregunto si te importaría abrir un momento la boca.

—¿Que si le importaría? —soltó el juez con una risotada—. ¿Qué más da que le importe o no? ¡Abre la boca, chico, y haz todo lo que el caballero te pida!

Prescindiendo de tales gruñidos, decidí concentrar la atención en el caballero francés. « Puede ayudarme —me dije—. Quiere ayudarme ». Abri la boca; él me cogió del mentón (que desapareció por completo bajo su mano) y escudriñó en su interior para verme los dientes. Me sentí como un caballo.

—Muy sana —comentó al cabo—. ¿Cómo ha logrado un chico como tú mantener las piezas dentales en tan buen estado?

—Comiendo manzanas —respondí con seguridad—. Todas las que puedo. Van muy bien si haces rechinar mucho los dientes, o eso me han dicho siempre.

—Bueno, pues a ti te ha dado buen resultado, de eso no cabe duda —replicó, sonriéndome un poco—. Levanta los brazos, muchacho.

Los extendí ante mí y él me oprimió los costados y luego el pecho, pero me tocó como lo habría hecho un médico y no para otra cosa. No parecía de éstos.

—Eres un chico sano, me parece —concluyó—. Tu postura es correcta y tienes una buena osamenta. Eres más bien bajo, pero eso no es ningún defecto.

—Gracias, señor —contesté, pasando por alto el último comentario—. Es muy generoso por su parte.

El señor Zéla asintió y miró al juez.

—Creo que puede ser adecuado —anunció alegremente—. Sí, puede ser muy

adecuado.

¿Adecuado para qué? ¿Para la liberación inmediata? Miré a uno y a otro y me pregunté qué me deparaba el destino.

—Estás de suerte, chico —comentó el señor Henderson, y cogió un hueso del plato para roerlo de forma repugnante—. ¿Qué te parecería evitar un año entero en prisión, eh?

—Me gustaría mucho —contesté—. Estoy muy arrepentido de mis pecados, palabra de honor.

—Eso carece de importancia —comentó el juez, seleccionando otro pedazo para examinarlo en busca de las partes más selectas—. Señor Zéla, ¿le importaría hacerle saber al chico qué le espera?

El caballero francés volvió a su asiento y me miró de arriba abajo unos instantes; pareció estar considerando algo, y asintió entonces con la cabeza como si hubiese tomado una resolución en firme.

—Sí, estoy decidido —anunció, más para sí que para otro—. ¿Te has hecho alguna vez a la mar, muchacho?

—¿A la mar? —pregunté, y se me escapó una risita—. Qué va.

—¿Y te gustaría hacerlo?

Consideré la idea unos instantes.

—Quizá me gustaría, señor —repuse con cierta cautela—. ¿En calidad de qué exactamente?

—Hay un barco anclado no muy lejos de aquí —me explicó entonces—. Un barco con una misión muy particular de gran importancia para su majestad.

—¿Conoce usted al rey, señor? —pregunté, abriendo mucho los ojos por hallarme tal vez ante alguien que podía haber estado en presencia de la realeza.

—Sí, he tenido ese gran placer —repuso él en voz baja, pero sin dar a entender que se considerara un tipo estupendo por ello.

Musité un improperio de puro asombro y el señor Henderson asestó un puñetazo en la mesa y soltó otro en respuesta.

—Ese barco —continuó el señor Zéla, haciendo caso omiso de nosotros— ha de zarpar hoy mismo en esa misión, y ha surgido un pequeño contratiempo, pero creo que tú, mi señor Turnstile, puedes ayudarnos a resolverlo.

Asentí y traté de adelantarme a su historia para comprender qué iba a requerir de mí.

—Un jovencito —prosiguió—, un muchacho de tu edad, de hecho, que tenía un sitio a bordo como paje del capitán, estaba recorriendo la pasarela ayer por la tarde a un paso no muy adecuado para lo mojada y resbaladiza que estaba la madera, y bueno, resumiendo, se ha roto las piernas y no está en condiciones de caminar, no digamos ya de navegar. Se ha sugerido que había bebido, pero eso no nos incumbe a los efectos de esta conversación. Es preciso encontrar un sustituto, pero sin demora, pues el barco ha sufrido ya bastante retraso por culpa

del tiempo y debe zarpar hoy mismo. ¿Qué me dices, señor Turnstile? ¿Estás dispuesto para la aventura?

Reflexioné. Un barco. El criado de un capitán. Yo diría que sí lo estaba.

—¿Y la prisión? —quise saber—. ¿Van a perdonármela?

—Si das lo mejor de ti a bordo —intervino el señor Henderson, aquel viejo elefante ignorante—. Si no, cumplirás tu condena al regreso, por triplicado.

Fruncí el entrecejo. Aquello sí que era un arreglo.

—Y el tal viaje —le dije al señor Zéla—, ¿puedo preguntar cuánto ha de durar?

—Dos años, diría yo —respondió encogiéndose de hombros, como si ese tiempo fuese una nadería para él—. ¿Has oído hablar de Otaheite? —me preguntó. Pensé un poco y negué con la cabeza—. De Tahití, entonces; con frecuencia se la conoce por ese nombre. —Dije que no otra vez—. Bueno, no importa. Tu ignorancia se verá rectificada bien pronto. El barco tiene como destino Otaheite, para una misión muy especial. Y cuando esa misión haya concluido, el barco regresará a Inglaterra. A la vuelta recibirás una paga de seis chelines por cada semana que hayas estado fuera y serás absuelto de tu delito. ¿Qué opinas, jovencito? ¿Somos del mismo parecer?

Traté de hacer cálculos mentales para descubrir cuánto serían seis chelines por semana durante dos años, pero no tenía ingenio suficiente para ello; sólo sabía que sin duda sería rico. Me entraron ganas de abrazar al caballero francés.

—Le estoy sumamente agradecido —dije, ansioso de que no retirase la oferta—. Le agradezco muchísimo su ofrecimiento, que acepto, y le aseguro que mi servicio será del más alto nivel en todo momento.

—Entonces no hay más que hablar —concluyó con una sonrisa, poniéndose en pie y apoyándose una mano en el hombro—. Pero me temo que no hay tiempo que perder. El barco zarpa a las cuatro en punto. —Hurgó en el bolsillo y sacó el reloj, pero frunció el entrecejo al posar la vista en el cristal hecho añicos y las manecillas rotas. Me miró un instante antes de devolverlo a su sitio sin comentarios—. Señor Henderson —dijo entonces—, ¿tiene hora?

—Las tres y cuarto —respondió el juez, que para entonces se había aburrido de los dos y se concentraba sólo en sus vituallas.

—Entonces debemos apresurarnos —urgió el señor Zéla—. ¿Puedo llevarme al chico, señor?

—Lléveselo, lléveselo —fue su respuesta—. Y tú asegúrate de que no habré de volver a verte, joven granuja, ¿me oyes? De lo contrario, sabrás lo que es bueno.

—Por supuesto, señoría. Y gracias por su generosidad —añadió.

Salí por la puerta detrás del caballero y me encaminé hacia mi nueva vida. Como es natural, el señor Zéla avanzó por los pasillos tan rápido como todos los demás y me vi obligado a corretear tras él. Por fin estuvimos fuera, donde

esperaba su carruaje. Subí en segundo lugar y mi corazón se alegró al respirar de nuevo el aire fresco de la libertad. Iba a marcharme de Inglaterra y a correr una aventura. Si había existido alguna vez un muchacho vivo más afortunado, no conocía su nombre ni sus circunstancias.

—Discúlpeme, señor —dije cuando ya partíamos—. ¿Puedo preguntarle el nombre del barco y el del capitán a quien debo servir?

—¿No lo he mencionado? —preguntó él con sorpresa—. El barco es la fragata *Bounty* de Su Majestad, y la gobierna un hombre muy capaz y buen amigo mío, el teniente William Bligh.

Asentí con la cabeza y grabé esos nombres en mi memoria; como había sugerido el caballero, no significaron nada para mí en ese momento. Cuando doblamos una esquina para dirigirnos hacia la costa, no miré atrás ni una sola vez, y tampoco alrededor para llevarme un último recuerdo de las calles en que había crecido, ni me tomé un instante para contemplar una vez más los lugares donde había robado y hurtado durante una década o más; ni siquiera dediqué un solo pensamiento al establecimiento donde me había criado y donde se me había arrebatado la inocencia en un centenar de ocasiones. Miré en cambio hacia el futuro y las emociones y aventuras que me aguardaban.

Oh, qué insensatez la mía; qué poca idea tenía entonces de lo que me aguardaba.

Segunda parte

El viaje

L LIBROS

23 de diciembre de 1787 – 26 de octubre de 1788

En cuanto puse un pie en la cubierta de la *Bounty* el clima empeoró y empezó a llover; fue casi como si el Señor en persona hubiese echado un vistazo al barco y a las almas de a bordo, decidido que no le importaba gran cosa ninguno de nosotros, y pensado que sería entretenido atormentarnos desde el principio, el muy asno.

El señor Zéla se había despedido de mí en el muelle y no me importa admitir que sentí cierta inquietud al alzar la vista hacia el que había de ser mi hogar durante los siguientes dieciocho meses, quizá incluso dos años. Ese simple pensamiento bastó para dejarme hecho un manojo de nervios.

—¿No va a navegar usted también? —pregunté esperanzado, pues en el transcurso de nuestra breve relación había empezado a considerarlo algo así como un benefactor e incluso un amigo, teniendo en cuenta que me había ayudado ya en tres ocasiones distintas ese mismo día.

—¿Yo? —inquirió, y rio un poco negando con la cabeza—. No, no, muchacho. Me temo que, lamentablemente, en este momento demasiadas responsabilidades, más de las que me corresponden, me retienen aquí en Inglaterra. Por atractiva que me resulte la idea de llevar la vida de un aventurero, he de postergar el placer de este viaje particular y desearte *adieu y bonne chance*.

No sé por qué tenía que hablar de esa forma. De haber surgido ese meloso cotorreo de los labios de cualquier otro me habría sentido asqueado, pero en su caso daba la sensación de que las frases más simples habitaran en un país distinto del suyo. Traté de pensar en algo igualmente ingenioso que responder, pero él reinició su cháchara antes de que mi cerebro pudiese conectar con mis labios. Es algo habitual en los caballeros como él. Ven un silencio como la petición del público de otra canción.

—No es el barco más magnífico que haya visto —comentó con recelo, mesándose el bigote y frunciendo el entrecejo—. Pero es recio, eso sí se lo concedo. Y te llevará sano y salvo a tu destino. *Sir Joseph* se ha ocupado de que sea bien sólido, puedo prometerte que es así.

—Mientras no se vaya a pique, lo demás no me preocupa —repuse, sin importarme quién pudiera ser ese *sir Joseph*, y él me miró fijamente y negó con la cabeza.

—Muchacho, no debes hablar de ese modo a bordo —me aconsejó con seriedad—. Los marineros constituyen una raza curiosa. Tienen más supersticiones que los antiguos de Roma y Grecia juntos, y me atrevería a decir que verás las entrañas de más de un albatros abatido cuando las examinen en busca de una predicción del tiempo durante el viaje. Un comentario como ése puede convertir a tus nuevos colegas en extraños enemigos. Méditalo bien y sé sensato.

Asentí en silencio, pero pensé qué puñado de borrachines serían si no podían oír a un jovencuelo decir lo que pensaba sin creer que todo el maldito mundo iba a acabarse. Aun así, fui lo bastante listo para comprender que el señor Zéla sabía mucho más que yo de cómo funcionaba el mundo, así que tomé nota de sus palabras y resolví moderar mi lengua durante el viaje.

Nos quedamos allí de pie unos instantes más y mi mirada se concentró en el extremo de la madera que hacía de pasarela, así como en los hombres que marchaban deprisa por cubierta como si llevaran fuego en el trasero, tironeando de cuerdas y tensando vete a saber qué. Me pregunté de pronto si no debería echar a correr en ese preciso momento, escabulléndome del caballero francés, y dirigirme a uno de los callejones laterales en que tenía la seguridad de poder perderlo si me daba caza (lo que de todas formas dudaba). Miré a izquierda y derecha, vi mi oportunidad, y estaba a punto de salir corriendo cuando, como si me leyera la mente, la mano del señor Zéla me oprimió el hombro y empezó a guiarme hacia mi destino.

—Ha llegado el momento de subir a bordo, señor Turnstile —declaró, y aquella magnífica y resonante voz suya cortó mis planes como un cuchillo caliente hiende la mantequilla—. El barco no tardará en zarpar; lleva ya un retraso de varios días. ¿Ves a ese tipo que nos hace señas desde lo alto de los peldaños?

Miré hacia donde señalaba y, en efecto, de pie en cubierta y sin el menor atisbo de vergüenza, había una criatura de aspecto abominable y cara de comadreja, huesuda y con las mejillas hundidas, que hacía aspavientos con los brazos como si acabara de fugarse de un hogar para desquiciados.

—Sí —repose—, lo veo. Y le aseguro que es un espectáculo lamentable.

—Ése es el señor Samuel —me explicó—. El secretario del capitán. Te está esperando y te indicará cuáles son tus obligaciones. Un hombre sensato —añadió al cabo de un instante, pero por su tono no creí una palabra; me pareció que sólo lo decía para tranquilizarme.

Me volví y miré una vez más hacia donde se hallaba la libertad, pero descarté la idea y sacudí con la cabeza. Ahí estaba, a mis catorce años, un maestro en algunas artes —carterista y truhán redomado— y un completo inocente en otras. Desde luego, podría llegar hasta la capital, pues disponía del ingenio necesario para hacerlo, y con un poco de suerte conseguiría sin duda ganarme la vida allí, pero ante mí se ofrecía algo distinto. Una oportunidad de correr aventuras y ganar dinero. A diferencia de los marineros, yo no era de los que desperdician aliento o pensamientos en la superstición, pero aun así no podía evitar preguntarme si el destino no me habría conducido a ese momento y ese barco por una razón concreta.

Y había algo más que prefería no considerar: el señor Lewis, el hombre que me había criado. Los límites a los que él llegaría para volver a capturarme. Ese

pensamiento me hizo estremecer y volví a mirar hacia el barco.

—Bueno —concluí con un gesto de asentimiento—. Me despediré de usted ahora, y he de agradecerle una vez más que me haya salvado. —Tendí la mano para estrechar enérgicamente la del señor Zéla, que pareció divertido ante mi gesto, el muy simple—. Me ha hecho un gran servicio y quizá algún día seré capaz de corresponderle.

—Correspóndeme siendo un buen paje para el capitán —me respondió poniéndome una mano en el hombro como si fuera su propio hijo y no un bribonzuelo que había recogido de las calles—. Sé honesto y leal, John Jacob Turnstile, y sabré entonces que no he cometido un error al elegirte y librarte de la cárcel.

—Así lo haré —declaré antes de decirle adiós una vez más y dirigirme pasarela arriba hacia aquel chillado.

Subí despacio al principio y luego un poco más rápido, como si mi confianza creciera a cada paso.

—¿Eres tú el paje? —me preguntó la comadreja que estaba en lo alto con una voz que habría hecho agrietarse el cristal. Me pareció que sus palabras pasaban de largo por su garganta para ser articuladas en las cavidades nasales.

—John Jacob Turnstile —dije, tendiéndole una mano con la esperanza de que iniciáramos una relación amable—. Encantado de conocerlo, por supuesto.

Me miró la mano como si acabara de ofrecerle el cuerpo podrido e infestado de gusanos de un gato y le hubiese invitado a besarlo.

—Soy Samuel, el secretario del capitán —declaró, mirándome como si yo acabara de surgir de debajo del barco para plantarme ante él cubierto de percebes, apestando a las pútridas aguas cenagosas—. Soy tu superior.

Asentí. Sabía bien poco de la vida en el mar, aparte de lo que había oído contar a los marineros que llegaban y partían de mi pequeño mundo en Portsmouth, pero era lo bastante astuto para comprender que cada hombre a bordo de la *Bounty* conocía muy bien su sitio en la cadena de mando y que era muy probable que yo fuese justo el eslabón final.

—Me producirá entonces enorme placer alzar la vista desde mi ventajosa posición de inferioridad y enorgullecerme de su magnificencia —solté cuando empezó a conducirme a algún sitio, y se volvió para dirigirme una mirada furibunda que habría asustado a un chino.

—¿Qué has dicho? —preguntó con el rostro aún más crispado, y enseguida lamenté haber hablado, porque, cuanto más rato estuviésemos ahí plantados, más íbamos a mojarnos con aquel tiempo endiablado que empeoraba a cada instante—. ¿Qué acabas de decir, chico?

—He dicho que espero aprender de usted —repose en tono más humilde—. Verá, es que yo no tendría que estar aquí. El puesto era de otro chico, pero lo perdí.

—Todo eso ya lo sé —respondió frunciendo el entrecejo—. Y sé más que tú, de manera que no finjas lo contrario o te pescaré. Y no debes creer lo que oigas de cualquier otra fuente, pues no hay verdad alguna en nada de lo que los hombres digan aquí. El joven Smith, el antiguo paje, tuvo la desgracia de caerse y yo no tuve nada que ver.

No contesté, pero tomé buena nota de afianzar bien los pies en cubierta siempre que el señor Samuel anduviese cerca. Quizá los secretarios y los pajes no sentían un natural afecto mutuo; por lo que sabía, así eran las cosas en el mar. Pero dispuse de poco tiempo para pensar en ello, puesto que seguimos adelante hasta que hubimos recorrido media cubierta, él con la cabeza gacha a medida que se abría paso entre las filas de hombres, que me miraban sin hacer comentarios. Casi todos eran mayores que yo, con edades que irían de los quince a los cuarenta, pero no aflojé el paso. Ya me presentaría más tarde. En honor a la verdad, debo admitir que me sentía nervioso ante ellos; todos eran más robustos que yo, y me miraban de arriba abajo como hacía el señor Lewis cuando se ponía lascivo, y ésa era una clase de conducta que no deseaba ahora que era un tipo que sólo dependía de mí mismo.

—Mueve esos pies y camina, chico —exclamó el señor Samuel a pesar de que me mantenía por completo a su altura—. No dispongo de tiempo para desperdiciarlo contigo. Llegas tarde.

Antes de que pudiese formular una respuesta y señalar que mi puntualidad había estado ese día en manos de otros, levantó una escotilla en el suelo para revelar una escalera que conducía a la cubierta inferior, a la que bajó al instante sin dirigirme una sola palabra; a mis pies les costó más acostumbrarse a aquellos pedañes extraños y descendí despacio, asiéndome cautelosamente a los lados con afán.

—¡Date prisa, chico! —chilló la comadreja, así que eché a correr de forma que mis pies casi le tocaban los talones al seguirlo por el pasillo hasta el extremo del barco, donde abrió de par en par una puerta.

Ante mí vi una habitación grande, con ventanas a cada lado, que se estrechaba siguiendo la forma del barco. Era un espacio espléndido, luminoso, bien aireado y seco, y por un instante me pregunté si habría de pertencermelo. Había dormido en sitios mucho peores, desde luego. Estaba curiosamente despojado de muebles, y alineadas contra las paredes a cada lado había docenas de largas cajas de embalaje. Lo que me pareció más misterioso fueron los centenares de macetas de barro verde, todas vacías y pulcramente encajadas unas dentro de otras, que se alzaban en torres a lo largo de las paredes. Las cajas tenían agujeros circulares en las bases y tablillas en los lados, de forma que pudiesen colocarse unas encima de otras permitiendo la entrada de aire para lo que fuera que se guardara en ellas.

—Por todos los diablos, ¿para qué son todas esas macetas? —pregunté en tono

de sorpresa, cometiendo el error de suponer que una conversación civilizada entre dos miembros de la Armada de Su Majestad no sería demasiado esperar, pero semejante esperanza se vio desvirtuada cuando la comadreja se volvió y blandió un dedo ante mi cara como la vieja lavandera que era.

—Nada de preguntas, chico —espetó, salpicando saliva a diestro y siniestro y sin avergonzarse en absoluto de su conducta—. No te han traído aquí para que andes haciendo preguntas, ¿me oyes? Te han traído aquí para que seas un criado. Que la cosa empiece y acabe ahí.

—Le ruego humildemente que me disculpe, señor —repuse inclinándome tanto ante él que mi trasero quedó en el aire detrás de mí—. Retiro la pregunta sin rencor alguno. ¿Cómo puedo haberme atrevido a preguntar tal cosa?

—Cuida tus modales, ése es mi consejo —dijo él trasponiendo otro umbral que nos llevó a una zona más reducida, un pasillo con dos puertas a cada lado y una cortina de tela corrida en el extremo—. Esa puerta de ahí —explicó señalando una con un nudoso dedo— es la del señor Fryer, el maestro.

—¿La puerta es suya? —pregunté, todo inocencia.

—El camarote que hay detrás, maldito ignorante —exclamó entonces—. El señor Fryer sólo está por debajo del capitán. Escucha lo que te diga y obedécelo en todo momento, o atente a las consecuencias.

—Así lo haré, señor. Haré lo que me digan, quiero decir.

—Y detrás de esa cortina están los camarotes de los oficiales, los jóvenes señores Hallett y Heywood. Luego están los señores Stewart, Tinkler y Young. Son los guardiamarinas, y son tus superiores. Y también están los oficiales de cubierta, el señor Elphinstone y el señor Christian.

—¿Soy yo su superior? —quise saber.

—Estás muy por debajo —me espetó como un viejo cocodrilo a punto de arrancarle la cabeza a una criatura insignificante—. Están muy por encima de ti, desde luego. Pero no vas a tener mucha relación con ellos. Tus responsabilidades son hacia el capitán, que no se te olvide. Su camarote está por aquí. —Se acercó a la otra puerta, llamó con un rápido y ruidoso golpeteo que habría despertado a los muertos, y apoyó la oreja contra la hoja. No hubo respuesta, así que la abrió y se hizo a un lado para que yo echase un vistazo. Me sentí como en una visita turística en que me hubiesen advertido que no tocara nada para no ensuciarlo con mis mugrientas pezuñas.

—Las dependencias del capitán —explicó—. Más pequeñas de lo habitual, debido a que se precisa mucho espacio para las plantas. —Indicó con la cabeza la zona más espaciosa que acabábamos de atravesar, la que albergaba las cajas y macetas.

—¿Plantas? —inquirí frunciendo el entrecejo—. ¿Para eso son las macetas?

—¡Nada de preguntas, ya te lo he dicho! —gritó, cerniéndose sobre mí como un animal a punto de abalanzarse—. Tú límitate a cumplir las órdenes, nada más,

y todo irá bien.

En ese momento, un hombre salió por la puerta de los oficiales y titubeó un instante al vernos allí de pie. Era alto, de cara rubicunda y sin un ápice de carne en el cuerpo. Y con una nariz que no pasaba inadvertida. El señor Samuel guardó silencio y se quitó la gorra para inclinar varias veces la cabeza, como si ante él acabara de aparecer el emperador de Japón reclamando la cena.

—Cuánto ruido —comentó el oficial, que llevaba el uniforme azul con botones dorados que yo había visto por Portsmouth en muchas ocasiones—. Y justo cuando estamos a punto de zarpar. —Su tono de voz era extraño, como si aparentara que en realidad carecía de importancia, que sólo estaba entablando conversación, pero que si el ruido proseguía nos arrancaría igualmente el pellejo.

—Discúlpeme, señor Fryer —dijo el señor Samuel—. Este chico de aquí me ha hecho gritar, pero ya aprenderá. Es muy joven y no sabe gran cosa, pero ya le enseñaré yo.

—¿Quién es, por cierto? —quiso saber el oficial, mirándome ceñudo como si le sorprendiera ver a un extraño en el barco.

Me adelanté con valor y la mano tendida una vez más, y él se quedó mirándola con expresión divertida, como si no entendiera el gesto, antes de esbozar una leve sonrisa y estrechármela como un caballero.

—John Jacob Turnstile —me presenté—. Recién empleado.

—¿Recién empleado dónde? ¿Aquí? ¿En la *Bounty*?

—Si me lo permite, señor Fryer —intervino el señor Samuel interponiéndose entre los dos, de forma que me vi obligado a ladearme hacia la derecha para ver otra vez al señor Fryer, momento en el cual esboqué una de mis sonrisas especiales, de oreja a oreja—. El paje Smith tropezó y se partió las piernas. Hacía falta un criado sustituto para el capitán.

—Ah —asintió el oficial—. Ya veo. Deduzco pues que tú, Turnstile, eres el nuevo paje.

—Así es —contesté.

—Excelente. Bueno, pues entonces te doy la bienvenida. Descubrirás que el capitán y sus oficiales somos bastante razonables si nos sirves bien.

—Ésa es mi intención —declaré, pues se me ocurrió que la cosa podía resultar divertida. ¿Por qué no tratar de cumplir mi cometido y hacer saber al señor Zéla que no lo había defraudado?

—Me parece bien —concluyó el señor Fryer, alejándose—, pues ¿qué más podría pedirte cualquiera de nosotros?

Y con eso subió por la escalera y desapareció. El señor Samuel se volvió hacia mí y su rostro echaba chispas; no le gustaba que el señor Fryer se hubiese mostrado amigable conmigo.

—Eres despreciable —me soltó—. Dándole coba como un mariquita.

—He sido cortés, eso es todo —protesté—. ¿No se supone que he de serlo?

—No durarás mucho aquí con esa actitud —sentenció antes de señalar una pequeña litera que pendía baja en el rincón justo a la salida del camarote del capitán—. Ahí dormirás tú —declaró, y me quedé mirando el sitio con asombro, pues no era más que un rincón por el que cualquiera podía pasar, día o noche, y pisarme la cabeza.

—¿Ahí? —pregunté—. ¿No tengo camarote propio?

Soltó una carcajada, el muy asno, y negó con la cabeza antes de agarrarme del brazo y conducirme de vuelta al camarote del capitán, arrastrándome como todos habían tomado por costumbre.

—¿Ves esos cajones? —me dijo, y me mostró cuatro baúles de roble macizo diseminados por el suelo, cada uno algo menor que su vecino.

—Sí.

—Contienen la ropa y las pertenencias del capitán. Hay que vaciarlos, todos. El contenido ha de disponerse en los armarios y estantes. Y bien ordenado, por supuesto. Y luego hay que guardar los cajones unos dentro de otros y quitarlos de en medio. ¿Puedes seguir esas instrucciones, chico, o eres demasiado estúpido para entenderme?

—Creo que sí puedo —contesté poniendo los ojos en blanco—, por complicadas que sean.

—Entonces manos a la obra, y no quiero verte en cubierta hasta que hayas acabado.

Miré los baúles y advertí que estaban todos cerrados, de forma que me volví para preguntarle a la comadreja por las llaves, pero el tipo ya se había esfumado. Lo oí alejarse corriendo y al quedarme solo y sin otras distracciones, no pude sino notar cómo se mecía el barco de aquí para allá, de izquierda a derecha, y recordé las historias que había oído sobre tipos que se ponían enfermos en el mar hasta que lograban acostumbrarse a sus movimientos. Siempre había pensado que eran unos necios debiluchos, pues mi estómago era bien firme. Volví al camarote y cerré la puerta a mis espaldas.

No necesitaba una llave para abrir los baúles, pues el señor Lewis me había instruido bien. En el escritorio del capitán había una serie de objetos que podía utilizar a modo de ganzá, así que seleccioné una bonita pluma de afilada punta y la inserté en el mecanismo. Esperé hasta oír el sonido del resorte de la cerradura y le di luego la consabida sacudida para abrir finalmente el baúl.

Sus pertenencias no contenían más de lo que habría esperado encontrar. Varios uniformes distintos, unos más elegantes que supuse serían para cuando llegásemos dondequiera que fuésemos y tuviera que enfrentarse a los salvajes con sus mejores galas. Después había algunas prendas más ligeras y otras interiores que eran mucho más elegantes que cualquier ropa interior que hubiese llevado yo en mi vida, y me atrevo a decir que mucho más cómodas también. Eran casi tan suaves como las que llevaban las damas, pensé. Hay quienes

disfrutan revolviendo la ropa de otro hombre, pero yo no, de modo que cumplí mi cometido con rapidez, colocando cuanto encontraba en su nuevo emplazamiento con el mayor cuidado, tratando de no arrugar las prendas ni ensuciarlas, pues ése era después de todo mi nuevo empleo y estaba decidido a desempeñarlo con éxito.

En el baúl más pequeño de los cuatro encontré una serie de libros, de poesía en su mayor parte, además de una edición de las tragedias del señor Shakespeare, y un paquete de cartas, atadas con una cinta de seda roja, que guardé en un cajón del escritorio. Y entonces, por fin, saqué tres retratos enmarcados. El primero era de un caballero con una peluca blanca y una nariz aquilina y roja. Tenía los ojos muy hundidos y miraba fijamente al retratista con una expresión que rayaba en el desprecio asesino; no me habría gustado tener una diferencia de opinión con él. El segundo, sin embargo, fue mucho más de mi agrado. Una joven ama, con elegantes bucles y nariz respingona, que alzaba los ojos con expresión amable; supuse que debía de ser la esposa o la enamorada del capitán, pero el corazón me dio un pequeño brinco porque la dama me excitó un poco. El tercero era de un niño, un crío de ocho o nueve años, y no supe quién podía ser. Pasaron varios minutos antes de que me acercara al escritorio para colocarlos a ambos lados, de modo que el capitán los viera cuando escribiera en su diario. Cuando me disponía a alejarme, el barco dio una inesperada sacudida y sólo impedí mi caída tendiendo una mano para agarrarme a la esquina del escritorio.

Titubeé un instante antes de incorporarme de nuevo. En el camarote sólo había una ventana minúscula implacablemente azotada por la lluvia. Me acerqué trastabillando y la limpié, pero vi bien poco a través de ella, y cuando volví a apartarme, el barco dio un bandazo en dirección contraria y esa vez sí me caí. Poco faltó para que me partiera la crisma contra la esquina de un baúl.

Al cabo de unos instantes, restablecido el equilibrio, resolví meter los baúles unos dentro de otros, como se me había indicado, y quitarlos de en medio por si volvía a resbalar, tarea tras la cual me dirigí a la puerta, con los brazos extendidos y agarrándome a cualquier cosa que me ayudara a mantenerme vertical.

El pasillo estaba desierto. Llegué a la gran estancia donde se guardaban las macetas, con vistas a alcanzar la escalera de más allá, cuando otra sacudida me mandó a mí en una dirección y a mi estómago en otra. Sentí una gran opresión que no se parecía a ningún otro mareo que hubiese experimentado antes. Me tomé un instante para poner en orden mis pensamientos y tras cierta concentración dejé escapar un violento eructo que me hizo retroceder por su inesperada potencia, y en lo único que pude pensar fue en subir por las escaleras hasta el aire de cubierta.

Para entonces había llegado a la conclusión de que la vida del marinero no era para mí; estaba decidido a presentar mis excusas al señor Zéla y regresar por

donde había venido, con prisión o sin ella, cuando emergí en lo alto de los peldaños y miré alrededor: ya no había tierra visible. ¡Nos hallábamos en mar abierto! Quise gritar a unos hombres que iban de acá para allá, pero de mi boca no salió palabra alguna y el fragor de las olas, además de la violencia de la lluvia y el viento, bastaron para convencerme de que de todas maneras nadie iba a oírme.

Al secarme la lluvia de la cara tuve la seguridad de ver al señor Fryer en la distancia, hablando con otro hombre que parecía estar dando órdenes y señalando cosas a izquierda, derecha y centro; agarró a un marinero que pasaba, señaló otra cosa, y el hombre asintió con la cabeza y echó a correr en dicha dirección. Resolví ir hasta allí para pedirles que dieran la vuelta al barco y me dejaran regresar a casa, pero al salir a cubierta otro bandazo me lanzó hacia atrás y caí de espaldas escaleras abajo, para aterrizar sobre mi ya maltrecho trasero. De nuevo se me revolvió el estómago y me alegré de no haber comido desde la mañana, lo cual me impediría vomitar, pero, al alzar la vista, la distancia de vuelta a cubierta me disuadió y regresé por donde había venido para derrumbarme en la pequeña litera en el exterior del camarote del capitán, donde me volví de costado, de cara a la pared, me aferré el vientre y deseé que el barco o mi estómago dejaran de dar vueltas, el que primero se mostrara más solícito.

Todo pareció marchar bien unos instantes y mi cuerpo pareció relajarse, pero unos segundos después supe que todo estaba perdido y me revolví bruscamente para agarrar una maceta que estaba junto al catre y vomitar en ella de la manera más excelente, un proceso que continuó cierto tiempo hasta que mi estómago estuvo por completo vacío y sólo pude expulsar aire con cada arcada.

¿Y cómo acabó mi jornada, ese día distinto de cualquier otro que hubiese conocido y que tantos problemas me había acarreado? No lo sé. Iba y venía del sueño, mi cuerpo se mecía al ritmo de aquel demonio de barco, mi cabeza asomaba de forma intermitente sobre el borde para devolver en la maceta una vez más antes de sumirme en el estupor. En cierto momento estuve seguro de sentir una presencia junto a mí, que quitaba la maceta para reemplazarla por otra limpia, para regresar al cabo de un rato con un trapo húmedo que me aplicaba en la frente.

—Esto pasará, amigo mío —dijo el desconocido, quienquiera que fuese, en voz baja y amable—. Deja que tu cuerpo se acostumbre al vaivén y esto, como todo, no tardará en pasar.

Traté de centrar la mirada en mi generoso protector, pero la niebla que enturbiaba mis ojos no me dejó distinguir su rostro. Me volví de costado, encogiéndome entre gemidos y llantos, y hubo entonces un gran silencio que me permitió dormir sin sueños. Al despertar fui consciente de la luz del día, de cierto equilibrio, del sabor nauseabundo en los labios y la lengua y de un hambre como

la que no había conocido antes de ese día pero que volvería a conocer, y durante más tiempo aún, antes de que mis aventuras llegaran a su fin.

Para mi enorme sorpresa, transcurrieron dos días enteros antes de que mi cuerpo recuperase su antigua condición y fuese capaz de caminar de nuevo por cubierta sin temor a desplomarme. Por supuesto, al principio seguía un poco inestable y no podía fiarme mucho rato de mis intestinos, pero los vómitos constantes habían remitido por fin y por eso al menos me sentía agradecido.

La litera baja en que había yacido durante aquellos horribles días y noches resultó sorprendentemente cómoda, pero al verla de nuevo desde la posición erecta no pude sino recordar las interminables horas de sacudidas y vueltas que tanta angustia me habían causado. Mientras me hallaba en mi lecho de enfermo había oído hombres que pasaban arriba y abajo, con las botas resonando en el suelo de madera y cobre, conversando alegremente en tanto se ocupaban de sus asuntos, sin prestar la menor atención a la pobre y desgraciada criatura que yacía en un abismo de agonía junto a sus pies, los muy perros egoístas. En realidad, la única persona de a bordo que se había mostrado amable conmigo era el misterioso desconocido que me había vaciado la maceta de vómitos aquella primera noche (y en varias ocasiones más desde entonces), y que me había puesto la compresa fría en la sudorosa frente para que las fiebres no me torturasen más. Resolví averiguar el nombre de aquel tipo de buen corazón en cuanto tuviese oportunidad y demostrarle de algún modo mi agradecimiento.

La tarde en que recuperé la salud, me aventuré a realizar unos cautelosos movimientos alejándome del rincón del barco en que había yacido tanto tiempo, notando el balanceo y tratando de que mis pisadas se avinieran a él, para decidir finalmente que mi cuerpo se había acostumbrado a los cambios de equilibrio y que todo marcharía bien. Recorrí la gran estancia en que se guardaban las macetas y cajas para dirigirme a las escaleras del fondo, cuando vi descender por ellas a la comadreja en persona, el señor Samuel.

—Ya andas por aquí otra vez, ¿eh? —exclamó, deteniéndose un instante para mirarme con tanto asco que cualquiera habría pensado que yo acababa de susurrar alguna obscenidad al oído de su madre.

—He estado enfermo —repliqué en voz baja pues, pese a mi restablecimiento, aún no estaba en condiciones de enzarzarme en una justa verbal con alguien como él—. Pero me parece que ya me encuentro mejor.

—Bueno, pues qué maravilla —ironizó rebosando amargura con su sonrisa torcida—. Quizá deberíamos detener el barco y disparar una salva de seis cañones en reconocimiento.

—No es necesario —dije negando con la cabeza—. Además, sería una lástima desperdiciar así la artillería. —Y añadí—: El médico me ayudó, me parece. ¿Anda por aquí, para poder darle las gracias?

—¿El doctor? —preguntó el señor Samuel, riendo y mirándome como si

fuera un tarado—. El doctor Huggan no se ha acercado a ti. Si tú no eres nadie... ¿Crees acaso que a un hombre con sus responsabilidades le preocupa siquiera si vives o mueres?

—Bueno, pues alguien lo hizo —protesté—. Supuse que...

—Vemos menos al doctor de lo que te vemos a ti —murmuré—. Ha estado borracho desde que embarcamos. Y no te halagues pensando que una sola alma de este barco ha cuidado de ti; todos son tus superiores, hasta el último de ellos, así que quitatelo de la cabeza, porque a nadie le importa una mierda tu bienestar.

Exhalé un suspiro. Ese tipo tenía tan sólo una modalidad de discurso.

—No me iría mal un poco de comida —añadí al cabo de un momento—. Si puede encontrarse alguna.

Puso los ojos en blanco y se acercó un paso, mirándome de arriba abajo con una mueca de disgusto.

—¿Quién te has creído que soy? —espetó—. ¿Tu mayordomo? Comerás más tarde. Por el momento tienes que cambiarte. Apesta a mil demonios. Hueles como un perro muerto al que hay an dejado pudriéndose al sol.

Bajé la vista para mirarme y, en efecto, comprobé que iba vestido con la misma ropa que había llevado antes en Portsmouth. Y habían sido varios días de sacudidas y vueltas en la litera, sudando como un caballo y vomitando como un mocos, que no le habían hecho ningún bien.

—Pero no tengo otra ropa —aduje—. Subí a bordo sin previo aviso.

—Pues claro que no tienes más, pequeño imbécil. ¿Te has creído que éste es un sitio al que puedes traer equipaje? No eres un caballero y no pienses que lo eres por dormir entre sus dependencias. Tengo un uniforme para ti, el uniforme de un MP.

—¿Un MP?

—Sí, y no me digas que no sabes qué es o haré que te tiren por la borda por ignorante. Tendrás que llevarlo en todo momento, Tunante, excepto cuando estés dormido. ¿Me has entendido?

—Es Turnstile —repuse—. John Jacob Turnstile.

—¿Crees que me importa un carajo? Sígueme, chico.

Hizo que los dos recorriésemos a buen paso un pasillo que no había visto antes y sacó entonces un gran manajo de llaves del delantal, buscó una y abrió una puerta, para entrar un momento en una habitación a oscuras antes de salir de nuevo y mirarme de arriba abajo, darme vueltas como a una peonza y musitar unas obscenidades por lo bajo. Desapareció de nuevo en el interior y unos instantes después estuvo de vuelta, trayendo esta vez un par de pantalones largos y sueltos, una casaca larga, una chaqueta azul oscuro y unas zapatillas.

—Ahí encontrarás donde lavarte —dijo, indicando una puerta al final del pasillo—. Haz lo posible por quitarte el mal olor del cuerpo y luego ponte esto. Y no te entretengas con sucios jueguecitos. Tienes que servir al capitán en la mesa

esta noche y debes estar presentable.

—Pero si aún no lo conozco —protesté—. ¿Cómo voy a reconocerlo?

El señor Samuel soltó una risotada.

—Lo reconocerás de inmediato. El señor Hall, el cocinero, estará presente y te dará instrucciones. Hasta entonces, ni una palabra más. Lávate y vístete; ésas son tus órdenes y soy tu superior, así que hazme caso.

Asentí con un gesto y me dirigí hacia la puerta, como me indicaba. Allí dentro encontré un par de tinas enormes, ambas llenas de agua, con un cajón al lado para llegar hasta ellas. Fruncí el ceño. No soy ningún gitano y he utilizado en muchas ocasiones los baños públicos de Portsmouth —el señor Lewis siempre andaba diciendo que era un mariquita por la frecuencia con que me gustaba lavarme de pies a cabeza: dos veces al año sin falta—, pero no sabía cuántos marineros habían usado ya el agua de aquellas tinas y la idea me produjo repugnancia. Aun así, me llegaba la peste de mi propia suciedad, por no mencionar el vómito que manchaba mi camisa y me hostigaba las narices, de forma que no me quedó otro remedio que desnudarme por completo y meterme dentro. El agua estaba fría, tan helada que grité de pura impresión, y me alegré de que la habitación estuviera en penumbra, pues no deseaba ver qué habría flotando ahí dentro, y no verlo era ya una gran cosa. Apenas tocaba con los pies el fondo, de modo que me veía obligado a levantar la barbilla para no desaparecer del todo y ahogarme, y lo hice con cautela porque no deseaba que mis ojos o mi boca entraran en contacto con aquel nocivo líquido. Permanecí dentro no más de un par de minutos antes de volver a salir, y una vez en el suelo sacudí brazos y piernas para secarme antes de ponerme el uniforme nuevo. Deseé tener un espejo para ver mi reflejo, pero no disponía de semejantes sutilezas, así que salí otra vez al pasillo y regresé por donde había llegado en busca de comida.

Tuve que hacer muy poco en mi tarea de atender a la mesa del capitán, lo cual me dejó más contento que un cerdo en el lodo, porque yo nunca había servido a un hombre en su cena, no digamos ya a uno que pudiese echarme por la borda si no lo hacía bien, y no sabía por dónde empezar. Nunca había tenido un empleo ni de un solo día. El señor Lewis, el que me crió, me enseñó a hacer ciertas cosas para ganarme el pan —de carterista y cosas así, buenos y honestos hurtos y otros trabajitos—, pero nunca había tenido un puesto que implicase un salario y expectativas.

Uno de mis hermanos en el establecimiento del señor Lewis, un chico llamado Bill Holby, consiguió un empleo una vez, y cuando volvió a casa para anunciarlo se armó la gorda. Le habían ofrecido un puesto en una casa de avituallamiento en Portsmouth y cuando el señor Lewis se enteró dijo que menuda señal de gratitud, que él recogía a un chico y le enseñaba un oficio sólo para que ese desharrapado volviera a casa un día diciendo que ya no quería saber nada y que no buscaba otra cosa en la vida que una jornada honrada de trabajo por una paga honrada. Yo era sólo un crío entonces y me escondí atemorizado en un rincón cuando el señor Lewis avanzó hacia él con el atizador, pero Bill, que era fuerte y más alto que la mayoría de nosotros, se lo arrancó de la mano y lo amenazó con él por todas las cosas que el señor Lewis le había obligado a hacer a lo largo de los años. « Todo esto se acabó para mí —recuerdo haberle oído gritar, y la expresión de sus ojos habría bastado para asustar a un italiano—. Ojalá encontrara la forma de salvar a estos niños...» . Por un instante creí que Bill iba a asesinarlo, tan furioso estaba, y esa idea me asustó, pero al final arrojó a un lado el atizador con un grito terrible, como si se odiara más a sí mismo que a cualquier otro, antes de mirarnos a todos y decirnos que deberíamos escapar de allí antes de que el señor Lewis nos corrompiera tal como lo había corrompido a él.

Por entonces Bill me pareció sumamente desagradecido, pues ¿no nos proporcionaba el señor Lewis cama y comida y protección de la lluvia? Ahora pienso de forma distinta. Pero en esa época tenía sólo cinco o seis años y Bill había pasado ya por lo que a mí me esperaba en un futuro no muy lejano.

Salía del camarote del capitán, donde le había estirado las sábanas en un intento de que se vieran limpias, cuando el cocinero del barco apareció de la cocina, me vio y soltó un grito como si fuese un polizón al que hubiesen pillado robando en la zona más reservada del navío.

—¿Quién demonios eres tú? —exclamó, y me encogí en mi elegante uniforme nuevo, que debería haberle dado alguna clase de pista de haber estado en posesión de un poco de inteligencia.

—El nuevo paje —contesté a toda prisa, pues era un tipo grandote con un par

de manazas entre las que habría durado bien poco de haber tenido él intención de utilizarlas; era obvio que la noticia de mi empleo no se había considerado de interés suficiente como para que la tripulación debiera estar al corriente.

—¿El criado del capitán? No me mientas, chico. Ése es John Smith, y lo conozco porque está por debajo de mí.

Por la madre de Lucifer, ¿nadie en aquel barco tenía otro capricho que no fuese su posición en la sempiterna escala?

—Se partió las piernas —expliqué, retrocediendo un poco—. Un accidente en la pasarela. Yo he ocupado su lugar.

Aguzó la mirada y se inclinó un poco para olisquearme, como si yo fuera un pedazo de carne y quisiera asegurarse de que me encontraba en buen estado antes de trincharme.

—Yo te he visto antes, ¿no? —preguntó en voz baja e hincándome un dedo entre las costillas—. Hecho un ovillo en ese rincón de ahí, apestando a mil demonios y más.

—Pues sí, ése era yo —admití—. No me he sentido muy bien. —Se me ocurrió que tal vez él había sido mi benefactor desconocido, el que me había ayudado en mi enfermedad, así que pregunté—: ¿Fue usted quien me puso la compresa?

—¿Quién hizo qué?

—¿Y quien se llevó la maceta? —añadí, y pareció a punto de darme un mamporro y lanzarme por la cubierta.

—No tengo tiempo de escuchar sandeces —dijo al fin, siseando despacio como una cacerola al quitarla del fuego—. De todas formas, John Smith era un pedazo de inútil y tú no puedes ser mucho peor, así que yo diría que servirás por el momento. Conoces tus obligaciones, ¿no?

—Bueno, pues no —respondí, negando con la cabeza—. Nadie me ha dicho gran cosa de momento, teniendo en cuenta que estos últimos días he estado enfermo, y luego al despertarme...

—Amigo —me interrumpió el señor Hall levantando una mano para silenciarme y brindándome lo que podría haberse tildado de sonrisa—, me importa una mierda.

Eso me acalló de inmediato, no me molesta admitirlo, y cerré el pico para estudiarlo de arriba abajo. Era un hombre de mediana edad con una barba encrespada, y su aspecto de estar siempre sudoroso y el hedor que emergía de la cocina en que trabajaba no hacían nada por estimular el apetito. Aun así, me agradaba, y no supe por qué.

—Sea como fuere, ¿cómo te llamas? —quiso saber.

—John Jacob Turnstile. A su servicio.

—Al servicio del capitán, más bien —murmuró—. Aunque no es que tengamos uno, por supuesto.

—¿Cómo dice? —pregunté, y él rio.

—¿No lo sabes? La *Bounty* es un barco sin capitán. Bueno, ése sí que es un buen presagio para ti.

Fruncí el entrecejo. Eso no tenía ningún sentido; después de todo, el señor Zéla se había referido al capitán Bligh como amigo personal y el señor Samuel, la despreciable comadreja, había comentado el hecho en varias ocasiones.

—La comida está lista de todos modos y ahí dentro la están esperando, así que espabila —prosiguió, guiándome al interior de la cocina e indicándome una hilera de bandejas plateadas, todas con tapa—. Sólo has de llevarlas al comedor del capitán y dejarlas sobre la mesa; luego siéntate en el suelo en un rincón del camarote por si alguien te necesita. Sirve primero al señor Bligh; estará en la cabecera de la mesa. Puedes llenar las copas de los oficiales si ves que se están quedando vacías, pero mantén la boca cerrada todo el tiempo, ¿entendido? A nadie le importa lo que tengas que decir y no estás ahí para ofrecer conversación, así que no imagines que le interesa a alguien.

—De acuerdo —asentí, cogiendo la primera bandeja para trasponer la puerta.

No sabía qué esperar cuando llegara al comedor, que se hallaba inmediatamente detrás del camarote del capitán, pues ni siquiera había mirado aún por el ojo de esa cerradura. Al recorrer la estancia advertí que se habían intercambiado las posiciones de dos de los tres retratos enmarcados que yo había colocado en el escritorio —los de la dama y el muchacho se habían situado a mano derecha de la silla; y el del anciano del ceño fruncido, a mano izquierda— y el fajo de cartas con la cinta roja había desaparecido de su nido a un lado; sospeché que eran de naturaleza privada y que las había puesto fuera del alcance de miradas curiosas. A través de la puerta del fondo me llegó sonido de conversación, y quiso la suerte que el señor Fryer apareciera detrás de mí cuando me disponía a entrar y dar a conocer mi presencia.

—¿Ya estás mejor, joven Turnstile? —preguntó, abriendo la puerta para dejarme pasar.

Asentí con la cabeza y, por si acaso, respondí rápidamente:

—Sí, señor; gracias, señor. —Y entramos los dos.

Había cuatro hombres en la habitación, acomodados en torno a la larga mesa, y el señor Fryer era el quinto. En la cabecera se sentaba un hombre que no tendría más de treinta y tres años, y de inmediato supe que me habían llevado a bordo para servirlo.

—Ah, de modo que aquí está, señor Fryer —exclamó, mirando por encima de mi cabeza y ofreciéndole una afable sonrisa a mi compañero—. Nos temíamos que se hubiese caído usted por la borda.

—Le ruego me disculpe, señor —repuso el maestro con una leve inclinación al tiempo que tomaba asiento—. Estaba manteniendo una conversación sobre

nuestro rumbo con uno de los hombres en cubierta y ha tenido un repentino ataque de tos, por increíble que parezca, así que me he quedado con él hasta que le ha remitido.

—Dios santo —exclamó el capitán, conteniendo apenas la risa—. Nada serio, espero, en una etapa tan temprana de nuestro viaje...

El señor Fryer negó con la cabeza, declaró que todo marchaba bien y se sirvió una copa de vino, mientras yo dejaba la bandeja y quitaba la tapa para revelar un montón de pollos asados que me hicieron la boca agua.

—¿Y a quién tenemos aquí? —comentó entonces el capitán, mirándome—. Por mis barbas que el muerto se ha levantado y está sirviendo la mesa. Te has recobrado ya, ¿no es así, muchacho? ¿Listo para cumplir con tu deber?

He de decir que nunca he sido de los que se intimidan con facilidad, ni siquiera ante quienes llevan uniformes u ostentan puestos de poder, pero hallarme en presencia del capitán me produjo temor y, de pronto, me percaté de que abrigaba el curioso deseo de impresionarlo.

—Sí, señor —respondí, tratando de que mi voz sonara más profunda para que me creyera más maduro—. Me complace informarle que mi salud se ha visto por completo restablecida.

—Su salud se ha visto por completo restablecida, caballeros —exclamó alegremente el capitán, levantando una copa de vino ante sus compañeros—. Bueno, me parece que eso merece un brindis, ¿no creen ustedes? ¡Por la prolongada prosperidad del muchacho, el joven Turnstile!

—¡Por el joven Turnstile! —exclamaron todos haciendo entrechocar las copas, y confieso que pese a que me enorgulleció que conociese ya mi nombre, mi rostro enrojeció de pura vergüenza y no conseguí salir de la habitación lo bastante rápido. Cuando volví unos minutos después, con patatas y verdura en la mano, ya habían empezado a dar cuenta de la carne, los muy salvajes.

—... Pero aun así, sigo confiando en las cartas —estaba diciéndole el capitán a uno de los oficiales situados a su izquierda cuando reaparecí, y entonces no me prestó la menor atención—. Ciertamente he considerado una serie de planes alternativos, pues sería negligente por mi parte no haberlo hecho, pero otros han rebasado el cabo de Hornos con éxito, de modo que no veo por qué la *Bounty* no puede hacerlo.

—Otros no lo han intentado en pleno invierno, señor —adujo el oficial más joven—. Será difícil, es todo cuanto digo. No imposible, pero sí difícil, y deberíamos ser conscientes de ello en nuestro avance.

—Bueno, bueno, es usted un pesimista, señor —repuso jovialmente el capitán—. Y no toleraré un pesimista a bordo de mi barco. Preferiría tener el escorbuto. ¿Qué dices tú, joven Turnstile? —me preguntó, volviéndose hacia mí tan de repente que estuve a punto de derramar la jarra de vino—. ¿Compartes el desánimo del señor Christian?

Me quedé mirándolo y abrí y cerré la boca varias veces como un pez con el anzuelo clavado, sin saber de qué estaban hablando.

—Le ruego me disculpe, señor —dije, tratando de imprimir a mi voz cierto aire de educación—. Estaba enzarzado en mis responsabilidades y confieso mi ignorancia con respecto al tema que les ocupa.

—¿Cómo dices, chico? —me preguntó, frunciendo el entrecejo como si no me hubiese entendido, lo cual no hizo sino inquietarme aún más.

—Que no estaba escuchando, señor —repuse—. Estaba ocupado en servirles.

Reinó el silencio unos instantes entre los comensales, y el capitán me dirigió una mirada inquisitiva antes de lamerse los labios y continuar.

—El señor Christian aquí presente —explicó, señalando con la cabeza al caballero a su izquierda, un joven de veintiún o veintidós años, diría yo— no cree que un barco como el nuestro haya sido construido para enfrentarse a las tempestades del cabo de Hornos. Le he dicho que es un agorero. ¿Qué opinas tú?

Titubeé; lo cierto es que se me hacía difícil imaginar que quisiera de veras la opinión de alguien tan poco experimentado como yo, por lo que me pregunté si no estaría burlándose de mí. Pero los reunidos me miraban expectantes y no me quedaba más remedio que responder.

—No estoy seguro de poder darle una opinión, señor —contesté al fin, pues lo ignoraba todo con respecto al cabo de Hornos, teniendo en cuenta que no había consultado un mapa de nuestro viaje antes de zarpar—. ¿Queda eso en la dirección que estamos siguiendo?

—Desde luego —repuso él—. Y les juro a todos ustedes que lo conseguiremos, y en tiempo récord, además. El capitán Cook lo logró, y también lo haremos nosotros.

Ésa sí que era otra cuestión. Muéstrenme a un muchacho que no conozca o admire al difunto capitán James Cook y les mostraré a un muchacho sin ojos, oídos o juicio alguno.

—¿Estamos siguiendo las huellas del capitán? —quise saber, todo ojos y oídos.

—Bueno, su senda, por lo menos —admitió el capitán—. ¿Debo presumir entonces que eres un admirador del capitán?

—El más ardiente, señor —repuse encantado—. Y si él lo consiguió, yo diría que haremos bien en intentarlo.

—¿Lo ve, Fletcher? —exclamó el capitán con tono triunfal y dando una fuerte palmada en la mesa ante sí—. Hasta este muchacho cree que podemos lograrlo, y se ha pasado las últimas cuarenta y ocho horas sacando las entrañas por la boca como un niño de pecho. Creo yo que debería usted aprender una lección de fortaleza del muchacho.

No miré al señor Christian; las palabras del capitán y la atmósfera que reinó después en la mesa me aconsejaron evitar su mirada.

—Tiene que contarnos más sobre sus viajes con el capitán Cook, señor —

intervino otro oficial tras una prolongada pausa, y ese caballero era en realidad un muchacho no mucho mayor que yo; no podía haber visto más de quince primaveras—. Me resultan de especial interés por mi padre, señor, que en cierta ocasión estrechó la mano del capitán en el palacio de Blenheim. Llena mi copa, ¿quieres, chico? —añadió mirándome, y juro que de haber estado de vuelta en Portsmouth, o en el establecimiento del señor Lewis, lo habría tomado por un desafío y le habría partido la crisma.

—Su padre era entonces un hombre afortunado, señor Heywood —repuso el capitán, revelándome el nombre del sujeto—. Pues no ha habido en la tierra un hombre más valiente y más sabio que el capitán Cook, y cada mañana doy las gracias a nuestro Salvador por haber tenido la oportunidad de estar a su servicio. Sin embargo, creo que hacemos bien en considerar algunas de las dificultades a que nos enfrentamos en nuestro viaje. Sería negligente que hiciésemos lo contrario. Señor Christian, ha hecho usted gala de sensatez al mencionar que...

Titubeó un instante y aguzó la mirada, dejando el tenedor junto al plato para observarme mientras yo acababa de servirle el vino al señor Heywood.

—Creo que eso será todo por el momento, joven Turnstile —me dijo, bajando un poco la voz—. Puedes esperar en el pasillo.

—Pero el señor Hall me ha dicho que me quede aquí por si necesitan algo —me quejé, quizá en tono demasiado ansioso, pues quién se volvió hacia mí sino el joven Heywood otra vez, para tratarme como si fuera un perro al que pudiese patear en un callejón.

—Ya has oído al capitán —gritó, y las grandes pústulas que tenía en la cara parecieron latir, rojas de rabia; qué feo era el condenado—. Haz lo que te dice el capitán Bligh, chico, o te daré tu merecido.

—Me gustaría ver cómo lo intentas, mequetrefe —espeté, y me acerqué a él para darle un tirón de la nariz, abofetearlo en ambas mejillas y arrojarle la cena en los pantalones, provocando vítores entusiastas en los demás comensales reunidos. ¡Pero no! Fue sólo en mi mente que dije eso y sólo en mi imaginación que lo hice, pues si bien llevaba poco tiempo a bordo de la *Bounty*, ya sabía lo suficiente sobre la vida en el mar para comprender que no debía responderle a nadie que llevara un uniforme blanco, aunque apenas fuera mayor que yo y condenadamente más feo, por añadidura.

—Sí, señor —contesté, incorporándome para abrir la puerta—. Le ruego que acepte mis más humildes disculpas, señor. Estaré a menos de un tiro de piedra por si necesitan algo.

—¡A menos de un tiro de piedra! —exclamó entonces el señor Christian, riendo, y el rostro del capitán esbozó también una sonrisa—. ¡Habrase visto! —Intercambió una mirada de complicidad con Heywood y advertí que me las iba a ver moradas con ese par de rufianes.

Volví al pasillo, donde anduve de aquí para allá imaginando todo lo que podría

haber dicho o hecho, y cuando estaba allí quién salió de la cocina sino el cocinero, el señor Hall, que me miró con más lástima que enfado.

—¿Qué te he dicho antes? —preguntó—. ¿No te he dicho que te quedaras ahí dentro por si te necesitaban?

—Me han echado —expliqué—. Contra mi voluntad. Me habría quedado con mucho gusto.

—¿Te has portado mal?

—No, qué va —repuse a la defensiva—. He contestado a una pregunta que me han planteado y he llenado las copas, y luego el capitán me ha pedido que esperase fuera.

El señor Hall consideró aquello unos instantes y se encogió de hombros, al parecer satisfecho con mi respuesta.

—Bueno, será que querían discutir asuntos para los que tus orejas aún no están preparadas. Después de todo, eres el más joven.

—Sí, lo sé —repuse, harto ya de aquello—. Y todos están por encima de mí. Hasta los ratones del casco están por encima de mí. Ya lo he entendido.

Esbozó una leve sonrisa, pero sólo un momento, y luego pareció arrepentirse de aquel instante de humanidad.

—Bueno, entra aquí, mi valiente amiguito —dijo—. Diría que no te vendría mal un cuenco de algo caliente que meterte entre pecho y espalda, ¿eh?

Tenía razón; no me venía nada mal y me sentí agradecido. Y para mi sorpresa, cuando me estaba comiendo el estofado que me puso por delante, me dijo:

—No está mal como cena de Navidad, ¿no te parece?

Eso me hizo parar de comer un momento y recordar a qué día estábamos, un día que había olvidado, un día en que, bien mirado, debería haber estado gastándome mis mal obtenidas ganancias en el Twisty Piglet en una buena comida para celebrar el nacimiento del Señor y no ahí, en un barco en medio del mar, sin un amigo o hermano a la vista.

No recé, pues el señor Lewis no permitía rezos en su establecimiento, de modo que no tenía por costumbre dar gracias por todas las bendiciones que me salían al paso; el señor Lewis decía que rezar era propio de papistas y sodomitas, y al mirar atrás considero que ese comentario que salió de sus labios llenos de ampollas fue bien gracioso.

—¿Qué ha querido decir antes? —le pregunté al señor Hall al cabo de unos instantes, alzando la vista del cuenco—. Cuando ha dicho que el barco no tenía capitán. Sí que lo tiene, ¿no es así? Me refiero al capitán Bligh. Acabo de servirle un pollo asado.

—Ah, bueno, he ahí el acertijo, ¿no? —repuso el señor Hall, levantando una cacerola y rascando el limo del fondo, que vertió en un cuenco para utilizarlo más tarde. En nuestro almuerzo del día siguiente, quizá—. El señor Bligh está al

mando, de acuerdo, sólo que el señor Bligh no es el capitán Bligh, sino el teniente Bligh. Verás, la *Bounty* no es un barco de la marina de guerra. Ya has visto qué tamaño tiene, menos de noventa pies de eslora. Es sólo una fragata. Nada más. En mis tiempos estuve en barcos de guerra. Y éste no es uno de ellos.

—Una fragata —repetí en voz baja, tratando de rescatar un sabroso pedazo de cartílago que me resbalaba por el mentón; sabía muy bien que no había que desperdiciar la comida—. ¿Y cómo se entiende eso de que es una fragata? ¿No es lo mismo acaso que un barco de guerra?

—Ni mucho menos —repuso—. Tenemos tres palos y un bauprés, ¿no los has visto? —Negué con la cabeza y se rio en mi cara, pero sin burlarse, sólo de pura sorpresa—. ¿No sabes nada sobre el mar? Lo nuestro sólo es una fragata, y de alquiler además; no hay capitán alguno al mando, sino un teniente. Y con una paga de teniente, que mayor que la tuya o la mía será, pero igualmente inferior a lo que él quisiera. Oh, todos lo llamamos capitán, por supuesto, pero lo hacemos más por cortesía que por otra cosa. *Sir Joseph* nos ordena que lo llamemos así. Pero no es más que un teniente, como el señor Fryer. Aunque el señor Bligh está por encima de él, por supuesto. Está por encima de todos nosotros.

Más tarde esa misma noche, cuando la cena hubo acabado y hacía mucho que los oficiales habían vuelto a sus obligaciones, regresé a la mesa del comedor siguiendo las instrucciones del señor Hall y llevé los platos y las copas de vuelta a la cocina, donde los lavé con cuidado antes de meterlos de nuevo en un arcón en el comedor del capitán. No eran una cubertería y una vajilla cualesquiera, ésas con que habían comido los oficiales, sino propiedad personal del capitán Bligh, un regalo de su señora esposa al inicio de nuestro viaje, y se sacaban de su chiribitil y se utilizaban siempre que recibía a sus subordinados inmediatos para cenar. Pero yo no estaba acostumbrado a esa clase de trabajo y me llevó más tiempo del que había imaginado acabar con la tarea, pues lavar y secar supone un lento y terrible quebradero de cabeza cuando el agua no está lo bastante caliente y los trapos lo bastante secos para cumplir adecuadamente con su propósito. Aun así, seguí con ello hasta concluir la tarea porque quería dejar el comedor en tan buenas condiciones de limpieza como fuese posible, para causar buena impresión al cocinero del barco. El señor Hall, después de todo, estaba a cargo de la comida de todos los hombres, de modo que me pareció sensato procurar que estuviera de mi parte.

Cuando cerré la puerta para volver a través del camarote del capitán, me llevé una gran sorpresa, pues ahí, sentado a su escritorio en camión, estaba el capitán en persona, iluminado tan sólo por una vela, de forma que el aspecto que ofrecía era más de espectro que de hombre. Di un brinco y a punto estuve de soltar un grito, pero me contuve a tiempo para no parecer un afeminado a sus ojos.

—Te he asustado —me llegó su voz tranquila desde detrás del mueble, y movió la vela un poco para que lo viera mejor. Advertí que los retratos de la dama y el muchacho se encontraban ahora incluso más cerca de él y que estaba ocupado en escribir una carta; tenía ante sí un fajo de papeles y la pluma y el tintero a mano. Sospeché que había estado alternando la mirada entre las palabras en el papel y los rostros en los retratos. Añadió entonces, con una voz que sonó baja y apenada—: Discúlpame.

—No, señor, capitán, señor —repuse a toda prisa, negando con la cabeza mientras mi corazón recuperaba su ritmo normal—. Ha sido culpa mía. Debería haber sabido que iba a estar usted aquí. Sólo estaba limpiando el comedor, eso es todo.

—Y te lo agradezco —contestó, bajando la vista y volviendo a su escritura.

Lo observé unos instantes, fijándome bien. Era un hombre ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, demasiado agraciado para que lo llamaran feo y demasiado poco para considerarlo apuesto. En realidad era un tipo más bien insulso, pero su mirada revelaba inteligencia, como supongo les sucede a los caballeros después

de haber adquirido una formación.

—Buenas noches, capitán —me despedí, dirigiéndome a la puerta.

—Turnstile —dijo él, y me volví en redondo, preguntándome si habría cometido algún error en mi servicio e iba a ser reprendido—. Acércate un poco, ¿quieres? —pidió. Avancé unos centímetros y él movió la vela otra vez, de forma que quedó en el borde del escritorio, entre ambos—. Más cerca —susurró entonces con voz cantarina, y volví a avanzar hasta que sólo nos separó un metro, más o menos. Me pregunté si abrigaría intenciones poco honorables, pero la verdad es que no lo consideraba en absoluto esa clase de hombre—. Enséñame las manos —ordenó. Las tendí hacia él y me mordí el labio, temiendo recibir unos golpes por algún delito desconocido. Las mantuve ante mí unos instantes mientras él dejaba la pluma y se inclinaba para cogerme una mano en cada una de las suyas, volvérmelas y examinarlas con cautela—. Bastante sucias —declaró alzando la vista hacia mí, decepcionado.

—He tomado un baño esta misma mañana —protesté, rápido como el que más—. Palabra que sí.

—Es posible que te hayas bañado, pero las manos... las uñas... —Asqueado, movió la cabeza en un gesto de negativa—. Debes cuidar tu aspecto mientras estés a bordo, muchacho. Todos los hombres deben hacerlo. La limpieza y la higiene son las claves para el éxito en un viaje por mar. Si todos conservamos la buena salud, podemos exigirnos mucho más. Entonces nuestro barco será un navío feliz y llegaremos a nuestro destino con rapidez y sin incidentes. ¿Y el resultado? Pues que regresaremos antes a casa y a nuestros seres queridos tras haber alcanzado nuestra misión, para mayor gloria del rey. ¿Me comprendes?

—Sí, señor —contesté asintiendo enérgicamente y dispuesto a lavarme las uñas cada pocas semanas si eso lo hacía feliz. Titubeé, preguntándome si osaría exponer lo que me rondaba la cabeza desde la conversación de antes en la cena, y dije al fin—: Capitán, ¿de verdad sirvió usted a las órdenes del capitán Cook? —Fui consciente de la insolencia de mi comentario, pero me importó bien poco; quería saberlo, eso era todo.

—En efecto, muchacho —respondió él con una leve sonrisa—. Era poco más que un jovencuelo en aquellos tiempos. Tenía veintiún años cuando me uní al *Resolution* como maestro, la posición que ostenta aquí el señor Fryer, aunque él es mucho mayor que yo entonces. El capitán Cook decía de mí que era un prodigio. Sospecho que fue mi destreza a la hora de trazar cartas de navegación la que me facilitó el puesto, pero me dediqué a estudiarlas, muchacho, las estudié en serio. Estuve a sus órdenes muchos años y aprendí mi oficio observándolo. —Tendió una mano y tomó el retrato del airado caballero que reposaba en el escritorio y lo contempló unos instantes. Entonces caí en la cuenta de dónde había visto esa cara: por supuesto, era el capitán Cook. Me asombró no haberlo reconocido antes, pero lo cierto era que ninguno de los retratos del gran hombre

que habían pasado por mis manos lo presentaba en semejante estado de furia. Me extrañó que el capitán hubiese elegido ése para conservarlo—. Estuve con él al final, ¿sabes? Cuando lo mataron... —empezó pero, idiota de mí, interrumpí el flujo de aquella historia.

—¿Cuándo fue asesinado? —pregunté sin aliento y abriendo mucho los ojos —. ¿Estuvo usted allí? ¿Lo vio?

El capitán Bligh se me quedó mirando y frunció el entrecejo; captaba mi ansia de información, pero quizá desconfió de mis motivos e hizo bien en hacerlo, pues los salaces detalles de su muerte me fascinaban como a cualquier otro muchacho. Había oído versiones contradictorias de marineros a lo largo de los años, de los que estaban emplazados en Portsmouth y los que acudían a visitar el establecimiento del señor Lewis, pero diferían considerablemente unas de otras y su fuente era siempre un amigo o un hermano o un primo que había conocido a un tipo que había navegado con el capitán Cook hasta el final. Nunca había conocido a un hombre que estuviera allí, que hubiese visto los acontecimientos de aquella tarde aciaga con sus propios ojos. Al menos hasta entonces. Y que me aspen si no estaba dispuesto a conseguir que me lo contara.

—Vete a dormir, muchacho —dijo el capitán, volviéndose y despachándose —. Te espera un largo y ajetreado día de trabajo; tienes mucho tiempo que compensar después de tu enfermedad.

Asentí, decepcionado, y me maldije por haberlo interrumpido. Pero cuando ya me dirigía a la puerta para salir del oscuro camarote, algo atrajo mi mirada: en un estante había un paño blanco, la compresa fría que me había puesto en la frente durante mi enfermedad mi desconocido y gentil benefactor, el mismo que me había vaciado la maceta. Me quedé mirándolo y me volví hacia el capitán, que al ver adónde me habían llevado mis ojos frunció el entrecejo, como si hubiese preferido que no lo hubiera visto.

—Confío en que no haga falta volver a usar eso durante este viaje —dijo al fin.

—Capitán... —empecé, asombrado por mi descubrimiento, pues juro que durante aquellos terribles primeros días pensé que iba derecho a la tumba, pero él me volvió la espalda e hizo un ademán para despacharme.

—Vete a dormir, muchacho —repetió por toda respuesta.

Entonces hice algo que me propuse repetir indefectiblemente a partir de ese día, fuera cual fuese la duración de nuestro viaje, tanto en los buenos tiempos como en los malos: obedecí sus órdenes.

Aquellos primeros días a bordo de la *Bounty* transcurrieron sin incidentes. Aunque el tiempo se mostró inclemente durante la Navidad, amainó por fin y el barco siguió su rumbo hacia el extremo sur de Sudamérica con la intención de rodear el cabo de Hornos. Procuré hacer cuanto estaba en mi mano por brindar un buen servicio al capitán, cuya inicial actitud amistosa hacia mí después de mi restablecimiento pareció ir dando paso a la indiferencia a medida que transcurrían las semanas. Yo limpiaba su camarote, le servía el desayuno, el almuerzo, la comida y la cena, le preparaba la litera, le lavaba los calzones, confiando en todo momento en que me concediera el gusto de relatarme más historias sobre el capitán Cook, pero que me aspen si lo hizo alguna vez. El capitán pasaba la mayor parte de las horas de vigilia en la cubierta, donde los hombres apreciaban su guía y sus consejos, y cuando se quedaba en el camarote se dedicaba a llevar su diario y escribir cartas. Por mi parte, me propuse llegar a conocer a cuantos hombres de a bordo me fuera posible, pues tardé muy poco en hallarme abrumado por una feroz sensación de aislamiento y soledad, pero enseguida descubrí que no era tarea fácil. En general no parecían dispuestos a compartir siquiera un comentario o a entablar conversación con un individuo de tan bajo rango como yo, y me encontré pasando la mayor parte del tiempo bajo cubierta en un triángulo de oportunidades circunscrito entre la gran estancia donde se almacenaban los cajones y macetas, la cocina donde el señor Hall preparaba las comidas de la tripulación, y el camarote y el comedor del propio capitán, sin más compañía que la mía. Siendo ése el caso, veía mucho a los oficiales, puesto que compartían camarotes con literas cerca del final del pasillo que consideraba mi reino, con excepción del señor Fryer que, como maestre, habitaba un minúsculo camarote que le correspondía en exclusiva. Pero tampoco ellos se molestaban en entablar conversación conmigo.

Avanzamos a buen ritmo durante enero por aguas bastante calmas, pero una noche, sin previo aviso, las tempestades y los vendavales se desataron sobre nosotros con furia cada vez mayor, y en menos de una hora el barco se vio zarandeado por las olas cual muñeca de trapo, y toda la tripulación tuvo que subir a cubierta para ayudar a capear el temporal. Por suerte, mi estómago había aprendido a convivir con los movimientos de las mareas y ya no temía el colapso mortal, pero era tanta la violencia del clima y las condiciones a que nos enfrentábamos, que me encontré temiendo que nos levantara de las aguas y nos hiciera naufragar.

Cometí el error de salir a cubierta cuando la tempestad estaba en su peor momento, y en cuanto mi cabeza asomó en el tumulto, sentí toda la fuerza de la lluvia, el granizo y aguanieve al atacar mis agraciadas facciones con tanta violencia que creí que me harían sangrar. A mi alrededor, los hombres se

afanaban de acá para allá, tirando de cabos y cambiando la dirección de las velas, gritándose unos a otros frases cortas y sucintas mientras cada uno se ocupaba de sus deberes, ninguno de los cuales tenía sentido alguno para mí en mi ignorancia de las costumbres marineras. Me di la vuelta para localizar de nuevo la escotilla por la que había salido, pero apenas pude abrir los ojos lo suficiente, y en ese momento me llegó un grito terrible de lo alto y levanté la vista justo a tiempo de observar a William McCoy —un MP, o marinero de primera, como había descubierto al fin que significaban esas letras— soltarse del juanete de proa, esa sección del barco inmediatamente por debajo del sobrejuanete de proa, y evitar por muy poco seguir deslizándose por la gavia proel y el trinquete mismo hasta la cubierta que se extendía bajo ellos, donde sin duda se habría partido la crisma como una sandía y desparramado los sesos; por fortuna para él, se las apañó para aferrarse de un estay justo a tiempo y mercerse como un convicto ajusticiado hasta que sus pies alcanzaron un cabo y pudo izarse de nuevo hasta ponerse a salvo. Pero sólo verlo hizo que me diera un espantoso vuelco el estómago.

Los días anteriores había llegado a familiarizarme con el diseño del barco estudiando el diagrama sujeto a la pared del camarote del capitán Bligh. La *Bounty* era una fragata de tres palos; el de proa y el mayor sostenían cuatro velas cada uno: un sobrejuanete, un juanete, una gavia y una vela mayor o trinquete. En la parte posterior del barco, el palo de mesana llevaba una única vela. En la anterior, dos velas una ante la otra: el foque y la gavia proel, y en la popa se izaba una cangreja, cuya misión era propulsarnos a través de las aguas y equilibrar el timón. Por supuesto, aún no había aprendido cómo se manipulaba cada una de ellas para gobernar el barco y guiarlo a través de aguas turbulentas como las que nos zarandeaban en ese momento, pero me hice la promesa de estudiar durante el viaje a fin de convertirme en un marinero más capaz de lo que se esperaba de mi ocupación de entonces.

—¡Turnstile! —me gritó el capitán Bligh, que volvió a su camarote en pleno huracán, con el uniforme tan mojado que me pregunté si no acabaría pillando la gripe.

(Un chico del establecimiento del señor Lewis la había contraído en cierta ocasión y, para que no nos infectara a los demás, lo habían echado a la calle sin contemplaciones. Era muy buen amigo mío, dormimos los dos juntos durante un año o más, pero nunca volví a verlo después de aquel incidente. He oído decir que había pasado por allí a tomarse la revancha, pero no tengo pruebas de ello). Al caminar, el capitán se iba apoyando con ambas manos en las paredes del pasillo para mantener el equilibrio, mientras la *Bounty* continuaba cabeceando y dando bandazos a derecha e izquierda con tanta fuerza que juro que sentía mi estómago separándose del resto de mi cuerpo con la intención de llevar una vida y una carrera independientes.

—¿Qué diantre andas haciendo?

—Capitán —respondí poniéndome en pie de un salto, pues me había tendido en el suelo en un rincón cerca de mi litera, donde los dedos de mis pies encontrasen asidero y pudiese apoyar las manos en las paredes—. ¿Qué está pasando? ¿Estamos perdidos?

—No seas zoquete, muchacho —espetó él, marchando hacia su camarote—. He conocido noches peores que ésta. Esto es calma, por el amor de Dios. Levántate y da muestras de un poco de valentía antes de que te ponga un vestido y empiece a llamarte Mary.

Volví a la vertical, pues no deseaba que el capitán me considerase un cobarde, y traté de seguirlo hasta su camarote, pero las sacudidas del barco y los gritos de consternación que llegaban de arriba me arredraron.

—Por los clavos de Cristo —exclamé aterrado, olvidando por un instante mi condición—. ¿Qué está ocurriendo ahí arriba? ¿Qué les pasa a los hombres?

—¿A los hombres? —preguntó él, volviéndose ceñudo—. A los hombres no les pasa nada, muchacho, y te agradecería que no tomaras en vano el nombre del Señor en este camarote. ¿A qué viene esa pregunta?

—A esos gritos —contesté, y mi rostro expresó sin duda el más lamentable terror—. ¿No los oye? Quizá están cayendo por la borda y vamos a quedarnos sin brazos que gobiernen el barco. ¿No deberíamos ayudarlos? ¿O enviar al menos a alguien en su auxilio?

Al tiempo que hablaba, una gran cortina de agua golpeó la ventana del camarote con tanta fuerza que casi me dio un síncope; el capitán se limitó a mirarla como si fuese un fastidio, una mosca que pudiese apartar con un simple ademán.

—Eso que oyes no son gritos, pedazo de imbécil —espetó—. Dios santo, muchacho, ¿aún no has aprendido a reconocer el aullido del viento? Está barriendo las cubiertas, desafiándonos, retándonos a seguir adelante. ¡Ése es su grito de batalla! ¡Los bramidos son su fuerza! ¿Es que no sabes nada del mar? —Sacudió la cabeza y me miró como si yo fuera el más ignorante de los necios y él un mártir que tuviese que soportarme—. Como si los hombres de este barco, de mi barco nada menos, fueran a gritar de pánico. Llevan a cabo sus tareas. Como tú deberías hacer con las tuyas, muchacho, así que ve a ocuparte de tus obligaciones, antes de que te dé motivos para gritar. Necesito agua hirviendo para el té, ahora mismo.

—Sí, capitán —contesté, y lo observé unos instantes mientras él sacaba mapas y cartas de los estantes y los desplegaba, colocando pesos en las esquinas para mantenerlos planos.

—¡Vete ya, Turnstile! —gritó—. Que sea para tres, si haces el favor.

Corrí hacia la cocina y busqué con la mirada al señor Hall, pero no lo encontré; había descubierto que en momentos como aquél a casi todos los

miembros de la tripulación se los hallaba en cubierta, contribuyendo a los esfuerzos por mantenernos a flote. Sólo unos cuantos se quedaban abajo. De momento yo era uno de ellos, pues no servía de gran cosa a nadie. Me fijé en que otro que se mantenía alejado del trabajo duro era el cirujano de a bordo, el doctor Huggan, a quien sólo había visto en un par de ocasiones y que parecía estar permanentemente ebrio y confinado en su camarote. Un tercero era el joven señor Heywood, que nunca parecía hallarse en cubierta cuando había problemas y siempre descubría algún asunto urgente que era preciso atender en una zona más segura del barco, el muy cobarde.

Cuando volví con la tetera, me encontré al capitán examinando cartas y mapas con una lupa mientras el maestro, el señor Fryer, y el primer oficial, el señor Christian, lo observaban. Esos dos eran un poema, sin duda: el primero con su cara roja y su expresión ansiosa, tratando de hacerse oír a cada palabra, y el segundo con aspecto de acabar de tomar un baño y haber acudido al peluquero, ajeno por completo a la idea de que corriéramos peligro alguno. De hecho, cuando entré en el camarote se examinaba las uñas por si las tenía sucias. Era un tipo apuesto, eso sí había que concedérselo.

—Capitán, no podemos continuar bregando contra esta tempestad mucho tiempo —insistía el señor Fryer—. Las olas que baten contra nosotros son enormes; de hecho, la cubierta está casi anegada. Tenemos que aproarnos al viento.

—¿Aproarnos al viento? —exclamó el señor Bligh, alzando la vista del mapa y negando con la cabeza—. ¿Cómo que aproarnos al viento? ¡Eso es impensable, señor mío! ¡La *Bounty* no va a aproarse, no mientras yo sea su comandante! ¡Seguimos navegando de empopada!

—¿Sin un ancla de capa, señor? —preguntó el señor Fryer abriendo mucho los ojos—. ¿Le parece sensato?

Yo tenía bien poca idea de hasta qué punto podía ser de utilidad un ancla de capa para impedir que las olas rompieran sobre la popa de un barco, pero me pareció importante y lamenté que no tuviésemos una.

—Sí, señor Fryer —insistió el capitán—. Sin ancla de capa.

—Pero, señor, si orientamos las velas y el timón a sotavento, al menos tendremos alguna posibilidad de mantener nuestra posición.

—Vaya aburrimiento mantener la posición —intervino el señor Christian con un suspiro y tono distraído, como si la cuestión revistiese bien poca importancia para él y prefiriera volver a su litera mientras no se llegara a una conclusión satisfactoria—. Personalmente, preferiría avanzar. Después de todo, tenemos un calendario que cumplir, ¿no es así? Y aproarse al viento supondría una considerable pérdida de tiempo. No embarqué en la *Bounty* para eso.

—Señor Christian, me temo que no se halla usted en la mejor posición para discutir esta cuestión —lo increpó el señor Fryer, volviéndose hacia él con una

mirada furibunda—. Y si se me permite decirlo, su sitio en este momento está en cubierta con el señor Elphinstone. Éste es un asunto que debemos dirimir el capitán y yo.

—Y yo le digo a usted, señor Fryer, que compete al capitán decidir a quién invita a su camarote y a quién no —exclamó el señor Bligh, iracundo, irguiéndose en toda su estatura y contemplando al maestro—. He sido yo quien ha invitado a Fletcher a participar en esta conversación y seré yo quien lo despache, no usted, señor Fryer. No usted, ¿entendido?

Se hizo un breve silencio mientras la víctima de aquella invectiva miraba de un hombre a otro, con la cara cada vez más encendida, antes de clavar la vista en su superior y asentir con un gesto.

—Bueno, señor Christian —prosiguió el capitán, tirándose de los faldones de la chaqueta para recobrar la compostura, al tiempo que se volvía hacia el primer oficial, y desde luego nunca lo había visto tan enfadado—. ¿Qué opina usted? ¿Cree que deberíamos navegar de empopada?

El señor Christian titubeó un instante y dirigió una rápida mirada al señor Fryer; luego se encogió de hombros y contestó con el mismo tono aburrido y desafecto:

—Tengo la sensación de que la *Bounty* puede lograrlo. Las tempestades son espantosas, tal como dice el señor Fryer, eso no lo discuto, pero ¿van a mandar ellas en el mar, o vamos a hacerlo nosotros? Somos ingleses, después de todo. Y no olvidemos que el capitán Cook lo consiguió, ¿no es así?

Comprendí que acababan de ser pronunciadas las palabras mágicas (el señor Christian no tenía un pelo de tonto), y el capitán se volvió de nuevo hacia el señor Fryer con expresión de triunfo.

—¿Y bien? —inquirió—. ¿Qué dice usted a eso, John Fryer?

—Capitán, usted está al mando de este barco y por supuesto obedeceré sus órdenes —contestó, vencido.

—Maldita sea, ya lo creo que lo hará —replicó el capitán, y su actitud me pareció poco digna de él, pues la respuesta del señor Fryer había sido elegante. No se me escapó la expresión de diversión del señor Christian, aunque no me explicaba el motivo—. Ustedes dos —prosiguió, enjugándose el sudor de la frente y disponiéndose a abrir el diario de navegación—. A cubierta los dos. Dé la orden de navegar de empopada, señor Fryer. Nos abriremos paso a través de la tormenta durante toda la noche y la siguiente, y la de después de ser necesario, aunque nos ahoguemos en el intento. Quiero hasta el último hombre en cubierta y el barco perfectamente equilibrado de babor a estribor, de puño de amura a puño de escota, y nos abriremos paso, insisto, hasta que consigamos dejar atrás estas condiciones. Nos han encomendado una misión, caballeros, y con la gracia de Dios la llevaremos a cabo. ¿Me he expresado con claridad?

Los dos hombres asintieron y abandonaron el camarote, así que serví el té al

capitán —no había ya necesidad de hacerlo en las otras dos tazas— y lo dejé en la mesa a su lado. No alzó la vista hacia mí ni me dio las gracias, sino que continuó tomando notas en el diario, arañando el papel tan ferozmente con la pluma que temí que lo desgarrara; cada vez que recurría al tintero lo hacía presa de la ira y salpicaba de gotas de tinta azul el escritorio, dejando marcas que yo debería limpiar antes de que se secaran. Abrí la boca para decirle algo, pero me lo pensé mejor y di media vuelta. Salí y cerré la puerta sin hacer ruido.

Esa noche fue muy oscura. Me hallaba tendido en mi litera, sin poder conciliar el sueño y sin saber si los cabeceos del barco nos harían zozobrar y acabaríamos todos ahogados. No pude evitar recordar aquella mañana de diciembre en Portsmouth cuando había recorrido las calles sin ninguna preocupación, previendo mi comida navideña, ignorante de lo que me reservaba el destino. Hasta pensé en el señor Lewis, quien se había ocupado de mí desde mi más tierna edad, y me pregunté si habría descubierto la verdad sobre mi actual paradero. Confiaba en que no. Habría estado esperando que yo regresara a la hora de cenar con mis ganancias, o al menos con la parte de ellas que le daba, y al ver que no había noticias de mí habría empezado a enfadarse. Y para cuando hubiese comenzado el trabajo de la noche, habría estado ya furioso, pues yo había adquirido cierta fama entre sus clientes en los doce meses anteriores, más de lo que yo habría deseado. Por extraño que parezca y para mi eterna vergüenza, nunca había hecho planes de abandonarlo pese a aquellas actividades en su establecimiento, e incluso, de haber trazado un plan recurriendo a mi ingenio, probablemente hubiese fracasado y me hubiera encontrado en problemas aún peores. Seguramente estaría dando brincos de pura rabia, el muy monstruo, maldiciendo que me las hubiese apañado para huir de él. Lo imaginé en el juzgado, exigiendo una compensación por mi secuestro que le sería negada, pues qué derechos tenía sobre mí si no era mi padre, y qué hacía yo para él sino robar y timar. Aparte de lo otro.

Aun así, sabía que si me atrapaba a mi regreso, no tendría la menor posibilidad. Me rebanaría el cuello de oreja a oreja en nombre de la justicia.

La mañana siguiente amaneció fresca y despejada. Abrí los ojos, sorprendido de que me hubiese dormido siquiera, al oír un rugido del capitán que me resonó en la cabeza como un trueno.

—¡Turnstile! —gritó—. ¿Dónde diantre te has metido, chico?

Bajé de un salto de la litera y me puse la ropa antes de correr hacia su camarote, llamar a toda prisa y entrar con aspecto de haberme dedicado a una serie de importantísimas tareas, en lugar de estar dormido en mi agujero, soñando con una chavala que conocía. El capitán volvía a estar enfrascado en las cartas de navegación, en compañía del señor Christian, que fumaba en pipa.

—Por fin apareces —me dijo con irritación—. ¿Por qué demonios has tardado tanto, muchacho? Acude cuando se te llame, ¿quieres?

—Le ruego que me disculpe, capitán —contesté con una leve inclinación—. ¿En qué puedo servirlo?

—Más agua caliente —contestó; al parecer ésa era su respuesta para todo—. Y té. Hace una buena mañana, Turnstile —añadió en tono alegre y enérgico—. ¡Una mañana estupenda para estar vivo y en el mar y al buen servicio del rey!

Asentí con un gesto y eché a correr hacia la cocina, donde me hice con una tetera de los fogones, que llevé de vuelta al camarote para dejarla ante los dos hombres. Me sorprendió que el señor Fryer no estuviese con ellos, pues después de todo era el segundo de a bordo y por tanto estaba por encima del señor Christian, pero no vi ni rastro de él.

—Excelente —opinó el capitán dando una palmada—. No, no, Fletcher, permítame —añadió cuando el otro hizo ademán de servir.

Eché un vistazo al capitán Bligh; su uniforme mostraba manchas oscuras por las energías que debía de haber consumido la noche anterior para ponernos a salvo devolviéndonos a aguas calmas. Tenía ojos de cansancio y le hacía falta afeitarse las patillas. El señor Christian, en cambio, parecía la viva imagen de un apuesto oficial de la armada, como los que deben de exhibirse en el escaparate de un sastrer en Londres. Su actitud era la de quien ha dormido en una cama limpia en un burdel parisino toda la noche y se ha concedido ocho horas de sueño tras hacer lo innumerable no una ni dos veces, sino tres. Estaba convencido de que lo rodeaba además cierto tufo a perfume, y sólo Dios sabía de dónde salía.

—Turnstile —dijo entonces el capitán volviéndose hacia mí, y por un instante fui lo bastante tonto para creer que iba a incluirme en su compañía y sus consultas—. Esas estanterías de ahí, y mis papeles. Todo ha acabado fuera de su sitio durante la tormenta. Ordénalos, ¿quieres? No soporto el desorden; me saca de mis casillas.

—Enseguida, capitán —respondí, contento de tener una tarea que me permitiese quedarme un poco más e imaginarme un señor de los mares junto a

ellos.

—Tengo que elogiarlo, capitán —dijo el señor Christian, que según advertí no mostraba el menor interés en mi presencia—. Hubo momentos anoche en que empecé a temer por nuestra seguridad. Usted no dudó ni una sola vez, ¿no es así?

—Ni por un instante, Fletcher —replicó el capitán con vehemencia, inclinándose en su asiento como para dar mayor énfasis a sus palabras—. Ni un solo instante. Si he aprendido algo de mis años en el mar, es que uno puede establecer el aguante de un barco desde el instante en que sube a bordo. ¿Y sabe una cosa? En cuanto le puse la vista encima a la *Bounty* en el puerto de Deptford, supe con exactitud de qué era capaz. Así se lo expresé a *sir* Joseph aquella misma mañana. Le dije que era un barco que nos llevaría a través de aguas embravecidas hasta ponernos a salvo, y estaba en lo cierto, ¿no es así? ¡Por Dios que estaba en lo cierto!

De nuevo se mencionaba a ese tal *sir* Joseph. Yo no sabía quién era o si estaba a bordo, pero, si lo estaba, aún tenía que verlo.

—Pese a ello —prosiguió el oficial más joven, examinándose las uñas para asegurarse de que no se hubiesen ensuciado desde la última vez que las había comprobado unos instantes antes—, hace falta mucho carácter para continuar navegando de popa como hizo usted. Los hombres siempre lo han admirado, señor, como bien sabe. Pero esta mañana le juro que están dispuestos a hacer una estatua de oro a su imagen y semejanza.

El señor Bligh se echó a reír y negó con la cabeza.

—Oh, Dios me libre, no —repuso, pero advertí que la noticia lo complacía—. No hay necesidad de nada parecido. Ése es el cometido del comandante de un barco, como descubrirá usted mismo algún día, Fletcher, cuando esté al mando de un navío propio. Verá, resulta que tengo un objetivo que no le he confiado a hombre alguno. Quizá le agradará a usted ser digno de dicha confianza.

—Sería un honor para mí, señor —contestó el oficial con un tono ligeramente más entusiasta de lo habitual. Yo mismo agucé el oído con cierto interés.

—La cuestión es, Fletcher —prosiguió el capitán—, que no pretendo tan sólo llevar a cabo nuestra misión como dictan las órdenes, aunque por supuesto me ceñiré a ellas como si fueran la mismísima Biblia. Pero además de eso tengo la intención de que nuestra tripulación regrese a Spithead sin una sola baja y sin castigo alguno. Menuda ambición la mía, ¿no?

La frente del señor Christian se vio surcada de leves arrugas, y consideró esas palabras antes de decir nada.

—No podemos sino rogar que no haya bajas —expuso con cautela, y me pareció un hombre que siempre elegía las palabras con sumo cuidado—. Pero ¿sin castigos? ¿Ni uno solo? ¿Es acaso un sueño posible?

—Oh, bien puede tratarse de una vana esperanza, se lo concedo —admitió el capitán con un ademán despectivo—. Pero ¿recuerda usted alguna misión como

la nuestra, que cubriera tanta distancia durante un período de tiempo tan prolongado, en que la tripulación volviese sin recibir un solo azote o latigazo?

—Ninguna, capitán —contestó el señor Christian negando con la cabeza—. Es algo inaudito.

—Pero ¿no sería ésa precisamente la cuestión? —continuó el capitán, entusiasmado con el tema—. ¿Un viaje pacífico? ¿No haría eso que los almirantes de Londres se fijaran en todos nosotros? Una tripulación que trabaja unida y en armonía nunca dará motivos para que haga su aparición el látigo del contraaestre. Y creo que podemos conseguirlo, Fletcher. De veras confío en ello.

Los pensamientos se me golparon en la cabeza mientras seguía poniendo orden y limpiando. ¿Azotes? ¿Latigazos? Por supuesto, sabía por boca de los marineros atacados en Portsmouth que eran sucesos habituales en cualquier travesía por mar, incluso en los tiempos que corrían, pero no se me había ocurrido que pudieran tener lugar en la *Bounty*.

—Entonces le deseo éxito en su empresa, señor —dijo el señor Christian, levantando la taza a modo de saludo—. Y bien sabe el diablo que tras sus logros de anoche los hombres no querrán defraudarlo. —Titubeó un instante y apartó un poco la mirada al pronunciar la siguiente frase—. Me atrevo a decir que al señor Fryer le complace haberse equivocado.

—¿Eh? —soltó el capitán alzando la vista, su sonrisa ligeramente desvanecida—. ¿Qué ha dicho, Fletcher?

—El señor Fryer —repitió el oficial—. Estaba considerando que todos cometemos errores, y que debe de alegrarse esta mañana, en que surcamos estas aguas plácidas y a tan buena velocidad con viento de proa, de que usted no aceptara su deseo de aproarse.

Bligh reflexionó un momento.

—Bueno, hizo bien en sugerirlo —dijo al cabo con un dejo de conciliación en la voz—. En semejantes situaciones debemos considerar cualquier posibilidad. Sería negligente por nuestra parte no hacerlo.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a decir el señor Christian—. Por favor, no me malinterprete, capitán. En ningún momento he pretendido dar a entender que fuera una sugerencia cobarde por su parte.

—¿Una sugerencia cobarde...? —Bligh arrugó el ceño y luego negó con la cabeza, pero me pareció que sin demasiada convicción. Las palabras del señor Christian estaban calando en su mente—. De habernos aproado al viento, habríamos permanecido en esas aguas para no avanzar en absoluto —explicó al fin—. No vi otra alternativa que seguir navegando de empopada. Y sabía que podíamos conseguirlo, Fletcher. Lo sabía.

—También lo sabía yo, capitán —añadió alegremente el señor Christian, como si hubiese sido idea suya desde el principio—. Ahora, si me lo permite,

capitán, me necesitan en cubierta.

—Por supuesto, por supuesto —contestó el señor Bligh, que pareció ensimismado; si el cerebro produjera sonidos al ir desgranando pensamientos, supuse que me habría ensordecido lo que pasaba por su cabeza en esos momentos—. Ah, Fletcher —dijo de pronto cuando éste salía ya del camarote—. A medida que avance el día, quiero que se enciendan fuegos para secar la ropa de los hombres. No debería esperarse de ellos que trabajen con esas prendas empapadas. Es insalubre y poco higiénico.

—Por supuesto, señor; me ocuparé de ello.

—Y dele hoy a cada hombre una ración extra de tabaco y ron en reconocimiento por sus esfuerzos de la noche pasada.

—Hemos perdido algunas provisiones en la tempestad, capitán —expuso con cautela el señor Christian—. ¿Le parece sensato premiar a los hombres a estas alturas?

—Deben saber hasta qué punto valoro su buen servicio —insistió con determinación el capitán—. Y es bueno para la moral tras tantas penurias. Ocúpese de ello, ¿quiere, Fletcher?

—Por supuesto —respondió el señor Christian—. Es muy generoso por su parte.

—Ah, y una última cosa —añadió el capitán, poniéndose en pie y acercándose despacio a él, con una expresión que sugería gran perplejidad. Titubeó un instante antes de hablar, como si no estuviese seguro de sus palabras o sus planes—. ¿He de suponer que... el señor Fryer... está en cubierta?

—Eso creo, capitán —fue la respuesta del oficial—. Aunque admito que no lo he visto esta mañana. ¿Envío al paje en su busca? —preguntó entonces señalándome con el pulgar.

—Sí —contestó el capitán frotándose el mentón, y entonces sacudió la cabeza como si hubiese cambiado de opinión y añadió—: No. No importa... —reflexionó un poco más antes de volver a negar con un gesto—. No tiene importancia. Estamos a salvo y continuamos nuestro avance, eso es lo que cuenta ahora. No se hable más del asunto. Eso es todo, señor Christian.

El primer oficial y ayudante del maestre asintió con rapidez y se dirigió a cubierta, sin duda para provocar más problemas por el camino.

Me ocupé de unas cuantas tareas más en el camarote y el comedor mientras el capitán consultaba sus cartas y volvía a su diario, y no transcurrió mucho rato antes de que se oyeran grandes vítores en cubierta. Se había avistado tierra. Nuestro primer puerto a la vista, en el que podríamos reabastecer el barco y reparar algunas velas maltrechas.

Santa Cruz.

Tras casi un mes en el mar me sentí más contento que un gorrión ante la idea de desembarcar en tierra firme. Había conseguido «hacerme» al barco, tal como lo expresaba el capitán Bligh, y era capaz de comer y beber mis raciones sin sentirme como si me hubiese tragado un cucharón de laxantes. Aunque algo sabía del puerto de Santa Cruz —era un nombre que había oído antes de nuestro viaje—, ignoraba si el sitio ofrecería oportunidad para cualquiera de las dos cosas. En realidad, sólo descubrí que estaba en la costa portuguesa cuando el doctor Huggan, el cirujano del barco, pasó andando como un pato ante mí ensalzando las virtudes del coñac portugués y dirigiéndose hacia la pasarela más rápido de lo que habría creído posible en un hombre de aspecto tan inestable.

Confiaba en seguirlo, por supuesto, y esperé a que me pidieran que me uniese a uno de los grupos de marineros de primera que el capitán estaba mandando a tierra para reabastecer las bodegas, pero para mi gran decepción no me invitaron a ir con ellos. Me había parecido una buena oportunidad para investigar por mi cuenta una nueva ciudad; mis pies nunca habían hollado tierra extranjera y me pregunté si habría posibilidad de que alguien advirtiese mi desaparición, pues no formaba parte del destacamento de oficiales, sólo del de Bligh, y él estaba ya en la costa. No me avergüenza admitir que me pasó por la cabeza la idea de continuar quizá desde Santa Cruz en dirección a España, si la geografía no me engañaba, y empezar allí, donde el señor Lewis jamás me descubriría, una nueva vida con el nombre de Pablo Moriente. Sabía muy bien que la pena por deserción era la horca, pero me consideraba veloz y creía poder apañármelas para tener éxito en la huida. Por desgracia, antes de que pudiera seguir considerando mi plan, fui descubierto y llamado de vuelta al trabajo por nada menos que aquel jovencito despreciable, el señor Heywood.

—Eh, Tunante —me dijo al asomar la cabeza en el camarote del capitán y pillarme en el acto de estudiar las cartas geográficas para planear mejor la escapada—. ¿Qué diantre haces aquí abajo?

—Si le complace, señor —repuse haciéndole una reverencia como si fuera el príncipe de Gales y yo un lacayo de Liverpool con la intención de burlarme de él. El muy asno tenía como mucho un año más que yo, y por cierto no era ni tan alto ni tan apuesto—. He pensado que me aventuraría a continuar con la ocupación para la cual me pusieron a bordo de este navío y ordenaría los aposentos del capitán.

—Estabas mirando las cartas.

—Para entender mejor la diferencia entre longitud y latitud, señor, que nunca se me ha explicado de manera sensata y, como usted sabe, soy un acérrimo ignorante en las artes de la navegación, pues no he contado con una educación como la suya de usted.

Aguzó la mirada y me observó con recelo, tratando de encontrar en mi discurso alguna palabra que pudiera interpretarse como insubordinación.

—Habrà tiempo de sobra para que aumentes tus conocimientos en lo que sea que te plazca cuando estemos de nuevo en el mar —dijo echando rápidos vistazos alrededor, pues no lo invitaban con frecuencia al sanctasanctorum, y advertí que abrigaba resentimiento hacia mí por el hecho de que me pasara allí la mitad de mis horas de vigilia—. Sube a cubierta, de inmediato.

—Me temo que no puedo hacerlo, señor —repuse, negando con la cabeza—. El capitán me molerá a palos si no me ocupo de mis obligaciones.

—Tus obligaciones —espetó con rabia— son exactamente las que yo o cualquier otro oficial de la Armada de Su Majestad te diga, y lo que te digo es que has de subir a cubierta y ayudar a los hombres a baldearla, y eso harás. Inmediatamente.

Enrollé despacio las cartas, con la esperanza de que se fuera en ese lapso de tiempo, suponiendo que yo iba a obedecerlo, y se olvidara de mí, pero no tuve esa suerte.

—Date prisa con eso —espetó, quedándose donde estaba y hablando como si todosuviésemos unas prisas tremendas y el mundo estuviera a punto de acabarse si no hacíamos exactamente lo que él decía y prontito—. El barco no va a limpiarse por sí solo.

Había conocido a otros muchachos como el señor Heywood a lo largo de mi vida y nunca me había llevado bien con ninguno. Durante mis años en el establecimiento del señor Lewis, la mayoría de mis hermanos —pues así los consideraba— eran chicos con los que había crecido, niños que habían acabado en su negocio al no tener otro medio de subsistencia, jovencitos que se habían enterado de que había un tipo por ahí, un tipo que acogía a pequeños granujas y les daba trabajo, los alimentaba y los vestía; no sabían gran cosa sobre qué podía entrañar ese trabajo, ni sobre cómo se verían obligados a pagar por la cama y la manutención. Al conocernos desde muy pequeños, la mayoría nos llevábamos muy bien, pero en ocasiones llegaba un chico mayor, un jovenzuelo al que el señor Lewis se traía porque le gustaba de forma especial, y oh, vaya si causaba problemas entonces ese elemento. Al primer vistazo se percataba de que tendría que competir por el afecto del señor Lewis —qué poco sabía el muy asno— y pensaba que, si no procuraba imponerse, los queuviésemos su misma edad acabaríamos por echarlo y tendría que ganarse la vida en otra parte. Esos chicos siempre eran problemáticos, y admitiré que yo era uno de los que solían planear pequeñas extravagancias con vistas a que nos dejaran en paz; me avergüenzo al recordarlos. El señor Heywood me recordaba mucho a tales pimpollos. Sospechaba que los oficiales lo trataban mal debido a su juventud, su inexperiencia y su aspecto repugnante, pues mirarlo no producía placer alguno, con aquel cabello oscuro y grasiento y esas pústulas en la cara que amenazaban

con estallar como el volcán de Pompeya en cualquier momento, por no mencionar el hecho de que su jeta lucía la constante expresión de aquél al que han sorprendido durmiendo y obligado a vestirse y trabajar antes de poder percatarse siquiera de qué hora es. ¡Y qué ruidos emergían de su litera por las noches! No me gusta escribirlo aquí por lo vulgar que suena, pero a mi entender era de esos que se pasan media vida encendido y la otra media cascándose, si se me disculpa la expresión.

Más o menos una tercera parte de la dotación del barco se hallaba en cubierta aquella radiante mañana en Santa Cruz, algunos en las jarcias reparando las velas, otros a cuatro patas en las cubiertas con baldes de agua y cepillos para frotar, y otros más que regresaban de la ciudad con provisiones para continuar viaje. El perro, el señor Heywood, miró alrededor y señaló hacia dos hombres que estaban de rodillas junto al tambor fregando el suelo.

—Ahí, Tunante —ordenó.

—Me llamo Turnstile —repliqué, dispuesto a darle un bofetón por su insolencia.

—No me importa —contestó con igual presteza—. Vas a trabajar con Quintal y Sumner. Cuando hayáis acabado, quiero que se pueda comer en esa cubierta, ¿me has entendido?

—Perfectamente —murmuré cuando se volvió para alejarse—. Y estaré encantado de servirle la cena en ella.

—¿Cómo? —preguntó girando en redondo.

—He de limpiar la cubierta, señor. Como usted diga.

—Como sabes, el capitán valora la higiene por encima de todo.

—Oh, bien que lo sé, señor —aseguré haciéndome el fanfarrón—, bien que lo sé. Justo la otra noche estábamos en su camarote y me dijo: « Señor Turnstile, si algo he aprendido durante mi carrera al servicio de Su Majestad... ».

—No tengo tiempo para tus absurdos relatos —exclamó Heywood, o más bien ladró, considerando que era un perro, y advertí que me había apuntado una victoria, porque no le gustaba la idea de que el capitán y yo compartiéramos confianzas, aunque la pura verdad era que sí lo hacíamos. De hecho, a lo largo de las semanas anteriores, me había encontrado con que el capitán me hablaba durante varios minutos siempre que me hallaba en su presencia y me contaba cosas que quizá nunca habría discutido con los hombres o los oficiales. Sospecho que era así porque no me consideraba uno de ellos, sino su criado personal, a quien podía confiar sus pensamientos particulares, como podría considerarse a un médico, y tenía razón pues me gustaba pensar de mí que era un tipo leal, excepto cuando planeaba la huida de las garras del rey Jorge, debo admitir. Aunque sí me sentó mal que no me permitieran bajar a tierra a pasarlo bien; me pareció un golpe bajo y cruel.

—El capitán desea que el barco se baldee y restriegue de puño de amura a

puño de escota mientras reabastecemos las bodegas y hacemos algunas reparaciones —continuó al tiempo que se rascaba enérgicamente las partes mientras me hablaba, el muy cerdo—. Así pues, ponte manos a la obra de inmediato.

Asentí y, tal como me había ordenado, me dirigí hacia los dos hombres, que a su vez levantaron la vista para mirarse mutuamente y sonreírse mientras me acercaba. No había pasado mucho tiempo en cubierta desde que abandonáramos Spithead en diciembre y, por mor de la verdad, algunos marineros me daban pavor. Había conocido muchos tipos duros en mis tiempos —los amigos del señor Lewis solían ser los rufianes más desagradables con que uno podía toparse—, pero los hombres de a bordo tenían pinta de poder matarte con la misma facilidad con que te daban la hora. Eran como osos. Yapestaban. Y andaban siempre mascando con sus bocas desdentadas o quitándose Dios sabía qué de los hirsutos cabellos. El primero de los dos marineros que me esperaban era Matthew Quintal, un tipo grandote de unos veinticinco años y con unos músculos de buey, mientras que el segundo, John Sumner, era quizá algo mayor y de compleción no tan fuerte, pero estaba claramente a la sombra de su señor.

—Buenos días —saludé, y al punto lamenté haberlo dicho, pues me hizo parecer el mayor mariquita de la historia. Debería haber cerrado el pico y haberme puesto a trabajar.

—Vaya, pues buenos días a ti también —se burló Quintal, y la ancha sonrisa que apareció en su cara me inquietó al instante—. No me digas que nuestro pequeño lord de la cubierta inferior se ha dignado subir las escaleras para ayudar a los hombres que trabajan, ¿eh?

Me encogí de hombros, cogí un cepillo del balde y me arrodillé en cubierta para empezar con el fregado infernal.

—No penséis que es por mi gusto —dije mirándolo a la cara—. Preferiría con mucho estar tendido en mi litera, contándome los dedos y rascándome las pelotas, que aquí arriba a cuatro patas con vosotros. Pero ese cerdo asqueroso del señor Heywood ha insistido. De modo que aquí estoy.

Quintal aguzó la mirada, sorprendido quizá por mi respuesta, pero entonces soltó una risotada y negó con la cabeza.

—Bueno, ésa sí que es una respuesta honesta —opinó, volviendo a su tarea, lo que dio pie a Sumner para ponerse también manos a la obra—. No hay muchos entre nosotros que no prefirieran disponer ahora de algo de tiempo libre, ¿no es así? —añadió volviéndose hacia la orilla, y seguí la dirección de sus ojos para descubrir a tres jóvenes muchachas que miraban la *Bounty* entre risitas al tiempo que señalaban a los hombres que trabajaban en las jarcias. Quintal dijo entonces, silbando entre dientes—: Oh, Dios, qué no daría yo por diez minutos a solas con una de ellas, o con dos o con tres.

—Les enseñarías lo que es bueno, me atrevo a decir, Matthew —intervino

Sumner, y supe de inmediato quién mandaba en aquella relación—. Les enseñarías un par de cosas sobre un par de cosas, ¿eh?

—Pues sí, eso haría —convino Quintal tendiendo una mano hacia su entrepierna para darse un buen apretón donde más vale no mencionar—. Un mes es demasiado tiempo para que un hombre esté sin una mujer. ¿Qué dices tú, muchacho? —me preguntó con una desagradable sonrisa—. Eh —añadió—, ni siquiera sé tu nombre, ¿no?

—Turnstile —contesté—. John Jacob Turnstile. Encantado de conoceros, cómo no.

—Lo llaman Tunante —intervino el burro de Sumner con una risotada, revelando una dentadura incompleta y marrón que no me habría costado nada desmantelar de haber querido hacerlo.

—¿Quiénes? —quiso saber Quintal.

—Los oficiales —dijo el otro, tratando de burlarse de mí—. El señor Heywood, al menos.

Quintal frunció el entrecejo.

—El chico dice que su nombre es Turnstile —repuso—, de modo que es así como lo llamaremos —resolvió, y no pude evitar sonreírle a Sumner.

—¿Qué pasa aquí? —nos llegó una voz desde arriba, y no era otro que el señor Heywood que volvía a rondarnos—. Demasiada charla, marineros. Volved al trabajo o sabréis lo que es bueno.

Los tres lo hicimos y guardamos silencio durante unos minutos, hasta que el sucio perro se hubo largado, sin duda para toquetearse, y Quintal, que pese a haberme defendido ante Sumner seguía dándome pánico, sacudió la cabeza y arrojó el cepillo en el cubo, salpicándome la cara y obligándome a enjugarme la espuma de los ojos.

—Mirad eso —dijo, y me volví para ver a otros cuatro hombres (ahora sé sus nombres: Skinner, Valentine, McCoy y Burkett) que regresaban a la *Bounty* con cestas de fruta, las bocas manchadas de rojo de las fresas que habían comido por el camino, y uno de ellos, Burkett, caminando con cierto brío por el alcohol que debía de haber tomado—. Podría haber ido con ellos, de no haberme mandado trabajo manual el capitán. ¡Vaya tíos con suerte! —añadió, negando con la cabeza—. Y ese Heywood, el muy huevón, está también como loco por haber tenido que quedarse a bordo. Quería estar con su amiguito, ¿eh? Quería jugar con el señor Christian, ¿no?

—¿El señor Christian está en tierra? —pregunté, haciendo lo posible por eliminar una mancha de sangre que no mostraba indicios de rendirse.

—Tendría que haber ido el señor Fryer —intervino Sumner—. Por derecho, debería haber sido él quien presentara sus respetos al gobernador junto al capitán.

—El señor Fryer está en la cubierta inferior —mencioné, pues lo había visto en su camarote cuando Heywood me escoltó en mi tránsito del descanso bajo

cubierta a los trabajos de arriba.

—Sí, y no está precisamente contento —comentó Quintal—. El capitán anunció que iba a bajar unas horas a tierra e invitó al señor Christian a acompañarlo. «Capitán, —oí que le decía el señor Fryer, pues yo estaba a menos de seis pasos de él—, capitán, ¿no debería acompañarlo yo, como maestro del barco?». Bueno, pues él lo miró, y parecía a punto de cambiar de opinión, pero cuando advirtió mi presencia no habrá querido que lo viera mudando de parecer, supongo, porque le dijo al señor Fryer que lo dejaba al mando del barco y que el señor Christian lo acompañaría en su lugar. Bueno, podéis imaginaros que éste desembarcó en un santiamén, y dando brincos, y entonces el joven Heywood, que está tan enamorado del señor Christian como pueda estarlo un hombre de otro, vio su oportunidad de acompañarlos, pero le bajaron los humos de inmediato y le enseñaron dónde estaba su sitio. Por eso se muestra tan malhumorado esta mañana, diría yo.

Asentí con la cabeza. No pude evitar preguntarme por qué favorecía tanto el capitán al señor Christian; en más de una ocasión había observado semejante parcialidad bajo cubierta desde el inicio del viaje, y me parecía que el primer oficial animaba al señor Bligh a tenerle aversión al señor Fryer, una aversión que, a mis ojos, no era producto más que de una animosidad personal entre ambos oficiales. Por mi parte, no me había formado una gran opinión de ninguno de los dos, aparte de advertir que el segundo trabajaba con denuedo y conocía su oficio, y que el primero era el dandi del barco y llevaba más pomada en el cabello de la que a mi entender resultaba saludable. Pero el señor Christian sí tenía una cualidad que me confundía: era el único hombre a bordo que nuncaapestaba. Si lo conseguía bañándose en exceso o trabajando demasiado poco, eso no lo sabía.

—¡*Bom dia*, muchachos! —nos llegó un grito de la orilla, y cuando los tres nos dimos la vuelta, vimos que las chicas de antes nos saludaban con ademanes y nos mandaban besos—. ¡Cogedlos! ¡Guardadlos en algún sitio calentito!

—Los guardaré donde podáis encontrarlos si os apetece —exclamó Quintal, y los tres nos echamos a reír como si fuera un chiste buenísimo, que en mi opinión no lo era—. Oh, sólo de verlas me duele lo que tengo bajo los pantalones, desde luego que sí —comentó entonces en voz más baja, y Sumner rio y yo noté que me ruborizaba, pues esa clase de confianzas nunca me había sentado muy bien.

—¿Qué te pasa, Turnstile? —me preguntó entonces al verme enrojecer—. No les tendrás miedo a las damas, ¿no?

—No, qué va —repliqué, rápido como el que más, pues la reputación lo es todo en un barco y a esas alturas sabía lo suficiente para defender la mía.

—Has conocido a unas cuantas, ¿no es así? —quiso saber, inclinándose y sacando la lengua para moverla de arriba abajo de forma tan repugnante que sentí náuseas—. Te has llevado al huerto a unas cuantas fulanas de Portsmouth,

¿verdad? Les habrás dado tus buenos lametones de arriba abajo, ¿eh?

—He conocido a las que me corresponden —repuse, afanándome con el cepillo y sin mirarlo a la cara, no fuera a darse cuenta de la verdad—. Y a las que le corresponden a él también —añadí indicando con la cabeza a Sumner, y vi que le entraban ganas de darme un mamporro, pero no podía hacerlo, visto que Quintal se estaba entusiasmando conmigo.

—¿De verdad lo has hecho? —me preguntó entonces en voz baja, antes de repetir la pregunta más quedamente incluso.

Sentí que me taladraba con la mirada, pero no quise darle la satisfacción de alzar la vista, pues si lo hacía él sabría que yo todavía no había conocido mujer y que mis experiencias en ese terreno no me habían proporcionado placer alguno.

Y antes de que pudiera decirse más sobre el tema, cayó sobre nosotros un maremoto, sin previo aviso y salido de lo que había parecido un mar en calma. Parpadé y jadeé de pura sorpresa, escupiendo agua, seguro de que estaba a punto de ahogarme, y cuando abrí de nuevo los ojos y miré a mi izquierda, a quién vi ahí de pie sino al deleznable perro en persona, el señor Heywood, sosteniendo un gran balde de agua entre las torpes manos, cuyo contenido acababa de arrojarnos encima.

—Eso baldeará la cubierta y os obligará a callar —declaró antes de alejarse.

No sé qué habría dado entonces por la oportunidad de propinarle un buen sopapo, pero probablemente la vida marinera empezaba a surtir efecto en mí, pues no hice nada; me limité a volver a mi trabajo con el orgullo algo maltrecho y me sentí satisfecho de que al menos la conversación que había mantenido con Quintal y Sumner pareciera olvidada, y así seguir guardando el secreto de mi ignorancia con respecto a las damas y la verdad sobre mi pasado.

Las bodegas se habían reabastecido, el barco se había reparado y nos habíamos hecho a la mar antes siquiera de que me hubiese percatado de ello, pero hubo un jaleo tremendo justo cuando estábamos a punto de zarpar que dejó al capitán de muy mal humor durante los días siguientes. Estaba retirando el plato y la copa que había utilizado para su almuerzo —que solía consistir tan sólo en un poco de pescado y una patata, pues nunca comía gran cosa a mediodía— cuando alzó la vista de lo que escribía en su diario. Al principio se mostró lleno de vida y alegría, tan contento estaba de que volviésemos a navegar.

—Bueno, mi buen señor Turnstile —me dijo—, ¿qué te pareció Santa Cruz?

—No sé decirle con exactitud, señor —repuse, rápido como el que más—, teniendo en cuenta que sólo la vi desde lejos y no puse un pie en tierra en toda nuestra estancia allí. Sin embargo, debo admitir que desde cubierta parecía tan bonita como un cuadro.

El capitán dejó la pluma sobre el escritorio y me miró entornando los párpados con el asomo de una sonrisa en los labios, lo que provocó que mi rostro enrojeciera de tal modo que aparté la vista y empecé a ordenar los objetos que tenía a mano para que él no lo advirtiese.

—¿Ha sido eso una impertinencia? —preguntó al cabo de un instante—. ¿Pretendías mostrarte insolente conmigo, Turnstile?

—No, señor —contesté negando con la cabeza—. Le ruego que me disculpe, señor, si mis palabras han sido más ásperas de lo que pretendía. Sólo quería decir que no me encuentro en posición de responder a su pregunta original, visto que carezco de experiencia de primera mano del sitio en sí. El señor Fryer y el señor Christian y el señor Heywood, por otra parte...

—Todos ellos son oficiales de la Armada de Su Majestad —me interrumpió fríamente—. Y como tales tienen ciertos derechos y obligaciones durante una estancia en puerto. Harías bien en recordarlo si aspiras a alcanzar un puesto superior. Es lo que podría llamarse el beneficio del esfuerzo y el ascenso.

Sus palabras me dejaron un poco perplejo, pues confieso que nunca había considerado semejante idea. Para ser honesto conmigo mismo, algo que siempre trataba de ser, disfrutaba bastante en mi condición de paje del capitán —había muchas y variadas responsabilidades asociadas al cargo y, la verdad, ninguna era en exceso onerosa en comparación con las tareas de los marineros de primera— y el puesto me daba cierto prestigio entre los miembros de la tripulación, con quienes empezaba a mezclarme con confianza y éxito cada vez mayores. Pero ¿aspiraciones de llevar la vida de un oficial? No estaba seguro de que eso estuviera en el destino de John Jacob Turnstile. Al fin y al cabo, apenas dos días antes había estado considerando la posibilidad de escaparme y pasar como desertor a España, una vida que se me antojaba estupenda, llena de aventuras y

romances. Lo cierto era que, llegados a un enfrentamiento de lealtades entre las expectativas del rey y mis propios deseos egoístas, me parecía que el viejo Jorge no tenía más posibilidades que una virgen en un burdel.

—Sí, señor —dije mientras recogía algunos de sus uniformes de donde los había dejado tirados y los separaba en dos montones: los que tendría que lavar, una tarea ingrata, y los que soportarían otro período de servicio.

—Era un sitio realmente bonito —prosiguió él, volviendo al diario—. Describo aquí que conserva su belleza natural. Creo que a la señora Bligh le gustaría pasar una temporada allí; quizá se me presente la ocasión de regresar con ella más adelante, a título personal.

Asentí con un gesto. El capitán hablaba de cuando en cuando de su esposa y le escribía frecuentemente, con la esperanza de que pasara una fragata de regreso a Inglaterra que pudiese llevar nuestros mensajes. Observé que faltaba un pequeño montón de cartas que habían reposado en el cajón durante semanas, dejadas sin duda en las seguras manos de las autoridades de Santa Cruz, y vi también que se disponía a empezar una nueva colección de inmediato.

—¿Está en Londres la señora Bligh, señor? —pregunté con tono respetuoso, poniendo buen cuidado en no rebasar la línea invisible que nos separaba, pero él asintió con rapidez y pareció complacerle hablar de ella.

—Sí —contestó—. Mi querida Betsey. Una mujer estupenda, Turnstile. El día que accedió a prometerse en matrimonio conmigo fue el más afortunado de mi vida. Espera mi regreso junto a nuestro hijo William y nuestras hijas. Un chico bien parecido, ¿no crees? —Movié el retrato del muchacho para que yo lo viera, y era cierto, parecía un muchacho apuesto y así se lo hice saber—. Es unos años más joven que tú, por supuesto —añadió—, pero sospecho que si os conocierais, os haríais buenos amigos.

No dije nada al respecto, visto que era poco probable que alguien de mi situación social pudiese trabar amistad con una persona de la suya, pero el capitán se estaba mostrando tan agradable conmigo que me pareció grosero señalarlo. En lugar de ello eché un último vistazo al camarote para asegurarme de que todo estuviese en orden, y me sorprendió advertir junto a la pequeña ventana una serie de macetas que se habían cogido del gran camarote de al lado y estaban ahora a la vista de cualquiera, llenas hasta el borde de tierra y con unos brotes que empezaban a asomar.

—Veo que estás observando mi jardín —señaló alegremente el capitán, y se levantó de su escritorio para verlas de cerca—. Son todo un espectáculo, ¿no crees?

—¿Son estas plantas el objetivo de nuestra misión, señor? —quise saber en mi ignorancia, y en cuanto hube pronunciado estas palabras comprendí hasta qué punto eran estúpidas, pues aún había centenares de macetas vacías en el almacén de al lado, y si era eso cuanto se necesitaba, menudo despilfarro de tiempo y

energías habría supuesto el viaje entero.

—No, no. No seas ridículo, Turnstile. Éstas no son más que unas insignificancias que descubrí ayer en las montañas cuando el señor Nelson y yo salimos en una expedición botánica.

El señor Nelson era una figura que iba y venía del camarote del capitán con regularidad pero que, al principio, no me pareció que tuviera responsabilidades oficiales. Sin embargo, hacía poco había sabido por el señor Fryer que era el botánico del barco y que sus obligaciones empezarían cuando hubiésemos alcanzado la primera parte de nuestra misión, sobre la cual seguía en completa ignorancia.

—Se me ocurrió sembrar unas cuantas semillas —explicó el capitán, comprimiendo con cautela la húmeda tierra de las macetas— sólo por ver si florecerían a bordo. En esta primera maceta he plantado una campánula, una exótica criatura que produce frutos comestibles cuando están maduros. ¿La conoces?

—No, señor —contesté, pues sabía tanto de la vida de las plantas como de los hábitos de apareamiento de los lirones.

—Da una flor preciosa —prosiguió, volviéndola ligeramente hacia el ojo de buey—. Amarilla como el sol. Nunca habrás visto semejante luminiscencia. En esta segunda hay una orobal. ¿No has llevado a cabo ningún estudio de la flora exótica, Turnstile?

—No, señor —repetí, mirando la minúscula semilla allí plantada y preguntándome qué brotaría de ella.

—También se le llama ginseng —apuntó; volví a negar con la cabeza y pareció desconcertado—. Vaya —dijo entonces, negando a su vez con la cabeza, y por su tono pareció que la cuestión le causara una enorme sorpresa—. Pero ¿qué os enseñan en la escuela hoy en día? El sistema educativo está de capa caída, muchacho. Te lo digo yo, ¡de capa caída!

Abrí la boca para comunicarle que en toda mi vida jamás había visto el interior de un aula, pero me contuve temiendo que volviera a considerarlo una insolencia.

—El orobal es una planta maravillosa —me explicó—. Verás, es un diurético, lo que por supuesto resulta de gran utilidad en un viaje como el nuestro.

—¿Un qué? —pregunté, pues desconocía esa palabra.

—Un diurético —repetió—. Pero bueno, Turnstile, ¿tendré que explicártelo todo? Posee propiedades analgésicas y puede inducir el sueño en un hombre enfermo. Creo que puede prosperar, si la cuido como es debido.

—¿Debo entonces regar esas plantas, señor?

—Oh, no —se apresuró a responder—. No, déjalas como están. No es que no confíe en ti, comprendeme; bien al contrario, pues estás demostrando ser un criado muy bueno —ahí estaba esa palabra otra vez, una palabra que no me

agradaba—, pero me gusta la idea de ocuparme de ellas y cuidarlas hasta que florezcan. Verás, es que me proporcionan un pasatiempo, una afición. ¿Tienes tú aficiones, Turnstile? En tu casa, con tu familia en Portsmouth, ¿no tenías acaso pasatiempos propios? ¿Frivolidades para pasar el rato?

Me lo quedé mirando, sorprendido ante su ingenuidad, y negué con la cabeza. Ésa era la primera vez que el capitán me preguntaba por mi vida en Inglaterra, o por mi familia, y de inmediato comprendí lo engañado que estaba sobre mí. Por supuesto, no había conversado con su amigo, el señor Zéla, antes de mi aparición en la *Bounty* —me habían mandado a bordo en el último momento para ocupar el sitio del torpe asno que se había roto las piernas—, pues de haberlo hecho tendría algún conocimiento sobre mi situación. Por así decirlo, suponía que todos los chicos se habían criado en condiciones similares a las suyas, una triste equivocación. Los ricos siempre consideran ignorantes a los muchachos como yo, pero en ocasiones hacen gala de una ignorancia similar, aunque de índole bien distinta.

El concepto mismo de familia me resultaba extraño. No había conocido semejante dicha. No tuve un padre ni una madre; mis recuerdos más remotos son de una lavandera en Westingham Street que me dejaba dormir en el suelo y comer de su mesa si le llevaba fruta de los puestos para la cena, pero me vendió al señor Lewis cuando tenía nueve años. Cuando me apartaron a rastras de ella, me aseguró que en ese establecimiento sería feliz y estaría bien cuidado. En la nueva casa no hubo familia alguna para mí. Hubo amor, por supuesto, o algo parecido, pero no una familia.

—Ésta quizá te interese, Turnstile —estaba diciendo el capitán, y cuando parpadéé para volver al presente vi que tocaba con cautela las hojas de la tercera plantita—. La artemisa. Cuando crece, es de gran ayuda para el sistema digestivo de cualquiera que se encuentre en dificultades, como recuerdo que te sucedió a ti al hacernos a la mar. Podría resultar de gran utilidad si...

La lección se vio interrumpida por un rápido golpeteo en la puerta del camarote, y al volvernos vimos al señor Christian allí de pie. Éste saludó brevemente al capitán con un gesto y a mí me ignoró, como tenía por costumbre. Creo que yo revestía para él un interés algo menor que los paneles de madera de las paredes o las hojas de vidrio de las ventanas.

—El barco está a punto de zarpar, señor —anunció—. Deseaba que se le informara, ¿no?

—Una noticia excelente —opinó el capitán—. ¡Una noticia excelente! Y nuestra estancia ha merecido la pena, Fletcher. Confío en que agradeciera debidamente al gobernador toda su generosidad.

—Por supuesto, señor.

—Muy bien. Entonces puede usted disparar la salva cuando lo crea conveniente. —El capitán se volvió de nuevo hacia sus plantas pero, al percatarse

de que el señor Christian no se marchaba, se dio la vuelta otra vez y le preguntó —: ¿Sí? ¿Hay algo más?

El rostro del oficial mostraba la expresión de quien ha de revelar un secreto muy a pesar suyo.

—La salva —repuso al fin—. Quizá deberíamos conservar la pólvora por el momento.

—¡Tonterías, Fletcher! —exclamó el capitán con una risotada—. Nuestros anfitriones nos han prestado gran ayuda. No podemos partir sin un gesto de respeto... ¿cómo íbamos a quedar? Lo habrá visto hacer antes, por supuesto: una salva mutua, la nuestra para ofrecer nuestro agradecimiento; la de ellos, para desearnos que Dios nos acompañe en nuestro viaje.

El señor Christian dio muestras de una clara indecisión que tanto el capitán como yo captamos y que saturó el aire como un hedor procedente de un pato pestilente, y allí se quedó hasta que el primer oficial abrió la ventana para despejarlo.

—Me temo que no habrá una salva en respuesta, señor —declaró por fin, apartando la mirada.

—¿Que no habrá salva en respuesta? —repitió el capitán frunciendo el entrecejo y acercándose a él—. No lo comprendo. ¿Le dieron usted y el señor Fryer nuestros regalos de despedida al gobernador?

—Sí, señor, así lo hicimos. Y por supuesto el señor Fryer, como maestre del barco, discutió la cuestión de la salva con el gobernador, puesto que le correspondía a él como oficial de rango. ¿Voy en su busca y hago que se lo explique?

—Maldita sea, Fletcher, me importa un carajo a quién le correspondiera hacerlo —espetó el capitán, cuyo tono se estaba agriando rápidamente; no le gustaba que se le ocultaran asuntos que tenían lugar en torno a él, en particular cuando percibía un desaire—. Le pregunto simplemente por qué no va a haber salva de respuesta cuando acabo de darle la orden de que...

—De hecho, sí había intención de responder a la salva —lo interrumpió el señor Christian—. Seis disparos por cañón, como dicta la costumbre. Por desgracia, el señor Fryer se vio obligado a revelar el hecho de que... debido a las circunstancias de nuestro barco y de su rango de usted...

—¿De mi rango? —preguntó Bligh despacio, como si tratara de adelantarse en la conversación para descubrir adónde conducía—. No...

—De teniente, me refiero —explicó el señor Christian—. No de capitán. El hecho de que la envergadura del barco no merezca una...

—Sí, sí —interrumpió el señor Bligh, volviéndose para que no le viésemos la cara y en tono cada vez más sombrío—. Lo comprendo perfectamente. —Carraspeó varias veces y cerró los ojos un instante al tiempo que se llevaba una mano a la boca. Cuando volvió a hablar, su tono fue profundo y depresivo—. Por

supuesto, Fletcher. El gobernador no devolverá una salva a alguien de rango inferior al suyo.

—Me temo que en resumidas cuentas se trata de eso —admitió el señor Christian en voz baja.

—Bueno, el señor Fryer hizo bien en informar —declaró el capitán, aunque no pareció en absoluto sincero—. Habría sido del todo inapropiado no hacerlo. Si el gobernador hubiese descubierto la verdad más tarde, eso podría haber perjudicado sus relaciones con la Corona.

—Por si sirve de algo, señor...

Pero el capitán levantó una mano para silenciarlo.

—Gracias, señor Christian. Puede subir a cubierta. El señor Fryer está ahí, ¿no?

—Sí, señor.

—Entonces que se quede ahí por el momento, maldita sea su estampa. Y usted ocúpese de que los hombres trabajen con ganas.

—Sí, señor —repuso el oficial, y abandonó el camarote.

Me quedé ahí plantado, incómodo, cambiando el peso de un pie al otro. Advertí que el capitán se sentía humillado por lo ocurrido, aunque procuraba disimularlo. Era obvio que la cuestión de su propia posición le dolía, en particular por el hecho de que fuera moneda corriente entre los hombres. Traté de pensar en algo que decir para aliviar la tensión, pero no se me ocurrió nada hasta que volví a mirar casualmente hacia la izquierda y vi mi salvación.

—¿Y esta maceta, capitán? —pregunté señalando la cuarta y última sobre la repisa—. ¿Qué contiene?

Volvió la cabeza despacio y se me quedó mirando, como si hubiese olvidado por completo mi presencia, antes de dirigir la vista hacia donde yo señalaba y negar con la cabeza.

—Gracias, Turnstile —dijo con voz ronca y preocupada—. Ya puedes irte.

Abrí la boca para decir algo, pero me lo pensé mejor. Al salir y cerrar la puerta detrás de mí, percibí que el barco se hacía a la mar con suavidad y vislumbé al capitán sentado a su escritorio, pero no asiendo la pluma, sino cogiendo el retrato de su esposa, cuyo rostro siguió suavemente con el dedo. Cerré la puerta con firmeza y decidí subir a cubierta y mantener la vista fija en tierra mientras nos alejábamos, pues sólo el demonio sabía cuándo volvería a verla.

Poco después empezaron los bailes.

Navegamos durante semanas, conduciendo la *Bounty* cada vez más cerca del Ecuador, avanzando a buen ritmo hasta rebasar los veinticinco, los veinte, los quince grados de latitud. Yo seguía nuestro progreso a diario en las cartas que el capitán Bligh tenía en su camarote, muchas de las cuales, según me contó, había trazado él mismo a partir de sus viajes anteriores con el capitán Cook. Siempre le rogaba que me contara más cosas sobre los viajes que habían realizado juntos, pero él encontraba cualquier motivo para postergar los relatos, y sólo me quedé fantasear sobre qué aventuras habrían corrido y exagerar el heroísmo de ambos en mi imaginación. Entretanto, las tormentas llegaron y se fueron, los vientos soplaron y amainaron, y la atmósfera en el barco pareció inextricablemente ligada al clima: días radiantes intercalados con otros cargados de tensión. Durante ese tiempo, la relación entre el capitán, los oficiales y el resto de la tripulación fue en general positiva y no vi motivos para que no continuara siéndolo. Por supuesto, era obvio que el señor Fryer nunca sería un favorito del capitán como lo era el señor Christian, pero a ninguno de ellos parecía preocuparle ese hecho y, por lo que yo veía, el maestre se dedicaba a sus obligaciones sin rencores ni quejas.

A lo largo de esas semanas empecé a pasar más tiempo en cubierta y con frecuencia compartí las veladas con tres o cuatro guardiamarinas mientras ellos fumaban sus pipas y bebían sus raciones de cerveza, contándose historias de las esposas y enamoradas que habían dejado atrás. La mayoría de las noches, uno de los hombres era objeto de las bromas de los demás y de cuando en cuando se enzarzaban en una pelea si alguien acusaba a la mujer de otro de portarse como una meretriz cuando él estaba en alta mar. Una tarde, John Millward molió a palos a Richard Skinner por una tontería. Yo busqué con la mirada a los señores Christian y Elphinstone, los oficiales que en ese momento estaban en cubierta, para ver si intervenían y evitaban el derramamiento de sangre que siguió, pero para mi sorpresa dieron media vuelta y se alejaron. Algo más tarde, el señor Christian me sorprendió en pleno sueño cuando se dirigía a su camarote, dándole a mi litera una buena patada que me desestabilizó y me hizo caer al suelo, con el que mi cabeza colisionó de forma muy dolorosa.

—¡Maldición! —espeté, sorprendido de verme interrumpido en medio de un sueño feliz en que era un hombre de riqueza y prosperidad, muy querido por los empobrecidos pero contentos criados que trabajaban en mis haciendas y me ofrecían consuelo en las veladas largas y oscuras—. ¿Qué diantre...? —No tuve que acabar la pregunta, pues al levantar la vista me encontré al primer oficial de pie ante mí, mirándome y meneando la cabeza con desdén.

—Cuida tus modales, Tunante, joven mocososo —dijo tendiéndome una mano

— Sólo pretendía despertarte, no asustarte tanto que te caerías de la litera. ¿Eres de naturaleza nerviosa? Jamás había visto a nadie saltar de esa forma.

—No, señor Christian —dije, y traté de recobrar la dignidad poniéndome en pie—. No soy víctima de los nervios. Sin embargo, tampoco estoy acostumbrado a que me pateen el culo en plena noche.

Las palabras salieron de mi boca antes de que acertase a considerar si eran prudentes, y me arrepentí de haberlas pronunciado casi de inmediato al ver que la sonrisa de Christian se desvanecía y se aguzaba su mirada. Me miré los pies y me pregunté si continuaría pateándome hasta tirarme por la borda. Consideré que tal vez lo único que le impediría hacerlo era que eso le haría sudar y lo despenaría, algo que el señor Christian detestaba por encima de cualquier otra cosa.

—En primer lugar, no es plena noche, Tunante, aún no se ha puesto el sol —replicó al fin, tratando de controlar su furia—. Cuando el capitán anda por ahí, también debería hacerlo su paje, y el capitán se encuentra en este momento en cubierta. En segundo lugar, ¿debo deducir que has olvidado tu rango con la impresión del despertar y no sabías a quién te estabas dirigiendo?

Asentí en silencio, escarmentado; cuando alcé la vista volvía a haber un asomo de sonrisa en su rostro y me alivió comprobar que no pensaba ponerme los grilletos durante el resto del viaje.

—Muy bien —dijo—. Creo que te ha inquietado la discusión de antes, ¿no es así?

—¿La discusión? —pregunté, considerándolo—. Si se refiere a la pelea entre Millward y Skinner, pues sí, me ha dejado inquieto, ya que éste no va a caminar derecho en una semana.

—Y sin duda te preguntarás por qué no hemos intervenido ni yo ni el señor Elphinstone.

No contesté; por supuesto, eso era lo que estaba pensando, y él lo sabía, pero no me correspondía sugerir nada semejante. De forma que hice gala de sensatez y mantuve los labios sellados.

—No habías estado antes en el mar, ¿verdad, Tunante? —me preguntó, y negué con la cabeza—. Uno aprende ciertas cosas durante las travesías. Y una de ellas es permitir que los hombres hagan ejercicio cuando lo necesitan. No agradecerían que un oficial interviniera en un momento como ése. Les molestaría bastante. Ni siquiera a Skinner, el pobre imbécil, le habría hecho gracia, pese a la paliza que se ha llevado. Los hombres son así. No hay mujeres por aquí para gastar energías, de manera que tienen que liberarlas unos con otros. Sospecho que algo entiendes de eso, ¿verdad?

Lo miré y mi rostro se ruborizó más que nunca. ¿Cómo no iba a preguntarme qué había querido decir? Yo no había hablado con nadie sobre mi vida antes de la *Bounty*; ¿sabía el señor Christian secretos que yo creía a buen recaudo? Continuó

mirándome como si pudiera verme el alma misma en el fondo de mi ser y, no sé por qué, sentí el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Bueno —repuso al fin—. Basta de cháchara. A cubierta, Tunante. El capitán desea dirigirse a la tripulación.

Crucé el gran camarote, seguido por el señor Christian, consciente de que su mirada me taladraba la espalda, y por primera vez desde que zarpamos empecé a lamentar las reducidas dimensiones del navío. Por supuesto, estaba acostumbrado a los espacios pequeños; en el establecimiento del señor Lewis apenas había sitio para nada. Pero en ese momento, caminando hacia cubierta seguido por el primer oficial, sólo deseé que me dejaran en paz, no tener que responder ante nadie, disponer de una habitación propia donde ocultarme de las miradas. Mis deseos eran vanos. Semejantes placeres no le tocaban en suerte a un chico como yo.

En cubierta, el capitán parecía de mal humor otra vez. Caminaba de acá para allá mientras los hombres se congregaban, y les gritaba que formaran filas y cuanto antes. Anocheceó y las aguas estaban razonablemente calmas cuando empezó su discurso.

—Tripulación —dijo—. Llevamos un mes en el mar y, como sabéis, todavía nos queda mucho camino por recorrer antes de que nuestra misión dé comienzo siquiera. Todos os habéis hecho a la mar con anterioridad...

—Excepto el joven Turnstile —intervino el señor Christian, refiriéndose a mí por mi verdadero nombre por primera vez y empujándome hacia el centro de la cubierta. El capitán se volvió para mirarme.

—Casi todos os habéis hecho a la mar con anterioridad —se corrigió el capitán—. Y como también sabéis, los ánimos de los hombres pueden decaer y el cuerpo puede empezar a degradarse si no se ejercita con regularidad. He advertido que varios de vosotros tenéis un aspecto aletargado y el cutis pálido, y he decidido tomar dos medidas para mejorar nuestras condiciones a partir de ahora.

Hubo un murmullo general de aprobación entre los hombres, que se miraron unos a otros y musitaron sugerencias sobre aumentos de raciones y más cerveza, pero fueron rápidamente silenciados por el señor Elphinstone, que les gritó que se callaran y prestaran atención a su capitán.

—Por el momento todo va bien —continuó éste, y me dio la sensación de que lo inquietaba un poco dirigirse a los cuarenta hombres y muchachos que éramos—. No hemos perdido a nadie por problemas de salud, gracias a Dios, y diría que hemos establecido un nuevo récord en la Armada de Su Majestad, el del mayor número de días sin que se lleve a cabo ninguna acción disciplinaria.

—¡Hurra! —exclamaron los hombres al unísono, y el capitán Bligh pareció muy complacido.

—Para recompensaros por vuestro buen servicio y para que cada hombre

continúe lo más sano posible, propongo cambiar el programa de guardias a partir de mañana. En lugar de dos turnos de doce horas cada uno, propongo introducir tres turnos de ocho horas, asegurando así que todos dispongan de ocho horas en su propia litera para descansar la vista y recuperar el sueño. Creo que estaréis de acuerdo en que eso os permitirá estar más fuertes y alertas ante las difíciles aguas que nos esperan.

De nuevo murmullos de aprobación, y por la sonrisa del capitán advertí que su humor estaba mejorando, pues parecía encantado con la respuesta de la tripulación. Justo en ese momento, sin embargo, el señor Fryer avanzó un par de pasos para estropear su contento. No pude evitar preguntarme por qué siempre se creía con derecho a actuar de ese modo.

—Capitán —intervino—, ¿le parece sensato, considerando que...?

—¡Maldito sea, hombre! —bramó el señor Bligh en un tono que silenció al instante a todo el mundo, y confieso que di un respingo de miedo al oírlo y que podría haber saltado por la borda de haberseme ocurrido—. ¿No puede entender una orden cuando la oye, señor Fryer? Soy el capitán de este barco, y si digo que va a haber tres guardias de ocho horas cada una, es que las habrá; no serán dos, ni cuatro, sino tres, y no toleraré que nadie lo cuestione. ¿Ha entendido, señor Fryer?

Miré, como todos los demás, al señor Fryer y, si el rostro del capitán se había puesto escarlata de ira, el del señor Fryer había palidecido de pura perplejidad. La furia del señor Bligh había aparecido de la nada y el maestre permanecía ahí plantado, con la boca abierta como si se dispusiera a terminar la frase que había empezado. Pero no pronunció palabra alguna, y al cabo de unos instantes retrocedió hasta su sitio con la vista fija en la cubierta. La expresión de su rostro habría agriado la leche. Eché un vistazo al señor Christian y estuve seguro de advertir una leve sonrisa en sus labios.

—¿Alguien más tiene algún comentario que hacer? —exclamó entonces el capitán, lanzando miradas alrededor.

No me importa admitir que me sorprendió la rapidez con que había cambiado la atmósfera, del buen humor a la tensión, y no supe muy bien si culpar de ello al señor Fryer o a su superior. Me pareció, aunque no me explicaba el motivo, que el maestre no podía hacer nada a derechas a ojos del capitán.

—Bueno, ésa es la primera cuestión —concluyó éste, secándose la frente con el pañuelo—. La segunda tiene que ver con el ejercicio. Cada hombre a bordo, hasta el último de ellos, dedicará una hora al día a hacer ejercicio en la forma concreta del baile.

Los murmullos empezaron otra vez y nos miramos unos a otros, seguros de que habíamos oído mal.

—Le ruego que me disculpe, señor —intervino con cautela el señor Christian, eligiendo bien las palabras para no sufrir el mismo destino que el señor Fryer—.

¿Ha dicho usted baile?

—Sí, señor Christian, me ha oído bien, he dicho «baile» —respondió el señor Bligh con energía—. Cuando servía a bordo del *Endeavour*, yo mismo bailaba con regularidad, al igual que el resto de la tripulación, a las órdenes del capitán Cook, que reconocía los saludables beneficios del movimiento constante que se realiza durante la danza. Para eso se halla a bordo el señor Byrn: para proporcionarnos música. Dé un paso al frente, por favor, señor Byrn.

Del fondo mismo de las filas de hombres apareció la anciana figura de este hombre, con quien había mantenido una única conversación sobre las relativas ventajas de la manzana con respecto a la fresa, armado con su violín.

—Ahí está —anunció el capitán—. El señor Byrn nos deleitará con una hora de música todos los días entre las cuatro y las cinco, y quiero ver a toda la tripulación en cubierta para bailar, ¿entendido? —Los hombres asintieron con la cabeza y dijeron que sí, y advertí que la idea les hacía gracia—. Bien —concluyó, y se dirigió entonces al cocinero—: Señor Hall, un paso al frente. —Este hombre, que se había mostrado amable conmigo la primera vez que puse un pie a bordo, titubeó sólo un instante antes de obedecer. El capitán miró alrededor y sus ojos se clavaron en los míos—. Joven señor Turnstile, puesto que te hemos identificado como la única persona a bordo que no había navegado antes...

El corazón me dio un vuelco tan tremendo que pensé que iba a salirme por la boca. Cerré los ojos un instante e imaginé la humillación que estaba a punto de padecer. Iba a verme obligado a bailar con el señor Hall delante de todos. No me quedaría más remedio. En la penumbra de mis ojos cerrados apareció una imagen mental del señor Lewis, sonriendo y burlándose de mí cuando se abría la puerta y los caballeros entraban en la habitación, para sonreírnos a su vez a mis hermanos y a mí mientras ocupaban sus asientos para la selección de esa velada.

—Tendrás el honor de elegir una pareja de baile para el señor Hall —anunció el capitán.

Abrí los ojos y parpadeé. ¿Había oído bien? Apenas me atrevía a creerlo.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho, señor?

—Venga, muchacho —insistió él con impaciencia—. Elige una pareja para que el señor Hall inicie el baile y así el señor Byrn podrá empezar a tocar.

Observé a los hombres que me rodeaban y cada uno de ellos apartó la vista. Nadie quería mirarme a los ojos por temor a que lo escogiera y se viera sometido a la misma humillación que acababa de imaginar para mí.

—¿Cualquiera, señor? —pregunté mirando alrededor y calculando el castigo que cada hombre podría infligirme más tarde si lo elegía.

—Cualquiera, Turnstile, cualquiera —confirmó él alegremente—. No hay ningún tripulante a quien no le convenga el ejercicio. Estáis hechos unos fofos, ni más ni menos.

En ese momento el barco escoró levemente a estribor y al sentir la

salpicadura del agua en la cara, me remonté a una semana atrás, al momento en que un cubo de agua fue arrojado sin ceremonias sobre mi inocente persona. De inmediato supe a quién escogería.

—Elijo al señor Heywood —anuncié, y pese al fragor del viento y las olas, no se me ocultó el rumor que se produjo al contener todos el aliento.

—¿Qué has dicho? —preguntó el capitán, mirándome con cierta sorpresa.

—Ha dicho que el señor Heywood —exclamó uno de los hombres, y el capitán se volvió hacia él antes de concentrarse otra vez en mí y aguzar la mirada, considerando la situación.

Yo había elegido a un oficial, algo que él no había esperado. Había supuesto que escogería a un guardiamarina o un marinero de primera. Pero lo cierto era que, delante de toda la tripulación, me había invitado a elegir a cualquiera, y difícilmente podía retirar su palabra ahora sin perder la dignidad. Miré alrededor y ahí, de pie en el extremo mismo del grupo de hombres, con cara de pocos amigos y las pústulas hirviendo de rabia justificada, estaba el perro en persona, clavándome una mirada tan cargada de veneno que me pregunté si no acababa yo de cometer la mayor equivocación de mi vida.

—El señor Heywood es el elegido, entonces —anunció por fin el capitán, y miró al oficial.

—Señor, tengo que objetar... —empezó el joven, pero su superior no quiso oír nada.

—Venga, Heywood, nada de objeciones, se lo ruego. Todos los hombres tienen que hacer ejercicio, y un joven como usted debería deleitarse con ello. Dé un paso al frente ahora mismo. Señor Byrn, ¿conoce *Nancy la de los temporales*?

—Sí, capitán —repuso Byrn con una amplia sonrisa—. Y también conocí a su madre.

—Entonces, tóquela —ordenó el capitán, prescindiendo del comentario—. ¡Vamos, señor Heywood, no se entretenga! —bramó entonces con una voz que pretendía sonar divertida pero rayó en la misma ira que había mostrado hacia el señor Fryer no hacía ni cinco minutos.

Cuando el violín empezó a sonar, el capitán dio fuertes palmadas al ritmo de la música y, enseguida, los hombres lo acompañaron, mientras el señor Heywood y el señor Hall permanecían uno frente al otro, titubeantes. Entonces, con gesto muy cortés, Hall dio un paso atrás e hizo una profunda reverencia, quitándose la gorra, estableciendo por tanto que asumía el papel del caballero en la pareja y ganándose con ello una tremenda salva de aplausos y risas por parte de sus compañeros.

—¡El señor Heywood es la meretriz! —exclamó uno.

El oficial se revolvió, furioso y dispuesto a emprenderla a golpes con él, pero el capitán no pensaba tolerarlo.

—Baile, Heywood —exclamó—. Sonría y a lo mejor también usted lo pasa

bien.

Hall estaba danzando como si su vida dependiese de ello, con las manos en el aire y los pies dando brinco en una giga irlandesa sin dejar de sonreír como un loco, razonando que si debía hacer el ridículo delante de los hombres lo mejor era conquistarlos y ahorrarse sus burlas después. Heywood, por su parte, bailaba titubeante, con pinta de estar más avergonzado a cada instante. Cuando el capitán ordenó que todos empezásemos a bailar, el oficial se vio rodeado por una multitud y finalmente lo perdí de vista, aunque apenas me había atrevido a mirarlo desde que lo hube seleccionado.

—¿Te parece que eso ha sido sensato? —me preguntó el señor Christian acercándoseme por detrás y susurrándome directamente en la oreja, lo que me hizo dar un brinco.

Sin embargo, cuando me volví para enfrentarme a él con una respuesta, descubrí que también había desaparecido. El capitán me cogió del brazo y me empujó hacia el tumulto, insistiendo en que me uniera a la danza.

Aunque recibí palmadas de aprobación en la espalda, pues mi elección los había entusiasmado a todos y encima había conseguido dejar en ridículo a un oficial —uno que les desagradaba en particular—, no pude sino preguntarme si mi decisión no había sido la más estúpida de cuantas había tomado desde que decidí escamotear el reloj del caballero francés dos días antes de Navidad.

Si había pagado por aquello con mi libertad, sospechaba que el señor Heywood procuraría hacerme pagar un precio mucho más alto.

No transcurrió mucho tiempo antes de que se vengara de mí, y cuando llegó el momento no me cupo duda de que iba a pagar por mi insolencia con mi vida. Al recordar los acontecimientos de aquella espantosa mañana, todavía tiemblo de rabia y siento tan desesperado temor por mi existencia que deseo poder hallarme de nuevo en compañía de aquella criatura para hacerle sentir un terror y un pánico equiparables a los que padecí. Confieso que al iniciar esta parte de mi relato he tenido que recorrer tres veces el espacio de mi gabinete y tomarme un par de vasos de licor, tanto es el dolor que me producen los recuerdos.

Habían transcurrido dos semanas desde que el capitán Bligh me designara para escoger la pareja de baile del señor Hall, y mi posición a bordo había ascendido considerablemente en ese intervalo. Cuando me hallaba en cubierta, los hombres me llamaban a veces « señor Turnstile » en lugar de « Tunante » ; se dirigían a mí con un recién descubierto sentido de la igualdad y empezaba a sentir que podía conversar con los marineros de primera con mayor confianza de la que tenía cuando puse el pie por primera vez en la *Bounty* unos meses atrás. Ni siquiera el más rudo tripulante me intimidaba ya tanto como antaño, y si bien recibía mi buena ración de codazos en las costillas durante las sesiones de baile de la tarde —pues sí comentaban que era tan apuesto como algunas de las mozas que habían conocido en sus tiempos—, me aseguraba de devolverlos tan fuertes como los encajaba. En resumidas cuentas, poco a poco iba integrándome en la tripulación.

Cualquiera que me conociera de niño habría confirmado sin vacilar que dormir era una de mis principales aficiones. Ni siquiera la relativa incomodidad de una litera a ras del suelo en el exterior del camarote del capitán suponía un obstáculo en este aspecto, pero había descubierto que, desde que nos hiciéramos a la mar, mis sueños se habían vuelto mucho más vívidos de lo que eran cuando compartía el lecho con mis hermanos en el establecimiento del señor Lewis. No sabía si se debía al bamboleo del barco o a los efectos del infame mejunje que el señor Hall tenía el optimismo de llamar comida, pero mis ensueños estaban llenos de misteriosas criaturas y tierras extrañas, poblados de hermosas doncellas que me hacían señas desde sus cámaras y repletos de aventuras que me enardecían casi todas las noches. Esos sueños ya no me asustaban como al principio; de hecho, me había acostumbrado tanto a ellos que ese amanecer en concreto no me impresioné cuando abrí los ojos a la tenue luz y vi a una colorida bestia inclinada sobre mí, mostrando los dientes y con los ojos desorbitados, señalando con un dedo directamente hacia mi corazón, al tiempo que siseaba una y otra vez una palabra en tono venenoso.

—Renacuajo —decía la criatura, susurrando las sílabas con voz profunda y agresiva, repitiéndolo sin cesar—: Renacuajo, renacuajo, asqueroso renacuajo.

Contemplé la visión durante unos segundos, parpadeando enérgicamente, y me pregunté por qué no despertaba de ese sueño tan curioso —pues sin duda había de tratarse de un sueño— para volver a la relativa banalidad de mi hogar a bordo. Al cabo de unos instantes, como fuera que la imagen no se disolvía, me llevé una mano a la cara y retrocedí un poco en la litera mientras volvía a la conciencia para apartarme de la espantosa criatura. Con horror creciente comprendí que no se trataba de trance alguno, ni de una invención por haberme dormido poco después de tomar ron con queso, sino de la vida real. Mi propia vida real. La criatura que se alzaba ante mí era de carne y hueso, pero iba enmascarada y pintada. Solté un jadeo de sorpresa y consideré si sería sensato levantarme de un salto de la litera y echar a correr lo más rápido posible, cruzar el gran camarote y subir a cubierta, donde sin duda los hombres acudirían en mi defensa, vista mi nueva posición heroica. Sin embargo, antes de que atinase a hacerlo, un grupo de figuras con similares atuendos emergió por detrás de la criatura y cada una de ellas profirió a su vez aquel horrible siseo como en un eco de la voz de su señor.

—Renacuajo —repitieron una y otra vez—. Renacuajo, renacuajo, asqueroso renacuajo.

—¿Qué es esto? —exclamé, perdido en algún lugar entre el miedo y la incredulidad, pues ahora que mis ojos se habían abierto del todo veía que la criatura y sus cinco esclavos no eran bestias míticas salidas de las profundidades para atormentarme, sino los guardiamarinas, con extravagantes atuendos que vete a saber dónde habían encontrado, los rostros pintados, y con poses de actores en una farsa—. ¿Qué queréis de mí? —quise saber, pero antes de que acertase a pronunciar otra palabra, dos de los esclavos, a quienes reconocí bajo la pintura como el guardiamarina Isaac Martin y el ayudante del carpintero Thomas McIntosh, cayeron sobre mí.

Me levantaron entre los dos; cada uno me agarraba por una axila y una pierna, y me izaron en el aire ante los vítores de los demás. Su líder, el tonelero Henry Hilbrant, guio la procesión a través del gran camarote hacia las escaleras que conducían a cubierta.

—¡Bajadme! —grité, debatiéndome entre la rebeldía y la desesperación, pero mi voz se perdió dentro de mí, tan atónito estaba ante aquel inesperado giro de los acontecimientos.

No sabía qué propósito podrían abrigar. Los hombres que me llevaban estaban entre aquéllos con quienes había formado agradables alianzas en las semanas anteriores; nunca habían mostrado indicio alguno de ir a asaltarme. No se me ocurría ningún insulto que proferirles; sus razones para arrancarme de mi sueño, por no mencionar la naturaleza de sus curiosas vestimentas, no tenían sentido para mí. Una parte de mí tenía miedo, pero confieso que sentía también un atisbo de desconcierto, y me preguntaba adónde me llevaban y con qué propósito.

Estaba amaneciendo cuando salimos a cubierta; los hombres allí reunidos aparecían bañados por la brumosa y amarillenta luz de la alborada. Una fina llovizna caía sobre nuestras cabezas. Para mi sorpresa, la dotación entera de la *Bounty* parecía estar esperándome, a excepción del capitán y la mayoría de los oficiales —los señores Fryer, Christian y Elphinstone estaban ausentes—, pero sí vi a mi Némesis, el señor Heywood, de pie un poco aparte de los hombres, observando los sucesos desde cierta distancia y sonriendo, como si se muriera de ganas de disfrutar de los placeres de lo que había de suceder, lo cual me dejó bien claro que no iba precisamente a recibir felicitaciones por aquella anterior secuencia de acontecimientos. Sin embargo, sólo le eché un breve vistazo, pues la imagen que se me ofreció en la dirección opuesta bastó para atraer mi mirada y dejarme sin aliento.

En el pasado había advertido que siempre que el capitán Bligh reunía a los hombres en cubierta para dirigir a ellos, arrastraban los pies y se daban empujones para hacerse con los mejores sitios, cambiaban inquietos el peso de uno a otro pie durante el discurso y no formaban filas propiamente dichas ni guardaban orden alguno, un hecho que no parecía preocupar a nuestro comandante. Esa mañana, sin embargo, los tripulantes no hacían gala de desorden o indisciplina, sino que formaban pulcras filas de a cinco en fondo y una media docena a lo ancho. Cuando los que me llevaban me dejaron en el suelo, me asieron con fuerza de los hombros para impedir que huyera como alma que lleva el diablo. Confieso que la firmeza de sus toscas manos en mi persona empezó a inquietar mi joven corazón y deseé escapar de cualquiera que fuese el espantoso suceso que estaba a punto de ocurrir.

Pero ¿cuál era el aspecto más aterrador de toda esa escena? ¿Era acaso el hecho de que me hubiesen arrancado sin previo aviso de mi sueño, o las extrañas ropas que llevaban, o su presencia en cubierta cuando algunos deberían haber estado echándose un sueñecito en sus literas y otros ocupándose de la guardia? No, no era nada de eso. Era el silencio. Ningún hombre hablaba y lo único que se oía era el fragor de las olas contra el casco en nuestro lento avance a través de las aguas.

—¿Qué es todo esto? —pregunté tratando de parecer campechano, como si nada de aquello me importase un ápice y yo mismo hubiese elegido aparecer en cubierta en ese momento preciso de esa mañana precisa y de esa manera precisa—. ¿Qué está pasando aquí?

Al instante, las filas se abrieron para revelar una silla primorosamente pintada de un amarillo vivo y colocada en la cubierta de proa. John Williams, otro guardiamarina, que con frecuencia conversaba con el señor Christian y su tiralevitas Heywood, estaba sentado en la silla, con el rostro pintado de rojo y una corona en la frente. Levantó un dedo y me señaló.

—¿Es éste el renacuajo? —exclamó con una resonante voz impostada para la

parodia—. ¿Es éste el asqueroso renacuajo?

—Es él, su majestad —respondieron los dos marineros que me sujetaban—. John Jacob Turnstile.

« ¿Su majestad? », me dije, preguntándome qué juego sería ése, pues si John Williams era de la realeza, y era un lagarto cubierto de escamas.

—Traédmelo —ordenó Williams.

Me habría encantado quedarme donde estaba, con los pies anclados en cubierta, pero mis dos guardianes me empujaron y los hombres avanzaron en círculo en torno a mí hasta que estuve ante aquel fantoche. Los marineros me vigilaban y en sus ojos encendidos reconocí una mezcla de violencia, lujuria y el demonio en persona.

—John Jacob Turnstile —dijo entonces—. ¿Sabes por qué se te ha traído ante el tribunal del rey Neptuno?

Me lo quedé mirando y no supe si debía reírme en su jeta o dejarme caer de rodillas e implorar clemencia.

—¿El rey Neptuno? —pregunté—. ¿Y ése quién diantre se supone que es? —Traté de que mi voz no revelara temor, pero hasta yo mismo me di cuenta de que no había conseguido disimularlo y me maldije por mi cobardía.

—Tienes ante ti al rey Neptuno —declaró uno de los marineros que me rodeaban. Fruncí el ceño y negué con la cabeza—. ¡Tiembra en su presencia, asqueroso renacuajo, tiembra!

—Qué va a serlo —repuse—. Ése es John Williams, el que se ocupa de la cangreja mayor.

—¡Silencio! —exclamó éste—. Contesta a la pregunta que se te ha hecho. ¿Sabes por qué se te ha traído ante este tribunal?

—No —contesté negando con la cabeza—. Si esto es un juego, nadie me ha explicado las reglas, de manera que...

—Se te acusa de ser un renacuajo —interrumpió Williams—. Un asqueroso renacuajo. ¿Qué dices a eso?

Lo consideré y miré alrededor, deseando poder volver abajo, al consuelo y la seguridad de mi litera, pero las expresiones de los hombres bastaron para hacerme pensar que cualquier intento de echar a correr por mi parte no iba a acabar sino en llanto.

—No sé qué es eso —reconocí por fin—. De manera que no creo que pueda serlo.

Williams extendió los brazos y miró a los hombres.

—Esta mañana hemos cruzado al fin esa magnífica línea central que divide el globo en dos —anunció con voz estentórea y teatral—, la que separa el norte del sur, un hemisferio de otro, esa marca a la que llamamos el Gran Ecuador, y una vez hecho eso, el rey Neptuno exige su sacrificio. Un renacuajo. Una persona que nunca haya atravesado el cinturón ecuatorial.

Abrí la boca, pero no logré articular palabra alguna. Empecé a recordar historias oídas sobre los rituales que se llevaban a cabo cuando los barcos cruzaban el Ecuador, las cosas que se les hacía a marineros novatos que nunca habían cruzado esa línea, pero no conseguí acordarme de los detalles exactos. Sabía, sin embargo, que no era nada bueno.

—Por favor —rogué—, tengo que ocuparme del desayuno del capitán dentro de poco. ¿No puedo volver a...?

—¡Silencio, renacuajo! —exigió el rey Neptuno, y di un brinco de sorpresa—. Criados —dijo entonces mirando a los hombres que me flanqueaban—. Exhibid al renacuajo.

Me soltaron entonces un instante, pero al hacerlo uno de ellos se puso detrás de mí y me sujetó mientras me arrancaban la camisa del cuerpo. Los marineros prorrumpieron en grandes vítores y les grité que me dejaran en paz, pero en ese punto me toquetearon más manos, y por más que pateé y forcejeé, me quitaron también los pantalones, y luego la ropa interior, y en unos sombríos instantes me encontré ahí, en el centro de la cubierta, desnudo como el día en que nací, sin otra cosa que las manos para proteger mi pudor. Alcé la vista justo cuando el sol asomaba por detrás de una nube y su brillo me deslumbró un momento. Debido a eso y al temor por hallarme allí con mi intimidad expuesta, por no mencionar la aprensión ante lo que ocurriría después, me sentí mareado, sin fuerzas, y mi mente regresó a momentos del pasado que había tratado de olvidar. Momentos en que mi humillación había sido igualmente brutal.

... Es un chico muy apuesto señor Lewis pero que muy apuesto y de dónde eres mi guapo amiguito de Portsmouth quizá conocerás a un amigo mío en particular un muchacho que juraría que no es mayor que tú de nombre George Masters conoces a George no es así qué extraordinario tenía la impresión de que a los muchachos como tú me refiero a muchachos tan apuestos os agrada vuestra mutua compañía no es así...

—Hemos recibido informes sobre tus crímenes, el principal de los cuales es haberte hecho pasar por irlandés —continuó el rey, y sacudí la cabeza para concentrarme en sus palabras, mirándolo presa del asombro.

—Yo nunca he hecho eso —repuse, horrorizado ante la sugerencia—. Ni siquiera sabría cómo. El único irlandés que he conocido nació y se crio en Skibbereen, y lo colgaron por ladrón en el Muelle de las Ejecuciones.

—Hombres, ¿cómo declararéis al renacuajo? —exclamó el rey, y en torno a mí todos gritaron al unísono « ¡Culpable! ». Él esbozó entonces una sonrisa fiera y añadió—: La pena por hacerse pasar por irlandés es comerse una manzana irlandesa.

Asentí despacio. Si la humillación consistía en plantarme desnudo ante la tripulación del barco y comerme una pieza de fruta, pues muy bien; me dije que

había padecido peores indignidades en mi vida, desde luego que sí, y que sin duda ésa no sería la última. Vi que el señor Heywood daba un paso al frente con algo que supuse la manzana. Cualquiera cosa me esperaba de ese asno. Tal vez se la habría frotado contra sus vergüenzas, con la poca dignidad que tenía el muy perro. Cuando me la tendió, sin embargo, la miré asombrado, pues no era manzana en absoluto, ni irlandesa ni de otra clase.

—Pero si es una cebolla —objeté, alzando la vista.

—¡Cómetela, renacuajo! —exclamó el rey, y negué con la cabeza, pues no veía forma en la tierra verde del Señor o en las aguas azules del demonio de que pudiera hacer algo semejante.

En ese momento la bota de alguien me pateó con fuerza el trasero haciéndome caer despatarrado en cubierta, con una magulladura en las posaderas que aún habría de sentir durante una semana.

—¡Cómetela! —chilló y, viendo que no había alternativa a su proposición, me llevé aquella cosa asquerosa a la boca y traté de morderla—. Tienes que tragártela entera —dijo Neptuno.

—Pero voy a ponerme enfermo —supliqué, y habría dicho más de no haber avanzado de nuevo el señor Heywood hacia mí con tan asesina intención en el rostro que me afané en recuperar la cebolla y metérmela a la fuerza en la boca. No me quedó otra opción que abrir al máximo las mandíbulas y morder con fuerza para poder respirar, pero la esencia del bulbo me dejó sin aliento. Jadeé y las lágrimas me resbalaron por las mejillas—. Por favor —imploré de nuevo, volviéndome ahora hacia un lado para que dejaran de mirar tan fijamente mi desnudez, aunque mi pito estaba encogiéndose de terror ante la perspectiva del asalto que pudiesen tener planeado contra él—. No sé qué queréis que haga, pero...

—Renacuajo, se te acusa también de una conspiración para prender fuego a la catedral de Westminster —bramó Neptuno, y en esa ocasión sólo acerté a negar con la cabeza ante tan lunática idea—. Hombres, ¿cómo declararéis al renacuajo? —preguntó de nuevo, y volvió a oírse la sonora exclamación de « ¡Culpable! », seguida por un tremendo patear de pies.

» Entonces tiene que besar a la hija del artillero —anunció el rey Neptuno, y se oyeron más vítores mientras me arrastraban por la cubierta hasta uno de los cañones y me inclinaban sobre él boca abajo, mientras un hombre me sujetaba por delante y otro de los tobillos. El dolor me recorrió el cuerpo al caer contra el frío metal y se me doblaron las rodillas. Creí saber qué vendría a continuación, por lo que forcejeé y grité, pero no, me equivocaba, pues uno de los guardiamarinas apareció en cambio con un cubo de pintura y una brocha y, para mi humillación, me pintaron el trasero de rojo y luego me dieron la vuelta y me embadurnaron también el pito. De pronto, fui arrancado del cañón y llevado de vuelta a donde había empezado. El rey alzó las manos y exclamó:

—¡Proseguid!

Los hombres avanzaron hacia mí como uno solo y advertí cuántos de ellos llevaban ahora palos y objetos con que azotarme, y se pusieron manos a la obra, apuntándome al trasero y al pito, pero golpeando con fuerza en toda mi persona sin reparo o inhibición. Tendí las manos para rechazarlos, pero qué podía hacer yo, uno solo contra tantos, y empecé a notar un único dolor prolongado en lugar de una serie de golpes. Ellos siguieron arremetiendo, me azotaban y me laceraban la piel, y pensé que iba a perder el conocimiento en el tumulto.

... Hay ciertas cosas que me gusta hacer y el señor Lewis me informa que ninguno está tan dispuesto como tú a serme de ayuda en esto confío de veras en que así sea pues habrá para ti una moneda de seis peniques si me das placer eres un buen muchacho para dar placer quizá puedas sugerirme formas de darme placer se te ocurre alguna...

No sé cuánto tiempo continuaron los azotes pero por fin, y sin previo aviso, los hombres se apartaron. No hubo necesidad de que nadie me sujetara para evitar que huyera, pues me derrumbé en la cubierta. Tenía un ojo medio cerrado e hinchado y el dolor me desgarraba cada fibra del cuerpo. Caí boca arriba y no me preocupé por cubrir mi desnudez, pues mi vergüenza no era nada comparada con el sufrimiento que estaba soportando mi cuerpo. Alcé la mirada con el ojo bueno y el sol siguió deslumbrándome, pero una figura tapó la luz unos instantes. Era nada menos que el señor Heywood, que acudía a acabar el trabajo.

—Señor —exclamé escupiendo sangre; sentía los dientes como si no fuesen míos y un sabor nauseabundo en la lengua—. Ayúdeme, señor —supliqué, pero apenas oí mis palabras, tan débiles emergieron de mi debilitada voz.

—Un castigo más, renacuajo —anunció en voz baja, y lo observé desabrocharse los pantalones, sacarse su propio pito y vaciar la vejiga sobre mí.

La piel me escoció al contacto con la orina, pero difícilmente podía escapar, tan destrozado estaba para entonces. Debía de haber estado aguantándose las ganas, pues me dio la sensación de que aquella humillación duraba una eternidad. Cuando por fin hubo acabado, se abotonó y se alejó para informar a los hombres que hacía falta lavarme, y de inmediato volvieron a oírse vítores. En esta ocasión me arrancó de cubierta un nuevo par de manos, que me llevaron a un costado del barco. Una vez allí, fueron muchos más los que me tocaron, pero no supe qué estaban haciendo; fue sólo unos instantes después, al llegarme el susurro de una pesada cuerda que se tensaba y ataba, cuando comprendí que, en torno a mi cintura, me habían anudado una soga. Aunque apenas me tenía en pie, traté desesperadamente de aflojarla, pero la cuerda era demasiado pesada y estaba demasiado tensa. «Van a colgarme», me dije, y mi mente se llenó de horror y miedo. Había visto ahorcar a dos hombres en mi vida, ambos asesinos, uno de los cuales no era mayor que yo y se había orinado encima cuando le ciñeron la soga

al cuello. Entonces vi mi propio destino en el suyo al sentir que se me aflojaba la vejiga y amenazaba con derramarse de puro terror.

—Ayúdame —rogué—. Que alguien me ayude. Por favor. Haré lo que queráis, sea lo que sea...

... Cualquier cosa que yo quiera y tengo algunas ideas por supuesto y no dirás que no o tú mismo o el señor Lewis sabréis lo que es bueno y no pongas esa cara de asombro no me digas que no te han pedido nunca esta clase de prácticas un chico tan guapo como tú sabe trucos que puede compartir no es así de rodillas muchacho eso es...

Unas manos me asieron y me levantaron hasta que estuve sentado en la borda. Apoyé las manos a cada lado para mantener el equilibrio, seguro de que me habían sentado ahí para responder a alguna acusación que no se me ocurría, y quién emergió entonces de la cubierta inferior sino el mismísimo señor Christian, y al verme ahí encaramado, molido a palos y desnudo como un bebé, esbozó una amplia sonrisa y dio una sonora palmada.

—Señor Christian —traté de gritar, pero las palabras no viajaron más que unos palmos, tan débil estaba—. Señor Christian... ayúdeme, señor... quieren asesinarme...

¡Asesinarme! Fue la última palabra que pronuncié antes de que el enorme pie del rey Neptuno me golpeará en el estómago, tirándome por la borda hacia el gran océano Atlántico. La cuerda se tensó y jadeé horrorizado al hundirme en el agua; la boca se me llenó de mar, me quedé sin aliento, y mi único pensamiento fue que iba a ahogarme por algo que ignoraba. A velocidad indecible mi cuerpo se vio tironeado a través de las olas a un costado del barco y me vi arrastrado hacia él con tanta rapidez que sentí que mi muerte era sin duda inminente. Di una última bocanada de aire al asomar a la superficie unos instantes cuando tiraron de la cuerda antes de volver a hundirme en las profundidades y después... después... El resto es silencio.

Empezó no mucho después de mi undécimo aniversario. Llevaba casi cuatro años viviendo con el señor Lewis, quien durante ese tiempo me había tratado con una extraña mezcla de amabilidad y crueldad. Ese hombre velaba por todos los chicos a su cuidado, pero si los mayores lo provocaban, podía arremeter contra ellos e iniciar una escena de violencia que inspiraba terrores nocturnos en mi joven mente.

—Te gusta estar aquí, John Jacob, ¿no es así? —me preguntaba de vez en cuando durante esos primeros años; siempre pareció tenerme un cariño especial y me trataba con una amabilidad excepcional—. Y has aprendido muchas cosas de mí, ¿verdad?

—Oh, sí —respondía yo; y ¿por qué no iba a sentirme agradecido, después de todo? ¿Acaso no me había dado comida y agua, y proporcionado un lecho cada

noche cuando de otro modo habría pasado las madrugadas en cualquier cloaca? ¿No era su establecimiento el único sitio que podía considerar mi hogar, y no había allí otros muchachos de mi edad con quienes conversar?—. Le estoy muy agradecido, señor Lewis, usted ya lo sabe.

—Sí, eso creo yo también. Eres un buen chico, John Jacob, uno de los mejores.

Desde el principio me había enseñado el buen arte del carterista, que era la ocupación principal de todos en aquella casa, y le había tomado gusto como el pato al agua. No sé si lo llevaba en la sangre o en el carácter, pero al parecer tenía una mano singularmente rápida que me hacía un buen servicio siempre que paseaba por las calles de Portsmouth, reclamando los objetos que yo quería y él necesitaba. De hecho, entre todos mis hermanos, yo destacaba por llevar a casa la mejor cosecha al final de la jornada: carteras, pañuelos, monedas, bolsos de señora, cualquier cosa a la que pudiera echar mano. A veces un guardia atrapaba a un chico con las manos en la masa, pero ninguno delató jamás al señor Lewis. De vez en cuando yo mismo caía en las redes, pero nunca soltaba prenda. Nuestro protector ejercía un gran dominio sobre todos nosotros. Cómo lo lograba, no sé decirlo. Quizá se debía a la soledad que sentíamos, o a la seguridad de un ambiente familiar. O tal vez al hecho de que ninguno de nosotros había conocido otra cosa. Acaso era por temor a que nos echaran de allí.

Nunca había menos de una docena de chicos viviendo en el establecimiento, y nunca más de dieciocho. La mayoría tenía menos de doce años, pero siempre había cuatro o cinco cuyas edades iban de los doce a los dieciséis, y eran ellos los más discolos. Recuerdo a muchos que fueron amigos míos y velaron por mí, pero al ir cumpliendo años se volvieron huraños y retraídos. Sabía que el señor Lewis nos destinaba trabajos distintos a medida que crecíamos, pero no sospechaba en qué consistían. No obstante, sabía que cada noche, cuando el sol se había puesto y salía la luna, esos chicos mayores debían sentarse ante un espejo con una jofaina para lavarse y peinarse, antes de dirigirse al primer piso de la casa para lo que se conocía como «la selección de la velada», donde permanecían varias horas. A los demás no se nos permitía levantarnos de la cama durante ese tiempo, pero oíamos los ruidosos pasos de los caballeros en las escaleras al subir y luego al bajar de nuevo al cabo de unas horas, aunque nada sabíamos de lo que tenía lugar allá arriba. Y, en nuestra ignorancia, tampoco le concedíamos mayor importancia.

El número de chicos que frecuentaban el primer piso tenía que ir reponiéndose a medida que los muchachos se hacían mayores y eran expulsados de la casa por el señor Lewis, y poco después de mi undécimo cumpleaños vino a sentarse en mi cama una noche y me rodeó los hombros con un brazo.

—Bueno, John Jacob, mi querido muchacho, ¿quieres seguir siendo un niño, o estás listo para ocuparte de un trabajo que tengo pensado para ti?

Supe que estaba siendo llamado a unirme al piso de arriba y me sentí orgulloso de que me hubiese elegido entre los pequeños pillastres. Le dije que estaba preparado y él me ayudó a lavarme la cara y peinarme antes de retroceder para mirarme con expresión de orgullo.

—Estupendo —dijo—. Ya lo creo que sí. Eres un muchacho muy guapo y apuesto. Vas a tener mucho éxito. Me harás ganar una fortuna, seguro.

—Gracias, señor —repuse; qué poco imaginaba a qué se refería con aquellas palabras.

—Bueno, como es tu primera noche, procuraremos que te sea un poquito más fácil. Hoy no subirán más chicos al primer piso. Será todo para ti solo, ¿te gusta la idea?

Le dije que sí y pareció aún más satisfecho, pero entonces se puso serio de pronto y se arrodilló en el suelo de modo que quedamos mirándonos cara a cara.

—Pero he de saber una cosa —murmuró entonces con suspicacia—. Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Por supuesto, señor —repuse.

—Y me estás agradecido por haberte dado un hogar y amigos de tu edad, ¿no? ¿No me defraudarás?

—No, señor —contesté—. Jamás haría algo así.

—Bueno, pues me alegra oírlo. Estoy contento de que digas eso, John Jacob. Muy contento. Y harás todo lo que te pidan, ¿verdad? ¿Sin causar problemas?

Asentí en silencio, un poco más nervioso ahora, pero él pareció complacido con mis respuestas, y poco después subimos las escaleras, los dos solos, hacia el piso de arriba, donde nunca había puesto un pie desde que había llegado a su establecimiento cuatro años antes. Con frecuencia me había preguntado qué aspecto tendría y supuesto que luciría la misma escasez de mobiliario y el ambiente gris que las habitaciones de la planta baja, pero para mi sorpresa la puerta daba a un precioso salón con un cómodo sofá y una serie de mullidas butacas. Dos puertas se abrían al fondo a cada lado y en el interior de cada una vi una cama y una tina.

—Bueno, John Jacob —dijo el señor Lewis—, ¿qué te parece?

—Muy bonito, señor —respondí—. Precioso.

—Sí, lo es. Trato de que resulte cómodo. Pero ahora que ya lo has visto, comprenderás que hay un trabajo que necesito que hagas y que es de suma importancia para el bienestar de nuestro feliz hogar.

Tragué saliva y asentí despacio. Mi confianza disminuía cada vez más y, aunque a él se le antojaba un gran cumplido que me hubiese subido allí a mí solo, deseé que estuviesen conmigo algunos de mis hermanos mayores para ofrecerme compañía y seguridad. Estaba a punto de decir algo a ese respecto cuando oí unos pasos en la escalera, seguidos por unos golpecitos en la puerta.

—Sólo haz lo que te digan, muchacho, y no sufrirás ningún daño —me dijo el

señor Lewis mientras se dirigía a la puerta.

Retrocedí cuando se abrió para revelar a un hombre de mediana edad, ataviado con un grueso abrigo y un sombrero de copa. No lo reconocí, pero sin duda era un personaje de alto copete. Hasta el más tonto se habría dado cuenta.

—Buenas noches, señor Lewis —saludó, tendiéndole el bastón al entrar.

—Buenas noches, señor —repuso mi protector, inclinándose un poco ante el recién llegado, algo inusitado en él—. Me complace que pueda volver a visitarnos.

—Bueno, prometí que lo haría, ¿no es así?, siempre y cuando tuviese algo nuevo que ofrecerme y... —titubeó al verme de pie en el rincón de la habitación, una posición con que había conseguido hacerme poco a poco, y entonces arqueó las cejas con expresión de sorpresa y añadió—: Oh, mi querido señor Lewis, se ha lucido usted.

La puerta se cerró y el caballero se acercó a mí con la mano tendida.

—Buenas noches, jovencito —me saludó—. Encantado de conocerte.

—Buenas noches, señor —contesté con un susurro cuando le estreché la mano.

El hombre rio y se volvió hacia el señor Lewis.

—Dijo que tenía algo especial —comentó en tono de asombro—, pero nunca imaginé... ¿Dónde diantre lo ha encontrado?

—Oh, John Jacob lleva conmigo varios años —explicó el señor Lewis—. Sólo que todavía no se ha hecho uso de él. Ésta es su primera noche.

—¿Lo jura?

—No tiene más que mirarlo, señor.

El caballero se dio la vuelta, me miró muy serio, y tendió una mano hacia mi cara. Retrocedí un poco cuando sus dedos me tocaron la mejilla, pues no sabía qué quería de mí, y él asintió despacio y sonrió.

—Sí, es verdad —admitió, incorporándose para extraer algo del bolsillo que le tendió al señor Lewis—. Verá que hay un poco de más ahí dentro, por su generosidad al invitarme a ser participe de esto.

—Vaya, pues gracias, señor —contestó el señor Lewis—. ¿Los dejo a solas, entonces?

—Si hace el favor... —repuso el caballero, y cuando mi protector estaba a punto de cerrar la puerta, añadió—: Pero señor Lewis... puede dejar el bastón aquí.

Esa velada había tenido lugar más de tres años antes de mi llegada a la *Bounty*, pero casi todas las noches durante ese tiempo me encontré en la primera planta del establecimiento del señor Lewis con tres o cuatro de mis hermanos, atendiendo las necesidades y deseos de caballeros que pagaban por sus placeres. No recuerdo el rostro de ninguno de ellos y apenas nada de lo que hacían. Aprendí a separar mis pensamientos de la experiencia y a ser Turnstile en la

planta baja y John Jacob en el piso de arriba. Empezó a preocuparme bien poco que hiciera o dejase de hacer. La mayoría de las veces no me llevaba más de media hora. No me importaba. Ni siquiera me sentía vivo.

Y entonces, una tarde, dos días antes de Navidad, robé el reloj del señor Zéla y para cuando el día hubo llegado a su fin me habían llevado lejos de todo aquello.

Desperté sobresaltado, con los ojos fijos en el techo que se extendía sobre mí. Algo me había ocurrido... ¿de qué se trataba? ¿Qué día era? Lunes, por favor, Señor, que sea lunes, pues así el señor Lewis no traerá a sus caballeros; es nuestro día de descanso, un día después del de Nuestro Señor.

No. No era el establecimiento del señor Lewis.

La *Bounty*.

¡La *Bounty*!

Mi cuerpo dio un brinco de temor cuando los recuerdos volvieron a raudales: me habían secuestrado, desnudado, golpeado, pintado, azotado, atado, pateado, ahogado. Profirió un gran grito de dolor y palabra que pensé que me habían dejado en el infierno para que ardiera en él. Miré hacia abajo, pero mi cuerpo estaba cubierto por una áspera manta y no me atreví a levantarla para investigar qué traumas me aquejaban.

—De modo que estás despierto —dijo una voz a mi lado, y volví la cabeza para ver al capitán Bligh allí agachado.

—Los hombres... —susurré—. Los hombres... el señor Heywood... el señor Christian...

—Tranquilo, mi joven Turnstile —contestó—. Debes descansar un poco más. Te pondrás bien. He visto peores tratos a renacuajos de lo que te ha pasado a ti. La navegación está llena de supersticiones, mi joven amigo, y los hombres son más crédulos que un puñado de viejas. De no haberles permitido salirse con la suya, sólo Dios sabe qué podían haber hecho. Cuando el barco cruza el Ecuador, el rey Neptuno ha de tener su sacrificio. Otros lo han soportado. Yo mismo me sometí a él hace muchos años. Y he oído decir que tú aceptaste tu destino con gran entereza. Ahora eres un marinero experimentado, con lapas en el caparazón, y tienes que recibir tu regalo.

Se alejó y entró en su camarote, para volver unos instantes después con un pergamino que desenrolló con gesto ceremonioso.

—La tripulación ha dejado esto para ti. ¿Te lo leo?

Lo miré sin decir nada, pero pareció tomar mi silencio por consentimiento puesto que lo extendió y escudriñó las palabras en la parte superior.

—Una proclama —anunció con una voz severa que me recordó la de aquel monstruo que me había torturado— «mediante la cual, por real decreto, el valiente John Jacob Turnstile, antaño asqueroso renacuajo, ha entrado este día en nuestros dominios. Declaramos por tanto que es nuestro real deseo conceder a

dicho sujeto la libertad de los mares. Si cayera por la borda, ordenamos a todos los tiburones, delfines, sirenas y demás habitantes de las profundidades que se abstengan de maltratar su persona. Y mandamos también que todos los marineros, soldados y cuantos no hayan cruzado nuestros reales dominios lo traten con los debidos respeto y cortesía. Y así lo declara nuestra real mano en nuestro tribunal, a bordo de la fragata *Bounty* de Su Majestad, en la longitud del Ecuador en este día ocho de febrero, en este Año de Nuestro Señor de mil setecientos ochenta y ocho. Firmado, Cáncer, actuario del Tribunal de Neptuno, *rex*» .

Enrolló el pergamino y me sonrió.

—Deberías sentirte orgulloso de ti mismo, muchacho. Eres más fuerte de lo que crees. Quizá algún día tengas motivos para recordarlo.

Cerré los ojos y traté de tragar, pero tenía la garganta tan reseca que me pareció estar mascando gravilla. No supe qué me ofendía más, si la desdicha y la violencia que había padecido a manos de los hombres, o la decepción que me causaba el saber que el capitán no sólo aprobaba tal comportamiento, sino que había sabido qué estaba ocurriendo en cubierta y no había intervenido para salvarme.

Y allí mismo en mi litera, convertido en una pálida sombra del que había sido cuando me había acostado a dormir en ella la noche anterior, hice un juramento: que si alguna vez llegaba el momento en que pudiera emprender la huida de ese barco para siempre, así lo haría. Si se presentaba tal oportunidad, dejaría la *Bounty* para no regresar a ella, ni al señor Lewis, ni a Inglaterra en mi vida.

Lo juré poniendo al Señor por testigo.

Antes de que empezaran mis aventuras a bordo de la *Bounty*, en los tiempos en que vivía en el establecimiento del señor Lewis en Portsmouth, si me hubiesen pedido mis impresiones sobre un hombre de mar habría dicho que tenía una existencia llena de aventuras, emoción y valentía. El trabajo sería duro, sin duda, pero cada mañana soleada ofrecería algún nuevo desafío.

Sin embargo, a medida que pasaban los meses descubrí hasta qué punto había errado en mi percepción de la vida sobre las olas, pues en realidad los días se atropellaban del más tedioso modo y era raro que ocurriese algo de interés para marcar alguna diferencia entre el que estabas viviendo y el que iba antes o el que lo seguiría inmediatamente después. Así pues, en el transcurso de mi relato, son precisamente esos infrecuentes momentos que separaban los días unos de otros y ofrecían algo de cierto interés los que he elegido narrar. Pero, atrapados entre esos momentos puntuales, había poco más que largos y aburridos días y noches que se sucedían, unas veces con buen tiempo y otras con malo, con una comida mediocre que llevarse a la boca y una compañía que no conseguía despertar la imaginación o el intelecto. Se hace fácil por tanto comprender por qué cualquier cambio en la rutina conllevaba una gran excitación. Una soleada mañana, quizá diez días después de mi cruel degradación cuando cruzamos la línea del Ecuador, sucedió algo que nos alivió un poco del monótono transcurrir de las horas.

Me encontraba en la cocina con el señor Hall, preparando el almuerzo del capitán, y, pese a sus correctas maneras, el cocinero no me quitaba ojo para evitar que las selectas viandas reservadas para el capitán y los oficiales hallaran el camino hasta mi estómago mientras preparaba la bandeja.

—Estás más flaco, joven Tunante —me dijo mirándome de arriba abajo y utilizando ese apodo que, para entonces, era moneda corriente entre los hombres y de cuya corrección yo había desistido ya—. ¿No comes o qué?

—Como tan bien como algunos y no tan bien como otros —respondí sin mirarlo, pues esa mañana era víctima de un ataque de tristeza, aburrido como estaba, y tenía muy poco interés en mantener una conversación.

—Bueno, así son las cosas en el mar, muchacho —musitó él—. La mañana que subiste a bordo, le dije al señor Fryer: ahí tenemos a un muchacho que ha conocido unas cuantas buenas comidas en su vida. De enfrentarnos al desastre en el mar, siempre podemos embutirle una manzana en la boca, asarlo en el horno y tener sustento durante un mes.

Dejé el cuchillo y me volví para fulminarlo con la mirada. La idea misma de que fuera un chico bien alimentado cuando me habían llevado de las calles de Portsmouth al tribunal de Spithead, y de ahí a la cubierta de la *Bounty*, era ridícula, pues no había conocido ninguna buena comida en toda mi vida. Era cierto que en la olla del señor Lewis se preparaba cada noche una suerte de cena

a las siete en punto, antes de que acudieran los caballeros de la velada, pero siempre se producía una pelea tremenda entre mis hermanos y yo por hacernos con las mejores raciones, y no era tarea fácil puesto que el guiso consistía prácticamente en caldo y cartilago.

—Que alguien intente hincarme el diente y se encontrará con un cuchillo enterrado en el vientre —dije, siseando para que pareciera que lo decía en serio y que más valía no desafiarme—. Yo no soy la cena de ningún marinero.

—Vamos, vamos, Tunante, a ver si aprendes a encajar las bromas —replicó el señor Hall no sin cierta irritación—. ¿Qué te pasa últimamente? Estás más callado que un ratón de iglesia y andas por ahí con cara de preferir colgar de una cruz que vivir en un barco.

—Me pregunto por qué le interesa saberlo —dije sorbiéndome la nariz, pues el señor Hall había sido uno de los que habían vitoreado cuando me ceñían la soga para echarme por la borda a lo que había creído sería mi acuosa tumba.

Se hizo el silencio y continué cortando las zanahorias que habrían de formar parte del almuerzo del capitán Bligh, pero algo en ese silencio me llevó a preguntarme si el cocinero se habría enfadado conmigo por mis palabras. Mi cuerpo se tensó un poco y esperé a ver si me atacaba, pero entonces oí que se ocupaba de un cazo de agua hirviendo y me relajé, convencido de que no había captado el sarcasmo de mis palabras.

—Harías bien en olvidar tu rabia —me aconsejó—. Piensa que todos los hombres de la tripulación han pasado por algo similar en un momento u otro. Disfrutas de una vida fácil comparada con la de algunos; te aconsejo que aceptes lo sucedido y sigas adelante sin rencores. Eso te convertirá en un auténtico marino.

No respondí, aunque pensé que nunca había pedido ser marino, no abrigaba el menor deseo de serlo, y de hecho planeaba abandonar esa vida a la menor oportunidad; sin embargo, de momento decidí callarme. No obstante, una burbuja bullía en mi interior, y al fijarme en el cuchillo con que estaba trabajando, consideré cuán fácil me resultaría volverlo hacia mi cuerpo y acabar con el aburrimiento y la rabia de esos días. Semejante idea me sorprendió incluso a mí mismo, pues sin duda había soportado cosas peores en mi vida, y a lo creo, y con una sonrisa en la cara además, pero el simple hecho de pensar en interminables meses más a bordo de aquel barco, sufriendo Dios sabía qué indignidades, bastaba para trastornarme. Levanté el cuchillo y contemplé la hoja; se había afilado esa misma mañana y cortaba mucho, pero antes de que mis pensamientos pudiesen verse asediados por más locuras, nos llegó un clamor procedente de cubierta y el señor Hall y yo nos miramos sorprendidos.

—Sube tú —me indicó, como si necesitara su permiso para hacer lo que me apeteciera—. Ve a ver qué pasa, haz el favor. Ya acabo yo con eso.

Asentí y me pregunté si una parte de él no lamentaría lo sucedido, pero la

idea se me fue de la cabeza al salir al sol abrasador de cubierta y ver a todos los hombres de pie ante la borda, contemplando una vela en el horizonte. Los arrepentimientos y las disculpas están muy bien, pero hay algunos sucesos en la vida de una persona que se quedan grabados en la memoria y se marcan a fuego en el corazón, de tal modo que no hay forma de olvidarlas. Son estigmas.

—A sus puestos, tripulación —exclamó el señor Fryer, y todos obedecieron con rapidez, aunque siguieron con un ojo fijo en el oeste, pues la interrupción de la rutina provocaba tanta excitación que sólo recordarla llenaría nuestras conversaciones a lo largo de los días siguientes.

—Ya había pensado que quizá lo veríamos —comentó el capitán Bligh, situándose junto al señor Fryer para cogerle el catalejo y mirar por él—. Es el *British Queen*, un ballenero, creo. Había calculado que nuestros rumbos se cruzarían unos días atrás, y cuando no apareció creí que habíamos perdido la oportunidad. Envíeles una señal, señor Fryer. Navega hacia el cabo de Buena Esperanza. Mandaremos una yola con un mensaje. ¿Dónde diantre se habrá metido Turnstile? —preguntó volviéndose, y como en ese momento me apresuraba hacia él, casi chocó conmigo—. Ah, aquí estás, muchacho. Bien, bien. Baja a mi camarote, ¿quieres? Hay cuatro o cinco cartas en el cajón superior de mi escritorio. Tráemelas y se las mandaremos para que las entreguen.

—Sí, señor —respondí, y corrí escaleras abajo, como si el hecho de no llevarle las cartas con presteza pudiera acabar con la gran excitación que nos esperaba.

Por mi estudio de los mapas del capitán Bligh sabía que el cabo de Buena Esperanza se hallaba en el extremo sur del continente africano, a babor de nuestra dirección, puesto que nos dirigíamos al cabo de Hornos, en el extremo sur de las Américas. Pese a ello, el ballenero podía entregar cualquier paquete a las autoridades de allí para que se ocuparan de hacerlo llegar, lentamente, a sus destinatarios en Inglaterra. Por primera vez se me ocurrió que sería agradable tener a quien escribir, pero, aunque consiguiera pluma y papel, ¿qué diría, y a quién? No iba a escribir al señor Lewis, quien no tendría interés en mis aventuras sino tan sólo deseos de que regresara cuanto antes para someterme a su ira. A uno de mis hermanos quizá; aunque ellos canjearían la información por favores de su captor. No tenía a nadie. Era una idea ridícula.

Saqué el paquete de cartas del cajón y me volví hacia la puerta, pero al hacerlo me percaté de que el capitán no había sellado la carta de encima, dejándola a disposición de los ojos que quisieran leerla. Eché un vistazo a la puerta, pero no vi a nadie, y fuera todo era silencio, pues casi toda la tripulación se encontraba en cubierta observando la vela del *British Queen*. No sé qué me impulsó a leer la misiva. Posiblemente sólo fue el hecho de que se me presentara la oportunidad, aparte de la idea de que eso me permitiría conocer mejor la

mente del capitán, algo que me producía cierta curiosidad. Es posible que en mi fantasía y vanidad imaginara que quizá había escrito algunas palabras sobre mí y, en ese caso, me intrigaba saber cuáles, si aprobaba mi conducta o me creía un incordio. Fueran cuales fueren mis razones, retrocedí para alejarme más de la puerta, dejé las cartas selladas en una silla, abrí la de encima y empecé a leer. Cito de memoria y es posible que muchas palabras sean inexactas, pero el sentido era ése, me parece.

Mi queridísima Betsey

Así empezaba, y vaya si no reí al pensar en el capitán dirigiéndose a alguien como su queridísima lo que fuera, el muy mariquita. Aun así, el retrato de su esposa sobre el escritorio mostraba a una mujer bonita que pondría caliente a cualquier hombre, de modo que no había que burlarse de él por algo así.

Navegamos a buen ritmo con nuestro pequeño navío y creo que para Pascua de Resurrección rodearemos el cabo de Hornos. El tiempo nos ha sido favorable hasta ahora...

Apenas pude creer semejante declaración, pues ¿acaso no habíamos sufrido indecibles tribulaciones en las primeras semanas de viaje? Nadie a bordo parecía recordar ya cuán difíciles habían sido, pero yo lo tenía bien presente.

¿Tendré la audacia de creer que arribaremos a Otaheite antes de lo que sugiere nuestro calendario? No puedo sino rezar por que así sea, pues nuestra estancia allí bien puede prolongarse más de lo esperado y quién sabe qué podrá acaecernos en el viaje de regreso, pero si cada día me lleva más cerca de ti, ¿no ha de llenarse de felicidad mi corazón?

Titubeé, debatiéndome entre la vergüenza y la sensación de que no debería estar leyendo una carta de un hombre a su esposa, pero había llegado ya demasiado lejos y no podía detenerme.

Los hombres trabajan duro y he mejorado los turnos de guardias de forma que dispongan de tiempo para dormir, para trabajar y para el esparcimiento. El resultado es una tripulación feliz y me enorgullece informarte que todavía no he tenido motivos para castigar a ningún hombre. ¿Ha habido alguna vez un barco de la Armada de Su Majestad que haya pasado tantas semanas en el mar sin un solo azote? Creo que no, y confío en que los hombres lo aprecien.

Mi objetivo es llegar a Otaheite con telarañas en el látigo de nueve colas, ¡y

creo que puedo lograrlo! He introducido el baile por las tardes, siguiendo el ejemplo del malogrado capitán del Endeavour, y aunque al principio fue objeto de algunas burlas y de cierto grado de farsa que preferí obviar, creo que los hombres disfrutaban del ejercicio y se lo toman con buen ánimo. Eso trae a mi memoria aquella última velada que pasamos en casa de sir Joseph con motivo de la celebración de despedida previa al viaje, cuando te cogí en mis brazos mientras bailábamos entre los demás y me sentí flotar. La danza me recordó aquella Nochebuena antes de nuestro feliz matrimonio en que fuimos a patinar al lago de Hyde Park, los dos muy juntos, y mientras mi brazo te rodeaba la bonita cintura me consideré el hombre más afortunado y un buen compañero.

Y así mis pensamientos están siempre contigo, amada mía, y con nuestro hijo y nuestras preciosas hijas, y confieso que asoman lágrimas a mis ojos cuando te evoco sentada junto a nuestro alegre hogar; con tus labores en las manos, y recuerdo nuestras felices veladas en...

—Tunante.

Confieso no haber dado un brinco tan grande en toda mi vida como el que di cuando mi lectura clandestina se vio interrumpida por una voz baja y serena. Tan absorto me hallaba en las palabras del capitán que no había oído los pasos que se acercaban por el pasillo ni advertido que se abría más la puerta, y no supe cuánto tiempo había estado allí, leyendo la carta, antes de que él hablase.

—Señor Christian —dije, y mi rostro se ruborizó mientras recogía las cartas y procuraba disimular mi indiscreción—. El capitán me ha mandado en busca de estas cartas. Hay un barco que...

—¿Y te ha indicado que las leyeras antes de llevárselas? —preguntó sin alzar la voz.

—No, señor —contesté, tratando de parecer ofendido ante la sugerencia pero sabiendo muy bien que me sería difícil fingir inocencia; la prueba estaba ahí, a la vista—. ¡Y no he hecho tal cosa! Sólo...

—Quizá quería que comprobaras que está bien escrita, con tu vasta educación, quiero decir. ¿Es elegante la redacción y eficaz la prosa?

—Señor Christian —dije dando un paso adelante y negando con la cabeza, sabedor de que la única forma de salir de aquel embrollo era abandonarme a su merced—. No pretendía hacerlo, señor, palabra que no. Ha caído abierta ante mis ojos. Sólo he leído un par de líneas y ya me disponía a subir a cubierta...

Sin embargo no me escuchaba, pues él mismo había abierto la carta y la leía con rapidez, con las negras pupilas de aquí para allá mientras asimilaba el contenido. Y desde luego no le resultó difícil, pues le dio la vuelta para leer el dorso con mayor presteza que yo.

—¿Va a informar al capitán, señor? —me aventuré a preguntar, temiéndome que el orgullo del señor Bligh por no haber azotado a ningún hombre a bordo iba a

verse echado por tierra y yo sería su primera víctima desdichada.

Él exhaló con fuerza por la nariz y lo consideró.

—¿Cuántos años tienes, Tunante?

—Catorce, señor —respondí bajando la vista avergonzado, para que sintiera más lástima de mí.

—Cuando yo tenía tu edad, me llevé un montón de manzanas de casa de los vecinos. Me las comí de una sentada, sin saber que las habían dejado ahí para los cerdos porque se habían puesto malas un par de días antes. Me pasé casi toda la semana en cama, debatiéndome entre el dolor de estómago y el del trasero, y en todo ese tiempo mi padre no me castigó, ni me reprochó nada, sino que me cuidó hasta que recobré la salud. Y cuando estuve de nuevo en pie, totalmente restablecido, me llevó a su estudio y me dio una buena tunda, de tal manera que, incluso ahora, cuando veo una manzana me pongo enfermo de sólo recordarlo. Pero nunca más volví a robar, Tunante. Ni siquiera se me ocurrió.

Asentí en silencio, refrenando mi lengua, pues me sonó como uno de esos discursos que no pretenden respuesta.

—Lleva esas cartas a cubierta —añadió al cabo de un instante—. No comentaré este incidente con el capitán, pues recuerdo mis tiempos de muchacho y sé bien lo fácil que resulta cometer un error.

Solté un profundo suspiro de alivio pues, por más que no quisiera que me azotaran, tampoco deseaba que la tripulación me considerara un fisgón o que el capitán tuviese mala opinión de mí.

—Gracias, señor Christian —repuse—. No volveré a hacerlo, le juro que no.

—Sí, sí —respondió despachándome con un ademán—. Bueno, a cubierta, chico. Y quién sabe, Tunante; quizá algún día habré de pedirte un favor y tú no podrás negármelo, ¿eh? —añadió en voz baja.

Yo titubeé en la puerta.

—¿Usted, señor? Pero ¿qué iba a poder hacer yo? Usted es un oficial y yo un simple...

—Sí, ya lo sé —me atajó sacudiendo la cabeza—. Es una idea ridícula. Aun así, tengámoslo presente, ¿de acuerdo? Sólo por si acaso.

No me quedó más remedio que asentir y salir corriendo hacia cubierta, desde donde oía al capitán Bligh llamarme a gritos, a punto de perder la paciencia, tan grande era mi retraso. Y aquí estoy ahora, perorando sobre cómo cualquier cambio en la rutina puede resultar de enorme interés al interrumpir el aburrimiento cotidiano de la vida en el mar. Sin embargo, aunque me pasé el resto de ese día en la yola con el señor Fryer, navegando hacia el *British Queen*, donde entregamos nuestras cartas y presentamos nuestros respetos antes de volver a la *Bounty*, ¿recuerdo acaso algo de lo que se dijo o se hizo durante todo ese tiempo y ese trayecto? No. Pues durante todo el episodio no fui capaz de pensar en otra cosa que en mi gratitud hacia el señor Christian por no haberme

delatado, y decidí que si en algún momento requería en efecto algo de mí—cosa
harto improbable—, haría cuanto estuviese en mi mano por saldar mi deuda.

¡Qué muchacho tan ignorante era! No sabía nada del mundo, francamente, ni
de las costumbres de los hombres.

Cuando vivía en Portsmouth, en el establecimiento del señor Lewis, no solía pensar en el mar, un vecino tan familiar que ninguno de nosotros se fijaba en él, pero mis días estaban colmados del clamor de los marineros que paseaban por la ciudad, flirteaban con las mujeres, bebían en las tabernas y provocaban sólo Dios sabe cuántos problemas cuando arribaban a puerto al cabo de meses, años quizá, en el mar con una sola idea metida entre ceja y ceja. Pero cuando sus sucias necesidades se habían visto satisfechas, esos hombres, que después de haber pasado tanto tiempo juntos cabría esperar que agradecieran una temporadita separados, bebían en grupo, y mis hermanos y yo los oíamos hablar desde la ventana que daba sobre la taberna *Twisty Piglet*.

—Era aterrador —decía uno acerca de su antiguo capitán—. Aunque viva cien años, no pienso volver a servir con él. Lo juro una vez y tantas como sea necesario.

—Si lo viera pasar ahora mismo por esta calle —respondía otro—, me levantaría y le escupiría en toda la cara y le diría discúlpeme, señor, lamento decirle que no me había percatado de que estaba usted delante de mí.

Y luego había siempre un tercero, sentado a la mesa con menos bebida que sus camaradas, que negaba con la cabeza y decía en voz tan baja que yo tenía que asomar la cabeza en la ventana y aguzar los oídos para oírlo:

—Si viera al capitán *Fulanito* ahora, a ese apestoso cabrón, y creedme, amigos, que su senda y la mía volverán a cruzarse pronto, lo rajaría del vientre a la garganta y le cortaría la lengua. Y cuando lo dejara sangrando en la cloaca, le haría comer el látigo de nueve colas.

Esa forma de expresarse era un imán para un chaval como yo, y llegué a la conclusión de que todos los capitanes de la Armada de Su Majestad eran una suerte de monstruos violentos en extremo, gente que infundía tanto odio en los hombres a su servicio que era asombroso que lograra pasar años en el mar y regresar con vida. Por eso al principio había temido al capitán *Bligh*, pues ¿qué sabía yo sobre hombres como él, aparte de lo que había oído de marineros borrachines y desgraciados? A medida que transcurrían los meses, por supuesto, descubrí que el comandante no era en absoluto como había imaginado, y me preguntaba si no sería tan sólo que había tenido la suerte de encontrar al único capitán amable en la armada, o si tal vez los hombres se equivocaban y eran todos como él. Quizá, me decía, eran los hombres quienes eran malos. Fuera como fuere, había llegado a respetar y apreciar al capitán, pese al rencor que sentía por la humillación padecida en el Ecuador, y pensaba que cuando llegara el día en que nuestras sendas se separaran —pues sin duda lo harían, ya que nada me convencería de regresar a Inglaterra— lamentaría decirle adiós.

Su atención a la higiene a bordo era algo digno de verse, pues nunca en la

historia de la cristiandad ha existido un hombre tan atento a la limpieza. De vez en cuando mandaba formar a los hombres y les examinaba las uñas por temor a que estuvieran sucias, y cualquiera que no pasara su revista se encontraba frotándose los dedos en un cubo de agua hasta que quedaban en carne viva al sol de mediodía. Las rodillas de la tripulación —sí, y las mías también de cuando en cuando— estaban cubiertas de ampollas debido al tiempo que pasábamos sobre ellas frotando las cubiertas con cepillo, pero el capitán insistía en que un barco impecable nos mantendría a todos con buena salud y conduciría al éxito nuestro viaje, que era su verdadero objetivo. Y una velada en que el señor Elphinstone preguntó durante la cena si era cierto que el capitán Cook desinfectaba las cubiertas con vinagre, el señor Bligh aseguró que así era y pareció mortificado por haber olvidado hacerlo él también, por lo que exigió que se llevara a cabo antes de que pasara una hora. Pero si había algo de lo que se enorgulleciera —y la carta a su esposa que, para mi vergüenza, yo había leído así lo destacaba—, era de que no se hubiese castigado a ningún hombre durante los meses que llevábamos de travesía. Hubo desde luego momentos de tensión y casi todos los días se oía la voz de un oficial advirtiendo a un hombre que pusiera empeño o sabría lo que es bueno, pero no había habido ni azotes ni golpes desde que zarpáramos de Spithead antes de Navidad, y yo sabía muy bien que el capitán confiaba en que la cosa siguiera así hasta nuestro regreso, o más bien su regreso, a Inglaterra, fuera eso cuando fuere.

Así pues, no me sorprendió la expresión de tristeza y decepción que se plasmaba en su rostro la tarde que traspusimos el grado 47 de latitud, cuando toda la dotación fue convocada en cubierta para el juicio de Matthew Quintal.

Dios sabe que no soy ni he sido nunca un muchacho violento. Cierto que a lo largo de los años tuve mi buena ración de peleas con mis hermanos, pero eran siempre asuntillos sin trascendencia, insultos que conducían a algún que otro puñetazo seguido de un forcejeo en el suelo con mucho aspaviento de brazos y piernas. Sin embargo, no tardábamos en poner fin a esos episodios cuando veíamos con cuánto placer nos contemplaba el señor Lewis, que se sentaba en su sitio junto a la chimenea y nos observaba con sus ojos de loco, riendo como una vieja y exclamando «Eso es, Turnstile, dale fuerte» o «No tengas piedad, Michael Jones, tírale de la nariz y retúrcele las orejas». Los hermanos nos peleábamos, claro que sí, pero lo hacíamos por nosotros mismos, no para su diversión, y cuando él se involucraba enseguida nos separábamos, nos estrechábamos la mano y nos declarábamos en paz, para alejarnos rodeando con un brazo los hombros del otro. Y me alegraba que acabase así, pues no me gustan las peleas y no me produce placer alguno observar el sufrimiento de otros.

Pero ¿Matthew Quintal? Ay, se me hizo difícil no regodearme al ver cómo lo llevaban ante la tripulación a fin de que respondiera a las acusaciones para las que yo sabía que no tendría respuesta, pues de todos los marineros a bordo era el

que menos me agradaba y al que más temía. ¿Por qué motivo? Porque lo conocía de antes, he ahí el motivo.

Les aseguro que no se trata de un giro inesperado del relato. Se preguntarán cómo es posible que haya escrito tantas páginas sin mencionar que conocía previamente a uno de los tripulantes de nuestro feliz barco. Bueno, no he sido tan engañoso como cabría pensar, porque cuando digo que lo conocía me refiero a los de su calaña, y por la expresión de sus ojos y la forma en que me miraba sabía que llegaría el momento en que me exigiría aquello que antes me había visto obligado a dar pero que ya no estaba dispuesto a ofrecer contra mi voluntad.

Dondequiera que fuese, sentía sus ojos en mí. Cuando estaba en cubierta, baldeándola o aprendiendo (como hacía entonces) los secretos de las velas y los modos de navegación, notaba su mirada clavada en la espalda, atravesándome. Bajo cubierta en las noches tormentosas, si me hallaba en el camarote general de los hombres oyendo tocar el violín, podía estar seguro de que lograría sentarse a mi lado y me obligaría a cantar una canción, algo que yo odiaba, pues mi voz siempre ha estado muy abajo en mi lista de talentos y haría caer un cuervo del cielo si la alzara demasiado.

—Oh, ya basta —exclamaba Quintal llevándose las manos a las orejas y agitando la cabeza como si oyera los gemidos de un alma en pena, pese a haber sido él quien había insistido en que cantara—. Cállate ya, Tunante, o nos condenarás a todos a la sordera. Que una voz tan espantosa pueda emerger de un chico tan lindo... quién lo habría dicho, ¿eh, muchachos?

Los hombres reían, por supuesto, al tiempo que me zarandeaban para hacerme callar. El peso de sus cuerpos me infundía temor, pues me recordaba mi hogar, mientras que yo procuraba por todos los medios no recordar aquel sitio o las cosas que había hecho y me había visto obligado a hacer allí. Y siempre que sucedía algo similar, podía estar seguro de que era Quintal quien provocaba la escena y Quintal quien la llevaría a su conclusión.

—No te caigo muy bien, ¿verdad, Tunante? —me preguntó en cierta ocasión, y yo me encogí de hombros, incapaz de mirarlo a los ojos.

—No me gusta ni me disgusta ningún marinero —repliqué—. No soy hombre de opiniones.

—Pero ¿crees que podría llegar a gustarte? —preguntó entonces, inclinándose para mirarme tan amenazadoramente que no pude sino salir corriendo en busca de refugio en mi litera junto al camarote del capitán, y no me importa admitir que di gracias al Señor en más de una ocasión por su afortunado emplazamiento.

El mar estaba sereno la tarde que se nos convocó en cubierta. En realidad, se le acusaba de un delito cometido dos días antes, pero hasta que hubimos capeado los temporales —cuyo número iba en aumento; de hecho, hasta tal punto resultaba un lujo que las aguas estuvieran en calma que era una lástima desperdiciarlo en asuntos como aquél— había sido imposible leerle los cargos.

Tanto el capitán como el resto de la tripulación estaban en cubierta, y Quintal se hallaba ante el señor Bligh con la cabeza gacha.

—Señor Elphinstone —exclamó el capitán con lo que me pareció un tono algo teatral; los hombres en la popa lo oyeron, de eso no cabe duda—. ¡Enumere los cargos!

Elphinstone dio un paso al frente y miró desdeñosamente a Quintal; tras él, los señores Christian y Heywood estaban juntos, como de costumbre —pues esos dos eran como un par de guisantes en una vaina, el uno tan impecable con el cabello peinado con pomada y el uniforme almidonado; el otro con aspecto de haber pasado seis veces por la quilla antes del desayuno por andar toqueteándose los granos—, y el señor Fryer se hallaba detrás de ellos, incluso más preocupado de lo habitual, como el desgarrado mierdecilla que era.

—Matthew Quintal —anunció el señor Elphinstone—. Comparece hoy ante nosotros acusado del delito de hurto. Afirмо que robó usted un queso y, al ser requerido por ello, se mostró insubordinado ante un oficial.

—¿Son justas esas acusaciones, Quintal? —quiso saber el capitán con los pulgares bajo las solapas—. ¿Qué tiene que decir?

—Sí, son ciertas —repuso él, asintiendo con la cabeza—. Me llevé el queso; no puedo decir lo contrario y seguir con la conciencia tranquila. Tenía hambre y atrajo mi mirada y, aunque no recuerdo el delito, no puedo olvidar lo bien que me sentó la cuajada.

Los hombres manifestaron su aprobación a voz en cuello y el capitán los miró con aire furibundo antes de hacerlos callar a gritos.

—Y en cuanto a la segunda acusación —prosiguió—, la de insubordinación, ¿contra quién se produjo, Elphinstone?

—Contra el señor Fryer, señor —respondió el oficial.

El señor Bligh frunció el entrecejo al oír ese nombre y miró alrededor.

—Bueno, ¿y dónde se ha metido el señor Fryer? —preguntó, pues desde donde se hallaba no veía al maestre del barco, porque se lo tapaba la puerta que daba a las cocinas. Y añadió entonces a gritos y poniéndose rojo como las brasas —: ¡Maldita sea! ¿Acaso no he ordenado que todos los hombres, marineros y oficiales por igual, acudieran a cubierta...?

—Aquí estoy, señor —intervino el señor Fryer dando un paso al frente.

El capitán dio media vuelta para mirarlo un instante. La verdad es que casi parecía decepcionado de verlo allí, pues de no haberse presentado en cubierta habría tenido la posibilidad de encontrarlo a él también culpable de insubordinación.

—Bueno, pues no ande escondiéndose en las sombras como un ratón temeroso de un gato, hombre —espetó—. Venga aquí a la luz y déjeme echarle un vistazo.

Se oyó un murmullo por lo bajo y vi que todos se miraban de soslayo, pues,

aunque a nadie le había pasado por alto que el capitán y el maestre no se llevaban bien, era raro oír que se dirigía a él con tanto desdén delante de la tripulación. El rostro de Fryer estaba escarlata cuando se acercó al capitán, sabiendo como sabía que todos lo observaban en busca del menor indicio de debilidad.

—A este hombre aquí presente, si estaba usted escuchando —continuó el capitán, y no pude evitar preguntarme si el motivo de su ira no era tanto el hecho de haber emborronado su impoluto historial disciplinario como alguna otra cosa—, se le acusa de un acto de insubordinación hacia usted. ¿Es cierto eso?

—No fue respetuoso, señor —respondió el maestre—. Hasta ahí llegaría y o. Pero creo que hablar de insubordinación tal vez sería exagerado.

El capitán lo miró, sorprendido.

—¿Tal vez sería exagerado? —repitió, en un tono que sonó tan afectado como el del señor Fryer, lo que provocó risitas disimuladas entre los hombres—. ¿Es eso una respuesta, señor? No me venga ahora con sus florituras lingüísticas, hágame el favor. ¿Se mostró insubordinado o no?

—Señor, descubrí que faltaba el queso —explicó el interpelado— y tuve la impresión de que Quintal se lo había llevado, pues lo había visto merodear cerca de los pertrechos y lo había despachado de allí por indolente. De inmediato fui a cubierta en su busca y le pregunté con respecto al robo, y él me contó que... —titubeó y miró al acusado, quien esbozó una amplia sonrisa, como si todo aquello fuese una farsa, antes de volver a mirar la cubierta y fruncir el entrecejo, pretendiendo acaso tener la menor participación posible en lo que estaba por venir.

—Bueno, suéltelo de una vez, hombre —exclamó el capitán—. ¿Qué le contó? ¿Qué le dijo?

—Preferiría no repetir sus palabras, señor —respondió el maestre.

—¿Cómo dice? —inquirió el capitán soltando una breve risa y mirando alrededor, sorprendido—. ¿Ha oído eso, Elphinstone? ¿Christian? ¡El señor maestre preferiría no repetir sus palabras! ¿Y por qué, si me permite la pregunta? —quiso saber entonces, imprimiendo a su voz mayor afectación aún si cabe—. ¿Por qué preferiría no repetir sus palabras?

—Porque, señor, se me antojan inapropiadas para pronunciarlas en público.

—¡Pues yo creo que cuando su capitán le hace una pregunta, ha de contestarla o enfrentarse usted mismo a la acusación de insubordinación! —bramó Bligh, y contuve el aliento de pura sorpresa. Al mirar de soslayo al oficial de cubierta, advertí que incluso él estaba algo asombrado de que semejante frase hubiese sido pronunciada en presencia de la dotación al completo—. Se lo pregunto una vez más, señor Fryer, y le advierto que no lo haré por tercera vez ni permaneceré al margen. ¿Qué le dijo Quintal cuando lo acusó usted del robo del queso?

—Señor, sus palabras exactas fueron que lamentaba haber robado la vitualla —contestó el señor Fryer bien alto y con firmeza, sin el menor titubeo—. Pero se mostró muy satisfecho de confesarlo y añadió que le había sabido tan bien en los labios como la teta de la vieja madre del capitán.

Me quedé boquiabierto, y no exagero: la boca se me abrió literalmente, y juro que me pareció que las aguas mismas habían quedado inmóviles de asombro ante la declaración del maestro. Hasta diría que oí titubear a las gaviotas en su vuelo y mirarse unas a otras como si no dieran crédito a sus oídos. Tuve la certeza de que la tierra vacilaba en su rotación mientras el Señor reaccionaba de forma tardía para mirarnos y exigir la aclaración de la frase. No sólo fueron inesperadas las palabras, sino que del señor Fryer se sabía que era un hombre temeroso de Dios que jamás soltaba una maldición o un juramento, no digamos ya hacer referencia a la teta de una dama. El tiempo transcurrió despacio y nadie se atrevió a intervenir. Empecé a recordar un poema subido de tono que un hermano mío me había enseñado un año antes —trataba de una pobre muchacha de la que nadie se había apiadado nunca— y lo repetí mentalmente, contando las veces que llegué hasta el verso final (fueron tres) antes de que se alzara de nuevo la voz del capitán.

—Le ruego me disculpe, señor —dijo, pareciendo tan atónito como habría quedado de haber sacado el señor Fryer una trucha del bolsillo de atrás para abofetearlo con ella, tres veces y bien fuerte—. Creo que le he oído mal, señor Fryer. Repita, por favor.

—He dicho que Quintal admitió haber robado el queso pero afirmó que le había sabido tan bien en los labios como la...

—¡Silencio, hombre, ya le he oído la primera vez! —vociferó Bligh, lo cual se me antojó un poco injusto, considerando que había pedido que se lo repitiera—. Quintal —dijo entonces, fulminando al marinero con la mirada—, ¿qué clase de perro eres?

—Uno de los malos —repuso éste todavía bromeando, sabedor de que sus compañeros lo vitorearían luego por ello y que no tenía sentido tratar de evadirse de la situación, pues con toda certeza iba a recibir sus buenos latigazos—. Un perro malo, sin duda, con una desafortunada propensión. No hay forma de domesticar a un perro callejero como yo.

—Eso ya lo veremos —replicó el capitán—. Sí, ya lo veremos, y antes de que haya pasado esta hora, además. Señor Morrison, ¿dónde se ha metido usted también? —Del fondo de la multitud emergió el ayudante del contra maestre con el látigo de nueve colas ya en la mano. El pobre hombre se había pasado meses esperando hacer su debut y parecía encantado de que por fin se presentara la oportunidad. Casi esperé que carraspeará un poco y aguardase a oír unos aplausos—. Dos docenas de latigazos para Quintal, si me hace el favor —dispuso entonces el señor Bligh—. No tardaremos en saber si es posible domesticar a este

perro o si ya no existe redención posible para él.

Arrastraron a Quintal y le rasgaron la camisa por la espalda mientras lo ataban al enjaretado, con los brazos y piernas extendidos, delante de toda la tripulación. Todos mirábamos presas del horror y la excitación, pues de nuevo se trataba de un acontecimiento que interrumpía nuestra rutina y, como ningún incidente así había tenido lugar en los meses anteriores, estábamos ansiosos, para nuestra vergüenza, de ver su desarrollo.

El látigo de nueve colas —una cuerda de un par de palmos de longitud, con nueve tiras de cuero emergiendo de la punta y tres nudos en cada una de ellas— no me pareció un objeto tan terrorífico como había esperado, y de hecho, durante el primer par de latigazos, Quintal no profirió más que un leve quejido, como el que daría uno si un asaltante desconocido lo pateara mientras dormía. Pero cuando llegó el tercero, el castigado esbozó ya una mueca. Para el cuarto soltó un grito. Y a partir del quinto cada latigazo fue seguido por un alarido de dolor que me encogía el estómago, pese a lo poco que me gustaba ese hombre. En su espalda aparecieron unas líneas rojas y antes de que el número de latigazos tuviese dos cifras, la sangre empezó a manar de ellas. Cada uno de nosotros contó mentalmente los azotes, y al llegar a trece, catorce, quince, tuve la seguridad de que el capitán interrumpiría el correctivo, pues Quintal parecía haber quedado inconsciente, con el cuerpo laxo y la espalda como un mapa de dolor y verdugones sangrantes, pero no llegó orden alguna y el ayudante del contra maestre continuó hasta llegar a los requeridos veinticuatro. Luego se volvió hacia el señor Bligh enarcando una ceja.

—Llévenselo abajo —indicó el capitán entonces.

De inmediato se soltaron las correas y Quintal cayó desplomado en cubierta. Enseguida lo levantaron entre cuatro, pues era práctica corriente azotar a un hombre y luego mandarlo al cirujano para que se ocupara de sus heridas —la gran ironía del mar, me dije—, pero no se hallaba del todo inconsciente, pues cuando los hombres pasaron ante mí arrastrándolo y dejando un rastro de sangre, él alzó la vista y ladró, palabra de honor, ladró como el perro que afirmaba ser. Me hizo dar un brinco además, el muy asno.

—Limpien la cubierta, hagan el favor —ordenó el capitán al tiempo que daba media vuelta—. Y desinfectenla con vinagre. Todos los oficiales, acudan por favor a mi camarote de inmediato.

Bajó por la escalera, seguido por los señores Christian, Heywood, Fryer y Elphinstone, y yo fui tras ellos por si querían té. Me crucé con los que subían los baldes y vi que refunfuñaban por el daño infligido a uno de los suyos, sin tener en cuenta que era un ladrón y un deslenguado.

—Tenía que pasar tarde o temprano, señor —dijo el oficial de cubierta cuando se reunieron en el camarote del capitán. Yo me había plantado en el exterior para evitar cualquier intrusión y, sí, también para escuchar su

conversación. No me avergüenzo de nada—. No se desanime. A los hombres les sienta bien que se imponga un poco de disciplina de vez en cuando. Les recuerda cuál es su sitio.

—No estoy decepcionado, señor Christian —replicó el capitán en un tono en el que aún burbujeaba la ira—. Y no me da miedo hacerles saber quién está al mando en este barco y quién no lo está. ¿Lo duda acaso?

—No, capitán —contestó el otro—. No, por supuesto que no, sólo quería decir que...

—Y usted, Fryer —lo atajó el capitán al tiempo que se acercaba al maestre —, diría que ha disfrutado usted enormemente de la escena que acabamos de presenciar, ¿no es así?

—¿Yo, señor? —preguntó éste, atónito—. ¿Por qué iba yo a...?

—Tomó usted nota del incidente, ¿no es así? Hace dos días, si no me equivoco.

—Sí, informé a usted del mismo en ese momento, y declaré, convenientemente, que el castigo tendría que esperar a que estuviésemos en aguas más calmas...

—Lo hice convenientemente, ¿no es así, señor Fryer? ¿Convenientemente? No sabe hasta qué punto me satisface contar con su aprobación, señor. ¿Acaso el capitán de un barco necesita el beneplácito de su maestre? ¿Se trata de una nueva regulación naval de la que no he sido informado?

—No pretendía ofender, señor.

—¡Maldita sea, hombre! —exclamó el capitán entonces, tan alto que las vacilantes gaviotas debieron de dispersarse sobre nuestras cabezas al oírlo—. ¡Váyase al infierno! Tuvo dos días enteros para contarme la causa de la infracción ¿y qué hizo usted? Se limitó a mencionar no sé qué tontería sobre un queso robado y un acto de insubordinación...

—Señor, usted no me preguntó si...

—¡No me interrumpa cuando le estoy hablando, señor! ¡No me interrumpa! —Se acercó tanto a Fryer que podría haberlo besado de haber sentido la inclinación a hacerlo, pero sus palabras rayaron tanto en los gritos como nunca las había oído salir de su camarote—. ¡Malditas sean sus botas! ¡No se habla cuando un oficial superior se dirige a usted! ¿Me ha oído usted?

—Sí, capitán —contestó en voz baja el maestre.

—Dispuso de dos días enteros, señor Fryer. Dos días enteros para hacerme saber la gravedad del insulto ¿y cuándo lo oigo y o por primera vez? En cubierta. Justo antes del castigo. Delante de todos los oficiales y toda la tripulación. ¿No le parece que podría haberlo mencionado antes?

Fryer titubeó, sin duda deseando asegurarse de que el capitán había acabado su invectiva antes de ofrecer una respuesta o explicación.

—Traté de contárselo ayer por la mañana, señor —insistió con cautela—. Le dije que había hecho un comentario lascivo que no convendría repetir ante los

hombres y ante usted...

—¡Usted no me dijo tal cosa, señor! —gritó el capitán, paseándose furioso por el camarote y tirando papeles a diestro y siniestro que luego yo tendría que recoger—. ¡Usted no me dijo tal cosa!

—Sí lo hice, capitán —repuso el reconvenido con firmeza—. Estaba de pie aquí mismo y...

—¿Me está llamando mentiroso, es eso? —inquirió Bligh acercándose de nuevo a él—. Hable con claridad. ¿Me está llamando mentiroso? Señor Christian, será usted testigo del comentario.

Se produjo un largo silencio. Yo ardía en deseos de asomar la cabeza para ver mejor la cara del maestro o, ya puestos, las de los demás oficiales, pues no se habían visto sujetos a semejante diatriba en todos los meses que llevaban en el mar, pero temí que, si lo hacía, el capitán me la cortara en su furia.

—Quizá me equivoco, señor —admitió por fin Fryer.

—¡Ajá! ¡Se equivoca! —exclamó el capitán viendo confirmada su opinión—. Ya lo han oído, caballeros, estaba equivocado. Me pregunto por qué no hago que lo azoten a usted también.

—Señor —terció Elphinstone cometiendo la imprudencia de intervenir—. El señor Fryer es un oficial. No puede ser azotado.

—Cállese, Elphinstone —ordenó el oficial de cubierta, que al menos tuvo la sensatez suficiente para comprender que se trataba de un comentario ocioso por parte del capitán y no de una auténtica amenaza.

La interrupción de los dos hombres pareció pillar al capitán con la guardia baja, pues paseó la vista alrededor, en busca de un blanco para su ira, antes de dirigirla hacia la puerta. Por desgracia fui demasiado lento para apartarme de un salto de su línea de visión y me descubrió husmeando.

—¡Turnstile! —vociferó, y el corazón me dio un vuelco tremendo, pues el hombre no estaba en condiciones de razonar y si quería más azotes, bueno, sólo había un hombre presente que no fuera oficial—. ¡Trae tu maldito y flaco trasero aquí ahora mismo!

Entré con cautela, ansiando mantener la distancia con respecto a todos ellos. El señor Fryer estaba pálido, pero no parecía enfadado. A los señores Christian y Elphinstone se los veía ansiosos, mientras que el joven señor Heywood, el muy perro, tenía pinta de estar disfrutando con aquel drama y de no haberlo pasado tan bien desde la última vez que se le reventó un grano.

—¿Capitán? —dije, dispuesto a disculparme por lo que hiciera falta, fuera culpable o no de ello.

—Turnstile, tienes que redactar una nota para mí —ordenó el capitán—. Con fecha de hoy. Fletcher Christian es ascendido a teniente y maestro del barco. John Fryer conservará su cargo y ayudará al señor Christian en todas las obligaciones que de él se requieran.

—Señor, debo protestar... —empezó Fryer, pero el capitán se volvió en redondo con el rostro rojo de ira.

—¿Protestar, dice? —exclamó—. ¿Protestar ante mí? ¡Maldita sea su estampa, especie de aristocrático...! ¡Malditas sean sus botas! Conque me insulta a mí y a mis parientes en cubierta y cree encima que toleraré semejante traición, ¿no es así? En la escuela quizá, señor mío, cuando los de su ralea estaban al mando. Y como marinero también, pues ése sería mi deber. ¡Pero no aquí, señor mío! ¡No en la *Bounty*! Yo soy el capitán, no importa de dónde proceda, y usted es mi subordinado, no importa cuál sea el título de su padre. Y aceptaré sus órdenes. Hará lo que yo le diga, ¿me ha entendido?

El señor Fryer lo miró furioso, y juro que las ventanas de la nariz se le abrieron como a un caballo acalorado.

—¿Me ha entendido, señor? —bramó de nuevo el capitán.

—Usted es, como dice, el capitán —repuso Fryer, con un lento gesto de asentimiento.

—Sí, lo soy —confirmó Bligh, tironeándose de la chaqueta y tratando de calmarse—. Capitán de todos, de los oficiales a los guardiamarinas y los pajes de escoba; espero que no lo olvide. Señor Christian, ¿está satisfecho con el ascenso?

—Sí, señor —contestó éste, y vi que procuraba no sonreír en exceso o sacar más pecho del necesario. Y en cuanto a su adlátere, el muy servil y verrugoso, parecía a punto de explotar de placer.

Los oficiales fueron saliendo del camarote uno por uno, pero yo titubeé y me quedé a solas con el capitán, que se dejó caer en su silla, ya a salvo de miradas indiscretas, y apoyó la cabeza en las manos unos instantes antes de alzar la vista hacia mí.

—Turnstile —musitó, y lo vi tan triste y destrozado que me rompió el corazón, pese a su ira—. Tú también puedes irte.

—¿Un poco de té, señor? —pregunté—. ¿O un cordial? ¿Una copa de coñac, quizá?

—Puedes irte —repitió en voz baja, y vacilé sólo un momento antes de asentir en silencio y marcharme.

Una observación final: en el corredor, al salir, me encontré con el triunvirato formado por los señores Christian, Heywood y Fryer, dos contra uno, y el nuevo maestre tenía una mano en el brazo del sancionado.

—No, Fletcher —dijo con aspereza el señor Fryer—. Ya tiene usted lo que quería.

—John... —empezó el recién ascendido, y el maestre rio.

—Oh, ¿conque ahora me llama «John»? —ironizó—. Hace una hora era «señor».

Se miraron fijamente y luego el señor Christian se encogió de hombros y se alejó, seguido, cómo no, por el perro, cuyo nombre no merece ser pronunciado.

El señor Fryer se dio la vuelta, me miró a los ojos unos instantes y luego se volvió. Acto seguido entró en su minúsculo camarote y cerró la puerta con sigilo.

Mirando atrás, hubo muchos episodios difíciles durante aquel periplo en la *Bounty* —días en que pasamos hambre, días en que estábamos agotados, días en que la extensión de agua nos cegaba o volvía locos y delirantes—, pero ninguno tan terrible como las veinticinco jornadas que pasamos tratando de rodear el cabo de Hornos; casi un mes de nuestras vidas desperdiciado mientras luchábamos contra la naturaleza, como criaturas insensatas, sin que se nos permitiera avanzar más que unas cuantas miserables leguas.

El ambiente del barco había cambiado un poco desde los dramas gemelos de los azotes de Matthew Quintal y el ascenso del señor Christian. La tripulación trabajaba más y hablaba menos, y pensé que tal vez el nuevo teniente tenía razón al afirmar que a los hombres les convenía un poco de disciplina de vez en cuando; los mantenía briosos. Los oficiales parecían separados en dos bandos: el capitán y los señores Christian y Heywood, el cerdo de las pústulas, en un lado, y el señor Fryer en el otro, con Elphinstone en medio tratando de imponer la paz. Por mi posición, pasaba más tiempo entre ellos que cualquier otro, pero mantenía la cabeza gacha, como era mi costumbre, e intentaba seguir con mi trabajo.

El mar cambió repentinamente de forma espectacular cuando cruzamos el paralelo 50, como si llevara semanas vigilando nuestro pequeño navío y hubiese decidido que ya estaba bien, que por valientes que fuéramos había llegado la hora de hacernos volver por donde habíamos llegado. Y así los vientos soplaron hasta que apenas fue posible abrir los ojos en cubierta, tan empeñados estaban en barrernos de ella. Y la lluvia se convirtió en granizo, que se abatió sobre nuestras cabezas como piedras desde los cielos o como las plagas del antiguo Egipto. Entonces las mareas subieron, bramaron y se enfurecieron, y se hundieron para volver a alzarse ante nosotros, azotándonos la proa y rugiendo como un león enfurecido, con las fauces dispuestas a engullirnos si perdíamos pie sólo un instante, aunque para mi sorpresa no habían reclamado aún víctima alguna. No quedaba tiempo para dramas o escaramuzas personales, pues todos se esforzaban al máximo para mantenernos a flote y con vida. Hasta los bailes quedaron temporalmente suspendidos: la mera idea de enzarzarnos en gigas o danzas marineras mientras los huracanes se desataban alrededor bastaba para enervarnos. A veces daba la sensación de que la tempestad no fuera a tener fin y mis obligaciones pasaron a incluir el mantener la zona bajo cubierta libre de agua, desde el gran camarote donde se almacenaban las macetas hasta mi propia litera y las puertas que daban a los del capitán, el señor Fryer y los demás oficiales. Y que me aspen si no era una tarea más difícil de lo que parecía, pues cada vez que un oficial aparecía ante mí se quitaba el abrigo y la cubierta inferior volvía a quedar anegada con lo que parecían las aguas de todo el océano. Una y otra vez me apresuraba a subir las escaleras para cerrar la escotilla, sólo

para encontrármela de nuevo abierta cuando volvía a mi puesto. El sonido del viento era como un silbato constante en mis oídos y me producía dolor de cabeza. Con el correr de los días, se sugirió por primera vez —y lo hizo el señor Fryer, ese desdichado— que el cabo de Hornos tal vez era infranqueable.

—¿Infranqueable, señor Fryer? —repitió el capitán con aire pensativo una noche en que ambos estaban sentados con el señor Christian, cuando llevábamos ya una semana, quizá diez días, padeciendo aquel tiempo espantoso—. ¿Le dijo eso acaso el señor Hicks al capitán Cook cuando trataron de rodear el Hornos?

—No, señor —respondió Fryer midiendo su tono para no provocar la terrible ira del señor Bligh—. Pero era una época distinta del año y, con todo respeto, también Zachary Hicks se mostró cauteloso ante sus perspectivas en aquel momento. No veo que estas tormentas vayan a remitir. Hace ya semanas que empezaron.

—¿Qué me dice del velamen? —quiso saber el capitán—. ¿En qué condición está?

—Aguanta —admitió el maestro—. De momento al menos. Me horroriza pensar qué sucedería si se partiera uno de los palos. Estaríamos perdidos, me temo.

El capitán asintió en silencio y sorbió su té. Las relaciones entre los dos hombres eran más civilizadas desde que el mal tiempo se nos había echado encima. Por mi parte, había empezado a respetar al señor Fryer, pues éste había encajado el ascenso de Christian sin más quejas y no parecía preocuparse por otra cosa que los mejores intereses del barco y nuestra misión. Sus comentarios ya no irritaban tanto al capitán como antes, aunque también es cierto que el señor Bligh no se hallaba de mal humor, pues imagino que nada lo complacía más que un desafío como el que teníamos que superar.

—Los vientos pueden insistir en soplar y el mar continuar embravecido, pero seguiremos adelante —concluyó el comandante, poniendo con firmeza una mano en la mesa como para sugerir que ahí acababa el asunto—. Seguiremos adelante, mis queridos compañeros, y emergeremos sin daño alguno al otro lado de la bestia, como el capitán Cook, y antes de que cualquiera de ustedes tenga la oportunidad de dar las gracias al Señor por su bendición, nos encontraremos navegando en dirección nornoroeste hacia Otaheite y abriendo nuestros catalejos para divisar tierra.

Nadie dijo nada durante unos instantes. Sin duda nuestro fornido capitán era un hombre seguro de sí mismo. Y un inconsciente, a veces.

—Está la cuestión de los hombres, capitán —intervino por fin el señor Christian.

—¿Los hombres? ¿Qué pasa con ellos? Trabajan duro, ¿no es así?

—Con gran valor —asintió—. Son marineros ingleses, todos ellos. Pero sus esperanzas disminuyen. No ven cómo conseguirlo. Hemos avanzado muy poco

en esta última semana y ahora varios han caído con resfriados y temblores.

—Es que no tienen que ver nada —puntualizó el capitán con irritación—. Sólo han de obedecer.

—Están asustados, señor —terció el señor Heywood, y juro que era la primera vez que lo oía ofrecer una opinión en una reunión como ésa; sospecho que de hecho era la primera vez que lo hacía, pues los demás se volvieron para mirarlo. Su rostro se puso aún más rojo que de costumbre y temí que los granos sufrieran una violenta erupción y lo mataran, lo cual no habría estado nada mal.

—¿De veras? —musitó el capitán, frotándose el mentón un instante y considerándolo—. ¿Es eso cierto? Bueno, pues no tienen nada que temer; cuando los libre de estas tormentas, me darán las gracias por ello y se sentirán orgullosos de sus propios actos. Aun así, de momento aumentemos sus raciones —concluyó—. Una porción extra de sopa y ron para cada hombre una vez al día. Eso les dará energías, ¿no?

—Muy bien, señor —contestó Christian.

Una paz embarazosa se instaló entre el capitán y sus oficiales; y he de admitir que mi propia relación con el señor Christian se había vuelto cada vez más tirante. En muchas ocasiones lo encontraba esperando al capitán en su camarote, algo que no debía hacer ningún oficial, y tomándose el coñac del señor Bligh mientras estaba ahí sentado. Siempre que yo entraba y lo encontraba así, él levantaba la copa con gesto desafiante, brindando por mi buena salud, y qué otra cosa podía hacer yo que agradecerle el honor y seguir a lo mío.

Unas noches después me encontraba en cubierta. La mar se había calmado un poco y, en el cielo, la luna llena parecía un gigantesco florín que pudiese meterme en el bolsillo con la facilidad con que solía hacerlo. Algún instinto me llevó hacia la borda y alcé la mirada hacia la luna, cerrando un ojo y tendiendo una mano para capturar la esfera entre pulgar e índice. Sin duda debía de ofrecer un espectáculo para cualquiera que me viese, pero los hombres se encontraban ocupados en mantener el barco a flote y aquellos que no estaban de guardia se hallaban ya en sus literas, confiando en dormir un par de horas, de forma que mis actos no incumbían a nadie. Cerré los ojos un momento e imaginé que el fragor se extinguía y todo era paz alrededor de mí, todo soledad y felicidad en aquella extraña plataforma móvil que se había convertido en mi hogar.

—Qué extraño verte por aquí arriba, Tunante —dijo una voz detrás de mí, y la sorpresa me hizo brincar de tal forma que aún no entiendo cómo no me cai por la borda, donde nadie podría haberme salvado.

—Señor Christian —exclamé llevándome una mano al pecho para sentir los fuertes latidos del corazón e impedir que se me desbocara—. Me ha dado un susto.

—Y tú me has sorprendido —replicó—. He visto a un rapaz de pie en la proa, contemplando el mar, y he pensado que no podía ser el joven Tunante. A él

siempre se le encuentra bien a salvo bajo cubierta, no aquí arriba entre los marineros que trabajan duro.

Titubeé un instante, sopesando el nivel del insulto, pues sin duda me estaba llamando cobarde y, si había algo que no creía ser, era precisamente eso. Me había enfrentado a todos mis hermanos del establecimiento del señor Lewis en un momento u otro, aparte de haber despachado a unos cuantos hombres que se habían tomado más libertades de las que les permitían los pagos a mi benefactor, y nunca me había encogido ante una confrontación.

—Mis obligaciones están en la cubierta inferior —declaré con orgullo, negándome a reconocer su afrenta—. Tengo que estar a mano para cuando el capitán me necesite.

—Por supuesto, Tunante —dijo él alegremente—. ¡Por supuesto! ¿Cómo podrías escuchar a hurtadillas las conversaciones si no te agazaparas detrás de las puertas con la oreja pegada a la cerradura? Vaya, siuviésemos una chimenea a bordo, te pasarías media vida oculto en ella.

Abrí la boca y volví a cerrarla, indignado, antes de negar con la cabeza.

—Eso lo dirá usted —repliqué al fin, conteniéndome para no llamarlo sucio mentiroso, pues decirle algo semejante a un oficial, en especial a un favorito del capitán, significaba una vuelta certera a la hija del artillero, y me había jurado no volver a besar jamás sus sucios labios—. No puedo evitar que mi litera esté cerca de los camarotes de los oficiales, ¿no cree?

—Oh, vamos, no te enfades, muchacho —contestó, riendo, y apoyó las manos con firmeza en la borda para inspirar profundamente por la nariz—. Siempre he dicho que no hay mejor fuente de información en las fragatas de Su Majestad que el criado del capitán. Lo ois todo y no os perdéis nada. Sois el alma de la casa.

—Bueno, supongo que eso es cierto, señor —admití.

—Y diría que te formas una opinión de todos los que te rodean, ¿no?

Negué con la cabeza.

—No me corresponde formarme opiniones, señor. El capitán no busca mi consejo, si a eso se refiere.

El señor Christian se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Oh, pobre insensato —exclamó—. No habrás supuesto ni por un instante que yo pensaba eso, ¿no? ¿Qué eres tú, después de todo?; sólo un muchacho inculto, sin familia ni educación. ¿Por qué iba un hombre como el señor Bligh a pretender de ti otra cosa que una taza de té caliente y que le abrieras la cama por las noches?

Agucé la mirada ante esas palabras, pues era una falsedad de la peor naturaleza, una calumnia que se hacía difícil dejar pasar sin soltar un buen mamporro. Para ocuparme de lo segundo, tenía toda la educación precisa. Sabía las letras y contar hasta cien o más, y conocía las capitales de media Europa

gracias a un volumen titulado *Un libro con información útil y pertinente para el joven caballero moderno* que el señor Lewis tenía en sus estanterías, junto a los libros ilustrados de a penique que a los clientes les gustaba hojear cuando llegaban por las noches para beber y divertirse. Sabía cocer un huevo, cantar el himno del rey y desearle a una dama los buenos días en francés, y había muy pocos chicos en Portsmouth que pudiesen decir lo mismo.

Y en cuanto a lo primero, la acusación de que no tenía familia, ¿qué sabía él al respecto? Ciertamente guardaba bien pocos recuerdos de su vida antes de que me acogiera el señor Lewis, pero los muchachos de su establecimiento, por discolos que fueran, seguían siendo mis hermanos, y de haber sido necesario habría dado la vida por cualquiera de ellos.

—No soy tan estúpido como pueda creer, señor —respondí al fin, todo coraje, al tiempo que los vientos volvían a soplar y el mar a embravecerse, salpicándonos el rostro; pese a ello permanecimos donde estábamos, pues ninguno quería ser el primero en moverse.

—Claro, desde luego que no —dijo con una sonrisa—. No; eres lo bastante instruido para leer la correspondencia del capitán y así enterarte de cualquier información que no quiera transmitírnos a los demás —soltó. Decliné responder a la acusación, pero aparté la mirada y sentí que me ruborizaba, incluso con la oscuridad que nos rodeaba para ocultar mi traición. Y el oficial añadió—: Te has quedado muy callado, Tunante. He metido el dedo en la llaga, ¿eh?

—Eso fue una equivocación por mi parte —expliqué—. Un error de juicio, como el que podría cometer cualquiera.

—¿Y te parece que el capitán lo verá de esa forma? —me preguntó entonces—. ¿Crees que te palmeará la espalda y te dirá que eres un buen tipo por haber cometido semejante error, o más bien te colgará por los tobillos de la gavia de proa para que los vientos y el granizo acaben contigo?

Me mordí la lengua, ardiendo en deseos de soltarle un retahíla de improperios, pero no podía culpar a nadie más que a mí mismo de haberme metido en ese entuerto. Por fin di media vuelta y me dispuse a regresar bajo cubierta, pero él me agarró del brazo, presionando con fuerza con el índice y el pulgar, y me atrajo hacia sí.

—No me des la espalda, renacuajo —siseó, y capté una vaharada a caldo de carne en su aliento—. No olvides quién soy. Si no me muestras el debido respeto sabrás lo que es bueno.

—He de volver junto al capitán, señor —aduje, ansiando alejarme de él, porque sus ojos revelaban una violencia peligrosa.

—¿Y cuánto tiempo piensa tenernos atrapados en esta locura? —quiso saber, y frunció el entrecejo, pues no supe a qué se refería.

—¿Qué locura? —pregunté—. ¿De qué habla?

—El capitán, ignorante —siseó—. ¿Cuánto tiempo piensa tenernos tratando de

rodear el cabo de Hornos antes de darse por vencido?

—La vida entera, diría yo, y un día más —contesté, irguiéndome en toda mi estatura para defender el honor del capitán—. Jamás se dará por vencido, puede contar con ello.

—Entonces hasta el último de nosotros perecerá en el fondo del mar; más vale que contemos con eso si no se pone fin cuanto antes a esta locura —vaticiné—. Tienes que decírselo, ¿me oyes? Dile que ya está bien. ¡Tenemos que dar la vuelta!

Ahora me tocó a mí reír.

—No puedo decirle tal cosa, señor. Usted mismo lo ha expresado muy bien: a mí no me escucha. Estoy ahí para arreglarle el camarote y lavarle y plancharle los uniformes, nada más. No me pide consejo sobre los amarres.

—Entonces hazle saber que reina el descontento entre los hombres. Si te pregunta, cuéntale que se están derrumbando por momentos. Al menos te presta atención, y ésa es una materia valiosa a bordo de una bañera tan pequeña como la nuestra. Explícale qué sienten. Dile que en su opinión los está conduciendo a la muerte. He prometido a los hombres que daríamos la vuelta y...

—¿Que se lo ha prometido, señor? —pregunté sorprendido, pues, aunque sabía que el señor Christian hacía lo posible por estar en buenas relaciones con los hombres, también me daba cuenta de su falsedad, pues los insultaba a todos ante el capitán siempre que le venía en gana.

—Alguien ha de mantener la sensatez aquí, Tunante —señaló—. Alguien que reconozca que tenemos una misión que cumplir, no un hombre muerto al que emular —concluyó. No dije nada; sabía a quién se refería y no quise admitir que bien podía tener razón—. Y si depende de mí... —añadió. Me liberé de su mano y lo miré un instante antes de retroceder un par de pasos.

—Si depende de usted... ¿qué? —quise saber; entorné los ojos, no muy seguro de a qué se refería.

Él se mordió el labio y pareció que nada le habría gustado más que estrangularme allí mismo.

—Limitate a ocuparte de que lo entienda —siseó, tan cerca de mí que su saliva me salpicó la cara.

—Tengo que bajar —murmuré, jadeando ante los bramidos del temporal que nos envolvía; tenía la ropa pegada a la piel, tan empapado estaba por la lluvia.

—¡Entonces piensa en lo que te he dicho! —exclamó mientras me alejaba, de forma que apenas oí sus palabras.

Corrí hasta las escaleras y bajé a la cubierta inferior para encontrarme con que todo mi trabajo de antes no había servido de nada, pues el suelo estaba más empapado que nunca. Me precipité en busca de mis trapos y puse manos a la obra antes de que el capitán saliera de su camarote, pero cuando me asomé al interior, no estaba allí y su abrigo tampoco, y comprendí que él también se

encontraba en cubierta, arrimando el hombro en los peores momentos, un capitán entre sus marineros, un hombre entre sus propios hombres, y aún lo admiré más por ello.

Transcurrió otra semana y siguió sin haber cambios. El tiempo empeoró y los hombres cada vez estaban más agotados. El mar zarandeaba el barco con tan poca consideración que me pregunté en un centenar, en un millar de ocasiones si esa noche sería la última de mi vida y si mis pulmones acabarían llenos de agua de mar antes del amanecer. El capitán había vuelto a cambiar las guardias de manera que los hombres sólo permanecían unas horas seguidas en cubierta, pero el resultado era que volvían a sus literas con los ojos vidriosos, medio ciegos y temblando, confusos por los embates del temporal, y no descansaban lo suficiente para batallar mejor contra las tormentas en su siguiente turno.

Llegamos cerca del paralelo 60 y sólo nos hacía falta un poco de timón para quedar al paio antes de virar por proa y doblar el cabo de Hornos, pero fue cada vez más obvio que algo semejante no iba a ocurrir. Cada mañana el capitán tomaba nota de nuestra posición en su carta y en el diario de navegación, y al día siguiente apenas habíamos avanzado; algunas mañanas, de hecho, habíamos retrocedido y perdido el día entero en el intento.

Finalmente, el señor Bligh convocó a los oficiales en su camarote, y yo les serví a todos una taza de agua caliente con un poco de oporto para reconfortarlos mientras aguardaban. Cuando apareció, estaba mojado de pies a cabeza y pareció un poco sorprendido de verlos allí, pese a haber sido él quien los había mandado llamar, a través de mí, apenas una hora antes.

—Buenas noches, caballeros —saludó en tono sombrío, aceptando mi ofrecimiento de una taza con gesto de agotamiento—. Me temo que tengo malas noticias. Llevamos ocho días sin avanzar apenas.

—Señor, ningún hombre podría haber atravesado estos mares —intervino en voz baja el señor Fryer—. Con estos temporales es imposible.

El capitán guardó silencio unos instantes y finalmente exhaló un profundo suspiro. Advertí que se había dado por vencido.

—Creía de veras que podríamos hacerlo —musitó, alzando la vista y ofreciendo a los demás una leve sonrisa—. Recuerdo... recuerdo que cuando me hallaba en el *Endeavour* pasamos apuros similares. Uno de los oficiales, he olvidado su nombre, le dijo al capitán que nunca podríamos triunfar sobre la naturaleza, pero él se limitó a negar con la cabeza y declaró que su nombre era James Cook y había recibido órdenes del rey Jorge en persona, de modo que la naturaleza debía ser domeñada para obedecer al rey. Y la domeñó. Por desgracia, no parece que yo tenga su capacidad.

Un incómodo silencio se adueñó del camarote. Era cierto que él no había podido emular a su gran héroe, pero la misión seguía ahí, y no podíamos quedarnos sin capitán para completarla. Durante un terrible instante pensé que

iba a renunciar y a poner al señor Christian al mando, pero finalmente se incorporó y siguió con un dedo la carta náutica, carraspeó un poco y anunció a nadie en particular:

—Daremos la vuelta. —Lo repitió entonces más alto, como si necesitara oírse a sí mismo para creerlo—: Daremos la vuelta. Viraremos para poner rumbo este, rodear el cabo de Buena Esperanza en el extremo sur de África, y continuar hacia Tasmania, debajo de Nueva Zelanda. De ahí seguiremos hacia el norte hasta Otaheite. Eso añadirá diez mil millas a nuestro viaje, me temo, pero no se me ocurre ninguna alternativa. Si alguien ve otra posibilidad, que hable ahora.

El silencio continuó. A todos nos produjo alivio que la decisión se hubiese tomado, pues ninguno podía imaginar permanecer a merced de esas tempestades mucho tiempo más sin perder la cordura, si no la vida, pero la idea de añadir tantísima distancia a la duración del viaje nos dejó con el corazón en un puño.

—Es la decisión correcta, señor —opinó por fin el señor Fryer para romper el silencio, y el capitán alzó la vista y sonrió un poco; nunca lo había visto tan desanimado.

—Cuando demos la vuelta, señor Fryer, y llegemos a aguas más calmas, quiero que se lave y se seque toda la ropa de los hombres, y que se les den a todos raciones extra. Los dejaremos descansar y los oficiales asumirán las obligaciones extraordinarias que sean necesarias. Yo mismo lo haré, de ser preciso. Reaprovisionaremos el barco cuando llegemos a África.

—Por supuesto —repuso el maestre—. ¿Debo dar la orden al señor Linkletter?

Linkletter era el suboficial de bitácora responsable del gobierno del barco durante ese turno. El capitán asintió con la cabeza y Fryer abandonó el camarote, seguido por los demás oficiales cuando fue obvio que no había más que decir sobre la cuestión.

—¿Y bien, joven Turnstile? —dijo Bligh cuando hubieron salido, volviéndose para mirarme con una media sonrisa—. ¿Qué opinas tú? ¿Te ha decepcionado tu viejo capitán?

—Me siento orgulloso de él, señor —declaré—. Juro que, de haberme visto obligado a permanecer en estas aguas un día más, me habría rendido por completo. La tripulación también le estará agradecido, ya lo sabe. Están al borde de la desesperación.

—Son buenos hombres —respondió él asintiendo—. Han trabajado duro. Aun así, el viaje que nos aguarda no será fácil. ¿Son conscientes de eso?

—Sí, señor.

—¿Y lo eres tú, Turnstile? Aún nos queda mucho camino para llegar a nuestro destino. ¿Estás preparado?

—Sí, señor —repetí, y por primera vez sentí que lo estaba, pues ahora que le veía fin a nuestro viaje, aún estaba más decidido a no pasar por todo ese tormento más tiempo del necesario y a encontrar en cambio un modo de

abandonar la *Bounty*, evitando así el regreso a casa. Sabía bien que mi destino se hallaba en mis propias manos.

Durante los días siguientes a la decisión del capitán Bligh reinó un curioso ambiente a bordo de la *Bounty*. No había un solo marinero al que no aliviara que hubiésemos desistido de rodear el cabo de Hornos, pero la idea de añadir tan enorme distancia al viaje nos sumió a todos en un pesimismo que ni siquiera la oferta del capitán de aumentar las raciones logró disipar del todo. Nos comportamos de forma muy rara esa semana, bailando por las tardes en cubierta con los rostros ceñudos y hastío en los corazones. Aun así, el capitán habría hecho bien en preguntarnos qué queríamos que hiciese, pues era la tripulación misma la que creía que no podríamos seguir nuestra ruta original; de haber contado con el respaldo de aquélla, él se habría pasado años allí enclavado, tratando de doblar el cabo de Hornos.

Me había aficionado a comer en compañía de Thomas Ellison, un muchacho de mi edad al que habían enrolado como marinero de primera. A veces me parecía uno de los tipos más desdichados con que me había topado. Su padre, un oficial de la armada, lo había puesto a bordo por la brava, pese a que el muchacho no tenía aptitudes para el mar o interés alguno en él. Y vaya si no le gustaba quejarse. Que si el sol no calentaba bastante, que si los vientos eran demasiado fríos, que si su litera no era lo bastante dura, que si las mantas pesaban demasiado... Aun así, teníamos la misma edad y pasábamos algunas aceptables horas en mutua compañía, aunque a él le gustaba tratarme con cierta condescendencia debido a su rango de marinero de primera y el mío de simple criado. A mí esa distinción me importaba un cuerno. Si algo tenía mi trabajo es que era más fácil.

—Esperaba estar de vuelta en casa para el verano —me comentó Ellison una tarde mientras comíamos y contemplábamos el mar que había de llevarnos a África. La cara que puso habría agriado la leche—. Mi equipo de críquet sentirá perderme, de eso estoy seguro.

No pude evitar soltar un bufido de sorna. ¡El equipo de críquet, nada menos! A mí me habían criado en las antípodas de semejante escenario.

—Conque críquet, ¿eh? Yo nunca he jugado. Nunca me interesó.

—¿Nunca has jugado al críquet? —exclamó alzando la vista del mejunje que nos había preparado el señor Hall y mirándome como si me creciera una segunda cabeza sobre el hombro izquierdo—. ¿Qué clase de inglés no ha jugado al críquet?

—Óyeme bien, Tommy —repliqué—, los hay que cuentan con ese tipo de formación y los hay que no. Yo soy de los que no.

—Me llamo señor Ellison, Tunante —espetó, rápido como el que más, porque aunque sufriera la humillación de hablar conmigo porque, nadie se relacionara apenas con él, le gustaba recordarme dónde estaba mi sitio, que era algo que yo

advertía tanto a bordo de un barco como en tierra. Los que tienen confianza en sí mismos no precisan recordarte su estatus social superior, y los que no la tienen necesitan restregártelo por las narices veinte veces al día—. Soy un marinero de primera, no lo olvides, y tú sólo un criado.

—Tienes razón, Tommy —respondí inclinando la cabeza—. Señor Ellison, quiero decir. A veces se me olvida la diferencia. Claro, paso tanto tiempo con el capitán y los oficiales, por mi puesto me refiero, mientras que vosotros estáis aquí arriba fregando la cubierta... Se ve que me ofusco y pierdo los papeles.

Me fulminó con la mirada, pero al cabo de un instante sacudió la cabeza y se volvió hacia el mar para exhalar un profundo suspiro, como el que habría soltado de haber sido la actriz principal en una obra subida de tono.

—Por supuesto, no es sólo el críquet lo que echo de menos —comentó, instándome a hacerle más preguntas.

—¿De veras?

—No, no es lo único. Hay otros... placeres en mi ciudad natal que me gustaría volver a visitar.

Asentí en silencio y rebañé el cuenco con el dedo para luego chupármelo, pues no importaba lo mala que fuera la comida en la *Bounty*: sería un tonto quien no se la acabara. No sabía a nada, desde luego. Y rara vez satisfacía el apetito, eso seguro. Pero estaba bien cocinada, era sana y no te daba diarrea, y eso ya era algo.

—Sí, claro —repuse al cabo, pues era uno de esos momentos en que sabía que quería contarme algo, aunque no estaba seguro de querer oírlo. Fuera como fuere, no iba a animarlo haciéndole preguntas que él acabaría respondiendo igualmente.

—Me refiero a placeres más privados —añadió entonces.

—¿Tenéis buenos árboles frutales por allí? —quise saber—. ¿Es la temporada ahora? ¿Cuando la gente sale a recolectar? ¿Fresas, quizá, o grosellas?

Ellison echó un vistazo alrededor y, al comprobar que no había nadie cerca, se inclinó hacia mí con gesto de complicidad. Me eché hacia atrás, pero me agarró del hombro y me atrajo hacia sí; por un instante temí haberlo puesto lascivo.

—Hay una joven dama en particular —me contó—. Una tal señorita Flora-Jane Richardson. Hija de Alfred Richardson, que tiene una tienda de ultramarinos; sin duda habrás oído hablar de él. Es muy conocido en Kent.

—Lo conozco muy bien —contesté, pese a que no había oído ese nombre en mi vida y me importaba un rábano—. No existe un tipo más decente que embuta una salchicha o corte una chuleta de una punta a otra de Inglaterra.

—En eso llevas toda la razón. Es un tipo excelente. Pero su hija, Flora-Jane, y yo tenemos un acuerdo —reveló y soltó una risita como una colegiala, ruborizándose un poco—. Ella esperará mi regreso, y la noche antes de que

partiera hacia Portsmouth, algo que mi padre me impuso, me dio la mano para que se la besara. ¿Y sabes qué? Pues que se la besé.

—Vaya frescura la tuya —comenté, boquiabierto como si acabara de contarme el secreto más asombroso, un detalle del escándalo más salaz que hubiese oído antes hombre o bestia—. ¡Menudo bribón! Conque te llevaste su mano a los labios, ¿eh? Entonces estás prácticamente casado con ella. ¿Habéis pensado ya en nombres para los críos?

Supe de inmediato que mi respuesta no le hizo gracia, pues se echó hacia atrás, se ruborizó aún más y apretó los labios en un gesto de irritación.

—Te estás burlando —declaró, blandiendo un dedo acusador.

—¡Ni por asomo! —exclamé, consternado ante la calumnia.

—Tienes celos, Tunante, eso es todo. Apuesto a que nunca has conocido una buena Flora-Jane Richardson. Es probable que ni siquiera te hayan besado.

Ahora me tocó a mí perder el sentido del humor. La sonrisa se me esfumó de los labios y la risa del corazón mientras abría la boca para contestar, pero me quedé sin palabras y me encontré balbuciendo. Por supuesto, Ellison se burló de mí. Era cierto: nunca había conocido a una Flora-Jane Richardson ni a ninguna joven como ella, la vida no me había conducido por ese camino. No era algo que se me hubiese permitido. El corazón empezó a latirme más rápido y cerré los ojos un instante; las imágenes que había tratado de relegar empezaron a volver a mi mente. Las noches en el establecimiento del señor Lewis. Mis hermanos y yo, alineados contra una pared, listos para prestar servicio, a la espera de la elección. Los caballeros que entraban y nos observaban de arriba abajo, que nos ponían un dedo bajo la barbilla para levantarnos la cara y llamarnos cosas bonitas. No era más que un crío cuando él me acogió; no podía ser culpable, ¿no?

—¿Sabes qué cuentan de Otaheite? —preguntó Ellison entonces, y levanté la vista hacia él, atendiendo apenas a sus palabras.

—¿Qué? —Parpadeé un poco al brillante sol.

—¿Sobre las mujeres de allí? ¿Sabes qué dicen?

Negué con la cabeza. No sabía nada sobre Otaheite y no se me había ocurrido preguntar. Para mí no era más que una tierra al final de nuestro viaje, donde había que recoger los frutos del árbol del pan, y en la que quizá podría huir de mi servidumbre si todavía no había encontrado la libertad.

—Van todas por ahí desnudas como Dios las trajo al mundo —explicó Ellison muy pagado de sí mismo.

—¡Venga ya! —exclamé asombrado.

—Es verdad. Todos los hombres hablan de ello. Ésa es una de las razones de que quisieran llegar allí cuanto antes. Para poseerlas. Verás, es que allí no viven como nosotros. No viven como la gente decente. No tienen una civilización como la de Inglaterra, lo que significa que podemos hacerles lo que queramos y llevarlas a donde queramos. Les encanta, en realidad, precisamente porque

somos gente civilizada. Y piensan que no tienen que avergonzarse de su desnudez; por eso no se tapan.

—Si son damas bonitas, no veo que tengan que hacerlo.

—Y no sólo eso, sino que están bien dispuestas —añadió con una risita, y palabra que me entraron ganas de arrearle un bofetón para que se comportara como un tipo con lo que hay que tener y no como una nena.

—¿Dispuestas? —pregunté, confuso.

—Más que dispuestas —contestó.

Esperé unos instantes, por si añadía algo más, pero no soltó nada.

—¿Dispuestas a qué? —quise saber.

—Ya sabes, dispuestas —repetió, como si repetir esa palabra una y otra vez fuera a explicarlo mejor—. Con quien sea. Con todos nosotros si así lo queremos. Ellas son así. No les importa.

Asentí con un gesto. Ahora sabía a qué se refería, pues precisamente me habían descrito en esos mismos términos muchas veces en mi vida y sabía muy bien hasta qué punto había estado «dispuesto».

—Vaya —contesté—. No me digas.

—Todo lo que sé es que si ellas están dispuestas, yo también —concluyó dando una palmada de puro contento.

—¿Y qué pasa con la señorita Flora-Jane Richardson? —mascullé—. ¿Ya la has olvidado?

—Eso es distinto —contestó, desviando la mirada—. Un hombre ha de tener una esposa, por supuesto; una mujer decente que le dé hijos y cuide de la casa.

—¿Vas a casarte con ella? —pregunté con un bufido—. No eres más que un muchacho.

—Soy mayor que tú —espetó, pues habíamos establecido ya que, pese a tener la misma edad, él cumplía los años tres meses antes que yo—. Y sí, pretendo casarme con la señorita Richardson, pero entretanto, si las damas de Otaheite están dispuestas, también lo estoy yo.

Un sopapo en el hombro me hizo volverme en redondo hacia donde otro de nuestra edad, el perro del señor Heywood, se alzaba ante mí toqueteándose los granos.

—Conque estás aquí, Tunante —dijo—. Mereces unos azotes por tu indolencia. ¿No has oído que te llamaban a gritos?

—No —espeté poniéndome en pie, y casi volví a caerme porque me fallaron las piernas de tenerlas tanto rato cruzadas y con la sangre extraviada—. ¿Quién me busca?

—El capitán —contestó él con un suspiro, como si llevase el peso del mundo sobre los hombros y apenas pudiese mantenernos a todos a flote—. Ha pedido su té, ¿entiendes?

Asentí y me apresuré hacia el camarote, sin apartar de mi mente las

dispuestas mujeres de Otaheite. Y lo diré tal como era: confiaba en que no fuese cierto. Confiaba en que fueran mujeres cristianas y decentes que se dejaran las ballenas puestas y tuviesen las manos quietas, pues no quería formar parte de esa asquerosidad. No había conocido mujer en mi vida y no quería hacerlo. Mi experiencia en cuestiones de naturaleza física había sido oscura y dolorosa, y quería que todo eso quedase atrás, aunque llevaba varios años sin pensar demasiado en ello. En cierto sentido, le estaba agradecido al señor Lewis. Después de todo, me daba de comer. Y me vestía. Y me proporcionaba una cama con una sábana limpia el primero de cada mes. Y, de no haberme recogido él de las calles siendo yo un crío, ¿qué habría sido de mí?

Tuve un hermano una vez, un chico un par de años mayor que yo, que se llamaba Olly Muster, y era uno de los muchachos más populares en el establecimiento del señor Lewis por su nariz respingona y sus labios de fresa que hacían volverse a las mujeres en la calle para guiñarle un ojo. Pues Olly y yo éramos más que simples hermanos en el establecimiento del señor Lewis; éramos más bien como hermanos, si entienden a qué me refiero. Olly ya vivía allí cuando yo llegué, y como el señor Lewis tenía la costumbre de poner a los nuevos en compañía de un chico mayor, acabé por tener la suerte de mi parte, pues fue a Olly a quien se le encomendó la tarea de velar por mí. Casi todos los mayores acosaban a los nuevos, de hecho se esperaba que lo hicieran, pero Olly no era así. Nunca ha vivido en esta tierra un alma más decente que él. Nunca ha respirado el aire un muchacho más amable y generoso, y me batiré contra el hombre que diga lo contrario.

En aquellos primeros tiempos, Olly y yo nos tendíamos juntos en nuestra litera cuando el sol se ponía y él me preguntaba si no tenía familia en algún sitio que pudiese acogirme.

—¿Por qué iba a quererla?—preguntaba yo—. ¿No tengo un hogar aquí?

—Si es que esto puede considerarse hogar —me decía, negando con la cabeza—. Aquí no hay nada para ti, Johnny. Deberías irte mientras puedas. Ojalá lo hubiese hecho yo.

No me gustaba oírlo hablar así, pues temía que llegara la mañana y despertara y no lo encontrase roncando en la cama junto a mí, pero no me atrevía a contradecirlo. Él llevaba allí mucho más tiempo que yo y sabía de qué hablaba. Por entonces yo todavía era inocente; el señor Lewis no me había revelado todavía mi verdadero trabajo. Aún tenía que formar parte de la selección de la velada. Entretanto, como era demasiado pequeño para otra cosa, fui adiestrado por Olly en el arte del carterista, que era el trabajo diurno de los que vivíamos en el establecimiento, y no podría haber tenido mejor maestro, pues habría sido capaz de robar la corona de la cabeza del rey en su coronación y salir de la abadía y volver a Portsmouth con ella en la cocorota antes de que alguien se percatara siquiera.

Pero siempre estaba de punta con el señor Lewis, yo lo sabía, y a medida que los meses pasaban las cosas fueron de mal en peor. Discutían a menudo y a veces el señor Lewis amenazaba con expulsarlo de la casa y, pese a sus bravatas, Olly temía irse y siempre se retractaba cuando se le ofrecía la oportunidad. Había un caballero en particular, un caballero cuyo nombre conocerían ustedes, de modo que no osaré mencionarlo aquí y lo llamaré sólo *sir* Charles. (Y si piensan que lo conocen de los periódicos, en particular cuando se tratan temas de política, les diré que no van errados). *Sir* Charles era un visitante habitual, y cuando llegaba estaba casi siempre ebrio. Entonces llamaba a gritos a Olly, que era su favorito, y el señor Lewis daba instrucciones a mi hermano de seguir a *sir* Charles a la habitación de los caballeros.

Una noche se oyó gran alboroto procedente de esa estancia y la puerta se abrió de par en par. *Sir* Charles salió corriendo hacia nosotros con la cara ensangrentada y los pantalones bajados, de modo que no paraba de tropezar.

—¡Me ha mordido! —chillaba—. ¡El chico me ha arrancado la oreja de un mordisco! ¡Estoy lisiado! ¡Ayúdeme, señor Lewis, estoy lisiado!

El señor Lewis se levantó de un brinco del asiento, muerto de miedo, y se apresuró a asistirlo. Trató de apartarle la mano para inspeccionar el daño, y cuando lo hizo, todos los chicos allí reunidos soltamos un grito de horror, pues donde debería haber estado la oreja había sólo un amasijo ensangrentado. Entonces miramos hacia el pasillo: ahí estaba Olly Muster, de pie y en cueros, con la cara también cubierta de sangre, y escupió la oreja, que rebotó en el suelo para aterrizar en un rincón.

—¡Se acabó! —gritaba con una voz que no era la suya—. Ni una sola vez más, ¿me oye? ¡Ni una sola vez más!

¡Y la que se montó entonces! Tuvieron que llamar a un médico para curar al herido, quien cogió un atizador para matar a palos a Olly. Y así lo habría hecho si el señor Lewis no hubiese estado decidido a que no hubiese muertes en su local, pues eso habría supuesto la ruina de todos. Por supuesto, *sir* Charles no había acudido a la policía, pues eso le habría causado también problemas a él. Pero el señor Lewis se llevó a Olly y nunca más volví a verlo. Siempre que me mandaban a las calles confiaba en encontrarlo, o que él me encontrara a mí, pues si iba a marcharse quizá podría ir con él y seríamos hermanos en algún otro sitio, pero no volví a dar con él, y nadie a quien pregunté pudo ofrecerme ayuda con respecto a su paradero. Las últimas palabras que me dijo antes de irse, llevándome a un rincón, fueron que tenía que huir de ahí, que yo era mejor que todo eso, que debía escapar antes de que se convirtiera en una parte de mí. Pero yo era demasiado pequeño para entenderlo; sólo veía mi cena al final de la jornada y el colchón en que dormía. Una vez hubo desaparecido, sin embargo, me tocó a mí ocupar su lugar. Me avergüenza decir que entonces llegué a conocer mejor a *sir* Charles. Era un hombre de gustos inusuales.

El señor Lewis le dijo que yo estaba bien dispuesto. ¿Y resultaba que habría mujeres igualmente dispuestas en Otaheite? Pues yo no quería tomar parte en ello.

—Es extraordinario, ¿verdad? —oí decir cuando me dirigía al camarote—. El señor Fryer tiene treinta y cinco años y sin embargo ostenta el mismo cargo a bordo de la *Bounty* que usted en el *Resolution* con sólo veintiuno.

—Pero usted ostenta ese cargo ahora, Fletcher —fue la respuesta—. Aunque todavía le gana por un año, ¿no es así?

—En efecto, señor. Tengo veintidós. Me hago viejo.

Llamé a la puerta y los dos hombres se volvieron en redondo.

—Ahí estás, Turnstile, por fin —exclamó el capitán con entusiasmo—. Empezaba a temer que se nos hubiese caído un hombre por la borda.

—Discúlpeme, señor —dije—. Estaba tomando el almuerzo con el señor Ellison y nos hemos embarcado en una conversación sobre...

—Sí, sí —interrumpió, pues qué le importaban los sucesos de mi jornada—. Bien, té para el señor Christian y para mí, si haces el favor. Tenemos mucha sed.

—Sí, señor —respondí, y fui en busca de la tetera y las tazas.

—Veintidós —continuó diciéndole al señor Christian—. Una buena edad. Y, quién sabe, quizá cuando tenga usted la mía, treinta y tres si puede creerlo, será también capitán de un barco, ¿de un barco como la *Bounty*?

El señor Christian sonrió y yo salí del camarote estremeciéndome. ¿Un barco con él de capitán? Pues nos pasaríamos el día quitándonos pelusas del uniforme y peinándonos, y nunca llegaríamos a más de una milla de la costa. La idea era una farsa, pero aun así me proporcionó algo divertido que considerar mientras preparaba el té, quitándome así de la cabeza los recuerdos del establecimiento del señor Lewis, por no mencionar la perspectiva de las dispuestas damas de Otaheite. Dos pájaros de un tiro.

Nadie puede recorrer la vida sin tener una pizca de suerte de cuando en cuando, y que me aspen si mi pizca no llegó cuando arribamos a Bahía Falsa, una ensenada donde la *Bounty* fondeó tras rodear el cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur de África. Durante semanas había esperado la oportunidad de desembarcar y escapar, y finalmente había llegado.

Había estado siguiendo nuestro avance a diario en las cartas del camarote del señor Bligh y sabía que habíamos recorrido a buen ritmo las aguas que nos llevaron de la tormentosa Sudamérica a la soleada Sudáfrica, y hubo mucho alivio y vítores entre los hombres cuando por fin avistamos tierra. Anclamos el barco mientras los señores Christian y Fryer —juntos— bajaban para comprobar si era un entorno amistoso y, a su vuelta, nos informaron que podíamos permanecer allí una semana a fin de reabastecernos y hacer las reparaciones necesarias para el resto del viaje hasta Australia y Otaheite. Trajeron también consigo una invitación del comandante Gordon, al mando del asentamiento holandés en Bahía Falsa, para que el capitán Bligh cenara con él. La noche elegida le preparé su mejor uniforme y me hallaba ocupado en examinar el terreno de la zona en las cartas en la pared cuando él entró a cambiarse.

—Turnstile, ¿qué te pasa, chico? —me preguntó rebosante de buen humor—. ¿No tienes nada mejor que hacer que andar cruzado de brazos? Animate, sé buen chico. Hay un montón de trabajo que hacer en cubierta si no encuentras con qué ocupar tu tiempo aquí abajo.

—Sí, señor, lo siento, señor —respondí, aunque deseaba poder estudiar el mapa un poco más, pues estaba examinando la zona de la bahía en busca de posibles rutas de huida.

—¿Qué andabas mirando ahí, de todos modos?

—¿Dónde, señor?

—Estabas estudiando mis mapas —insistió el capitán, acercándose para observarlos con suspicacia—. ¿Por qué ibas a hacer algo así? Por fin empieza a interesarte la vida náutica, ¿es eso?

Sentí que me ruborizaba y pareció transcurrir un instante, una hora, una vida entera mientras intentaba hallar una respuesta. Al fin acudió a mí un recuerdo de cómo se había iniciado mi relato y lo solté sin importarme que sonara ridículo.

—China —dije—. Estaba buscando China.

—¿China? —repetió el capitán frunciendo el ceño, y me miró como si estuviera borracho y sólo dijera sandeces—. ¿Por qué diantre ibas a buscar China en un mapa de África?

—Es que no sé muy bien dónde está —aduje—. Resulta que he leído dos libros sobre China y han despertado mi interés.

—¿De veras? —preguntó, más dispuesto a creerme ahora, antes de volverse

para examinar el traje recién sacado en busca de arrugas—. ¿Y de qué trataban esos libros tuyos?

—El primero narraba una aventura. Y una serie de tareas, seguidas por un matrimonio. El segundo... —titubeé, recordando que el segundo era un libro subido de tono, con ilustraciones de naturaleza inmoral—. El segundo era más o menos igual. Otra aventura, más o menos.

—Ya veo. ¿Y de dónde sacaste esos libros, si puede saberse? No recuerdo que tengamos muchas lecturas de ocio a bordo.

—Me los dio el señor Lewis —contesté—. El hombre que se ocupaba de mí de pequeño.

—¿El señor Lewis? No recuerdo que lo hayas mencionado antes.

—No lo he hecho —admití—. Nunca me ha preguntado usted de dónde procedía antes de acabar aquí.

El capitán se volvió despacio y se quedó mirándome con los ojos entornados, preguntándose si me estaba mostrando insolente, diría yo, pero no era así. Me estaba limitando a declarar un hecho. Un silencio pendió en el aire entre ambos pero, finalmente, él exhaló un suspiro y se volvió de nuevo hacia su ropa.

—Puedes irte mientras me cambio —dijo—. Me espera lo que promete ser una velada deliciosa, y creo que me la he ganado.

Tal como resultó la cosa, debió de ser una velada más deliciosa aún de lo que imaginaba, pues no volví a verlo hasta el amanecer del día siguiente, cuando me propinó un puntapié que me hizo caer de la litera y me devolvió la conciencia sin pedir permiso siquiera, un destino al que cada vez estaba más acostumbrado.

—Vamos, muchacho —exclamó alegremente, y vayan ustedes a saber cómo se las apañaba para hacer gala de tanta jovialidad a una hora tan intempestiva—. Esta mañana desembarcaremos los dos.

—¿Desembarcar? —repetí abriendo mucho los ojos, pues ahí estaba mi oportunidad de largarme por fin de aquel condenado barco—. ¿Los dos?

—Sí, nosotros dos —espetó, repentinamente irritado (desde luego, tenía cambios de humor)—. Siempre he de repetirte las cosas, Turnstile, ¿por qué? *Sir* Robert va a llevarme a las montañas para enseñarme la excelente flora que adorna esta tierra y permitirá que me lleve algunos esquejes para *sir* Joseph en Londres.

Hice un gesto de asentimiento y recobré la compostura. El capitán ya se alejaba por el pasillo, de modo que sospeché que esa mañana me quedaría sin desayuno; de hecho, me costó alcanzarlo, tan entusiasmado estaba. (Hasta el día de hoy no estoy seguro de haber conocido a un hombre capaz de sobrevivir durmiendo tan poco como el capitán y seguir conservando la cordura). En cubierta, dio instrucciones al señor Christian, que me miró con cierta inquietud.

—Quizá debería acompañarlo yo, capitán —apuntó el muy adulator—. El señor Fryer o el señor Elphinstone pueden ocuparse del barco. ¿Por qué llevarse

a Tunante? No es más que un criado.

—Y un criado muy bueno, además —repuso el capitán, dándome una palmada en la espalda como si fuese su propio hijo—. El señor Turnstile tendrá la tarea de recoger los esquejes para mí en una cesta. Pero le necesito a usted aquí, para controlar que los hombres sigan adelante con las reparaciones. No quiero permanecer en África más tiempo del necesario, pese a que supone, como puede ver, una distracción muy agradable durante un par de días. Ya hemos perdido bastante tiempo, de hecho.

—Muy bien, señor —contestó el señor Christian con un suspiro, y no me atreví a dirigirle la mirada petulante que pugnaba en mi interior, no fuera a pedirme cuentas por ello más adelante. Sabía que habría preferido quedarse un poco más, pues se había difundido ya en el barco el rumor sobre sus devaneos con una muchacha de allí. Yo lo tenía bien calado, desde luego.

Un carruaje nos esperaba al final de la pasarela y, unos minutos después, el capitán y yo recorriamos las calles polvorientas, dejando atrás la sombra del barco.

—Ha mencionado antes a *sir* Joseph, capitán —dije al cabo de un rato, dejando de observar los desconocidos alrededores para mirarlo con curiosidad.

—Sí, en efecto.

—Lo ha mencionado usted muchas veces en nuestro viaje, en realidad. ¿Puedo preguntarle quién es?

Se me quedó mirando y sonrió.

—Mi querido muchacho, ¿nunca has oído hablar de *sir* Joseph Banks?

—No, señor —contesté con un gesto de negación—. Excepto de sus labios, por supuesto.

El capitán pareció sorprendido ante mi inocencia.

—Vaya, pues creía que cualquier muchacho de tu edad había de conocer el nombre de *sir* Joseph y lo idolatraba. Es un gran hombre. Un gran hombre, realmente. Sin él, ninguno de nosotros estaría aquí.

Por un instante creí que lo comparaba con el mismísimo Señor, pero no fueron más que imaginaciones; no dije nada y me limité a mirarlo y aguardar una respuesta.

—*Sir* Joseph es el mejor botánico de Inglaterra —explicó al fin—. ¡Ja! ¿He dicho Inglaterra? Más bien del mundo entero. Un brillante coleccionista de plantas raras y exóticas. Un hombre de gusto y sensibilidad increíbles. Pertenece a numerosos consejos y comités, y asesora al señor Pitt sobre numerosas cuestiones de interés social y ecológico, como hiciera anteriormente para Portland, Shelburne y Rockingham antes que él. Es propietario de grandes invernaderos y recibe tantísima correspondencia de botánicos del mundo entero que se dice que dispone de una docena de secretarios para contestarles a todos. Y por encima de todo, fue suya la idea de que emprendiéramos esta misión.

Asentí, avergonzado por mi ignorancia.

—Ya veo —dije, inclinándome en el asiento—. Imagino que es un personaje famoso, entonces. Capitán, ¿puedo hacerle una pregunta más?

—Sí.

—Esta misión nuestra... ¿en qué consiste exactamente?

Él se me quedó mirando antes de soltar una carcajada y menear la cabeza con divertida incredulidad.

—Mi querido muchacho, ¿cuánto tiempo llevamos ya juntos en la *Bounty*? Cinco meses, ¿no es así? Has estado todos los días en mi camarote, o rondándolo, y has escuchado la conversación de los oficiales y de la tripulación, ¿y pretendes decirme que no sabes en qué consiste nuestra misión? ¿Es posible que seas tan ignorante, o acaso estás interpretando una farsa?

—Discúlpeme, señor —dije arrellanándome de nuevo, abochornado—. No pretendía que se avergonzara de mí.

—No, soy yo quien debería disculparse —me atajó—. En serio, Turnstile, no me estaba burlando de ti. Me refería a que es una cuestión que tiene que haberte pasado por la cabeza muchas veces desde que zarpamos y aun así no la has planteado hasta ahora.

—No me gusta hacer preguntas, señor —expliqué.

—Si no preguntas, nunca sabrás. Nuestra misión, mi querido muchacho, es de crucial importancia. Sabrás sin duda que Inglaterra tiene colonias de esclavos en las Indias Occidentales, ¿verdad?

No sabía nada al respecto, de modo que hice lo único que me pareció sensato en tales circunstancias, que fue asentir con la cabeza.

—Bueno —prosiguió—, pues los esclavos de allí, pese a su naturaleza salvaje, siguen siendo hombres y como tales es preciso alimentarlos. Pero el coste que su manutención supone a la Corona... Bueno, no sé las cifras exactas, pero el gasto es considerable. Hace algunos años, cuando el capitán Cook y yo estábamos a bordo del *Resolution*, llevamos a Inglaterra varias muestras de plantas y alimentos que descubrimos en las islas del Pacífico sur, y había entre ellas un artículo en particular que se conoce como el fruto del árbol del pan. Es extraordinario. Tiene forma de... es como la nuez del cacao, pero crece en el suelo. Es una fuente excelente de nutrientes y proteínas, y de producción barata además. Vamos a recoger todos los frutos del pan que podamos procurarnos y los transportaremos hasta las Indias Occidentales, donde serán replantados. Así crecerán más a partir de ellos y permitirán que la Corona se ahorre gastos considerables.

—Además de mantener a los hombres esclavizados —añadió.

—¿Cómo dices?

—Nuestra misión consiste en que resulte más barato que los hombres sigan siendo esclavos.

Se me quedó mirando y titubeó antes de responder.

—Eso que dices... Turnstile, no te sigo. ¿Crees que no deberíamos alimentar a los hombres?

—No me refiero a eso, señor —repliqué con un ademán de negativa. No era capaz de seguir mi línea de pensamiento; era demasiado educado y de una clase social demasiado alta para que le inspiraran algún respeto los derechos de los hombres—. Me alegro de saberlo por fin, eso es todo. Nuestro gran camarote no tardará en verse lleno de esos frutos del pan, imagino.

—En cuanto consigamos llegar allí y recogerlos, sí. Estamos embarcados en una aventura de gran mérito, Turnstile —reveló entonces blandiendo un dedo ante mí como si fuese un niño de pecho—. Algún día, cuando seas un hombre viejo, mirarás atrás y les contarás a tus nietos lo que has vivido. Quizá sus propios esclavos se alimentarán entonces del fruto del pan, y sentirás un enorme orgullo ante nuestros logros.

Asentí, pero no tuve la seguridad de que eso fuera a ocurrir. Seguimos nuestro trayecto en silencio durante un rato y miré por la ventanilla del carruaje, contento de poder posar la vista en otra cosa que no fuera en las interminables aguas azules del océano. Sin embargo, me decepcionó comprobar que el terreno era verde y montañoso, y parecía ofrecer bien pocos caminos o pueblos a los que poder escapar.

Nos detuvimos en el centro de una aldea y la presencia de nuestro carruaje, junto a la de otro de similar esplendor, pareció fuera de lugar, pero justo entonces emergió un hombre de una taberna, que se dirigió a nosotros con los brazos extendidos y una cordial sonrisa.

—William —exclamó con voz enérgica—. Cuánto me alegra que haya podido venir.

—*Sir Robert* —respondió el capitán al tiempo que se apeaba para estrecharle la mano—. No me lo habría perdido por nada del mundo. He traído conmigo a mi criado para llevar los esquejes, confío en que le parezca bien.

Sir Robert esbozó una mueca en tanto me miraba de arriba abajo, y por fin negó con la cabeza como si no me aprobara en absoluto.

—Si no le importa, William —dijo inclinándose hacia él—, mi propio criado nos acompañará para eso. Hay ciertos asuntos de Estado de naturaleza urgente que deseo discutir con usted, y sería inapropiado que lo hiciese delante de extraños. Diría que el chico es digno de confianza, pero...

—Por supuesto, por supuesto —contestó el capitán Bligh, quitándome las cestas de las manos para dejarlas de nuevo en el carruaje; otro tipo, mayor que yo y de aspecto mucho más serio, salió con unas cestas de la taberna y esperó a escasa distancia—. Turnstile, puedes regresar al barco.

Miré alrededor, decepcionado, pues había previsto una larga caminata y la oportunidad de ver el terreno y planear mi huida. Mi rostro debió de reflejarlo,

porque *sir* Robert me miró y me dio una palmada en la espalda.

—El pobre chico lleva muchos meses en ese barco —comentó—. Tal vez podría esperar en la taberna, donde le servirán un almuerzo, y podrán así volver juntos más tarde.

El capitán lo consideró un instante y entonces, para mi alegría, asintió con un gesto.

—Desde luego —aceptó—. Una buena solución. Pero empecemos ya, *sir* Robert. Estoy ansioso por ver toda la vida vegetal que pueda. Como sabe, *sir* Joseph espera...

Su voz se fue apagando al tiempo que los dos hombres se alejaban. Me volví para mirar a varios criados de *sir* Robert, que me hicieron inclinaciones y señas de que entrara para resguardarme del sol.

—No hace falta que parezcas tan abatido —me dijo uno—. Créeme, estarás mejor aquí sentado que subiendo y bajando laderas toda la tarde.

—No dirías eso si llevaras metido en un barco los últimos cinco meses —repliqué, pero la rápida aparición de la comida me hizo cambiar de opinión, puesto que mi plato contenía carne, patatas y verduras recién cocinadas, un festín que no había esperado o visto desde antes de Navidad.

Comí con rapidez y voracidad mientras varios miembros del séquito de *sir* Robert me hablaban, tratando de averiguar cuanto podían sobre nuestro navío. El asentamiento holandés de Bahía Falsa se remontaba a varias décadas, y resultó que la mayoría de la gente que trabajaba allí tenía tantas ganas de regresar a Holanda como yo de escapar de la *Bounty*. Pero ¿me dejarían solo? Por lo visto no. Por fin conseguí llevarlos al tema de la geografía y averigüé que la población importante más cercana era Ciudad del Cabo, por lo que resolví llegarme hasta ella. A última hora de la tarde, cuando se hubo servido el alcohol, conseguí por fin escabullirme de la taberna y hallarme a solas.

El sol se había puesto y la verdad es que me sorprendió que el capitán y *sir* Robert no hubiesen regresado aún, pero debido a la oscuridad me resultó más difícil encontrar el camino. No había letreros en ningún sitio y de Ciudad del Cabo sólo sabía la dirección general en que se hallaba, hacia el noroeste. Resolví buscar algún sitio donde ocultarme durante la noche para orientarme por la mañana, con el sol naciente. No llevaba ni diez minutos en camino cuando empecé a oír ruidos.

A bordo de un barco, todo es calma o bien ruido. O surcamos aguas tranquilas en que los hombres guardan silencio, miran al frente y mantienen el barco en paz, o bien aguas revueltas en que todos gritan y arman alboroto. En el establecimiento del señor Lewis siempre reinaba el alboroto: de mis hermanos, de las calles, de los caballeros en su ebriedad. Pero ahí, en ese extraño lugar, rodeado sólo por montañas y colinas, me pareció captar vida animal dispuesta a

atacarme y reclamarme como su merecida cena. Entonces oí pasos. Y voces. Sabía que los criminales se ocultaban con frecuencia en sitios como ése, pero me convencí de que tales rumores no eran más que trucos de mi imaginación, hasta que poco a poco se fueron haciendo cada vez más audibles y comprendí que varios hombres se acercaban en mi dirección. Titubeé, miré a derecha e izquierda en la oscuridad, y estaba a punto de echar a correr en dirección opuesta cuando una mano me agarró con fuerza el hombro. Di un respingo y grité de miedo.

—Turnstile —bramó la voz—. ¿Qué diantre estás haciendo aquí?

Mis ojos se acostumbraron a la penumbra y mis oídos reconocieron la voz.

—Capitán —dije—. Me he perdido.

—¿Perdido? —intervino *sir* Robert—. Si estás a un buen cuarto de hora de la taberna. ¿Qué te ha traído hasta aquí a estas horas de la noche?

El señor Bligh me miraba sorprendido, e improvisé.

—He salido para hacer mis necesidades, señor. Y me he alejado demasiado de la taberna. Al acabar, no he conseguido encontrar el camino de regreso. He acabado aquí.

—Pues menos mal que te hemos encontrado —repuso *sir* Robert riendo—. Podrías haber vagado perdido toda la noche. Seguramente habrías acabado en Ciudad del Cabo, pues vas exactamente en esa dirección.

—¿No hay servicios en la taberna? —preguntó el capitán, suspicaz.

—Desde luego, señor —contesté—. Sólo que no se me ha ocurrido utilizarlos, ya que sólo soy un criado. He pensado que estarían reservados para la gente de alcurnia.

Asintió con la cabeza y me ordenó que los siguiera, y eso hice, enfadado conmigo mismo por haber dejado que mi primera oportunidad de escapar se arruinara. El criado de *sir* Robert iba cargado con cestas de esquejes, raíces y plantones, y cuando llegamos al carruaje las dispuso con cuidado en el suelo, entre nosotros.

—Confío en no haberme excedido —musitó el capitán Bligh cuando partimos de regreso—. Pero juro que podría haberme llevado diez veces más, tantas cosas interesantes había. Le daré todo esto al señor Nelson cuando estemos a bordo y me ocuparé de que lo cuide bien. *Sir* Joseph quedará encantado.

—Sí, señor —contesté, mirando al frente. El agua apareció de pronto, como salida de la nada, y sobre ella vi flamear nuestras altas velas al impulso de la brisa.

—Turnstile —dijo el capitán cuando nos acercábamos—. Antes, cuando te hemos encontrado, te habías perdido, ¿no es así?

—Por supuesto —aseguré, incapaz no obstante de mirarlo a los ojos—. Eso le he dicho, ¿no? No encontraba el camino de vuelta.

—Lo digo sólo porque en la Armada de Su Majestad se castiga con dureza a

los desertores. Sólo para que lo recuerdes.

Guardé silencio y me limité a mirar hacia la *Bounty*, el lugar donde había vivido durante los últimos cinco meses y que, para mi sorpresa, no me desagradó volver a ver. Era una suerte de hogar.

Tuvo lugar un incidente más antes de que nuestro barco zarpara de Sudáfrica y continuara con su alegre rumbo, y dejó una especie de nube oscura detrás de nosotros al partir.

La *Bounty* había sufrido grandes dificultades e inclemencias del tiempo desde que zarpamos de Inglaterra antes de Navidad, y el supuesto descanso de que debía disfrutar la tripulación en Bahía Falsa se vio mermado por el trabajo, casi tanto como el que había soportado durante los tormentosos días pasados en el mar. El capitán y demás mandos, por su parte, disfrutaban de la hospitalidad de *sir* Robert y los oficiales del asentamiento holandés, y como solía incluir las cenas, mis propias veladas no eran tan ajetreadas como antes. En realidad el único día que me vi dedicado a mis obligaciones habituales fue el último antes de zarpar, cuando *sir* Robert invitó a todos los oficiales a un baile en su casa y me vi forzado a asegurarme de que los uniformes de todos estuviesen limpios y almidonados para las distracciones de la velada. Y dio gusto ver al elegante grupo que salió aquella noche, limpio y reluciente, todos listos para encontrarse con las damas, el cabello peinado con pomada y la piel lavada con colonia. Sólo el pobre señor Elphinstone quedó atrás para vigilar el barco y no le hizo ni pizca de gracia, pero si nosotros no podíamos disfrutar de la fiesta, por qué iba a hacerlo él, así que no se ganó la compasión de ninguno.

A últimas horas de la tarde siguiente me hallaba en cubierta ayudando a pulir la carpintería con Edward Young, un guardiamarina a quien se le había permitido bajar a tierra cada mañana a causa de su fervor religioso. Yo no permití que ese hecho influyera negativamente en mi opinión sobre él; religión aparte, era un hombre perfectamente razonable y agradable.

—Lamentarás dejar atrás la iglesia —dije, pues una vez hubiésemos zarpado no le quedaría otro recurso que musitar sus palabras a Nuestro Señor desde la estratégica posición de su litera—. Pero vaya suerte has tenido con lo de poder bajar del barco todas las mañanas, ¿eh?

—El capitán fue generoso al permitirlo, sí —convino—. Y se lo agradezco. Deberías haberme acompañado, Tunante. Me parece que no te vendría mal un poco más de Biblia.

Estaba a punto de responder de una forma que tal vez no le habría gustado cuando qué vi sino el carruaje del mismísimo *sir* Robert recorriendo en estampida el sendero que llevaba al barco.

—He ahí otro al que no le vendría mal el Señor —comentó Young indicando el carruaje con la cabeza—. Imagino que viene a invitarlos a todos a disfrutar de más frivolidades en su guarida. Baile, bebida y conducta carnal que acabarán por condenar sus almas.

—No sabía que se esperara su visita —comenté, dejando la brocha y alzando

la vista al cielo para calcular la hora, disciplina en que era cada vez más experto con el paso de los meses—. El capitán no ha mencionado nada al respecto.

Sir Robert se apeó del carruaje y permaneció de pie unos instantes, mirando la *Bounty* con expresión iracunda, antes de recorrer la pasarela, en cuyo extremo lo recibió el señor Elphinstone. Advertí que Heywood, el muy perro, se alejaba rápidamente para no ser visto, pero en ese momento no concedí importancia a ese detalle y pensé tan sólo que era un bruto insociable, dispuesto a disfrutar de la hospitalidad de un hombre una velada y luego volverle la cara al día siguiente.

—Buenas tardes, sir Robert —saludó Elphinstone, actuando como si fuera el maestro del barco y no uno de los oficiales más jóvenes—. Estoy encantado de verle. Me proporciona la oportunidad de agradecerle...

—Quítese de mi camino, señor —espetó sir Robert, apartándolo con la palma de la mano para seguir adelante y mirar de un lado a otro de la cubierta con ojos fieros, hasta que me vio a mí al fondo y, al recordarme de cuando nos habían presentado unos días antes, se acercó a paso tan vivo que retrocedí un poco, temiendo que fuese a pegarme. En mi mente se agolparon las posibilidades de qué podía haber hecho y o para ofenderlo, pero, por más que lo intenté, no se me ocurrió ninguna.

—Tú —dijo señalándome con su grueso dedo—. Te conozco, chico, ¿no es así?

—Soy John Jacob Turnstile, señor —contesté—. El paje de escoba del capitán.

—Me importa un cuerno cómo te llames. ¿Dónde está tu señor?

Tenía el rostro escarlata de ira apenas contenida y por un momento temí decirselo, no fuera a acabar de forma violenta la entrevista. Lo había visto casi todos los días desde que estábamos en Bahía Falsa, pero nunca en semejante estado.

—In... informaré al capitán Bligh de que desea hablar con él —dije, alejándome hacia las escaleras—. Si quiere puede esperar en cubierta y tomar el aire un momento.

—Gracias, te seguiré si no te importa —espetó, colocándose a tan poca distancia de mí que, de haberme detenido en seco, habríamos chocado y yo me habría llevado la peor parte, pues era un hombre robusto, gordo para ser poco caritativo. Habría aterrizado en cubierta convertido en puré de Tunante.

—Este de aquí es nuestro gran camarote —expliqué cuando lo atravesamos, pues aunque el tipo estaba al borde del colapso, me resultaba gracioso fingir que no me daba cuenta, teniendo en cuenta que ni siquiera había mostrado un educado interés por mi nombre—. Como ve, tenemos centenares de macetas aquí para los frutos del árbol del pan que recogeremos en Otaheite, pero por el momento están simplemente aquí en medio del paso. Excepto, por supuesto, las plantas que el capitán se trajo consigo de su expedición botánica con usted. Se

hallan ahora al cuidado del señor Nelson, que es quien...

—Chico, voy a decírtelo sólo esta vez y no volveré a repetírtelo —declaró entonces en tono sombrío y alterado a mi espalda—. Cierra la boca y manténla cerrada. No quiero oír tus paparruchadas.

Obedecí, pues se me ocurrió entonces que quizá aquello no era ninguna farsa y *sir* Robert se hallaba allí con una misión más seria de lo que pensaba; de qué podía tratarse, no me atrevía a imaginarlo. No dije nada más durante el resto del breve trayecto, excepto que el camarote del capitán quedaba un poco más allá.

Cuando llegamos, la puerta estaba cerrada, algo muy poco frecuente. El capitán Bligh casi nunca se recluía en su camarote, pues prefería que los hombres tuviesen la sensación de que podían recurrir a él para cuestiones de importancia a cualquier hora del día o la noche. Incluso de madrugada la dejaba entornada, lo cual era gran motivo de queja para mí puesto que roncaba mucho; desde mi litera en el exterior de su camarote oía cada inspiración y espiración, impidiéndome dormir, y con frecuencia deseaba agarrar una almohada y ahogarlo a él, o a los dos.

—Si hace el favor de esperar aquí un momento, señor —le rogué, volviéndome—, le haré saber que está usted aquí.

Sir Robert asintió con un gesto y yo llamé un par de veces a la puerta. No hubo respuesta, de modo que volví a llamar. En esta ocasión el capitán soltó un «adelante», así que accioné el picaporte y entré. El señor Bligh estaba sentado con el oficial Fryer, conversando, y ambos me miraron con irritación cuando entré.

—Sí, Turnstile, ¿qué ocurre? —quiso saber el capitán con gran impaciencia.

Advertí que se lo veía ruborizado y enfadado, y que Fryer estaba un poco pálido pero hacía gala de cierto aire de determinación.

—Lamento molestarle, su señoría —dije, esmerándome al máximo—. Es sólo que tiene un visitante que desea unos instantes de su tiempo.

—Di a los hombres que ahora no puedo concederles ni un instante —replicó a toda prisa, despachándome—. Los señores Christian y Elphinstone están en cubierta. Que ellos se ocupen de cualquier tontería que...

—No es nadie de la tripulación, señor —lo interrumpí—. Es *sir* Robert, del asentamiento.

El capitán abrió la boca un instante y luego volvió a cerrarla, volviéndose hacia el señor Fryer, que enarcó una ceja como si no le sorprendiera en lo más mínimo la identidad del visitante.

—¿*Sir* Robert está aquí? —preguntó el capitán en algo parecido a un susurro.

—De pie ante su puerta —declaré—. ¿Le pido que espere?

—Sí —contestó de inmediato el capitán, acariciándose el bigote antes de mirar al señor Fryer y cambiar de opinión—. No, no puedo hacer eso, ¿verdad? No puedo pedirle a un hombre como él que espere. ¡Sería el colmo de la grosería

y la desconsideración! Será mejor que lo haga pasar. Señor Fryer, ¿se quedará usted?

—No sé si debería, capitán —adujo—. ¿No preferiría que...?

—Por el amor de Dios, señor, quédese y muestre un poco de solidaridad por una vez —siseó en voz baja el capitán—. Hazlo pasar, Turnstile. ¡No, aguarda! Dime, ¿de qué humor está?

Me quedé mirándolo, sorprendido por la pregunta.

—¿Disculpe, señor?

—Su humor, muchacho, su humor —repetió con irritación—. ¿Se le ve contento o...?

—Enojado, señor —respondí—. La verdad sea dicha, diría que parece un poco enojado.

—De acuerdo —contestó, y se puso en pie exhalando un profundo suspiro—. Entonces más vale que no le hagamos esperar más. Hazlo pasar.

Asentí y abrí la puerta, y ahí estaba *sir* Robert, caminando de aquí para allá por el pasillo con las manos asidas a la espalda y el rostro como una nube de tormenta dispuesta a descargar sobre nosotros.

—*Sir* Robert —dije—. El capitán lo recibirá ahora.

Apenas reconoció mi presencia, el muy grosero, sino que pasó por delante de mí derecho al camarote. Pero cualquier aventura supone un respiro en el aburrimiento de la jornada, y tratándose de semejante novedad, lo seguí al interior.

—*Sir* Robert —saludó el capitán dando un paso al frente con la mano tendida, actuando como si fuese un gran honor recibirlo y sin mostrar el nerviosismo de un instante antes—. Qué placer volver a verlo. Me... —se interrumpió al verme de pie en el rincón y me dirigió una mirada furibunda—. Eso es todo, Turnstile.

—Pensaba que tal vez querrían una taza de té, señor —dije—. O quizá a *sir* Robert le apetezca un coñac —añadí, pues al tipo se lo veía de lo más contrariado.

El capitán titubeó y aguzó la mirada antes de volverla hacia su invitado.

—¿Un coñac, *sir* Robert?

—Yo no sé cómo son los hombres de mar, pero por mi parte nunca bebo antes de almorzar, señor —replicó él con acritud—. Si requiero sin embargo toda su atención para lo que he de decirle.

—Gracias, Turnstile, puedes dejarnos —insistió el capitán, y no tuve más remedio que salir. No obstante, en esa ocasión no cerré del todo la puerta y, tras comprobar que no rondaba nadie por los alrededores, apoyé la oreja contra la madera y fue como si estuviera dentro, máxime al volumen con que hablaba *sir* Robert.

—Diría que ya sabe usted el motivo de mi visita, señor —declaró.

—No, no lo sé —rebatí el capitán—. Aunque por supuesto estoy encantado

de verlo. Y aprovecho la oportunidad para agradecerles a usted y su esposa el delicioso baile de anoche. Disfruté muchísimo, al igual que mis oficiales, que...

—Sí, sus oficiales, señor —espetó entonces *sir* Robert, tan agresivo como antes—. ¡Sus oficiales, desde luego, señor! Precisamente de esos oficiales vengo a hablarle, los mismos que disfrutaron de la hospitalidad de mi hogar, degustaron mi comida y bebieron mi vino. Y de un oficial en particular.

—¿De veras? —preguntó el capitán, no tan aplomado como antes—. Confío en que todos se comportaran como caballeros.

—La mayoría, sí. Pero estoy aquí para poner en su conocimiento que uno de ellos se comportó como lo habría hecho un perro rabioso en celo. He venido a exigir satisfacción de usted, porque le juro que de tener yo un perro como ése en mi casa, sacaría mi pistola y lo mataría de un tiro, y nadie pensaría mal de mí por haberlo hecho.

Se hizo un largo silencio y luego oí algunos murmullos, palabras que no conseguí entender; pero después las voces volvieron a subir de tono: era *sir* Robert quien hablaba.

—... En mi casa y se encontraron con mi familia y todas las damas y los caballeros de un asentamiento en el que, se lo prometo, señor, hemos trabajado largo y tendido para establecer hogares en una segura y decente forma de vida cristiana. Y ese supuesto oficial se atreve a insultar a una dama. No sé si es ésa la costumbre de los oficiales ingleses...

—Le aseguro que no lo es, señor —intervino el capitán levantando la voz a su vez, pues, por poco dispuesto que estuviese a verse insultado en su propio barco, nunca habría dejado pasar sin respuesta un desaire a los oficiales de la Armada de Su Majestad—. No hay un solo hombre a bordo de este barco que no sienta el mayor respeto hacia usted, señor, y hacia el asentamiento que han establecido ustedes aquí en Sudáfrica. Les corresponde hacerlo, señor —añadió con fiereza—. Les corresponde tenerle respeto.

—¡No me venga con qué corresponde y qué no! —exclamó *sir* Robert—. ¿Respeto, dice? Si me tienen tanto respeto, quizá podrá explicarme cómo es posible que un perro tan miserable hiciera una proposición tan vil a una dama. Posiblemente sea así como se dirijan a sus rameras en Inglaterra, a sus furcias y mujercuelas, a sus fulanas y golfas, pero la señorita Wilton es una dama cristiana decente e íntegra, una muchacha buena y respetable, y desde que su padre murió me he tomado un interés particular en su bienestar, de modo que un insulto contra ella es como un guante contra mi propia mejilla y un agravio por el que exijo satisfacción. De haber sospechado siquiera que un oficial de este barco iba a comportarse de forma tan ruin, jamás les habría invitado a ninguno de ustedes a largarse con nosotros, ni les habría ofrecido la asistencia que han requerido a lo largo de esta última semana. ¡Les habría hecho zarpar con viento fresco, se lo aseguro!

—Y por esa misma hospitalidad, señor, le estoy profundamente agradecido —aseguró el capitán Bligh—. Profundamente agradecido. —Titubeó antes de decir más y supe que tanto *sir* Robert como el señor Fryer lo miraban, aguardando su juicio. Por fin añadió—: Se trata de una acusación grave. Y aunque defenderé a cualquiera de mis hombres hasta el final a menos que tenga motivos para hacer lo contrario, me siento avergonzado de que haya tenido usted que venir a bordo a formular semejante acusación contra uno de los míos. Le agradezco todo lo que ha hecho por nosotros y, si la acepta, le ofrezco mi palabra de caballero y de oficial del rey Jorge de que transmitiré la acusación al oficial en cuestión y obraré en consecuencia. No habrá encubrimiento alguno con esto, se lo aseguro. Resulta que me tomo la cortesía y la decencia muy en serio, y aún me tomo más en serio que se muestre a las damas el debido respeto. Mi propia querida esposa, Betsey, podría atestiguarlo. Me disculpo en nombre del oficial, señor, y le prometo que se hará justicia.

Volvió a reinar el silencio en tanto *sir* Robert consideraba lo dicho. Era una buena respuesta por parte del capitán y había bien poco que añadir. Yo seguía plantado ante la puerta, desesperado por saber en qué consistía la acusación y, más importante incluso, contra quién iba dirigida, pero el ajeteo del señor Hall en la cercana cocina me obligó a apartarme, no fuera a pillarme escuchando a hurtadillas y me diera un mamporro que me dejaría oyendo campanas el resto del día. Rondé por el pasillo, sin embargo, confiando en que el cocinero volviera a lo que estuviera haciendo antes para poder pegar la oreja otra vez en la puerta. Sin embargo, apenas unos instantes después, el capitán Bligh y *sir* Robert salieron del camarote, y el primero me miró un momento con expresión de irritación.

—¿Zarpan ustedes en menos de una hora? —preguntó *sir* Robert, a quien no se veía ahora tan ruborizado como al irrumpir a bordo; al parecer lo había aplacado lo que fuera que se hubiese acordado.

—En efecto, señor —asintió el capitán—. Tenemos un largo viaje por delante todavía, para rodear Australia y de ahí hasta Otaheite. Un par de meses más, diría yo.

—Entonces les deseo buena travesía y que Dios los acompañe —dijo *sir* Robert tendiéndole la mano—. Sólo lamento que nuestra relación haya tenido que acabar de forma tan decepcionante.

—También lo lamento yo, *sir* Robert, pero por favor tenga la seguridad de que daré los pasos necesarios para reparar nuestro prestigio a sus ojos, y le escribiré cuando esté satisfecho con el resultado de mis investigaciones —declaró. *Sir* Robert asintió con la cabeza y el capitán se volvió para mirarme—. Turnstile —dijo con un dejo de sarcasmo—, ya que estás tan fortuita e inesperadamente cerca, quizá querrás acompañar a nuestro invitado de vuelta a cubierta.

—Por supuesto, señor —contesté, esquivando su mirada.

—Y señor Fryer, vaya usted en busca de Heywood y Christian, si me hace el favor.

—Sí, señor —contestó él.

Unos minutos después, estaba de vuelta abajo tras haber escoltado en silencio a *sir* Robert hasta cubierta. Esa vez el capitán había olvidado cerrar del todo la puerta de su camarote, lo que me permitió oír mejor el interrogatorio que tenía lugar en el interior. Por suerte para mí, no me había perdido gran cosa, pues el capitán no quería ni oír lo que fuese que dijera el señor Christian.

—No es eso lo que he pedido que discutamos aquí —replicó el capitán con acritud—. Y sólo le he pedido que se uniera a Heywood porque estaba usted presente en el baile con él y conoce su personalidad mejor que cualquier otro a bordo.

—Señor —intervino el perro—, no sé de qué lo habrán informado, pero...

—Y usted, señor —bramó el capitán con una estridencia que no le había oído antes, ni siquiera durante una de sus discusiones con el señor Fryer, ni después de los latigazos a Matthew Quintal—. Usted mantendrá esa boca suya firmemente cerrada hasta que yo me dirija a usted y le haga una pregunta que exija una respuesta. Me ha acarreado usted la deshonra, señor, y a este barco y a la Armada de Su Majestad, ¿ha comprendido? ¿Está al corriente de lo que se dice sobre todos nosotros en el asentamiento de *sir* Robert? Así pues, mantenga la boca cerrada hasta que lo invite a hacer lo contrario o juro por Dios que yo mismo empuñaré el látigo contra usted, ¿entendido?

Silencio. Y luego un «sí, señor» musitado con una vocecita que ya sonaba quebrada.

Guardaron silencio unos instantes y oí al capitán pasearse de un lado a otro del camarote.

—Señor Christian —dijo al fin con voz más calmada pero sin embargo plena de ansiedad—. Dígame una cosa. ¿Estuvo usted en compañía de Heywood durante la mayor parte de la velada?

—Durante gran parte —confirmó él—, pero no en su totalidad.

—¿Y le resulta familiar el nombre de esa tal señorita Wilton? Confieso que no recuerdo haberla conocido personalmente.

—Sí, señor. Me la presentaron en el transcurso de la velada.

—Y usted, joven —prosiguió el señor Bligh—, ¿es consciente de qué se le acusa? —preguntó. No hubo respuesta—. Puede hablar —ladró el capitán.

—No, señor, la verdad es que no. Estaba en cubierta, ocupándome de mis asuntos, trabajando con los hombres, cuando ha venido el señor Fryer a decirme que requería usted mi presencia, y no sé qué se supone que he hecho, lo juro.

—¡Ja! —se mofó el capitán—. ¿Pretende decirme que ignora por completo el cargo de que lo acusa *sir* Robert?

—Sí, señor.

—Entonces es usted un inocente y es objeto de una tremenda calumnia, o es culpable de mentirle descaradamente a su oficial al mando, además. ¿Qué va a ser, señor?

—Soy inocente, señor.

—¿Inocente de qué?

—De lo que sea que se me acuse, señor.

—Bueno, he ahí una respuesta comodín —comentó con enojo el capitán—. Y usted, señor Christian, ¿ignora asimismo la acusación?

—Confieso, señor —respondió el señor Christian sin alterarse en lo más mínimo—, que no tengo conocimiento de cuál es la acusación de que *sir* Robert ha hecho objeto al señor Heywood. Tenía la impresión de que todos habíamos pasado una velada de lo más agradable.

—Yo también, señor, ¡yo también! —espetó el capitán—. Pero ahora he sido informado de que el señor Heywood aquí presente, tras haberle sido concedido el honor de varios bailes con la tal señorita Wilton, una protegida de *sir* Robert debo añadir...

—Sí que bailé con ella —se apresuró a puntualizar Heywood—. Eso lo confieso. Bailé dos valsos y una polca, pero me pareció aceptable hacerlo así.

—Dos valsos y una polca, ajá —dijo el capitán—. ¿Y por qué, debería añadir, le pareció correcto prestarle tanta atención a la damisela?

—Bueno, señor —contestó el joven tras un breve titubeo—. No puedo fingir que no fuera bonita. Y buena bailarina, además. Me pareció que disfrutaba con mis atenciones.

—¿De veras se lo pareció? Y cuando esos bailes acabaron, ¿qué hizo usted?

—Señor, le di humildemente las gracias por la amabilidad que me había dispensado y regresé junto al señor Christian.

—¿Es eso cierto?

—Señor, la noche fue larga —repuso el interpelado—. Y todos estábamos bailando y conversando con los demás invitados. No recuerdo ese momento preciso, pues no tendría motivo para fijarme en él, pero puesto que hablé con el señor Heywood en multitud de ocasiones, y como sé que es un caballero, estoy seguro de que ha de ser cierto.

—Bueno, pues entonces nos enfrentamos a una divergencia de opiniones, señor —declaró el capitán con acritud—. Una gravísima divergencia de opiniones. Pues la señorita Wilton asegura que usted la invitó a dar un paseo por el jardín para tomar el fresco y que, mientras caminaban, le hizo usted la más lasciva e impropia sugerencia.

—¡Jamás, señor! —exclamó Heywood, y confieso que pareció tan herido por la acusación que yo mismo casi le creí.

—¿Conque jamás, dice? Así pues, ¿sostiene usted que no invitó a la señorita

Wilton a dar un paseo?

—¡No lo hice, señor!

—Y mientras paseaban, ¿no le cogió la mano y la empujó contra un árbol con intención de besarla?

—Señor, yo... he de protestar —repuso el joven—. He de protestar en los términos más energicos. No hice nada parecido. Es una mentira.

—Una mentira. ¿Ah, sí? Ella afirma algo distinto. Asegura que usted la maltrató e intentó aprovecharse de ella, sólo que ella es más alta y más fuerte y logró rechazarlo, pero teme que pueda haberla usted comprometido para siempre y arruinado su reputación. Además, antes de que *sir* Robert llegase a cubierta, he sabido por una fuente fiable que estaba usted bebido, señor, y que contó una deshonrosa historia relativa a las aventuras de una fallecida emperatriz rusa y su caballo de batalla.

Hey wood permaneció callado unos instantes, pero cuando habló, su voz sonó más grave que nunca.

—Capitán Bligh —dijo—. Tiene mi palabra de caballero, tiene mi palabra de oficial del rey Jorge, que Dios bendiga su nombre, y tiene mi palabra de cristiano, y de cristiano inglés además, de que esos sucesos no tuvieron lugar. Al menos yo no los protagonicé. Si la señorita Wilton se encontró en una posición desdichada con algún caballero en el baile y ahora lo lamenta, debería pensárselo dos veces antes de involucrarme a mí en su traviesa aventura porque no fui yo, señor. No fui yo, señor, lo juro.

Siguió un largo silencio, y cuando el capitán habló por fin, no pareció tan enfadado como antes, sino más bien perplejo e irritado por todo aquel lío.

—Fletcher, ¿qué tiene usted que decir a eso? Le confieso que me encuentro totalmente confundido.

—Señor, aquí somos todos hombres, ¿verdad? Las palabras que diga no saldrán de este camarote, ¿no?

—Por supuesto, Fletcher —declaró el capitán, y pareció intrigado—. Puede hablar libremente.

—Entonces, señor, le diré una cosa, y se la diré desde el punto de vista de alguien que no presenció los sucesos a que alude *sir* Robert, de modo que sólo puede referirse a un personaje de los dos involucrados. Conozco al señor Heywood desde su más tierna infancia, y aún he de encontrar a un tipo de mayor criterio. Su familia es gente de alcurnia y de lo más decente, y me cuesta lo mismo creer que se haya propasado con una dama que imaginar al joven Tunante saltando por la borda para bailar sobre las olas.

¡Al joven Tunante, nada menos! Podría haberme dejado fuera de su comparación guasona.

—Y en cuanto a la señorita Wilton —continuó—, confieso que nuestros caminos se cruzaron en varias ocasiones anoche y que me habló de algunas de

sus aficiones, y no estoy convencido de que sea tan pura como pueda creer *sir* Robert. Tengo entendido que es lectora de novelas, señor, algo que difícilmente resulta apropiado. Hacía gala de cierta actitud, eso es todo lo que diré. De cierta actitud experimentada, si me sigue usted, señor, que me llevó a pensar que era una persona de carácter especial.

Bueno, eso daba un nuevo cariz al asunto, sin duda. Yo estaba a favor de que al señor Heywood, el muy perro, lo pasaran por la quilla por haberse tomado ciertas libertades, pero por mucho que me desagradara aquel tipo, ni siquiera yo quería verlo castigado por culpa de la maliciosa mentira de una casquivana.

—Todo esto es muy penoso —dijo por fin el señor Bligh—. Muy penoso, la verdad. La única opción que me queda es aceptar su palabra de caballero, señor Heywood, y no llevar a cabo represalias.

—Me tranquiliza oírlo —repuso éste.

—Pero no voy a olvidar el incidente —añadió el capitán—, pues hay algo que no acabo de entender, mas de momento lo dejaré aquí. Sin embargo, tengo la vista puesta en usted, señor Heywood, ¿me oye? Mis ojos están fijos en usted.

—Muy bien, señor, pero quisiera decir...

No pude oír qué seguía entonces porque el señor Nelson, el botánico, y el señor Brown, su ayudante, volvieron la esquina de camino al gran camarote, y me dieron tal susto que me metí de un salto en el camarote de los oficiales. Decidí quedarme allí hasta que se hubiesen marchado, pero, desafortunadamente, cuando estaba en tan delicada situación, oí abrirse la puerta del camarote del señor Bligh y a los tres hombres salir de él.

—¡Turnstile! —exclamó el capitán, y no pude sino hacer caso omiso, pues no tenía motivo para estar donde estaba y que me descubrieran allí habría sido una deshonra para mí—. ¿Dónde se habrá metido ese chico ahora? —añadió mientras se dirigía a grandes zancadas hacia cubierta, sin duda en mi busca.

Era mi intención esperar a que los dos oficiales salieran también antes de abandonar mi escondite, pero, para mi consternación, el señor Christian agarró al perro y lo empujó hacia su propio camarote, de tal manera que no me quedó más remedio que encogerme en un rincón oscuro donde no pudiesen verme.

—Entra ahí —dijo el de más edad, y cerró la puerta a sus espaldas. Mientras tanto, yo procuré controlar la respiración para no alertarlos de mi presencia—. Estúpido necio —añadió, y qué hizo entonces sino arrear al señor Heywood un par de fuertes bofetones que le hicieron soltar un gemido de dolor y luego echarse a llorar—. No volveré a mentir por ti, ¿me oyes?

—Era una furcia —gimoteó el perro, escupiendo las palabras a través de las lágrimas como un niño castigado—. ¿Por qué iba a querer bailar conmigo todas esas veces si no deseaba conocerme mejor?

—Ninguna dama querría conocerte mejor —espetó el otro—. He mentido para protegerte, pero te juro que no lo repetiré. Si vuelves a meterte en

problemas, responderás tú solo de las acusaciones, ¿me has entendido? — Heywood permaneció en silencio; se limitó a sentarse en una litera y sollozar—. Quizá algún día necesite tu ayuda y entonces espero que me la ofrezcas, ¿entendido?

—Una provocadora, eso es lo que era —lloriqueó, lo cual no era lo que le habían preguntado.

—¿Me has entendido? —repitió el señor Christian.

—Sí —contestó gimoteando.

Y no dijo nada más, sino que se limitó a salir del camarote, y ahí me quedé yo, en el rincón, desesperado por ir al retrete e incapaz de moverme, hasta que el perro recobró al fin la compostura, se enjugó los ojos y salió de la habitación.

Vaya, me dije, pues sí que estaban bien las cosas. El perro era malo, malo hasta la médula. Ahora tenía pruebas de ello.

Y entonces, para mi sorpresa, reinó la paz durante unas semanas.

Nuestro alegre barco nos condujo a través del océano Índico hacia Australia en una travesía en la que el tiempo se mostró clemente. Las velas permanecieron en la jarcia, henchidas por vientos constantes. Los hombres estaban de buen humor, sabedores de que habíamos dejado atrás la parte más severa de nuestro periplo.

El único incidente destacable estuvo relacionado con una conversación personal que mantuve dos noches antes de la llegada prevista a la tierra de Van Diemen, una isla situada ante la punta más meridional de Australia, cuando me hallaba a solas con el capitán Bligh en su camarote, organizando su ropa interior y sus uniformes para cuando llegáramos a nuestro destino. El capitán había estado en general de buen talante y su ira ante la conducta del perro durante la estancia en Sudáfrica se había disipado un tanto, aunque no la había olvidado del todo, en mi opinión.

—Bueno, Turnstile —me dijo el capitán—. No tardaremos mucho en llegar a Otaheite. Me atrevería a decir que te alegrarás de escapar de la *Bounty* durante un tiempo, ¿no?

Lo miré, sorprendido por las palabras que había elegido. Lo que menos imaginaba era la escapada que yo tenía prevista.

—Bueno, señor —contesté—. He de admitir que será una buena cosa plantar los pies en tierra seca otra vez y no sentir el mundo moverse debajo de uno.

—¿De veras se mueve? —preguntó él sin prestar mayor atención—. He pasado tantos años en el mar que ya ni siquiera lo noto. De hecho, me resulta más difícil desenvolverme en tierra firme.

Asentí en silencio y seguí con mi trabajo. El capitán tenía la costumbre de entablar conversación conmigo de vez en cuando, habitualmente cuando no había nada urgente que atender a bordo y con frecuencia, según había advertido, cuando acababa de escribir otra carta a su familia.

—Debo elogiarle —continuó al cabo de un momento—. Has sido un buen criado. Éste ha sido tu primer viaje, ¿no es así?

—En efecto, señor.

—¿No te habías hecho antes a la mar?

—No, señor.

—Entonces, cuéntame —pidió no sin curiosidad—, ¿cómo acabaste embarcando?

Dejé uno de sus uniformes y exhalé un profundo suspiro al alzar la vista hacia él.

—Si quiere saber la verdad, no tuve mucha elección. En Portsmouth se produjo una suerte de malentendido que me condujo hasta el barco.

—¿Un malentendido? —repetió con una leve sonrisa—. ¿Puedo preguntar de qué clase?

—Sí, puede hacerlo —concedí—. Sólo que, para ser honesto con usted, supongo que no fue tanto un malentendido como una interpretación bastante exacta de las evidencias.

—Pero acabas de decir que...

—He mentido, señor —declaré, pues había llegado a la conclusión de que no ganaba nada con ocultar la verdad. Así pues, proseguí—: Me había labrado una reputación como ladronzuelo. Pañuelos, relojes de bolsillo, de vez en cuando un bolso o una cartera si tenía suerte. Y resulta que me pillaron mientras le birlaba un reloj a un caballero francés la mañana en que debía zarpar la *Bounty* y, por decirlo sin rodeos, me dieron a elegir entre ir a la cárcel un año o hacerme a la mar.

El capitán asintió y sonrió.

—He de concederte que tu elección fue sensata. ¿No estás de acuerdo?

—Sí —contesté encogiéndome de hombros—. Vista la alternativa, lo fue.

No dijimos más durante unos instantes. Consideraba que el capitán se había formado una buena opinión de mí durante el viaje, y desde luego yo de él, pues era un hombre justo y decente que trataba por igual a toda su dotación, y procuraba tanto mantenernos sanos y bien alimentados como completar nuestra misión lo antes posible. Pero advertí que me miraba mientras yo seguía con mi tarea, y por fin habló.

—Ese... hábito tuyo —señaló.

—¿Hábito, señor?

—El de carterista. El de robar. Llámalo como quieras. ¿Cuánto tiempo hacía que te dedicabas a eso?

Me ruboricé un poco, pero no estaba dispuesto a mentirle. No me avergonzaba tanto del pasado como para no hablarle de él si me preguntaba al respecto, pero no quería que se formara una mala opinión de mí y echar por tierra todo lo bueno que me había ganado. Aunque eso igualmente acabaría ocurriendo cuando huyera del barco para siempre y él no tuviera otra cosa que la decepción para juzgarme.

—Hasta donde alcanza mi memoria, señor —contesté—. El señor Lewis, que se ocupaba de mí, me enseñó el oficio.

—Bueno, no lo llamemos oficio, muchacho; eso sugiere que es un trabajo honesto. Ese señor Lewis, ¿qué clase de hombre es?

Pensé un momento.

—Uno de los malos, señor. Un hombre malo hasta la médula.

—Ya veo. ¿Es un pariente de alguna clase? ¿Un tío, quizá?

—No, señor. Nada de eso. No tengo familia; al menos ninguna que recuerde. El señor Lewis regenta un establecimiento para chicos y me acogió siendo yo un

chiquillo.

—¿Un establecimiento? —preguntó frunciendo el entrecejo—. ¿Una especie de escuela, quieres decir?

—Más o menos. Allí se aprenden cosas, de eso no cabe duda. No la clase de conocimientos que uno desearía adquirir, pero conocimientos al fin y al cabo.

El capitán titubeó antes de hablar, y cuando lo hizo sus palabras me pillaron por sorpresa:

—Te refieres a él con mucha ira. Te tiembla la voz de rabia, como si odiases a ese hombre.

Abrí la boca para contestar, pero las palabras no acudieron a mis labios. Tenía razón: sentía ira cuando pensaba en el señor Lewis, pero ignoraba que se me notara tanto.

—Bueno, no era un lugar donde reinara la felicidad.

—Pero habría otros chicos allí, muchachos de tu misma edad, ¿no?

—Había chicos de todas las edades, hasta los dieciséis o diecisiete años, señor. El señor Lewis acogía a los niños a los cinco o seis años y los tenía consigo hasta que se hacían mayores. Sólo rechazaba a los que no tenían maña para robar o a los que no eran lo bastante apuestos...

—¿Lo bastante apuestos? —repetió, aferrándose a una palabra que había salido de mi boca insensatamente—. ¿Qué diantre quieres decir con eso?

—No lo sé —repose—. Sólo pretendía...

—¿Qué puede importar que un muchacho fuera apuesto o no? ¿Ha de ser guapo un chico para ser ladrón? —Se quedó mirándome y me sonrojé mucho más que antes, tanto que me pareció que las mejillas me arderían. Para mi sorpresa me sentí al borde de las lágrimas, a punto de estropearlo todo. No era una conversación que hubiese imaginado mantener con el capitán y me desprecié por haberme dejado llevar hasta ese punto—. A menos que... —añadió entonces, reflexionando y frotándose la barbilla. Se levantó de detrás del escritorio y se acercó a mí—. Turnstile, ¿qué clase de sitio era ese establecimiento donde te criaste?

—Ya se lo he dicho, ¿no? —espeté en un tono que, hasta entonces, ni yo ni nadie a bordo había empleado nunca en su presencia—. Era un sitio malo. Un sitio al que no volveré, se lo juro. Preferiría morir que regresar allí, y ni usted ni nadie podrá hacerme regresar.

Nos quedamos los dos de pie, mirándonos, durante lo que me pareció mucho rato, y juro que el rostro del capitán reflejaba compasión por las desdichas ocurridas en mi vida. Abrió la boca y creo que iba a ofrecerme unas palabras de consuelo, pero el señor Christian apareció en el umbral en ese momento y nos interrumpió.

—Capitán, quizá quiera usted subir a... Oh, discúlpeme —añadió al captar la escena—. ¿Interrumpo algo?

—Nada en absoluto, Fletcher —contestó el capitán, apartándose de mí y carraspeando—. ¿Qué ocurre?

—Un grupo de delfines de lo más inusual, señor. Recorren el barco a babor y estribor. He pensado que podía ser de su interés.

—Sí, claro, claro —replicó el señor Bligh con aspereza y sin mirar a su primer oficial—. Subiré a cubierta dentro de un momento, Fletcher. Gracias por avisarme.

El señor Christian asintió y me dirigió una mirada de curiosidad antes de marcharse. Yo volví a mis obligaciones, deseando que el capitán subiera a ver los delfines y me dejara a solas con mis pensamientos. Sentí un gran alivio cuando vi que, en efecto, se dirigía a la puerta, pero no sin antes volverse y hablar por última vez.

—Creo que me hago una idea de por lo que has pasado, John Jacob —declaró, llamándome por primera vez por mi nombre de pila—. He oído hablar de esos antros de vicio. Baste decir que no permitiré que regreses allí. Tengo cierto interés en ti, joven Turnstile, lo admito. Me recuerdas a alguien, alguien a quien tengo en enorme estima.

Sus ojos se posaron en los retratos que tenía sobre el escritorio y yo seguí su mirada, diciéndome que difícilmente podía tratarse de ese chico suyo, que tenía la mitad de años que yo y cierto aire de gallina. Sin embargo, decidí guardar silencio, y al cabo de un instante él se había ido. Al encontrarme a solas, dejé los uniformes y me dejé caer en una silla; apoyé la cabeza entre las manos y lloré como un bebé al recordar todo aquello en lo que siempre procuraba no pensar.

Trescientos ocho días.

Ése es el tiempo que pasé a bordo de aquella vieja bañera destartalada, la *Bounty*, hasta que llegamos a nuestro destino. Y para mi sorpresa, más o menos la mitad de ese período consistió en días en que no me sentí tan mal conmigo mismo o con mi sitio en el mundo. Pasé una buena temporada molesto con la tripulación por lo que me habían hecho cuando cruzábamos el Ecuador, pero con el transcurso de los días eso, como tantas otras cosas, quedó olvidado. Entonces dediqué mucho tiempo a planear mi huida de las garras de la armada del rey, pero las visitas a tierra fueron tan escasas que al final también acabé por quitarme eso de la cabeza. Y el clima no tardó en cambiar, al igual que las aguas, y el aire se volvió un poco más dulce, de modo que se difundió la noticia de que cualquier semana de éstas, cualquier día, cualquier hora, o quizá al cabo de tan sólo unos minutos, uno de nosotros avistaría tierra, gritaría esa palabra y sería aclamado como un héroe por todos.

Como preparativo de tan esperado momento, una bonita mañana el capitán reunió a la dotación entera, oficiales y marineros por igual, para una cuestión, según él, «de la mayor urgencia». Yo solía tener alguna idea del contenido de sus discursos, puesto que lo oía murmurar para sí en el camarote sobre qué pensaba decir, pero esa mañana en particular no sospechaba siquiera qué pretendía comunicarnos. Cuando se encaramó a una caja para ver mejor a todos los hombres mientras les dirigía la palabra, me pareció que esbozaba una expresión de incomodidad.

—Tripulación—exclamó, y capté cierto nerviosismo en su voz—. Al parecer es sólo cuestión de horas que nuestro barco llegue a su destino, y vaya viaje tan alegre ha sido el nuestro, ¿no están de acuerdo?

Entre los hombres se difundió un murmullo educado que finalmente se transformó en un general asentir con las cabezas. Nadie pudo negar que nos había ido bastante bien. Por las conversaciones de marineros que había oído en Portsmouth yo sabía que podían presentarse situaciones mucho más difíciles de las que habíamos pasado, y que había capitanes en la armada que mostraban una inclinación mucho mayor por el látigo que el nuestro.

—Hemos padecido los efectos de un clima severo, eso es cierto—continuó el señor Bligh—. Pero cada uno de ustedes ha dado muestras de gran fortaleza. Y vimos prolongarse nuestro viaje de una forma que nadie había previsto o esperado. Pero aun así lo hemos superado, y aquí estamos, sanos y salvos. Y creo que no me equivoco al afirmar que no ha habido mejor expediente disciplinario en la historia de la armada británica. Los oficiales hemos tenido que mantener el orden en ciertas ocasiones, por supuesto, pero aprecio el hecho de que haya habido una sola tanda de latigazos en estas miles de millas. Deberían

ser por ello merecedores de una mención de honor, todos y cada uno de ustedes.

—¡Me cobraré la mía en oro! —exclamó Isaac Martin, un marinero de primera, provocando los vítores de todos.

—¡Cierra el pico! —gritó Heywood, el muy perro, avanzando hacia él pese al buen humor del comentario—. Guarda silencio cuando el capitán se dirija a ti.

—No, no, señor Heywood —intervino en voz bien alta el capitán, haciendo aspavientos para alejar al sabueso de su presa—. No es necesario. El señor Martin tiene razón, y su comentario es acertado. Desgraciadamente, no me hallo en disposición de ofrecer recompensas económicas, pero tengan la seguridad de que, de obrar en mi poder las arcas de *sir* Joseph Banks, cada uno de ustedes se vería justamente recompensado por sus esfuerzos.

El comentario cosechó una salva de aplausos, y advertí que todos se sentían miembros de una feliz hermandad ahora que nos solazábamos con la perspectiva de vernos libres de nuestra prisión.

—Sin embargo, si estoy en posición de ofrecerles un poco de tiempo libre —prosiguió el capitán con tono jovial—. Ninguno de nosotros sabe cuánto tiempo permaneceremos en Otaheite recogiendo el fruto del árbol del pan. Habrá trabajo que hacer, por supuesto. Hay que reunir y almacenar muchas plantas. Y el barco precisa ciertas reparaciones. Pero preveo que todos dispondremos de tiempo sobrado para disfrutar de un descanso; tengo la intención de ocuparme de que todo el trabajo en la isla se reparta de forma equitativa entre los oficiales y la tripulación.

Otro murmullo apreciativo recorrió las filas. Pensé que la cosa acababa ahí, pero el capitán nos miró entonces con el ceño fruncido y clavó la vista en cubierta antes de volver a levantarla, y esa vez juro que le vi rubor en las mejillas.

—Sin embargo, hay una cuestión... una cuestión de cierta importancia, de la que quiero hablarles —declaró al fin, nervioso—. Como muchos saben, he visitado con anterioridad estas islas, siendo más joven, en compañía del fallecido capitán Cook

—¡Que Dios bendiga su santo nombre! —exclamó una voz al fondo, para regocijo general.

—Que Dios lo bendiga —repuso el señor Bligh—. Sí, que Dios lo bendiga. Bien dicho. Pero lo menciono porque los demás... bueno, son novatos aquí y quizá no acaben de entender las usanzas de esta tierra. Quiero advertirles de que las gentes de por aquí no conocen nuestras costumbres cristianas.

Alzó la vista hacia nosotros como si esas palabras pudieran explicarlo todo, pero esa vez los hombres se limitaron a mirarlo con aire inexpresivo, sin saber muy bien a qué se refería.

—Cuando digo nuestras costumbres cristianas, me refiero a la forma en que nos comportamos como hombres, tanto aquí como en casa, y al modo en que...

cómo expresarlo... se comportan las mujeres nativas. De manera distinta de nuestras buenas esposas, quiero decir.

—Confío en que así sea —exclamó William Muspratt—. ¡A mi esposa tengo que darle un cuarto de penique cada vez que quiero que me bese la morcilla!

Los hombres prorrumpieron en carcajadas, pero el capitán sólo pareció incómodo.

—Señor Muspratt, por favor —advirtió, negando con la cabeza—. Semejante vulgaridad está de más. No nos rebajemos al nivel de los salvajes. Pero vamos a ver... —titubeó un instante y carraspeó, y al cabo de un momento pareció más seguro de sí—. Todos somos hombres aquí, ¿no es así? Lo expresaré con claridad. Las mujeres de estas islas... han conocido los favores de muchos de sus compañeros. Verán, lo hacen de forma indiscriminada. Eso no las degrada, entiendo; es meramente su costumbre. No son como nosotros, que elegimos a una sola mujer por esposa y la llevamos en el corazón para siempre.

Se oyeron otros gritos, más bromas, pero la voz del capitán se elevó sobre el alboroto.

—Muchas de ellas padecen crueles enfermedades —añadió—. Enfermedades venéreas, para llamarlas por su nombre. Y les aconsejo encarecidamente que no se pongan en situación de resultar susceptibles al contagio. Por supuesto, los hombres son hombres y llevan mucho tiempo en el mar sin otra compañía que la de sus colegas, pero les ruego que piensen en su salud cuando se relacionen con las nativas... y si no pueden hacer eso, les pido entonces que consideren su moral. Si bien podemos hallarnos entre salvajes, seguimos siendo ingleses, ¿comprenden?

Se hizo el más absoluto silencio, y previó una inminente oleada de risas, pero antes de que se produjera, se alzó una vocecita a la izquierda, la de George Stewart, un guardiamarina.

—Yo soy escocés —exclamó con su cerrado acento—. ¿Significa eso que puedo follarme a quien quiera, capitán?

La tripulación estalló en carcajadas y el señor Bligh bajó de su cajón, negando con la cabeza y con una expresión mezcla de vergüenza y desilusión; en cualquier otra ocasión un comentario como ése, dirigido al capitán, habría causado un tumulto, pero al hallarnos tan cerca del final del viaje la disciplina se había relajado un tanto.

—Eh, Turnstile —me dijo el señor Bligh agarrándome del cuello de la camisa al pasar—. Confío en que tú al menos hagas caso de mis palabras.

—Por supuesto, señor —declaré, aunque confieso que no tenía ni idea de qué era una enfermedad venérea; sólo sabía que no sonaba muy agradable.

—De todas formas, dudo que ninguna dama nativa le eche el ojo a Tunante —intervino el perro de Heywood, acercándose—. Es un tipo un poco paliducho, ¿no cree?

—Mejor haría en callarse, señor —espetó el capitán antes de alejarse, dejando al oficial boquiabierto y humillado. Por mi parte le guiñé un ojo y salí corriendo.

A la mañana siguiente, muy temprano, pues el sol asomaba apenas en el horizonte aunque daba suficiente luz para ver cualquier cosa que apareciera en la distancia, me hallaba en proa a solas con mis pensamientos. Había pocos hombres alrededor, pero el señor Linkletter, el suboficial de bitácora, gobernaba el barco y entonaba *Dulce Jenny de Galway Bay* en voz baja y melodiosa no muy lejos de donde me hallaba.

En algún lugar, ahí entre las olas, estaba nuestra isla, me dije, y en ella esperaban nuevas aventuras. Mis pensamientos estaban poblados de las mujeres nativas, que durante tantos meses habían dominado las conversaciones de la tripulación. Decían que corrían desnudas como Dios las había traído al mundo, una idea que me llenaba tanto de excitación como de horror. Lo cierto es que aún no conocía mujer y al pensar en ello por las noches me desvelaba de pura ansiedad; por un momento no pude evitar preguntarme si no haría mejor en quedarme para siempre a bordo del barco y no tener así que enfrentarme a la realidad de lo que me esperaba.

—Tunante —me llamó el señor Linkletter en voz baja, interrumpiendo su canción, pero no me volví, pues me había prometido no responder más a ese nombre—. Turnstile —dijo entonces en tono apremiante, pero todavía por lo bajo. Una vez más, no me moví. Aún no estaba dispuesto a abandonar mis pensamientos; no estaba listo para el mundo—. John —probó, y esta vez me volví en redondo para encontrarme con su sonrisa. Indicó con la cabeza hacia donde yo había mirado antes y me volví otra vez, aguzando la mirada—. Echa un vistazo —añadió y, pese a mi ansiedad, sentí que me hendía el rostro una amplísima sonrisa y que la excitación del momento me abrumaba de tal modo que podría haber saltado por la borda en mi entusiasmo y echado a nadar.

Tierra a la vista.

Habíamos llegado.

Tercera parte

La Isla



26 de octubre de 1788 – 28 de abril de 1789

Cuando era poco más que un niño, el señor Lewis solía quejarse diciendo que yo era una criatura irresponsable y que no podía fiarse de que acabara un trabajo una vez empezado. Era una de las muchas acusaciones que me hacía cuando se enfadaba, si uno de mis hermanos regresaba con menos botín del esperado, pongamos, o si un chico se había metido en una pelea y se había magullado la cara, lo cual menoscababa su belleza e impedía que fuese elegido en la selección de la velada. Si uno no estaba limpiando la casa, estaba en las calles hurgando en bolsillos ajenos, y si no hacía eso, estaba dedicado a esas otras actividades de las que prefiero no hablar. Pero creo que lo habría desconcertado ver todo el esfuerzo que he puesto hasta ahora en esta narración de mis recuerdos.

En total, estuvimos a bordo de aquel bendito barco poco menos de un año. Nuestra estancia en la isla duró sólo la mitad de ese tiempo, pero Dios sabe que fue un período lleno de incidentes. Pues si la travesía había sido difícil en ocasiones, y extenuante, y si se habían producido altercados ocasionales entre marineros de primera y contra maestre, entre guardiamarina y oficial, entre capitán y maestre, aun así habíamos sido en general una tripulación feliz y satisfecha, un grupo de hombres que consideraba al capitán Bligh su líder ungido, tal como el Señor en persona había ungido al rey Jorge para gobernarnos a todos. Se trataba de un deber sagrado, una responsabilidad que no habíamos cuestionado, y de ese modo formábamos una comunidad con pocas discrepancias. Fue en la isla, donde no estábamos reducidos a un espacio limitado como en el barco, cuando todo empezó a cambiar. Los hombres cambiaron, los oficiales cambiaron, el capitán cambió. Y yo cambié también, creo. En aquel lugar, cada uno de nosotros descubrió algo que resultó inesperado. Para bien o para mal, los acontecimientos que se desarrollaron allí, y el placer que nos produjeron a todos, habrían de convertir en hombres nuevos a los tripulantes de la *Bounty*, y el resultado nos marcaría a todos, de capitán a paje de escoba, en diferentes sentidos para el resto de nuestras vidas.

Lo primero que mudó fue la naturaleza de la autoridad, y cayó de bruces en un sitio inesperado. La separación entre oficiales y tripulación no era tan tajante como antaño, lo que nos proporcionaba una sensación de igualdad de la que habíamos carecido cuando éramos poco más que esclavos, arrastrando una mole de madera y hierro a través de las aguas día tras día. Y cuando se prescindió de los uniformes, algo inevitable visto el calor abrasador que nos achicharraba a diario, lo cierto es que cada hombre podría haber hecho gala de la misma condición.

No hubo uno solo de nosotros que en Otaheite midiera el tiempo del mismo modo que durante el viaje. A bordo del barco habíamos regulado nuestras vidas mediante las guardias, esos dos y últimamente tres períodos del día en que o bien estábamos trabajando, ociosos o durmiendo: el cambio de las horas dictaba cómo debíamos emplearnos. En la isla, en cambio, disfrutábamos de una repentina libertad y un control inesperado sobre nuestro propio destino. No nos parecía que el tiempo transcurriera de la misma manera. El sol salía y se ponía, estoy seguro, a las horas de siempre, pero le prestábamos bien poca atención. Estábamos en tierra y, aunque aún había trabajo que hacer, era de índole bien distinta, sobre todo porque no temíamos por nuestras vidas a cada hora que pasaba como nos sucedió en aquel funesto período en que tratábamos de doblar el cabo de Hornos. Algunos días recordaba aquellas traumáticas semanas y parecían representar una existencia por completo distinta. ¿Y si pensaba en mis tiempos en las calles de Portsmouth? Bueno, eso era sólo una pesadilla que había sufrido después de comerme un mango en mal estado. Que la mayoría de los hombres había dejado atrás esposas y novias, padres e hijos en Inglaterra era un hecho que nadie podía negar, pero durante esos meses en Otaheite bien podrían no haber existido siquiera, tan pocas veces se infiltraban en nuestras conciencias.

¿Y qué pasaba con el concepto de fidelidad? Bueno, pues que no valía un pimiento.

La verdad sea dicha, no habíamos sido infelices en el mar. Después de todo, nuestro capitán era un hombre justo y considerado, eso era incontestable, pero una cosa era conformarse con un trabajo que unos días te parecía pasable y otros días insoportable, y otra bien distinta no tener nada que hacer y pasarse el día tumbado a la sombra de un árbol siempre dispuesto a dejarte caer una fruta madura en las manos. Lo segundo es mejor, no me importa admitirlo.

Pero he aquí un hecho extraño que quisiera comentar. He relatado ya cómo me había llevado varios días aclimatarme a los zarandeos del barco cuando zarpamos de Spithead e iniciamos nuestros viajes; incluso ahora recuerdo el suplicio del tiempo que pasé vaciando el contenido de mi estómago por la borda en aquellos días oscuros y miseros, y me encojo de sólo evocarlo. Sin embargo,

me llevó casi el mismo tiempo acostumbrarme a la tierra firme después de haber pasado tanto tiempo lejos de ella. La primera vez que puse un pie en las playas de nuestro nuevo hogar esperé que la arena se meciera de aquí para allá, no que permaneciera inmóvil bajo mis pies como era natural. De hecho, cuando desembarqué por primera vez en la isla, se me hizo difícil mantenerme en vertical y tuve que plantar las piernas a cierta distancia una de la otra para impedir el bochorno de dar una voltereta. Me fijé en que a otros les ocurría lo mismo. Y cuando traté de dormir los primeros días, más que permitirme un mejor descanso, la quietud y la paz que me rodeaban llenaron mi cabeza de curiosos e inesperados pensamientos que me mantenían despierto, y confieso que para cuando llegó la tercera noche estaba tan cansado y tan necesitado de energías que incluso consideré coger un bote de vuelta a la *Bounty* para ocupar mi litera junto al camarote del capitán Bligh, de no ser porque habría sido una locura y una testarudez por mi parte que me habría acarreado las burlas más despiadadas cuando saliera el sol.

Para la mayoría de nosotros, la isla se llamaba Otaheite. Algunos utilizaban la palabra «Tahiti» de vez en cuando, pues así aparecía en los mapas y así se refería nuestro gobierno a la misión que nos había encomendado, pero para la gente de allí, los nativos, los hombres y mujeres que habían pasado la vida en esas montañas y playas, la isla era Otaheite. El capitán prefería este nombre no sólo por respeto hacia su cultura, sino porque el capitán Cook también lo había empleado, y como es natural yo lo emulaba. Los hombres discutían sobre qué significaba la palabra en inglés —había distintas y exóticas sugerencias, algunas poéticas y otras vulgares—, pero a mí me parecía obvio y simple: paraíso.

Confieso que abrigaba sentimientos contradictorios la ruidosa tarde en que echamos anclas ante la isla y los primeros botes partieron hacia la orilla. Las maniobras previas al fondeo nos habían llevado casi un día entero, y en ese tiempo muchos nativos se habían congregado en la orilla y estaban enzarzados en una alegre y desenfadada danza que me deleitaba y aterrorizaba a un tiempo. Había centenares de ellos y no sabía si eran amigos o enemigos, de modo que me mantuve un poco apartado de mis compañeros que no paraban de silbar en cubierta mientras se arriaban los botes. Y cuando avanzaron hacia la orilla y yo me quedé atrás, no muy seguro de acceder a aquel territorio desconocido, nervioso ante lo que podría encontrarme allí.

—El último en subir y el último en bajar, ¿eh, chico? —comentó el señor Hall, poniéndose a mi lado y mirando hacia la orilla. Fruncí el entrecejo, no muy seguro de a qué se refería, pero él añadió—: Tú fuiste el último miembro de la tripulación en subir a bordo de la *Bounty* cuando nos hicimos a la mar, ¿no? ¿Vas a ser también el último en abandonarla?

—He pensado que el capitán podía necesitarme —respondí, pues no quería que advirtiese el temor en mi rostro y me llamara gallina—. Desembarcaré

cuando él desembarque.

—Bueno, pues ya es tarde para eso, chico —dijo, propinándome una palmada en la espalda—. El capitán iba en el segundo bote, ¿no lo has visto? El señor Christian ha ido en el primero para parlamentar con los nativos, y cuando ha dado la señal se ha puesto en marcha el capitán. Mira, allá va, en dirección a la orilla.

Me sorprendió comprobar que así era, pues, aunque no me había cruzado esa mañana con el señor Bligh en parte alguna del barco, había esperado que me llevara con él cuando se fuera, cosa que debía de haber hecho cuando yo me hallaba bajo cubierta guardando en cajas algunos uniformes suyos. Lo cierto es que lamenté y hasta me dolió un poco que me hubiese dejado atrás, pues mi confianza estaba en su punto más bajo y habría agradecido su protección. En el transcurso del viaje mis compañeros habían contado muchas historias sobre lo maravillosa que sería la isla, pero en Portsmouth había oído también muchos relatos de cómo esos idilios podían acabar mal. ¿No era cierto, después de todo, que el mismísimo capitán Cook había muerto en una isla como ésa de la forma más cruel y brutal? ¿No se había visto separada la piel de sus huesos y partes de su cuerpo se habían perdido para siempre, mientras el resto se descomponía en el fondo del mar? ¿Y si el destino nos deparaba lo mismo a nosotros? ¿A mí? No me hacía ni pizca de gracia la idea de que me cocieran o me desollaran o me abrieran en canal.

—Caramba —continuó el señor Hall, y soltó un silbido al mirar hacia los nativos que bailaban en la orilla—. Te diré una cosa, Tunante, siento gran afecto y respeto por la señora Hall, que me ha dado ya seis lindas muchachas y cuatro chicos, aunque uno es medio tonto, todo hay que decirlo, pero me creería menos hombre si no estuviese deseando disfrutar de los placeres que esta isla ofrece. ¿No las ves? O más bien debería decir: ¿acaso puedes apartar los ojos de ellas?

Se refería, por supuesto, a las nativas que desfilaban por la playa o se acercaban a la *Bounty* en sus propios botes, arrojando guirnaldas al agua, sin avergonzarse de su semidesnudez. Quise mirarlas, pero no que los hombres me pillaran haciéndolo y se burlaran y me llamaran mariquita; al recordarlo ahora, pienso que fui un idiota al creer que, tras casi un año en el mar, les importaría un pimiento a mis compañeros qué hacía yo o adónde miraba. Tenían otras cosas en qué fijarse.

—¡Mire! —exclamé de pronto, pues una repentina actividad en la playa me había llamado la atención—. ¿Qué pasa ahí?

Desde la espesura había aparecido un gran trono, llevado a hombros por ocho hombres enormes, quienes lo dejaron con cuidado en la arena; unos instantes después ocho hombres más llegaron por la playa, llevando lo que parecía un segundo trono, éste ocupado por una criatura ataviada con una túnica y cuyas facciones no logré distinguir en la distancia. Los nativos le hicieron reverencias y

él se bajó de un trono para subirse al otro. Sólo cuando estuvo sentado en el primero partieron más nativos en canoas, gritando y abofeteándose las mejillas de la forma más inquietante, en dirección al bote del capitán, que ya estaba cerca de la orilla, para acompañarlo hasta la isla.

Los sonidos aún reverberan en mis oídos. Quizá habrán asistido ustedes a celebraciones en Trafalgar Square para conmemorar una gran victoria en una otra guerra. Quizá se habrán reunido ante la abadía de Westminster para ver a un rey recién coronado salir a saludar a sus súbditos. Pero a menos que hayan experimentado el clamor de gritos y vítores que se oía entre los isleños que se acercaban y los marineros que se desesperaban por recibirlos, no podrán entender el grado de aquel repentino delirio. Algunos de los nuestros saltaron por la borda y nadaron hacia los anfitriones. Otros se inclinaron para izar a las mujeres nativas hasta la *Bounty* y besarlas sin siquiera presentarse. Fuera como fuere, antes de darme cuenta me vi rodeado por isleños que me ponían flores en torno al cuello y me acariciaban las mejillas, como si mi piel blanca bastara para excitarlas. Una me metió la mano bajo la camisa y me acarició el estómago, exhalando suspiros de placer como si yo fuera un tipo estupendo, y pese a la vergüenza que me embargó no fui capaz de detenerla ni de apartarme.

Cada muchacha y mujer que se nos acercaba iba desnuda de cintura para arriba y tenía una belleza que uno no habría visto ni aunque hubiese dado la vuelta al mundo una docena de veces. Y cada tripulante no podía sino mirarlas y soltar gritos de júbilo y pensar en los felices momentos que lo aguardaban, porque todos habíamos oído las historias de labios de marineros experimentados y sabíamos que aquél era un lujo digno de hombres que llevaban un año en el mar sin haber disfrutado de compañía femenina en todo ese tiempo.

Lo confieso: todo aquel asunto me enardeció.

Perturbado por las atenciones de las isleñas, subí rápidamente al siguiente bote que zarpaba hacia las playas y llegué a tiempo de presenciar el primer intercambio del capitán con los líderes de la isla. El bullicio aumentó a medida que nos acercábamos a la orilla: grandes vítores de los ingleses que nos habían precedido o nos acompañaban y una suerte de chillidos aterradores pero excitantes por parte de los nativos que danzaban en la arena, pero para mi sorpresa el griterío se interrumpió en el preciso instante en que el señor Bligh puso un pie en tierra. Fue como si una gran orquesta hubiese perdido de pronto el compás al bajar la batuta el director. Supuse que sería una más de sus costumbres, pues aunque a mí me dio escalofríos, el capitán parecía haber previsto tanto el alboroto como su repentina interrupción, visto que no giró en redondo para ordenar que volviésemos a zarpar hacia Inglaterra antes de que nos comieran vivos a todos. En cambio, se dirigió con aplomo hacia el trono, se detuvo un poco antes de llegar y ofreció una breve pero elegante reverencia, algo que no le había visto hacer antes ante nadie.

—Majestad —dijo con la afectación de una persona de mayor alcurnia incluso que la suya—. William Bligh, teniente. Espero tener el honor de que me recuerde de mi última visita a su maravillosa isla, cuando vine aquí con el capitán James Cook del *Endurance*.

El hombre que ocupaba el trono guardó silencio, aguzó la mirada y sonrió antes de parecer repentinamente enfadado para luego volver a sonreír. Se frotó el mentón donde debería haber crecido la barba, sólo que se le veía tan lampiño como a mí.

—Bligh —dijo al fin, pronunciando el nombre como si tuviera más de sus cinco letras—. William Bligh —repetió, observando los botes atiborrados de hombres que se dirigían a la orilla. Tuve la impresión de que la invasión no lo entusiasmaba tanto como al resto de su gente—. Tengo memoria de usted. ¿El capitán Cook lo acompaña?

El capitán paseó la vista y nuestras miradas se cruzaron; diría que mi cara le reveló que me desconcertaba la forma de expresarse el rey y la pregunta en sí. Clavó la vista en la arena un instante como si quisiera convencerse de que la decisión que había tomado era la correcta antes de volver a mirar a su interrogador y sonreír.

—El capitán se encuentra muy bien —declaró sin ruborizarse pese a la elocuencia de la mentira—. Me complace decir que disfruta de un merecido retiro en Londres, desde donde envía sus más cordiales saludos a su majestad.

No me importa admitir que me quedé boquiabierto ante aquel comentario. Jamás había oído al capitán soltar una mentira, o al menos eso creía, y si había mentido habría sido sobre un tema del que yo nada sabía, pero ése era el

comentario más descarado que alguien había pronunciado desde que saliéramos de Portsmouth. Sin embargo, nadie pareció sorprenderse. Para entonces habían llegado varios botes más a la orilla y el resto de los oficiales y la mayor parte de la tripulación flanqueaban al señor Bligh.

—Por favor, devuelva mis cumplidos a su capitán valiente cuando vea a él otra vez—respondió el rey de la isla.

—Así lo haré, majestad—asintió con elegancia—, y permítame felicitarlo por cómo ha mejorado su inglés desde mi última visita. Habla como un auténtico caballero que no desentonaría en la corte.

El rey asintió con la cabeza y pareció satisfecho con el cumplido.

—Le soy agradecido—repuso con una inclinación.

Los dos hombres se miraron unos instantes y me pregunté cuál tomaría la palabra, pero entonces trajeron otro trono que se dejó en la arena junto al primero, y apareció entonces entre los árboles un hombre monstruoso, semidesnudo, con el cabello hasta la cintura y una expresión que sugería que acababa de comerse un gorgojo y no le había sentado bien.

—Capitán Bligh—dijo el rey—. Permita mi presentarle mi esposa Ideeah.

Bueno, no me importa admitir que me habría caído redondo con un simple empujoncito, tan sorprendido estaba de que ese personaje fuera una mujer, pero que me aspen si no decía la verdad, pues cuando la criatura se sentó y nos miró a todos, el cabello se le apartó un poco para revelar unas tetas tan descomunales que habrían abastecido de leche a un mocososo durante un año entero. Observé al capitán, pero él no pareció tan perturbado como yo por semejante visión, y hasta apartó la mirada con cierto embarazo.

—Encantado de conocerla, señora—dijo él con una nueva inclinación, aunque no tan pronunciada como la que había dirigido al monarca—. Su majestad el rey Tynah ha tenido la amabilidad de aceptar los buenos deseos del capitán Cook y el rey Jorge; quisiera extenderseles a usted, junto a la graciosa enhorabuena de la reina Carolina.

La reina Ideeah, pues ése era el nombre de la bestia, no pareció muy ilusionada con el comentario y se volvió hacia su esposo para ladrarle algo con dramatismo en una lengua que no entendí. Sin embargo, él lo desestimó con un ademán y la mujer guardó silencio antes de bajar la vista. No pude dejar de advertir las marcas que cubrían las manos y los brazos del rey, incluso partes de su rostro. Líneas y dibujos profundamente grabados en negro y azul y otros colores, que le conferían el aspecto de una pintura y no el de un hombre. Los demás isleños iban ilustrados de forma similar, aunque quizá no tan extraordinaria. Cierta que muchos marineros de la *Bounty* llevaban tatuajes, pero eran menudencias, palabras y caprichos, pequeños dibujos en los brazos que cobraban vida al abultarse el bíceps, pero ninguno podía competir en colorido o maestría con las imágenes que adornaban el cuerpo de Tynah.

—Mi esposa no aprendido lengua inglesa en forma maravillosa tanto como yo —comentó el rey, y tuve que pensar unos instantes para descifrarlo—. Pero por favor acuéstese en su sueño de esta noche con la alegría de saber que cautivada se halla con ustedes.

Bueno, me pareció una bienvenida de lo más calurosa, opinión que por lo visto compartía el capitán, pues sonrió y miró al señor Heywood —que tenía la cara tan enrojecida por el sol que me pareció que le salía humo por las orejas— antes de chasquear los dedos en su dirección.

En ese punto advertí que el perro sostenía un cofre mediano de madera taraceada, que había visto muchas veces en el camarote del capitán pero no había tenido motivos para examinar su contenido, pues lo había considerado una de esas insignificancias que los caballeros llevan consigo para transportar su rapé o sus devocionarios, lo que sea que les ofrezca mayor sustento.

—Señor Heywood —dijo entonces cuando el muy insensato no avanzó de inmediato hacia él.

Cuando todos lo miramos, advertí que no estaba prestando atención a la escena, sino contemplando a unas muchachas —más atractivas, he de admitir, que el diabólico mamut que ocupaba el trono junto al rey Tynah—, con los ojos desorbitados ante su desnudez, y palabra que las pústulas le estallaban de excitación.

—Señor Heywood —exclamó entonces el capitán, y el perro volvió a la vida justo cuando el señor Christian le daba un empujón que casi lo hizo caer desparramado en la arena, lo que me habría dado motivo de diversión para dos semanas, pero el muy desgraciado recobró a tiempo el equilibrio.

El capitán lo miró con furia cuando se acercó y vi que Heywood había enrojecido aún más porque las damas lo habían puesto lascivo, un hecho que resultaba evidente para cualquiera que se fijara en sus pantalones. Sin embargo, sin una pizca de vergüenza, como suele ocurrir con los de su calaña, le tendió el cofre al capitán, que entonces se acercó al rey —con cierta cautela, me pareció, como si temiera que cualquier movimiento repentino pudiese depararle una lanza entre los omóplatos— y abrió el cofre. Siguió una escena de cariz cómico cuando todos los que se hallaban detrás del trono se inclinaron y abrieron la boca a la vez, encantados, antes de retroceder y asentir aprobatoriamente.

—Permitame su majestad que le ofrezca esta muestra de nuestra imperecedera amistad —declaró el capitán cuando el rey se inclinó para coger un espejo del interior. Era una bonita pieza, con marco de plata y borde dorado. El rey contempló su rostro en él y no pareció impresionarle lo que vio, aunque era un hombre que había tomado por esposa y compañera de lecho a una criatura de las profundidades, de modo que no sabía gran cosa de sus gustos. Sin embargo, aceptó el presente con elegancia antes de volver a dejarlo en el cofre, que tendió a un miembro de su séquito.

—Estoy desmayado por su amabilidad —declaró con cierto aburrimiento, pero estaba a punto de descubrir que el inglés del rey tendía a existir en el reino del superlativo—. ¿Puedo atreverme a confiar en que su visita será eterna?

—Nos gustaría quedarnos unos meses, si fuese posible —contestó el capitán—. El rey Jorge y el capitán Cook han enviado muchos más regalos para complacer a su majestad; se hallan a bordo de nuestro barco, pero se los traeremos enseguida.

—Estuve tan encantado que sin palabras —comentó el rey sin disimular un bostezo—. Y mientras están aquí, ¿hay muchas cosas que hayamos ofrecido a cambio?

—Su generosidad no conoce igual —respondió el señor Bligh, y confieso que en ese punto pensé que bien podían ponerse a bailar juntos un vals, tan encantados estaban con su mutua compañía—. Y, ya que lo pregunta, hay algo que su majestad, haciendo gala de amabilidad y beneficencia, podría proporcionarnos.

—¿Lo cual será?

Y fue entonces cuando salió a la luz la cuestión de los frutos del árbol del pan.

Dos días después de nuestra llegada a Otaheite, el capitán me despertó una mañana temprano sin excesivas ceremonias, de un puntapié en el pecho que me desplazó de mi hamaca. Desperté de golpe y tan a punto estuve de soltar un juramento que media frase había salido de mi boca antes de poder contenerme. Tragué saliva con nerviosismo y lo miré con una mezcla de vergüenza y consternación, pero él se limitó a sonreír.

—Exprésate en lenguaje respetuoso, joven Turnstile —me advirtió, arrojándome un puñado de documentos—. Puede haber damas cerca. En fin, ¿qué haces durmiendo a estas horas?

Enarqué una ceja y lo miré, preguntándome si se estaría burlando de mí. Cierto que la mañana era radiante, pero estaba seguro de no haber dormido más de dos o tres horas, y de hecho deseaba dormir muchas más.

—Discúlpeme, capitán. —Traté de ahogar un bostezo—. ¿Hay algo que necesite de mí?

—Tu compañía, joven. Y tus brazos para llevar esos pequeños artículos. Voy a visitar Punta Venus esta mañana y he pensado que te convendría un poco de ejercicio. Te pondrás fofo en estas islas, todos los hombres lo harán, y a he visto antes cómo ocurría. Un paseo decente te sentará bien.

Fruncí el ceño y solté un enorme bostezo, algo que nunca habría hecho delante de él en nuestros puestos correspondientes bajo cubierta, y él me miró con desaprobación. Me dije que era poco posible que el capitán estuviese interesado en mi salud y que más bien ocurría que necesitaba una bestia de carga, pero no importó, porque antes de que yo atinase a pronunciar una palabra más, él había emprendido el camino hacia el este, y qué otra opción me quedaba que seguirlo y morderme la lengua. Hacía una mañana calurosa, de eso sí me acuerdo, y puesto que me había excedido con el grog la noche anterior, había tenido alucinaciones durante el sueño y aún no me sentía muy bien. Contemplé los vastos alrededores mientras alcanzaba al señor Bligh y le hice una pregunta indecorosa.

—¿Queda lejos, señor?

—¿Si queda lejos qué? —preguntó, y se volvió para mirarme como si mi presencia fuese una absoluta sorpresa para él y no algo que acababa de exigir.

—Punta Venus —repuse—. El sitio al que me lleva.

Me miró con expresión burlona y por un instante creí que se iba a echar a reír, algo que no le había visto hacer hasta entonces.

—No te estoy llevando a ningún sitio, Turnstile. Me estás acompañando, como es mi deseo. Aunque estemos en tierra, sigo siendo el capitán y tú el criado, ¿no es así?

—En efecto, señor.

—Esto es lo que sucede cuando los barcos atracan en estas islas —continuó, mirando al frente—. Lo he observado en muchas ocasiones. Todos olvidamos nuestro lugar. La disciplina disminuye. El orden natural de las cosas se subvierte. Si no hubiésemos disfrutado de un viaje tan apacible hasta aquí, confieso que semejantes cuestiones me tendrían más preocupado —declaró, y me complació que creyera que había sido un viaje apacible. Para mí, había incluido dramatismo de sobra—. Pero en respuesta a tu pregunta, Turnstile, si tanto te importa —concedió al fin—, no, no queda lejos.

—Bueno, pues me alegra oírlo, señor. Pues creo que mi salud está algo perjudicada esta mañana.

—No me sorprende. No creas que no me han llegado noticias de tus correrías. Puedes tener por seguro que tengo ojos y oídos por toda la isla.

No supe muy bien si eso era cierto o no, pues, por lo que había visto hasta el momento, los hombres se habían acostumbrado a la vida en la isla y se adaptaban de maravilla a la nueva situación. No me pareció probable que ninguno de ellos anduviese haciendo de informante o chivato. En todo caso, sospechaba que el capitán se sentía un poco solo ahora que, transitoriamente, habíamos dejado atrás los estrechos confines de la vida en la *Bounty*. Existe una gran diferencia entre poder ver a los hombres que uno tiene a su mando siempre que quiera y no poder hacerlo.

—¿Mis correrías, señor? —pregunté—. No sé a qué se refiere.

—¿Sabes que tenía dieciocho años cuando probé por primera vez el alcohol? —señaló; caminaba a tan buen ritmo que temí caerme en mis intentos de no quedarme atrás—. Y juro que ni siquiera me gustó. Por supuesto, sé que todos necesitáis un poco de tiempo libre tras el largo viaje, y prometí que lo tendríais, pero esto no puede seguir así mucho tiempo más. Tenemos un trabajo que hacer, como bien sabes. La obligación está antes que el placer. Tú no eres mucho mayor que mi propio hijo, William. De encontrarlo a él en el estado en que te he encontrado esta mañana, le habría dado una buena patada en el trasero, y él me lo habría agradecido, además.

Sospeché que no habría sido así, pero resolví guardar silencio y me limité a seguirlo a medida que ascendíamos.

—Es curioso, pero tenía más o menos tu edad la primera vez que vine a Otaheite —mencionó al cabo de un rato—. Unos años mayor, pero no muchos.

Asentí con la cabeza y consideré lo que había dicho. Sin duda, el capitán era un caballero de edad avanzada, como le había oído decir en aquella ocasión, de treinta y tres o treinta y cuatro por lo menos, lo que significaba que hacía más de una década que no ponía el pie en esas orillas.

—¿Con el capitán Cook, señor?

—Sí, con él —respondió con tristeza.

Titubeé antes de volver a hablar; había algo que me rondaba la cabeza desde

nuestra llegada a la isla, pero no sabía muy bien cómo expresarlo.

—Señor —dije al fin—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, Turnstile —contestó riendo—. Vaya, parece que te aterricé preguntarme algo. ¿Tanto miedo me tienes?

—No. Es sólo que podría creermelo un bribón por preguntarlo y no me entusiasma la idea de recibir una tanda de latigazos.

Pretendía que sonase a broma, pero en cuanto las palabras salieron de mis labios comprendí que no había hecho bien en decirlas. Quizá no fueron las palabras en sí, sino el tono, porque el capitán se volvió y su alegre semblante de antes se había ensombrecido, como había visto ocurrir en otras ocasiones.

—¿Una tanda de latigazos? —preguntó—. ¿Es eso lo que piensas de mí tras casi un año trabajando a mi lado? ¿Que azotaría a un niño por una pregunta poco afortunada?

—No, señor, no me refería a eso —me apresuré a contestar, tratando de arreglar mi metedura de pata, pues, aunque estaba cansado y me habría venido bien quedarme durmiendo, me gustaba estar en compañía del capitán y apreciaba que tuviera buena opinión de mí. Nunca había disfrutado de la ventaja de contar con un padre, pues el señor Lewis había sido lo más cercano a ello y bien pocos consejos tenía para ofrecer, pero el capitán desempeñaba cada vez más ese papel en mi vida—. Me ha entendido mal.

—Y que lo creas precisamente tú —espetó con tono de reproche—. ¿Cuántas tandas de latigazos me has visto administrar desde que partimos de Portsmouth?

—Sólo una, señor.

—Sólo una, señor —repitió con expresión furibunda—. ¿Y eres consciente de que eso, en sí, constituye una especie de récord en la armada británica? Creo que el número menor de tandas de latigazos a bordo de un barco que haya recorrido la misma distancia que nosotros es de diecisiete. ¡Diecisiete, Turnstile! Y yo he administrado una, e incluso ésa habría preferido evitarla. El nuestro es un expediente disciplinario insuperable, y creía haber demostrado que toda la tripulación podía considerarme un amigo.

Después de eso se instaló un denso silencio entre nosotros. Advertí que el capitán se debatía entre la rabia y los sentimientos heridos, y fui consciente de que si me precipitaba en decir algo, no haría sino provocar más dramatismo por su parte, de modo que esperé un rato antes de pedirle disculpas.

—Antes me he explicado mal —aseguré con el tono más arrepentido de que fui capaz—. No pretendía ofenderlo.

—Entonces quizá deberías aprender a pensar antes de hablar —espetó sin mirarme. Juro que me sentí como si fuésemos una vieja pareja de casados, perdidos entre las pasiones gemelas del amor y el resentimiento.

—Sí, es cierto —admití—. Lo ignoraba casi todo de la vida en el mar antes de embarcar en la *Bounty*, pero sí sé por los marineros que conocí en Portsmouth

que los azotes y los golpes son la norma en otros barcos, no la excepción como han sido en el nuestro.

—Así es —convino, aplacado por fin—. Me pregunto si los demás son conscientes de eso. No me parece que sientan gratitud alguna, aunque tampoco la espero. Un capitán no puede esperar nunca el afecto de sus subordinados, pero sí he tratado de fomentar una atmósfera armoniosa a bordo. Me he empeñado en ello día y noche. Pero tenías una pregunta que hacerme, Turnstile, antes de esta penosa digresión.

—Sí, señor. Sólo me intrigaba por qué le dijo al rey de la isla que el capitán Cook le mandaba saludos y que estaba vivo y llevaba una existencia relajada en Londres, cuando usted más que nadie sabe que está...

—¿Muerto? Por supuesto que lo sé, muchacho; ¿no estaba acaso con él en tan terrible momento? —Exhaló un suspiro y sacudió la cabeza—. Quizá me consideras un mentiroso, pero la cosa es más complicada de lo que imaginas. Tynah y el capitán Cook forjaron una buena amistad en la última ocasión que los ingleses visitaron estas islas, una cordialidad que nos facilitó cuanto necesitábamos en aquel viaje y permitió que nuestra misión finalizase con éxito. Me pareció que si sabía que al capitán Cook lo habían matado en otra isla, nuestra relación podía resentirse, pues acaso consideraría que yo recelaba de él. Tal vez supondría que habíamos venido para vengar la pérdida y estimaría que le interesaba atacar a él primero. Y por nuestra parte probablemente fracasaríamos a la hora de conseguir el fruto del árbol del pan, que es la razón de que estemos aquí entre estos salvajes. Son negociaciones delicadas, muchacho, y he de tratar con cautela a nuestros anfitriones si pretendo tener éxito.

Confieso que me sorprendió su uso de la palabra « salvajes »; pensaba que sentía mayor respeto por los isleños. Aunque bien es cierto que no la dijo con intención de insultar, sino más bien con el desdén natural hacia otras formas de vida que sólo puede sentir un caballero inglés.

—Ah —dijo entonces, deteniéndose para observar un claro que teníamos delante y que daba paso a un risco con vistas al valle—. Ven por aquí, Turnstile; quiero enseñarte una cosa, si estoy donde creo estar. Me parece que lo encontrarás bastante interesante.

Lo seguí con cuidado, pues el terreno se volvía inseguro bajo nuestros pies y un paso en falso podría haber significado un desgraciado resbalón que me habría precipitado hacia el valle, pero al cabo de unos instantes nos hallábamos junto a una serie de árboles altos y verdes que parecían llevar allí desde los albores de los tiempos. Me pregunté por qué me habría llevado hasta ese lugar y lo observé examinar la corteza de cada árbol. Fue de uno a otro, tocándolos y entrecerrando los ojos para mirarlos, y por fin pareció encontrar lo que fuera que buscaba, pues una sonrisa le iluminó el rostro y me indicó que me acercara.

—Aquí. —Señaló algo grabado en la madera—. Léelo.

Agucé la vista, acercándome más. Era difícil distinguir la letra, pero un examen más minucioso reveló las palabras: « Wm Bligh, c/Cook, abril 1769» .

—Es usted, señor —anuncié perplejo, y me volví hacia él.

—Así es —contestó, encantado—. Subí aquí con el capitán una mañana para contemplar el valle y me permitió grabar mi nombre en el árbol. Cuando lo hacía, dijo que algún día yo mismo sería un capitán, quizá un gran capitán, y que cuando lo fuera volvería aquí alguna vez por encargo del rey.

Me quedé pasmado al pensar que estaba de pie en el sitio preciso en que lo había estado una vez el capitán Cook, y tendí una mano para tocar la corteza. Si mis hermanos del establecimiento del señor Lewis hubiesen podido verme en ese momento, se habrían puesto verdes de envidia.

—Debemos proseguir, muchacho —dijo poco después el capitán—. Hay mucho que ver en Punta Venus. Pero me pareció que esto podía interesarte.

—Así es, señor. Me pregunto... —titubeé, sin saber muy bien si debía atreverme a proseguir.

—¿Qué te preguntas, Turnstile?

—Si algún día yo también seré un gran capitán —repuse casi avergonzado, como si la idea misma me sonara escandalosa incluso a mí. Su respuesta, sin embargo, me impresionó y decepcionó a un tiempo, pues se echó a reír de una manera ofensiva para mí.

—¿Tú, Turnstile? —exclamó—. ¡Pero si no eres más que un chaval, y un criado!

—Algún día creceré —protesté.

—La capitania de la flota de Su Majestad es para... ¿cómo expresarlo...? Bueno, para los que proceden de buena familia, y para quienes cuentan con una educación refinada. Aquéllos cuyas personalidades son de mayor calibre que las de los hombres salidos de la calle. Si Inglaterra ha de continuar siendo una gran potencia, esas tradiciones deben conservarse.

Enarqué una ceja, pero no mostré mi desdén por sus palabras, pues parecía ignorar hasta qué punto eran insultantes. Pero entonces supuse que un hombre de su clase no comprendía siquiera que fuera posible insultar a un miembro de la mía.

—Entonces ¿nunca podré mejorar? —quise saber.

—Pero si ya estás mejorando. Has aprendido mucho a bordo de la *Bounty*. Sin duda reconocerás que entiendes más ahora de barcos que cuando subiste a bordo, ¿no?

Concedí que era cierto, que a mi pesar sabía ahora tanto de las obligaciones cotidianas de un marinero de primera como cualquiera de ellos.

—Entonces confórmate con eso. Y ahora, vamos, debemos irnos —añadió, dándose la vuelta. Se encaramó a unas rocas que se interponían en su camino y se negaron a moverse para él, pese a su exaltación—. Quería ver el valle otra vez

y ya lo he hecho. Sigamos.

—Un momento, señor, si me hace el favor.

Saqué el cuchillo del cinturón y procedí a escribir en el árbol con cautela, aunque no con tan buena letra como la suya. Maldije que mi nombre fuera tan largo y lo reduje a un mero « Turnstile, c/Bligh, 1789» .

—Listo, señor —anuncié, y lo seguí montaña arriba, preguntándome si tendría razón al afirmar que un chico de mi condición debía quedarse en su estado para siempre, o si por el contrario habría alguna manera de salir de la esclavitud y la obediencia.

El día que conocí a Kaikala, por la mañana estaba tendido en la playa, con los pantalones por toda vestimenta, tostándome al sol de mediodía y acariciándome el pecho con un dedo. Había pasado más de una semana desde que la tripulación de la *Bounty* había desembarcado en Otaheite y los días se sucedían de una forma muy placentera. En momentos como ése comprendía cuánta suerte tenía de ser el criado del capitán y no un marinero corriente, pues ellos tenían tareas que hacer día y noche, mientras que yo disfrutaba de algo más de independencia y sólo se esperaba de mí que estuviera disponible cuando el capitán me necesitara.

Ese día en particular, sin embargo, el capitán se había ido con los señores Christian y Elphinstone a trazar un mapa de una parte de la isla que no conocía y donde al parecer crecía la mayor cantidad de árboles del pan, y yo aprovechaba su ausencia para disfrutar de un bien merecido descanso al sol. Tendido boca arriba, mirando el cielo, me dije que estaría encantado de pasar el resto de mi vida en aquella isla paradisíaca; aunque llevábamos allí poco tiempo, reinaba ya entre los hombres la sensación palpable, que yo compartía, de que ninguno esperaba con ansia el momento de volver a la *Bounty* para emprender el largo viaje de regreso a Inglaterra. Por supuesto, yo había decidido no volver a poner los pies en ese país —el mero pensamiento de lo que me haría el señor Lewis si me pillaba bastaba para convencerme de ello; para entonces no dudaba que unas discretas indagaciones por su parte le habrían permitido enterarse de mi arresto, mi breve juicio y encarcelación, y luego la oferta que se me había hecho—, y aunque no tuviera que pagar por mis crímenes en Spithead, sin duda habría de compensar mi ausencia a mi regreso. Pero eso me dejaba con un dilema endemoniado: ¿cómo escapar? Otaheite era una isla relativamente grande comparada con algunas que habíamos pasado, pero seguía siendo una isla. Existían pocas posibilidades de desaparecer un día sin ser descubierto. ¿Y qué pasaría cuando me encontrarán? ¿Me azotarían? ¿Me colgarían? Había sólo un castigo legal para la deserción, y no podía arriesgarme a él. Debía hallar otra manera. Tan sólo me quedaba esperar la oportunidad.

Sin embargo, ahí tendido como estaba, la idea de huir se hallaba lejos de mi mente, sumida en cambio en una agradable fantasía en que era un niño con tendencias de mono, capaz de trasladarme de un árbol a otro sin preocuparme por mi seguridad. Se trataba de una ensoñación lo bastante feliz para permitirme disfrutar de la paz y la serenidad que se me ofrecían, y habría permanecido encantado así, boca arriba, hasta que el capitán reapareciera más tarde, de no ser por un puñado de arena que alguien pateó cruelmente hacia mi cara y que me aterrizó en los ojos y la boca, abierta en ese momento en pleno bostezo. Escupí y traté de abrir los ojos para identificar y atizar al bellaco que me había molestado,

pero antes de recuperar la visión oí la voz del perro ladrar sobre mí.

—Tunante, vaya a mocoso perezoso estás hecho, ¿qué diantre te has creído?

Alcé la vista hacia el señor Heywood y fruncí el entrecejo.

—Estoy dedicado a la contemplación —contesté, manteniendo mi posición horizontal, que fue el más flagrante acto de falta de respeto que se me ocurrió, pues se suponía que siempre que se nos acercara un oficial debíamos levantarnos de un salto en deferencia a su sagrada condición. Aun así, me moví un poco en la arena para no quedar tan directamente debajo de él; el desagradable recuerdo de aquel tipo, de pie ante mí sacándose la polla para orinarme encima durante mis tribulaciones, estaba grabado en mi memoria.

—¿Dedicado a qué? —preguntó, pues su educación era tan exigua que una niña de nueve años podría haber competido con él en un concurso de ingenio sin salir mal parada—. ¿Contem... qué?

—A la contemplación, señor Heywood, su magnificencia —me burlé—. Se refiere al momento en que alguien está perdido en sus pensamientos y considera pasado, presente y futuro y sus relativas valías. Es posible que el concepto sea nuevo para usted.

—¿Pasado, presente y futuro? —preguntó con una risa sarcástica—. Tu pasado es poco más que el de un golfo en las sucias calles de Portsmouth; tu presente, el del último mono a bordo de las fragatas de Su Majestad, y tu futuro estará determinado por un único hecho: que por orden del rey acabarás tus días como un borracho en cualquier cárcel.

—No es una mala vida, todo hay que decirlo —comenté—. Y ahora, señor Heywood, si me hace el favor —añadí moviéndome más hacia la izquierda—, me está tapando el sol.

—Basta ya de insolencias —exigió con tono menos seguro. Exhaló un suspiro, como si el calor y el paisaje bastaran para distraerlo de seguir intentando ejercer su autoridad—. Ponte de pie, al menos, y deja que el rey vea al gato.

Obedecí lentamente y me sacudí, pues una orden directa era una orden directa, y sabía bien que podía permitirme ciertas bromas pero que me haría colgar si lo desobedecía. Me planteé por un instante qué era más inusual: el hecho de que me considerase una criatura felina o sus propias pretensiones de pertenecer a la realeza, pero no venía al caso por el momento, de modo que me mordí la lengua. Me estaba mirando con esa mezcla de desdén y repulsión que siempre me había dedicado. Por mi parte, sólo pude preguntarme por qué lo había quemado de esa manera el sol de Otaheite. Hacía que los granos pareciesen volcanes inactivos.

—Eres un perezoso y no sirves para nada, ¿sabías eso, Tunante? —soltó, y por una vez perdí la compostura ante él.

—Turnstile —puntalicé—. Me llamo Turnstile, señor Heywood. John Jacob Turnstile. ¿Tan difícil le resulta recordarlo? Se supone que alguna inteligencia ha

de tener.

—Por lo que a mí respecta podrías llamarte Margaret Delacroix, Tunante —replicó encogiéndose de hombros—. No eres más que un criado y yo soy un oficial, lo que significa...

—Que está por encima de mí, ya lo sé —lo interrumpí con un suspiro—. A estas alturas me sé muy bien el escalafón.

—Bueno, ¿qué estabas haciendo? —insistió.

—Suponía que estaba muy claro —contesté—. El capitán pasará la tarde fuera con los oficiales de mayor rango. —Eso lo solté con intención de agraviarlo, aunque el perro no lo pilló—. Lo que significa que dispongo de un poco de tiempo para mí.

Él rio y negó con la cabeza.

—Dios santo, Tunante... digo, Turnstile —replicó entonces teatralmente—. Ya veo que no tienes ni idea de nada. No hay tiempo libre para los hombres de Su Majestad. Que el capitán haya decidido que hoy no le servías de nada no te da derecho a andar ocioso. ¡Has de ir en busca de trabajo! ¡Acudir a mí y preguntarme qué es preciso hacer!

—Ah —contesté, considerándolo—. No conocía las normas. Lo tendré presente en futuras ocasiones, aunque he de decir que el capitán me deja muy poco tiempo libre. No soporta separarse de quienes considera merecedores de sus atenciones. —Y pensé que aquel intercambio, que me estaba echando a perder la tarde, al fin y al cabo era culpa mía. Debería haberme quitado de la vista, no quedarme donde cualquier perro pudiese encontrarme. No volvería a cometer ese error.

—Te necesito en los huertos —declaró Heywood entonces, interrumpiendo nuestra chanza—. Compite un poco y sígueme, haz el favor.

En el transcurso de los días desde nuestra llegada muchos miembros de la tripulación se habían dedicado a preparar un huerto en una parte cercana de la isla. La tarea consistía en cavar surcos para remover la tierra formando pulcras hileras que se extendían hasta cierta distancia. Un par de días antes había ido de visita, pues tenía bien poco que hacer, y me había impresionado el nivel de actividad que se desarrollaba allí, pero me había asegurado de que no me vieran, no fueran a ofrecerme la oportunidad de participar. El capitán se había sentado con el rey Tynah para explicarle el motivo de nuestra misión —la recolección de los frutos del pan— y, tras los apropiados halagos, nuestro anfitrión había accedido alegremente a que nos lleváramos los que quisiéramos. La isla estaba a rebosar de ellos y no había posibilidad de que los extinguiéramos. Sin embargo, el plan no era el que yo había imaginado: no cogeríamos los frutos y los transportaríamos al barco; muy al contrario, sino que obtendríamos el mayor número de ejemplares que pudiésemos a partir de brotes originales, y luego trasladaríamos los plantones a las macetas que se almacenaban junto al

camarote del capitán antes de llevarlos a nuestro siguiente destino, las Indias Occidentales. Luego volveríamos por fin a casa.

—Será mejor que no lo haga, si no le importa, señor —dije, decidiendo ser educado si eso significaba que me dejase en paz—. El capitán puede volver en cualquier momento y si me necesita para algo tengo que estar disponible.

—El capitán —declaró con voz firme— estará fuera hasta la puesta del sol. Entretanto no le harás ninguna falta. No te ha llevado consigo, ¿no?

—No, señor. Nos ha dejado a los dos atrás.

—En ese caso, estás libre para ayudar en los huertos.

Abrí la boca, tratando de encontrar una burla más que cumpliera el doble propósito de excusarme del trabajo e irritarlo hasta hacerle explotar la cabeza, pero no descubrí ninguna y, antes de darme cuenta de qué día de la semana era, me vi llevado de vuelta a aquella zona de la isla donde se realizaba el trabajo duro.

Una hora después ahí estaba, labrando la tierra con nueve o diez miembros de la tripulación, con los brazos protestando por el peso extraño de las azadas, tan incomodado por el calor que me había desnudado tanto como lo permitía la decencia, pero el sudor de mi cuerpo habría bastado de todas formas para engrasar una rueda dentada. Si había de ponerme fofo, como había sugerido el capitán Bligh, no conseguía imaginar cuándo sucedería eso. Siempre había sido un chico flaco, pero un año a bordo había consumido toda la grasa de mi cuerpo y palabra que podía pasarme un dedo por el costillar y sentir los baches. Sin embargo, tenía músculos, adquiridos en mis días en Portsmouth, y un nivel de energía que a veces me sorprendía. Cerca de mí estaba el guardiamarina George Stewart, con la pálida piel quemada por el sol, lo que sin duda iba a dolerle de lo lindo más tarde, y tenía pinta de ir a morir en cualquier momento. Por fortuna, las muchachas nativas tenían unos extraños brebajes medicinales que preparaban pisoteándolos en cuencos hasta obtener una fina pasta con la que luego masajearan la piel desnuda de los quemados al final de la jornada; sospechaba que los hombres estaban encantados de abrasarse si significaba que luego recibían tan familiares atenciones.

—Eh, George Stewart —dije, y quizá el calor me había vuelto loco para hacer semejante sugerencia, aunque fuera en broma—. ¿Qué tal si cogemos nuestras azadas y le desparramamos los sesos al señor Heywood para así poder escaparnos?

Sólo pretendía que fuera una broma fantástica, pero la expresión de Stewart me dijo al instante que había metido la pata. Se me quedó mirando con el desprecio que sólo los más jóvenes de la tripulación me demostraban —como criado del capitán no tenía rango oficial, lo que significaba que los de rango inferior tenían a quien mirar con desdén—, y luego negó con la cabeza antes de volver al trabajo.

—No lo decía en serio —me apresuré a puntualizar—. Sólo era una broma.

Algo en mi interior me hizo lamentar mis negligentes comentarios y estaba a punto de acercarme a explicarle que no pretendía nada con ellos, cuando todos los hombres se incorporaron y dejaron caer las azadas. Seguí su mirada hacia el oeste, donde una fila de muchachas venía hacia nosotros con vasijas apoyadas en las cabezas. Caminaban con soltura, al parecer despreocupadas del peso que llevaban; sospeché que podrían haber echado a correr y perseguirse y aun así no habrían derramado una gota. No llevaban otra cosa que una franja de tela en la cintura para cubrir sus vergüenzas pero, tras una semana ahí, la tendencia de los hombres a silbar y lanzar miradas lascivas ante la visión de sus tetas había disminuido. Todavía mirábamos, por supuesto, y me ponían tan caliente que me la meneaba más veces al día de lo que me parecía saludable, pero por el momento lo que más nos interesó fueron las vasijas que transportaban, pues contenían algo mucho más deseable en ese momento que las formas femeninas: estaban llenas de agua helada de un arroyo cercano.

Los hombres se precipitaron hacia las muchachas y ellas bajaron los recipientes para llenar los altos vasos que había junto a los jardines, y cada hombre apuró rápidamente el suyo para que se lo rellenaran el mayor número de veces antes de que el líquido se acabara. Tardé en unirme al grupo y me sirvió la última, una chica que no había visto antes, más o menos de mi edad, quizá algo mayor. La miré mientras me llenaba el vaso y me desconcertó descubrir que mi seco paladar podía secarse aún más. Sostuve el vaso, pero no probé el agua.

—Bebe —me indicó con una sonrisa, y sus dientes blancos, que destacaban en su rostro moreno, me deslumbraron unos instantes.

Obedecí, como habría hecho de haberme ordenado que cogiera el cuchillo del cinturón del señor Heywood y me cortara el cuello de oreja a oreja. Me bebí el agua de un tirón, sentí que descendía por mis entrañas refrescándome de forma deliciosa, y le pedí que me sirviera más, lo que hizo sin perder la sonrisa. Sólo que esa vez, al servirme con la cabeza gacha, alzó la vista para mirarme a los ojos.

Lo dejaré bien claro ahora y les ahorraré el lenguaje florido. Esa muchacha era Kaikala, una palabra que significaba toda la frialdad del mar y todo el calor del sol, y en ese preciso instante me enamoré rendidamente. Me tenía en sus manos. Los ruidos que hacían los hombres se extinguieron a mi lado y sólo cuando el señor Heywood, el perro, se acercó y se la llevó cogiéndola del brazo, volví a la vida.

—Eh, echadle un vistazo a Tunante —exclamó John Hallett, el chico de edad más cercana a la mía—. Ha perdido la razón.

Eché entonces un vistazo alrededor y descubrí que todos los hombres me miraban, unos divertidos y otros aburridos. Sacudí la cabeza y volví a la tarea de cavar, y recuerdo muy poco más de las tareas de esa tarde, pues mi mente

estaba en otra parte, en una tierra que nunca había visitado, un lugar que deseé considerar mi hogar.

Aunque las relaciones entre el capitán Bligh y el señor Fryer parecían haber mejorado considerablemente hacia el final del viaje a Otaheite y durante las primeras semanas en la isla, finalmente estalló una disputa más entre ellos y, en esa ocasión, confieso que mis simpatías estuvieron con el maestre, pues fue tratado con dureza tanto por el capitán como por los miembros de la tripulación, quienes lo culparon por pura costumbre.

La cuestión empezó, como suele pasar, con una nadería que no habría tenido consecuencias de no haber conducido a algo más, que a su vez acarreó otra cosa, que a su vez llevó a la disputa. Pero al principio el conflicto giró en torno a un tema: el capitán tenía diarrea.

Absolutamente toda la dotación de la *Bounty* sin excepción nos estábamos excediendo con la comida y la bebida desde la llegada a la isla, y aunque la piel y el cabello ofrecían un aspecto lustroso gracias a ello y se habían acabado los casos de escorbuto con la repentina inyección de vitaminas que aportaba el ilimitado suministro de frutas y verduras frescas, algunos se pasaron de la raya y se sintieron mal. Uno de ellos fue el capitán, que había desarrollado una tremenda afición por el fruto de la papaya y comía tantos que afectaron de forma terrible su sistema digestivo, de forma que no paraba de visitar el retrete.

Cuando le llevé el desayuno esa mañana me fijé en la palidez de su rostro, las oscuras ojeras y las gotas de sudor en la frente, señales inequívocas de que algo no iba bien, pero yo andaba distraído por mi nuevo amor, Kaikala, y no le concedí mayor importancia.

—Buenos días, capitán —saludé alegremente—. Y luce una mañana preciosa, sin duda.

—Dios santo, Turnstile, si no te conociera bien te habría tomado por un irlandés —contestó mirándome con irritación. Su comentario no me importó. Haberme hecho pasar por irlandés fue una de las acusaciones de aquel asno de rey Neptuno cuando cruzamos el Ecuador y me sometieron a aquel terrible juicio—. Tu forma de expresarte es cada día más perversa.

—Oh, no, capitán —me apresuré a contestar—. Me malinterpreta usted. Conocí a muchos irlandeses cuando vivía en Portsmouth, no me importa admitirlo, pero eran unos borrachines y se comportaban de forma demasiado afectuosa cuando se habían tomado unas copas, así que en general los evitaba.

—Sí, sí —replicó como si yo fuera un incendio. Se incorporó y, con expresión de desagrado, picoteó del plato que le había traído. Advertí que no estaba de humor para mis cotorreos, aunque yo me sentía en plena forma para ellos—. Demonios, Turnstile, ¿no se te ha ocurrido traerme agua fresca?

Pensé que se había vuelto loco, pues ahí mismo en la bandeja, junto al pan y la fruta, había una jarra de agua que yo mismo había llenado en el arroyo no

hacia ni diez minutos.

—Ahí la tiene, capitán —indiqué, empujándola un poquito—. ¿Quiere que le sirva un vaso?

—No soy un crío —espetó, mirándola con sorpresa, como si le extrañara no haberla visto antes—. Creo que puedo apañármelas para alimentarme sin tu ayuda.

—Como quiera, señor —dije, al tiempo que recogía algunas cosas que él había dejado caer al suelo la noche anterior, como hacen los caballeros cuando saben que va a venir otro detrás para ocuparse de su desorden, una actitud que llevan aprendida desde la cuna.

Me mordí la lengua mientras lo hacía, pues la sensatez me alcanzaba para saber que el capitán no tenía ganas de charlas. Su humor había empeorado en las semanas que llevábamos allí, pese a que el trabajo que nos había encomendado avanzaba a buen ritmo. Sin embargo, creo que no aprobaba el cambio de circunstancias. Tal como estaban las cosas, algunos días ni siquiera veía a sus oficiales, y la tripulación no se había reunido como tal desde la tarde anterior a que avistásemos tierra. Era tan consciente como cualquiera de que sus hombres estaban disfrutando del aspecto físico de hallarse en Otaheite y de las libérrimas relaciones con sus nuevas amigas.

Se había erigido para él una cabaña especial a la sombra de unos árboles, cerca de la orilla pero a suficiente distancia para no tener que preocuparse porque se le mojaran las sábanas. Casi todos los demás dormían en hamacas y en las playas. Por supuesto, muchos habían encontrado una muchacha con quien pasar las noches. O dos muchachas. O, en el caso del señor Hall, cuatro chicas y un jovencito, pero ésa es otra historia, de la que él habría de dar cuentas a la señora Hall a su regreso a Inglaterra, y no en estas páginas. Como yo aún tenía que conocer el tacto de una fémica, trataba desesperadamente de no dedicar demasiado tiempo a mis anhelos. Pero la cabaña del capitán era muy bonita. Tenía un escritorio con algunos mapas y su diario de navegación, que él llenaba con la información cotidiana sobre el estado de los árboles del pan, además de escribir cartas a *sir* Joseph sobre sus progresos, aunque no tengo idea de cómo imaginaba que iban a transportarse hasta su destinatario.

—La fruta no está muy buena esta mañana —se quejó al cabo de un momento, lo que me sorprendió, pues yo había escamoteado un poco para mí y había comprobado que estaba excepcionalmente rica. Dulce y jugosa, como me gustaba.

—¿De veras, señor? —pregunté, y ya iba a contradecirlo cuando me tomó por sorpresa saltando del lecho y cargando contra mí con una agilidad que no le conocía.

Por un instante creí que la imperfección de la fruta lo había enfurecido tanto que iba a derribarme y arrancarme la cabeza, pero antes de darme cuenta

siquiera había pasado de largo por mi lado para precipitarse al excusado, donde evacuó de forma prolongada y desagradablemente ruidosa. Pensé en marcharme, pese a que reservaba las mañanas para él por si quería encomendarme tareas que hacer durante la jornada. Sin embargo, deduje que, dado su enojo, me metería en líos si me iba sin que me despachara.

Finalmente salió con paso vacilante, la cara empapada en sudor y las ojeras más pronunciadas que nunca.

—¿Se encuentra bien, señor?—pregunté.

—Sí, sí—soltó, apartándose de un empujón para volver al lecho—. Pero he comido demasiado. No quiero más de eso. De ahora en adelante tráeme alimentos comestibles, ¿quieres, chico? Mi estómago no está para venenos.

Eché un vistazo a la bandeja. Apenas había tocado la comida, pero no dije nada; la reservaría para mi propio almuerzo más tarde.

—¿Has visto hoy al señor Christian?—quiso saber entonces—. El aumento de las cifras de recolección diaria parece haberse ralentizado y quiero saber por qué.

—Acabo de verlo a unos metros de aquí. Estaba ahí fuera, organizando los turnos para hoy.

—¿Ahora mismo?—preguntó con irritación—. Caramba, chico, mira qué hora es.

Se levantó nuevamente de la cama y se envolvió en una bata antes de salir a la playa con paso resuelto; sin embargo, titubeó un instante al darle el sol y se protegió los ojos con la mano. Luego continuó, a paso cada vez más rápido y con expresión de creciente irritación. Christian y Fryer estaban de pie a poca distancia, enfrascados en un raro momento de buen humor, cuando el capitán se precipitó furibundo hacia ellos e inquirió qué estaba pasando.

—¿Con respecto a qué, señor?—preguntó el señor Christian, y confieso que el cabello de ningún hombre se ha visto tan negro como el suyo al sol de aquella mañana. No llevaba camisa y no resultaba difícil entender por qué a las damas de la isla les gustaba tanto; tenía tan buena planta que parecía que el Señor en persona hubiese estado presente en su formación y aportado un diseño propio. Se rumoreaba que había conquistado a más de una docena de muchachas nativas y que estaba decidido a hacer lo mismo con todas y cada una de ellas antes de que termináramos el trabajo el viernes.

—Con los frutos del árbol del pan, señor Christian. Hasta ahora hemos transportado menos de doscientos al semillero, cuando el programa especifica claramente que ayer deberíamos haber pasado de los trescientos. ¿Cómo van a madurar y estar listos para ser transportados a la bodega del barco a este ritmo?

El señor Christian se encogió de hombros casi imperceptiblemente y cruzó una mirada con Fryer antes de responder con otra pregunta:

—¿De verdad vamos tan por debajo de lo previsto?

—No lo habría dicho si no fuera así —insistió Bligh—. Además, ¿qué horas son éstas para andar organizando los turnos? Hace una hora que los hombres deberían estar trabajando.

—Estábamos esperando a que volvieran Martin y Skinner, señor —intervino el señor Fryer, y desde donde yo los observaba a un par de metros de distancia me pregunté por qué no se mordía la lengua, pues pocas cosas contribuirían en mayor medida a empeorar el mal genio del capitán que conversar con el maestre del barco.

—¿Esperando a Martin y Skinner? —casi gritó, presa del asombro. Titubeó antes de continuar y pareció proferir un leve gemido; advertí que era la cagalera, que le estaba jugando una mala pasada. Cambió el peso de la pierna derecha a la izquierda, pero su cuerpo pareció hundirse un poquito en la arena—. ¿Qué quiere decir con que están esperándolos?

—A que regresen de sus... actividades nocturnas —repuso el maestre con cautela.

—¿Actividades? —repitió el señor Bligh, mirándolo como si hubiese sufrido una embolia—. ¿Qué clase de actividades? ¿Es un circo lo que dirigimos aquí ahora?

—Bueno, señor... —contestó Fryer, vacilando y riendo un instante antes de convertir la risa en una tos y recobrar el semblante serio—. Usted es un hombre de mundo. Diría yo que lo entiende.

—No entiendo nada, señor, que usted no me explique —espetó; me pregunté si la cosa terminaría allí, pero sospeché que no—. ¿En qué actividades andan metidos? ¡Contésteme!

—Creo que se llevaron unas muchachas nativas tierra adentro para su diversión —explicó Fryer—. Estarán de vuelta en cualquier momento, se lo garantizo.

El capitán lo miró perplejo y boquiabierto; me horrorizó pensar lo que seguiría. Pero, para mi sorpresa, eligió dirigirse al compañero del maestre.

—Señor Christian, ¿me están diciendo en serio que...? —Se detuvo y soltó un leve quejido de agonía, contrayendo el rostro—. Quédense aquí un momento, los dos. Que ninguno de ustedes se vaya.

Desapareció de vuelta a su cabaña y de ahí al excusado, y cuando regresó unos instantes después pareció a un tiempo avergonzado por la ausencia y más irritado que antes.

—Hay demasiada indolencia por aquí —bramó, sin permitir que los otros tuviesen oportunidad de hablar primero—. Y ustedes dos están al corriente de todo, ahí de pie como un par de criadas mientras los hombres han desertado...

—Señor, no es precisamente que hayan desertado... —empezó el señor Fryer, pero el capitán no estaba dispuesto a tolerar interrupciones.

—Han desertado de sus puestos aunque no hayan abandonado a su rey —

exclamó—. Deberían estar aquí, listos para trabajar a la hora convenida. Demasiado dormir aquí en la playa, a eso se debe todo. Este asunto tiene que acabar de inmediato. Señor Christian, usted está a cargo del semillero. ¿Cuántos hombres necesita allí por turno cada día?

—Bueno —contestó el primer oficial, alisándose las cejas y examinando el estado de sus uñas mientras consideraba la cuestión—. Supongo que con una docena y media por turno nos arreglamos para ocuparnos del huerto, la mitad trabajando y la mitad descansando.

—Entonces, señor Fryer, los hombres que no formen parte del turno en el semillero, los que estén dedicados al transporte durante el día, volverán al barco cada noche cuando hayan completado sus jornadas y dormirán a bordo, ¿entendido?

Los tres que no teníamos el rango de capitán permanecimos un momento en silencio y me complació advertir la expresión de incredulidad de los dos oficiales. Por mi parte, deseé que al señor Bligh le entrara otra vez la cagalera y que lo cogiera tan desprevenido que olvidara semejante sugerencia, pues hasta yo sabía los problemas que acarrearía.

—Capitán —intervino el señor Fryer—. ¿Está seguro de que eso es sensato?

—¿Sensato? —repitió riendo—. ¿Está cuestionando mi decisión?

—Sólo lo pregunto, señor —declaró el otro con paciencia—, porque a nuestra llegada a Otaheite usted mismo informó a los hombres que contaban con nuestra gratitud por sus sacrificios durante el viaje y que las cosas en la isla serían un poco menos... estrictas. Siempre y cuando el trabajo se lleve a cabo, no veo razón para impedir que disfruten de un tiempo de ocio por las noches. Es bueno para la moral y esas cosas.

Fue un buen discurso, y pronunciado sin temor a represalias. Mientras él hablaba, el señor Christian y yo intercambiamos una inesperada mirada de silencioso acuerdo, pues a ninguno de los dos nos habría gustado ser el blanco de lo que se avecinaba.

—Señor Fryer —declaró al fin el capitán, y aún me inquietó más advertir que su tono era comedido—. Es usted una verdadera deshonra para su uniforme.

El destinatario de semejante agravio se quedó boquiabierto, y el señor Christian y yo tragamos saliva con nerviosismo.

—Se planta usted delante de mí y me suelta que los hombres hicieron sacrificios durante el viaje —le espetó el capitán—. No hicieron ningún sacrificio, señor Fryer. Forman parte de la Armada de Su Majestad, que Dios lo bendiga, y en su nombre se limitan a cumplir con el cometido que se les ha encomendado, con el deber que han jurado cumplir. Al igual que es su deber, señor, escuchar cada palabra que yo diga y obedecer todas mis órdenes sin ponerlas en cuestión. ¿Cuál es la razón de este continuo tira y afloja entre usted y yo? ¿Por qué le resulta tan difícil cumplir la misión para la que lo pusieron a

bordo de la *Bounty*?

—Capitán —contestó el maestre al cabo de un momento, irguiéndose en toda su estatura y sin que le temblara la voz, lo cual suscitó mi admiración—, si ésas son sus órdenes, las cumpliré, por supuesto. Deseo hacer constar, sin embargo, que me parece poco aconsejable castigar a los hombres en este momento, y es así como lo verán, como un castigo, por la nimia cuestión de que dos marineros se hay an presentado tarde al trabajo. Hay mejores formas de atajar el problema que romper una promesa hecha a todos.

—Formas que usted conoce muy bien, sin duda.

—Permítanos a Fletcher y a mí dirigirnos a la tripulación, señor. Podremos hacerles entender que una cosa es un poco de diversión, pero que estamos aquí para cumplir una misión y...

—No —lo atajó el capitán en voz baja y llena de agotamiento, palideciendo de nuevo, y advertí que estaba a punto de sufrir otro ataque y que necesitaría excusarse para ir al retrete—. Ya he hablado con ustedes dos, que se limitarán a transmitir mi decisión, y ahí se acaba el asunto, ¿entendido?

—Desde luego —repuso el maestre con visible descontento—. Como usted diga.

—Como yo diga, en efecto —espetó—. Y usted, señor Christian, a partir de ahora mantendrá a sus hombres en el semillero bien a raya y se ocupará de que todos arrimen el hombro, y se acabó el confraternizar con... con...

—¿Con quién, señor? —quiso saber el primer oficial.

—Con las salvajes —concluyó Bligh. El dolor lo obligó a doblarse y correr hacia la cabaña, dejándonos a los tres con una mezcla de asombro y consternación.

—¿Qué tiene usted que decir a eso? —preguntó Fryer, y el primer oficial inspiró entre dientes y negó con la cabeza.

—No va a ser fácil comunicarlo —repuso—. Va a haber muchos descontentos, se lo aseguro.

—Quizá deberíamos hablar más tarde con él. O hágalo usted, Fletcher. A usted lo escucha.

Comprendí que Fryer estaba en lo cierto, pero también sabía que la posibilidad de que Christian hiciese cambiar de opinión al capitán para favorecer a la marinería era tan remota como transportarme instantáneamente a una tierra donde la comida abundase y Kailala me diese placer hasta que el Señor nos llamara a su lado.

—No sé, John —dijo el primer oficial—. ¿Se le ha ocurrido considerar...? —En ese punto me miró y vaciló—. Tunante, ¿qué diantre estás haciendo?

—He pensado que el capitán iba a volver, señor —contesté con aire de inocencia.

—Pues diría que por ahora no. Ve con él. Quizá necesite tu ayuda.

El último sitio donde deseaba estar era de nuevo en aquella cabaña, pero allí me dirigí de mala gana. Cuando entré no encontré ni rastro del capitán: estaba encerrado otra vez en el excusado.

Y he ahí la historia de cómo un caso de diarrea condujo a una decisión poco acertada, que a su vez plantó las primeras semillas de descontento para la montaña de problemas que sobrevendrían. De haber sabido qué nos esperaba, la noche antes habría aderezado el té del capitán con un poco de nuez moscada y extracto de oliva, pues todo el mundo sabe lo bueno que es eso para el estómago y cómo mantiene a raya la diarrea.

Fue así como empezó. La personalidad del capitán se fue alterando terriblemente en las semanas siguientes y empecé a sospechar que el calor de la isla le estaba afectando la cabeza, pues el hombre jovial y amable que había conocido a bordo de la *Bounty* se volvió un cascarrabias irritable y propenso a arrebatos de ira indiscriminada. Una tarde estuvo a punto de arrancarme la cabeza por una tontería, y Fryer se ganó mi gratitud eterna al llevarme a un lado e interesarse por mi bienestar, una actitud que yo apenas había conocido en toda mi vida, no digamos ya desde que me había unido a aquella maldita tripulación.

—Estoy perfectamente bien —mentí, sonriendo—. Heme aquí, un muchacho en una isla tropical, con el sol en la cara y la barriga llena. ¿De qué debería quejarme?

El señor Fryer sonrió y por un instante temí que fuera a abrazarme.

—Eres buen chico, Turnstile. Te importa mucho el capitán, ¿no es así?

—Ha sido bueno conmigo —admití con cautela—. Usted no sabe con qué clase de hombres tuve que tratar antes de él.

—Entonces déjame aconsejarte que no te lo tomes a pecho cuando te regañe —dijo. ¡Regañar era una buena forma de expresarlo! Unos minutos antes le había llevado el té, olvidando el limón, y juro que estuvo a punto de echar mano del sable de abordaje. El señor Fryer continuó—: Lo que les pasa a los hombres como el señor Bligh es que son navegantes por encima de todo. Cuando hay tierra sólida bajo sus pies, cuando no se ven rodeados por las mareas, cuando no tienen el olor del salitre en las narices, se vuelven irritables y proclives al abuso. Es un capricho racional e irracional a un tiempo, y te aconsejo que no le concedas importancia. Lo que estoy diciendo, Tunante, es que harías bien en no tomártelo como algo personal.

Había otra posibilidad. Por lo que sabía, sólo quedaban dos hombres de la tripulación que aún tenían que probar lo que las nativas ofrecían. Uno de ellos era el capitán Bligh, que siempre llevaba encima el retrato de su esposa y que, a diferencia de los demás hombres casados de la tripulación, incluidos los oficiales, parecía considerar sagrados los votos que había hecho el día de su matrimonio. Empecé a pensar si no le mejoraría el humor algún que otro devaneo; sabía que con el mío habría obrado maravillas. Pues, por supuesto, yo era la otra persona que seguía intacta.

Sea como fuere, seguí el consejo de Fryer y aprecié que me lo hubiese ofrecido. Un año antes, cuando nos conocimos, había pensado con frecuencia que era un tipo torvo y reservado. Algo en su aspecto, en particular las anchas patillas y el rostro caballuno, no invitaba al trato franco. Sin embargo, era un hombre amable, considerado con la tripulación y atento a sus deberes. Y me gustaba por ello, a diferencia del presumido de Christian, que prestaba más

tiempo a su aspecto que a los hombres que se afanaban en torno a él.

Cuando regresé a la cabaña después de hablar con el señor Fryer, el capitán me dio orden de informar a toda la tripulación, oficiales y hombres por igual, de que esa tarde debían reunirse a bordo de la *Bounty* porque quería dirigirse a ellos como grupo y en privado. Quise pedirle que me confiara de qué iba a hablarnos, pero comprendí que si lo hacía acabaría desollado y con la cabellera arrancada antes de terminar la frase.

De modo que obedecí y a las siete de esa misma tarde la dotación entera de la *Bounty* se hallaba reunida de nuevo en cubierta. Ver a todos los hombres juntos por primera vez desde nuestra llegada a la isla me dio ocasión para considerar cómo habían cambiado todos en esas semanas. Se los veía mucho más sanos, sin duda. Tenían el rostro rubicundo, las ojeras habían desaparecido y parecían bastante contentos, aunque advertí que hallarse todos otra vez en el barco les producía cierto nerviosismo. Ya temían el día que el capitán diera la orden de levar anclas.

Los oficiales estaban al frente, los señores Fryer y Elphinstone vestidos adecuadamente, mientras que los señores Christian y Heywood llevaban pantalones holgados y una camisa con el cuello abierto. Añado lo siguiente para que conste con claridad: creo que el señor Heywood estaba ebrio.

Había tenido la buena fortuna de no ver demasiado a esos dos mientras nos hallábamos en Otaheite, pues, dado que ambos estaban a cargo del semillero, pasaban allí la mayor parte del tiempo. El capitán, que los visitaba a diario, regresaba complacido con lo que veía, y durante su ausencia yo aprovechaba para limpiar sus aposentos y lavarle la ropa sucia. Pero me habían llegado rumores de que, aparte del trabajo que prosperaba durante el día, por la noche se celebraban unas bacanales que habrían avergonzado a griegos y romanos. Yo no las presenciaba —todavía—, porque no formaba parte de su grupo y estaba demasiado cerca del capitán para ser invitado a sus diversiones. Pero sí sabía que casi todos los tripulantes se las ingeniaban para estar allí de madrugada y relacionarse con las mujeres de la isla, y como ninguna era una dama cristiana no tenían reparos en permitirles copular con ellas.

El capitán apareció en cubierta con uniforme de gala e inspiró con fuerza por la nariz mientras observaba a la tripulación al completo. Recordé las palabras del señor Fryer sobre que el capitán necesitaba el olor de la sal en las narices y me pregunté si no haría acopio de él llenándose los pulmones para luego racionarlo a medida que avanzaba la noche. Miró a sus oficiales y frunció el ceño al ver los atuendos con que se habían presentado los señores Christian y Heywood, pero de momento apartó la vista y se limitó a hacer un gesto de negativa.

—Hombres —declaró, silenciando los murmullos con una simple palabra—. Los he convocado esta noche porque hace bastante que no nos reunimos como una tripulación. Quisiera... —titubeó, buscando la palabra adecuada, que pareció

reacio a pronunciar— agradecerles todo el trabajo que están llevando a cabo en la isla. Habiendo consultado hoy mismo con el señor Christian en el semillero y con el botánico, el señor Nelson, puedo confirmar que el trabajo avanza según las previsiones y que el éxito de nuestra misión, de continuar a este ritmo, está garantizado.

» Sin embargo, hay un par de cuestiones que he de mencionar, puesto que aún nos queda un mes en esta isla y quiero asegurarme de que las cosas continúen yendo tan bien como hasta ahora. Lo que sigue es una lista de... bueno, no de reglas exactamente; creo que nuestra hermandad es lo bastante feliz sin ellas. Considérenla más bien una lista de recomendaciones que me gustaría que todos tuvieran presentes en las próximas semanas.

De nuevo hubo murmullos, pero como no se había sugerido que nos disponíamos a zarpar hacia Inglaterra, no traslucieron nerviosismo.

—En primer lugar —continuó el capitán—, sin duda están al corriente de que los nativos de la isla creen que el capitán Cook sigue vivo y reside en Belgravia. Como bien saben, tan heroico hombre fue asesinado por los salvajes de una isla cercana hace varios años. Desearía que la mentira, por así llamarla, continúe en pie. Conviene a nuestros intereses mantener el engaño de que sigue habiendo una amistad entre el fallecido capitán y nuestro anfitrión, Tynah, que como es natural siente hacia él todo el respeto y la adulación que merece un inglés así. Me tomaré muy en serio los actos de cualquier hombre que viole esa mentira.

» En segundo lugar, soy consciente de que existe cierto nivel de... simpatía entre ustedes y las mujeres de la isla. No se trata de nada excepcional. Como resulta obvio, las damas de aquí, y utilizo el término libremente, carecen de la decencia de nuestras esposas y novias en casa, de modo que hagan con ellas lo que deseen, pero les insto a tratarlas con amabilidad y a velar por su propia salud.

El comentario fue recibido con risas estentóreas y una serie de exclamaciones subidas de tono que no repetiré aquí, pues son indignas de mí. Al cabo de unos instantes, el capitán levantó la mano, los hombres se tranquilizaron y él volvió a hablar.

—Como saben, hemos llevado muchos artículos del barco a la isla para ayudarnos en nuestros empeños, y el rey Tynah ha tenido la generosidad de ofrecernos el uso de cuchillos y objetos cortantes. Todo hombre ha de velar por ellos y ocuparse de que nada se pierda o sea robado. El valor de cualquier objeto perdido se cargará más adelante a las pagas de su usuario.

Puedo asegurarles que a los hombres no les importó este último comentario y lo dejaron bien claro, pero a mí me pareció de lo más decente. Si un tipo no es capaz de velar por un objeto, para qué dárselo siquiera.

—Estoy seguro —prosiguió el capitán— de que entre nosotros no hay nadie dedicado a lo que voy a sugerir ahora, pero ha ocurrido en viajes anteriores, en otros barcos, de modo que simplemente les informo de ello. Todos los artículos

del navío, todo lo que recojamos en la isla, cualquier cosa que forme parte de nuestros pertrechos, no les pertenece a ustedes, ni a mí, sino al rey, y cualquiera que haga mal uso de ello con el propósito de comerciar o hacer trueques será culpable de la más grave violación del reglamento y deberá atenerse a las consecuencias.

Miré alrededor y vi varias caras de culpabilidad. Sucedió con regularidad, todos lo sabíamos, incluso el capitán, pero ésa era su forma de intentar poner fin a la situación.

—Nombraré a uno de los oficiales para ponerlo al mando del tráfico regular entre la isla y el barco como parte de un acto de comercio, y si alguno de los aquí presentes desea adquirir algo de la isla puede recurrir directamente a ese oficial para pedirle permiso. Señor Christian —añadió, volviéndose hacia el primer oficial—, tenía intención de ofrecerle a usted el puesto.

—Gracias, señor —contestó, prácticamente frotándose las manos, pues era obvio que ese cargo daba derecho a ganar más dinero que cualquier otro empleo a bordo—. Estaré encantado de...

—Pero he advertido, señor, que le parece apropiado comparecer en cubierta, ante la tripulación, con el cuello abierto.

El señor Christian abrió la boca debido a la sorpresa y se ruborizó; no estaba acostumbrado a que lo reprendieran delante de todos.

—¿Señor? —dijo con nerviosismo.

—¿Le parece adecuado su atuendo? —exigió saber el capitán—. Y usted, señor Heywood, si al primer oficial le diera por beberse el agua de la bañera, ¿lo imitaría usted?

Heywood le dirigió una mirada furibunda, pero no contestó.

—La disciplina se está relajando, caballeros —declaró entonces el capitán con gravedad, pero no tanto como en las semanas venideras—. Quisiera pedirles que no se presenten a sus obligaciones oficiales en semejante estado. Señor Fryer, quizá me bastará usted para ocuparse de las responsabilidades del comercio.

—Gracias, señor —contestó el maestre sin que su rostro trasluciera emoción alguna, y he de admitir que me pareció justo verlo recompensado por una vez, en lugar de condenado.

—Bueno, tripulación, se acabó el discurso —dijo el capitán con forzada alegría—. Creo que dormiré a bordo esta noche. Señor Christian, conduzca a sus hombres del semillero de vuelta a la isla. El resto se quedará en la *Bounty*.

Y así quedaron las cosas aquella noche, con una serie de normas que seguir, un oficial reprendido en público y la sensación de que los buenos tiempos no tardarían en tocar a su fin. De hecho, antes de lo que cualquiera de nosotros esperaba.

He aquí cómo nos organizábamos. Todas las tardes, alrededor de las cuatro, el capitán se retiraba a su cabaña para hacer la siesta. Era siempre muy madrugador, y si no conseguía descansar unas horas antes de la cena podía volverse una verdadera fiera. Antes de que se durmiera, me aseguraba de dejarle un cuenco de agua fresca junto al lecho para que pudiera refrescarse al despertar si yo no había vuelto todavía. Y entonces me iba.

Corría hacia el sur desde el campamento en dirección a una zona boscosa con árboles y arbustos, una clase de flora que no había encontrado en toda mi vida, pero apenas la veía mientras me apresuraba, ansioso por llegar a mi destino. No estaba ahí para contemplar el paisaje, ni me interesaba hacer bonitas guirnaldas; me esperaba un premio mejor. Seguía corriendo y doblaba a la derecha aquí, a la izquierda allá, saltaba algunas rocas que aparecían ante mí por sorpresa, rodeaba un grupo de árboles que se apiñaban como si quisieran proteger alguna criatura. Y salía entonces a un claro donde la fauna de la isla correteaba sintiéndose muy importante, aunque yo le prestaba tan poca atención como ella a mí.

Para entonces ya oía el suave chapoteo del agua en el arroyo y la cascada que vertía en la laguna de abajo, señal de que me hallaba cerca, y cuando eso pasaba me enardecía de excitación, pues sabía lo que me esperaba. Había más árboles y un repentino estallido de sol, y antes de que pasaran muchos minutos más me encontraba con lo que llevaba ansiando ver desde la última vez que nos habíamos separado: Kaikala.

Tenía la misma edad que yo, creo; quizá un año más. Tal vez dos, como mucho. Probablemente tres si he de ser del todo sincero. Y cuando sonreía me hacía sentir que nadie me había tenido nunca en tan alta estima como ella, o me había considerado un tipo tan gallardo, y esto último es probable que fuese cierto. No conseguía pronunciar bien mi nombre, John, y le resultaba imposible llamarme Turnstile. Por suerte, como no sabía siquiera qué era un tunante, no tenía intención de llamarme por ese maldito apodo, y creo que me habría echado a llorar si algún bellaco se lo hubiese mencionado y a ella le hubiese parecido divertido. De forma que se quedó con mi segundo nombre, Jacob, que pronunciaba «Yay-Ko», y de ese modo los dos, Kaikala y Yay-Ko, formamos nuestra alianza.

Era bien sabido que cada hombre en la isla había buscado la compañía de las mujeres; todos a excepción del capitán Bligh, cuyo corazón pertenecía a la señora Betsey, allá en Londres. No se trataba de asuntos del corazón, en su mayor parte, pero algunos de los más jóvenes, como yo, menos acostumbrados a los afectos e intimidades de las mujeres que nuestros colegas mayores, quizá tomamos esas muestras de cariño por algo más de lo que eran en realidad.

Kaikala y yo dejamos bien sentado desde el día que nos conocimos que yo le pertenecía y estaba dispuesto a ser su esclavo, a ir a donde ella quisiera, cuando ella quisiera, y a hacer lo que ella quisiera. Era un papel que acepté con gusto. Cuanto más me pedía, más contento me sentía yo de satisfacer sus deseos; ya no era el criado del señor Bligh, sino el de Kaikala. Un día que yacíamos juntos a orillas de la laguna, tocándonos con suavidad, mientras mis dedos exploraban sus pechos con la misma libertad con que habría estrechado la mano de un colega, me preguntó por mi vida allá en Inglaterra.

—Mi hogar está en Londres —le conté, haciéndome el encopetado aunque jamás había estado al norte de Portsmouth—. Tengo una casa encantadora justo al lado de Piccadilly Circus. Los suelos son de mármol y las balaustradas de oro, aunque su brillo ha palidecido un poco, de modo que dejé instrucciones a mis criados de que estuvieran bien pulidas para cuando yo regresara. El verano, sin embargo, lo paso en la casa de campo, en Dorset. Londres es aburridísimo en verano, ¿no te parece?

—¿Eres hombre rico? —me preguntó con los ojos muy abiertos.

—Bueno, no es muy educado presumir de eso —expliqué, frotándome la barbilla con gesto sabio—. Digamos más bien que llevo una vida acomodada. Muy acomodada.

—Me gustaría tener una vida acomodada a mí. ¿Tienes muchos amigos en Inglaterra?

—Oh, por supuesto —contesté—. Somos miembros destacados de la sociedad, mi familia y yo. El año pasado, sin ir más lejos, mi hermana Elizabeth celebró su puesta de largo; al cabo de diez días le habían hecho ya cuatro propuestas de matrimonio y un admirador le había regalado un conejo de un color único. Una tía nuestra se la ha llevado de acompañante en un viaje por toda Europa, donde sin duda se verá envuelta en numerosos malentendidos y enredos románticos, y además sabe los números en francés, alemán y español.

Ella sonrió y apartó la mirada, y advertí que todo aquello le gustaba. Tenía aspecto de no saber nada del mundo más allá del suyo, pero era consciente de que había otro ahí fuera, un mundo mejor y del que deseaba formar parte.

—Pero ¿qué hace entonces Yay-Ko aquí en barco? —quiso saber—. ¿No prefieres quedar en Inglaterra y contar tu dinero?

—Es por mi viejo padre —respondí con un suspiro—. Consiguió su fortuna con el transporte marítimo, y antes de pasarme a mí el negocio insistió en que debía familiarizarme con el mar. Eso es terriblemente anticuado, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Uno tiene que complacer a su viejo padre. De manera que lo dispuso todo para que me mandaran aquí. Es un anciano muy enjundioso, pero tal vez no le quede mucho tiempo, y quería asegurarse de que su heredero conociera los entresijos. Por lo demás, soy el consejero más cercano al capitán Bligh —aseguré—. La *Bounty* se hundiría si yo no estuviese a bordo.

—A mí el capitán da miedo —comentó ella estremeciéndose—. Cómo me mira creo quiere matarme.

—Ladra mucho, pero no muerde —la tranquilicé—. Le contaré lo maravillosa que eres y así te tratará de otra manera. Amí me escucha más que a nadie.

—Y estos dos en huertos —añadió con una mueca de desagrado—. No gustan nada a mí.

—Ésos son los señores Christian y Heywood —expliqué—. Uno es un presumido y el otro un perro, pero no has de preocuparte por ellos. Yo estoy por encima de los dos, por eso tienen que hacer lo que les diga. Si intentan cualquier cosa desagradable contigo, cuéntamelo de inmediato. —Ése era mi mayor temor: enterarme de que Christian se había propasado con Kaikala. O, peor incluso, que lo había hecho Heywood.

—Son hombres malos —siseó ella entre dientes—. Hombres de tu barco son amables, en general, pero ellos no. Nos tratan mal. Tratan mal a todas chicas. Les tenemos miedo.

Algo en su tono me intrigó, pero al mismo tiempo preferí no saber más. Nunca me había llevado bien con el perro ni con el dandi, pero aun así seguían siendo ingleses, y no me gustaba enterarme de que se comportaban de forma ofensiva con las nativas.

—Y el rey —prosiguió después—. El rey Jorge. ¿Conoces a él?

—¿Que si lo conozco? —Me eché a reír, incorporándome sobre los codos—. ¡Vaya pregunta! Si he sido buen amigo de su majestad desde que era un crío... Muchas veces me ha recibido en palacio, nos hemos sentado a fumar un puro juntos y quizá a jugar una mano de *whist*, y me he quedado allí hasta bien avanzada la noche, hablando de asuntos de Estado y bebiendo el mejor vino.

Kaikala pareció encantada ante semejante idea.

—¿Y damas? —insistió—. ¿Hay damas en tu corte?

—Muchas damas —asentí—. Las damas más hermosas de Inglaterra.

Apartó la mirada y esbozó una mueca.

—Yay-Ko tiene enamorada en la corte —dijo con tristeza, y me apresuré a defenderme.

—¡Jamás! —exclamé—. ¡Por nada del mundo! Me resistí a sus encantos, esperando a la mujer adecuada. A la mujer más hermosa, no de Inglaterra sino del mundo entero. Por eso vine a Otaheite. Y eso es lo que he encontrado aquí.

Le cogí la mano, actuando con tanta cursilería que ahora me avergüenza recordarlo, y me acerqué más a ella, deseando poder quedarnos a solas para siempre en aquel sitio.

—Hago feliz a ti —declaró, moviéndose de forma que quedé tendido boca arriba y ella sentada encima—. ¿Quieres que Kaikala dé placer?

—Sí —chillé, pero cuando me desabrochaba los pantalones sentí que mi

erección, hasta entonces tan bien dispuesta, me abandonaba y me dejaba hecho una ruina marchita. Bajó la vista hacia mí, decepcionada, pues eso ocurría cada día, y me miró a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿No gusto a Yay-Ko?

—Sí, me gustas —respondí a la defensiva, deseando con todas mis ansias ponerme en acción. Levanté los brazos y le cubrí los pechos con las manos ahuecadas, pero aunque el contacto me produjo un gran placer, no conseguí transformarlo en acción. Mi cabeza se pobló con imágenes del pasado, de los tiempos en el establecimiento del señor Lewis y de todo lo que me había obligado a hacer allí. Si cerraba los ojos oía las botas de los caballeros, su repiqueteo al subir las escaleras, los muchachos. Y así nuestras tardes juntos acababan siempre de la misma manera: yo corría de vuelta a través de la jungla, subiéndome los pantalones, acercándome al campamento sólo para descubrir que lo que antes me había fallado estaba ahora lleno de vida, y ocultándome en los matorrales para encontrar un afligido alivio antes de regresar junto al capitán y a mis obligaciones.

Odiaba al señor Lewis y todo lo que me había hecho. Y busqué un remedio.

La decisión de dejar al señor Fryer a cargo de todo el comercio entre los isleños y la tripulación había parecido sensata al principio; durante un tiempo no hubo incidentes serios de robo o trueques ilegales, al menos ninguno que llegara a oídos del capitán. Sin embargo, me hallaba una mañana sirviendo al señor Bligh en la tienda del rey Tynah cuando fue informado de algo que significó otro revés de la suerte.

El rey y el capitán se llevaban muy bien; de hecho, algunos días me parecía que el capitán sentía mayor respeto por Tynah que por la mayoría de sus propios oficiales. Casi todas las mañanas visitaba a su majestad en su hogar y lo informaba de lo bien que marchaba nuestra misión y de cuán agradecidos estarían el capitán Cook y el rey Jorge cuando supieran con cuánta generosidad se había acomodado su hermano del Pacífico a sus planes; era pura condescendencia, desde luego, y a mí me habría apetecido abofetear a cualquiera que me hubiese hablado con el tono que nuestro capitán utilizaba con su anfitrión, pero el rey de los nativos era vulnerable a esos halagos, sin duda, y todo el mundo estaba contento, así que la cosa siguió y la misión fue avanzando hacia su conclusión.

—Los hombres —dijo el rey una mañana que estaban sentados ante sendas tazas del líquido viscoso que sus criados preparaban regularmente al capitán, una mezcla de plátano, mango, agua y algo más que yo no conocía—. Comen bien en isla, ¿sí?

—Muy bien, majestad, gracias —contestó el señor Bligh, degustando el refrigerio servido en bandejas ante él—. Vamos a ver... nuestras bodegas se han abastecido bien en las paradas por el camino, y la fruta y las verduras de Otaheite suponen un cambio muy agradable de nuestra dieta habitual.

El rey asintió muy despacio, como si moverse supusiera una gran inconveniencia para un hombre como él, pero esbozó una mueca de disgusto, típica de quien acaba de notar un sabor desagradable.

—Sabe que pienso de usted con amistad, William —dijo, y debo remarcar que era el único que se dirigía al capitán con tal grado de familiaridad, al menos que yo supiera.

—Por supuesto, majestad —contestó él, alzando la vista con cautela, pues sabía tan bien como yo que sólo las malas noticias empezaban de esa forma—. Lo mismo digo.

—Y usted y sus hombres tienen bienvenida a las frutas y verduras en la isla, como dice. Son regalo de Dios a todos los que están aquí. Pero los cerdos. —Negó con la cabeza y blandió un grueso dedo en la cara del capitán—. No más cerdos.

El señor Bligh lo miró y luego a mí, como si no hubiese entendido del todo

aquella declaración. Dijo entonces con una sonrisa perpleja:

—No le comprendo, majestad. ¿Qué pasa con los cerdos?

—No deben comerse nuestros cerdos —puntualizó con firmeza el rey, para después mirar al frente como si su declaración bastara y no hubiese más que hablar.

—Pero, majestad, nosotros no nos comemos sus animales de cría. Lo dejó bien claro a nuestra llegada y hemos hecho honor ese compromiso.

El rey lo miró y arqueó una ceja.

—Usted tal vez, William, pero ¿de sus hombres? Ellos son distinta historia. Decirles que dejen de hacerlo. Decírselo ahora. Habrá infelicidad entre nosotros si esto continúa.

El señor Bligh guardó silencio y se limitó a mirar a su anfitrión antes de inclinar la cabeza y espirar con fuerza por la nariz. Advertí que estaba furioso por lo que se había dicho. Sus órdenes —que yo mismo recordaba haberle oído impartir— habían sido explícitas en ese sentido. La conversación se extinguió después de la advertencia real y abandonamos la tienda con cierta humillación.

Una hora después, el señor Fryer fue convocado a la cabaña del capitán, donde se lo interrogó sobre el asunto con tales modales que habría cabido pensar que el maestro se pasaba el día mordisqueando un pedazo de tocino.

—¿No dejé bien claro a nuestra llegada que los hombres tenían prohibido comerse los animales de cría de la isla a menos que se los sirvieran los propios isleños?

—Por supuesto, señor —respondió Fryer—. Y por lo que yo sé, todos nos hemos ceñido a esa regla.

—Por lo que usted sabe —repitió el capitán con una mueca de desdén nada propia de él—. Bueno, pues vamos a ver adónde nos lleva eso. ¿Me está diciendo que no le han llegado rumores de que se estén matando y asando cerdos ilegalmente?

—Ninguno, señor.

—Entonces habré de confiar en su palabra. Pero el rey cree que sí es ése el caso, e imagino que tiene motivos para ello. No es de los que andan imaginando cosas. Y no lo permitiré, señor Fryer. No toleraré que se me desobedezca. Déjeme plantearle una cuestión. —Se sentó al escritorio e invitó al señor Fryer a hacerlo frente a sí; fue otra de esas raras ocasiones en que los dos hombres parecían tener más cosas en común que diferencias—. Sus obligaciones lo llevan a recorrer gran parte de la isla, ¿no es así?

—En efecto, señor.

—Si un hombre quisiera robar un cerdo y llevarlo a algún sitio para matarlo y destriparlo, un sitio donde sus compañeros o los oficiales no pudiesen detectar el olor del asado, ¿adónde supone usted que iría?

Fryer lo consideró unos instantes y advertí que sus ojos se movían con

nerviosismo mientras recorría mentalmente el terreno que había llegado a conocer tan bien.

—Es difícil decirlo, señor —contestó al fin; una respuesta poco entusiasta y no muy digna de él.

—Pues piense, hombre —insistió el capitán, controlando el mal genio—. Es usted un hombre de recursos, señor Fryer. Si fuese usted, ¿adónde iría?

—Capitán, confío en que no esté sugiriendo...

—Oh, no estoy sugiriendo nada parecido, hombre —espetó—. No se sulfure, por el amor de Dios. Le estoy preguntando si fuera usted a hacer algo así, y ya sabemos todos que jamás lo haría —añadió con sarcasmo—, ¿adónde iría?

—Es complicado —manifestó por fin el maestre—. Los árboles del pan están muy diseminados, de forma que los señores Christian y Heywood se mueven por distintas zonas de la isla recogiendo los especímenes durante todo el día. Les llegaría el olor a carne si fuera como usted sugiere. Sin embargo... —Se dio golpecitos en la nariz, considerándolo.

—¿Qué, señor Fryer?

—Señor, en la orilla nordeste hay una zona de matorrales, árboles altos y espesura demasiado densa para que crezca el árbol del pan. En realidad no queda muy lejos de aquí, no más de veinte minutos andando. Es una zona expuesta donde los vientos que soplan hacia el interior quedan atrapados, de manera que, en teoría, un hombre que quiera disimular el olor de la carne no haría mal en cometer su delito en ese sitio.

El capitán asintió.

—¿Le parece probable? —quiso saber.

—Confío en que no lo sea. Pero, en mi opinión, es el único sitio en que puede tener lugar algo así.

—Entonces vayamos allí juntos. Usted y yo.

—¿Ahora?

—Pues claro que ahora. —El capitán se puso en pie con una expresión afable en el rostro, sin duda contento de tener algo constructivo que hacer al fin, una oportunidad de ejercer su autoridad una vez más—. Tynah ha expresado su desagrado hacia nuestra tripulación. De continuar el asunto, podría decidir que ya no somos amigos y sentirse poco dispuesto a ayudarnos. En cuyo caso todo nuestro trabajo aquí no habría servido de nada. ¿Le gustaría que pasara eso, señor Fryer?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, en marcha. Turnstile, tráeme mi bastón.

Y con eso salieron de la cabaña para su paseo. No sabía qué iban a encontrar, o si hallarían algo siquiera, pero sentí lástima del bellaco que pillaran si resultaba que el señor Fryer estaba en lo cierto.

El capitán, después de todo, estaba esperando una oportunidad como ésa.

Las veladas en la isla solían ser tranquilas. Cuando los hombres acababan su trabajo se disponían a disfrutar de sus viandas y, luego, de los placeres con las damas. Las nativas estaban encantadas de quedarse en la playa encendiendo fuegos, interpretando danzas, haciéndonos sentir como dioses entre hombres. Cuando la playa se llenaba de tripulantes y nativas todo eran risas y disipación. Esa misma noche, la del día en que el capitán y el señor Fryer emprendieron su paseo, la playa estaba más llena que nunca, pero no había risas ni ambiente para licencia o disipación algunas.

La tripulación estaba reunida en filas, con los oficiales en los extremos, y todos adoptaban la expresión sorprendida de quien ha olvidado cuál es su papel en la vida y acaba de darse un topetazo al poner los pies de nuevo en la tierra. Corriendo por la playa y cada vez más consternados, docenas de nativos, en su mayoría mujeres, chillaban y lloraban presas de la desesperanza.

Y en el centro de esa multitud se hallaban el capitán Bligh, el señor Fryer y el ayudante del contraataca, James Morrison; de cara a ellos, atado a un tocón, desnudo de cintura para arriba y exhibiendo la espalda, se encontraba el tonelero Henry Hilbrant.

—Tripulación —empezó el capitán dando un paso al frente—. Me he dirigido antes a ustedes con respecto a la disciplina y su relajo durante nuestra estancia en esta isla. Pues bien, la cosa ha llegado demasiado lejos: hemos descubierto que hay un ladrón entre nosotros. Como sabéis, les dejé bien claras las normas con respecto al comercio, el trueque y el robo. Pero esta mañana nuestro anfitrión, su majestad el rey Tynah, me ha reprendido por la continua pérdida de sus cochinitos a manos de uno de los nuestros. Más tarde he descubierto al señor Hilbrant a solas con una de sus mal ganadas presas, disfrutando del tocino, ¡disfrutando sin vergüenza alguna del tocino, debo decir! Y he de añadir que no pienso tolerarlo. Señor Morrison, dé un paso al frente y prepare el látigo.

El ayudante del contraataca se apartó del señor Fryer antes de revelar el látigo de nueve colas que había ocultado a la espalda y blandirlo en el aire para liberar sus zarcillos. Ante su aparición, las nativas prorrumpieron en tremendos gritos de dolor que me helaron el corazón.

—Adelante —indicó el señor Bligh.

Morrison empezó con los latigazos y todos los fuimos contando mentalmente. Cuando pasamos de la primera docena me encontré con que no podía apartar los ojos de la cara de Hilbrant, que soltaba un grito de agonía cada vez que el artificio tomaba contacto con su piel desgarrada. Más inquietantes aún eran los alaridos de las mujeres que nos rodeaban, algunas de las cuales se llevaban piedras de la playa a las frentes para rasparse la piel y dejar que manara la sangre y les corriera con dramatismo por los rostros. Los hombres las observaban y advertí el dolor que les producía, pues todos habían establecido estrechos vínculos con ellas y detestaban verlas infligirse daño de esa manera.

Busqué en vano a Kaikala, pero me tranquilizó ver que no se había unido a ellas en aquella autoflagelación; supuse que se habría quedado en su cabaña.

Por fin los latigazos se detuvieron en las tres docenas, un precio terrible por el robo de un animal tan ignorante como el cerdo, y Hilbrant cayó al suelo cuando le cortaron las ataduras.

—¡No habrá más robos! —exclamó el señor Bligh, deambulando ante nosotros con el rostro arrebatado por la ira, y juro que en ese momento apenas lo reconocí.

Nuestras miradas se cruzaron y me pareció que no me identificaba siquiera. Ése no era el hombre que se había ocupado de mí cuando caí enfermo al principio de mi viaje en la *Bounty*; el mismo que casi se había conmovido al descubrir la verdad de mis hazañas en el establecimiento del señor Lewis. Ni era la clase de padre afectuoso que me había llevado a las montañas para enseñarme su nombre grabado en un árbol muchos años antes, y que me había permitido añadir mi nombre al suyo. Era una persona completamente distinta. Alguien que se estaba derrumbando ante nuestros ojos.

Miró hacia donde la *Bounty* aguardaba fondeada, bañada por el resplandor de la luna llena. Lo observé y vi que se le demudaba el rostro cuando sus ojos se posaron en el navío; por Dios, su mirada fue tan tierna como si entrara en su alcoba londinense por primera vez en dos años para descubrir a su adorada Betsey sentada al tocador en enaguas, y ella se volviese a mirarlo y le sonriera. Tragó saliva, soltó un jadeo y los ojos se le llenaron de lágrimas antes de apartar la mirada para volver a posarla en nosotros.

—¡Estamos aquí para trabajar, tripulación! —exclamó—. No para robar, coquetear o satisfacer nuestros deseos carnales. Para trabajar. ¡Por la gloria del rey Jorge! Que el entretenimiento de hoy sirva de lección a todos y sea una advertencia de lo que le ocurrirá al siguiente que se atreva a desobedecerme. Esto de hoy parecerá leve en comparación, lo prometo.

Y entonces, agotado por su propia rabia, se volvió para dirigirse con paso vacilante a su cabaña, con la cabeza gacha en gesto de consternación. Los hombres lo observaron afligidos mientras las mujeres continuaban gritando y lacerándose el rostro. Por mi parte, sólo pude centrarme en una palabra que el capitán había utilizado, tan horrorizado quedé ante su elección: entretenimiento.

Se me ocurrió entonces que sería buena cosa que acabáramos enseguida nuestro trabajo y volviéramos a la *Bounty*, al mar, al viaje de regreso cuanto antes. En el aire había un demonio que no obedecía a los hombres ni al capitán, sino a aquellas criaturas gemelas que se miraban furiosas constantemente: el barco y la isla, la una llamando a su capitán, la otra engullendo a sus nuevos cautivos cada vez con mayor voracidad.

Cuando Kaikala y yo hicimos el amor por primera vez, no me avergüenza admitir que solté un grito de placer que no se pareció a ninguno de los que había oído hasta entonces en la isla. Estábamos en nuestro sitio de siempre, a orillas del arroyo cerca de la catarata, y ella me había ayudado y guiado hasta que mis nervios se vieron por fin vencidos por mi deseo y fui capaz de ser uno con ella. Después, tendidos los dos muy juntos, tan desnudos como un par de críos recién nacidos, me interrogó una vez más sobre la vida en Inglaterra.

—Tengo cuatro caballos —le conté—. Dos para mis carruajes y dos para montar. Los trato bien, por supuesto. Los alimento con la mejor avena, los mantengo limpios y cepillados. Es decir, que un criado lo hace por mí. Vive en los establos con los caballos. Y estoy por encima de él.

—¿Tienes un hombre para vivir con los caballos? —preguntó sorprendida, incorporándose sobre un codo. Reflexioné sobre el asunto. Nunca había conocido a alguien que tuviera caballos, de modo que no sabía muy bien quién se ocupaba de los animales y cuál era su residencia habitual. Aunque sí sabía más que ella, de modo que me creí bastante a salvo en mi mentira.

—Bueno... vive cerca —expliqué—. No en el... no en el establo en sí.

—¿Me dejarás montar tus caballos cuando yo en Inglaterra? —quiso saber, y asentí rápidamente con la cabeza, ansioso por complacerla.

—Por supuesto. Lo que tú quieras. Serás la esposa de un hombre famoso y rico. Nadie será capaz de decirte qué puedes y no puedes hacer. Excepto yo, por supuesto. Pues yo seré tu esposo y hay ciertas leyes sobre esas cosas.

Me sonrió y volvió a tumbarse. La cuestión del matrimonio había surgido en nuestro encuentro anterior, cuando ella había procurado tanto excitarme como nunca me habían hecho en la vida, y habíamos estado a punto de consumir nuestra relación de no ser por un infortunado accidente que me había ocurrido cuando ella jugaba con mis cosas. Entonces le había dicho que la llevaría conmigo a Inglaterra y la convertiría en una mujer elegante, y ella había parecido encantada con la idea.

Siempre que estaba con Kaikala, esas falsedades me salían con naturalidad y se me antojaban poco más que mentirillas inofensivas. No imaginaba que ella se viera realmente cruzando los mares hacia una nueva vida conmigo, y no estaba seguro de que creyera todas las cosas que yo le contaba sobre mi supuesta acomodada existencia en mi país. Suponía que era sólo un juego, algo que podían fingir dos jóvenes amantes para imaginar una vida distinta de la que llevaban.

—Pero ¿qué me dices de ti? —le pregunté—. ¿No echarás de menos a tu familia, tu hogar en Otaheite? No es probable que regresemos aquí, ¿sabes?

—Ah, no —se apresuró a decir negando con la cabeza—. No echo de menos. A mis padres no les importa de mí. Y tampoco les importa de ellos. Además,

Yay-Ko, yo soy distinta.

—¿Distinta? ¿En qué sentido?

Se encogió de hombros y la observé recorrerse el escote con un dedo hasta el pecho y trazar círculos en torno al pezón con aire distraído. Quise besarlo pero, incluso después de todo lo que habíamos hecho, no me atrevía a hacerlo sin la debida invitación.

—Cuando yo niña, mi madre hablaba de los hombres que vinieron antes —explicó—. Ella con mi edad cuando estuvieron aquí.

—¿Los hombres que vinieron antes? —pregunté—. ¿Te refieres al capitán Cooky el *Endeavour*?

—Sí, ellos —confirmó—. Mi madre contaba qué amables eran, qué regalos trajeron, cómo se quedaron para hacer amor a las mujeres una vez y otra vez. —Solté un breve jadeo de sorpresa; no le avergonzaba relatar eso y la admiré por ello—. Era mi historia mejor. Le pedía que me la contara siempre. Y siempre la imaginaba en mi cabeza. Imaginaba cómo era, cómo eran esos hombres. Y pensaba que si volvían, después me llevarían con ellos. Esto es paraíso para tí, Yay-Ko. Para mí es prisión. Siempre cautiva aquí toda mi vida, sabiendo que hay algo más ahí fuera, un mundo que yo no veo. Y quiero verlo. Mis padres nunca marcharán. Nadie marcha de aquí. Nunca me enseñarán el mundo. Tanemahuta tampoco. Entonces esperé. Y entonces viniste tú.

Asentí, comprendiendo que las fantasías de la gente de todas partes tenían mucho más en común de lo que cabría imaginar, y al considerar de nuevo sus palabras, una resaltó entre ellas porque no la comprendí.

—¿Qué has dicho? —pregunté—. ¿Quién no te enseñará el mundo?

—Mis padres —dijo con una sonrisa.

—¿Y quién más?

Reflexionó sobre lo que había dicho.

—Tanemahuta —contestó—. Él tampoco.

Arqué las cejas y me incorporé hasta sentarme, mirándola sorprendido.

—¿Quién es ése? No te he oído mencionar antes ese nombre.

—Nadie —contestó encogiéndose de hombros—. Nadie especial. Mi esposo, sólo mi esposo.

Me quedé boquiabierto.

—¿Tu esposo? ¿Estás casada? —Era una noticia nueva para mí y al punto sentí que la excitación por estar ahí desnudo junto a ella volvía a remitir.

—Casada antes —corrigió, como si fuese lo más natural del mundo—. Él murió.

—Ah —repuse algo aliviado pero no del todo feliz—. ¿Cuándo os casasteis?

—No sé —dijo, mirándome fijamente como si no entendiese mi interés—. Yo con doce años, creo.

—¿Doce? ¿Y cuántos tenía él?

—Era mayor. Nos casamos en su catorce cumpleaños.

Silbé por lo bajo y traté de imaginar que algo así ocurriera en Portsmouth. Te encerrarian por menos; lo sabía por propia experiencia.

—¿Qué le pasó? ¿Cómo murió?

—Hace un año —explicó—. Se cayó de un árbol una mañana; siempre hacía tonterías. No era chico listo. No como tú, Yay-Ko.

—¿Se cayó de un árbol?

—Y rompió el cuello.

Pensé en ello y volví a tenderme, sorprendido de que no hubiese oído hablar de él antes.

—¿Lo amabas? —pregunté.

—Pues claro —contestó—. Era mi marido. Lo amaba de mañana y de noche y a veces también de tarde —declaró. Fruncí el ceño, sospechando que no hablábamos de lo mismo—. ¿Para qué preguntas de él? —quiso saber entonces—. Él no importa. Murió. Nosotros vivos. Y tú vas a llevarme contigo en Inglaterra.

Asentí. No me hacía ilusiones de que Kaikala estuviese intacta antes de conocerme; después de todo era ella quien me había enseñado a hacer el amor, un arte en el que tristemente tenía bien poca destreza y seguía deseando aprender. ¿Y por qué debería haberme hablado de su pasado, después de todo? Yo no le había contado nada del mío, excepto un montón de mentiras descabelladas. Kaikala captó que mi humor había cambiado y se puso a horcajadas encima de mí, excitándose otra vez.

—¿Yay-Ko todavía contento? —preguntó.

—Oh, sí —me apresuré a responder—. Muy feliz, gracias.

—¿Yay-Ko no abandonará a Kaikala cuando marchar?

—Jamás —prometí—. Si tengo que elegir, me quedaré en la isla contigo.

Esa respuesta no pareció gustarle.

—Pero yo no quiero en la isla —insistió—. Quiero marchar.

—Y lo harás —aseguré—. Cuando yo me vaya.

—¿Cuándo?

—Pronto —prometí—. Nuestro trabajo no tardará en concluir y nos marcharemos. Entonces te llevaré conmigo.

Eso pareció satisfacerla y se inclinó para besarme. Rodé por la hierba con ella y al cabo de un instante volvía a estar encima, haciéndole el amor, ajeno a cualquier cosa que no fuera el acto que estábamos realizando y el placer que ella me daba. O casi ajeno, vamos. Pues en un momento especialmente desafortunado me encontré con que me distraía el sonido de una ramita al partirse allí cerca. Me detuve en mis movimientos y miré alrededor.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué? —preguntó ella mirando a su vez—. No pares, Yay-Ko, por favor.

Vacilé, convencido por un instante de que había alguien ahí cerca, entre los matorrales, observando nuestro juego, pero el bosque había vuelto a sus sonidos de siempre y meneé la cabeza, convencido de que eran tonterías mías.

—No importa —dije, y la besé—. Debo de haberlo imaginado.

Una hora después, emergí de la cascada a la que había ido a lavarme antes de separarnos. Cuando me acercaba a ella, empapado y apartándome el pelo de los ojos, me hizo sentir incómodo que ella observara mi desnudez, pese a todo lo que habíamos hecho.

—No mires —le pedí, tapándome.

—¿Por qué no?

—Me da vergüenza.

—¿Y qué es? —preguntó frunciendo el entrecejo; era una palabra que ninguno de los nativos conocía.

—No importa —dije, poniéndome los pantalones y luego la camisa por la cabeza—. Ahora he de irme, Kaikala. El capitán no tardará en echarme de menos y más vale no hacerlo esperar.

Se incorporó y me besó una última vez, y mis manos se deslizaron por su espalda hasta el trasero, que le pellizqué alegremente. Por supuesto, volví a excitarme, pero no había tiempo para satisfacer mi deseo, pues mi vida no valdría nada si el capitán no me encontraba cuando me necesitara. Por fin nos despedimos, convinimos en vernos otra vez la tarde siguiente y me volví por donde había llegado, entre los árboles, vislumbrando su hermosa silueta a medida que me alejaba de aquel escondite nuestro.

Mientras andaba con una sonrisa de satisfacción en el rostro, bajé la vista y advertí las huellas de mis botas que aplastaban la hierba y señalaban el lugar que acababa de abandonar, donde Kaikala y yo hacíamos el amor todos los días. Fruncí el ceño al comprender que cualquiera que se acercase a ese sitio podía seguir las huellas y descubrirnos. Resolví ser más cauteloso en el futuro.

A veces soy un poco tonto.

Transcurrieron varios minutos antes de que me detuviera en seco, ruborizado de vergüenza, rabia y sospecha. Bajé la vista una vez más. Yo nunca me ponía las botas cuando iba a reunirme con Kaikala. Iba descalzo.

Aquellas huellas no eran mías.

Un muchacho es capaz de hacer cosas bien raras por amor, y reconozco que es así al llegar a una parte de mi relato que me resulta doloroso exponer y humillante recordar.

En la isla había muchas costumbres con las que nosotros, como ingleses, no estábamos familiarizados, pero una en particular se había vuelto una especie de moda pasajera entre los marineros: el arte del tatuaje. Fue el capitán Cook, en su primera visita a las islas del Pacífico en el *Endeavour*, cuya tripulación incluía a un joven William Bligh, quien permitió por primera vez que la tripulación imitara las tradiciones de los pobladores al adornar sus cuerpos con coloridas marcas que permanecían indelebles para siempre. Cuando regresaron a Inglaterra y exhibieron esos símbolos de la experiencia, se dijo que buen número de damas fueron presas de desvanecimientos, pero en los últimos diez o quince años se había vuelto más y más común que un lobo de mar considerase un signo de honor permitir que lo tatuaran. Había visto muchos de esos dibujos en los brazos y torsos de los marineros en Portsmouth. Unos era diseños pequeños y cuidadosos; otros, brillantes y de vivos colores, como si las imágenes pudiesen cobrar vida y bailar una giga.

Kaikala me lo sugirió una tarde mientras nadábamos en nuestra laguna privada. Desde el incidente en que me pareció que nos espiaban mientras hacíamos el amor, me había vuelto más cauteloso. No era que formar alianzas con las nativas transgrediese ninguna norma; bien al contrario, se consideraba normal. Pero no me complacía la idea de que otro me observara mientras me hallaba dedicado a tan descarado asunto, y de haber descubierto quién nos había visto ese día, le habría dado un buen mamporro.

Había emergido de mi zambullida y corría a toda velocidad en torno a la laguna, para quemar mi exceso de energía y secarme a un tiempo, cuando advertí que Kaikala me miraba y reía. Aflojé el paso hasta detenerme, desanimado al instante creyendo que se burlaba de mi desnudez, pero cuando exigí una explicación para su arrebatado, se limitó a encogerse de hombros y decirme que era blanco hasta lo imposible.

—Bueno, soy un hombre blanco —expuse—. ¿Qué esperabas?

—Pero demasiado blanco —insistió—. Yay-Ko parece un fantasma.

Puse mala cara. Era cierto que cuando había abandonado Portsmouth más de un año atrás era un individuo bastante pálido, pero sin duda, por lo que a mí concernía, había cambiado para mejor en el transcurso de ese tiempo. Para empezar, era un año y tres meses más viejo, y eso se notaba en el tamaño del cuerpo, en mi postura y mi cutis, en lo rubicundo de mis mejillas, en la longitud de mi pito y en mi fuerza masculina. Y en cuanto al color, bueno, pues el sol de Otaheite me había dotado, a mis ojos al menos, de un atractivo tono dorado.

—¿Cómo puedes decir eso? —repuse—. Nunca he estado tan bronceado.

—¿Son todos los ingleses demasiado blancos? —quiso saber.

—Tengo un bonito tostado —protesté—. Pero sí, lo son.

—Nunca casarte conmigo con esa piel tan blanca —declaró, y bajó la vista para contemplar su propio cuerpo con tristeza. Seguí su mirada y me acerqué a ella para acariciarle el hombro.

—¿Por qué? —quise saber—. Pensaba que estábamos de acuerdo.

—¿No ver a los hombres de aquí? Ya sabes qué hacer.

Exhalé un suspiro. Llevaba un tiempo pensando que aquello se acercaba y no lo estaba deseando. Muchos miembros de la tripulación se habían sometido ya al proceso de tatuado. El perro, Heywood, había sido para mi sorpresa de los primeros en hacerlo, plantándose en el muslo derecho la insignia de tres piernas de la isla de Man, de donde procedía. (No me sorprendió en absoluto que se oyeran sus gritos en toda la isla y probablemente desde Inglaterra cuando le aplicaban el adorno). Otros habían seguido su ejemplo para mejorarlo. James Morrison llevaba la fecha de nuestra llegada a Otaheite estampada en el antebrazo. Hasta el señor Christian se había sometido al proceso y tenía un curioso dibujo en la espalda, una criatura que no me resultaba familiar, con los brazos extendidos y mirando al observador como si deseara comérselo vivo, y recientemente se había añadido diseños nativos en los brazos, los hombros y el torso, de forma que parecía estar convirtiéndose más en un nativo que en un inglés.

—Antes de casarse —me informó Kaikala—, un hombre tatuarse.

—Bueno, quizá uno pequeño —sugerí, pues nunca he tolerado bien el dolor—. Una pequeña bandera en el hombro.

—No, no —repuso ella riendo—. Un hombre no puede casarse sin adornos adecuados. Tatuaje protege de los espíritus malignos sellando lo sagrado en el interior del hombre.

Lo medité un poco y negué con la cabeza.

—Oh, no. Por nada del mundo. —Sabía exactamente a qué se refería, porque sólo unas semanas atrás había visto someterse al proceso a un muchacho de la isla que se preparaba para casarse. He aquí en qué consistía: las nalgas se tatuaban por completo de un tono casi negro. El joven permaneció tendido medio día en un bloque y permitió que dos artistas completaran el trabajo, uno trabajando en la izquierda y otro en la derecha, y pese a lo doloroso que parecía no soltó un solo grito durante todo el proceso. Lo admiré por ello, pero cuando se incorporó para que todos lo vieran, hombres y mujeres por igual, se me antojó ridículo, con su piel recién oscurecida. También oí decir que no pudo sentarse durante casi dos semanas; de hecho, todavía parecía caminar con cierta dificultad.

—Lo siento, Kaikala —dije—, pero no puedo hacer una cosa así. Aunque

soportara el dolor, que no es el caso, no quiero pasarme el resto de mi vida con el trasero pintado. No lo aguantaría. Me daría vergüenza.

Pareció abatida, pero algo en mi tono o mi forma de expresarlo le reveló que hablaba en serio, pues se limitó a asentir y pareció aceptar mi negativa.

—Entonces uno pequeño —sugirió, recurriendo a mi anterior oferta y, de mala gana, asentí; si tenía que hacerse, se haría. Después de todo, quería complacerla.

Y así, al cabo de dos días fui llevado ante el tío de Kaikala, que era un maestro en tatuajes, y le expliqué qué quería y dónde. Había llevado conmigo un palo grueso para poder morder algo mientras se creaba la obra de arte. No le había contado a nadie qué diseño había elegido, ni siquiera a Kaikala, y me negué a que estuviera presente mientras se hacía. En mi insensatez, oh Virgen santísima, en la inocente insensatez de mis quince años, creía haber dado con algo que me aseguraría su corazón para siempre. Cuando le expliqué lo que quería, el nativo se me quedó mirando como si estuviera chiflado, pero al ver que yo insistía, se limitó a encogerse de hombros y a decirme que me desnudara. Cogió entonces las vasijas de tinta y los huesos de animal, que eran las herramientas de su oficio, y se dispuso a crear su siguiente obra maestra.

Era ya última hora de la tarde cuando volví al campamento y desde cierta distancia oí al capitán Bligh gritar mi nombre. Por su tono, era evidente que llevaba un rato llamándome, así que traté de obligar a mis piernas a avanzar más rápido, pero padecía un dolor tan atroz que se me hacía difícil moverme. Tenía la frente empapada en sudor y la camisa pegada a la espalda. Me alegraba al menos de que estuviera anocheciendo, porque la brisa fresca aliviaba mis padecimientos.

—Turnstile —dijo el capitán cuando entré en su cabaña—. ¿Dónde diantre te habías metido, muchacho? ¿No has oído que te llamaba?

—Le ruego me disculpe, eminencia —repuse, contemplando las caras de todos los oficiales (los señores Christian, Fryer, Elphinstone y Heywood), que se hallaban en torno a la mesa con semblantes serios—. Estaba en otra parte y he perdido la noción del tiempo.

—Con su chica, seguro —intervino el señor Christian—. ¿No se ha enterado, capitán, de que el joven Tunafe ya no es inocente?

Miré furioso al primer oficial y luego al capitán, ruborizándome, pues no quería que esas cuestiones privadas se discutieran en su presencia. Hay que decir en su favor que pareció avergonzado a su vez y negó con la cabeza.

—Eso no me interesa, Fletcher —replicó con desdén—. Turnstile, té, por favor, cuanto antes. Todos lo necesitamos.

Asentí y me dirigí al fuego para hervir el agua. Mi mirada se cruzó con la de Heywood; esbozaba una mueca de desagrado y supe que no le había gustado el intento del señor Christian de burlarse de mí. Quizá, me dije, estaba al corriente

de quién era mi amada y, sabedor de que era la criatura más hermosa de la isla, la quería para sí. Dejé la tetera sobre las llamas y fui en busca de las tazas con cuidado de no empeorar mis dolores.

- Turnstile —dijo el capitán, interrumpiendo su conversación para mirarme —. ¿Te encuentras bien, muchacho?
- Voy tirando, capitán. Voy tirando.
- Pareces moverte con cierta dificultad.
- ¿De veras? Estaría sentado en una mala postura y las piernas se me han agarrotado.

Fruunció el ceño, negó con la cabeza como para desechar aquella tontería y volvió a mirar a los oficiales.

—Bueno, entonces será mañana por la mañana. ¿En torno a las once?

—A las once, pues —musitaron algunos, y no pude evitar advertir el aire de consternación que los envolvía.

El señor Fryer se dio cuenta de mi curiosidad y se volvió hacia mí.

—No te habrás enterado de la noticia, Turnstile, imagino, si estabas ausente ocupándote de... otros asuntos.

—¿La noticia, señor? ¿Qué noticia?

—El cirujano Huggan —explicó—. Esta tarde ha encontrado la salvación.

Me lo quedé mirando y traté de entender a qué se refería.

—¿La salvación? ¿Tenía problemas?

—El señor Fryer quiere decir que nos ha dejado —intervino el señor Elphinstone, lo cual todavía entendí menos, pues difícilmente podía concebir que hubiese llegado otro barco a Otaheite sólo para llevarse al borrachín de nuestro cirujano.

—Que ha muerto, Tunante —espeté el señor Christian—. El cirujano Huggan se nos ha ido. Lo enterraremos por la mañana.

—Oh —repuse—. Lamento oírlo, señor. —Lo cierto es que me importaba bien poco, puesto que en todo el tiempo que conocía a ese hombre apenas había intercambiado unas palabras con él. Estaba permanentemente ebrio; era tan obeso y tenía tales costumbres que sentarse a su lado equivalía a correr un inminente peligro de asfixia.

—Sí, bueno, parece que no te habría venido nada mal un cirujano, Turnstile —dijo el capitán, alzando la voz en tanto se levantaba y se acercaba a mí—. No sé qué te pasa, muchacho, que caminas de la forma más curiosa y sudas como un caballo.

—No es nada, señor... ¡oh! —Al tratar de apartarme de él me moví demasiado rápido y el dolor en mis zonas bajas fue tan agudo que me llevé ambas manos al trasero para aliviarlo.

—¿Te han tatuado, Tunante? —quiso saber el señor Elphinstone con cierta diversión en la voz.

—No —contesté—. Bueno, sí. Pero nada de importancia, sólo...

—Dios santo. Ya imagino qué se ha hecho —intervino el señor Christian, levantándose y sonriendo—. Cree que va a casarse con su fulana y se ha tatuado el trasero de negro para ella.

Si ya antes no quería seguir con aquella burla, la mención de que Kaikala era una fulana fue demasiado y sentí enormes deseos de desafiarlo y exigir satisfacción, pero decidí guardar silencio.

—Déjanos verlo, Turnstile. Pasarás semanas sin poder sentarte si tengo razón.

—No, señor —espeté—. Déjeme en paz ¡Capitán, dígaselo!

Pero el señor Bligh estaba a mi lado con una media sonrisa, divertido con todo el asunto.

—No lo habrás hecho, muchacho, ¿verdad? No te me habrás vuelto nativo...

—Sujételo, William —dijo el señor Christian, dirigiéndose al señor Elphinstone, debo añadir, y no al capitán—. Sujételo bien.

—¡No, por favor! —exclamé cuando me cogió de los brazos y me hizo volverme en redondo—. ¡Déjenme en paz! Capitán, deténgalos...

Era demasiado tarde para ruegos, pues una ráfaga de aire en las posaderas me reveló que me habían bajado los pantalones y estaba expuesto ante ellos. Me callé y cerré los ojos. El aire, al menos, era un bálsamo en mi piel ardiente y me sentí agradecido.

—Pero si aquí no hay nada —comentó el capitán—. ¿No suelen cubrirlo del todo?

—¡Miren! —exclamó el señor Christian señalando con un dedo mi nalga izquierda—. Ahí está. ¡Pero si es tan pequeño que casi resulta insignificante!

He de explicar que no era pequeño en absoluto. El tatuaje que adorna mi persona mide al menos cuatro dedos de ancho y de alto y puede observarlo claramente cualquiera que tenga acceso a esa parte de mi anatomía.

—Pero ¿qué es? —quiso saber el señor Christian—. ¿Un melón? ¡Qué apropiado sería!

—Creo que es alguna clase de patata —opinó Heywood, el perro, que se había acercado a echar un vistazo.

—No; es una piña —comentó Fryer, que también observaba. Ahora todos los oficiales y el capitán estaban reunidos ante mi trasero, estudiándolo con esmero.

—Está claro que es una nuez del cacao —puntualizó Elphinstone—. No tienen más que fijarse en la forma y el detalle.

—No es nada de eso, ¿verdad, muchacho? —intervino el capitán Bligh, y juro que por primera vez desde que lo conocía lo vi reír con ganas. Sólo por eso casi valió la pena toda la escena, pues sus cambios de humor eran tan terribles últimamente que un momento así podía hacerle mucho bien—. No es un melón, ni una patata, ni una piña ni una nuez de cacao, pero sí representa la isla y da testimonio del tiempo que el joven Turnstile ha pasado aquí. ¿No lo adivinan,

caballeros?

Los oficiales se incorporaron y miraron expectantes al capitán. Él esbozó una amplia sonrisa, extendió los brazos como para señalar que era totalmente obvio y les dijo de qué se trataba, lo que condujo a que los cinco estuvieran a punto de partirse de risa. Me subí los pantalones, traté de recobrar mi dignidad y volví hacia la tetera para preparar el té, ignorando los abucheos y las lágrimas de risa que les resbalaban por las mejillas.

El capitán era con mucho el hombre más perspicaz de los presentes porque lo había adivinado de inmediato.

Era un fruto del árbol del pan.

Me da la sensación de que un hombre puede vivir entre otros sintiéndose parte de una comunidad, creyendo tener conocimiento de los pensamientos y planes ajenos, y en realidad no saber qué está ocurriendo a su alrededor. Incluso cuando me remonto a aquellos días con la perspectiva que ofrece el tiempo, me parece que la tripulación de la *Bounty* trabajaba en armonía en Otaheite: se recogían los frutos del árbol del pan, se plantaban las semillas, al cabo de unas semanas éstas germinaban y los plantones se transportaban al barco, donde quedaban al cuidado del señor Nelson. Los días se dedicaban al trabajo y las noches, al ocio. Teníamos la barriga llena, los colchones eran blandos y nuestros deseos como hombres se veían colmados. Se producía algún que otro incidente, por supuesto, discusiones por esto o aquello, quejas sobre cuestiones triviales o no tanto, y de vez en cuando el capitán perdía los estribos por verse varado en tierra, pero en general daba la impresión de que éramos un grupo feliz.

Eso hizo aún más sorprendente que, en la tarde del 5 de enero de 1789, los señores Fryer y Elphinstone aparecieran con el rostro sombrío en la cabaña del capitán cuando éste se hallaba escribiendo una carta a su señora y yo almidonaba un uniforme para la cena de esa misma noche con el rey Tynah.

—Capitán —dijo el señor Fryer al entrar—. ¿Nos concede su permiso?

El capitán alzó la vista del papel con cierto aire de desconsuelo y su mirada fue de un hombre al otro.

—Por supuesto, John, William —accedió. Yo ya había advertido anteriormente que su trato era más amistoso siempre que estaba enfrascado en la reconfortante tarea de escribirle a su esposa—. ¿En qué puedo ayudarles?

Eché una ojeada sin prestar mayor atención al principio, pero en cuanto el señor Fryer tomó la palabra dejé lo que estaba haciendo y lo miré.

—Señor, no hay otra forma de expresarlo más que simple y llanamente. Tres hombres han desertado.

El señor Bligh dejó la pluma y clavó la vista en el escritorio unos instantes. Observé su rostro; estaba desencajado, advertí, pero no quería precipitarse en su reacción. Hizo una pausa de casi medio minuto antes de volver a alzar la mirada.

—¿Quiénes? —quiso saber.

—William Muspratt —empezó Fryer.

—¿El ayudante del señor Hall? —preguntó el capitán.

—El mismo. Y John Millward. Y también Charles Churchill, el condestable.

—No puedo creerlo.

—Me temo que es cierto, señor.

—¿Mi propio maestro de armas es uno de los que han desertado? ¿El hombre encargado de mantener el orden en el barco ha contravenido sus leyes?

El maestre titubeó, pero finalmente asintió con la cabeza; no hacía ninguna

falta insistir en lo disparatado del asunto.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo lo saben con seguridad?

—Señor, deberíamos haberle informado antes y asumo la responsabilidad por ello. Los hombres no regresaron ayer del trabajo, pero creí que simplemente se habían ido a alguna parte con sus compañeras, así que me propuse darles una reprimenda de mil demonios cuando volvieran. Por desgracia, no ha habido rastro de ellos esta mañana, no se han presentado al trabajo, y aunque ya está bien avanzada la tarde, siguen sin aparecer. Señor, reconozco que debería haberle facilitado antes esta información...

—No se preocupe, señor Fryer —lo interrumpió el capitán, sorprendiéndonos a todos por la forma en que absolvía al maestre de toda responsabilidad—. No dudo de que ha hecho usted lo que consideraba correcto.

—En efecto, señor. Sinceramente, creí que regresarían.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no lo harán?

—Capitán —intervino el señor Elphinstone—. Un miembro de la tripulación ha acudido a mí de forma confidencial para contarme los rumores: se dice que los tres hombres llevaban días planeando desertar. Me lo ha confiado con la condición de que nadie sepa que ha sido él quien ha hablado.

—¿De quién se trata, señor Elphinstone?

—De Ellison, señor. Thomas Ellison.

Me estremecí de risa interiormente. Thomas Ellison, el que tenía esperándolo en Inglaterra a Flora-Jane Richardson, la muchacha que le había permitido besarle la mano antes de que se iniciara el viaje; el que estaba por encima de mí y encantado de hacer hincapié en ello, era poco menos que un chivato. Estaba pidiendo a gritos una buena paliza, desde luego.

Al capitán le sentó muy mal la noticia y vi que se le agriaba el semblante. Se paseó de acá para allá por la cabaña durante unos momentos, considerando la cuestión antes de hablar de nuevo.

—Pero ¿por qué? —exclamó por fin—. No consigo entenderlo. ¿Por qué iban a hacer algo así? ¿No son buenas las condiciones aquí? ¿Acaso no he creado un campamento armonioso? ¿No aprecian al menos que haya tan pocos actos disciplinarios en nuestro grupo? ¿Por qué iban a irse? ¿Y adónde? ¿Adónde piensan ir? Estamos en una isla, señores, ¡por el amor de Dios!

—Señor, cabe que consigan huir robando un bote o una canoa, y quizá que lleguen a algún atolón cercano. Hay muchos, señor; en ese caso, no veo cómo vamos a capturarlos.

—Estoy al corriente de la geografía local, señor Fryer —espetó Bligh, de nuevo irritado—. Pero no me ha ofrecido una explicación en cuanto al porqué.

—Señor, podría haber muchas razones.

—¿Y su teoría?

—¿Debo exponerla con claridad, señor?

El capitán aguzó la mirada.

—Por favor.

—Nuestro trabajo aquí casi se ha completado. El señor Nelson recorre la playa a diario para informarnos de lo bien que crecen las plantas a bordo. Las macetas no tardarán en estar todas llenas y no habrá ya necesidad de que recojamos plantones o cuidemos las semillas.

—Por supuesto —repuso el señor Bligh, sin ocultar la confusión que sentía—. Eso es evidente, nuestra tarea tiene un fin. ¿Y qué? ¿Está sugiriendo que los hombres aman tanto su trabajo que temen concluirlo?

—No, señor, me refiero a que el señor Nelson vendrá un día de éstos a esta cabaña, acudirá a usted y le anunciará que la parte de nuestra misión centrada en la isla de Otaheite ha llegado a su fin. Y en ese momento, es muy probable que usted dé la orden de levantar el campamento, recoger nuestras pertenencias y volver al barco.

—Lo cual significará llevar anclas y despedirse de Otaheite —intervino Elphinstone innecesariamente.

El capitán asintió con una leve sonrisa. Me miró mientras yo me afanaba por seguir ocupado con el uniforme.

—¿Has oído eso, joven Turnstile? Los hombres se alegrarán de que el trabajo haya terminado y de volver a casa y a sus seres queridos con los bolsillos llenos. Le ruego me disculpe, señor Fryer —añadió volviéndose de nuevo hacia él—. Diría que intenta usted ofrecerme una explicación sensata, pero no logro entender de qué se trata.

—La cosa es así de simple, señor: los hombres no quieren irse.

El capitán retrocedió un poco y enarcó las cejas.

—Conque no quieren irse, ¿eh? Pero si sus esposas y novias están esperando en los muelles de Spithead a que ellos vuelvan sanos y salvos...

—Señor, sus esposas y novias quizá estén allí, pero aquí tienen a sus amantes.

—¿Amantes?

—Las mujeres de la isla. Las mismas por las que se han hecho marcar el cuerpo. —Fryer me dirigió una mirada, pues apenas la semana anterior había gozado de la oportunidad de ver de cerca mi tatuaje del trasero—. Los hombres han disfrutado de mucha libertad durante nuestra estancia en la isla. Sus vidas aquí, a falta de una forma mejor de expresarlo, son de lo más gratas. Lo que usted ha... —Se detuvo para corregirse—: Lo que hemos hecho...

Por más que se tratara de un desliz, el capitán no era tan estúpido para no percatarse.

—Lo que he hecho, señor, es a donde quiere llegar.

—No, señor, tan sólo...

—Está diciendo que se lo he puesto demasiado fácil. Que he relajado en exceso la disciplina. Está diciendo que, de haberme mostrado un poco más

severo, no desearían quedarse en este sitio, sino regresar al lugar al que pertenecen. Estarían desesperados por volver a Inglaterra, a Portsmouth, a la vieja y querida Londres. —Su voz iba subiendo de tono a medida que hablaba—. Está diciendo que toda esta catástrofe es culpa mía.

—No creo que quiera sugerir eso, la verdad —intervino Elphinstone—. Me parece que el señor Fryer simplemente...

—Cállese, si me hace el favor, señor Elphinstone —interrumpió el capitán, silenciándolo con una mano levantada—. Cuando quiera su opinión, se la pediré. En realidad, por una vez estoy de acuerdo con el señor Fryer. Es culpa mía. He permitido que sus vidas fueran demasiado placenteras y ellos han correspondido a mi generosidad procurando abandonar sus responsabilidades y quedarse en una tierra salvaje sólo para satisfacer sus apetitos a cualquier hora del día o la noche. Considero que el comentario del maestro puede ser muy atinado. Y si soy el culpable, debo enmendar mis faltas. Señor Fryer, todos los hombres, con excepción de los que están en este momento bajo la vigilancia del señor Christian en el semillero, deben volver al barco de inmediato. Y cuando digo de inmediato me refiero a que en el preciso instante que salga de esta cabaña, debe reunir los botes y hacer que los hombres vayan a la *Bounty*. Desde hoy se acabó la confraternización con las nativas, se acabaron el tiempo libre en la isla y las oportunidades para juegos y perversiones. Y eso pasará ahora, señor Fryer —precisó a voz en cuello—. Ahora mismo, ¿me ha entendido?

—Sí, señor —repuso el maestro en voz baja—. Pero si puedo sugerir un período de gracia para que puedan despedirse de sus damas...

—He dicho ahora, señor Fryer.

—Pero la moral, señor...

—¡No me importa la moral! Tres hombres han desertado de sus puestos. La pena por ello cuando sean apresados, que lo serán, téngalo por seguro... la pena es la muerte. Serán ahorcados, señor. Y el obsequio que han dejado a sus compañeros es el fin de los lujos y el cese de mi generosidad. Reúna a la dotación, señor Fryer. La *Bounty* espera.

Los dos oficiales se marcharon de inmediato y el capitán empezó a deambular por la cabaña, perdido en sus reflexiones. Yo también estaba perdido. Pensaba en Kaikala. Necesitaba encontrar un modo de hablar con ella.

Aquélla fue una velada deprimente. Una de las peores. Para cuando cayó la noche, hasta el último miembro de la tripulación de la *Bounty*, con excepción de los tres desertores Muspratt, Millward y Churchill, estaba de vuelta en el barco. El señor Byrn trató de alegrarnos tocando el violín, pero cuando se le informó que podían partírselo en la cabeza antes de arrojarlos a los dos por la borda, tomó buena nota de ello y guardó silencio. El capitán se dirigió a los hombres reunidos y les comunicó las nuevas normas para las últimas semanas que habíamos de pasar en Otaheite, y les sentaron mal, muy mal. Todos empezaron a hablar de

una forma inusitada y el capitán apenas lograba controlarlos. Cada vez que conseguía poner paz para hacer sus declaraciones, nos llegaba un griterío procedente de la orilla de la isla, donde se habían encendido las hogueras. Las mujeres bailaban alrededor de las llamas, soltando alaridos de dolor y desgarrándose la escasa ropa que llevaban; sin duda también se estaban infligiendo daño y rogué que Kaikala tuviera la sensatez de dejar intacta su belleza. Confieso que en cierto punto temí por la seguridad del capitán, precisamente cuando informó a la tripulación de que desde ese momento y hasta que nos hiciéramos a la mar sus vidas se limitarían a dos circunstancias: trabajar en la isla bajo la vigilancia de un oficial o bien a bordo del barco. Creo que de no haber estado allí los oficiales, la situación podría haberse complicado, y en efecto, cuando volvimos a hallarnos todos bajo cubierta, advertí que el señor Bligh se mostraba visiblemente afectado por la dura experiencia.

Unas horas después, yo estaba tendido en mi litera, tan enardecido y agobiado por la imposibilidad de volver a acariciar a Kaikala o saborear sus besos que pensé que iba a explotar. Justo cuando me disponía a aliviarme estuvo a punto de pescarme el señor Fryer, que avanzó hacia mí a grandes zancadas, llamó a la puerta del camarote del capitán y entró sin esperar permiso. Como es natural, me levanté y apoyé la oreja contra la hoja, pero en esa ocasión los dos hombres hablaron demasiado bajo y no capté ni una palabra.

Al cabo de media hora, el maestre salió y se alejó con paso decidido. Al alzar la vista vi al capitán junto a su puerta, con una expresión de absoluta derrota y desconcierto.

—¿Se encuentra bien, señor? —pregunté—. ¿Puedo traerle algo?

—No —musitó—. Gracias, muchacho. Duerme un poco.

Volví a entrar, y le habría hecho caso de no ser porque de nuevo se oyó ruido de pasos. En esa ocasión era el maestre acompañado de los señores Christian y Heywood, así que me levanté de un salto y llamé al camarote del capitán para hacerlos entrar. Ellos pasaron por mi lado sin reparar siquiera en mi presencia y los seguí al interior.

—Fuera —ordenó el capitán de inmediato, señalándome.

—Señor, quizá los oficiales querrán...

—Sal de aquí —insistió—. Ahora mismo.

Obedecí, no sin cerrar la puerta a mis espaldas, pero procurando dejar una rendija para oír lo que pasara dentro. No conseguí enterarme de todo, pero las palabras que llegué a captar fueron espeluznantes.

—¿En las pertenencias del señor Churchill, dice usted? —preguntó el capitán.

—Sí, señor —contestó el maestre—. La he descubierto y yo mismo no hace ni una hora.

—Y esa lista de nombres... ¿qué supone usted que significa?

—Eso lo ha de decidir usted, capitán. Pero, como ve, los tres desertores

figuran en ella en primer lugar.

—Sí, ya lo veo. Y varios marineros más. ¿Qué opina de esto, señor Christian?

No sé dónde estaba situado el primer oficial, pero sólo oí unos murmullos y no capté una sola palabra.

—Pero ¿nueve, señor? —preguntó el capitán—. ¿Nueve hombres que planeaban desertar y quedarse en la isla? ¡Me parece absurdo!

El señor Christian volvió a hablar, seguido de Heywood, pero no entendí sus palabras. Nuevamente se oyó la voz del capitán:

—No, la lista me la quedo yo. Cuanto menos se divulgue la identidad de estos hombres, mejor. Comprendo que sea frustrante para ustedes, pero prefiero llevar esto a mi manera.

Las voces se estaban acercando, de manera que di un salto hacia mi litera y me tapé con la sábana para fingir que dormía. Al cabo de un par de minutos, los cuatro hombres salieron y los tres oficiales se alejaron en silencio. Noté que el capitán se quedaba de pie a mi lado, observándome, pero no me atreví a moverme. Poco después entró de nuevo en su camarote y cerró la puerta, y poco después me dormí.

Abrí los ojos en plena oscuridad. Por los sonidos que me rodeaban supe que era de madrugada y que la mayoría de los hombres estaba descansando, pero algo me había despertado, el sonido de unos pasos sigilosos y una suave llamada a la puerta del capitán. Para cuando me despejé del todo me había perdido gran parte de la conversación, pero permanecí inmóvil, controlando la respiración y con los ojos cerrados para oír al menos cómo acababa.

—¿No debería haberles pedido explicaciones, señor? —oí preguntar, y reconocí la voz del señor Fryer.

—Tal vez —admitió el capitán Bligh—. Pero ¿de qué habría servido? En realidad no sabemos por qué el señor Churchill incluyó sus nombres en la lista.

—No es que estuvieran simplemente en la lista, capitán. Figuraban en los primeros puestos.

—Me parece imposible. ¿Dos oficiales? Sencillamente imposible —insistió—. Váyase a la cama, señor Fryer. Que no se hable más de este asunto.

Se hizo el silencio durante unos instantes.

Al cabo, el maestre volvió a pasar junto a mí de regreso a su camarote mientras el capitán cerraba la puerta del suyo.

Esta vez no me dormí.

Los días pasaron y, para mi consternación, tuve que quedarme a bordo de la *Bounty* sin que se me ofreciera la oportunidad de volver a tierra. No había podido despedirme de Kaikala, tan repentina había sido la decisión del capitán de que la tripulación embarcase. Noche tras noche yacía en mi litera soñando con ella y preguntándome qué pensaría de mí, pero cuando le preguntaba al capitán si podía acompañarlo en sus visitas diarias a la isla para inspeccionar los huertos, él negaba con la cabeza antes de responder que no necesitaba a nadie que lo atendiera, y me recomendaba que ayudara a preparar el barco para su inminente partida.

Pero si yo yacía con el corazón destrozado en un pasillo polvoriento, no era nada comparado con las muestras de despecho de la marinería, cada vez más airada por el confinamiento. Por supuesto, una parte de los hombres culpaba a Muspratt, Millward y Churchill, los tres desertores, por haber contribuido a aquel triste giro de nuestra suerte, pero la mayoría reservaba su desprecio para el capitán, que en mi opinión se había limitado a reaccionar ante la insubordinación de un grupo de descontentos, y de ningún modo había impuesto su autoridad arbitrariamente.

—Debería haberme ido con ellos; ojalá me hubiese decidido, diantre —se quejó Isaac Martin una noche en que estábamos sentados en la cubierta mirando hacia las hogueras de la playa y las mujeres que las rodeaban, tan tentadoramente cerca pero demasiado lejos para servirnos de nada.

—Entonces ¿habías planeado hacerlo, Isaac? —preguntó el ayudante de bitácora, George Simpson, un tipo artero en quien nadie confiaba a raíz de un incidente durante una partida de *whist* poco después de que cruzáramos el paralelo 55; la cuestión se produjo por unos naipes que ocultó bajo las posaderas para hacerlos reaparecer en el momento oportuno. El incidente había acabado en tortas y todos lo habían considerado un villano durante un tiempo, de hecho aún recelaban de él. La honestidad jugando a las cartas era un principio de la vida naval.

—No, no lo había planeado —contestó Martin, teniendo buen cuidado de no hablar de motines delante de un tramposo como Simpson—. Jamás desertaría, por nada del mundo. Tan sólo digo que envidio su libertad y los lujos que les proporciona.

—Vaya diablos con suerte —opinó James Morrison, quien, como privilegio por ser el ayudante del contra maestre, sería la desafortunada criatura que ceñiría la soga a los cuellos de los desertores si finalmente los atrapaban—. En mi opinión no habrán llegado muy lejos. Entrarán y saldrán de ese campamento por las noches, siempre que tengan ganas, mientras los oficiales estén en el barco.

Ahí estaba la verdad del asunto. El descontento se basaba en el hecho de que

los hombres habían disfrutado de la compañía de mujeres que les permitían tomarse todas las libertades. Estábamos saciados, hasta el último de nosotros. Yo no era mejor que cualquiera de los demás, aunque para sorpresa de muchos había dedicado mis atenciones a una sola.

—Maldito Bligh —me llegó un profundo murmullo desde atrás, y al volverme descubrí al tonelero, Henry Hilbrant, totalmente repuesto para entonces de sus azotes de unas semanas atrás—. Lo hace porque está celoso, eso es todo. Ésa es la única razón.

—¿Celoso? —pregunté, sin saber muy bien por qué decía algo semejante—. ¿Y de qué va a tener celos el capitán, si puede saberse?

—De nosotros, pequeñajo —contestó evitando mis ojos y mirando hacia la orilla—. Todos sabemos que el capitán no le ha puesto un dedo encima a una mujer desde el día que zarparamos de Spithead. ¿Acaso muestra algún interés en las tentaciones que se nos ofrecen? Ni pizca. A lo mejor es que no puede, eso digo yo. Quizá le falta hombría.

Me quedé mirándolo con desagrado, porque me pareció un comentario vil, una calumnia de la peor naturaleza. Deseé de todo corazón defender al capitán, pues se había mostrado bueno conmigo, pero no pude evitar preguntarme si no habría algo de verdad en aquella acusación. El capitán amaba a su esposa, por supuesto, pero por mis conversaciones con mis compañeros sabía que muchos de ellos también querían a sus mujeres y no estaba en su ánimo causarles ningún daño. Sin embargo, la vida que llevábamos en Otaheite no entrañaba ninguna traición. O al menos no lo veían así. Lo consideraban la recompensa por el prolongado periodo pasado en alta mar y por las humillaciones padecidas durante la difícil travesía. Era una cuestión física, no emocional. Una necesidad que debía ser satisfecha.

—Se ha vuelto loco, eso es lo que pienso —continuó Hilbrant—. Un hombre acaba perdiendo el juicio si no colma sus placeres. ¿No crees, Tunante? Sin duda tú estás ya medio chiflado, y eso que sólo han pasado unos pocos días desde la última vez que mojaste la mecha. Tienes ojos de perturbado. ¡Miedo me da pensar en qué puedes convertirte cuando salga la luna!

Hice caso omiso del comentario, temiendo que fuese cierto. Nos esperaba un largo viaje. Y puesto que había sido protagonista con regularidad del acto del amor, no lograba imaginar las mañanas, tardes y noches sin ese placer en particular. El simple hecho de pensarlo me causó una punzada de dolor en la zona involucrada.

—Deberíamos rezar para que la *Bounty* sea destruida —dijo Isaac Martín—. Así nos veríamos obligados a quedarnos. —Tras un largo silencio, se echó a reír y añadió—: Lo digo en broma, por supuesto.

—Aun así, no estaría nada mal, ¿eh? —comentó Hilbrant—. Lo de poder quedarnos para siempre.

—Y si nos viésemos atrapados aquí, ningún hombre estaría al mando. Ni el capitán ni los oficiales; nadie. Nos gobernaríamos a nosotros mismos, como pretendía el Señor.

—Eso son quimeras, muchachos, quimeras —intervino James Morrison. Se puso en pie, ocultándome la vista de los demás unos instantes. Se quedó muy quieto y fue volviendo la cabeza, mirando a los allí presentes, para detenerse brevemente en cada uno.

En ese momento no le concedí importancia; tan sólo me maravillé de lo rápido que pasaron de hablar de la isla a un relato de Hilbrant sobre su hermano Hugo y la lucha que éste había mantenido con un cocodrilo. En efecto, la conversación, en la que apenas había reparado, se me fue de la cabeza con rapidez, reemplazada por asuntos más importantes, como el de qué hacer para volver a ver a Kaikala.

Cada día se plantaban más y más brotes en las macetas de la bodega y se iban alineando las hileras, cientos de ellas. Sabía que cuando llegaran a la puerta del fondo el tiempo se nos habría acabado, y cuando una tarde vi que al ritmo que íbamos ese momento se acercaba más y más, decidí poner en marcha un plan de cierto riesgo.

Cuando era un crío que vivía de mi ingenio y la peculiar generosidad del señor Lewis en Portsmouth, no era un ejemplo de virilidad, precisamente. Era menudo y flaco, de brazos largos y pecho algo hundido. Podía andar por la ciudad el día entero y no acusar el cansancio, pero cuando echaba a correr, como hacía siempre que un guardia me veía apropiándome de un objeto que no era mío o un pardillo sentía mis hábiles dedos extrayendo el reloj de su madriguera, pueden estar seguros de que al encontrar un escondite me quedaba allí jadeando durante más de una hora. Sin embargo, todo eso había cambiado en los últimos dieciocho meses. Había cobrado fuerzas y resistencia. Ahora era lo que cabría describir como un tipo saludable.

La *Bounty* estaba anclada a menos de media milla de las playas de Otaheite; era lo más cerca que se podía llegar sin que el barco embarrancara y, aunque en el pasado no había tenido motivos para hacer algo semejante, se me ocurrió que un chico ágil como yo, con todas sus capacidades intactas y un decidido timón señalándole el destino, podía recorrer a nado esa distancia sin peligro. Y si iban a negarme más visitas a la costa hasta que abandonáramos el paraíso, estaba determinado a ver a Kaikala una vez más. Decidí que esperaría a que cayera la noche y hacer esa travesía a nado.

Los oficiales, por supuesto, podían moverse libremente entre la isla y el barco —el capitán Bligh consideró que limitarles las libertades sería excederse—, y eso fue un motivo más de descontento entre los marineros. La idea de que Christian y Elphinstone, Heywood y hasta el señor Fryer tuviesen de pronto la posibilidad de elegir entre todas las damas de la isla, incluso las que antes tal vez habían

establecido cierto vínculo con alguien en particular, los consternaba a todos y provocaba mucha rabia en torno a la cuestión de cómo alcanzaba uno el grado de oficial, ya fuera por mérito propio o por los abultados bolsillos de un padre.

Los traslados se hacían en los botes, y los oficiales que se quedaban a bordo por la noche llevaban la cuenta de esos cascarones de nuez para asegurarse de que no faltara ninguno, aunque por otra parte tampoco era posible navegar en uno de ellos hasta la isla sin ser visto. Cada bote medía siete metros de largo; no era lo suficientemente grande para albergar muchos ocupantes, pero tampoco lo bastante pequeño para cubrir esa distancia sin ser visto. Así pues, no era una posibilidad. Sólo me quedaban dos opciones: nadar o quedarme. Elegí la primera.

Esperé hasta asegurarme de que sólo nos quedaríamos tres o cuatro noches más y tuve suerte de que la luna estuviese medio oculta por las nubes, pues así había menos posibilidades de que me descubrieran. El capitán se había retirado tarde a su camarote, pero se había dormido casi de inmediato (lo sabía por los ronquidos que me llegaban de su litera), y el barco se había sumido en el silencio. Sabía que había dos oficiales a bordo, Elphinstone y Fryer, pero el segundo se había retirado ya a su camarote, de forma que los pasos que oí en cubierta al subir por las escaleras tenían que ser los de Elphinstone.

Me asomé y miré alrededor con cautela. No hallé ni rastro de él; deduje que se había dirigido hacia proa, de modo que fui hacia popa y me deslicé con rapidez por la borda, bajé por la escala y permití que mi cuerpo se sumergiera con suavidad en el agua.

Santo Dios, recuerdo que estaba helada. Me había puesto ropa ligera, sólo unos pantalones y una camisa, para nadar con mayor facilidad, pero de inmediato temí morir congelado antes de completar la travesía. Esperé un poco agarrado al barco hasta que oí al señor Elphinstone detenerse justo encima de mí, y aguardé entonces a que diera la vuelta, momento en el cual yo empezaría a nadar. Se tomó su tiempo y permaneció ahí de pie durante lo que me pareció una eternidad, silbando una melodía para luego dedicarse a canturrear. Empezaba a perder la sensibilidad de los pies y temí que todo acabara en grotesco fracaso, pero por fin el oficial dio la vuelta para dirigirse de nuevo hacia la proa y yo me dispuse a nadar.

Me vi obligado a hacerlo despacio, con largas brazadas por debajo del agua para evitar que se oyese el chapoteo. Me parecía poco probable que alguien lo oyera, pero preferí excederme de cauteloso. Además, lo que me había parecido una distancia corta y superable desde la *Bounty* era otra cosa bien distinta desde el agua, y la isla se me antojó de pronto terriblemente lejana. Con resolución, sin embargo, me armé de valor y nadé como si mi vida dependiese de ello, y no sólo mis pasiones.

Cuando por fin llegué a la orilla sentí los pulmones a punto de estallar, tan agotado estaba. Me quedé ahí tendido, jadeando, y traté de masajearme los pies

congelados, pero tenía las manos tan frías que apenas podía moverlas. Una parte de mí deseaba quedarse ahí tendido y dormir, pero sabía que si lo hacía corría el riesgo de que el señor Christian o Heywood me descubrieran, y acabar colgando de una soga por traidor. De manera que me puse en pie y avancé con precaución por el bosque hacia el hogar de Kaikala.

Llegué al cabo de un rato, pero cuando escudriñé entre los juncos no conseguí verla. Rodeé la cabaña y distinguí a su hermana y sus padres, los tres dormidos, pero ella no estaba. Me pareció extraño. Me senté en la arena y reflexioné. Al cabo de un momento me pregunté si no estaría esperándome en nuestro sitio de siempre, junto a la laguna. Tal vez había imaginado que yo volvería por ella (aún tenía que decidir cómo colarla a bordo de la *Bounty* y ocultarla durante el viaje de regreso) y me esperaba allí cada noche, suponiendo que yo la encontraría.

Ese pensamiento me dio nuevas fuerzas para ponerme en pie y alejarme de la pequeña aldea en dirección a la cascada. No era fácil encontrar el camino de noche y sin luna, y me equivoqué varias veces. Al final me vi obligado a detenerme cada pocos metros y calcular dónde me encontraba. El tiempo no estaba de mi parte. Tenía que encontrar el sitio, luego a ella, solazarme en su compañía, planear la huida y regresar al barco antes de que alguien descubriera mi ausencia; incluso en ese preciso momento el capitán podía estar llamándome para que le llevara té. Ya no me preocupaba el frío, sino el peligro de ser capturado.

Tras lo que me pareció mucho tiempo, por fin crucé una serie de bosquecillos que me resultaron familiares y deduje que ya estaba cerca. El corazón me dio un vuelco ante la expectativa de encontrarla allí esperándome y traté de no pensar qué haría si no era así. Empezó a llegarme el suave chapotear de la laguna y no tardé en estar muy cerca. Titubeé, escudriñando entre los árboles, deseando observar a mi enamorada unos instantes sin que ella me viera, y no quedé decepcionado, pues la vislumbé entre las ramas, tendida a orillas del lago, aguardándome.

Sonreí. El corazón me latió con fuerza. Y no me avergüenza admitir que de pronto me excité mucho. Sin embargo, preferí esperar. Sólo quería observarla un poco más. Entonces ella habló.

—Tú prometer llevarme contigo a Inglaterra —dijo, y sonreí de oreja a oreja. Era perfecta; hasta captaba mi presencia—. ¿No traicionarás? ¿Llevarme contigo para hacer conmigo una gran dama?

Abrí la boca para responder, para decirle que sí, por supuesto, que nunca la abandonaría y jamás la traicionaría. Levanté un pie, dispuesto a salir de entre los árboles y hacerla mía. Pero antes de que acertara a moverme, otra voz respondió a su pregunta:

—Por supuesto que lo haré. Te llevaré a donde quieras. Te lo prometí, y soy un hombre de palabra.

—Pi-taa —repuso Kaikala ronroneando como un gatito—. Cómo deseo ser la esposa de ti. Cuidaré tu palacio y seré buena con criados, si se portan bien. Y contigo haré amor cuatro, cinco veces al día. Siempre que quieras.

¿«Pi-taa»? Contuve el aliento y qué vi entonces sino la figura de un hombre desnudo, poco más que un adolescente en realidad, que apareció a la derecha y se tendió junto a ella. Abrí mucho los ojos y juro por Dios que jamás había sentido un dolor tan profundo en mi corazón.

Era Heywood. El perro en persona.

En ese preciso instante comprendí que había sido él quien me había seguido la otra vez, quien se había sentado a mirarnos mientras hacíamos el amor, meneándose de paso, sin duda. Y me había convertido en un cornudo, me había robado lo que era puro, con la promesa de llevarla a Inglaterra. Yo habría cumplido, me dije; habría encontrado la manera de hacerlo. Miré alrededor. Vi una rama caída y me incliné para recogerla. Supe que no tenía más que blandirla una vez, y que los pocos sesos que tuviera el perro quedarían desparramados sobre el cuerpo de Kaikala. Y si volvía a golpear, los de ella acabarían flotando en el lago junto a los del traidor. La agarré con fuerza.

No sé si el señor Heywood o Kaikala llegaron a oír mis pasos mientras me alejaba de ellos por el bosque. Ya no me importaba que me apresaran o me creyeran un desertor. En mi vida había hecho muchas cosas y sido muchas cosas, pero había una cosa que yo no era: un asesino.

Regresé rápidamente a la playa, con el corazón destrozado, los ojos anegados y una sensación de agonía indescriptible, el dolor del amor. El espantoso dolor del amor. No sabía quién era, dónde estaba, cómo iba a sobrevivir a esa traición. Sin embargo, de algún modo conseguí llegar a la orilla, meterme en el agua, cuya gélida temperatura apenas me molestó, y llegar de nuevo a la escala de cuerda. Corrí el mayor riesgo posible, ascendiendo sin precaución alguna hasta cubierta, sin preocuparme de que me descubrieran, pero nadie me vio. Y por fin regresé a la cubierta inferior, al pasillo que llevaba al camarote del capitán y a mi litera.

Esa noche, la noticia de que los tres desertores habían sido apresados y los llevaban de vuelta a la *Bounty* se difundió como la pólvora.

El capitán estaba en su camarote, trazando un rumbo hacia las Indias Occidentales, adonde debíamos dirigirnos en breve con las plantas del árbol del pan, cuando el señor Elphinstone recorrió a grandes zancadas el pasillo e irrumpió sin llamar. Como es natural, yo me hallaba ocupado en retirar los platos de la cena del señor Bligh.

—Señor —dijo, tomándonos por sorpresa a los dos, y el capitán se volvió en redondo y se llevó una mano al pecho, sobresaltado.

—Por Dios bendito, hombre, tenga un poco de cuidado al entrar en mi camarote, ¿quiere? Me ha dado un susto de muerte.

—Discúlpeme, capitán, pero he supuesto que querría saberlo de inmediato. Los señores Fryer y Linkletter se aproximan al barco en un bote; han vuelto de la isla.

El capitán se lo quedó mirando y luego se volvió hacia mí, moviendo la cabeza en un gesto de negativa.

—Pero con qué me viene ahora, señor Elphinstone... —Exhaló un suspiro—. ¿Por qué diantre iba a interesarme que el señor Fryer esté volviendo al barco?

—Porque trae consigo a Muspratt, Churchill y Millward, señor. Los ha capturado.

Eso le dio un giro bien distinto al asunto. El capitán dejó sus cartas y salió disparado hacia cubierta. Lo seguí al mismo ritmo, porque sería un acontecimiento que valdría la pena ver y una distracción en una velada aburrida.

Habían pasado dos días desde que descubriera la traición de Kaikala, y para colmo de males con el señor Heywood. No me entraba en la cabeza cómo ella había permitido que se le acercara aquel alfeñique granujiento, pero estaba claro que Kaikala nos había utilizado a los dos. Deseaba salir de Otaheite casi tanto como los marineros anhelaban quedarse en la isla. Me sentía un idiota por haber confiado en ella: a saber cuántos otros le habrían hecho promesas parecidas a cambio de sus favores. Sin embargo, no conseguía odiarla, porque había sido mi primer amor, y el mero hecho de pensar en ella me provocaba un intenso dolor y me humedecía los ojos. En cuanto al perro, no quise enfrentarme a él por el momento. Había sido tan idiota como yo.

La cubierta de la *Bounty* estaba atestada y todos guardaron silencio mientras el capitán ocupaba su sitio en la borda para observar cómo llegaba y era izado el bote. Ni el señor Fryer ni el señor Linkletter, que llevaban algún tiempo dedicados a la búsqueda de los tres fugitivos, mostraban una expresión triunfal; de hecho, si he de ser fiel a mis recuerdos, diría que parecían más bien abatidos, pues la pena por deserción era la horca y últimamente el capitán había demostrado no estar

de humor para indulgencias.

La tripulación, por su parte, observaba a sus descarriados compañeros con una mezcla de emociones: por su culpa estábamos otra vez confinados en el barco y nadie había podido solazarse con su amiguita en una semana. Aun así, formaban parte de la marinería, y los hombres admiraban el coraje que esos tres habían tenido al escapar. De manera que nadie dijo nada: nos limitamos a quedarnos allí observándolos.

—Capitán —dijo el señor Fryer, el primero que subió a bordo, quitándose el sombrero—. Los tres desertores: William Muspratt, John Millward y Charles Churchill.

El señor Bligh inspiró hondo por la nariz y asintió despacio.

—¿Dónde los ha encontrado, señor Fryer?

—En Tettahah —contestó, indicando una parte de la isla a unos ocho o diez kilómetros de distancia—. Reunidos alrededor de una hoguera.

—¿Estaban comiéndose un cochinito robado, por casualidad?

—No, señor.

El capitán enarcó una ceja expresando cierta sorpresa.

—Bueno, eso al menos dice algo a su favor. —Y a continuación añadió dando un paso al frente—: Caballeros, levanten la cabeza. Déjenme echarles un vistazo.

Los tres obedecieron lentamente y por primera vez les vi las caras; las tenían muy sucias. John Millward, el más joven, parecía haber llorado, porque una serie de surcos y chorretones le afeaban las tersas mejillas. Charles Churchill tenía un ojo a la funerala, adornado con una variedad de tonos violáceos y verdes.

—Señor Churchill —dijo el capitán—, ¿qué le ha pasado en el ojo?

—Una disputa, señor —respondió en tono contrito—. Una tontería, por mi culpa.

—No me diga. Bueno, caballeros, les hemos descubierto. ¿Qué tienen que decir?

Ellos guardaron silencio y todos contuvimos el aliento, a la espera de que se deshicieran en excusas. Sin embargo, cuando tomaron la palabra sus voces fueron patéticas de tan débiles, de manera que no oímos más que una serie de murmullos de disculpa.

—Es un poco tarde para lamentarlo —opinó el capitán—. Supongo que conocen ustedes la pena por desertión, ¿no? —Los hombres alzaron la mirada, Millward especialmente rápido y con cara de pánico, y el capitán torció el gesto—. Ya veo que sí. Su expresión revela que no lo ignoran. Y lo sabían cuando abandonaron sus puestos tanto como lo saben ahora.

—Capitán, si me lo permite, señor... —empezó de pronto Muspratt, pero el señor Bligh negó con la cabeza.

—No, señor Muspratt, no se lo permito. No pienso escucharlo ahora. Señor Morrison —exclamó dirigiéndose al ayudante del contra maestre, que estaba a

menos de un metro de allí—. Usted y el señor Linkletter llévense a estos hombres bajo cubierta y pónganles grilletes. El castigo se les impondrá mañana.

—Sí, señor —contestaron los dos al unísono, y se llevaron a los prisioneros a la cubierta inferior, dejándonos a todos con una mezcla de excitación y puro espanto ante lo que vendría.

El capitán miró a la tripulación reunida y pareció a punto de decir algo, pero cambió de opinión, negó con la cabeza y se dirigió otra vez a su camarote. El señor Christian fue tras sus pasos, seguido de cerca por mí.

—¿Qué va a hacer, señor? —preguntó el primer oficial cuando estuvimos lejos de la tripulación.

—¿Que qué voy a hacer? —replicó Bligh volviéndose en redondo, sorprendido—. ¿Le parece que está en posición de preguntarme algo así, señor Christian?

—No, señor. Sólo quería saber...

—Existen ciertas normas inexcusables, señor —interrumpió el capitán—. Artículos y disposiciones de la ley marítima a los que debemos ceñirnos. Supongo que me ha seguido usted para sugerir indulgencia, ¿no? —Y añadió con cautela—: Para con sus amigos.

El señor Christian pareció desconcertado ante esas cuatro últimas palabras y las consideró con cautela antes de hablar. Me pareció, aunque quizá me equivocara, que ante esa frase tomó la decisión de cambiar de táctica.

—No, en absoluto, capitán —replicó con firmeza—. En realidad lo he seguido para hacerle saber que contará con todo mi apoyo cualquiera que sea su decisión.

—Eso por supuesto, Fletcher —respondió el capitán sonriendo—. Yo soy el capitán. Usted, un subordinado. Claro que me apoyará si no quiere sufrir las consecuencias.

Christian tragó saliva, nervioso, y comprendí que por algún motivo, durante la estancia en la isla la dirección del viento entre esos dos hombres había cambiado. El primer oficial ya no contaba con la confianza del capitán; de hecho, el señor Bligh parecía tenerlo en la misma consideración que había tenido al señor Fryer durante la primera parte del viaje. Lo atribuí a dos cosas: en primer lugar, al hecho de que el señor Christian, mucho más que cualquier otro, se había tomado demasiadas libertades con las damas de Otaheite, una perversión que no pasaba inadvertida al capitán; y, en segundo, al papel descubierto entre las pertenencias del señor Churchill con la lista de nombres de los desertores junto al del propio señor Christian. Era llevar la cosa muy lejos desafiar a un oficial con semejante acusación, pero la sospecha estaba ahí y el señor Bligh no podía permitirse ignorarla.

—Lo veré en cubierta por la mañana, señor Christian —dijo—. Reúna a la tripulación a las ocho en punto.

El primer oficial asintió en silencio y nos dejó. El capitán me miró.

—Ocúpate de que no me molesten, ¿quieres? —pidió en voz baja—. Esta noche he de reflexionar. Debo consultar con mi conciencia y con nuestro Señor.

No dije nada, consciente de la gravedad del asunto, pero él tomó mi silencio por consentimiento y cerró la puerta.

El señor Christian no tuvo que esforzarse en convocar a la tripulación, pues todos nos levantamos temprano y nos reunimos en cubierta antes de que apareciera el capitán, que había elegido uno de sus uniformes de gala, lo que me pareció mala señal. Los marineros, la mayoría de los cuales llevaba brazaletes negros como signo de solidaridad con sus deshonrados camaradas, guardaron silencio al verlo. Parecía cansado, como si no hubiese dormido y no tuviese clara aún su decisión.

Una vez en su puesto, dirigió un gesto al señor Fryer para que condujera a cubierta a los hombres encadenados. Los dos mayores, Churchill y Muspratt, se veían asustados pero enteros, dispuestos a aceptar su destino, pero el pobre John Millward, con sus dieciocho primaveras, parecía ya medio muerto y se le doblaban las piernas. Cuando salió a la luz del día lo vi mirar despavorido a todas partes, imagino que intentando averiguar si habían dispuesto ya una soga colgando del palo mayor. El hecho de que no fuera así no pareció consolarlo, pues temblaba visiblemente y apenas pudo mirar al capitán de puro miedo.

—Señores —empezó Bligh con voz profunda, y todos callaron para oírlo—. Esta mañana nos ocupa un asunto sombrío. Nuestras vidas han oscilado violentamente de los buenos tiempos a los malos en estos últimos dieciocho meses. Hemos sufrido terribles temporales, hemos tenido que cambiar de rumbo y añadir miles de millas a nuestro viaje, pero finalmente llegamos a la isla y llevamos a término nuestra misión. Dentro de unos días estaremos listos para zarpar hacia las Indias Occidentales, antes de regresar por fin a casa. Lo hemos logrado juntos, con la contribución de todos y cada uno de vosotros. Y, si se me permite mencionarlo, con un expediente disciplinario inigualable. De modo que me entristece, tripulación, me entristece enormemente que tengamos entre nosotros a tres cobardes. Tres hombres que no son dignos de formar parte de la Armada de Su Majestad. William Muspratt, Charles Churchill y John Millward, se os ha encontrado en el oprobio. Sois culpables de desertión, ¿no es así?

—Sí, señor —musitaron uno por uno.

—Sí, señor —repitió el capitán—. Habéis acarreado la deshonra a este barco y la ignominia a vuestras familias. En la ley del mar se especifica con claridad que existe un único castigo para vuestro crimen, y es la muerte.

Todos lo miraron fijamente, con temor en los ojos. Yo sentí un nudo en la garganta, preguntándome qué horrores estaría a punto de presenciar. La dotación entera permaneció en silencio, oficiales y marineros por igual, esperando a oír el dictamen del capitán, y si empezaría o no por dos simples palabras que

significarían el indulto. No tuvieron que aguardar mucho, pues esas palabras no tardaron en salir de sus labios.

—Sin embargo —dijo, bajando la vista un instante para reflexionar y luego asentir con la cabeza como si acabara de convencerse de que era lo justo—, sé que los hombres hacen cosas extrañas y fuera de lo común cuando llevan demasiado tiempo lejos de casa, padeciendo el calor del sol y corrompidos por los placeres naturales de un lugar como Otaheite. Tengo la sensación de que en esta ocasión cabría conmutar la pena máxima.

Los acusados se relajaron al instante, y palabra que a Millward volvieron a doblársele las piernas de puro alivio, pero lo enderezaron con rapidez. La tripulación entera prorrumpió en vítores y me encontré sonriendo de oreja a oreja, aliviado. Sólo el señor Christian pareció indiferente ante el espectáculo.

—Señor Morrison —prosiguió el capitán—. Cada uno recibirá dos docenas de latigazos por su conducta. Dentro de una semana, cuando sus heridas hayan sanado, recibirán dos docenas más. Y en Inglaterra se someterán a consejo de guerra. Pero vivirán. Y ahí acaba el asunto. Azótelos ahora, señor.

Los oficiales los llevaron a los mástiles, los ataron, les rasgaron la camisa y el castigo dio comienzo. Y aunque fue el acto disciplinario más grave llevado a cabo hasta la fecha, en cubierta reinaba el alivio de que sólo se lacerase la piel de aquellos hombres y no se ahorcara a nadie.

—¿Me lo agradecerán, Turnstile? —me preguntó el capitán esa noche mientras yo ordenaba su camarote, donde él se había encerrado a escribir cartas. Me miró a los ojos y debo confesar que me sorprendió un poco su pregunta.

—¿Cómo dice, señor?

—Te he preguntado si crees que me lo agradecerán. Si recordarán alguna vez que he sido benévolo.

—Por supuesto, señor —contesté—. Le tendrán en gran estima. Como capitán, estaba usted en pleno derecho de acabar con la vida de esos tres hombres, y no lo ha hecho. Hasta el último de los marineros lo considerará una buena persona por ello y contará con la lealtad de todos.

Sonrió y asintió con la cabeza.

—Ya veo que sigues siendo un chico ingenuo, Turnstile. ¿No te ha enseñado nada la isla?

No supe qué responder y me sentí incómodo al pensar en ello, de forma que seguí callado, recogí lo que necesitaba llevarme y seguí con mis tareas, preguntándome qué habría querido decir con eso.

No había de tardar ni una semana en averiguarlo.

El día que debíamos zarpar de Otaheite fue uno de los más extraños que pasé en el mar. El capitán se había levantado antes de las cinco e insistió en que yo lo hiciera también.

—Qué hermosa mañana, Turnstile —dijo alegremente mientras le preparaba el desayuno—. Un buen día para levar anclas.

—Sí, señor —contesté, pero mi tono reveló que la perspectiva no se me antojaba tan satisfactoria como a él.

—¿Qué ocurre, muchacho, no te alegras de iniciar el viaje de regreso? Lo consideraré un instante.

—Discúlpeme, señor, pero no es que vayamos a llegar para la cena, ¿no? Pasarán muchos meses antes de que lleguemos a casa. Tenemos que ir primero a las Indias Occidentales.

—Cierto, pero esta vez no será ni mucho menos tan difícil como a la ida. Confía en mí, Turnstile, sé que tendremos una travesía estupenda.

Pocas veces había visto al capitán tan animado como en ese momento, cuando nos disponíamos a dejar la isla y regresar a los mares. Cierto que su genio había mejorado bastante desde que había hecho volver a los hombres al barco, pero había sido en detrimento del humor de la tripulación, que no quería marcharse. No cabía duda. De haber sido posible, la mayoría se habría quedado para siempre en Otaheite, pero esa elección no estaba a su alcance. Teníamos una misión que cumplir y ningún hombre era libre de tomar sus propias decisiones: ni yo ni los marineros, ni siquiera el capitán.

—¿Me acompañarás a despedirme del rey Tynah? —me preguntó—. ¿Qué tal una última visita? Hace bastante que no estás en tierra firme, imágino.

—Como usted ordene, señor —contesté, pues no estaba seguro de querer cruzarme con Kaikala. Seguía obsesionado por lo que había descubierto la otra noche y por la idea de que ella me había tomado por un idiota, y al señor Heywood también. Aunque sería ella quien más perdería en el trueque, sospechaba, pues mientras que yo quizá habría encontrado una forma de colarla a bordo y llevarla a casa conmigo de haber seguido teniendo buena disposición hacia ella, no creía que el perro de Heywood abrigase intenciones parecidas.

—Sí, es lo que ordeno. Turnstile... ¿qué te ocurre, chico, a qué viene esa cara? Los hombres están igual. Todos parecen abatidos, como si les desagradara la idea de volver a sus hogares.

Cuando estaba de tan buen humor no había forma de hablarle; era como si se negara a reconocer que los demás no necesariamente habíamos de compartir sus sentimientos. Por mi parte, empezaba a pensar en cómo evitar el regreso a Inglaterra. Sólo haríamos una parada en las Indias Occidentales, así que la respuesta era simple: tenía que escapar allí o seguir la travesía para encontrarme

de nuevo en las garras del señor Lewis. Las consecuencias de mi desaparición serían demasiado terribles para ignorarlas.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos atrapados? —pregunté—. En las Indias Occidentales, me refiero.

—No mucho, supongo. Un par de semanas, tal vez. Tenemos más de un millar de arbolillos del pan que trasplantar y supongo que cuando llegemos habrá que hacer algunas reparaciones en el barco y reponer víveres. Tres semanas a lo sumo. Y luego, directos a casa.

Tres semanas. Tiempo más que suficiente para dar el paso. Y al menos cuando lo hiciera no estaría en una isla, así que no me atraparían tan fácilmente como a Muspratt, Millward y Churchill. Pondría pies en polvorosa.

El rey estaba sentado en su trono con la reina Ideeah a su lado, como habían estado el día que presentamos nuestros respetos. Un criado detrás de él le iba dando trozos de mango, pues iba contra el protocolo que la regia mano alimentara la regia boca. Nuestro grupo consistía en el capitán, todos los oficiales salvo el señor Elphinstone, que se había quedado a bordo, y yo.

Aunque el señor Bligh había ofrecido muchos regalos a Tynah a lo largo de nuestra estancia, había unos cuantos obsequios más que presentarle, y lo hizo con un gesto elegante que Tynah aceptó de buen grado. Al parecer, la mayoría de los isleños había acudido a despedirnos. Proferían sus habituales gritos y gemidos — me pregunté si no les interesaría que nos fuésemos para poder por fin mostrarse alegres— y las mujeres corrieron hasta la orilla agitando los brazos con histerismo hacia los tripulantes en el barco.

Una vez concluidas las formalidades, Tynah se puso en pie y llevó aparte al capitán Bligh para hablarle en privado, mientras los oficiales y los nativos iniciaban sus conversaciones. En ese momento vi que Kaikala salía del bosque y me indicaba por señas que me acercara. Me quedé donde estaba un instante, pero finalmente me vi arrastrado por una parte concreta de mi anatomía. Ella me llevó hacia la espesura, fuera de la vista del resto del grupo.

—Yay-Ko —dijo, y me besó una y otra vez en los labios y las mejillas como si su vida dependiese de ello—. ¿Dónde habrás estado? Ninguna vez te he visto.

—El capitán ordenó que nos quedásemos a bordo —expliqué—. Estoy seguro de que lo sabes.

—Sí, pero ¿no podías tener forma de escapar? ¿De venir con tu Kaikala?

—Supongo que sí —repliqué, apartándome de ella y zafándome de su abrazo, pese a que cada parte de mí deseaba tumbarla en el suelo y tomarla allí mismo—. Supongo que podría haber venido a nado una noche, corriendo un gran peligro para venir a verte, pero en ese caso qué podría haber descubierto. Tal vez habría acudido a nuestro sitio secreto y te habría encontrado allí ¡jugando con el silbato del señor Heywood!

Se quedó mirándome y torció el gesto.

—Quieres decir Pi-taa —señaló.

—Sí, Peter. Peter Heywood, el peor perro que el Señor ha puesto en esta tierra, y me parece increíble que una mujer cristiana acceda a tocarlo, con lo deforme que es.

—Pero Yay-Ko —repuso ella con una sonrisa—, y no mujer cristiana.

Abrí la boca, pero no tenía respuesta para eso.

—¿Cómo pudiste hacerlo, Kaikala? —le pregunté entonces con tono de súplica

—. ¿Cómo pudiste traicionarme así?

Negó con la cabeza y pareció genuinamente perpleja ante mis palabras.

—Pero si no traicionado, Yay-Ko.

—Te vi con él —insistí—. Lo convertiste en tu amante.

—¿Y eso ser traición? ¿Por qué?

La fulminé con la mirada. Al principio lo interpreté como una prueba más de que procedíamos de culturas distintas, pero entonces me acordé de mi propia opinión sobre que los hombres de la *Bounty* no veían las relaciones con las mujeres de la isla como una infidelidad, sino sólo como la satisfacción de una necesidad. ¿No sería que las mujeres de la isla sentían lo mismo?

—Le pediste que te llevara de vuelta a Inglaterra con él.

—No quiso —contestó—. Anoche decirme que todo acabado entre nosotros y que no podía marchar yo con él.

—Entonces te han engañado tanto como a mí.

—Dije que tú sí llevarme contigo. Dije que Yay-Ko nunca irse de Otaheite sin su Kaikala, que llevarme a Inglaterra y hacerme tu esposa y vivir en tu palacio y montar tus caballos y conocer al rey contigo.

—Ah —contesté, encogiéndome un poco—. Eso.

—¿Y sabes qué dijo Pi-taa? Rio de mí y dijo que contabas mentiras. Que no tienes palacio ni caballos. Que no eres hombre rico. ¿Y tú hablas a mí de traición?

—Kaikala —suspiré, sintiéndome convenientemente avergonzado de mí mismo—. Lo siento. En su momento me pareció inofensivo. Tan sólo pensé que...

—Oh, Yay-Ko, no importa —me interrumpió—. Sólo quiero marcharme. ¿Llevarme contigo?

—¡Turnstile! —me llamó una voz desde la playa; era el señor Bligh.

—Es el capitán. Tengo que irme.

—No, espera —chilló ella, cogiéndome del brazo—. Llevarme contigo.

—No puedo —contesté—. Tengo otros planes. Y por mucho que me importes, ¿después de lo del señor Heywood? ¡Por nada del mundo!

Crucé el claro y volví a la playa, donde los oficiales estaban de pie junto al bote y miraban en todas direcciones, buscándome.

—Aquí estás, Turnstile —exclamó el capitán—. Por un momento he temido que hubieses desertado tú también. Apresúrate, muchacho. Volvemos al barco.

—Lo siento, capitán. No he oído...

No llegué a concluir la frase, pues oí pasos y gritos detrás de mí, y advertí que los oficiales abrían los ojos como platos. Por un instante pensé que intentaban asesinarme, pues algo me dio en la espalda y me derribó en la arena. Era Kaikala.

—Llevarme contigo —gimió—. Por favor, Yay-Ko. Soy buena esposa para ti.

Retrocedí arrastrándome, horrorizado ante la expresión de locura que reflejaban sus ojos. Volví la vista atrás, hacia los oficiales y el capitán, que reían a mandíbula batiente ante mi apuro, todos menos el señor Heywood, a quien parecía enfurecer que Kaikala me implorase a mí que me casara con ella en lugar de a él.

—No puedo —repliqué, precipitándome hacia el bote—. ¡Capitán, dígaselo!

—¡Vaya, Turnstile, me parece que te has conseguido un buen lecho aquí!

—¡Capitán, por favor!

—Lo siento, señorita —dijo él entonces, enjugándose una lágrima de hilaridad—. Me temo que es imposible. Un barco no es sitio para una dama.

Embarcamos de un salto y el bote zarpó, pero eso no detuvo a mi enamorada, que empezó a nadar hacia nosotros y a punto estuvo de recibir un topetazo de los remos.

—Dios santo, Tunante —dijo el señor Christian—. Debes de tener encantos ocultos que no conocíamos.

Fruncí el ceño y no me atreví a mirar a Heywood. Al cabo de unos minutos, Kaikala empezó a cansarse. La observé mientras los hombres seguían riendo y vi que daba la vuelta hacia la orilla, envuelta en el oleaje, al tiempo que desaparecía de mi vida para siempre.

Me había hecho daño, cierto.

Me había traicionado, aunque ella no lo consideraba una traición.

Y, desde luego, dado su comportamiento en los últimos instantes, me alegraba de haber decidido dejarla atrás.

Sin embargo, la había amado durante un tiempo. Había sido mi primer amor. Y me había enseñado cosas sobre mí. Lamenté verla marchar. Sí, ésa es la pura verdad. Y si por ello parezco cursi, que así sea.

Así pues, zarpamos.

La isla desapareció detrás de nosotros, la tripulación asumió de nuevo sus obligaciones, las plantas del árbol del pan quedaron a salvo en la bodega, el capitán volvió a mostrarse contento, los oficiales parecieron satisfechos de recorrer las cubiertas dando órdenes, y yo recuperé mi puesto junto al camarote del capitán, listo para servirlo, planeando mi huida y preguntándome adónde me llevaría la vida después de las Indias Occidentales.

Si me lo hubiesen preguntado, habría dicho que todos los hombres sin excepción lamentaban haber abandonado Otaheite, pero también comprendían que todo lo bueno ha de llegar a su fin. Eso habría dicho y era lo que creía.

Sin embargo, como bien es sabido, me habría equivocado.

Al pensar en las breves semanas transcurridas entre la partida de Otaheite y la noche sobre la que escribo ahora, me asombra que a bordo de la *Bounty* se desarrollara todo un mundo de pesar, desaliento y conspiración sin que yo me apercibiera en lo más mínimo. Ahora me doy cuenta de que había cuatro grupos distintos a bordo: el primero estaba formado por una sola persona, el propio capitán; el segundo correspondía a los oficiales; el tercero, a los marineros; y el cuarto también constaba de un solo elemento, yo mismo, un muchacho atrapado entre sus responsabilidades hacia el comandante del barco y la distancia que lo separaba de la tripulación. Muchas noches subí a cubierta en busca de conversación y compañía, sólo para verme desairado por mis compañeros, que recelaban de mí por mi proximidad al capitán. Lo cual era injusto, considerando que en dieciocho meses ni una sola vez había traicionado su confianza y que mi supuesta falta de fiabilidad se basaba tan sólo en la cercanía de mi litera a la del capitán, pero nada podía hacer yo para que cambiaran de opinión.

Había también cierto grado de celos con respecto a mi posición. El capitán me escuchaba, eso era evidente para todo el mundo, y me miraba con cierto afecto, aunque de haber conocido mis obstinados deseos de huir del barco sin duda ese cariño se habría trocado en algo muy distinto. A los hombres también les gustaba tener tratos con él; siempre que se hallaba en cubierta de buen talante y deseaba intercambiar unas palabras con algún tripulante, éste se desvivía por aportar cualquier dato que el capitán requiriese y muchos más, ofreciéndole información sobre su vida en casa y la gente que añoraba. La cosa podía resumirse así: el señor Bligh estaba al mando, representaba el poder, y a cualquiera le gusta hallarse al calor del sol.

Aun así, eso no significaba que el capitán me revelara nada.

La noche del 28 de abril me sentía inquieto. Hacía ya casi tres semanas que habíamos salido de Otaheite, pero aún nos quedaba una larga distancia que recorrer hasta las Indias Occidentales. El clima no era digno de mención y una sensación de hastío se había apoderado de todos. Por las conversaciones que oía, sabía que los hombres, lejos de olvidar sus experiencias en la isla, parecían añorarlas más y más. Hablaban sin cesar de las mujeres que habían dejado allí, de los pacíficos días que habían vivido en aquel paraíso ahora perdido para siempre. Y a continuación se ponían a gatas y fregaban la cubierta.

Por las noches, cuando el señor Byrn sacaba su violín para que bailásemos, tal como había ordenado el capitán, para así ejercitar nuestros músculos, nadie podía dejar de evocar los fuegos, las nativas y la música de la isla, aquel embrujo que los había arrastrado a la playa para recibir todo el placer del mundo en una noche. Era obvio que la *Bounty* nunca podría reemplazar la isla.

El capitán padecía un tremendo dolor de cabeza y se había acostado

temprano, lo cual supuso una bendición porque había estado de muy mal humor todo el día, soltando improperios y maldiciones por las cubiertas, insultando a los oficiales más que a los marineros. Yo había procurado permanecer cerca por si me necesitaba, pero a distancia suficiente para no cruzarme con su mirada y recibir una bronca. No me imaginaba qué podía haber inspirado semejante enfado, sólo que, cuando se retiró esa noche a su lecho, en cubierta había un ambiente de antipatía y toda la tripulación habría deseado que durmiera varios días seguidos.

Era pronto para retirarme a descansar, así que subí a cubierta en busca de un poco de aire fresco. La mayoría de la tripulación estaba congregada cerca de la vela trinquete, mientras el señor Byrn tocaba una suave melodía con su violín, y me llegó el murmullo de su conversación. Sin embargo, de pronto me sentí irritado con ellos y decidí que esa noche no buscaría su compañía. De todas formas, en cuanto me viesen interrumpirían la conversación, y no me apetecía soportar ningún desaire. Me di la vuelta y me dirigí al palo de mesana, donde disfrutaría de paz y soledad. Había dejado los zapatos bajo cubierta, de modo que no hice el más mínimo ruido al caminar.

Me acerqué a la borda y contemplé la oscura noche, mirando hacia el lugar de donde habíamos zarpado, y no tardé en advertir que allí cerca, pero no tanto para ver de quiénes se trataba, tenía lugar una conversación. Una de las voces era la del señor Christian; la otra no lo supe con seguridad. Apenas presté atención hasta que algo en el tono y la cadencia de las palabras me hizo aguzar el oído. Relato esa conversación tal como la oí.

—Esto es un infierno —dijo el señor Christian, recalcando la última palabra, y les aseguro que por su tono parecía un hombre en extremo ansioso—. No lo soporto más.

—Es un infierno para todos, señor —respondió la segunda voz—. Pero los días no se detienen. Nos alejamos más a cada hora que pasa. Ha de ser esta noche.

—No puedo... no estoy seguro —objetó el oficial—. Pero sus insultos ya son demasiado, y su locura. ¿Por qué tiene que estar él al mando? ¿Sabe usted de dónde procede? ¿Lo sabe alguien? Y yo, que soy de tan buena familia, ¿me veo reducido a esto?

—Señor, no tiene nada que ver con el rango. La cuestión es dónde queremos vivir y cómo.

Siguió un largo silencio y frunci el ceño, preguntándome de qué estarían hablando. Quizá con la distancia que otorga el tiempo pueda parecer cándido por mi parte no haberlo comprendido, pero sólo sabiendo cómo acabó esa noche podría hacérseme esa acusación. Jamás habría sospechado que las cosas hubiesen llegado a semejante extremo.

—¿Será esta noche, señor? —preguntó la segunda voz.

—¡No me presione! —exclamó el señor Christian.

—¿Será esta noche? —insistió el otro, y me pregunté quién osaría hablarle en ese tono. ¿Otro oficial? Pero no, todos ellos, incluso el perro, tenían voces de caballeros. Ese hombre no.

—Lo haré —afirmó finalmente Christian—. ¿Cree usted que contaremos con todos los hombres?

—Delo por seguro. Tienen poca memoria. Sus corazones están en la isla.

Los dos hombres conversaron un poco más antes de separarse; miré hacia la izquierda y vi que una figura regresaba junto a los tripulantes, pero en la oscuridad no acerté a distinguir quién era. Me volví de nuevo hacia el mar y reflexioné sobre las palabras que había oído. Y he aquí la ironía: había decidido quitarme el asunto de la cabeza y no pensar más en él, considerando que se había tratado de una conversación sobre algún asunto que me importaba bien poco, cuando en ese momento apareció el señor Christian en persona, caminando con decisión hacia mí. El primer oficial se detuvo en seco al verme, boquiabierto de sorpresa, como si jamás hubiese puesto los ojos en una forma tan espléndida como la mía.

—Tunante —dijo—. Estás aquí.

—Sí, señor —respondí, volviéndome para mirarlo—. El capitán duerme, y he pensado que me sentaría bien tomar un poco el aire.

—¿Llevas aquí mucho rato?

Me lo quedé mirando y de pronto comprendí que si afirmaba haber oído sus palabras, eso podía ir en mi perjuicio.

—No, señor —contesté—. Acabo de llegar.

Entornó los ojos.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad, Tunante?

—¿Yo, señor? —repuse con toda inocencia—. ¡Por nada del mundo! La última vez que conté una mentira fue a un tendero de Portsmouth, cuando le dije que sus manzanas tenían gusanos y que me diese seis peniques si no quería que fuera contándolo por toda la calle.

Sacudió la cabeza y volvió la vista en la misma dirección que yo.

—Estás mirando hacia la isla —comentó en tono más amistoso que antes—. Estás de cara a Otaheite.

—No me diga. Ni siquiera me había fijado.

—¿No? ¿No crees que hay una parte de ti que te ha traído aquí para otear anhelante en esa dirección?

Me eché a reír, pero su pétrea expresión me hizo parar.

—¿De qué sirven los anhelos, señor? Jamás volveré a ver esa playa.

—No, quizá no. Tenías una chica allí, ¿verdad?

—Ya sabe que sí, señor.

—¿La amabas?

Me quedé mirándolo; esa clase de conversación entre dos hombres a bordo

era muy poco corriente. Y que tuviese lugar entre el señor Christian y yo era absolutamente sorprendente.

—Sí, señor —contesté—. En ocasiones tres veces al día.

Rio y negó con la cabeza.

—Creo que yo también tenía cierta reputación en la isla —observó.

—¿De veras, señor? —fingí ignorancia para no halagarlo—. No lo sabía.

—Era falsa, de todas formas. Sí, colmaba mis placeres allí donde los encontraba, qué hombre normal no lo habría hecho, pero había una mujer... una en particular, diferente de las demás.

—¿La amaba, señor?

—En ocasiones cuatro veces al día —respondió con una sonrisa, y confieso que el comentario me hizo reír.

Aquel tipo no me caía bien, eso por descontado, y nunca habíamos congeniado. Lo despreciaba por la pomada que se untaba en el pelo, el espejo junto a su litera, lo limpias que llevaba las uñas, y por el hecho de que él y el señor Heywood hubiesen sido poco menos que incordios para mí durante toda la travesía, pero hay momentos en que los hombres, ya sean amigos o enemigos, bajan las defensas y puede darse entre ellos algo parecido a la franqueza. Aparté la vista e, idiota de mí, me permití bajar la guardia.

Lo que pasó entonces fue tan fulminante que apenas supe qué estaba ocurriendo. Repentinamente me agarró por la nuca y me inclinó sobre la borda.

—Lo has oído todo, ¿no es así? —siseó—. Estabas escuchando a escondidas.

—No, señor —susurré con un hilo de voz porque me oprimía la garganta. Allí abajo, las olas rompían contra el casco—. No sé de qué me habla.

—Digo que eres el espía del capitán —insistió—. Te ha mandado para que escuches cosas que no te conciernen y luego vayas a informarle. ¡Dime que me equivoco!

—Se equivoca, señor. Se equivoca del todo. Estaba aquí de pie, eso es todo. Estaba pensando en otras cosas.

—¿Lo juras?

—Por la vida de mi madre —aseguré, por más que ignorara quién era esa sinvergüenza, y si vivía o no.

Afljó la presión sólo un poco y pareció convencerse.

—Sabes que podría arrojarte por la borda. Podría enviarte a la muerte y nadie se enteraría. Se consideraría un accidente, y la vida aquí continuaría como antes.

—Por favor, señor... —susurré con un repentino afán de sobrevivir, ese deseo de seguir existiendo que sólo aflora cuando la vida se ve amenazada.

—Pero no soy un asesino —concluyó, soltándome.

Caí en cubierta tosiendo de modo muy desagradable, y me froté el cuello alzando hacia él una mirada cargada de odio. Palabra que de haber estado en

posesión de un sable de abordaje o un mosquete habría acabado con él ahí mismo y al diantre con las consecuencias. Pero no los tenía, y tampoco los arrestos para luchar con él y arrojarlo por la borda. Así que me limité a quedarme ahí sentado y sentí aflorar lágrimas que me obligué a controlar.

—Vete abajo —dijo con tono distraído—. Vuelve a tu litera. Los hombres están en cubierta.

Se alejó entonces, rozándome la pierna con la bota al pasar, y cuando hubo desaparecido hice justo lo que me había ordenado: corrí hacia el consuelo de mi litera y me tapé la cabeza con la manta, permitiendo que las lágrimas manaran libremente, lágrimas que duraron tanto y me produjeron tanto dolor que acabé por quedarme dormido. El resto fue silencio hasta unas horas más tarde, cuando me senté de pronto en el lecho. Por fin había comprendido qué significaba la conversación mantenida por el señor Christian y su compañero conspirador. Era obvio. Tendí una mano para levantarme de la litera pero me vi empujado hacia atrás por la fuerza de un golpe.

Cuatro hombres pasaban ante mí y entraron a la fuerza en el camarote del capitán.

Había empezado.

—¿Qué demonios...?

Oí las palabras del señor Bligh desde fuera y capté su asombro e incredulidad. No sabía qué estaba ocurriendo.

—Señor Christian —bramó—. ¿Qué significa esto?

—¿Qué significa? —gritó el primer oficial—. Nada de andar buscando significados. Y nada de preguntas, señor Bligh; el tiempo de hacer preguntas ha llegado a su fin.

—¿Cómo? En nombre de Dios, ¿qué...?

Salté de mi litera y corrí al interior a tiempo de ver a dos hombres —el guardiamarina George Stewart y el marinero de primera Thomas Burkett— arrancar al capitán de su litera y obligarlo a levantarse en camión. Lo hicieron con rudeza y gritándole cosas como: « ¡Arriba! ¡En pie, perro! ¡Haz lo que te decimos o verás lo que es bueno! ». Se volvieron para mirarme cuando aparecí en el umbral, pero prescindieron de mí y volvieron a sus sucios asuntos.

—¡Señor Christian! —exclamó el capitán, tratando de liberarse de sus captores—. ¿Qué se ha creído que hace? Soy un capitán al mando de...

—Un capitán ha de tener un barco —declaró simplemente el señor Christian—. El suyo queda confiscado.

—¿Confiscado? ¡Maldita sea, pero qué está diciendo! ¿Quién lo ha confiscado?

—Yo, señor —repuso Christian a voz en grito, como él—. Yo asumo el mando.

Ante esa frase se hizo el silencio. El capitán dejó de oponer resistencia y miró

a su primer oficial con una mezcla de incredulidad y terror. Los tres hombres que lo sujetaban se quedaron igualmente inmóviles, como si el hecho de haber oído esas palabras bastara para darles qué pensar.

—Jamás —dijo el capitán con fría entereza.

—Nos ha hecho pasar por un infierno, señor —exclamó el señor Christian—. Si hubiese visto... si se le hubiera ocurrido pensar lo que supuso para nosotros estar allí, experimentar todo eso. ¿Y luego arrebatárnoslo? Nos enseñó el paraíso y luego nos expulsó, como si fuera el Señor en persona. ¿Qué habíamos hecho nosotros para merecer su crueldad?

El capitán se quedó mirándolo y pareció verdaderamente asombrado por lo que oía.

—¿Un paraíso? ¿Qué paraíso? Fletcher, no...

—¡Otaheite! —interrumpió el oficial, paseándose nerviosamente—. Nos lo dio, ¿es que no se da cuenta? ¡Usted nos llevó allí! ¿Y para qué? ¿Para recoger unas plantas?

—Pero en eso consiste nuestra misión —exclamó el capitán—. Ustedes ya lo sabían cuando... ¡Oh, suéltlenme, o me ocuparé de que los ahorquen por la mañana!

Forcejeó hasta liberarse de sus captores y ellos permanecieron un instante a su lado, mirando a Christian sin saber qué hacer.

—Fletcher, ha tomado usted demasiado sol —dijo el capitán dando un paso hacia él y tendiendo las manos con gesto conciliador—. Le ha afectado la cabeza, de eso se trata. Se ha degradado con el mal ejemplo, el alcohol y la depravación, su mente ha enfermado por culpa de ello. Detenga esto ahora, ahora mismo, Fletcher, permítame ayudarlo y la cuestión puede acabar aquí.

Para entonces el capitán estaba delante del señor Christian y vi que el primer oficial agachaba un poco la cabeza y se llevaba una mano a los ojos, como para secarse las lágrimas. Creí que todo terminaría allí, que reconocería su locura y se restablecería la sensatez. Pero en lugar de ello traicionó su código de honor llevando a cabo un acto incalificable: levantó la mano y abofeteó con fuerza al señor Bligh.

El golpe hizo ladearse al capitán, pero no contraatacó ni se permitió mirar de inmediato al primer oficial. Los cuatro lo observamos, y transcurrió quizá medio minuto antes de que los dos hombres estuviesen de nuevo frente a frente. Al mirar al señor Bligh comprendí que su generosidad se había acabado.

—¿Qué pretenden? —quiso saber.

—Es bien simple —respondió el señor Christian—. No queremos regresar a Inglaterra.

—¿No quieren? ¿A quiénes se refiere con ese plural?

—A nosotros, la tripulación de la *Bounty*.

—¿Ustedes tres? —preguntó el capitán con una risa amarga—. ¿Cree que tres

hombres pueden tomar un barco de esta manera? Tengo a casi cuarenta hombres de mi parte.

—Están conmigo, señor —puntualizó el oficial.

—Jamás.

—Oh, y a lo creo que sí.

El capitán tragó saliva y yo no acerté a contener un gesto de asombro. ¿Cómo era posible que la tripulación entera participara en esa conspiración? ¿Cómo había ocurrido sin que yo me enterase? Aquella conversación de unas horas antes pudo haberme alertado, pero en aquel momento no tuve la inteligencia para atar cabos. El capitán advirtió que movía la cabeza y me miró arqueando las cejas.

—¿Y tú, Turnstile? ¿Tú también?

—No, señor, yo no —me apresuré a responder, desafiante—. ¿Cree que me pondría de parte de un bellaco enfermo como el señor Christian?

El primer oficial se volvió y me dio un bofetón tan violento que caí hacia atrás, sobre el escritorio del capitán, arrastrando dos retratos. Aterrécé aturdido en el suelo, con la imagen de Betsey tan cerca de mis labios que podría haberla besado.

—¡Vil e infame! —espetó el capitán, horrorizado—. Lo ahorcarán por esto, Fletcher.

—¿Por pegarle a un criado? Yo diría que no.

—Por asaltar a un superior, por tomar un barco...

—No tendrán ocasión de ello, capitán, ¿no lo ha entendido aún? Será como si nunca hubiésemos existido. No puede ahorcar a un espectro. Agárrenlo, muchachos.

Stewart y Burkett asieron al capitán por los brazos y él no se resistió, sino que permitió que lo llevaran hacia la puerta. Yo seguía en el suelo, intentando detener con una mano la sangre que me brotaba del labio.

—Esperen —dijo el señor Christian antes de bajar la vista hacia mí y ordenarme—: Trae el abrigo del señor Bligh.

—No haré nada de lo que usted diga —espeté.

—Trae su abrigo, Tunante, o pongo a Dios por testigo de que te llevaré a cubierta y te arrojaré por la borda antes de que pase un minuto más. ¡Tráelo!

Me puse en pie, cogí el pesado abrigo azul marino de su percha y se lo tendí al capitán. Él lo tomó sin pronunciar palabra y se lo puso, pues no llevaba más que una camisa de dormir, una forma bien fea de presentarse en público.

—Llévenselo arriba —ordenó el señor Christian antes de volverse hacia mí—. Puedes acompañarnos o dejar que te arrastre yo mismo. ¿Qué decides?

Asentí en silencio y los seguí por la gran bodega. El señor Bligh maldijo a los hombres que lo arrastraban, informándoles en términos claros del gran daño que estaban causando a sus vidas, la vergüenza que acarreaban a sus familias, el deshonor con que manchaban sus nombres, pero ellos no le hacían caso.

Parecían cegados por una extraña sed de venganza que les permitía increpar a su capitán con insultos que se habrían guardado mucho de utilizar en una situación normal, no fuera a mandarlos a la hija del artillero y hacerlos azotar por su insolencia.

Nos condujeron rápidamente por los senderos abiertos entre los árboles del pan almacenados, y cuando llegamos a las escaleras que conducían a cubierta llegó a mis oídos un rumor de alboroto. El estómago se me encogió al preguntarme qué terrible experiencia nos aguardaría cuando saliésemos al aire nocturno.

El señor Christian subió primero y se oyeron grandes vítores cuando apareció en cubierta.

Los dos hombres y el capitán fueron después y se produjo un repentino silencio, seguido de más vítores y patadas en el suelo.

En medio del tumulto, diría que nadie me vio aparecer, pero quedé impresionado por el espectáculo que se desplegaba ante mis ojos.

El ambiente en cubierta no favorecía tanto al señor Christian como nos había hecho creer. Bien al contrario, desde el instante en que el capitán puso un pie allí, su autoridad natural bastó para provocar que la mayoría expresara con menor energía su apoyo al nuevo régimen. Advertí también que no todos respaldaban el motín; varios sujetaban al señor Fryer, leal y digno de confianza pese a sus anteriores diferencias con el capitán, y algunos marineros discutían sobre cuál era el modo correcto de actuar.

—Silencio —exclamó el señor Christian, y la marinería obedeció, esperando a que hablara; parecía haber recobrado la compostura de que había carecido al hacer su arresto inicial en el camarote del capitán—. Se ha informado al señor Bligh de la nueva jerarquía a bordo y ha admitido haberse comportado mal.

—¡Yo no he admitido nada semejante, maldito bellaco! —bramó el capitán, prácticamente echando espumarajos por la boca, tanta era su ira—. Los ahorcarán a todos, absolutamente a todos los que sigan al señor Christian. Si quieren tener una oportunidad, sugiero que lo arresten y lo engrilleten ahora mismo.

—¡Yo estoy con usted, capitán! —exclamó William Cole, el contra maestre, y de inmediato fue rodeado por marineros enfurecidos.

—¡Y yo! —gritó el ayudante de bitácora George Simpson.

—¿Y bien, señor Christian? —preguntó el capitán con una sonrisa—. ¿No contaba con la lealtad de toda la tripulación? ¿Quién más está conmigo? ¿Usted, cirujano Ledward?

Thomas Ledward era el ayudante del cirujano Huggan y había asumido sus responsabilidades a su muerte. El joven médico miró alrededor con nerviosismo y finalmente asintió con la cabeza.

—Sí, capitán, estoy con usted.

—¿Lo ve Christian? —repuso él con tono triunfal—. ¿Y usted, señor Sumner? —preguntó entonces, seguro de que podía contar con el joven marinero de primera—. Estará de mi parte, ¿no?

—Yo no —replicó éste dando un paso al frente—. No le deseo ningún mal, señor, pero si cree que quiero pasar el resto de mis días cruzando los mares para llenar los bolsillos de otro, cuando podría regresar al paraíso para estar con la mujer de la que me he enamorado, es que está chiflado.

—¡Y usted es un amotinado, señor! —replicó el capitán—. Un maldito amotinado, una absoluta deshonra, y se condenará al infierno con sus actos.

—Sí, es posible —admitió el joven—. Pero de todas formas lo pasaré mejor en tanto llegue ese momento.

El capitán recorrió las filas con la mirada.

—Usted —bramó señalando a un guardiamarina—. ¿De qué parte está, señor Stewart?

—Sin la menor duda, con el señor Christian, señor —contestó.

—¿Y usted, William Muspratt?

—Con el señor Christian, señor.

—Debí sospecharlo. Un desertor y un amotinado. Y sin una pizca de remordimiento en el rostro, pese a que lo libré de la soga del verdugo.

Muspratt se encogió de hombros.

—Me importa una mierda —soltó, riéndose en la cara del capitán.

—Matthew Quintal, ¿qué dice usted?

—Con el señor Christian, capitán.

—¿Y usted, Matthew Thompson?

—Con el señor Christian.

—¿William Brown?

—El señor Christian.

—¡Ya basta! —intervino éste—. Los hombres están de mi parte, señor, es cuanto necesita saber. Su tiempo aquí ha terminado.

El capitán asintió y respiró con fuerza por la nariz, sin duda intentando pensar alguna estrategia para recuperar el mando.

—Bueno, ¿y ahora qué? —quiso saber—. ¿Qué intenciones tiene, Fletcher? ¿Pretende cortarme el cuello?

—No soy un asesino.

—Como si lo fuera, así que dejémonos de sutilezas.

—Skinner, Sumner, Ellison —dijo el primer oficial, mirando a los tres hombres—. Arriad un bote.

—Sí, señor.

Y corrieron a la borda a cumplir la orden.

—Este barco —exclamó el señor Christian en voz bien alta para que todos lo oyeran— no volverá a Inglaterra. Tampoco irá a las Indias Occidentales. Su

destino es otro. Cualquiera que desee permanecer en él será bienvenido, aunque no se engañen pensando que no habrá trabajo que hacer. Por otra parte, quien decida marcharse con el señor Bligh, puede descender ahora al bote.

Se hizo el silencio y los hombres se miraron unos a otros, sorprendidos. Por fin lo rompió el propio capitán.

—Conque no es un asesino, ¿eh? ¿Que no es un asesino? Va a dejarme a la deriva, a miles de millas de casa, sin nada con que guiarme. Si eso no es asesinato, entonces no sé qué es.

—Tendrá usted una brújula, señor —declaró el primer oficial—. Y contará con todos los hombres que decidan acompañarlo. Es cuanto puedo permitirme. El resto dependerá de su destreza como marino.

—Puede disfraczarlo del modo que quiera. Es un asesinato.

Ante eso, John Norton, un joven marinero que no había servido de gran cosa o interesado a nadie desde el inicio del viaje, se abrió paso entre las filas de hombres. Tan sorprendidos quedaron sus compañeros —pues Norton era un tipo tímido y taciturno, dado al silencio y las ensoñaciones— que lo dejaron llegar hasta el capitán. Temí por un instante que hubiese perdido el seso por la conmoción y fuera a hacerle algún daño al señor Bligh, pero en lugar de ello se limitó a inclinar la cabeza levemente ante él y luego hizo algo insólito: se dirigió a la borda, se subió a la regala y, cogiéndose de un cabo, se deslizó hasta el bote. Los hombres lo observaron atónitos y entonces, como uno solo, prorrumpieron en una cacofónica melodía de abucheos y silbidos, burlándose del joven marinero por su fidelidad. A él no pareció importarle y se sentó a esperar a otros compañeros.

No hizo falta que se preocupara, pues otros no tardaron en imitarlo. El botánico, el señor Nelson, se unió a él, aunque advertí que temblaba al hacerlo. El secretario, señor Samuel. El ayudante de bitácora, George Simpson. El guardiamarina John Hallett. El contramaestre, señor Cole. El artillero Peckover. El carpintero Purcell. Todos ellos fueron bajando al bote uno por uno hasta que hubo dieciséis hombres abajo y treinta arriba.

—Señor Heywood —dijo el capitán, y la voz se le quebró al prever lo inminente—. Me da la sensación de que no vale la pena preguntarlo, pero ¿qué me dice de usted? Es un oficial de la Armada de Su Majestad.

—Y su majestad puede chuparme el plátano, para lo que me importa —repuso el joven, y el capitán se limitó a asentir, sin escandalizarse por el comentario.

—Yo estoy con usted, capitán —dijo una voz a mi izquierda—. Hasta el final. Al volverme, vi que el señor Fryer se abría paso hacia la borda.

—¿Usted, señor? —preguntó el capitán con cierta ternura en la voz.

—Hasta el final —repitió el oficial, y descendió por el cabo.

El capitán tragó saliva y bajó la vista con expresión apesadumbrada. Me

pareció que consideraba su propia conducta hacia ese buen hombre y que lamentaba el trato que le había dispensado.

—¿Alguien más? —exclamó el señor Christian, y los hombres que quedaban negaron con la cabeza—. Baje usted, pues, señor Bligh.

Sin vacilar, el capitán se dirigió a la borda y se volvió para hacer un último comentario.

—Les aseguro que volverán a verme —dijo sin rencor alguno en la voz—. Hasta el último de ustedes lo hará. Me verán de pie ante el cadalso cuando el verdugo se disponga a cubrirles la cabeza con la capucha negra antes de colgarlos. El mío será el último rostro que verán, ténganlo bien presente.

Entre silbidos y abucheos, el capitán empezó a bajar y, al hacerlo, su mirada se cruzó con la mía.

Confieso, para mi vergüenza, que me había estado ocultando un poco de la vista de los demás, con la cabeza gacha, confiando en que se llegara a una solución. Era evidente que los hombres del bote y el propio capitán no sobrevivirían; no podían hacerlo. Era imposible náuticamente hablando. No sabían dónde estaban, en qué dirección debían ir, no tenían comida ni bebida. Y el bote en sí estaba ya a rebosar, pues sólo medía siete metros de eslora y no estaba diseñado para los diecisiete hombres que lo ocupaban, además del capitán.

—Turnstile —dijo el señor Bligh—. Tienes que decidirte.

Lo miré y luego al señor Christian, a quien despreciaba con todo mi corazón. Pero la verdad residía en mi alma. No deseaba regresar a Inglaterra y al destino que me aguardaba a manos del señor Lewis. Tampoco quería morir en el mar, que los peces se comieran mi cuerpo y mis huesos quedaran desparramados en el lecho marino. Si me quedaba en la *Bounty*, podría volver a la isla, al paraíso, quizá a una reconciliación con Kaikala. El señor Lewis jamás me encontraría. Llevaría una vida feliz. No era una elección difícil.

Me acerqué al señor Bligh, le estreché la mano y sonreí.

—Ha sido usted muy amable conmigo, señor —dije—. Y le estaré eternamente agradecido por ello.

Me pareció notar que se desinflaba un poco de tristeza mientras asentía con un gesto, pero aun así no retiró la mano de inmediato. Cuando lo hizo, me dio unas palmadas en el hombro y bajó al bote. Lo observé descender y luego me dirigí al señor Christian.

—Ésta ha sido una experiencia de lo más inesperada —dije con una sonrisa antes de mirar a Heywood, cobrar impulso y propinarle un puñetazo tan fuerte en la mandíbula que el perro cayó hacia atrás y quedó despatarrado en cubierta, aturcido.

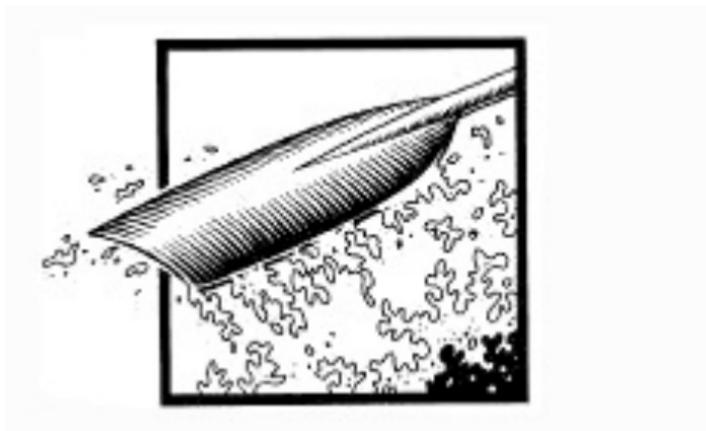
Los hombres y el señor Christian se quedaron mirándolo y luego me contemplaron, atónitos.

—Estoy con el capitán —declaré entonces con voz firme, antes de darme la

vuelta, salvar la borda y bajar al bote, a un futuro incierto.

Cuarta parte

El Cascarón



26 de abril – 14 de junio de 1789

Día 1: 28 de abril

John Jacob Turnstile, idiota de marca mayor. Que me aspen si sabía lo que me esperaba.

Aunque tuve muy poco tiempo para considerar mis opciones, durante todo aquel desgraciado asunto mi intención había sido quedarme a bordo de la *Bounty* y regresar a la isla con los amotinados. Cierto que apenas soportaba a ninguno de ellos y los consideraba un hatajo de cobardes y sinvergüenzas por haberse comportado tan vilmente con un hombre decente como el capitán, pero no creía abrigar lealtad suficiente hacia hombre alguno o motivos para ocuparme del bienestar de otra criatura que no fuera John Jacob Turnstile, un servidor. Durante todo aquel jaleo pensé que, una vez de vuelta en Otaheite, me construiría una embarcación y viajaría de isla en isla en busca de una vida mejor y un mundo más feliz. Sin embargo, en lugar de ello me mostré insolente con el señor Christian, le solté un mamporro al señor Heywood y acabé de pasajero en uno de los botes de la *Bounty* en una noche fría y oscura, con la única certeza de mi inminente defunción.

En total éramos diecinueve. De los oficiales, sólo los señores Fryer y Elphinstone y el propio capitán estaban presentes. El cirujano Ledward nos acompañaba, así como el botánico, Nelson. A los suboficiales de bitácora, John Norton y Peter Linkletter, les había parecido apropiado permanecer leales al señor Bligh, pero como no teníamos cabos que estibar ni alambre que enrollar, tampoco es que necesitáramos sus servicios. Advertí la presencia del cocinero, el señor Hall, sentado en la borda con expresión de pánico, y me pregunté a cuál de nosotros convertiría en filetes primero. El carnicero, el señor Lamb, no era muy buen navegante, como tampoco el carpintero, el señor Purcell. Ni yo, ya puestos. Nuestro desdichado grupo no contaba con ningún marinero de primera; todos esos tipos duros estaban ya de camino a Otaheite, dispuestos a divertirse de lo lindo con aquellas mujeres.

Mientras soltaban amarras para liberarnos del barco, los hombres que antaño habían temido al capitán lo abuchearon e insultaron, y sentí asco y rabia ante su vileza. Era mezquino, muy mezquino, mandar a otros cristianos a una muerte segura en un bote en plena noche, pero aún era peor disfrutar con ello. El capitán, por su parte, se mostró imperturbable y no reaccionó ante sus provocaciones, demasiado digno para hacerlo. Lo observé y me dio la impresión de que se mantenía ajeno a todo aquello, como si no fuera más que otra etapa del viaje a casa. Su mirada recorría la distancia, observando la noche cerrada cual si captara en ella una línea blanca que nos conduciría sanos y salvos de vuelta a Inglaterra, y palabra que parecía leer un mapa en la oscuridad.

Cuando el bote se alejaba suavemente de la *Bounty*, oí un sonoro chapoteo detrás de nosotros. Me di la vuelta y a la luz de las antorchas distinguí que los

renegados estaban enzarzados en un alboroto en la popa del barco, mientras arrojaban algo a través de las portillas ante las que yo había pasado mil veces de camino al camarote del capitán. El vertido iba acompañado de ruidos sordos y sonoros vítores en cubierta.

—¿Qué hacen? —le pregunté al señor Nelson, el botánico, que se incorporó un poco y aguzó la mirada para ver mejor—. ¿Están tirando las cosas de valor del barco?

—Se trata de algo máspreciado aún, Tunante —respondió meneando la cabeza y apretando los dientes, furioso—. ¿No lo ves? Son las plantas del árbol del pan. Esos perros las están arrojando al mar.

Me quedé boquiabierto y miré al capitán, pero había tan poca luz que sólo distinguí su oscura silueta; no llegué a captar su reacción.

—Eso es un crimen —exclamé horrorizado—. Un crimen terrible, después de todo lo que hemos soportado. ¿Por qué vinimos aquí, al fin y al cabo, si no para conseguir esas plantas? ¿Por qué arriesgamos nuestras vidas una y otra vez? ¿Por qué estamos en esta situación, en medio de este maldito océano, si no es por esos condenados frutos del pan?

El señor Nelson soltó un rugido por lo bajo, y palabra que nunca lo había visto tan furioso. Siempre había sido un hombre de lo más tranquilo, satisfecho de tener las narices entre un montón de hojas. Ver que las plantas que había cuidado con tanto esmero eran malvadamente arrojadas a la perdición bastó para hacerle desear saltar por la borda, nadar de vuelta al barco y enfrentarse a los amotinados en un combate cuerpo a cuerpo.

—¡Los ahorcarán! —exclamó alguien en la proa del bote, aunque no supe quién era.

—Tendrán que enfrentarse a la justicia —dijo otro.

—Sí, pero nosotros no lo veremos —añadió una voz que reconocí como la del señor Hall—. Estaremos en el fondo del mar, convertidos en manjar para los peces.

—Ya basta —dijo el señor Fryer con voz vacilante, mientras consideraba lo que se nos venía encima, pero el propio capitán se hizo eco de sus palabras y cuando habló no lo hizo tanto llevado por la ira como por el deseo de atraer nuestra atención.

—Cállese, señor Hall. El castigo de esos hombres, y no dude de que lo recibirán, es algo que no nos concierne ahora. De momento tenemos una noche tranquila. Es posible que no nos aguarden muchas más. Dejen de remar y mantengan el bote estable mientras pienso. Sigo siendo su capitán, y los llevaré a algún sitio sanos y salvos. Conserven la fe.

Los hombres no dijeron nada, pero lo cierto es que no había nada que decir; el oleaje era más plácido que nunca y en ese momento pensé que a lo mejor no teníamos de qué preocuparnos y, creyendo que el día siguiente traería consigo

una solución a nuestro problema y un rápido regreso a la civilización, hice lo único que me pareció de alguna utilidad en semejantes circunstancias.

Me recosté hacia atrás, cerré los ojos y me dormí de inmediato.

Día 2: 29 de abril

Al alba del segundo día fui capaz de captar la magnitud del aprieto en que nos hallábamos. El bote no tenía más que siete metros de eslora y, con diecinueve leales a bordo, estábamos hacinados de la forma más desagradable. El capitán iba sentado en la proa, dedicado a conferenciar con el suboficial de bitácora John Norton y el señor Fryer, mientras dos hombres impulsaban el bote sin mayor entusiasmo y el resto trataba de dormir. Íbamos en dirección a la isla de Tofua, que según el capitán no quedaba muy lejos, y donde quizá podríamos atracar y enviar una partida a la orilla en busca de provisiones para el viaje. Confieso que en ese momento no tenía miedo; de hecho, casi me alegraba que estuviésemos todos allí confinados con tan poco trabajo que hacer, excepto la tarea de seguir vivos. Llevaba ya tiempo navegando junto al capitán Bligh —sí, y junto al señor Fryer también— y confiaba en sus aptitudes para salvarnos a todos.

—Esto ha sido una locura —susurró el suboficial de bitácora Linkletter a su ayudante, Simpson—. ¿Qué posibilidades tenemos de sobrevivir? No sabemos dónde estamos, contamos con pocas provisiones. Habremos muerto antes de que acabe el día.

—No debería decir eso —fue la valiente respuesta del otro—. El capitán sabe lo que se hace, ¿no? ¿Qué rápido se rinde usted!

A eso le llamaba yo confianza, ya lo creo, pero era sólo el segundo día. Ninguno de nosotros sabía qué nos depararían las semanas venideras.

Avistamos Tofua a mediodía y a todos nos infundió ánimos ver las escarpadas rocas y el pétreo aspecto de aquella isla dejada de la mano de Dios, como si lo que aparecía ante nuestros ojos fuese el mismísimo puerto de Portsmouth con sus lisos muros. Yo me hallaba en la popa, pero el capitán iba sentado en proa, mirando al frente y echando ocasionales vistazos sombríos a las aguas. De pronto gritó una orden a los hombres que estaban tras él en un tono más propio de la *Bounty* que de aquel miserable cascarón.

—Un momento, tripulación —exclamó con un brazo en alto—. Dejen de remar un momento.

El bote detuvo su avance y los hombres escudriñaron las aguas a proa. Bajo la translúcida superficie distinguimos un largo arrecife que podría destrozar el casco si nos aventurábamos a cruzarlo. La costa estaba aún demasiado lejos para echar el ancla, pero resultaba horriblemente deprimente tener que quedarnos a tanta distancia cuando un desembarco nos habría proporcionado grandes esperanzas.

—Viren en redondo —ordenó el capitán—. Rumbo nornoroeste.

El bote maniobró y navegamos despacio y con cautela, rodeando el puntiagudo extremo de Tofua hasta llegar a una zona de aguas más oscuras, indicio de que el paso hacia la costa nos sería más fácil. El señor Fryer dio la

orden de remar hacia tierra y así lo hicimos, para detenernos tan sólo cuando las aguas volvieron a cambiar y fue evidente que arriesgarse a seguir supondría poner en peligro nuestro transporte y, por extensión, nuestras vidas.

—Señor Samuel —dijo el capitán, eligiendo al azar al secretario—. Usted y los señores Purcell y Elphinstone, al agua. Vayan hasta la orilla, vean qué provisiones encuentran allí y regresen en cuanto puedan para informar.

—Sí, señor —contestaron, y se zambulleron para nadar hacia la isla, que no estaba muy lejos, todo hay que decirlo.

Al cabo de sólo un par de minutos caminaban con el agua por la cintura. Mientras lo hacían, me cambié de sitio para estar más cerca del capitán, en la proa; sería el puesto que iba a preferir durante la mayor parte del viaje.

—¿Qué le parece, señor Fryer? —preguntó en voz baja el capitán a su oficial—. Sospecho que no es la más acogedora de las islas.

—Quizá no, señor —reconoció el maestre—. Es posible que nos veamos obligados a seguir y mostrarnos prudentes con la administración de las provisiones.

—Oh, desde luego que seremos prudentes —respondió el capitán medio riendo—, eso seguro. —Miré a su izquierda, donde un pequeño cajón contenía pan y unas cuantas piezas de fruta, los únicos alimentos que a nuestros antiguos compañeros de tripulación les había parecido adecuado proporcionarnos—. Es posible que le sorprenda cuán poco necesita un hombre en el estómago para sobrevivir.

—Sí, es posible —se limitó a contestar el señor Fryer, y me pareció una respuesta curiosa.

Permanecimos allí sentados varias horas, meciéndonos en el agua, considerando cómo habíamos llegado a encontrarnos en tal situación. Se dijeron bien pocas palabras, pero si alguno era presa del desánimo, miraba entonces a babor, hacia la rocosa isla de Tofua, para encontrar solaz. Se hace difícil saber por qué. Quizá cualquier clase de tierra firme ofrezca consuelo con su sola presencia.

Nuestros tres compañeros regresaron nadando cuando el sol comenzaba a declinar y su informe fue bien desdichado. Allí no había nada, anunciaron. Nada que comer. Ni árboles frutales, ni verduras naturales. Un manso manantial les había permitido llenar dos cantimploras de agua, que traían consigo y que el capitán les quitó rápidamente de las manos. Para entonces todos éramos víctimas de una sed terrible y nadie dudó que los señores Elphinstone, Samuel y Purcell habrían echado sus buenos tragos de esas cantimploras antes de volver al bote, pero nada podía hacerse al respecto. Ocuparon de nuevo sus asientos y todos miramos al capitán para saber qué haríamos a continuación.

—Seguiremos navegando, pues —anunció el señor Bligh al cabo de unos instantes, respondiendo a nuestra pregunta no formulada—. Y si alguien duda que

podamos lograrlo, que se guarde sus infames pensamientos, pues nos esperan días difíciles. Sólo permitiré una actitud positiva, o les juro que yo mismo los echaré a todos a los peces. Señor Fryer, deme esa hogaza de pan.

El maestre metió una mano en el cajón para sacar una de las hogazas más grandes. La miré horrorizado, pues aunque era mayor que las otras, apenas daba para alimentar a tres hombres, no digamos ya a más de seis veces ese número. Entonces, para mi sorpresa, el señor Bligh partió la hogaza en dos, y las mitades otra vez en dos, dejó de nuevo en el cajón tres de esos cuartos y sostuvo el último en alto para que todos lo viésemos. Los hombres lo miraron sin pronunciar palabra, desalentados al pensar que el bocado iba a ser dividido entre diecinueve, pues parecía imposible lograr semejante hazaña, pero al cabo de poco cada uno de nosotros tenía en las manos unas migajas que tragamos con rapidez, tentando tan cruelmente a nuestros apetitos que se quejaron a gritos.

—¿Adónde vamos ahora, señor? —quiso saber Fryer, y dispuso a los marineros a ambos lados del bote, esperando instrucciones.

—¿Acaso no es obvio, señor Fryer? —repuso el capitán sonriendo a medias—. A casa, señor. Ponga rumbo a casa.

Día 3: 30 de abril

Bien podíamos haber puesto rumbo a casa, pero aún no habíamos de avanzar hasta nuestra patria, pues al nordeste de Tofua había una serie de islas y el señor Bligh determinó que sería sensato descansar ese día en una de ellas y descubrir si había algo comestible en su terreno. La isla seleccionada lo fue porque contaba con una ensenada que nos permitiría atracar cerca de la pared de roca del atolón en sí y porque había una hilera de gruesas enredaderas desde lo alto de esa roca hasta el suelo, sin duda puestas por los nativos para facilitar el ascenso a la cima.

—Me aventuraré yo mismo —dijo el capitán sorprendiéndonos a todos, pues no sería moco de pavo escalar aquella pared vertical; requeriría la capacidad de un mono.

—¿Usted? —preguntó un asombrado Fryer—. ¿No sería más sensato mandar a uno de los hombres?

—Yo soy un hombre, señor Fryer —replicó Bligh con altivez—. Por si no se había dado cuenta, su majestad pone a los mejores al mando de sus barcos, de modo que ¿por qué no voy a ascender? Señor Nelson, ¿me acompaña?

Todas las cabezas se volvieron hacia el botánico, que en ese momento parecía enfrascado en el finísimo arte de rascarse las pelotas, pues tenía la mano dentro de los pantalones y encontraba allí buen asidero. Es posible que no hubiese prestado atención a la conversación entre los dos oficiales pues, al advertir nuestro repentino interés, sacó la mano de sus partes pudendas sin un ápice de vergüenza, la olisqueó un instante, esbozó una expresión apreciativa como complacido sobremanera de su exquisito aroma, y contempló a los reunidos enarcando una ceja.

—¿Qué pasa? —quiso saber—. ¿No puede un hombre rascarse sin cobrar un penique por el derecho a mirar?

—Señor Nelson, no me ha oído —exclamó el capitán desde la proa, esforzándose por que su tono fuera jovial—. Me propongo escalar esa pared de roca sirviéndome de las enredaderas, para determinar si hay algo de interés en la cima. ¿Me acompaña?

El botánico torció el gesto, miró lo que tenía delante y movió la cabeza como si realmente estuviese considerándolo.

—Noto las piernas un poco débiles esta mañana, señor. Y los brazos también. No sé si las fuerzas me alcanzarán.

—Tonterías —repuso alegremente el capitán, levantándose e indicando al señor Nelson que hiciese lo mismo—. En pie, hombre. El ejercicio le sentará bien.

El botánico exhaló un profundo suspiro, pero se incorporó, consciente de que la petición del capitán no era tal cosa, sino una orden que debía ser obedecida, por más que el contramaestre no llevara consigo los instrumentos de su oficio

para castigar a los traviesos. El resto, recuerdo, nos encogimos en nuestros sitios, ansiosos de que el capitán y su elegido se fueran ya y a ninguno se nos animara a acompañarlos.

—Capitán —dijo el señor Elphinstone cuando lo ayudaba a bajar del bote, momento en que se vio sumergido hasta la cintura, aunque no había más de cinco o seis metros hasta las enredaderas—. ¿Le parece que esto es sensato?

—Me parece más que sensato tratar de descubrir si hay algún alimento en la cima de esos acantilados. No sé en qué condiciones está su barriga, señor Elphinstone, pero a la mía le hace falta llenarse.

—Sólo lo pregunto, señor, porque el ascenso será peligroso y difícil, y si ahí arriba no hay nada de interés, habrá sido además en vano.

El capitán asintió y miró hacia las enredaderas, y luego hacia la cima del acantilado, cuyo botín nos quedaba oculto desde ahí.

—Le preguntaré una cosa, señor Elphinstone —dijo al fin, como si le estuviera explicando una cuestión obvia a un niño simplón—. ¿Por qué iban los nativos de estas islas a invertir tanto esfuerzo en crear esa escala vegetal si no guardaran algo de interés en la cima? ¿Se le ocurre alguna razón?

Elphinstone lo consideró unos instantes antes de encogerse de hombros, asentir y ocupar de nuevo su sitio en aquel cascarón. El señor Nelson, entretanto, se había levantado, pero no conseguía poner un pie delante del otro, y el capitán le metió prisa chasqueando los dedos.

—Rápido, rápido, señor Nelson. Acompañeme, si hace el favor.

Al cabo de unos minutos nuestra reducida tripulación, disminuida a diecisiete, estaba en sus puestos, observando la carrera de los dos hombres que trepaban por el acantilado. No fue difícil adivinar quién sería el ganador; el capitán era un hombre sano y, pese a unas cuantas dificultades iniciales para encontrar asidero, ascendió sin mayor esfuerzo que una araña por una pared. Al señor Nelson, por su parte, le costó bastante más y no pudimos sino preocuparnos de que cayera hacia atrás y se estrellara contra las rocas de abajo, acarreado así una disminución más permanente a nuestra tripulación.

Entre grandes vítores de los demás, sin embargo, los dos no tardaron en llegar a la cima y continuaron con sus esfuerzos, para desaparecer de la vista durante un tiempo. Nos sentamos y charlamos, contentos al principio de que lo hubiesen conseguido, aunque luego empezó a preocuparnos su tardanza en reaparecer. Observé a los dos oficiales que quedaban, Fryer y Elphinstone, en busca de indicios similares de inquietud, pero si sentían alguna la disimulaban bien.

El sol estaba alto en el cielo y me miré los pies para que no me deslumbrara, además de para aliviar la postura forzada del cuello, y entonces pasó algo extraño. Los hombres empezaron a gritar y alcé la mirada. Vi sus expresiones de sorpresa y me pareció que se apartaban de mí. Sin saber qué pasaba, miré de nuevo hacia lo alto, pero el sol brillaba demasiado y me cegó. En ese momento,

lo que me pareció un proyectil se dirigió hacia mí y, sin tener oportunidad de apartarme, quedé sumido en una completa oscuridad.

Transcurrieron, según me contaron, unos quince minutos antes de que recobrarla la conciencia. Entretanto, los hombres me habían echado agua de mar en la cara, con cuidado de que no la tragara, y me habían abofeteado para reanimarme, pero tardé un rato en recuperar la sensibilidad y, cuando lo hice, fue con un tremendo dolor de cabeza. Al llevarme una mano a la frente noté una magulladura en el centro y lo que parecía el inicio de un gran chichón. Me quejé al rozarlo con los dedos y tras incorporarme, no sin dificultad, descubrí ante mí nada menos que al capitán en persona, que parecía a un tiempo divertido y avergonzado.

—Lo lamento, joven Turnstile —dijo—. Parece que no tienes lo que se dice mucha suerte, ¿eh?

—Me han atacado con alguna clase de proyectil, señor —exclamé.

—Una baya de cacao —repuso, indicando una docena o así de esos frutos vellosos que se hallaban ahora en la proa del bote—. No es que abundaran, te lo aseguro, pero nos serán de gran ayuda en los días venideros. El señor Nelson y yo los hemos arrojado desde arriba. Creo que te has metido en la trayectoria de uno de ellos.

Asentí con la cabeza y me sentí mortificado por todo aquello, pero unos minutos después, cuando el capitán se dignó partir una de las bayas de cacao y distribuir su contenido, me tendió una ración ligeramente mayor de la que me correspondía, y por eso al menos me sentí agradecido.

Olvidé mi herida con rapidez, pero empezó a preocuparme que los retortijones que me aquejaban fueran de naturaleza más grave de lo que cualquiera de nosotros estaba dispuesto a admitir. Sólo podíamos deambular un tiempo por aquellas islas; en algún momento tendríamos que hacernos a la mar, y cuando lo hiciéramos, ¿qué sería de nosotros?

Día 4: 1 de mayo

Hubo mejores noticias ese día, pues pusimos rumbo a otra de las pequeñas islas que salpicaban esas regiones, que el capitán Cook había bautizado como «islas Amistosas», lo que me producía una sensación cálida y satisfactoria, y en esa ocasión descubrimos una pequeña cala donde nuestro bote pudo detenerse. Gracias a ello tuvimos ocasión de salir de nuestro confinamiento y estirar las piernas, caminar por la arena o tendernos boca arriba sin temor a darle una patada a la cara de algún compañero. Tras setenta y dos horas atrapado en el bote, apenas podía creer lo agradable que resultaba sentir de nuevo libres los miembros, y salté y dancé y giré por toda la playa como un chiflado hasta que el capitán mismo se acercó y me soltó un coscorrón, como si la magulladura de la baya de cacao en la frente no bastara.

—Ten un poco de temple, joven Turnstile —me dijo con irritación—. Que no haya nadie para observar tu conducta no significa que puedas comportarte de forma tan ridícula. ¿Te has creído un bailarín en el Covent Garden?

—No, señor, qué va —repose haciendo una pirueta, de puntillas y con los brazos en alto, una sensación tan agradable que podría haber mantenido aquella absurda pose durante un fin de semana y un día—. Sólo pretendía que la sangre volviera a mis extremidades, que se me han acalambreado terriblemente en ese cascarón.

El capitán soltó un bufido y observó mi continuo bailete, preguntándose si debía poner fin de una vez por todas a mis payasadas ya con una orden o un bofetón, pero cuando se volvió se encontró con otra escena que lo ponía a prueba: seis o siete tripulantes hacían gala de una conducta ridícula similar, estirándose y posando y bailando con abandono.

—Un hatajo de imbéciles, eso es lo que tengo por compañía —declaró al fin, sacudiendo la cabeza pero permitiéndose una leve sonrisa, que quedó semioculta por la barba y el bigote que empezaban a predominar en su rostro—. Un hatajo de imbéciles retozones.

Pero nos permitió seguir, quizá consciente de que al menos estábamos haciendo ejercicio, no muy distinto de las danzas que había ordenado a bordo del barco. O quizá advertía que la naturaleza de la autoridad había experimentado un cambio en esos últimos cuatro días y que sería sensato por su parte relajar un poco las normas.

Se formó una partida de cuatro hombres para rastrear la isla, que a primera vista parecía de naturaleza más hospitalaria que cualquiera que hubiésemos visto en los días recientes. Los hombres estaban ya comiendo frutas de los árboles y bayas, llenándose las panzas cuanto podían, aunque la falta de agua continuaba representando un problema. De hecho, debíamos buscar afanosamente una fuente que nos permitiera beber y llenar las cantimploras antes de volver a

zarpar.

Para nuestra sorpresa, se fueron cuatro y regresaron seis: los que estábamos en la playa vimos con asombro que una joven —no era bonita pero de todos modos merecía verse— y un niño de tres o cuatro años aparecían en compañía de los expedicionarios, que sonreían ampliamente ante su descubrimiento mientras avanzaban cargados con un montón de grandes plátanos, algunos frutos del pan y más bayas de cacao. La mujer no hablaba inglés; esbozaba una sonrisa que sugería que era simplona y partía bayas de cacao contra su cocorota sin tener en cuenta el cerebro que había dentro. En realidad, parecía disfrutar haciéndolo.

Desde luego, para los hombres constituyó una buena distracción y toda una novedad, aunque quizá el interés fue excesivo, pues cuando todos la rodeamos, la joven se acobardó, cogió a su niño y echaron a correr. Sólo un par de hombres salieron tras ellos en una persecución desganada, entre ellos Lawrence LeBogue, que iba cantando una canción subida de tono y amenazando la virtud de la chica, el muy guarro.

—Pernoctaremos aquí —anunció el capitán—. Creo que nos será más fácil dormir con la espalda plana en la arena que todos hacinados en el bote. ¿Qué les parece?

Los hombres prorrumpieron en calurosos vítores, pues palabra que en ese momento nos habría gustado quedarnos allí para siempre. Podríamos habernos dedicado a ciertas tareas, por supuesto: haber rastreado la isla en busca de más comida y agua, o haber comprobado qué reparaciones requería el bote y haberlas llevado a cabo con madera de la isla. Pero en ese momento nadie estaba dispuesto a mucho más que ejercitar los miembros y luego dejarlos descansar, y eso fue lo que hicimos.

Dos horas más tarde, el guardiamarina Robert Tinkler soltó un grito y todos nos volvimos hacia donde señalaba. Rodeando una colina se acercaba un grupo de hombres, mujeres y niños, con obsequios en los brazos pero lanzas a las espaldas, caminando a tan buen paso que los tendríamos encima en unos minutos.

—No os separéis —ordenó el capitán, poniéndose al frente como le correspondía—. Que nadie haga movimientos bruscos o suscite el antagonismo de los salvajes. Quizá se muestren amistosos.

—Nos superan en número, señor —dije poniéndome a su lado—. Serán unos treinta, si no más.

—¿Y eso te preocupa, Turnstile? La mitad son mujeres. Otra cuarta parte, niños. Y nosotros somos todos hombres, ¿no es así?

El grupo llegó y se detuvo ante nosotros, no tan apiñados como lo estaba nuestra tripulación, y aunque su aparente líder quedó cara a cara con el capitán, los demás empezaron a diseminarse y rodearnos, mirándonos como si los salvajes fuéramos nosotros y no ellos. Señalaron nuestros blancos rostros y

parecieron encontrarlo muy divertido, lo que a un tiempo fue insultante y molesto. Una niña de edad indeterminada se acercó a mí y yo me quedé inmóvil como el feroz soldado que creía ser, ¡y no se le ocurrió otra cosa que inclinarse y olisquearme! No supe si echar a correr u olisquearla a mi vez.

El líder le tendió una tajada de cerdo al capitán, arrojándosela como si temiese que el señor Bligh no la aceptara, y éste a cambio se quitó el pañuelo del cuello y se lo puso al jefe, provocando grandes risas entre su gente. Se pronunciaron palabras en los dos bandos, pero fueron incoherentes para ambos, de modo que durante la conversación ningún hombre supo qué decía el otro o si se mostraba amistoso o amenazador.

Tras más o menos una hora de semejante locura, el jefe soltó un grito y su gente volvió a congregarse detrás de él y, sin ceremonia alguna, dieron media vuelta y partieron, dejándonos solos en la playa, de nuevo un puñado de ingleses.

—Bueno, capitán —dijo el señor Fryer—. Me han parecido bastante amistosos. Y aquí hay buenas provisiones. ¿No deberíamos quedarnos un tiempo?

El capitán reflexionó con rostro inexpresivo.

—Esta noche sí —declaró—. Dejaremos que los hombres duerman y que se llenen la barriga. Pero organice una guardia, señor Fryer. Que haya tres hombres alerta en todo momento. Este lugar puede no ser lo que parece.

Y así nos dispusimos a dormir bien por primera vez desde que dejáramos la *Bounty*, con la idea de despertar frescos y alertas, listos para la siguiente aventura. El capitán desconfiaba de aquellos isleños, pero su actitud me pareció exagerada, pues parecían contentos y generosos, en absoluto dispuestos a hacernos ningún daño. Y fue con tan alegres y optimistas sentimientos que cerré los ojos y me sumí en un sueño que necesitaba muchísimo.

Día 5: 2 de mayo

Al despertar por la mañana me encontré ante una cara que me miraba fijamente. Me sobresalté, proferí un juramento y me apresuré a ponerme en pie antes de retroceder hasta unos matorrales. El tipo que me había estado observando tenía más o menos mi edad, supuse, o quizá era algo mayor, aunque era difícil saberlo, porque algunos salvajes tenían un aspecto descarnado que podía corresponder a una persona de cualquier edad entre los quince, quizá, y los cuarenta.

—¿Qué miras? —espeté, tratando de que no notara el temblor de mi voz—. ¿No puede un hombre dormir sin que lo espíen?

El tipo se echó a reír y blandió un dedo ante mí antes de darse la vuelta y exhibir el trasero, tatuado en negro como el de los hombres casados de Otaheite. Eso en sí no ofrecía indicio alguno de su edad, puesto que por esos lares se metían en faena como conejos o franceses desde que empezaba a salirles pelo ahí abajo.

—Me llamo Turnstile —dije entonces, tratando de entablar conversación—. John Jacob Turnstile. Es un placer conocerte.

Arriesgando la vida, le tendí una mano, algo que él pareció interpretar como un gesto ofensivo. Inmediatamente dejó de reír y frunció el sucio entrecejo antes de alejarse y desaparecer rápidamente entre la maleza, de donde volvió a salir menos de un minuto después, justo cuando yo me paseaba de aquí para allá, perturbado por el encuentro. En esa ocasión iba acompañado por tres hombres, más altos y fuertes que él, y todos hablaban a gritos al tiempo que me señalaban. Me miraron fijamente unos instantes, con expresiones tan poco civilizadas que tuve ganas de liarlos a tortas con ellos, pero entonces, como antes, se dieron la vuelta y desaparecieron entre los árboles, dejándome presa de la inquietud.

Mientras que la tarde anterior nos habían rodeado treinta nativos, ese día trajeron consigo incluso más de los suyos, quizá la mitad más, y aparecieron tres canoas costeano la isla, cada una con dos remeros y un hombre orgulloso y en silencio. Se mostraron amistosos con el capitán, contentos de dejarle pelar unos plátanos y bayas de cacao, además de llevar su carne a nuestro cajón, pero todos sentimos la tensión reinante y el nerviosismo hizo presa en nuestras almas.

El señor Purcell, el carpintero, y unos cuantos hombres más se dedicaban a reparar parte de la madera del bote, que si bien nos había llevado hasta allí quizá no fuese tan resistente para soportar un largo viaje, y el capitán les preguntó cuánto tiempo más necesitaban.

—Mañana por la tarde estaremos listos —repuso el señor Purcell, que había hecho cola con la savia de los árboles y un fuego para unir tablones y clavos—. ¿Vamos a continuar, entonces?

—Creo que sí —contestó el capitán mirando alrededor con cautela—. Tengo

la sensación de que nuestra bienvenida aquí puede ser breve.

Por mi parte, suponía que la falta de comunicación con los nativos contribuía a la desafortunada atmósfera. Nosotros los ingleses y ellos los salvajes hablábamos constantemente, como si nuestra vida dependiese de ello, pero como ningún bando entendía qué se le decía, todo parecía una terrible farsa.

Al avanzar la tarde se produjo otro conflicto cuando un joven salvaje, que previamente se había acercado a todos los hombres, uno por uno, señalándose el pecho antes de pronunciar la palabra «Eefor», que interpretamos como su nombre, apareció con dos más en una canoa, todo sonrisas y carcajadas como si estuviésemos en una fiesta, para dirigirse a nuestro débil cascarón, que estaba fondeado en el agua, para intentar arrastrarlo hasta la orilla.

—¡Deténgase ahora mismo, hombre! —exclamó el señor Fryer marchando hacia él seguido por el capitán, el señor Elphinstone y los hombres más valientes—. ¡Deje ese bote!

Eefor dio una larguísima e ininteligible explicación por la que debería permitírsele continuar con la tarea, y no tardó en estar rodeado por diez de sus compañeros, que en lugar de ayudarlo se limitaron a observar la escena entre risas, como chiflados.

—Joven Eefor —dijo el capitán, riendo también para demostrar su talante amistoso—. He de pedirle que quite las manos de nuestra embarcación. Es nuestra, no deseamos hacer trueque.

Eefor sonrió y se encogió de hombros, y siguió tratando de acercarse a la orilla, aunque pesaba demasiado para que pudiese hacerlo solo, de forma que miró a sus compañeros, que se limitaban a observar la escena y les gritó algo. En ese punto, consciente de que el siguiente suceso podía significar el fin de nuestro viaje, el capitán se llevó la mano al sable de abordaje que pendía en su costado y lo desenvainó sólo un poco, permitiendo que la hoja refulgiera al sol. A continuación lo giró un ápice, de modo que la luz incidió en el acero y deslumbró momentáneamente a Eefor. De inmediato, el joven soltó el bote y se apartó, con el rostro desencajado y todo el aspecto de haber sido objeto de un insulto terrible, a punto de echarse a llorar como una criatura.

—Señor Fryer, elija a seis hombres, hágalos subir al bote y que lo saquen al agua, hágame el favor —dijo el capitán en voz baja.

El oficial asintió y al cabo de nada el cascarón volvió a estar en manos de sus legítimos propietarios.

El capitán se aproximó a los salvajes y se inclinó brevemente ante ellos antes de volver a darles la espalda, y en esa ocasión la multitud empezó a dispersarse hasta que sólo quedó en la playa la leal tripulación de la *Bounty*.

—¿Mañana, dice usted, señor Purcell? —le preguntó el capitán al carpintero, sentado en el bote y a en el agua.

—Sí, señor —respondió—. ¿Temprano, le parece?

—Creo que sería sensato que fuese temprano —fue la sombría respuesta.

Día 6: 3 de mayo

La última vez que había tenido tanto miedo fue la mañana que unas sucias manos me arrancaron de mi litera para llevarme a rastras ante el tribunal del rey Neptuno. El sexto día de nuestro viaje fuera de la *Bounty* me pasó la mañana con la conciencia de que si mi corazón seguía latiendo para cuando se pusiese el sol, sería un muchacho afortunado, muy afortunado.

Nadie dudaba de que había llegado la hora de abandonar aquella particular isla Amistosa. El capitán y los oficiales habían consultado con el señor Purcell y se llegó a la conclusión de que el cascarón estaba listo para zarpar de nuevo. Habíamos metido en él tantas provisiones como nos pareció prudente añadir a nuestros propios pesos, que disminuían cada día.

—Que nadie suba a bordo hasta que dé la señal —indicó el capitán—. Cuando diga que ha llegado el momento de irnos, quiero que todos se dirijan al bote muy despacio, recogiendo cuantas pertenencias puedan llevar. Que nadie se muestre temeroso o agresivo. Debemos actuar como si todo fuera perfectamente normal.

Qué fácil era decirlo. Cuando aparté la vista de él, el espectáculo que se me ofreció sugirió que nada era ni remotamente normal. Todos los salvajes parecían haberse congregado en la playa esa mañana. Había al menos un centenar, seis por cada uno de nosotros, y nos rodeaban sin perder de vista nuestros movimientos, con aquellas deplorables sonrisas todavía plasmadas en sus jetas. Eso ya bastaba para poner los nervios de punta, pero es que encima cada uno de ellos, hombres, mujeres y niños por igual, sostenía una piedra, una piedra grande, capaz de abatir a cualquiera sin temor a fracasar. Y las hacían entrecuchar rítmicamente, con un tremendo sonido cacofónico que reverberaba y nos decía que se avecinaban serios problemas. Cuanto mayor era el ruido, más atemorizado me sentía.

—Las piedras significan que se preparan para atacar —les dijo el capitán a los oficiales en voz baja—. Lo he visto antes, cuando navegué con el capitán...

—¿El capitán Cook, señor? —intervine con una de mis inoportunas preguntas.

—Sí, por supuesto, con el capitán Cook. Oye, Turnstile, ¿quieres hacer el favor de prepararte para el viaje? ¿Has recogido toda el agua posible?

—Sí, señor.

—Entonces quédate con los guardiamarinas hasta que llegue el momento de partir.

Cuando me alejaba, advertí que uno de los salvajes se aproximaba al grupo del capitán para asirlo con suavidad del brazo, tratando de hacerlo retroceder hacia sus líneas con una sonrisa plasmada en la cara; le sugería que debía quedarse en la isla, y supuse que todos los demás también.

—No, no —dijo el capitán riendo un poco y procurando liberarse—. Me temo que no podemos quedarnos. Nada nos gustaría más, por supuesto, pues han sido

ustedes amabilísimos, pero ya es hora de que continuemos. Me despidió de todos ustedes, y que el rey los bendiga.

Sacudí la cabeza, preguntándome por qué seguiría hablándole en inglés a un grupo de gente que no lo entendía, pero él insistía en hacerlo. Cuando se volvió, el entrecocar de piedras aumentó de intensidad y vi que algunos salvajes avanzaban hacia nosotros.

—Rápido, ahora, pero con cuidado —dijo el capitán lo bastante alto para que todos lo oyésemos—. Diríjense hacia el bote.

Obedecimos: nos metimos en el agua al tiempo que los salvajes trataban de retenernos. Nos fuimos liberando de ellos y tuve la sensación de que en cualquier momento la escena podía convertirse en una carnicería. Había una posibilidad de que nos dejaran marchar, ofendidos sin duda, pero sin amenazas. O quizá cargaran contra nosotros. Para entonces ya me hallaba en el bote y observaba al capitán y unos cuantos más que se abrían paso despacio hacia nosotros. Los animé mentalmente, deseando que avanzaran más deprisa, pero el señor Bligh quería aparentar que ninguno, tampoco él, sentía el más mínimo temor.

Cuando llegaron todos al bote, la mitad de los nativos estaban ya en el agua, gritándonos, sin reír, pero no parecían tener intención de atacarnos. Ocupé mi sitio en la popa, por desgracia el hombre más cercano a ellos, y advertí con el rabllo del ojo que John Norton, el suboficial de bitácora, saltaba por la borda y volvía a la orilla, hacia el poste que habíamos plantado allí para amarrar con firmeza la embarcación; quería soltar el cabo para poder zarpar.

—Vuelva —exclamó el señor Fryer, pero su voz se vio superada por la del capitán, que bramó:

—¡Señor Norton, regrese de inmediato! Cortaremos la amarra para liberar el bote.

En el instante en que Norton se volvió hacia el capitán, se elevó un gran clamor entre los isleños. Él los miró de nuevo, y unos treinta salvajes se precipitaron hacia él. El suboficial de bitácora retrocedió trastabillando en el agua, y de pronto todo fueron chapoteos y gritos asesinos cuando cayeron sobre él blandiendo las piedras para destrozarle el cráneo entre risas de regocijo.

—¡Corta la amarra, Turnstile! —tronó el capitán, y me volví justo a tiempo para coger al vuelo el cuchillo que me arrojó, no sin preguntarme fugazmente qué habría ocurrido de haberme golpeado en la cabeza o cercenado una mano.

Me lo quedé mirando, sin saber muy bien qué hacer, y de nuevo contemplé la escena que se desarrollaba ante mis ojos. El agua ya estaba escarlata por la sangre del señor Norton y los salvajes parecían querer más. Al ver que se volvían hacia nosotros, corté rápidamente la amarra y el bote dio una gran sacudida, alejándose. Sin duda los salvajes podrían habernos alcanzado o haber salido en sus propias embarcaciones en nuestra persecución para matarnos a todos, pero una vez nos hubimos alejado de su playa parecieron inclinados a

dejarnos marchar.

Mi última visión de aquel lugar fue una imagen del cuerpo de John Norton, con la cabeza casi arrancada a pedradas y convertida en un retorcido y sangriento muñón, siendo llevado de vuelta a la isla quién sabía con qué intenciones. En el cascarón todos guardábamos silencio, aliviados, aterrorizados, sumidos en la consternación por nuestro camarada caído. Aparté la vista de la lamentable escena y miré al frente.

Allí no había nada que ver. Nada que apartase mi mente de lo ocurrido.

Día 7: 4 de mayo

Supuso un alivio alejarse de aquel maldito lugar y aquellos deplorables asesinos, pero estar de vuelta en el cascarón me recordó cuán poco probable era en realidad que sobrevivieramos a esa aventura. Habíamos perdido un hombre al cabo de menos de una semana, y un buen hombre además, pues John Norton siempre había sido amable conmigo y era uno de los pocos que se resistía a llamarme por aquel maldito apodo de Tunante. Todos nos sentíamos fatal por lo sucedido, aunque una voz sombría y obscena susurró que habríamos dispuesto de más espacio en el bote si los salvajes hubieran conseguido abatir a unos cuantos más.

El mar estaba encrespado ese día, por lo que recuerdo, y aunque el cascarón se nos antojaba más resistente y seguro que al arribar a las islas Amisosas, el embate de las olas nos obligó a pasar gran parte del tiempo achicando agua del fondo del bote y devolviéndola a donde pertenecía. Era una tarea ingrata y se prolongó tanto que habría jurado que se me caerían los brazos por el esfuerzo; para cuando los vientos amainaron un poco y pudimos sentarnos a descansar, tenía los músculos como mantequilla y parecían temblar de horror por el maltrato al que los había sometido.

—Señor Fryer —dijo Robert Lamb, el carnicero, a última hora de aquella tarde, mirando hacia los cuatro puntos cardinales y sin ver otra cosa que mar—. ¿Adónde nos dirigimos, señor? ¿Lo sabe el capitán?

—Por supuesto que lo sabe, Lamb —replicó el oficial—. El señor Bligh tiene muy buen olfato para estas cosas; debería usted confiar en él. Nuestro rumbo es nornoroeste, en dirección a las Fiji.

—¿Las Fiji, dice? —repuso el carnicero con un tono que reveló lo poco que le gustaba aquella respuesta.

—Sí, señor Lamb, ¿qué ocurre?

—Oh, nada, señor —se apresuró a responder, negando con la cabeza—. He oído decir que son unas islas preciosas.

Me pareció que se callaba algo, pues noté que le temblaba la voz y advertí preocupación en su semblante, pero esperé a que el señor Fryer hubiese vuelto a la proa antes de acercarme al carnicero y arrearle un codazo en el costado.

—¿Qué te pasa, joven Tunante? —gruñó, mirándome irritado, aunque la predilección por la violencia que demostrara antaño en las dependencias de los marineros había disminuido en tan escueto entorno.

—¿Conoces esas islas, las Fiji?

—Algo sé de ellas. Pero acepta la palabra de un hombre honrado, Tunante: más vale que no sepas lo que he oído decir.

Tragué saliva con nerviosismo y torcí el gesto.

—Cuéntemelo, señor Lamb. Me interesa.

Eché un vistazo alrededor para comprobar que nadie nos oía, pero en ese momento casi todos estaban descansando, pues un viento decente nos llevaba en la dirección correcta.

—¿Se trata de las mujeres? —quise saber—. ¿Son como las de Otaheite, que prodigan libremente su virtud?

Bien podía llevar una semana atrapado en aquel bote y estar más cansado que de costumbre, pero seguía siendo un muchacho de quince años que se había acostumbrado a determinadas prácticas, y como no había tenido oportunidad de meneármela desde que me desalojaran de la *Bounty*, sentía un anhelo feroz. La mera mención de la virtud de las mujeres bastó para enviarme una oleada de sangre a la entrepierna.

—No se trata de eso, muchacho —me confió Lamb—. Yo tenía un amigo, un tipo muy correcto llamado Charles Conway, que navegó con el capitán Clerk. Se detuvieron en las Fiji en una visita. Los nativos capturaron a tres de sus hombres, los ataron, los metieron en un caldero de agua, los hirvieron vivos y se los comieron.

—¿Con huesos y todo? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—Utilizaron los huesos de mondadientes —aseguró—. Como los ogros en los cuentos de hadas que leías de niño.

—No creo que debamos ir a esas Fiji —comenté. Preferí no desilusionarlo mencionando que no había sido un niño lector—. No tengo deseos de que me coman vivo.

—Te hierven primero, eso hay que reconocerlo —declaró entonces encogiéndose de hombros, como si eso lo convirtiera en un asunto más agradable—. Imagino que después de eso ya no te queda vida en el cuerpo.

—Aun así, no es una forma agradable de morir.

—No —concedió—. No lo es. Pero oye una cosa, a ti el capitán te escucha. Quizá deberías ser tú quien le pida que busquemos una isla alternativa, alguna de naturaleza hospitalaria.

Miré hacia la proa, donde el capitán acababa de iniciar el reparto del banquete de la tarde. Uno por uno fuimos llamados a su presencia y nos dio un bocado de baya del cacao, un pedazo de plátano y una cuchara de té llena de ron. Apenas bastaba para llenar la panza de una criatura recién destetada, pero nos sentimos agradecidos, en especial ahora que nuestros estómagos habían vuelto a acostumbrarse al sustento tras nuestra breve estancia en las Amistosas.

—Capitán —susurré cuando me tendía mi ración.

—Muévete, Turnstile —dijo, haciendo ademán de que me apartara—. Hay otros hombres que esperan su pitanza.

—Pero capitán, las Fiji... —empecé—. Se cuentan historias terribles sobre...

—Muévete de una vez, Turnstile —insistió con mayor contundencia, y antes de que pudiera añadir más, el señor Elphinstone me agarró con brusquedad para

enviarme a mi sitio.

Pero había tomado la decisión de que ningún salvaje convertiría en comida a John Jacob Turnstile. Ni muchísimo menos.

Día 8: 5 de mayo

Ese día se produjo una especie de disputa entre el señor Hall, que había sido el cocinero de la *Bounty*, y el cirujano Ledward. Empezó con una tontería, pues el matasanos sugirió que hasta un pinche de cocina sería capaz de convertir nuestras exiguas provisiones en algo más sabroso para el paladar.

—¿Y qué sugiere usted que haga, cirujano? —preguntó el señor Hall, quien pese a su buen carácter podía mostrarse bastante cascarrabias si se ponían en duda sus aptitudes culinarias—. ¿De qué disponemos, sino de unas cuantas nueces de cacao y unos plátanos, un poco de ron y algo de pan que se vuelve más duro a cada hora que pasa? ¿Acaso tengo que ser como el Señor? —prosiguió, sin importarle la blasfemia—. ¿Pretende que convierta el agua en vino?

—Eso no lo sé —replicó el cirujano apoyándose en la borda y rascándose la barba—. No he sido instruido en el arte de la cocina. Pero sí sé que un hombre diestro podría encontrar un modo de...

—Y un cirujano diestro podría haber saltado al agua y recuperado el cuerpo muerto de John Norton de manos de los salvajes para devolverle la vida —espetó el señor Hall, inclinándose para blandir el dedo como una vieja lavandera—. No me hable de destrezas, cirujano Ledward, cuando usted mismo carece de toda habilidad.

El cirujano exhaló con fuerza por la nariz antes de sacudir la cabeza y entornar los ojos. Pensé que, de habernos hallado en Otaheite o en la cubierta de la *Bounty*, una discusión así habría acabado en puñetazos, pero en aquel cascarón no teníamos libertad de movimientos; los hombres podían provocar fricciones y luego no encontrar un modo de resolver la cuestión. Aquello podría convertirse en nuestra perdición.

—John Norton estaba muerto, señor Hall —declaró Ledward al fin—. No hace falta un cirujano de talento para revivir a quienes han obtenido su recompensa, sino la voluntad de Dios.

—Sí, al igual que se precisaría la voluntad de Dios para convertir esas migajas que el capitán guarda bajo llave en algo digno de comerse. Estamos en esto juntos, cirujano Ledward, y le sugiero que conserve su dignidad y que impida que su desdichado estado le permita poner en entredicho a sus compañeros de deriva.

El cirujano asintió con la cabeza y dejó correr el asunto. Se había hecho gala de mal genio, se había levantado la voz y provocado una discusión, pero, de haber continuado, uno de los oficiales se habría visto obligado a intervenir, y eso ya no nos parecía justo. Formábamos una pequeña sociedad, los diecinueve hombres. O los dieciocho que éramos entonces. No podíamos pelearnos entre nosotros.

Esa noche se levantó un viento feroz del este nordeste, empujándonos en la

dirección que según el capitán nos conduciría a casa. Sumido en un duermevela, en una ocasión desperté con un respingo, convencido de hallarme de vuelta en el establecimiento del señor Lewis en Portsmouth. El chapotear del agua no había informado aún a mis sentidos de que no me hallaba ni mucho menos en Inglaterra, y cuando por fin recobré la conciencia de quién era y dónde me hallaba, descubrí para mi sorpresa que añoraba el que antaño fuera mi hogar. Al señor Lewis no, por supuesto. Él me importaba un pepino. Pero echaba de menos Inglaterra. Y Portsmouth. Y a algunos de mis hermanos, a los que quería de verdad.

Me senté, frotándome los ojos, y miré a nuestra desmoralizada tripulación con esperanza en el corazón. Formábamos un grupo variopinto, de eso no cabía duda. Sucios, malolientes, barbados —hasta mi propio mentón empezaba a lucir unos pelillos—, pero éramos una tripulación. Nos habían dejado en medio del mar sin preocuparse lo más mínimo por nuestra supervivencia. Pero sobreviviríamos. El capitán se ocuparía de que así fuera. Sí, hasta el último de nosotros.

Entrecerré los ojos para observar el horizonte. En algún lugar, quizá a medio mundo de distancia, se hallaba Inglaterra. Y Portsmouth. Y el señor Lewis. El mismo lugar del que llevaba huyendo dieciséis meses, un lugar que había jurado no volver a visitar. Pero aquella noche, sentado en aquel cascarón y rodeado por la apesosa tripulación de desahuciados de la *Bounty*, juré que haría todo lo contrario: regresaría a casa. Volvería en busca de mi propia venganza. Y entonces empezaría otra vez de cero. La vida podía contener aún un montón de tesoros para John Jacob Turnstile y no permitiría que ningún hombre volviera a tomarse libertades conmigo.

—Qué mirada tan ardiente, Turnstile —comentó el capitán, observándome; estaba sentado a unos palmos de mí, intentando encontrar una posición cómoda para dormir.

Sonreí y asentí en silencio. Y cuando volvió a cerrar los ojos y empezó a roncar otra vez, lo observé y me dije que tenía ante mí a un gran hombre. Era una suerte de héroe, un líder en la batalla. Y en ese momento descubrí cuál era la ambición de mi propia vida.

Algún día llegaría a ser un gran hombre como el capitán Bligh. Sobreviviría, prosperaría y tendría éxito en mi empresa.

Y todos, hasta el último de nosotros, regresaríamos sanos y salvos a Inglaterra.

Día 9: 6 de mayo

Por fin avistamos tierra. La hambrienta, sedienta y exhausta tripulación prorrumpió en grandes vítores ante la posibilidad de descanso y de encontrar sustento.

—Llévennos allí, hombres —les ordenó el capitán a los remeros, señalando una isla verde y montañosa que se alzaba ante nosotros, precedida por una playa de arena que era una maravilla contemplar. No pude evitar advertir cómo había cambiado la voz del capitán en los nueve días desde que partiéramos de la *Bounty*; como todos nosotros, estaba deshidratado, pero capté una aspereza en ella que antes no estaba. Supuse que se sentía cada vez más deprimido por cómo se sucedían los acontecimientos. Aun así, el sentimiento general era que sí podíamos sobrevivir de isla en isla, y luego acometer esa gran extensión de mar entre las dos últimas, quizá viviríamos para contar nuestra aventura, por lo que la visión de esa nueva isla nos llenó de esperanza.

Todos observábamos ansiosos la tierra a medida que nos acercábamos, pero entonces vimos emerger un grupo de salvajes de la espesura. Estábamos aún a cierta distancia de la orilla, lo bastante lejos para que no pudiesen alcanzarnos, pero el capitán dio la orden de mantener nuestra posición. Los hombres levantaron los remos y todos observamos.

—¿Capitán? —preguntó el señor Fryer—. ¿Qué opina?

Los de la orilla, unos treinta o cuarenta, parecían amigables. Nos hacían señas y algunos bailaban una curiosa danza, pero no llevaban piedras en las manos como los salvajes de las islas Amistosas.

—Opino que, para empezar, nos superan en número —respondió el capitán—. Pero quizá sólo quieran darnos la bienvenida.

—Pueden transcurrir días hasta que lleguemos a otra isla —comentó el señor Elphinstone, que al ser más alto que la mayoría empezaba a padecer dolorosos calambres por no poder estirar las piernas, y eso le impedía dormir—. Quizá deberíamos enviar unos hombres para averiguar qué pretenden, y luego tomar una decisión. Estaré encantado de ofrecerme voluntario.

—Y yo se lo agradezco, Elphinstone —respondió el señor Bligh—. Pero no pienso mandar a ningún hombre a la muerte. No olvidemos lo ocurrido al señor Norton.

—¡Miren! —exclamó a mi izquierda Peter Linkletter, el suboficial de bitácora—. ¡Miren qué llevan!

Todos los ojos se volvieron hacia la orilla, donde algunos salvajes más, una docena quizá, llevaban grandes cestas con frutas que dejaron en la arena. Otros se acercaron rápidamente con grandes tajadas de carne. Sólo de ver aquello se me hizo la boca agua. Entonces añadieron vasijas de agua para acompañar el banquete. Nos hicieron señas de que nos acercásemos y los nuestros

prorrumpieron en vítores de alegría, levantándose tan repentinamente que amenazaron con volcar el bote.

—¡Siéntense! —bramó el capitán con voz ronca—. Quédense en sus puestos, no pienso tolerar algo así.

—¿Que no piensa tolerarlo, señor Bligh? —exclamó William Purcell—. ¡No estará hablando en serio! Podríamos sobrevivir semanas con esas ofrendas que nos hacen.

—No sobreviviremos si las ofrendan incluyen nuestro asesinato —replicó el capitán—. Piensa que son cordiales, ¿no es así?

—Creo que no nos traerían un festín así a la orilla si no fuesen gente hospitalaria.

—Entonces es que el sol le ha dado demasiado en la cabeza, señor. Si no es capaz de reconocer una trampa cuando la tiene ante las narices, es que no tiene ni la mitad de las luces que le atribuía. Es una treta, señor Purcell, ¿no se da cuenta? Desembarcamos, aceptamos su comida, compartimos sus viandas, y antes de que pase una hora nos habrán vaciado los sesos y jamás regresaremos a casa.

Me acordé entonces de lo que me había contado Robert Lamb dos días antes sobre las islas Fiji y empecé a preguntarme si llenarme la panza sería un pago razonable por la pérdida de mi vida. Y tenía tanta hambre y tanta sed que por un instante casi estuve dispuesto a aceptar el trueque.

—Vire el rumbo, señor Fryer —ordenó el capitán, suscitando exclamaciones de decepción en la tripulación—. ¡He dicho que haga virar el bote! —repitió más alto, sin mirar a ninguno y pareciéndose más al hombre que había estado al mando de la *Bounty* durante más de un año sin que nadie cuestionara su autoridad.

—Remeros —dijo el oficial no sin cierta frustración, aunque me pareció que consideraba prudente la decisión del capitán—. Rumbo nornordeste otra vez.

Los hombres murmuraron por lo bajo y yo me despatarré en el asiento, vencido y decepcionado, pero la cosa tenía sentido. Los salvajes de la orilla gritaron a voz en cuello al ver que habíamos descubierto su estratagema y algunos se internaron en el agua para seguirnos, esgrimiendo amenazadoras lanzas, pero estábamos demasiado lejos para ser objetivos potenciales o para temer sus intenciones.

—Encontraremos un sitio seguro donde amarrar, tripulación —aseguró el capitán al cabo de cierto rato—. Sé que todos tienen hambre y sed, pero no podemos aceptar semejante riesgo. Ya hemos sobrevivido hasta aquí. Lleguemos a nuestro destino.

—Pero ¿cómo, capitán? —preguntó John Samuel, el secretario, sin ocultar su desesperación—. ¿Cómo lo conseguiremos con tan poca comida y menos agua todavía? ¿Qué va a ser de nosotros?

El capitán lo miró un momento, negó con la cabeza y se volvió, y su rostro cambió ligeramente. Advertí que contemplaba el agua y lo que ocurrió entonces supuso un gran triunfo. Todos habíamos intentado en distintas ocasiones pescar un pez con el arpón, pero había sido en vano. Pensábamos que sería un gran logro personal para quien lo consiguiese primero. Y justo entonces, sorprendiéndonos a todos y sobresaltando a algunos por lo rápido que pasó, el capitán asió el arpón del suelo del bote, lo hundió con destreza y rapidez en las olas y lo sacó con un pez grande ensartado, de unos seis kilos diría yo. Lo arrojó a la cubierta, donde el animal se sacudió unos instantes antes de quedarse inmóvil, con el ojo vidrioso mirándonos con tanta sorpresa como la que sentíamos nosotros.

—Sobreviviremos —declaró el capitán mirándonos; todos, hasta el último de nosotros, estábamos demasiado asombrados y hambrientos para hacer otra cosa que esperar a que repartiera la presa.

Día 10: 7 de mayo

El capitán nos organizó en dos turnos, en los que la mitad de la tripulación se sentaba junto a las bordas en tanto la otra mitad buscaba un sitio para tenderse. Resultaba casi imposible, y como el fondo del casco estaba empapado, el sueño se veía dificultado por la amenaza constante de mojarse. Por culpa de ello nos dolían todos los huesos. Era una existencia miserable.

Como el capitán dormía, me acerqué al señor Fryer, que estaba ensimismado contemplando el mar. Me vi obligado a pronunciar su nombre tres veces antes de que me mirase, e incluso entonces lo hizo como si no tuviese ni idea de quién era yo.

—Ah, Turnstile —dijo al fin, frotándose los ojos como si acabara de despertar—. Estás aquí. ¿Me decías algo?

—Así es, señor. Parecía estar usted en otro mundo.

—Bueno, hay algo cautivador en todo esto, ¿no crees? —apuntó, contemplando la vasta extensión de azul que nos rodeaba—. Un hombre puede perderse con sólo mirarlo.

Asentí. Se me ocurrió que las fronteras entre capitán, oficiales, hombres y criados se volvían más borrosas cada día. Hablábamos entre nosotros con mucha mayor familiaridad que a bordo de la *Bounty*, y el capitán nos trataba casi como a iguales, aunque quizá tenía algo que ver con el hecho de que éramos una tripulación de leales y se mostraba naturalmente bien dispuesto hacia nosotros.

—En efecto, así es. Señor Fryer, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—Es sólo que... —Me detuve a considerarlo, confiando en expresarlo correctamente—. Nuestro rumbo, señor. ¿Sabe qué rumbo seguimos?

—Es el capitán quien lo establece, muchacho, eso ya lo sabes. ¿No confías en el señor Bligh?

—Oh, sí, señor —me apresuré a responder—. Por supuesto que sí. Es un buen caballero, tan bueno como el que más. Sólo lo preguntaba, señor, porque al igual que los demás tengo un hambre y una sed feroces, las piernas no me sostienen, y me pregunto si volveremos a avistar tierra alguna vez.

Fryer sonrió un poco y asintió.

—Es natural que estés preocupado. Mi padre también era marino, ¿sabes? Se hizo a la mar cuando tenía más o menos tu edad. Más joven incluso.

—¿De veras, señor? —dije, preguntándome si la combinación de mar y sol le habría afectado la cabeza, pues no me había interesado por sus circunstancias familiares.

—Pues sí —confirmó—. Y cuando no era mucho mayor que tú se vio involucrado en un naufragio ante la costa de África. No estaba ni mucho menos tan lejos de casa como nosotros ahora, por supuesto, pero él y sus camaradas

(eran siete) se las apañaron para llegar al extremo más meridional de España en un cascarón que era la cuarta parte de éste. No tenían capitán, y sólo había un oficial entre ellos. Pero sobrevivieron. Y se convirtió en un gran hombre, mi padre.

Abrí mucho los ojos. Nunca había sabido nada de la familia del señor Fryer y me pareció muy decente por su parte que me hablara de ella.

—¿Es un hombre rico, señor?

—Eso es algo relativo, Turnstile —repuso, una frase que para mí no significaba nada—. No lo recuerdo por sus riquezas. Sí, te veo fruncir el entrecejo; murió hace varios años, de fiebre tifoidea.

—Lamento saberlo, señor.

—Todos lo sentimos mucho. Su vida estuvo llena de aventuras. Fue él quien me empujó a hacerme a la mar, algo que nunca he lamentado, aunque ello me obligue a dejar a mi esposa y mis pequeños durante meses y eche de menos verlos crecer. No lo lamento. Te diré una cosa, Turnstile: de haber presenciado mi padre los actos de Fletcher Christian a bordo de la *Bounty* aquella última noche... Bueno, habría blandido un sable sin pensárselo dos veces.

—¿Era un hombre violento, señor? —quise saber, recordando mi infancia en el establecimiento del señor Lewis—. ¿Le pegaba con la vara cuando era pequeño?

—No estás entendiendo nada, Turnstile —replicó él con irritación—. Me refiero a que jamás habría permitido que se produjera el motín. Habría encontrado una forma de detenerlo. Y habrían colgado a Christian por sus fechorías. Me pregunto si nos estaba observando aquella noche y lamentando que yo no interviniera.

—¿Usted, señor? Pero ¿qué podía hacer usted? ¡Eran muchos!

—Y yo era el maestro del barco. Quizá de haberles hablado me habrían escuchado. Pero no lo hice. Oh, fui leal, eso es cierto. ¿Y sabes por qué?

—No, señor.

—Por el capitán, Turnstile. Por el respeto que me inspira.

Agucé la mirada y consideré aquellas palabras. Ya estaba bien que un hombre de su posición se dignara hablarme siquiera, pero lo más raro era que lo hiciera con semejante franqueza. Me pregunté si era consciente de mi condición, pues jamás habría hablado con tal emoción de estar en pleno uso de sus facultades.

—Ya sé qué estarás pensando —prosiguió con una sonrisa—. Que el capitán y yo nunca nos hemos llevado bien. Es cierto que se mostró excepcionalmente... severo conmigo. Pero es un hombre más joven que yo, Turnstile, y un capitán de la Armada de Su Majestad. O como si lo fuera, al menos. Y la carrera que ha hecho hasta ahora... Lo admiro muchísimo, por eso acepté este cargo. Su destreza en el trazado de mapas quizá sea la mejor desde Da Vinci, ¿sabías eso,

Turnstile?

—Sabía que era bueno con la pluma —repuse—. Pero no sabía que...

—¿Bueno con la pluma, dices? —me interrumpió riendo—. Pues no sabes ni la mitad. Los mapas que trazó cuando estuvo con el capitán Cook... bueno, han resultado indispensables para todos esta última década. Es como si pudiera ver el mundo a distancia y reproducirlo. Sólo un gran hombre tendría semejante talento. No, si pudiese volver a aquella noche, habría desenvainado el sable para enfrentarme yo mismo a los amotinados.

—Y lo habrían abatido, señor —dijo una voz profunda a mi derecha. Di media vuelta y vi al capitán, en la misma postura en que estaba durmiendo, pero ahora con los ojos abiertos.

—Capitán —murmuró el señor Fryer, ruborizándose levemente ante sus generosas palabras.

—Turnstile, quizá deberías dejarnos solos unos minutos —me pidió el capitán—. Vete al otro extremo del bote.

—Sí, señor —respondí, aunque no tenía ningunas ganas de irme, pues me interesaba saber cómo se tomaría el capitán esa declaración de consideración del hombre al que había menospreciado en tantas ocasiones, pero una orden es una orden, de modo que me alejé para sentarme junto a Robert Tinkler, que era uno de los que montaban guardia.

—¿De qué iba? —quiso saber—. ¿De qué hablabais tú y el señor Fryer?

—No lo sé —respondí—. Tan sólo le he preguntado qué rumbo íbamos a seguir y la conversación dio un giro inesperado.

—Oficiales —bufó—. Nunca te dan una respuesta directa.

Observé unos instantes a los señores Bligh y Fryer, que entablaron una conversación en voz baja. Me pregunté de qué hablarían, si el capitán le estaría diciendo que también él lo respetaba y si le daría las gracias por su lealtad, pero no alcanzaba a oírlos y no pude saberlo. Todavía me lo pregunto.

Día 11: 8 de mayo

Esa jornada volvimos a avistar tierra y, como de costumbre, experimentamos una gran alegría ante la posibilidad de desembarcar y disfrutar de descanso y sustento. Los cuatro remeros empezaron a virar de forma automática hacia la isla, pero, advirtiéndolo de inmediato, el capitán soltó un bramido y les ordenó claramente que mantuvieran el rumbo.

—Pero capitán... —dijo William Cole exasperado, al tiempo que señalaba al este, hacia tierra—. ¿No ha visto la isla?

—Por supuesto que la he visto, señor Cole. Tengo ojos en la cara y no me he quedado ciego, ¿sabe? Pero debemos ser cautelosos. Rodearemos un poco la costa antes de aventurarnos más hacia la orilla.

Los ánimos decayeron un poco, pero había que obedecer al señor Bligh, de modo que los remeros pusieron otra vez manos a la obra y empezamos a rodear la isla, aún bastante lejana.

—¿Dónde estamos, señor Bligh? —quiso saber George Simpson—. ¿Ha estado aquí antes?

—Me parece que son las islas Fiji —proclamó—. Y sí, estuve aquí una vez con el capitán —añadió. Se refería al capitán Cook por supuesto, como lo hacía siempre—. Pero nos conviene mostrarnos prudentes. En las Fiji hay nativos amistosos y otros no tanto. Caníbales y todo eso.

El corazón me dio un vuelco al oír aquella palabra y me acordé de lo que me había contado el señor Lamb sobre las costumbres de la gente en esa parte del mundo. Había recorrido una buena distancia desde Portsmouth y vivido muchas aventuras en dieciséis meses, y desde luego no pensaba acabar como festín para un grupo de salvajes. Por mucho que deseara tenderme en la playa y volver a ejercitar mis miembros, empecé a preguntarme si no estaríamos más seguros en nuestra pequeña embarcación.

—Capitán —dijo el señor Elphinstone—. Mire.

Todos volvimos la vista en la dirección que indicaba y distinguimos a un grupo de nativos que arrastraban unas canoas hasta la orilla y zarpaban en dirección a nosotros.

—Ah —dijo el capitán frunciendo el ceño—. Ya me temía algo así.

—¿Qué pasa, señor Bligh? —quise saber—. ¿Es un comité de bienvenida?

—No de la clase que nos gustaría recibir, te lo garantizo. Remeros, a rumbo otra vez; continuamos nuestro viaje.

Un clamor se elevó por parte de quienes estaban dispuestos a arriesgar sus vidas por la oportunidad de amarrar el bote. Miré atrás hacia la orilla y vi dos canoas que avanzaban hacia nosotros, cada una con cuatro hombres, menor carga que la nuestra.

—Sólo son nueve —observé—. Nosotros somos dieciocho.

—Son ocho, Tunante —apuntó el señor Elphinstone—. ¿No sabes sumar o qué?

—Bueno, pues ocho —dije irritado por su pedantería, que no hacía sino confirmar lo que yo había dicho—. ¡Menos de una tercera parte que nosotros!

—¡Menos de una tercera parte! —volvió a burlarse el señor Elphinstone, y se dispuso a decir algo más, pero el capitán lo interrumpió.

—Donde hay ocho habrá ochenta más. Remen deprisa. Continuamos nuestro viaje. No tardarán en desistir.

Tenía razón, pues al cabo de unos minutos las dos canoas perdieron velocidad hasta quedar meciéndose en las olas. Cuatro de los hombres, los del centro en cada canoa, se levantaron y blandieron sus armas hacia nosotros, unas lanzas en las que bien podían haber pretendido ensartarnos a modo de pinchos sobre una hoguera.

—No hay por qué desmoralizarse —declaró el capitán—. Encontraremos algún refugio seguro. Hasta ahora nos ha ido bien, ¿no es así?

—Pero ¿cuándo, señor? —preguntó el cirujano Ledward con suma tensión, como un niño al que le hubiesen negado el sonajero—. ¿Sabemos siquiera en qué dirección vamos? Ni siquiera tenemos mapas.

—Nuestros mapas están aquí arriba, cirujano —repuso el capitán dándose unos golpecitos en la cocorota—. Mi memoria es cuanto necesitamos. ¿Acaso olvida con quién está hablando?

—No olvido nada, señor, y no pretendo faltarle al respeto. Sólo digo que no podemos navegar así indefinidamente.

Unos murmullos por lo bajo se difundieron entre la tripulación y el capitán nos miró con cierto desagrado. No era que temiese otro motín (después de todo, no había forma de amotinarse, de no ser que lo tirásemos por la borda, y eso difícilmente sería de ayuda en nuestro caso), sino que sabía que el desánimo era nuestro peor enemigo. Salvajes, caníbales y asesinos eran una cosa; la incapacidad de creer que sobreviviríamos, otra bien distinta.

—Continuamos rumbo oeste —declaró—. Nos dirigimos a las Nuevas Hébridas. Las veo claramente en mi cabeza, tripulación. Están ahí, delante de nosotros. Sé que están ahí. Y desde allí pondremos rumbo al estrecho de Endeavour, en el extremo septentrional de Australia. Es un lugar aislado, sí, pero allí podremos recuperarnos antes de hacer la travesía final hasta Timor. Encontraremos amigos en Timor, y un modo de viajar de forma segura hasta nuestra patria. Recuerdo estas aguas con la misma exactitud con que recuerdo los rostros de mi esposa y mis hijos, tripulación. Y la idea de volver a verlos es lo que me impulsa a seguir adelante. Pero les necesito conmigo, marineros. ¿Están conmigo?

—Sí, capitán —respondimos todos con desgana.

—He preguntado que si están conmigo.

—¡Sí! —exclamamos entonces con mayor alegría, y para nuestra felicidad los cielos se abrieron en ese instante y empezó a caer una lluvia intensa que nos permitió llenar las cantimploras. Echamos la cabeza atrás y abrimos la boca hasta saciar la sed. Por un momento, pareció que el mismísimo Señor estuviera de nuestra parte.

Día 12: 9 de mayo

Si la lluvia de la tarde anterior nos había alegrado, al despertar nos encontramos en un estado caótico, pues los hombres que habían conseguido dormir unas horas apenas podían moverse, tan agarrotados estaban. El capitán nos aseguró que ésa sería una queja corriente a medida que pasaran los días. Si dormíamos con la ropa empapada, despertaríamos calados hasta los huesos. Me atemorizaba pensar qué dificultades podía entrañar eso. Por mi parte, apenas podía mover la cabeza, y cualquier intento de volverla a derecha o izquierda me dolía tan atrocemente que resolví quedarme en mi sitio el día entero y hacer tan sólo movimientos muy lentos de brazos y piernas hasta que la circulación se restableciera.

—Ledward, Peckover, Purcell y Tunante, a los remos —ordenó el señor Fryer justo después de que se sirviera el desayuno, un traguito de agua y una cáscara de cacao. Me encogí en el asiento y traté de pasar inadvertido, una proeza difícil en un bote que no medía más que siete metros de eslora. Observé cómo los cuatro remeros anteriores dejaban los remos y mis tres compañeros se acercaban a sus sitios, inmóviles por el momento.

—¡Tunante! —exclamó el señor Fryer—. ¿No me has oído?

—Estoy indispuesto —repuse—. Lo siento mucho.

—¿Indispuesto? —repitió con expresión de asombro—. ¿Ha dicho el chico que está indispuesto? —No sé a quién se dirigía, pero no obtuvo respuesta—. ¿Indispuesto en qué sentido?

—Es algo terrible, señor —contesté—. Pero he despertado con un dolor en todo el cuerpo que no muestra indicios de desaparecer. Me temo que si trato de remar sólo conseguiré que el cascarón navegue en círculos.

—No, ya vigilaré yo que no lo haga —declaró Fryer—. Ahora trae tu perezoso trasero hasta aquí y coge tu remo antes de que te dé una buena tunda.

Rezongué y refunfuñé, pero no sirvió de nada, pues la suerte ya estaba echada. Al colocarme en mi sitio junto a William Purcell traté de esbozar una media sonrisa de resignación, pero el carpintero se la tomó como una muestra de insolencia y me fulminó con la mirada.

—Todos tenemos que hacerlo —dijo—. Ya no eres el criado del capitán, ¿sabes?

—Desde luego que lo soy —repliqué—. Si ocupo algún puesto en la Armada de Su Majestad, es ése.

—No tienes privilegios especiales —añadió con desdén—. Ya no es como antes. Estamos en esto todos juntos, hasta el último de nosotros.

Torcí el gesto. ¿Era así como me habían visto los hombres esos últimos dieciséis meses? ¿Como un tipo que gozaba de prerrogativas especiales por la simple proximidad al camarote y la persona del capitán? Qué poco imaginaban

cuánto había trabajado. Me levantaba temprano para prepararle el desayuno al capitán, y luego tenía que ocuparme de su ropa, y del almuerzo; quizá entonces disponía de un rato libre si conseguía esconderme en algún rincón donde no me encontrara, pero luego venía la cena y después de eso ya era hora de acostarse, sin duda. ¿Cómo era posible que creyeran que lo habían pasado peor que yo?

—Eso ya lo sé, William Purcell —repliqué no sin cierta indignación—. Es sólo que el dolor...

—Ah, por mí puedes meterte tu dolorcillo por el culo —espetó el muy guarro—. Ahora empieza a remar, a ver si llegamos un poco más rápido a donde sea que vayamos.

Todos se turnaban a los remos, incluidos el capitán y los oficiales, y eso al menos nos ofrecía cierto sentido de unidad e igualdad. Dos horas cada vez, cuatro hombres por turno. Durante los primeros días de nuestra aventura había sentido que los brazos se volvían de mantequilla y había dado por seguro que si me veía obligado a coger otra vez los remos se me partirían los hombros, pero para entonces, cuando llevábamos ya en ello casi dos semanas, los músculos se me habían desarrollado y ya no me resultaba tan traumático. Podía remar alegremente mis dos horas sin resentirme en exceso. Pero ese día, con el cuerpo tan calado y convertido en un desdichado esqueleto, supuso una prueba terrible.

Entretanto, el capitán estaba creando una suerte de balanza a partir de dos mitades vacías de nuez del cacao y un par de balas de pistola a modo de pesos, y anunció que a partir de entonces y hasta que llegásemos al siguiente destino —las Nuevas Hébridas— las raciones se dividirían de forma igualitaria mediante aquel artificio. Hubo grandes quejas, pues nuestros estómagos tenían ya la sensación de que nunca volverían a alimentarlos por culpa de aquellas escasas raciones que nos ofrecía tres veces al día, pero nada que pudiésemos decir o hacer cambiaba la situación y el capitán se negó a atender razones.

Fue una jornada sombría, por lo que recuerdo. Deprimente. Una jornada en que el desánimo hizo presa en mí, un desánimo tremendo.

Día 13: 10 de mayo

Hambre. Hambre. Hambre. Hambre.

Y sed.

Si a la palabra hambre pudiera habersele dado vueltas y más vueltas hasta convertirla en un ser humano vivito y coleante, sin duda habría sido un muchacho inglés, de algo más de un metro sesenta, alborotado cabello oscuro, con un diente roto y que respondía al nombre de John Jacob Turnstile. Desperté ese día con un dolor en el vientre que no recordaba haber soportado en toda mi vida, la clase de dolor que te hace doblarte en dos y aullar de sufrimiento.

Al levantarme de mi sitio en el fondo del cascarón tras unas horas de sueño inquieto, con los pies en la cara de Thomas Hall y padeciendo la humillación de tener los de John Hallett en la mía, me sentí como si mi cuerpo entero protestara por el trauma que le estaba causando. Me dolían los brazos y las piernas tanto como la cabeza, pero por Dios santo que lo peor de todo era la barriga. Arrastrando mi pobre cuerpo hasta la borda, cogí un arpón corto y contemplé las aguas en busca de algún pez. Si lograba ensartar uno, me dije, podría ponerlo a buen recaudo bajo mi camisa —que en realidad no era más que una fina capa de tela desgarrada y harapienta— y masticarlo crudo siempre que me apeteciera. Sería mezquino no compartirlo con los demás, por supuesto, y sin duda causaría un escándalo si llegara a descubrirse, pero, dadas las circunstancias, cada uno dependía de sí mismo y juré que si pescaba algo no tardaría en encontrar el camino a mi panza.

Las aguas en aquella zona eran de un azul curioso, con un tono que se aproximaba al verde en el fondo y una pincelada de negrura apareciendo de tanto en tanto para añadir un color más. Las observé extasiado, como el señor Fryer cuando lo había descubierto perdido en sus ensoñaciones y contemplando el mar. Descubrí que veía mi propio reflejo en el agua y metí una mano para quebrarlo. Al cabo de un instante mis ojos, boca, nariz y orejas se habían diseminado en un calidoscopio de Turnstile que se dirigió hacia los cuatro puntos cardinales, hasta que la distancia entre unos y otros fue demasiada; el agua se aquietó y las partes de mí semblante volvieron a ensamblarse ante mis ojos. Me hizo sonreír y exhalar un suspiro.

Un instante después di un respingo. Abrí mucho los ojos y me pregunté quién sería ese que me miraba. ¿Era John Jacob Turnstile, antaño del establecimiento del señor Lewis? ¿De Portsmouth? ¿Un inglés? Me pareció que no. Pues ¿no tenía una mandíbula demasiado marcada y enérgica para un muchacho de quince años, no estaban sus mejillas demasiado hundidas? ¿No había acaso una sombra de barba y bigote en su cara? Me llevé una mano al rostro para palpar el diminuto bigote y sentí un momentáneo orgullo por mi virilidad. Durante unos segundos cruciales se me antojó maravilloso estar vivo. Me pregunté si alguien

me reconocería en Portsmouth, si ocurriera lo improbable y los dieciocho lográbamos regresar a la tierra del rey, y me pasó por la cabeza que quizá podría empezar de nuevo, sí, incluso en mi propia ciudad natal, y nadie sabría qué empleo habría ejercido con anterioridad, ya fuera durante el día o la noche. Pero esos pensamientos sólo podían durar un segundo, como mis facciones diseminadas en el agua, antes de que reapareciera la verdad.

Parpadeé y oí actividad detrás de mí; otros que despertaban. Hombres que se incorporaban vacilantes, ansiosos por estirar los brazos hacia el cielo, levantar un pie de la cubierta y agitarlo, procurando mantener el equilibrio, para que la sangre fluyera de nuevo. Voces que llamaban al capitán para preguntarle cuándo se interrumpiría nuestro ayuno y recibían una respuesta que no era precisamente del agrado de todos.

Pero no me di la vuelta. Continué mirando fijamente el agua. Y entonces lo vi. Un pez alargado, rojo. ¿O verde oscuro? No importaba. Era un pez. Contenia carne. Cogí el arpón corto y lo sostuve sobre la borda, y justo en ese momento el dolor de tripa me atacó cual patada en las partes y no pude hacer otra cosa que chillar de agonía, y cuando volví a abrir los ojos el arpón ya no estaba, uno de los dos que teníamos. Lo había dejado caer. Se había hundido en el océano. Proferí un jadeo de horror y esperé a que una mano en las posaderas me empujara por la borda, pero no noté nada. Nadie lo había visto.

Me volví con cautela, ansiando que mi rostro no revelara el terror que sentía, pero ninguno de mis compañeros me miraba. El capitán se volvió entonces y advirtió mi expresión.

—Turnstile —dijo—. ¿Te encuentras bien? Se te ve muy ansioso.

—Estoy bien, señor.

Decidí guardar el secreto. No tardarían en advertir la ausencia del arpón, pero no diría nada, o de lo contrario mi vida valdría menos que lo que había perdido.

Día 14: 11 de mayo

Los pasajeros del cascarón formaban un grupo bien raro de conversadores, sin duda. Durante mi turno de remo traté de charlar un poco con William Peckover, el artillero, y lo único que obtuvieron mis esfuerzos fue nada de nada. Remábamos uno junto al otro, y como él era un hombre mucho más corpulento que yo —más alto, robusto y mucho más grueso, interpreten eso como quieran— su hombro no dejaba de golpear el mío a cada estrepada. Me producía mi buena dosis de irritación, pero había habido varios arranques de genio a bordo del cascarón esa mañana, de modo que me pareció más prudente tratar de charlar un rato.

—He oído decir que había navegado usted antes con el señor Bligh — comenté, y al oír mis palabras se mostró tan irascible que cualquiera habría dicho que él era el rey de Inglaterra y yo acababa de abandonar su presencia enseñando el trasero.

—Conque eso has oído, ¿eh, Tunante? ¿Y qué pasa si lo hice? ¿Acaso es asunto tuyo?

—No, no es asunto mío, amigo —me apresuré a contestar—. Sólo lo menciono por decir algo.

Me miró un poco más y luego volvió a concentrarse en el remo.

—Sí —dijo al cabo de mucho rato, cuando yo ya había olvidado mi pregunta y estaba enfrascado en el recuerdo de una tarde nada cristiana pero muy placentera con Kaikala en nuestra laguna, un recuerdo que en cualquier otra ocasión me habría enardecido pero que en ese momento, con lo agotado que estaba mi cuerpo y lo vacía que sentía la tripa, no lo consiguió—. Sí, es cierto. Navegué con él en el *Endeavour* cuando era maestro y estábamos al mando del capitán Cook

—¿Era muy distinto entonces? —quise saber, pues me resultaba difícil imaginar al capitán en el puesto del señor Fryer, no dando órdenes sino acatándolas y cumpliéndolas.

—Más o menos. Era más joven, eso sí —respondió. Exhalé un suspiro, sin saber si se mostraba evasivo a propósito o le parecía una respuesta razonable—. Una cosa sí te diré —añadió al cabo de un momento—. El capitán Cook jamás habría permitido que ocurriera esto.

—¿El qué?

—Esto, Tunante. ¡Esto! Que nuestra tripulación esté aquí en medio de la nada, navegando hacia Dios sabe dónde, sin saber si viviremos o moriremos. Jamás habría permitido que las cosas llegaran a este extremo.

—Pero lo pillaron por sorpresa —protesté, pues aunque las circunstancias habían cambiado, aún me sentía obligado a defenderlo—. No tenía ni idea de los planes del señor Christian.

—¿No la tenía? —repuso Peckover—. Entonces sugiero que debería haber tenido los ojos y las orejas bien abiertos cuando estábamos en Otaheite, pues más de un hombre conocía la conspiración, y había otros no muy lejos de nosotros que se debatían entre las dos posibilidades: la fornicación y el deber.

Miré alrededor y me pregunté quién sería el perro perezoso que había considerado oponerse al capitán, pero se me ocurrió que yo mismo había tenido momentos de duda al respecto.

—¿Lo sabía usted? —pregunté en voz baja—. ¿Sabía que iba a producirse el motín?

—Sabía que existía la posibilidad —admitió él encogiéndose de hombros—. Sabía que el señor Christian nunca aceptaría abandonar la isla y sabía que algunos decían que lo seguirían en cualquier circunstancia.

—¿Y usted? ¿Nunca pensó en seguirlo?

—No, y yo no —contestó negando con la cabeza—. Soy un defensor del rey, lo he sido siempre, desde el día que nací. Nada me habría gustado más que seguir retozando con las damas de Otaheite, pero jamás podría haber permanecido allí y añadir mi nombre a la lista de amotinados. Habría supuesto la deshonra de mi familia. Me pregunto por qué te uniste tú a nosotros, Tunante. Me pregunto por qué no decidiste disfrutar de las libertades que se te ofrecían.

—No tengo muchos motivos para volver a casa, desde luego —concedí—. Pero el capitán siempre se portó bien conmigo. Me cuidó aquellos primeros días en que estuve enfermo. Me hizo digno de su confianza durante el viaje. Me enseñó cosas.

—Sí, algunos sentían celos de que fuera así —comentó, riendo.

—¿De veras?

—¡Por supuesto! ¿Crees que a los oficiales más jóvenes les gustaba la forma en que ibas y venías de su camarote a cualquier hora del día o la noche? ¿Crees que les parecía bien que se te permitiera estar allí, limpiando o recogiendo, mientras se discutían los asuntos del barco? Tanto Christian como Heywood hablaron de ello con el capitán. Dijeron que estaban preocupados.

—¿Preocupados por mí? —pregunté, y me ardió la sangre—. ¡Los muy perros! ¡Pero si nunca les di motivos!

—Y luego estaba la lista —añadió, sonriendo como si disfrutara de saber más que yo.

—¿La lista? ¿De qué lista habla?

—De la lista que se encontró. La que citaba a aquellos hombres que podrían haber formado parte de una conspiración. El nombre del señor Christian figuraba en ella. Sí, y el del señor Heywood.

—Sí, la recuerdo —dije, pensando en la noche que había yacido en mi litera fingiendo dormir, mientras los señores Fryer y Bligh discutían sobre esa lista recién encontrada y sobre si debían exponer los nombres incluidos en ella—. El

capitán no sabía muy bien qué hacer al respecto.

—Ya. Pero había un nombre más en aquella lista, joven Tunante. El de alguien que quizá te habría sorprendido ver allí. O quizá no.

Frunci el ceño. No conseguía imaginar de quién se trataba, que no fueran los amotinados en sí.

—¿Quién? —quise saber—. ¿Quién era?

—¿De verdad no lo sabes? —preguntó volviéndose un poco hacia mí y dirigiéndome una mirada socarrona, como si quisiera dilucidar si le estaba diciendo la verdad.

—Por supuesto que no —aseguré—. Nunca llegué a ver la lista. ¿A qué nombre se refiere? ¿Al de otro oficial? ¿Thomas Burkett? Ése siempre fue mal tipo. ¿Edward Young? Nunca dijo nada bueno del capitán.

—No, ninguno de ellos, aunque sus nombres bien podían haber aparecido. Pero no son ellos. No, el nombre en cuestión es el de alguien mucho más cercano al capitán.

Lo consideré. Sólo había uno que parecía posible, aunque se me antojaba muy improbable.

—No sería el señor Fryer... —aventuré.

—No, no era Fryer —replicó riendo—. El nombre era Turnstile. John Jacob Turnstile.

Día 15: 12 de mayo

Transcurrieron dos días antes de que se descubriera el arpón desaparecido, si es que puede descubrirse algo que ya no está, claro. El señor Elphinstone —al que le había dado por murmurar en sueños, llamando una y otra vez a una tal Betsey, un hecho desconcertante considerando que era el nombre de la esposa del capitán— estaba organizando los turnos de remeros de esa singladura cuando Lawrence LeBogue advirtió un banco de peces que pasaba junto al cascarón.

—Mire, señor —dijo señalando el agua, y la mitad de la tripulación se asomó por la borda, casi haciéndonos volcar—. Podríamos intentar pescar alguno.

—Los arpones —dijo el señor Elphinstone mirando alrededor en su busca, pues hacía varios días que no veíamos peces y no había habido necesidad de utilizarlos. George Simpson sacó uno de debajo de su asiento y los demás buscaron el otro—. Venga, hombres. Tiene que estar en algún sitio.

—¿Qué ocurre? —intervino el capitán, que había estado durmiendo y se incorporó con el revuelo que estábamos armando—. ¿Qué pasa aquí, señor Elphinstone?

—Los arpones, señor —repuso el oficial—. Sólo encontramos uno.

—Pero tenemos dos.

—Sí, señor.

El señor Bligh exhaló un suspiro y negó con la cabeza como si el episodio no fuese digno de consideración.

—Bueno, no podemos habérmoslo dejado por ahí, ¿no? Que todos los hombres miren debajo de sí; tiene que estar en algún sitio.

Todo el mundo miró, y yo incluido. Sentí los latidos de mi corazón a medida que la búsqueda proseguía. Se me ocurrió que debería haber admitido mi crimen de inmediato. Me habría acarreado problemas, por descontado, pero al menos habría hecho gala de honestidad. Mi temor había sido que los hombres me arrojaran por la borda, lo que habría supuesto el fin de mis aventuras.

—Señor, no aparece por ningún lado —anunció Elphinstone al fin, sentándose y sacudiendo la cabeza. Por un instante me pareció que estaba a punto de echarse a llorar de puro disgusto.

—¿Que no está? —exclamó el capitán—. Entonces alguien debe de haberlo dejado caer por la borda, ¿no?

—Sí, señor.

—Bueno, ¿quién ha sido? —preguntó, poniéndose en pie y mirando alrededor—. William Purcell, ¿perdió usted la lanza?

—Pongo a Dios por testigo de que yo no fui —replicó el carpintero, y pareció mortalmente ofendido por que se sugiriera siquiera.

—Y usted, John Hallett, ¿lo perdió usted?

—No, señor. Ni siquiera lo he tenido nunca en las manos.

Se oyó una voccecita procedente de la popa:

—Fui yo, señor. —Antes de darme cuenta, me había puesto en pie y admitido la pérdida. El hecho me pilló por sorpresa incluso a mí, pero sabía que el capitán habría seguido interrogando uno por uno a todos los tripulantes, y tenía las mismas posibilidades de mentirle o de ocultar que mentía que de besar a un mono—. Yo perdí el arpón corto.

—¿Tú, Turnstile? —preguntó con un tono que revelaba decepción.

—Sí, señor. Lo tenía en las manos, trataba de ensartar un pez. Y de pronto se me escurrió y desapareció.

El capitán inspiró hondo, negó con la cabeza y aguzó la mirada para observarme mejor.

—¿Cuándo ocurrió eso? —quiso saber.

—Hace dos días. A la puesta de sol.

—¿Hace dos días, y te parece bien admitirlo ahora?

—Lo siento, señor. Lo siento de verdad.

—Sí, ya puedes sentirlo —exclamó David Nelson, el botánico, poniéndose en pie, pese a que solía ser más plácido que un pato en una charca—. Sólo tenemos dos arpones, y ahora sólo uno. ¿Cómo vamos a sobrevivir? ¿Y si nos encontramos con más salvajes?

—Síntese, hombre —bramó el capitán, y Nelson se volvió hacia él sin obedecerlo de inmediato.

—Pero, capitán —protestó—, el muchacho ha mentido y...

—No ha mentido sobre nada, tan sólo ha omitido decir la verdad. La distinción es sutil, se lo concedo, pero de todos modos existe una diferencia. Le digo que se siente, señor Nelson, y tú, Turnstile, ven aquí.

El botánico volvió a ocupar su sitio, todavía refunfuñando, y yo avancé lentamente hacia la proa, pasando entre los demás hombres que me dirigieron miradas asesinas y murmuraron comentarios mentándome la madre, como si yo hubiese conocido a esa honrada mujer. El capitán estaba de pie con los brazos en jarras y tragué saliva al llegar hasta él.

—Le ruego que me disculpe, señor. Fue un accidente.

—A todos nos ocurren accidentes —concedió—. Pero ¿cómo vamos a sobrevivir si no somos sinceros unos con otros? Mira a los señores Lamb y Linkletter.

Me volví a mirar a aquellos dos, sentados a ambos lados del bote con pequeños cubos y achicando agua del cascarón, una tarea que se había convertido en parte tan constante de nuestra singladura como remar o el dolor de barriga.

—Si cualquiera de ellos perdiera el cubo, ¿no te parece que sería importante que nos informaran de ello y admitiesen la pérdida?

—Sí, señor, por supuesto.

—Bueno, debes ser castigado por ello —anunció—. Todo el día de hoy harás un doble turno a los remos, y que eso te sirva de lección. —Y me propinó un coscorrón para rematarlo—. Señor Samuel, deje que Turnstile ocupe su sitio.

El secretario del capitán se incorporó y yo ocupé su sitio. Empecé a remar, con el rostro ardiendo de vergüenza, consciente de las miradas de oprobio que recibía de los demás, pero no me importaron. Al día siguiente se habría olvidado. Teníamos mayores preocupaciones.

Día 16: 13 de mayo

Ese día no sucedió nada de interés para nadie. No hubo más que tedio. Tedio y hambre.

Día 17: 14 de mayo

Fue un mal día que empeoró aún más cuando desperté en plena noche por culpa de una ola que descargó directamente sobre mi persona. Escupí agua y me senté, preguntándome por qué los siete u ocho hombres que dormían a mi lado y encima de mí no se habían despertado también. Sin duda tuvo que ver con el hecho de que para entonces estaban tan cansados y débiles que habría hecho falta algo más que una salpicadura de agua para despertarlos. Miré alrededor y me sorprendió ver al capitán sentado detrás de mí en popa, pues su sitio habitual era en proa; percibió mi mirada y se volvió hacia mí.

—¿No duermes, Turnstile? —preguntó en voz queda.

—Dormía, pero me he despertado.

—Intenta volver a dormir. —Miró de nuevo el agua; había luna llena, lo que confería a su rostro un aspecto espectral—. Todos debemos descansar mientras podamos para conservar las fuerzas.

—¿Está usted bien, señor? —pregunté pasando por encima del cuerpo de Robert Lamb, que roncaba, para sentarme al lado del señor Bligh—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Ya no estamos en la *Bounty*, muchacho —respondió con tristeza—. Hay bien poco que puedas hacer por mí. Perdí el barco, ¿recuerdas?

—Recuerdo que se lo robaron, señor. Recuerdo que se lo arrebataron, unos amotinados y piratas.

—Sí, pero no volveré a verlo, eso lo sé.

Asentí en silencio y procuré pensar en algo que lo animara. Era una situación extraña, con tantos hombres reunidos allí en tiempos difíciles y no sólo el capitán y su criado. Deseaba decirle algo que lo hiciera sentir como el hombre jovial de antaño, pero esa clase de cosas nunca se me han dado bien. Por suerte, decidí hablar él primero.

—¿Sabes por qué lo hicieron, John? —preguntó, llamándome por una vez por mi nombre de pila—. ¿Por qué se llevaron mi barco, quiero decir?

—Porque son unos villanos, señor. No hay otra forma de expresarlo. Son unos bichos raros, todos y cada uno de ellos. Jamás confié en ese señor Christian, si quiere saber la verdad. Siempre me pareció que era un poco cursi. Ya sé que es un oficial, señor, pero ahora ya puedo decirlo, ¿verdad? ¿Puedo decir lo que pienso?

—Ya no es un oficial —puntualizó él encogiéndose de hombros—. Es un pirata. Un traidor. Será un hombre buscado por la justicia cuando volvamos a casa. Y lo ahorcarán tarde o temprano.

Sonreí: el capitán siempre decía « cuando volvamos », y no « si volvemos » .

—Nunca he visto a un hombre con el pelo más limpio —continuó, acalorándose—, o con las uñas más impecables. O que oliese tan bien. Nunca

sabía si debía obedecerlo o silbarle. Y en cuanto a ese perro del señor Heywood... me pareció una mala pieza desde el principio.

—Fletcher y yo... el señor Christian, quiero decir... nos conocíamos desde hacía mucho. Conozco a su familia. Yo lo ascendí, Turnstile... Me saca de quicio. ¿Qué motivo tenían para hacer algo así?

Me mordí el labio y consideré la cuestión. Había algo que llevaba días rondándome la cabeza, pero no había tenido oportunidad de hablar de ello con el capitán.

—Había una lista, capitán —dije por fin.

—¿Una lista?

—El señor Fryer la encontró, con los nombres de los amotinados en ella. El nombre del señor Christian figuraba, y el del señor Heywood también. Y el de otros.

—¿De modo que lo sabes? —preguntó aguzando la mirada—. ¿Quién te lo contó?

—La verdad es que estaba despierto esa noche, señor —admití—. Cuando llamó a su camarote a los dos oficiales, y cuando el señor Fryer se lo contó a usted. Oí la conversación.

—Sospecho que has oído muchas cosas en el transcurso de nuestro viaje, Turnstile. Siempre he pensado que eres un joven que sabe tener las orejas bien abiertas y la boca cerrada.

—Eso es cierto —admití.

—Me alegro de que así sea. Quizá me haga falta tu memoria cuando volvamos a Inglaterra. —Ahí estaba otra vez—. Cuando los tribunales se reúnan, y ten por seguro que lo harán. Cuando mi nombre se vea mancillado... —tíbeo y me pareció que se le quebraba la voz—. Y sin duda lo será...

—¿Su nombre, señor? —pregunté, perplejo—. Pero ¿por qué? ¿Qué ha hecho usted para merecer algo así?

—Corren tiempos extraños —respondió encogiéndose de hombros—. Las historias tienden a alterarse. Habrá quienes se pregunten por qué un grupo de hombres, en el que se incluían oficiales de familias decentes, habría de volverse contra su capitán de ese modo. Algunos me culparán de ello. Al final, sólo se recordará una versión, y a sea la mía o la de ellos.

—Pero la de usted es la verdad, señor —afirmé, sorprendido de que se mostrara tan pesimista—. Nunca ha existido un capitán mejor. Eso es lo que recordarán.

—¿Eso crees? ¿Quién puede decirlo, después de todo? A uno de nosotros, me refiero al señor Christian y a mí, se le recordará como a un tirano y un villano. Y al otro se lo considerará un héroe. Quizá me hagan falta tus orejas y tu memoria para ocupar el lugar que me corresponde.

—Señor, ¿aparecía mi nombre en aquella lista? —pregunté, soltándolo más

rápido de lo que había pretendido.

—¿Dónde?

—En la lista de amotinados. ¿Estaba mi nombre en ella?

El capitán espiró con fuerza por la nariz y me miró a los ojos. Las olas se estrellaron contra la borda del bote mientras vacilaba.

—Sí.

—Pues es una calumnia —me apresuré a decir—. Nunca me habría unido a ellos, señor. Jamás. Nunca oí hablar de ello y nunca intervine en ninguna conversación de esa clase.

—No era una lista de amotinados —me explicó moviendo la cabeza—. Era una lista de hombres que el señor Christian consideró que lo seguirían. Gente que le parecía... desdichada con lo que tenían. ¿Eras tú desdichado, Turnstile? ¿Alguna vez te di motivos para sentirte infeliz?

—No, señor. Yo era desdichado en casa. Era desdichado en Inglaterra.

—Ah, sí —contestó, pensativo—. Eso.

—Eso, señor.

—No volverás a esa vida, muchacho —aseguró—. Eso te lo prometo.

—Ya lo sé.

Sonrió y me dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Sabes una cosa? Según mis cálculos, hoy es catorce de mayo, el cumpleaños de mi hijo. Lo echo de menos.

Asentí sin pronunciar palabra. Vi que se ponía emotivo al recordar a su hijo, y al cabo de unos instantes regresé a mi sitio, me tendí y traté de dormir. Y el sueño llegó, intermitente al principio y luego profundo.

Día 18: 15 de mayo

Estaba en pleno turno de remo un par de horas antes de que saliera el sol cuando el guardiamarina Robert Tinkler sufrió la primera de sus alucinaciones. El cirujano Ledward remaba a mi izquierda y ambos estábamos enfrascados en la faena sin conversar, tirando de los remos en una estrepada tras otra sin pensar siquiera. El tiempo había cambiado inesperadamente y por una vez no nos pasábamos el rato achicando agua del bote; de hecho, algunos hombres se habían quitado la camisa y los pantalones empapados para extenderlos con la esperanza de que se secaran en unas horas.

—Charles —dijo el señor Tinkler, que apareció detrás de nosotros y centró su atención en el cirujano Ledward, cuyo nombre de pila no era Charles sino Thomas—. Dicen que la yegua del cercado de arriba vuelve a estar preñada. No me habías contado que la habían cruzado con el semental.

Ledward lo miró con una mezcla de sorpresa y desinterés. Al volver la cabeza, le vi una larga franja de piel blanquizca y arrugada que le rodeaba el cuello y se perdía bajo la camisa, y me pregunté cómo se habría hecho aquello.

—Le he dicho a padre que deberíamos comprar nuestro propio semental —continuó Tinkler, sumido en su desvarío—. Los chelines que nos cuesta cada vez que...

—¿Qué locura es ésta? —interrumpió Ledward—. ¿Quién cree que soy, Robert, algún hermano suyo? ¿Un amigo?

Tinkler se quedó mirándolo y me pareció advertir una expresión desagradable en sus ojos, como si estuviera más acostumbrado a discutir con quien fuera que creía era el cirujano que a que lo aplacaran.

—Ya no eres mi hermano, ¿no es eso? —espetó—. Ya te dije que eso que imaginabas sobre mí y Mary Martinfield no eran más que mentiras. Jamás le tocaría un pelo a una mujer de quien tú estuvieses enamorado. Si permitimos que eso se interponga entre nosotros...

—Robert, descanse un poco —dijo el cirujano con voz tranquilizadora—. Apoye la cabeza ahí, donde hay espacio, y cierre los ojos un rato. Cuando despierte, las cosas le parecerán mucho mejores.

El señor Tinkler abrió la boca para decir algo, pero finalmente cedió; asintió con la cabeza y se volvió en la dirección que le había indicado el cirujano. Lo observé mientras se tendía y cerraba los ojos, y al cabo de unos segundos se quedó dormido.

—¿Está para el manicomio? —le pregunté al cirujano.

—Quién sabe —repuso—. El viaje le está jugando una mala pasada. Y el hambre también. Y la falta de agua.

—Eso nos está jugando malas pasadas a todos —puntalicé—. Pero yo no me creo el duque de Portland a causa de ello.

—Nos afectará a todos de formas distintas. Lo que no debe hacerse es agravar la situación. El señor Tinkler puede hallarse en un estado de demencia o tal vez se trate de una locura pasajera, pero nos hallamos en un espacio demasiado reducido para estimularlo. Te sugeriría que si vuelve a hablar de esa manera te limites a seguirle la corriente e interpretes el papel que te asigne.

—Por todos los santos —exclamé, perplejo, preguntándome en quién haría presa después la locura—. Entonces ¿ha visto antes esta clase de cosas?

—Nunca me había visto atrapado en medio del océano Pacífico en un bote diseñado para ocho, mucho menos para dieciocho, sin oportunidad de encontrar sustento y con la inminencia de una muerte casi certera, la verdad, Tunante —declaró. Enarqué una ceja y lo miré con enfado, y él esbozó una leve sonrisa y negó con la cabeza—. Discúlpame, eso no ha sido justo.

—Era una pregunta bastante simple —alegué—. Tan sólo quería saber si tenía experiencia con chiflados y cómo tratarlos.

—No —admitió—. Mi padre y mi abuelo fueron médicos antes que yo, pero todos nos hemos ocupado de cuestiones del cuerpo, no de la mente. Es un área de poco interés para la mayoría de los cirujanos, puesto que no existe cura para las enfermedades del cerebro. El encierro es la mejor solución para la sociedad.

—He oído historias terribles acerca de esos lugares —comenté con un estremecimiento—. No me gustaría acabar en uno de ellos.

—Entonces debes mantenerte sano y no entregarte al vicio. Los muchachos de tu edad no tenéis freno, y te aseguro que ésa es una de las principales causas de locura.

No dije nada; me había fijado en que el señor Ledward era un hombre religioso y me pregunté si sugería que pasarse demasiado tiempo meneándose la, lo cual era cierto en mi caso, me haría volverme demente. Había llevado consigo una Biblia durante todo el viaje de ida, y la leía con frecuencia, aunque a diferencia de muchos de su calaña no le parecía adecuado imponer sus creencias a los demás.

—Jamás en mi vida me he dado al vicio —protesté en tono levemente desdenoso y volviéndome hacia el otro lado—. Y considero que la sugerencia es una calumniam contra mi personalidad.

—Sí, sí, Tunante —repuso él con cierta irritación—. Aceptaré tu palabra.

Me volví con la intención de contemplar de nuevo el mar en silencio, pero me vi perturbado por el señor Tinkler, que se sentó para comentar las condiciones en que se hallaban últimamente las calles de Cardiff y su extrema suciedad debido al estiércol de los caballos. Yo meneé la cabeza y exhalé un suspiro, confiando en que el cirujano se equivocara, pues si iba a sobrevivir a aquel viaje, quería hacerlo como un muchacho sano para no acabar en el manicomio a mi regreso.

Día 19: 16 de mayo

Si al Señor le había parecido bien darnos un poco de sol el día anterior, lo complació sobremanera mandarnos al otro extremo ese día, pues los vendavales y las tormentas soplaron desafortadamente y durante seis o siete horas amenazaron con enviarnos a todos a una tumba marina. Nuestros mejores y más fuertes remeros —John Hallett, Peter Linkletter, William Peckover y Lawrence LeBogue— pusieron manos a la obra y trabajaron como un solo hombre para mantenernos a flote. Otros achicaban agua de la cubierta mientras el resto sólo se atrevía a rezar en silencio aterrorizadas plegarias para que sobreviviésemos a aquella aventura.

Cuando las tempestades por fin amainaron y no quedó otra cosa contra la que luchar que viento y lluvia, el capitán captó nuestra desdicha y nos ofreció un poco de tocino, una provisión que constituía el mejor resto de nuestra breve estancia en las islas Amistosas, así como un bocado de pan y un traguito de agua. Confieso que las tres cosas juntas se me antojaron un gran festín y, de no haber sido por las constantes protestas de mi estómago, me habría sentido un Turnstile contento y saciado, satisfecho de sí mismo.

—Capitán —dijo Tinkler, que había recobrado brevemente el juicio, aunque quizá le fallaba aún un poco, considerando la insolencia que soltó—. Capitán, no pretenderá darnos sólo esto, ¿no?

—¿Sólo qué, señor Tinkler? —preguntó el capitán enjugándose la lluvia de los ojos, cuyos oscuros cercos revelaban su agotamiento.

—Estas migajas —repuso el otro con un dejo de frustración en la voz—. Ni siquiera bastarían para alimentar a un periquito, y mucho menos a una tripulación de hombres adultos y al chaval Tunante.

Eso me pareció ofensivo, pero preferí no intervenir y me limité a añadirlo mentalmente a mi lista de insultos y desaires.

—Señor Tinkler —respondió el capitán con un suspiro—. Es lo que hay. ¿Debería darles más y dejarlos morir de hambre mañana? ¿Y pasado mañana? ¿Preferiría eso?

El no sé si tan demente se levantó, tendió los brazos ante sí, despacio, y apretó los puños, no con la intención de atacar al capitán sino para hacerlos oscilar arriba y abajo en el aire de pura rabia.

—Mañana es mañana —dijo, declarando algo bien obvio—. Quizá no deberíamos preocuparnos de eso ahora.

—No comparto su opinión.

—Pero tengo hambre. Voy a morirme de hambre. Mirad —añadió, levantándose la camisa para mostrarnos un costillar sobre el que bien podría haberse pasado una cuchara y obtenido un sonido armonioso—. ¡Soy piel y huesos!

—Como todos nosotros, señor —exclamó el capitán—. Y seguiremos siendo piel y huesos hasta que nos hayamos salvado. Es el precio que pagamos por los crímenes de nuestros antiguos compañeros.

—El precio que pagamos por la insensatez de unirnos a usted, querrá decir —soltó Tinkler volviéndose hacia los demás, indignado, furioso, pálido por la enfermedad y al mismo tiempo escarlata de ira, si puede comprenderse semejante descripción. Sin embargo, su público no lo escuchaba, pues nadie estaba de humor para semejantes disputas—. ¿Qué decís? Estamos despojados de todo y muertos de hambre. Ahí dentro... —Miró hacia el cajón que permanecía cerrado en todo momento junto al capitán, que llevaba la llave al cuello—. Ahí dentro hay comida. Comida que el señor Bligh decide cuándo hemos de consumir. ¿Quién le ha dado semejante autoridad? ¿Por qué lo permitimos?

El capitán se levantó de su sitio en la proa del bote y en un periquete estuvo ante el señor Tinkler con la mano alzada y la mirada arrebataada, tanto que por un instante me preocupó cómo acabaría aquello.

—Siéntese, señor —bramó tan alto que hasta el señor Christian podría haberlo oído—. No toleraré que hable así, ¿me oye? ¿No hemos tenido ya suficiente motín para toda una vida? ¿Que quién me ha dado mi autoridad, pregunta? ¡El rey, señor! El rey me la dio y sólo el rey puede arrebatármela.

Tinkler lo miró fijamente durante unos segundos y todos nos temimos que fuera a atacarlo. Vi a los señores Fryer y Elphinstone preparados para lanzarse sobre él si la situación se complicaba aún más, pero conteniéndose por el momento. Yo mismo estaba al borde del asiento, dispuesto a defender al capitán si era necesario, pero no lo fue, pues la mirada del poder bastó para que Tinkler sucumbiera a una mezcla de dolor, irritación, hambre y locura, antes de derrumbarse y echarse a llorar como una mujer. El capitán alzó de nuevo la mano, me pareció que para apoyársela en el hombro, pero se lo pensó mejor y volvió a su asiento.

—Comerán cuando yo diga que han de comer —exclamó para que todos lo oyéramos—. Y comerán cuando yo les dé de comer. Yo no consumo más que cualquier otro hombre a bordo, ya lo saben. Sobreviviremos, ¿me oyen? ¡Sobreviviremos a esto! ¡Y van a obedecerme!

Se oyeron unos murmullos a modo de vítores, pero lo cierto es que éramos sombras de lo que habíamos sido y ni siquiera una escena como ésa consiguió romper la monotonía del viaje y el terror de nuestras nuevas vidas. Unos minutos después estábamos ocupándonos de nuevo en nuestras obligaciones y todo se había olvidado, excepto ese hecho que tanto había enfurecido a Robert Tinkler.

Estábamos todos muertos de hambre, hasta el último de nosotros, incluido el capitán.

Día 20: 17 de mayo

Soñé que nuestro cascarón había hecho lo imposible y navegado hasta el puerto de Spithead, y cuando nos acercábamos a quién veía esperando en la orilla, con los brazos en jarras y expresión iracunda: nada menos que al señor Lewis. Soñé que al poner un pie en la orilla no era recibido como un héroe, sino que el señor Lewis me llevaba de vuelta a su establecimiento, donde me ponía de ejemplo ante mis hermanos.

Y entonces desperté, sobresaltado.

Hacia mucho que habíamos pasado el punto en que los gritos durante el sueño bastaban para despertar a los demás; las molestias ajenas nos importaban bien poco. Pero allí tendido, con las salpicaduras de las olas cayéndome en la cara a intervalos regulares con el cabecear del bote, me pregunté si en efecto el señor Lewis me estaría esperando, o si tal vez habría olvidado por completo mi existencia.

No conservaba más que vagos recuerdos de nuestro primer encuentro. Sólo era un crío de cuatro o cinco años, que sobrevivía apenas de las migajas que podía encontrar, cuando lo vi un día en la calle. Le tendí una mano por si podía ofrecerme una limosna y pasó de largo sin una palabra, pero entonces se detuvo en seco un poco más allá y permaneció inmóvil. Lo observé, preguntándome si habría cambiado de opinión y hurgaría en el bolsillo en busca de unas monedas, pero en lugar de ello me sonrió, me miró de arriba abajo y volvió a acercarse.

—Hola, chico —saludó, agachándose para quedar a mi nivel, aunque siguió estando más alto que yo.

—Buenas tardes, señor —respondí, tan educado como pude.

—Me parece que tienes hambre —comentó—. ¿No te da de comer tu madre?

—No tengo madre, señor —contesté, bajando la vista ante tan desdichadas palabras.

—¿No tienes madre? ¿Y padre tampoco?

—No, señor —admití.

—Qué historia tan triste —comentó, negando con la cabeza y acariciándose el bigote—. Una historia terrible para un niño tan pequeño. ¿Dónde duermes por las noches, entonces?

—Donde puedo, señor. Pero si fuera tan amable de darme un cuarto de penique, quizá me las apañaría mejor hoy que anoche, porque tuve que dormir junto a un perro apestoso para que me diera calor.

—Sí, ya me he dado cuenta de lo mal que hueles —observó con una sonrisa, aunque advertí que no retrocedía asqueado—. Déjame ver qué tengo por aquí... —murmuró hurgando en el bolsillo—. No tengo cuartos de penique, pero quizá te convendrán estos dos peniques, ¿no?

Abrí mucho los ojos. Hacían falta ocho cuartos de penique para tener dos

peniques; era pequeño e inocente, pero conocía muy bien el valor del dinero.

—Gracias, señor —dije, agarrándolos rápidamente, no fuera a cambiar de opinión—. Se lo agradezco muchísimo.

—Ha sido un placer, muchacho —contestó riendo un poco y acariciándome el brazo con un dedo de una forma que entonces no me inquietó, pues en ese momento sólo me preocupaba pensar en cómo gastar mi fortuna—. ¿Tienes un nombre, chico?

—Sí, señor.

—Bueno, ¿y cuál es?

—John —contesté.

—¿John qué?

—John Jacob Turnstile.

Asintió con una sonrisa.

—Eres un chico muy guapo, ¿no es así? —preguntó, pero de una manera que no parecía esperar respuesta, así que no se la di—. ¿Sabes quién soy, John Jacob Turnstile?

—No, señor.

—Me llamo Lewis. Señor Lewis, para ti, chico. Tengo un... cómo expresarlo... un establecimiento para chicos como tú. Un sitio donde los que no tienen techo pueden encontrar cobijo. Y los hambrientos, comida. Y a los cansados se les ofrece una cama. Allí hay muchos chicos de tu edad. Es un buen establecimiento cristiano, por supuesto.

—Suena muy bien, señor —declaré, preguntándome cómo sería que le ofrecieran a uno comida y cama todos los días, sin tener que recoger la primera de las calles o encontrar la segunda en lo más oscuro de un fétido callejón.

—El sitio está muy bien, John Jacob Turnstile —aseguró, incorporándose, de forma que tuve que estirar el cuello para mirarlo; no le vi bien la cara porque me daba el sol en los ojos—. Está pero que muy bien. Quizá te gustaría verlo algún día.

—Me gustaría muchísimo, señor.

—¿Y no hay nadie que... nadie que vaya a echarte de menos? Ya has dicho que no tienes padres. Pero ¿y una tía que te cuide? ¿Un tío que te quiera mucho? ¿Una anciana abuela?

—Nadie, señor —contesté con cierta tristeza por admitirlo—. Estoy completamente solo en el mundo.

Sonrió y negó con la cabeza.

—No, no lo estás, muchacho. No estás solo. Nunca volverás a estarlo.

Y con eso me tendió una mano. Titubeé sólo un par de segundos.

Y entonces la acepté.

Día 21: 18 de mayo

Más desdicha ese día tras una mañana de vendavales y lluvias implacables, los primeros zarandeando el bote con tanta violencia que no me cupo duda de que íbamos a morir, y que nos impidieron además reabastecernos de agua. Cuando recuperamos el control sobre la embarcación y seguimos navegando —con rumbo a Nueva Holanda, que según el capitán estaba a unas sesenta o setenta leguas de allí— fue obvio que algunos hombres eran víctimas de un padecimiento extremo. El secretario John Samuel no estaba en condiciones de hacer esfuerzo alguno y su semblante ofrecía tal aspecto que me pregunté si le quedaría mucho tiempo de vida; había dejado de quejarse o pedir provisiones, y parecía haberse resignado a su destino. El botánico Nelson se encontraba en condiciones similares, pero me atemorizaba cada pocas horas al inclinarse aferrándose el vientre, como si le estuvieran clavando lentamente una lanza que le perforara los intestinos, antes de soltar un aullido como el que habría proferido un zorro atrapado en un cepe. Prefería no pensar cómo sería ese dolor para el que lo padecía; su expresión de absoluta agonía me revelaba suficiente, y tuve la certeza de cuál habría sido su respuesta de haber tenido elección entre seguir abrigando esperanzas o una muerte segura. Los oficiales también se resentían. El señor Elphinstone se hallaba en un estado de terrible sufrimiento; su semblante estaba más pálido que el de cualquier otro y se le había hinchado el vientre por culpa de las privaciones. No había dicho nada en dos días, ni siquiera al capitán, que parecía consternado por su condición. Y en cuanto al señor Tinkler, su descenso hacia la demencia se había incrementado a buen ritmo, aunque estaba algo más tranquilo porque la falta de comida y agua menguaba sus energías.

Me consideraba afortunado, pues, aunque estaba hambriento y desesperado por un poco de agua, parecía conservar alguna fuerza y no padecía los terribles dolores de estómago que aquejaban a algunos. Por supuesto, eso significaba que pasaba más tiempo que antes a los remos, pero era un deber que asumía satisfecho. En realidad, el ritmo constante que nos impulsaba a través de las aguas me proporcionaba una suerte de liberación y consuelo. También me daba la sensación de tener algún control sobre nuestro propio destino y, por ende, sobre mí mismo. Si podía seguir remando, quizá sería el primero en avistar tierra. Después de todo, habían sido mis ojos los primeros en ver Otaheite... ¿cuánto hacía de eso? Parecía que hubiese transcurrido en otra vida.

Tres veces al día, el capitán dividía un mendrugo de pan en dieciocho. Cómo se las apañaba para mantener una igualdad entre las migajas era un misterio para mí, pero la cuestión es que lo conseguía, pues ningún hombre recibía más de lo que le tocaba, ni siquiera aquellos que padecían más, por lo que me sentía agradecido puesto que sólo habría conducido a la falta de honradez entre el resto de nosotros.

Aquella noche pasé por una mala hora, de la que sólo diré que tuve la certeza de que iba a morir en aquel cascarón.

Me provocó el más absoluto desánimo.

Día 22: 19 de mayo

Ese día sucedió algo terrible cuando apareció una bandada de alcatraces que graznaron sobre nuestras cabezas de forma atroz. Nos excitamos muchísimo, pues si conseguíamos atrapar uno, se convertiría en una buena comida. El señor Fryer cogió el arpón despacio y nos dijo que nos sentáramos, que nadie se moviera; esperaríamos a ver si un alcatraz se posaba en la borda.

—Si tuviésemos dos arpones, las cosas serían mucho más fáciles, maldición —dijo una voz detrás de mí, no supe muy bien de quién; seguí mirando al frente para no darle a aquel perro ninguna satisfacción ante semejante comentario.

—Silencio, por favor, caballeros —pidió el señor Fryer en voz baja y tranquila—. Señor Bligh, ¿y si ponemos un mendrugo de pan sobre la borda?

—Si lo perdemos será un desperdicio terrible —adujo el capitán, indeciso.

—Y si atraemos con él a uno de esos pájaros, le prometo que no volverá a levantar el vuelo.

El capitán titubeó unos instantes, pero ningún alcatraz daba indicios de aterrizar, así que, prefiriendo no arriesgarse a que se alejaran, cogió un pedazo de pan del cajón y lo dejó con cautela sobre la borda, cerca del propio maestro.

—Si puede matarlo antes de que se lo coma, tanto mejor —dijo en voz baja el capitán.

Era un buen pedazo, sin duda mayor del que nos ofrecía a nosotros, pero era necesario que tuviese ese tamaño para que las aves lo vieran y pensarán que merecía la pena abatirse sobre él. Mi estómago gruñó y dio un vuelco de hambre al verlo, y diría que no fui el único que sintió el impulso de abalanzarse y tragárselo antes de que alguien pudiera impedirlo, aunque hacer algo así podría haber tenido el resultado de un ajusticiamiento inmediato.

—Vamos —exclamó el señor Fryer, y juro que miró a los ojos a uno de esos pájaros.

Instantes después el bicho empezó a descender, observando cautelosamente tanto el pan como a nosotros, intentando decidir si pretendíamos hacerle algún daño.

—Silencio todo el mundo —exigió el maestro, y nadie se atrevió a respirar, no digamos ya a moverse. Aquellos instantes parecieron horas, pero entonces, para nuestra alegría, el ave se posó en la borda del bote, acercó el pico al pan y se lo zampó antes de que alguno de nosotros atinara a evitarlo. No obstante, se vio inmediatamente recompensado con el arpón del señor Fryer, que lo ensartó limpiamente y lo dejó clavado a la cubierta.

El chillido de sorpresa del ave coincidió con nuestros roncos vítores y el aletear de los alcatraces en lo alto, que se alejaron de inmediato, y juro que no recordaba haberme sentido nunca tan loco de alegría.

—¡Tres hurras por Fryer! —exclamó el señor Elphinstone, y en nuestro

deleite le seguimos la corriente.

Dio gusto ver la expresión de alegría y alivio en la cara del maestre. No recordaba haberlo visto nunca tan satisfecho de sí mismo. Se volvió hacia el capitán y le ofreció el ave muerta, y el señor Bligh le dio una franca palmada en la espalda.

—Bien hecho, señor Fryer —lo felicitó, tratando de contener su entusiasmo—. Creo que es el tiro más limpio que he visto en mi vida.

Observamos que el capitán arrancaba el arpón del pájaro y empezaba a desplumarlo. No pensamos ni por un momento que fuera a repartirlo en dieciocho raciones; bien al contrario, sabíamos que dividiría la carne en porciones pequeñas que habrían de durarnos cuatro o cinco días, pero de todas formas suponía un bienvenido cambio con respecto a los mendrugos de pan a que nos tenía acostumbrados, una buena porción de los cuales acababa de digerir nuestra víctima.

El señor Bligh sostuvo el ave desplumada sobre la borda y cogió el cuchillo para destriparla, y al hacerlo, cuando la hoja atravesó la carne para dividir el cuerpo en dos por el centro, los que estábamos cerca soltamos gritos de asco. En lugar de saludable carne blanca, la sangre roja y los órganos que esperábamos ver, brotó una sustancia negra como la brea. El capitán titubeó, esbozando una mueca, antes de seguir cortando, y al cabo de unos instantes, para nuestra consternación, soltó el cuerpo para dejarlo caer al mar con un grito.

—¡Capitán! —exclamé horrorizado.

—Estaba enfermo —replicó él, y juro que de haber tenido comida en el estómago la habría vomitado también por la borda—. No había nada que comer ahí. Un solo bocado nos habría matado a todos.

—Es un presagio —intervino William Peckover, que se había puesto en pie, profundamente impresionado—. El pájaro negro y enfermo dice que todos vamos a morir.

—¡Siéntese, señor Peckover! —espetó el capitán.

Peckover abrió la boca para repetir su afirmación, pero se lo pensó mejor, volvió a sentarse y sacudió la cabeza. Nadie habló, los remeros continuaron con lo suyo, el cascarón siguió avanzando, la lluvia empezó a caer y todos nos preguntamos si ese alcatraz concreto se había posado sólo por mala suerte o si el señor Peckover tenía razón con su comentario.

Día 23: 20 de mayo

Por orden del capitán, el cirujano Ledward —que por fortuna parecía de los más sanos de la tripulación— pasó gran parte de la tarde examinando por turno a los hombres para evaluar el estado de cada uno. No estaba lo bastante cerca para oír la conversación que mantuvieron él y el capitán al acabar, pero sí hubo muchas expresiones de preocupación y susurros por lo bajo, y después de su entrevista el capitán anunció que ya no remaríamos dos horas cada vez, sino sólo una. Eso tuvo el efecto de reducir los periodos de descanso, pero al menos no acabábamos los turnos medio muertos.

Cuando miraba a mis compañeros, era obvio que estábamos en condiciones lamentables. Casi todos nos encontrábamos débiles, oliamos fatal y nos caían escamas de piel de la cabeza, quemada por el sol. Algunos —John Hallett y Peter Linkletter entre ellos— habían sido relevados de la tarea de remar durante veinticuatro horas, dado su estado. A mí mismo me habían perdonado dos turnos un par de días antes, pero en ese intervalo me había recobrado misteriosamente.

—Capitán, ¿qué nos depara el destino? —pregunté en cierto momento, confiando en que me consolara.

—La supervivencia y una larga vida, joven Turnstile —me contestó sonriendo a medias—. La supervivencia y una larga vida.

Día 24: 21 de mayo

El peor día hasta entonces. Empezó a llover temprano y continuó todo el día, tremendas cortinas de agua que nos caían encima con tanta fuerza que apenas nos veíamos las manos. La cuestión no era ya poner el bote rumbo a Nueva Holanda, adonde el capitán insistía en que nos dirigiáramos; en lugar de ello, nos limitábamos a aplicar todos nuestros esfuerzos a evitar hundirnos. Hasta los hombres que se habían derrumbado los últimos días presas del delirio encontraban la forma de ponerse en pie y achicar agua con las manos desnudas, pues corríamos inminente peligro de zozobrar. Jamás un proyecto se me antojó más insensato que aquél. Los vendavales seguían trayendo lluvia de todas partes para echárnosla encima, y sin embargo seguíamos bajando las manos, con los dedos entrelazados para formar algo que pudiese contener un poco de agua, a fin de echarla por la borda, donde el viento la recogía en pleno vuelo para mandarla de vuelta a nuestros ojos y boca. Era un juego terrible, sólo eso. Una lucha entre el hombre y la naturaleza, en la que tratábamos de salvarnos de la aniquilación. En un momento dado caí hacia atrás, empujado por la fuerza del huracán, y fui a chocar contra la borda; estábamos tan desequilibrados en ese instante que me pareció que sólo tenía que echar un poco atrás la cabeza para sumergirme en las aguas del Pacífico, y durante una fracción de segundo eso hice. Debajo del agua todo era silencio; abrí los ojos, imaginando qué fácil sería dejar que mi cuerpo cayera hacia atrás, sin forcejear, limitándome a flotar, para entonces hundirme y morir. Había absoluta calma bajo las olas y palabra que me pareció nefastamente atractivo.

Una mano se tendió para sacarme de mi locura, ponerme en pie y dejarme en cubierta otra vez, donde al instante empecé otra vez a achicar agua. No supe quién me había rescatado, pues no había manera de identificar a nadie o reconocer sus voces, pero quienquiera que fuese pensó que me había derrumbado del todo y estaba a punto de ahogarme. Me había salvado, aunque yo aún no había llegado a ese extremo. Un par de instantes más de paz, eso era cuanto necesitaba, y entonces me habría recuperado.

Mis manos se movían como si fueran independientes de mi cuerpo, y por el zarandeo del bote supe que otros estaban haciendo lo mismo. Un hombre tropezó conmigo, haciéndome perder el equilibrio, y caí hacia delante para chocar contra otro, como si fuésemos un juego de bolos en el jardín de un caballero. No había tiempo para reproches: no teníamos más remedio que continuar con la tarea. Dieciocho hombres en siete metros de madera, cola y clavos, luchando por su vida. ¿Para eso había dejado Portsmouth? ¿Para eso había abandonado la *Bounty* y la isla de Otaheite?

Me eché hacia atrás una vez más y una ola me golpeó en la cara con tanta fuerza que pareció arrancarme la piel de las mejillas y los ojos. Solté un alarido,

un grito de autocompasión y horror formado con los muchos gritos que llevaban años reclusos en lo más profundo de mi alma. Chillé más alto, con la boca tan abierta como pude, y aun así no oí una sola nota de mi grito, tan intensos eran el vendaval y la tempestad que nos arrojaban de una ola a la siguiente, por encima del agua, por debajo de ella, arrastrados por el mar embravecido. ¿Por qué nos había abandonado el Señor?, me pregunté. Me habría echado a llorar de frustración ante tan lamentable giro de los acontecimientos de haber quedado algo en mi cuerpo para semejante esfuerzo. Pero no era así. De modo que hice lo único que podía hacer en aquellas circunstancias.

Achiqué agua.

Y achiqué más agua.

Y achiqué más agua todavía.

Y recé por que, de algún modo, lograra sobrevivir una noche más.

Día 25: 22 de mayo

Sobreviví a esa noche. Todos sobrevivimos a ella. Pero a un precio tremendo, pues ahora sólo quedábamos unos cuantos en condiciones de remar.

—Tengo la sensación de que no podemos estar lejos de Nueva Guinea —dijo el capitán, a quien se veía tan demacrado como a los demás y cuya barba, advertí, era mucho más cana que su cabello. Estábamos sentados juntos observando el horizonte y acababa de escribir sus notas cotidianas en el pequeño cuaderno que el señor Christian, maldita fuera su estampa, le había permitido llevarse consigo.

—¿Sabe en quién estaba pensando esta mañana, señor? —dije.

—No, Turnstile —contestó con un suspiro—. ¿En quién? ¿En algún amigo de Inglaterra? ¿En uno de los hermanos de los que me has hablado?

—No, no —repuse negando con la cabeza—. Estaba pensando en aquel chico, Smith. John Smith, creo que se llamaba.

El capitán me miró enarcando una ceja.

—John Smith —repitió despacio—. Me suena mucho, pero al ser un nombre tan corriente... ¿Era...?

—Era el chico que ocupaba mi puesto antes que yo —expliqué.

—Qué curioso: aquí todo el mundo se cree con derecho a interrumpirme —repuse—. En el bote, me refiero. En la *Bounty*, nadie se habría atrevido.

—No, señor, pero en cambio se amotinaron —contesté. Fue un comentario burlón, sin intención de insultarlo, que seis meses antes me habría granjeado unos latigazos, pero el capitán se limitó a negar con la cabeza y apartar la mirada.

—Supongo que tienes razón —admitió con tristeza.

—John Smith era su criado —expliqué—. Debía zarpar en la *Bounty* en mi lugar. Pero se rompió las piernas en un accidente.

—Oh, ahora me acuerdo de él —asintió—. Navegó conmigo un año antes. Un chico nefasto, la verdad. Apestaba como el demonio. No importaba cuántas veces lo mandara a lavarse, volvía desprendiendo un hedor que habría resucitado a un muerto. Pero no fue un accidente, Turnstile. Creo que se cayó de la pasarela como consecuencia de un altercado con el señor Hallett.

—Bueno, pues quien ríe último, ríe mejor, supongo. —Sonreí ante la ironía—. Pues aquí estamos, usted, yo y el señor Hallett, todos a bordo de este maldito cascarón, mientras que él probablemente estará en Spithead tan campante, bebiendo un vaso de ron y zampándose una buena comida en el cálido ambiente de una taberna.

—Tuviste mala fortuna, entonces —admitió—. Confío en que el resto del viaje, antes de... esta desagradable situación, quiero decir, mereciera la pena.

—Sí, señor —repuse, sonriendo ante su uso de las palabras «desagradable situación» para describir nuestra desventura—. Para mi sorpresa, así es.

Permanecimos en silencio un rato más antes de que el aburrimiento lo impulsara a decirme:

—Bueno, ¿y cómo llegaste a formar parte de la tripulación, Turnstile? Creo que no me lo has contado.

—La pura verdad —empecé, sin avergonzarme de los hechos en sí— es que me apresaron los guardias por robarle un reloj a un francés, y ese mismo caballero intercedió ante el juez para que embarcara en la *Bounty* en lugar de enfrentarme a un año de prisión.

—¿Un francés?

—Un tal señor Zéla.

—Ah, Matthieu —repuso el capitán asintiendo con la cabeza—. Sí, no hace mucho que lo conozco, pero ha resultado un tipo estupendo. *Sir Joseph Banks* lo tiene en gran estima.

—¿Es el que financió nuestra misión?

—Sí, Turnstile, el mismo.

—Lo gracioso es que, de haberme dejado en paz el señor Zéla, a estas alturas ya habría salido de prisión. Ha resultado que mi sentencia era más corta que la que he soportado aquí.

—Aseguro que no lo hizo con mala intención. Me atrevo a decir que tanto el señor Zéla como *sir Joseph* quedarán consternados cuando se enteren de lo que nos ha ocurrido.

—Pero ¿cómo van a enterarse, señor? —pregunté, confuso—. Supongo que los amotinados jamás podrán volver a Inglaterra.

—Somos nosotros quienes regresaremos a Inglaterra, Turnstile —afirmó él con absoluta confianza—. Y se lo contaremos.

—¿Qué ocurrirá entonces, señor?

—Quién sabe. —Se encogió de hombros—. Diría que los almirantes enviarán un barco a localizar al señor Christian y sus seguidores. Estoy deseando estar al mando de él.

—¿Usted, señor?

—Sí, yo, claro. ¿No lo imaginabas?

—Creo que haría bien en no volver a aventurarse en esta parte del mundo tan dejada de la mano de Dios, capitán. Sé que yo nunca lo haré.

—Por supuesto que lo harás, Turnstile.

—Desde luego que no, señor —repliqué—. No es que pretenda contradecirlo, capitán, pero no tengo la menor intención de volver a mirar siquiera el agua tras mi regreso a Portsmouth, si es que lo conseguimos, no digamos ya volver aquí. Me resistiré hasta a tomar un baño.

Él sacudió la cabeza.

—Bueno, ya veremos —concluyó.

Día 26: 23 de mayo

Para entonces daba la sensación de que las jornadas en que el clima no nos atormentaba fuesen seguidas por otras en que sí lo hacía, y una vez más nos veíamos sometidos a los zarandeos del océano, al tiempo que nos aferrábamos a la borda para mantenernos a salvo y confiábamos en que no fuera ése nuestro último día. Más tarde, exhausto y hambriento, encontré una zona despejada cerca de la proa, donde apoyé la cabeza y cerré los ojos, desesperado por dormir y olvidarme momentáneamente de todo aquello. El capitán y el señor Fryer mantenían una conversación, y oí parte de ella.

—Una semana —dijo el capitán—. Dos como mucho.

—¿Dos semanas? —se alarmó en susurros el oficial—. Capitán, a algunos hombres no les queda más de un par de días de vida, se lo garantizo. ¿Cómo vamos a sobrevivir dos semanas?

—Sobreviviremos porque no tenemos opción —contestó él con expresión resignada—. No hay nada que usted o yo podamos hacer para alterar ese hecho.

El señor Fryer exhaló un suspiro y luego inspiró por la nariz. El capitán tenía razón. Estábamos en aquello todos juntos y no era que con aquel viaje él ganase algo que nosotros perdiéramos.

—Quizá deberíamos cambiar el rumbo —propuso por fin—. Se diría que vamos a la deriva.

—No vamos a la deriva —se apresuró a replicar el capitán, y advertí la nota de irritación en su voz que durante tanto tiempo había teñido su relación con el maestro del barco—. Navegaremos hasta el norte de Nueva Holanda, cruzaremos el estrecho de Endeavour y llegaremos a Timor. Allí hay un asentamiento holandés. Nos alimentarán y cuidarán hasta que recobremos la salud, y luego nos mandarán a casa en uno de sus barcos.

—¿Lo sabe con certeza, señor?

—Es lo que haríamos nosotros si un bote de holandeses medio muertos apareciese en uno de nuestros asentamientos. No podemos sino confiar en su caridad cristiana. Alterar nuestro rumbo ahora, señor Fryer, sería desastroso.

—Ya lo sé —admitió el oficial con tristeza—. Es sólo que yo también estoy agotado de este constante batallar.

—Quiere volver a casa —añadió el capitán—. Es lo que todos deseamos. —Titubeó un instante antes de añadir—: ¿Volverá a hacerse a la mar a nuestro regreso?

—No lo sé. Mi esposa y yo... hemos pasado muy poco tiempo juntos.

—Sí, me enteré de que había vuelto a casarse. Me alegró saberlo. Tuve ocasión de conocer a la primera señora Fryer, y me pareció una mujer de gran fortaleza. —El oficial no dijo nada y siguió un largo silencio antes de que el capitán lo rompiera—: ¿Es usted feliz con su nueva esposa?

—Muy feliz. Cuando Annabel murió, creí que no volvería a encontrar una felicidad así. Pero entonces conocí a Mary, y al cabo de una semana de nuestro matrimonio la abandoné para emprender este viaje. ¿Soy un loco, señor Bligh?

—No, un loco no. Los hombres como usted y yo... nos debemos al rey y al mar. Nuestras mujeres han de entenderlo. La señora Bligh sabía con quién se casaba.

—Pero si sólo nos quedan unos cuantos años por delante —replicó el señor Fryer, claramente proclive a la contemplación—, ¿por qué pasarlos entre otros hombres, a miles de millas de casa? ¿Por qué hacer eso cuando tenemos el consuelo de un hogar y una familia en Inglaterra?

—Porque está en nuestra naturaleza —contestó el capitán dando a entender que así funcionaba el mundo y que no quería seguir hablando de ese asunto—. De todos nosotros, ¿cuántos hombres cree usted que volverán a hacerse a la mar cuando regresemos a casa?

—Ninguno, señor —contestó Fryer.

—Y yo diría que la mayoría. Lo llevan en la sangre. Recuerde lo que le digo: el año que viene por estas mismas fechas se hallarán en otro barco, en busca de aventuras y emociones, dejando en casa a sus esposas y novias.

Me pregunté si sería cierto eso, y pensé que el capitán quizá tenía razón, pero que no sería mi caso. Traté de imaginar qué me depararía el futuro, pero en ese momento el sueño hizo presa de mí y me entregué a él.

Día 27: 24 de mayo

Ese día nos enfrentamos a terribles problemas, y juro que estuvimos al borde de una pelea como la que no habíamos visto hasta entonces en el bote. Alrededor de mediodía, estaba sentado junto al maestro velero Lawrence LeBogue, recordando con él la isla de Otaheite y las distracciones de que disfrutamos allí antes de que empezaran nuestras dificultades. Al cabo de un rato, quizá más del que debería haber tardado en advertirlo, me percaté de que el señor LeBogue se había sumido en un estado de estupor y no oía una palabra de mi cháchara.

—¡Capitán! —exclamé bien alto para que mi voz llegara de la popa, donde estaba sentado, hasta el sitio del señor Bligh en la proa—. ¡Capitán! ¡Eh!

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó volviéndose hacia mí.

—Es el señor LeBogue. Creo que se nos ha muerto.

Todas las cabezas se volvieron entonces y juro que vi expresiones de avaricia en algunos ojos; si LeBogue se había ido, entonces disponíamos de una dieciochava parte más de espacio en el cascarón para estirar brazos y piernas, y un dieciochavo más de las pocas provisiones disponibles.

—Haze a un lado, muchacho —dijo el cirujano Ledward abriéndose paso hasta nosotros.

Yo obedecí mientras él se arrodillaba para tomarle el pulso al señor LeBogue en la muñeca y el cuello. Esperamos en silencio una respuesta, pero antes de ofrecerla el doctor apoyó la oreja en el pecho del paciente y se incorporó para volverse hacia el capitán y asentir con la cabeza.

—No está muerto, señor. Pero se encuentra en muy mal estado, sin duda. Se ha desvanecido. Diría que está completamente deshidratado y famélico.

—Excelente diagnóstico, cirujano —se burló William Peckover con una mueca de desdén—. A ver, ¿cuántos años estudió usted para saber tanto sobre anatomía humana?

—Cállese, hombre —espetó el señor Fryer, aunque lo cierto es que Peckover tenía razón. Porque, evidentemente, todos estábamos famélicos y nos moríamos de sed. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de ello.

El capitán vaciló sólo un instante antes de tender una mano hacia el cajón y sacar un poco de pan y agua; el pan apenas habría saciado a un ratón, tan escaso era, pero a nuestros ojos constituía todo un festín, pues equivalía a nuestra ración de todo un día. El agua no era más que la que medio minuto de lluvia dejaría en una taza, pero para nosotros también era como todo un océano.

—Pásele esto, señor Fryer —dijo el capitán, lo bastante listo para no confiar en ningún otro; sin duda, la ración habría desaparecido antes de recorrer los siete metros del bote.

—¡Capitán, no! —exclamó Robert Lamb, y al oír su protesta, al menos media docena más empezó a quejarse también.

—¡Es demasiado!

—Y nosotros ¿qué?

—¿Tenemos que desmayarnos todos para sobrevivir?

—¡Silencio! —ordenó el capitán, aunque su voz era una sombra de lo que había sido en el barco y en la isla—. Uno de nuestros compañeros está enfermo. Debemos salvarlo.

—Pero ¿a qué precio? —quiso saber el señor Samuel—. ¿A costa de nuestras propias vidas?

—El precio se calculará a medida que pasen los días —contestó el capitán—. Pero no vamos a empezar a sacrificar unos a otros sólo porque nuestros cuerpos nos defrauden. ¿Dónde acabaríamos? A mediodía de mañana quedaría un solo hombre a bordo, el más fuerte de nosotros.

Todos murmuramos por lo bajo, pero era obvio que tenía razón. Si empezábamos a creer que podíamos dejar morir a los demás al primer indicio de debilidad, no habría forma de saber cuánto tardaríamos en vernos cada uno arrojados por la borda para alimentar a los peces. Aun así, fue terrible ver desaparecer toda aquella comida en el gaznate del señor LeBogue, y poca compensación hallamos al verlo abrir los ojos y regresar a nuestra compañía unas horas después, lamiéndose los labios y con expresión de no entender las miradas de desprecio que le dirigían los demás.

—¿Qué pasa? —quiso saber, con la misma expresión angelical de un niño del coro—. ¿Qué se supone que he hecho? ¡Si estaba durmiendo!

Día 28: 25 de mayo

Un día mejor, en el que vimos muchas aves en el cielo y surgió la posibilidad de atrapar una. Tras el incidente de casi una semana antes con el alcatraz, cuyas negras entrañas nos habían sugerido un mal presagio, nos angustió la posibilidad de que el éxito en la caza fuera seguido de otro de esos malos augurios, pero en esa ocasión no fue así. Para nuestro gran deleite, un pájaro se posó directamente en cubierta antes de que pudiésemos siquiera concebir un plan para atrapar uno, y permaneció ahí meneando la cabeza mientras nos examinaba. La tripulación entera le cayó encima. Cuando la multitud se separó y se hubo restablecido el equilibrio, le partimos el pescuezo y Lawrence LeBogue, quien se había recobrado mucho desde su desventura de la tarde anterior, lo entregó al capitán.

—¡Tripulación, hoy hemos tenido suerte! —exclamó alegremente el capitán, pues en efecto tras un mes en el mar aquello supuso un gran júbilo para todos. No recuerdo haber sentido en mi vida tanta euforia como cuando el capitán deslizó el cuchillo en las entrañas del animal, lo cual reveló un saludable flujo de sangre y una carne del más delicioso tono—. Hoy nos aguarda un festín, compañeros. Dividiremos el ave equitativamente y la comeremos en lugar de pan. ¿Están de acuerdo?

—¡Sí, señor! —exclamamos todos, pues no había uno solo que no estuviera dispuesto a ceder el derecho al pan cotidiano si ello significaba comer algo de carne.

El capitán troceó el pájaro —carne, órganos, hasta los cartilagos— en dieciocho partes, procurando que fueran equitativas, aunque había pedazos algo mayores que otros. Lo cierto es que un hombre en tierra firme, al ver las exiguas ofrendas que cada uno estaba a punto de recibir, apenas las habría considerado dignas de abrir la boca y masticarlas, pero nosotros no estábamos en tierra firme. Éramos dieciocho partes de piel y huesos reunidas en siete metros de madera empapada, tratando de que nuestra sangre continuara fluyendo y nuestro corazón latiendo. Contemplamos las porciones cuando estuvieron listas, a la espera de que el capitán las repartiera, con los ojos fijos en las que nos parecían especialmente satisfactorias.

—¿Señor Fryer? —dijo el capitán.

El maestre asintió. El capitán nos dio la espalda a todos, sosteniendo el plato con pedazos de ave, mientras su segundo al mando ocupaba su sitio en la proa, de cara a nosotros. El capitán, que no nos veía, sostuvo en alto el primer bocado para que todos lo observáramos. El único hombre que no podía hacerlo, de hecho, era el señor Fryer.

—¿A quién le toca éste? —preguntó en voz alta el capitán.

El señor Fryer contempló los rostros que aguardaban, seleccionó uno y anunció en tono igualmente formal:

—A William Purcell.

El capitán le dio el pedazo, de buen tamaño, al señor Fryer, que a su vez se lo tendió al señor Purcell. Éste lo miró con asombro, como si no pudiese creer su suerte al verse servido primero, antes de mordisquearlo con cuidado para luego devorarlo de una vez.

—Despacio, hombre —lo reprendió el señor Fryer—. Saboreen un poco la carne antes de mandarla a sus estómagos.

—¿A quién corresponde éste? —volvió a preguntar el capitán, sosteniendo otro pedazo en alto. Todos contuvimos el aliento, pues era mayor que el primero.

—A Peter Linkletter —respondió el señor Fryer.

El hombre en cuestión soltó un grito de júbilo antes de reclamar su trofeo, que ingirió con cautela, pedacito a pedacito para que le durase más. Lo miré, salivando profusamente y esperando recibir yo también un pedazo de semejante valor.

—¿Y a quién le toca éste? —preguntó el capitán, que parecía estar disfrutando tanto como el señor Fryer de su nuevo papel.

—Al cirujano Ledward —fue la respuesta, y el tercer pedazo desapareció.

—¿Y éste? —prosiguió el capitán sosteniendo el siguiente bocado, claramente menor que los tres anteriores—. ¿A quién le toca?

Todos contuvimos el aliento, pues no queríamos influir en el señor Fryer con nuestra expresión de pánico.

—Al oficial William Elphinstone.

Fuimos lo bastante hombres para no soltar gritos de júbilo porque no nos hubiese tocado, y el señor Elphinstone hizo honor a su rango de oficial al recibirlo con un «Le estoy muy agradecido, señor» y no revelar la menor decepción o pedir un segundo voto. Los hombres asentimos, aprobando de todo corazón su conducta.

—¿A quién le corresponde éste? —fue preguntando el capitán una y otra vez, y en cada ocasión un hombre se adelantó sin dejar traslucir júbilo o decepción.

Sentí una punzada de emoción al pensar en la tripulación que formábamos, una tripulación tan decente, tan unida. Durante esos momentos de aquel día juro que todos tuvimos la sensación de que podríamos navegar derechos a Inglaterra y de que hasta el último de nosotros sobreviviría.

Por fin sólo quedaron cuatro pedazos de ave, y Thomas Hall, el cocinero, y yo éramos los únicos que faltaban por comer, además del capitán y el señor Fryer.

—¿Y éste? —preguntó el capitán levantando el mayor de los cuatro pedazos; pensé entonces que, ocurriera lo que ocurriese, nuestros dos líderes se quedarían con la peor carta de aquel juego.

—John Jacob Turnstile —declaró el señor Fryer, y di un paso al frente para aceptar mi pedazo, agradecido.

El trozo no era mayor que mi pulgar, y tampoco más grueso, pero di gracias a Dios, pues era el mayor banquete que podría haber deseado, y cuando lo mordí, reveló una textura carnosa y un rico sabor. Mi boca volvió a la vida al instante: la lengua despertó con un respingo y se preguntó por qué la había maltratado tanto tiempo; mi estómago dio un nervioso vuelco ante los precoces indicios de que no tardaría en iniciar el acto de la digestión. Salivando, comí lo más despacio que pude, saboreando cada textura; ni siquiera me fijé en qué pedazo le correspondía finalmente al señor Hall.

—¿Y éste? —preguntó el capitán instantes después, sosteniendo en alto el penúltimo pedazo.

—Para usted, capitán —repuso el señor Fryer.

El capitán asintió con la cabeza, se volvió de nuevo hacia la tripulación y le tendió al maestro el último pedazo, de tamaño y forma casi idénticos al suyo, y ambos constituían claramente las porciones más pequeñas del ave, un hecho que no pasó inadvertido para nuestros admirados ojos.

—Entonces, éste le corresponde a usted —le dijo el capitán al señor Fryer, y los dos hombres inclinaron la cabeza para comer.

—¡Tres hurras por el capitán Bligh! —exclamó John Hallett, llevado por la emoción—. ¡Hip, hip...!

—¡Hurra! —coreamos todos una y otra vez, pues éramos presa de gran excitación tras el drama de la espera y la alegría de comer.

—Y tres hurras por el señor Fryer —añadí, pues había participado también y recibido por ello uno de los pedazos más pequeños—. ¡Hip, hip...!

—¡Hurra! —exclamaron los hombres con mayor contundencia incluso, y tanto el capitán como el maestro sonrieron, un poco avergonzados, pero encantados por el giro de los acontecimientos.

—Tal vez logremos atrapar otro —dijo el capitán alzando la vista hacia el cielo, mucho más oscuro, en el que ya no había pájaros; a nuestros momentos de alegría habían de seguirles inevitablemente huracanes y lluvias.

Los hombres asintieron, confiando en lo mismo pero sin contar con ello. Entretanto, sin embargo, antes de que los cielos se abrieran, juro que fuimos felices. Todos y cada uno de nosotros.

Día 29: 26 de mayo

Llovió mucho durante la noche, pero habíamos sufrido aguaceros peores, y despejó un poco con la claridad del día. Vimos más aves en lo alto y tratamos con ahínco de atrapar una, pero no eran tan estúpidas como la del día anterior y no se posaron en el bote ni volaron lo bastante cerca como para apresarlas a mano. Sin embargo, eso no nos desanimó, pues la opinión general fue que el aumento del número de aves significaba que nos acercábamos a tierra.

El único suceso digno de mención llegó cuando John Samuel se desvaneció, como habría hecho una muchacha en un día caluroso en las calles de Londres. Lo reanimamos rápidamente echándole agua de mar en el rostro, cuidando de que no se la tragara, y todos estuvimos de acuerdo en que era un cursi por padecer tal desmayo, en especial considerando lo bien que había comido el día anterior y lo positivo de nuestra moral. Buscó comprensión durante una hora más o menos, pero al ver que se la negaban en todas partes, se retiró a un rincón del bote a lamerse el orgullo herido.

Esa tarde yo mismo fui víctima de la autocompasión, cuando me pasé la mano por la cabeza para aliviar un picor y unos copos como pétalos de no supe qué parecieron descender de mi cabello y mi rostro a la cubierta. Me los quedé mirando, preguntándome si estaría mudando la piel. Volví a tocarme la cabeza y la lluvia de escamas continuó. Guardé el secreto algún tiempo, temiendo haber pillado alguna virulenta pestilencia que ocasionara mi fulminante expulsión antes de que se propagara, pero por fin, ante el terror de que pudiese estar a punto de morir, consulté al cirujano Ledward sobre la cuestión.

Eché un vistazo y negé con desdén.

—Tienes el escorbuto, eso es todo. Casi todos los hombres lo tienen. Es por la falta de hierro y proteínas en nuestra dieta, muchacho.

—Es por la falta de una dieta en nuestra dieta —sugerí.

—Calla, muchacho, si comiste ayer —replicó con aspereza, y consideré llamarle la atención por ello, pues no era mi señor; lo era el capitán.

—¿Viviré, entonces? —quise saber.

—Por supuesto que vivirás. Suponiendo que vivamos todos. Ahora vuelve a tu sitio, Tunante. Hueles tan mal que espantarías a un gato.

Volví a mi asiento con un suspiro, olisqueándome por si acaso, y en efecto no estaba limpio ni mucho menos, pero imagino que tampoco mucho más sucio que los demás. Eché un vistazo alrededor y cuanto vi fueron hombres en los huesos, con los rostros cubiertos de ásperas barbas, los ojos hundidos y oscuros, algunos recorriendo el horizonte en busca de indicios de vida, otros observando los cielos por si había aves, unos remando, otros durmiendo, algunos perdidos en sus pensamientos y otros con rostros inexpresivos.

Día 30: 27 de mayo

A última hora de la tarde aparecieron más aves; apresamos una y la matamos. El capitán jugó de nuevo a «¿A quién le toca éste?» y estuvimos encantados de comernos nuestra presa. Más contentos nos pusimos, sin embargo, al avistar un madero aislado que pasó junto a nuestro pequeño bote, pues lo consideramos un indicio de que era sólo cuestión de horas que llegásemos a los grandes arrecifes del estrecho de Endeavour, todavía a buena distancia de nuestro destino pero un lugar en que quizá podríamos llegar a una orilla y descansar tras tanto tiempo en el mar.

Advertí que me mareaba un poco más que antes cuando hacía mucho sol y que cada vez me resultaba más difícil permanecer despierto. No lamentaba el hecho de dormir, pues así el tiempo pasaba más rápido cuando no estaba remando, pero no era un sueño profundo y no me proporcionaba ningún descanso, sino más agotamiento. De momento, sin embargo, preferí no decir nada y guardar el secreto.

El capitán mencionó que había visitado esos parajes con el capitán Cook a bordo del *Resolution*.

—Confiábamos en reabastecer aquí nuestras bodegas —explicó a los que nos sentábamos cerca—, pero había bien poco que encontrar. El capitán bautizó la ensenada como bahía Sedienta por esa causa —añadió con una sonrisa—. Sí, y el nombre era correcto, por lo que recuerdo.

—Qué ganas tendremos de verla, entonces —comentó William Peckover en tono burlón, y el señor Fryer le dirigió una mirada asesina.

—Quizá haya cambiado —sugirió el capitán—. Pero aunque sólo podamos descansar en ella, ya será algo, ¿no creen?

El señor Peckover asintió y bajó la vista, y confió en que se avergonzara de su insolencia.

—Había una historia que tenía que contarme señor, si lo recuerda —sugerí al cabo de un rato.

—¿Una historia? —preguntó el capitán, volviéndose hacia mí con una ceja arqueada.

—Sobre el capitán Cook —le recordé—. Sobre cómo estuvo usted con él al final, cuando murió.

—Cuando fue asesinado, querrás decir —me corrigió.

—Sí, señor. Cuando fue asesinado.

El capitán Bligh exhaló un pequeño suspiro y negó con la cabeza.

—Ya te la contaré, Turnstile. No vayas a creer que nuestro viaje toca a su fin. Nos aguardan muchas noches en que matar el tiempo. Ya te la contaré, no te preocupes.

—Pero, señor...

—Hoy no, muchacho —replicó, silenciándome al apoyar una mano en mi flaco hombro—. Hoy vamos en busca del gran arrecife. Eso es lo importante.

Me arrellané en mi asiento y fruncí el entrecejo. Ya me las ingeniaría para que me contara esa historia antes de que me llegara la hora.

Día 31: 28 de mayo

El día transcurrió en un constante fluctuar entre expectativa y decepción, pues habíamos confiado en abrírnos paso a través del arrecife y seguir hasta la punta de Nueva Holanda para descansar y encontrar sustento allí, pero malditas fueran aquellas aguas, pues no nos permitieron pasar. Tras varias horas de intentarlo empezamos a advertir olas que se arremolinaban alrededor y, temeroso de perder el bote en las rocas, el capitán ordenó virar en redondo y seguir navegando para intentar el acceso más adelante.

—Capitán, por favor, señor —imploró uno de los hombres de popa, no recuerdo cuál—. Tendremos mucho cuidado al remar, si nos lo permite.

—Puede tener todo el cuidado que quiera, señor mío —fue la tajante respuesta—. Si el bote se rompe, encontraremos la muerte aquí, lo sabe tan bien como yo.

Hubo quejas por lo bajo, pero tenía razón, por supuesto. No podíamos arriesgarnos. De manera que nos alejamos por el momento de la barrera de coral. Fue una tarde desalentadora y la captura de un alcatraz de los cielos y su reparto entre aquella tripulación de locos desgraciados no nos aportó gran consuelo.

Día 32: 29 de mayo

Aquel día conseguimos por fin guiar nuestra pequeña embarcación a través del arrecife y llegar a salvo a la orilla, la cual según el capitán era la punta de Nueva Holanda. La excitación que nos invadió se vio atemperada tan sólo por los constantes recordatorios del señor Bligh de que debíamos mantener los ojos bien abiertos, pues hacía sólo unas semanas que habíamos estado a punto de perder la vida a manos de los nativos de las islas Amistosas, aunque a mí me parecía que habían transcurrido muchos meses desde aquello.

Cuando nuestro cascarón embarrancó en la arena, desembarcamos a toda prisa y nos produjo enorme placer que nuestros pies tocaran por fin tierra firme. Pero no corrimos y bailamos extendiendo los miembros y comportándonos como un hatajo de chiflados tal como la anterior vez; estábamos demasiado débiles para eso, demasiado mareados, con el estómago vacío y embargados por el desánimo. Nos tendimos en cambio durante un rato, disfrutando del sol, nos quitamos la ropa para dejarla secar y extendimos los miembros sin temor a darle una patada a otro en la cara o un puñetazo en el ojo. Allí tumbado, pensé que así de satisfecho había de sentirse uno en la tumba, pero me apresuré a apartar esa idea de mi mente, consciente de cuán cerca me hallaba de ese preciso lugar y cuánto tendría que viajar aún para huir de él.

Al cabo de un rato, cuando nos sentimos un poco restablecidos, el capitán nos dividió en dos grupos, uno para ir en busca de comida y agua —cualquier cosa que nos ofreciera sustento— y otro para acometer algunas reparaciones necesarias en el bote.

—La isla parece desierta, muchachos —nos advirtió (yo era uno de los expedicionarios, y encantado de serlo)—, pero tengan cuidado y estén alerta. Los salvajes tal vez se hayan ocultado al vernos llegar, y en ese caso pueden tener por seguro que superarán diez veces nuestro número.

—Sí, señor —contestamos, y nos alejamos hacia los árboles, a ver qué encontrábamos.

Nuestro grupo era de seis o siete, creo; recuerdo que Thomas Hall iba conmigo, y el cirujano Ledward, y el artillero William Peckover, pero de los otros no me acuerdo con seguridad. La experiencia de caminar supuso un placer. Para mi sorpresa me sentía a un tiempo cansado, pese a haber pasado tantas semanas sentado en el confinado espacio del bote, y rebosante de energía. Pensé que si apretaba el paso tal vez caería al suelo exhausto o bien echaría a correr para nunca parar. Fue una sensación curiosa que no logré explicarme.

—Aquí, muchachos —dijo Peckover, y su grito coincidió con que mis orejas captaran el más glorioso sonido que el hombre conocía: el chapotear del agua fluyendo en un arroyo. Nos abrimos paso a través de los matorrales y, en efecto, ahí estaba, formando una pequeña laguna de no más de quince metros

cuadrados, pero suficiente para satisfacerlos. El agua estaba fría y tonificante, y nos abalanzamos sobre ella como perros sedientos, bebiendo a lengüetazos. Metí la cabeza entera y disfruté de la sensación del agua dulce envolviéndome. Cuando estuvimos saciados, y no sé cuánto tiempo nos llevó, nos miramos unos a otros y reímos como auténticos chalados.

—Seremos héroes —declaró el cirujano Ledward echando un vistazo alrededor—. Aquí hay agua de sobra para todos.

Esa sola frase bastó para proporcionarnos un respiro, y nos abalanzamos de nuevo a beber. Palabra que sentí el agua recorriendo mis entrañas y mi estómago, y de hecho llegué a preguntarme fugazmente si haría explotar tan resentido órgano, pero no me importó y bebí hasta saciarme.

—Muchachos, miren eso —exclamó Thomas Hall, poniéndose en pie un poco vacilante e indicando con la cabeza una franja de rocas que brotaba del suelo y cuya superficie parecía salpicada de caparazones—. ¿Serán lo que pienso que son?

Los demás no sabíamos qué pensaba, pero no tardó en tender la mano hacia uno —la mitad sujeta a la roca se quedó donde estaba, y Hall levantó la otra— para abrirlo y revelar una pálida y brillante ostra en su interior.

—Oh, Dios santo —exclamó con un suspiro de placer, la clase de suspiro que me había oído a mí mismo cada vez que hacía lo indecible con Kaikala, un suspiro de satisfacción y alegría absolutas.

Arrancó el molusco de su cueva, se lo zampó en la boca y cerró los ojos de puro delirio al saborearlo. Al cabo de unos instantes estábamos todos manos a la obra, arrancando y abriendo y comiendo. Al mirar alrededor, advertí que había miles de aquellas criaturas, y apenas pude esperar a volver a la playa para contárselo a los hombres.

Mejor incluso, a nuestro regreso tropezamos con unos matorrales silvestres repletos de bayas rojas y negras, miles de ellas, me pareció, y caímos sobre ellas como una manada de animales, preocupándonos bien poco de que las espinas nos arañaran los dedos. Comimos hasta que nuestras panzas estuvieron llenas, nuestras lenguas teñidas y las bocas y los labios deformados por la acidez de las frutas. Y cada mordisco fue como una liberación.

Cuando por fin volvimos a la playa a contarles a los otros nuestro hallazgo, empezaba a sentirme mal y notaba un latido detrás de los ojos que amenazaba con reventarme la cabeza y desparramarme los sesos en la arena. Me aferré el vientre, gimiendo, y me pregunté si habría sido buena idea comer tanto y tan rápido tras el largo ayuno. Imaginé las ostras y las bayas mezclándose en mi interior y, al llegar ante el capitán, que miró fijamente mis labios manchados de negro y rojo, apenas me tenía en pie.

—Turnstile —dijo con sorpresa, tratando de deducir a qué se debía mi aspecto. Con el rabillo del ojo vi que había conseguido encender una pequeña

hoguera con madera y ramitas—. ¿Qué diantre habéis encontrado?

Abrí la boca para contárselo, pero antes de que acertara a pronunciar palabra comprobé que no hacía falta, pues el contenido de mi comida brotó de mi estómago, rechazado cual eunuco en un burdel, para aterrizar en la arena entre el capitán, que se apartó de un ágil salto, y yo; me quedé mirando el colorido revoltijo antes de parpadear como si fuera presa de un sopor etílico y caer hacia atrás, desvanecido.

Fue una tarde estupenda. Una de las mejores que recuerdo de todo aquel maldito viaje.

Día 33: 30 de mayo

He de relatar ahora algo que parecerá una vulgaridad, pero creo que puede resultar de interés a quienes se encuentren alguna vez en una situación similar. Esa mañana, durante varias horas, me encontré presa del más insólito caso de diarrea que haya conocido en mi vida. Me pareció que cada baya y cada ostra que había comido el día anterior se rebelaba contra el alojamiento temporal en mi sistema digestivo y buscaba la salida inmediata. Y en la guerra que entablaron con mis intestinos fueron sin duda las ganadoras. Apenas podía caminar, tanto dolor padecía, y en cuanto había completado un movimiento que sugería que el desagradable asunto había concluido de momento, las arcadas volvían y me obligaban a refugiarme tras un matorral, doblado en dos y tratando con esfuerzo de hacer mis necesidades.

Me produjo cierta satisfacción que muchos hombres estuviesen ese día en condiciones similares, y resultaba bien obvio que era así siempre que uno de nuestro grupo salía corriendo de la orilla hacia los árboles en busca de un poco de intimidad. Algunos, incluido el señor Fryer, volvían bastante pálidos; otros, en cambio, apenas parecían padecer. El capitán, que había sufrido una desdicha similar en Otaheite, motivo de que empeorara terriblemente su mal genio, pareció por completo inmune a los efectos de esa comida y, de hecho, le vio la gracia a la cosa, haciendo algunos comentarios que yo al menos consideré tanto poco propios de él como de cuestionable gusto.

Habíamos establecido que esa isla no era de gran tamaño, pero ofrecía un botín insólitamente generoso. No había salvajes que hicieran entrechocar sus piedras y amenazaran con hacer lo mismo con nuestras cabezas, lo cual nos daba tranquilidad. La verdad, supongo, es que muchos se habrían quedado allí encantados, en ese sitio que el capitán bautizó como isla de la Restauración por el hecho de que nuestra llegada coincidiera con la fecha de la restauración del rey Carlos II en el trono, pero el señor Bligh no quiso ni oír hablar de ello. Era un hombre inconvencible en su determinación de llevarnos a todos de vuelta a casa.

Así pues, pasamos ese día llenándonos otra vez la panza, incluso aquéllos para los que la comida era una ruta segura hacia los matorrales, y recogiendo todas las ostras y bayas que encontramos para meterlas en el cajón del capitán con vistas a la siguiente etapa del viaje. Echamos mano de todos los recipientes y cáscaras de coco que pudimos y los llenamos de agua fresca del arroyo; de hecho, cuando estuvimos listos para zarpar, las provisiones nos parecieron de proporciones considerables, aunque en retrospectiva comprendo que en realidad bastaban apenas para alimentar a dos hombres un par de jornadas, no digamos ya para sustentar a dieciocho durante Dios sabía cuánto tiempo. Era simplemente que nos entusiasmaba que el cajón volviera a estar lleno. No se nos ocurría pensar que al día siguiente deberíamos volver a nuestra dieta cotidiana de

pequeños bocados y traguitos de agua si queríamos conservar alguna posibilidad de supervivencia.

—Traten de dormir bien esta noche, muchachos —nos dijo el capitán cuando nos instalamos en la playa para descansar de forma decente—. Necesitamos que sus energías recuperen en lo posible sus niveles naturales si pretendemos llegar a Timor.

Me dormí observando la puesta de sol en el horizonte y soltando un buen bostezo, convencido de que la siguiente etapa del viaje sería saludable y supondría un éxito. Después de todo, habíamos llegado hasta allí contra todo pronóstico y con la pérdida de una sola vida. Sin duda ahora no podíamos fracasar.

Día 34: 31 de mayo

El capitán nos hizo rezar antes de zarpar, algo que me sorprendió muchísimo, pues nunca había formado parte de nuestros rituales cotidianos. Le dio las gracias al Señor por habernos permitido llegar hasta allí sin sufrir daño (que le dijeran eso a John Norton, no pude evitar pensar) y le rogó que se apiadara de nuestro endeble cascarón y nos dejara llegar a nuestro destino sanos, salvos y lo antes posible. Todos dijimos «amén» al final, pero lo cierto es que no creo que fuéramos un grupito especialmente religioso. Los marineros, según he descubierto, rara vez lo son. Les preocupan más las supersticiones y la magia.

Zarpamos a primera hora de la tarde, cuando el sol estaba alto, y lo hicimos apesadumbrados, pues no sabíamos cuándo volveríamos a pisar tierra. Sin embargo, para nuestra sorpresa —aunque al parecer no para la del capitán—, nos encontramos pasando ante una serie de islas por el camino y, puesto que al anoecer no habíamos salido aún a mar abierto, el capitán decidió que sería sensato varar en una de ellas, una que según dijo podía tratarse de la que llamaban Cabo Fair, y pernoctar allí. Así lo hicimos, bien es cierto que con cierto decaimiento, pues no atacamos la orilla con el placer y la obsesión habituales, ni fuimos al instante en busca de comida y agua, aunque el capitán nos permitió comer cuanto quisiéramos siempre y cuando nos comprometiéramos a llenar de nuevo el cajón por la mañana antes de partir.

Pese a todo, obedecimos de buen grado y pasamos una velada feliz en la playa, donde Robert Lamb dio muestras de un talento previamente desconocido para el canto. Nos entretuvo con varias canciones subidas de tono sobre las aventuras de una fulana llamada Melody Blunt, que no parecía tener ni moral ni exigencias con respecto a sus conquistas, y todos reímos con ganas —incluso el capitán, que tendía a rehuir las vulgaridades—. Después dormí profundamente y mis sueños estuvieron poblados con imágenes de la señorita Melody Blunt. No por primera vez desde que abandonáramos la *Bounty*, sentí que me excitaba de nuevo, y entonces recordé hasta qué punto podía suponer una maldición terrible.

Día 35: 1 de junio

Pasamos la mañana hurgando entre la espesura en busca de comida que pudiese ofrecernos sustento más tarde: formamos tres grupos que partieron en tres direcciones distintas, pero sólo uno de ellos tuvo éxito. Cuando los hombres volvieron al campamento con montañas de bayas, tenían las bocas manchadas de rojo y negro, y supe que se habían dado el atracón como yo había hecho dos días antes. Volvimos a embarcar y zarpamos rumbo noroeste nornoroeste, y los señores Fryer y Linkletter nos guiaron con pericia y cautela a través de los arrecifes, evitando cualquier encontronazo con los escollos hasta llevarnos a aguas más abiertas sin incidente alguno. Experimenté unos instantes de júbilo cuando, al observar algunos peces que pasaban por popa hacia los arrecifes, hundí ambas manos en el agua y volví a sacarlas con igual presteza, y para mi sorpresa un gran pez blanco emergió sobresaltado de las olas para encontrarse con que no caía de nuevo en el agua, sino en la cubierta del bote. El episodio suscitó una gran alegría, pues no había nada mejor que un pescado para disfrutar de una sabrosa cena, y el capitán me dio una palmada en la espalda para felicitarme. Los hombres comentaron que era un tipo estupendo y empecé a pensar que me habían perdonado por haber perdido el arpón.

Las aguas estaban tranquilas aquella tarde y mis pensamientos volvieron a Otaheite y los hombres que nos habían arrojado de la seguridad de la *Bounty* a los peligros de aquel cascarón. Hacía más de un mes que habíamos iniciado nuestras aventuras y me pregunté cómo habría tratado la vida al señor Christian y los demás durante ese tiempo. Habrían regresado a la isla de inmediato, sin duda, pero si habían podido permanecer allí ya era otra cuestión. Al fin y al cabo, supondrían que, si sobrevivíamos, volveríamos a Inglaterra y los almirantes enviarían otro barco para darles caza. Sospechaba que los muy piratas se llevarían a las mujeres que quisieran y buscarían otra isla cercana. Había tantísimos centenares de ellas en esa parte del océano que no les sería muy difícil localizar una remota, de difícil acceso, y establecer en ella sus nuevos hogares, quizá hundiendo la *Bounty* para que jamás la descubrieran.

Por otra parte, quizá habían permanecido en Otaheite, convencidos de que los diecinueve hombres que antaño fueran sus compañeros y amigos habrían muerto con rapidez, ahogados en aquellas aguas del sur del Pacífico, y que la verdad sobre su cobardía y depravación jamás saldría a la luz. Pese a las diferencias que había tenido con los distintos marineros y oficiales, me entristecía pensar que se alegraran de crearme muerto.

Al caer la noche, hubo gran alboroto a bordo del bote cuando David Nelson, William Cole y William Purcell, los tres que formaran el grupo que había tenido éxito en la búsqueda de comida esa mañana, empezaron a quejarse de grandes dolores de vientre y un latido constante en la cabeza, detrás de los ojos. El

cirujano Ledward los examinó y todos observamos cómo les sostenía la muñeca entre el índice y el pulgar y les oprimía la tripa y otras zonas con la palma. Luego se acercó al capitán y hablaron en murmullos a los que creo que sólo tuvimos acceso el señor Elphinstone y yo.

—Sufren de envenenamiento, señor —reveló el cirujano—. Ya los ha visto al volver de su expedición. Han comido demasiadas bayas. Cabe suponer que bayas venenosas.

—Dios santo —repuso el capitán, acariciándose la barba con cara de preocupación—. ¿Cree usted que los perderemos?

—Probablemente no —respondió el médico negando con la cabeza—. Pero sí creo que pasarán un par de días con unos dolores tremendos. No será fácil para ellos.

—Evitemos entonces el uso de la palabra veneno —dijo el señor Bligh—. No hará ningún bien a nuestra moral y no cambiará las condiciones actuales. —Se puso en pie y recorrió el bote hasta nuestros aquejados compañeros—. Al parecer han comido demasiadas bayas en Cabo Fair, y no tenemos el vientre para semejantes abusos. Sin embargo, no hay de qué preocuparse. Como todo, estos dolores pasarán.

William Purcell no pareció muy contento ante tal diagnóstico y profirió un grito de agonía mientras se aferraba el vientre y acercaba las rodillas al pecho, pero el capitán se limitó a asentir como si la cuestión acabara ahí y regresó a su asiento.

Esa noche estuvo poblada de quejidos de los tres hombres, y cuando la luz se extinguió y nos vimos rodeados por la oscuridad confieso que tuve pensamientos asesinos hacia ellos pues, por poco caritativo que fuera, me ponían los pelos de punta cada vez que soltaban otro lamento de agonía.

Día 36: 2 de junio

Pese a haber pasado dieciocho meses en compañía del maestro del barco, el señor Fryer, había conversado bien pocas veces con él. Se había mostrado amistoso conmigo a mi llegada a la *Bounty* (de hecho, después del señor Samuel, a quien consideré una comadreja, había sido el primer miembro de la tripulación con que me había topado, en el exterior del camarote del capitán, aquel día radiante antes de la Navidad de 1787), pero desde entonces rara vez había reconocido siquiera mi presencia, salvo nuestra anterior conversación en los primeros días de nuestra aventura en el cascarón, tan enfrascado estaba en sus obligaciones a bordo del barco y sus intentos de mantener una relación civilizada con el señor Bligh.

Así pues, me sorprendió mucho despertar ese día de una pequeña siesta para encontrarme con que mi cabeza utilizaba sus rodillas de almohada, sin que él se ofendiera lo más mínimo.

—Le ruego me disculpe, señor —dije, incorporándome mortificado y frotándome los ojos—. No sé cómo ha podido pasar algo así. Un hombre hace cosas raras cuando duerme, sin duda.

—No pasa nada, muchacho —repuso encogiéndose de hombros como si la cosa le importara un pimiento—. Has dormido un poco y recobrado las energías, eso es lo que cuenta.

—Sí, señor. —Recuperé la compostura y estiré el cuerpo tanto como pude mientras me apoyaba a su lado contra la borda. Contemplé a William Cole y David Nelson mientras remaban, y palabra que sus rostros me parecieron traslúcidos y sus ojos nunca habían estado más angustiados y negros.

—¿Puedo preguntarte quién es ese señor Lewis? —dijo el señor Fryer al cabo de unos instantes.

Confieso que habría saltado por la borda de pura sorpresa.

—¿El señor Lewis? ¿Qué sabe de él?

—Nada en absoluto. Pero hablabas de él en sueños, eso es todo.

Agucé la mirada y sentí cierto dolor de estómago, pero como esa parte de mi cuerpo había sido presa de espasmos de agonía constantes durante más de un mes, no me pareció digno de consideración.

—¿He hablado del señor Lewis? —pregunté—. ¿Y qué he dicho?

—Nada inteligible —respondió el oficial—. ¿Era sólo una fantasía de tus sueños? Has pedido a gritos que te soltara, eso es todo. Has dicho que jamás regresarías.

Asentí en silencio, reflexionando. No recordaba nada de mis ensoñaciones.

—Sí —respondí por fin—. Era una fantasía, nada más. No sabía que hablara dormido.

—Todos lo hacemos de vez en cuando. Recuerdo que mi querida esposa

Mary siempre me decía que de madrugada yo solía hablar de búhos.

—¿De búhos, señor?

—Sí. Y es curioso, porque los búhos no me interesan nada. Pero así es la cosa. Forma parte de las malas pasadas que nos juega la mente.

Estuve de acuerdo en que así era y miré hacia el mar, conteniendo un bostezo que me habría devuelto a mis ensoñaciones de no estar enfrascado en la conversación. Miré de soslayo al señor Fryer y advertí que la barba se le había vuelto roja en los lados y gris en la punta. No sabía muy bien qué edad tenía, habría dicho que unos cuarenta, pero nuestro tiempo en el mar no le había hecho ningún favor, pues parecía envejecer ante mis propios ojos.

—Señor —dije al cabo de un largo silencio, pues me vino a la cabeza una cuestión que deseaba plantearle hacía mucho—. Señor, ¿puedo preguntarle algo?

—Sí —contestó, volviéndose hacia mí.

—Es que no sé si va a agradecerle la pregunta, eso es todo. Pero me gustaría conocer la respuesta.

Me brindó una sonrisa e indicó la vasta extensión de mar que nos rodeaba.

—Turnstile, mantenemos la farsa del rango a bordo de una embarcación como ésta con vistas a llegar a salvo a nuestro destino. Pero si miras alrededor, ¿no captas cierta igualdad de condición con tus compañeros? Podríamos ahogarnos juntos en cualquier momento; y si ocurre, todos acabaremos en el mismo lugar.

—Es cierto, señor —admití, pues no había forma de negar la veracidad del comentario—. Entonces se lo preguntaré. Me intriga saber cómo ha llegado usted aquí.

—¿Aquí, a este bote? —inquirió enarcando una ceja—. ¿Has perdido el juicio, muchacho? Acabamos aquí por culpa de aquellos traidores...

—No —lo interrumpí negando con la cabeza—. No me ha entendido bien, señor. Me refiero a cómo es que se unió usted al capitán y no permaneció con el señor Christian. Otaheite era un buen sitio, señor, todos lo sabemos. Y había grandes placeres que disfrutar allí. Y si no le importa que se lo diga, señor Fryer, siempre me ha parecido que usted y el capitán no eran exactamente compañeros de armas.

Río un poco ante semejante expresión y yo también sonreí, contento de que no se enfadara conmigo por mi insolencia, pero finalmente se encogió de hombros y bajó la voz al contestarme.

—Haces bien en preguntarlo, y diría que muchos hombres se lo preguntan también, pero veo que no tienes buena memoria. Como ya te comenté en nuestra anterior conversación, tienes razón al pensar que el capitán y yo hemos tenido nuestras diferencias durante el viaje.

—Soy un gran admirador del capitán, señor —me apresuré a decir, pues no recordaba muy bien aquella conversación—, como confío en que usted sepa.

Jamás diría una palabra contra él. Pero creo que en ocasiones lo ha tratado a usted con extrema dureza.

—Gracias, Turnstile —repuso a modo de reconocimiento—. Es un detalle por tu parte que lo digas, en especial puesto que tus lealtades están claramente con el señor Bligh. Tu devoción hacia él es bien conocida, tanto en este cascarón como en Otaheite.

Eso me sorprendió; nunca había esperado que los demás me considerasen una persona leal, de hecho ni siquiera se me había ocurrido pensarlo. Aun así, me produjo una sensación cálida y me alegré por ello.

—La verdad —continuó— es que no siempre he sentido tan buena disposición hacia el capitán como debiera. Ya te he comentado que admiro su carrera anterior y su destreza para trazar mapas, pero a veces lo he considerado un cantamañanas y un grosero, e incluso en ocasiones terco y simplón.

—¡Señor Fryer!

—Estamos hablando como iguales, ¿no es así? ¿Podemos hablar con franqueza?

—Sí, señor, pero decir esas cosas...

—Son simplemente mis verdaderos sentimientos hacia él. He observado a un hombre tan amargado por su falta de categoría (me refiero, por supuesto, a que carece del rango de capitán y a que sus galones reales son los de teniente) que en ocasiones ha permitido que eso nublara su buen juicio. El señor Christian supo hacer buen uso de esa sensación suya de inferioridad durante todo el viaje. Advertí que era así, pero bien poco pude hacer por resolverlo. El capitán envidiaba la cuna del señor Christian, su estatus, sus privilegios. Quizá, incluso, su apostura.

Me quedé boquiabierto. Jamás había oído a otro hombre a bordo hablar con tanta franqueza.

—Admitiré que en ningún momento sospeché siquiera que iba a producirse el motín —prosiguió—, pero sí creo que el capitán se comportó en ocasiones de una forma que incitó a la tripulación innecesariamente. Insistir en que durmieran en el barco hacia el final de nuestra estancia en la isla, por ejemplo, no fue digno de él. No había necesidad de hacerlo, y sólo consiguió que los hombres comprendieran lo que iban a perderse cuando se fueran. Habían forjado amistades y amoríos; arrancarlos de todo aquello sin consideración fue un error de juicio. Esperaba serios problemas en el viaje de regreso a casa, pero no esto. —Indicó con un gesto lo que nos rodeaba—. Esto no, Turnstile, jamás.

—Entonces ¿por qué...? —vacilé en tanto que trataba de elegir con cautela mis palabras—. ¿Por qué entonces vino con nosotros? ¿Por qué no se quedó con los amotinados?

—Porque eran unos sinvergüenzas, Turnstile, he ahí por qué —explicó—. Y yo hice un juramento de lealtad al rey al unirme a la armada, y juré también

que cumpliría las órdenes de mi oficial al mando. Durante los últimos dieciocho meses el señor William Bligh ha sido mi oficial al mando, así que lo obedeceré hasta que la última gota de sangre haya dejado mi cuerpo y el último aliento haya abandonado mi alma. A eso se le llama deber, John Jacob Turnstile. Deber, lealtad y buen servicio. Son las mejores tradiciones de la armada inglesa, las tradiciones por las que sirvió mi padre, y su padre antes que él, y el padre de este último antes que él. Son las tradiciones que desearía que mi propio hijo respetara. Nada que el señor Bligh pudiese haber dicho o hecho me habría vuelto contra él. Es quien está al mando, es el hombre del rey. La cosa es así de simple.

Asentí, satisfecho con su respuesta. No era lo que había esperado de él, pero me daba una idea más clara de quién era ese hombre.

—Además —añadió al cabo de unos instantes—, quería irme a casa y volver a ver a mi esposa. El deber, la lealtad y el buen servicio son una cosa, muchacho, pero el amor es otra bien distinta. Quizá lo descubras por ti mismo algún día.

Sonreí y me sonrojé al pensarlo. Me pregunté si podría esperar eso mismo en mi propio futuro, fuera lo que fuese que me deparara, por corto o largo que fuera. Deber, lealtad y buen servicio.

Y amor.

Día 37: 3 de junio

Con la lluvia arreciando sobre nuestras cabezas, el cirujano Ledward se encontró en la delicada situación de tener que atenderse a sí mismo, pues padecía los más espantosos calambres en el estómago y los intestinos, y al advertir la palidez de su rostro confieso que le rogué al Señor que lo aliviara del sufrimiento y le diera su recompensa. No iba a ser así, sin embargo, pues el pobre hombre continuó sintiendo los tormentos gemelos de la fatiga y el hambre, y de vez en cuando se aferraba el cuerpo soltando gritos que suscitaban tanto la compasión como la irritación de sus compañeros pasajeros.

En determinado momento el capitán acudió a su lado pero, al carecer de formación en las artes médicas, poco pudo hacer por ayudarlo; se tendió en cambio a su lado y le habló al oído. No oí qué le decía —ninguno de nosotros llegó a captar las palabras—, pero tal vez le hizo algún bien, pues el cirujano no tardó en poner fin a sus movimientos y gritos y al cabo de poco no era más que otra alma en el bote, esforzándose en conservar tanto los ánimos como la vida contra las opresivas fuerzas de la lluvia, el mar y la degradación.

Por la tarde nos acercamos a más acantilados, y después a una serie de islas deshabitadas, lo bastante estrechas para que un hombre sano las recorriera andando de un lado a otro en una mañana. Atracamos brevemente en varias de ellas con la esperanza de encontrar más comida, y el señor Bligh en persona recogió unos buenos puñados de ostras, pero eran tan pequeñas que apenas habrían bastado para el desayuno de un hombre, no digamos ya para la cena de dieciocho.

En la segunda isla encontramos indicios de la existencia de tortugas pero, para nuestra decepción, ningún ejemplar. Rastreamos la espesura y las playas en su busca, pero eran demasiado sabias para dejarse descubrir o bien se habían confundido como camaleones con las marismas, y una vez más nos fuimos con las manos vacías. Cuando cayó la noche, estábamos de nuevo en el cascarón poniendo rumbo a lo que el capitán llamaba la isla de Timor pero nosotros bautizamos como « No sabemos dónde está ».

—Oh, lo que daría por una hora de Michael Byrn —me llegó una voz desde el centro del bote cuando avanzábamos en silencio en las aguas nocturnas. Estuve de acuerdo, pues un poco de música del violinista del barco sin duda nos habría animado en gran medida; hasta el recuerdo de nuestros bailes cotidianos para tonificar nuestro torrente sanguíneo se me antojaba agradable.

—El señor Byrn es un pirata y un amotinado —espetó el capitán Bligh a modo de respuesta—. Y no toleraré que su nombre se pronuncie en este bote.

—Sí, pero podría habernos tocado *Nancy la de los temporales* —intervino el señor Hall con cierta tristeza, y no pude evitar acordarme de la tarde en que lo habían elegido para bailar esa misma canción y yo había cometido la insensatez

de seleccionar al señor Heywood, aquel perro, como su pareja. Todo aquello parecía muy lejano, como si hubiese ocurrido en una vida distinta, cuando yo no era más que un chaval.

—No quiero ni oír hablar de ello —repuso el capitán. En otras circunstancias lo habría dicho a voz en grito, pero esa noche estaba demasiado fatigado para forzar el tono—. Si algún hombre quiere cantar, que lo haga —añadió—. Pero nada de mencionar a traidores y nada de entonar esa canción.

Nadie se molestó en hacerlo. No teníamos la energía necesaria.

Día 38: 4 de junio

Cuando Fletcher Christian, aquel cerdo miserable, despojó por la fuerza al señor Bligh de su legítimo mando, le permitió llevarse el diario de a bordo, y el capitán se pasaba buena parte de las veladas garabateando en él con un lápiz. Algunas noches escribía mucho rato, otras brevemente, pero juro que no transcurría un solo día en que no hiciera alguna mención de nuestro avance.

—Porque tarde o temprano llegaremos a casa —me dijo con un asomo de sonrisa cuando le pregunté por qué se molestaba en hacerlo—. Y cuando lo hagamos, habremos completado toda una hazaña de navegación. Escribo en el diario para dejar constancia de cuanto ha ocurrido desde que abandonamos la *Bounty*, y para tomar nota de las islas, los arrecifes y las costas que hemos visto por el camino. Ése es mi deber como navegante.

—¿Escribe sobre mí ahí, señor? —quise saber.

Soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—No es una novela, joven Turnstile. Es un registro de lugares destacables, de la flora y la fauna, de longitudes y latitudes que puedan resultar de interés para futuros viajeros. No es mi diario personal.

—¿Tiene intención de convertirlo en un libro? —pregunté entonces.

—¿En un libro? —inquirió, frunciendo un poco el entrecejo—. No lo había considerado. Imagino que supondrá un archivo de datos para los almirantes, no para el populacho. ¿Crees tú que sería de interés para el lector corriente?

Me encogí de hombros, pues qué sabía yo de lectores, si sólo había leído dos libros en mi vida y ambos trataban de la tierra de China.

—Tal vez podría preguntárselo al señor Zéla —sugerí—. El caballero francés, quiero decir. El que me metió en todo este lío.

—Ah, Matthieu, sí —asintió él—. Aunque la verdad, joven Turnstile, en mi opinión fue más bien culpa tuya que suya que acabaras ocupando un puesto en nuestro barco, ¿no crees?

—Tal vez —admití.

—Pero quizá tienes razón. Es posible que al almirantazgo le parezca adecuado publicar mi informe para que los hombres y damas decentes de Inglaterra conozcan con exactitud la personalidad de oficiales como Fletcher Christian y Peter Heywood. Sus nombres serán objeto de la infamia después de esto, Turnstile, te lo aseguro —declaró. No lo dudé ni por un instante y se lo hice saber, sugiriendo que sin duda merecería la pena leer sus memorias. El capitán me sonrió y luego soltó una risita—. Turnstile, ¿te ha dado demasiado el sol?

—No, señor. ¿Por qué?

—Hoy se te ve de lo más animado.

—Es mi personalidad, señor —repuse, un poco ofendido por el comentario—. ¿No se había dado cuenta?

Sin contestarme, contempló los puntitos de islas que pasábamos a derecha e izquierda en nuestro camino hacia mar abierto.

—El estrecho de Endeavour —me reveló—. Es magnífico, ¿verdad? Nuestra experiencia casi merece la pena sólo para atravesarlo en una embarcación así.

—Sí, señor —repuse mirando alrededor, y lo cierto es que tenía razón. Era un espectáculo precioso, y más bonito habría sido aún de no haber llevado más de un mes contemplando el agua sin cesar.

Día 39: 5 de junio

Y he aquí el tormento que nos aguardaba. Llevábamos ya treinta y ocho días de navegación, deteniéndonos en islas, cuando las encontrábamos, para descansar y buscar sustento, pero sabía muy bien por los mapas que había estudiado día tras día durante un año en el camarote del capitán que, una vez cruzáramos el estrecho de Endeavour, no nos quedaba otro sitio al que ir que Timor, y estaba al menos a una semana de viaje. Tendríamos que conservar las provisiones y sobrevivir tanto al hambre como a la sed hasta que volviésemos a avistar tierra, pero cuando lo hiciésemos, si es que lo hacíamos, nuestro viaje habría concluido y nos habríamos salvado.

Ese día había expresiones de resignación en los rostros de muchos hombres. Algunos, como Peter Linkletter y George Simpson, que tenían días buenos y malos en lo que a su salud concernía, parecían atemorizados ante lo que nos aguardaba, y creo que si alguno de los demás hubiese expresado la menor duda se habrían sumido en la total consternación. Otros, como Robert Lamb, parecían casi entusiasmados ante el desafío que nos aguardaba, con la confianza de saber que, pasara lo que pasase, no tendríamos que soportar aquellas duras condiciones mucho más. Y luego había otros, como el capitán o el señor Fryer, que se limitaban a mostrar su expresión habitual de paciencia y no cesaban de mirar al frente, convencidos de la salvación. Yo abrigaba en la mente los temores del primer grupo; en el alma, la valentía del segundo; y en el corazón, el deseo de ser como el tercero, pues eran ellos quienes lograrían que sobreviviéramos, o al menos eso creía yo.

Cuando el capitán nos proporcionó esa noche la cena del contenido del cajón, la ración fue recibida con suspiros e indicios de cierta decepción entre los hombres.

—Ya saben cuál es nuestra situación —declaró el señor Bligh moviendo la cabeza—. Saben qué nos espera esta última semana o más. Debemos comer lo estrictamente necesario para que la mente y el cuerpo sigan funcionando. No nos queda alternativa si hemos de sobrevivir.

Estuvimos de acuerdo, por supuesto, pero las cosas no fueron más fáciles.

Día 40: 6 de junio

A lo largo de toda la jornada tuve una ligera sensación de mareo, como si mi mente no me perteneciera del todo. Después de remar durante dos horas, me levanté y tuve que agarrarme a los hombros de dos compañeros para no caerme, lo que no les gustó demasiado, tal como me hicieron saber. Traté de consultar al cirujano Ledward sobre el asunto, pero estaba sumido en un duermevela, y cuando estaba consciente no parecía el de siempre, de manera que lo dejé en paz.

Aparte de eso recuerdo bien poco de aquel día, a excepción de unos cuantos gruñidos por parte de los hombres cuando el capitán canceló la comida de mediodía y nos ofreció tan sólo desayuno y cena, y bien poca cosa en cada uno de ellos. No podía hacer mucho más. Quería que sobreviviéramos.

La lluvia fue también una desgracia. De eso sí me acuerdo.

Día 41: 7 de junio

Volví a sentirme enfermo: cada vez que alzaba la vista al cielo me encontraba con que tenía que agarrarme para conservar al menos alguna sensación de realidad. Uno de mis ojos, el izquierdo según recuerdo, se me nubló hasta el punto de no ver por él. Parpadeé con furia, en vano, y cuando informé de ello al capitán, dijo que era por culpa del hambre, que le jugaba malas pasadas a mi cuerpo. Buscó la confirmación del cirujano Ledward, pero el hombre se limitó a asentir y decir que de eso se trataba antes de volverse de espaldas, una rara actitud ante el capitán. Me pareció que estaba hundido, de modo que lo dejamos en paz.

—Quizá cuando despiertes mañana te encontrarás mejor —sugirió el capitán, un comentario que sólo sirvió para irritarme y no me ayudó un ápice.

—O quizá estaré ciego de los dos ojos —repliqué—. ¿He de esperar a mañana para averiguarlo?

—Bueno ¿y qué quieres que haga, Turnstile? —repuso, irritado a su vez—. Debemos concentrarnos en la supervivencia, en nada más.

Maldiciendo por lo bajo me dirigí de vuelta a mi sitio, que en mi ausencia se había visto invadido por tres hombres, y tuve que arremeter verbalmente contra ellos para que accedieran a moverse. Me parecía que los días eran cada vez más largos y mis niveles de tolerancia al tormento que padecíamos disminuían con cada minuto que pasaba. En el pasado siempre había existido la esperanza de una isla, de un lugar en que descansar y comer, donde sabíamos que no íbamos a perecer ahogados. Ahora no nos quedaba nada más que océano, y vaya si no era un lugar ferozmente solitario. El capitán dijo que no sabía cuándo avistaríamos Timor, que quizá faltaba aún una semana, y me pregunté si todos sobreviviríamos al viaje. En realidad teníamos suerte de haber perdido un solo hombre hasta entonces, a John Norton, pero había al menos media docena que me parecían destinados a liar el petate en un tiempo muy breve si no llegaba nuestra salvación.

Lo cierto es que yo me sentía uno de ellos.

Día 42: 8 de junio

Hubo gran consternación ese día con respecto al estado del cirujano Ledward, que parecía empeorar con tremenda rapidez. Como consecuencia de ello, el capitán le dio una ración mayor de comida y agua que la del resto, pero no nos quejamos de que así fuera. Para mi desgracia me vi obligado a sentarme junto a él gran parte del día, lo cual no me gustó ni poco ni mucho, pues temía que fuera a expirar justo delante de mis ojos, un presagio terrible para mi propia supervivencia. Luego resultó que estaba siendo demasiado pesimista, porque el cirujano permaneció con nosotros todo el día, al igual que otros, Lawrence LeBogue entre ellos, que parecían casi en tan mal estado como él.

El señor Hall y yo pasamos dos horas remando codo con codo, y cuando nos sustituyeron William Peckover y el capitán, nos sentamos cerca de la proa del bote. Advertí que el cocinero tenía una curiosa sonrisa plantada en la cara y quise saber la razón, pues sospechaba que se burlaba mentalmente de mí.

—No te rasgues las vestiduras, muchacho —repuso, un magnífico comentario considerando que esas mismas vestiduras estaban ya en un estado terrible, rasgadas y hechas jirones por todas partes—. Sólo estaba recordando, eso es todo. Pensaba en la primera vez que subiste a bordo de la *Bounty*. En lo verde que estabas.

—Sí, es verdad —admití—. Pero nunca había estado a bordo de un barco, y mucho menos en una de las fragatas de su majestad. Me perdonará que no supiera muy bien dónde pisaba.

—Aprendiste rápido, desde luego —comentó.

—Y usted fue amable conmigo cuando llegué. No como el señor Samuel, esa vieja comadreja; me hizo sentir inferior desde el instante en que subí a bordo. Me dijo que hasta el último hombre del barco estaba por encima de mí y no paró de darme órdenes.

—Nunca me ha caído muy bien ese hombre, la verdad —dijo el señor Hall con una mueca de desagrado—. Por mí podría haberse quedado con el señor Christian y sus piratas. A estas alturas estaría pasándose en grande con la mitad de las muchachas de Otaheite —añadió con un suspiro.

—Es más feo que Picio —aduje—. Ni se le habrían acercado.

—¿Y tú, Tunante, echas de menos la isla? —me preguntó.

—Echo de menos el sustento. Echo de menos la sensación de tener la barriga llena y un sitio decente donde dormir por las noches. Echo de menos la seguridad de despertar vivo por la mañana.

—¿Y a tu joven amiguita?

—A ella también —admití—. Un poco, al menos. Cierito que me traicionó con el perro del señor Heywood, pero pese a todo me divertí con ella en su momento. Sí, la echo de menos.

Descubrí que el ojo bueno se me nublaba al decir aquello; el malo estaba ya cubierto por una bruma que no mostraba indicios de abandonarme.

—Habrás otras —me aseguró—. Cuando estés de vuelta en Inglaterra, quiero decir. Volverás a enamorarte.

Asentí con la cabeza, pero no estaba tan seguro. Después de todo, no existía la menor garantía de que volviera a ver Inglaterra, mucho menos de encontrar el amor allí. Pero debíamos conservar el ánimo. Era eso o zambullirse en el mar y no molestarse en volver a salir para respirar.

El anochecer trajo consigo más lluvia y más retortijones. En cierto punto fueron tan agudos que solté un grito y los demás me mandaron callar, pero por Dios que el dolor fue tan intenso que pensé que acabaría conmigo.

Día 43: 9 de junio

Padecimos terriblemente durante esa jornada marcada por la lluvia y los vendavales, el hambre y la sed, y aunque llegamos por fin a aguas más tranquilas, fui presa del desánimo más negro que recuerdo haber sentido en toda mi vida. Entonces, mientras me hallaba sentado en silencio contra la borda, el capitán vino a sentarse a mi lado y me habló en voz baja.

—Estábamos en la bahía de Kealakekua en Hawai —me contó sin preámbulo alguno—, a bordo del *Resolution*. Llevábamos allí algún tiempo, y todos veíamos con claridad que las relaciones con los salvajes se estaban enrareciendo. Las cosas habían empezado bien, por supuesto. El capitán Cook sin duda era capaz de impresionar a un jefe nativo. Pero los aborígenes se habían vuelto terriblemente disolutos. Siempre creí que el capitán se mostraba demasiado permisivo con los nativos. Creía demasiado en su bondad natural.

Me incorporé un poco, sorprendido de que hubiese elegido esa noche en concreto para relatarme la historia, pero complacido porque lo hiciera. Quizá había advertido mi desánimo.

—Ese día en particular —continuó— tuvo lugar un incidente, un suceso pequeño en sí pero que, añadido a una serie de insultos menores en los días anteriores, bastó para sacarnos de quicio. Cuando estábamos anclados en climas cálidos, el capitán prefería dejar los cúters y botes auxiliares del barco en el agua; los salvajes robaron uno de ellos, el cúter de mayor tamaño. Fue inaceptable, por supuesto, y cuando se enteró, el capitán declaró que se bloquearía la bahía hasta que el cúter nos fuese devuelto. Envió dos embarcaciones; un tipo llamado John Williamson iba al mando del bote, y yo mismo capitaneé el cúter más pequeño.

—¿Usted, señor? —pregunté con los ojos muy abiertos—. ¿Fue usted quien recuperó el bote robado?

—Sí, más o menos. Y si lo hubiesen entregado de forma pacífica la cosa habría tenido pocas consecuencias. Pero al aproximarnos a la bahía fue obvio que no nos aguardaba la paz. Los nativos se habían apostado en lo alto del acantilado, adoptando posturas de guerra y con la clase de atavíos que, según ellos, los protegían de nuestros sables y mosquetes. Estaban preparados para la batalla, saltaba a la vista.

—Pero ¿por qué, capitán? —quise saber—. ¿Se habían vuelto contra ustedes?

—Eso creo. Al principio todo había ido bien, pero no reconocían nuestro derecho a sus tierras y sus productos. Se estaban volviendo agresivos a ese respecto. No nos quedó otra opción que demostrarles nuestra fuerza.

—¿Qué derecho, señor? —pregunté, confuso.

—Pues nuestro derecho como emisarios del rey, hombre —contestó, mirándome como si fuese un tarado—. ¿No es obvio? Querían que los dejásemos

en paz. ¡Salvajes! ¡Se atrevían a ordenarnos a nosotros, unos ingleses, que nos marcháramos!

—De sus tierras.

—Ya veo que no me entiendes —insistió, como si la idea fuese absurda—. Cuando nosotros llegamos, esas tierras dejaron de pertenecerles. Nosotros las reclamamos.

» Sea como fuere, la cuestión es que, al aproximarnos, cada vez se hizo más patente que habría problemas. Entonces advertí que una gran canoa con unos veinte salvajes se hacía a la mar en la bahía, sin duda rumbo al *Resolution*. Remaban con ganas, eso he de concedérselo, y a tal ritmo que tuve que meterles un miedo terrible a mis propios hombres para hacerlos cambiar de rumbo y avanzar hacia el oeste para interceptarlos. Cuando nos hubimos acercado lo suficiente, les disparamos con nuestros mosquetes y, con la gracia de Dios y la justicia de nuestra parte, conseguimos reducir al instante a varios de ellos. El resto, unos cobardes, se echaron al agua y la canoa volcó de inmediato, de manera que los que no estaban heridos de muerte regresaron nadando a la orilla. Fue una victoria que demostraba nuestra fuerza, y de haberlo reconocido ellos así, quizá las cosas no habrían pasado de ahí.

» Lo siguiente que advertí fue que el capitán Cook en persona, con cuatro o cinco hombres más, navegaba hacia nosotros en un cúter. Nos mantuvimos en nuestros puestos hasta que llegaron hasta nosotros, y estaba furioso, terriblemente furioso.

» —No habrá más derramamiento de sangre —me informó, como si yo hubiese sido el autor del percance—. Voy a la orilla y tomaré al rey como rehén, lo llevaré al *Resolution* y lo retendré allí hasta que todos nuestros botes y pertenencias hayan vuelto a nosotros.

» —Pero, capitán, ¿le parece sensato? Acabamos de... —objeté, horrorizado ante la idea.

» —Puede acompañarme, señor Bligh, o puede volver al *Resolution*. ¿Qué decide? —me interrumpió, apretando los dientes.

» Bueno, no hace falta decir que salté del cúter a su bote y no tardamos en estar en la orilla, y el capitán, que iba al frente, fue derecho al hogar del sumo sacerdote de la isla, con quien había establecido ya buenas relaciones, y le informó que no pretendíamos hacer daño a su gente, pero que mientras quedase un soplo de aliento en nuestros cuerpos no íbamos a tolerar un robo. Lo informé de sus planes de llevarse al rey al *Resolution*, pero aseguró que lo retendría allí como invitado, no como cautivo, y que dependía del sacerdote asegurarse de que se le diera a la cuestión una solución rápida y feliz.

» Sin esperar respuesta, el capitán se dirigió entonces hacia la aldea, mientras algunos de nuestros hombres atracaban en la bahía armados con mosquetes. Oí el rugir de los cañones de nuestro barco y deduje que más canoas habrían salido de

la bahía para dirigirse a él y que algún oficial habría decidido disparar para sacarlos de las aguas. Lo consideré muy sensato y así se lo hice saber al capitán, que se volvió hacia mí, furioso, y espetó: “Maldita sea, así sólo conseguiremos que un incidente se convierta en una catástrofe. Cada disparo que se hace destruye nuestra reputación y empeora nuestra relación con estas gentes. ¿Es que no se da cuenta?”. Por supuesto le di la razón, pero también le dije que convenía demostrar a los salvajes quiénes eran sus señores, y presumo que estuvo de acuerdo conmigo, pues no dijo nada y se limitó a continuar andando. Más tarde supe que las otras canoas, las que no habían sufrido daños por el fuego de cañón, volvieron hacia Kealakekua, sin duda buscando venganza por sus compañeros caídos.

» Llegamos a la casa del rey Terriabu y el capitán aguardó fuera. Cuando el líder apareció flanqueado por sus dos hijos, el capitán Cook lo invitó a cenar con él en sus propias dependencias a bordo del *Resolution*, y el rey aceptó encantado. Era un hombre anciano, Turnstile, sus dos hijos tuvieron que ayudarlo a llegar a la orilla, y ninguno de ellos se percató de nuestros planes. Lo consideraron un simple acto de hospitalidad, como los que habían recibido tantas veces de nosotros en el pasado.

» Cuando llegamos a la orilla, los de las canoas habían vuelto y era obvio que estaban a punto de ocurrir sucesos dramáticos. A los hijos del rey les llegaron de inmediato los rumores de que tanto mi cúter como el *Resolution* habían abierto fuego contra los salvajes, matando a algunos de ellos, y de inmediato se alzó un gran clamor. En el tumulto que siguió, el rey cayó pesadamente en la arena de la playa.

» En ese punto, todo se desmandó. Los nativos nos rodearon y empezaron a arrojarnos piedras, abatiendo a algunos de nosotros. Por nuestra parte empuñamos los mosquetes y no nos quedó otra opción que dispararles. El capitán me estaba gritando algo que no conseguí interpretar, y maté a varios salvajes más mientras él se acercaba a mí. Me volví para mirar a mi superior, satisfecho de mi matanza, y lo vi correr, sin duda para felicitarme. En ese momento un salvaje se abalanzó sobre él desde atrás y descargó una gran piedra sobre la cabeza del gran hombre. James Cook cayó en la arena, pero rodó sobre sí para defenderse. Antes de que pudiese hacerlo, otro salvaje se le echó encima con una daga, el muy cerdo cobarde, y se la hundió en el cuello antes de arrastrarlo un poco y meterle la cabeza en el agua. Quise acercarme para ayudarlo, pero unos veinte salvajes o más corrían hacia mis marineros y yo. Nos superaban cinco veces en número y no nos quedó más remedio que dar la vuelta y huir. Tuvimos la fortuna de conseguir llegar al bote sin otro daño que una lluvia de piedras, pero cuando nos hicimos a la mar vi al capitán, aquel hombre tan valiente, levantarse una vez más para defenderse y encaramarse a unas rocas, donde un último grupo de hombres cayó sobre él y lo apedreó hasta matarlo.

En ese punto el señor Bligh guardó silencio y titubeó antes de volver a hablar.

—Fue un asesinato, un crimen terrible —declaró al fin—. Pero es un hecho de nuestras vidas, el final que tal vez nos aguarda a cualquiera de nosotros si aceptamos los chelines del rey. La cuestión es el valor de que hagamos gala al caer. Por supuesto, nos vengamos de aquellos tipos de la forma más sangrienta. Vivieron muy poco tiempo para lamentar sus actos.

Me arrellané en el asiento y reflexioné. No era la historia que yo imaginaba, pero el señor Bligh me la había contado, había accedido a mis peticiones, y no pareció que ninguno de los dos tuviese mucho más que decir. No pude evitar cuestionarme su participación en aquellos terribles acontecimientos, y quizá él también lo hizo en cierta medida al relatar de nuevo el espantoso episodio, pero si se arrepentía de algo no lo mencionó. Finalmente se incorporó y substituyó a uno de los remeros, siendo los remos con sus grandes manos y animando a su compañero a seguir bogando, más y más rápido, a fin de apresurar la llegada a nuestro destino.

Esa noche, todo ha de decirse, surcamos a buen ritmo las olas.

Día 44: 10 de junio

David Nelson y Lawrence LeBogue se recobraron un poco ese día y fue obvio que no iban a doblar la cabeza de inmediato. Se incorporaron e ingirieron un poco de pan y agua —más de lo que les tocaba, por órdenes del capitán— y parecieron mejorar mucho.

El propio capitán cayó enfermo más tarde, aquejado de un trastorno de estómago que lo afectó agudamente, y no hubo forma de hablarle durante gran parte de la velada. Por primera vez en nuestro viaje se encogió como un bebé, aferrándose el cuerpo en busca de calor, pero con escaso éxito, pues se hacía imposible conseguirlo con la lluvia que nos empapaba la ropa.

Más tarde vimos algunos alcatraces que nos dieron la esperanza de hallarnos cerca de Timor, pero el horizonte seguía sin revelar nada, por lo que no nos quedó más remedio que continuar nuestra singladura.

Día 45: 11 de junio

El capitán se había recobrado bastante, pero igualmente parecía una criatura miserable, como todos nosotros. Teníamos el rostro hundido y demacrado, los miembros de muchos parecían haberse contraído o bien hinchado de forma intolerable por las condiciones de hacinamiento, y dormíamos durante gran parte del día. Recuerdo haber pensado que mi vida consistía tan sólo en dos cosas: remar para impulsar el bote y dormir. La conversación se había extinguido, las discusiones se habían evaporado y apenas quedaba algún rescoldo de nuestra esperanza.

Cuando los hombres le imploraron que calculara la distancia, el capitán Bligh insistió en que no faltaba mucho y nos pidió que todos permaneciéramos alerta para avistar tierra por si nos habíamos alejado demasiado del rumbo, añadiendo que harían falta buenos ojos para descubrirla, pero muchos tuvimos dificultades con semejante proposición porque nuestra vista era escasa. Mi ojo izquierdo había mejorado un poco, pero seguía habiendo una sombra tras él y, aunque no tenía un espejo para probarlo, dudaba que siguiera siendo el apuesto chico que había sido al abandonar Portsmouth, o incluso Otaheite.

En ese punto volví a sumirme en el desánimo. Llevábamos cuarenta y cinco días en el mar y, pese a seguir con vida, me sentía sumamente miserable. Anhelaba la libertad, una tierra en que correr, una buena comida. Me encontré lamentando el hecho de haber elegido la lealtad al capitán en lugar de una vida desahogada de placeres sensuales en la isla. Descubrí que me hervía la sangre y al mirar al señor Bligh me pregunté qué clase de hombre era, y por qué lo había seguido a una muerte segura.

Ansiaba comida y agua.

Estaba desesperado.

Día 46: 12 de junio

Dormí.

Soñé con las calles de Portsmouth, desiertas y sombrías, azotadas por los vientos y con los puestos de fruta descabalados. Me veía correr hacia el establecimiento del señor Lewis, muerto de impaciencia, abrir las puertas y cargar escaleras arriba hacia donde estaban mi litera y las de mis hermanos, pero las encontraba vacías y sin sábanas. Miraba alrededor. Estaba solo.

Desperté.

Me senté a los remos junto a un hombre al que no reconocí. Estiré los brazos y volví a encogerlos, arrastrando el agua. Observé el horizonte. Me lamí los labios, con la esperanza de encontrar algún rastro de humedad. El sol caía a plomo. Remé, y quizá podría haber remado hasta morir, pero el capitán me informó que mi turno había acabado y me alejé hasta encontrar una pequeña porción del cascarón para mí solo.

Dormí.

Veía la *Bounty* y reviví los felices días a bordo. Me imaginé sentado a la mesa del capitán, junto a él y al señor Fryer, dispuesto a dar cuenta de una opípara comida. El francés, el señor Zéla, se sentaba enfrente. El capitán Cook contaba una historia sobre una aventura que había corrido en el *Endeavour*. Y entonces señalaba con el tenedor al señor Bligh y hacía un comentario acusador, momento en el cual...

Desperté.

Observé el horizonte. Nada. Contemplé a los marineros. Ninguno de ellos hablaba. El señor Bligh dividió un trozo de pan en dieciocho partes y cuando me tendió la mía me eché a reír; fue una risa extraña, pues no se apreciaba ni rastro de humor en ella. Observé el mendrugo; no era mayor que la uña de mi pulgar y se suponía que había de durarme el día entero. No sé qué me hizo hacerlo, pero apoyé el brazo sobre la borda del bote, con el pan sujeto entre el índice y el pulgar, y lo dejé caer al agua. El señor Elphinstone abrió los ojos y me vio hacerlo, pero no reaccionó, sino que volvió a cerrarlos. Observé el pedacito de pan mientras éste se mecía unos instantes en la superficie del agua y entonces, para mi sorpresa, apareció un pez que engulló mi desayuno, mi comida y mi cena, antes de sumergirse de nuevo hacia las profundidades.

No me importó. Comer y no tenía sentido.

La muerte estaba ante mí.

La notaba.

Día 47: 13 de junio

Sueño.

Hambre.

Remar.

Hambre.

Sed.

Hambre.

Nada más.

Día 48: 14 de junio

El capitán me puso el pan ante la boca.

—Come, Turnstile —ordenó—. Tienes que comer.

Apreté los labios, negándome a obedecer. Quería que me dejara en paz, que me permitiera marchar.

—Váyase —dije, olvidando mi rango y apartándole la mano.

—Señor Fryer, ábrale la boca.

Unos dedos desconocidos me separaron los labios por fuerza. No me resistí. Saqué la lengua y saboreé la sal que había en ellos. Y luego el pan, que mastiqué, aunque hacerlo me hizo sentir enfermo. Luego un poquito de agua.

—Capitán, ésa es su...

—Cállese, señor Fryer. El chico se nos va. No pienso permitirlo.

—Pero usted es tan importante como...

—Cállese, señor —repuso el señor Bligh por lo bajo.

Abrí los ojos un instante y había mucha claridad; el sol caía a plomo. Parpadeé y llegó la noche. La lluvia parecía haber cesado, al igual que los vendavales, o al menos ya no los notaba. No sentía nada. Mis extremidades eran ligeras como plumas. Las punzadas de dolor en el vientre también habían desaparecido. En un instante de claridad advertí que me había llegado la hora, que el Señor me llamaba. Bajo mi cabeza parecía haber una almohada, ¿cómo era posible? Al presionar un poco me encontré con la solidez del hueso. Alcé la mirada y vi al señor Bligh; yo tenía la cabeza apoyada en su regazo y él me peinaba lentamente el cabello con los dedos. Le sonreí; por un instante nuestras miradas se cruzaron y él también sonrió.

—Tienes que permanecer despierto, John Jacob —me dijo, y advertí que casi se había quedado sin voz. No susurraba; era simplemente que no podía hablar más alto—. Sobreviviremos. Todos sobreviviremos.

—Quiere que vuelva con él —dije.

—¿Quién?

—El Señor —repuse.

—No, todavía no, muchacho.

—El señor Lewis, entonces. El que me crio. Me está llamando.

—Jamás volverá a ponerte las manos encima, hijo. Yo mismo me ocuparé de ello.

Asentí y exhalé un profundo y doloroso suspiro.

—No te vayas, muchacho —exigió entonces con mayor energía—. Te... ¡te ordeno que no te vayas!

Traté de sonreír, aunque la cabeza me daba vueltas. Me asaltó un mareo tremendo y el mundo se volvió muy oscuro y luego muy blanco. El aliento mismo abandonaba mi cuerpo. Exhalé una vez y esperé, con cierto interés, a ver

si mi alma permitía que mi cuerpo inhalara una vez más. Lo hizo, pero fue una inspiración profunda y dolorosa. Traté de tragar saliva y me insté a detenerme. Quería que llegara el final.

Y entonces llegó el final. El mundo cobró una luminosidad amarillenta, como si todo recibiera la luz del sol, y curiosamente me sentí capaz de ponerme en pie y correr y bailar una giga otra vez en la cubierta de la *Bounty*, imbuido de nuevas fuerzas. De modo que aquí está, me dije, aceptando la libertad que entrañaba.

Éste es el instante de mi muerte.

Y entonces me llegó un sonido apenas audible... todavía creo percibirlo... una voz... que se elevó un poquito... y que decía:

—¡Capitán, capitán, mire!

—¡Capitán, mire, allí!

—Lo hemos conseguido.

—Capitán, lo hemos conseguido.

Y otra voz muy distante, un susurro apenas, resignada, agradecida.

—Sí, muchachos, lo hemos conseguido. Estamos salvados.

Q uinta parte

El Regreso



15 de junio de 1789 hasta la actualidad

Lo primero que me asaltó al abrir los ojos fue la sensación de hambre. Lo segundo fue la impresión de que llevaba durmiendo bastante tiempo, y de inmediato proferí un gemido al recordar dónde estaba: en aquel maldito cascarón, sin nada que comer o beber y con la vida escurriéndose de mi cuerpo. Pero cuando se despejó la niebla que me velaba los ojos y empecé a ver con claridad lo que me rodeaba, comprendí que ya no me encontraba en el bote, sino en una cama. Había una sábana limpia sobre mi cuerpo y el aire no olía como en el mar; era más fresco y más cálido, sin el salitre que abrasaba la garganta hasta producir asfixia. Una agradable brisa aleteaba sobre mi rostro y al volver lentamente la cabeza vi a una mujer sentada junto a mí, agitando lentamente un gran abanico para refrescarme.

Me lamí los labios. La lengua casi se me pegó al paladar, tan seca la tenía, y sentí una enorme necesidad de agua. Sin saber qué otra cosa hacer para atraer la atención de la dama —pues parecía perdida en sus pensamientos y apenas mostraba interés en mí—, hurgué en mi interior en busca de algo que se pareciera al sonido, y al cabo de unos segundos emergió de mi boca un gemido, como el que proferiría un oso pardo o un ternero instantes después de haberse puesto en pie por primera vez.

La dama volvió los ojos hacia mí y dio un respingo.

—¡Oh! —exclamó—. Está despierto.

—Sí —repose con una voz grave que emergió de mi garganta y que apenas me pareció la mía—. ¿Dónde estoy? ¿He pasado ya a mejor vida?

—¿Mejor vida? —preguntó riendo y negando con la cabeza, como si no tuviera otra cosa que hacer que burlarse de mí—. Dios santo, no, muchacho. Esto no es el cielo, se lo aseguro.

—Entonces ¿dónde...? —empecé, pero antes de pronunciar una palabra más tuve la sensación de que me hundía.

Tras un período de oscuridad, volví a abrir los ojos y supe que habían pasado varias horas, aunque la dama seguía allí, abanicándose. En esa ocasión no pareció tan sorprendida cuando me miró.

—Buenas tardes, señor Turnstile —dijo—. Ya tiene mejor aspecto. Diría yo que le sentaría bien un poco de agua.

—Mi nombre —susurré—. ¿Cómo lo sabe?

Perdí interés de inmediato en la respuesta, pues la mujer estaba sirviendo un vaso de agua de una alta jarra de barro, tan fría que unas gotitas se habían condensado en su superficie. La miré y me sentí a punto de llorar, pero negué con la cabeza.

—No puedo —dije—. Sólo un traguito. Hemos de racionarla.

—No es necesario —respondió ella sonriendo—. Tenemos agua de sobra. Por

favor, no vuelva a preocuparse por eso.

Cogí el vaso que me ofrecía y me quedé mirándolo un momento. Un vaso entero de agua. Me pareció asombroso, el mayor obsequio que había recibido en mi vida. Me lo llevé a los labios y traté de bebérmelo de un tirón, pero ella me lo quitó y negó con la cabeza.

—Despacio, señor Turnstile —aconsejó—. No querrá ponerse enfermo, ¿verdad? —Y añadió, corrigiéndose—: Más enfermo.

Traté de incorporarme un poco y, al hacerlo, advertí que, bajo la sábana, yacía en cueros y mi cuerpo estaba ya expuesto a medias ante la dama. Me subí la sábana hasta el cuello y me ruboricé.

—No sea tímido —comentó ella, apartando la mirada unos instantes—. Llevo toda una semana cuidándole. Me temo que ya no es usted un misterio para mí.

Torcí el gesto, pero las fuerzas apenas me alcanzaban para avergonzarme, de modo que me limité a apartar los ojos para examinar lo que me rodeaba. Ya no estaba en el mar, sin duda. Me hallaba en alguna clase de habitación cuyas paredes parecían de bambú. El suelo era sólido; la cama en que yacía, la más blanda que pudiese recordar, y de fuera me llegaba el sonido de ajeteo y voces masculinas.

—¿Dónde estoy? —quise saber, y noté con sorpresa que acudían lágrimas a mis ojos, pues era presa de un gran asombro, aunque en absoluto desagradable.

—En Timor —contestó—. ¿Ha oído hablar de este sitio?

—El capitán —musité en tanto acudían a mí recuerdos del viaje—. Habló de él. ¿Quiere decir que...? —Apenas podía creer que lo que iba a sugerir fuera una posibilidad—. ¿Quiere decir que llegamos sanos y salvos? ¿No nos ahogamos?

—Por supuesto que no se ahogaron. Ni se los comieron los peces. Sí, llegaron. Tengo entendido que pasaron cuarenta y ocho días en el mar desde el acto de piratería. Es un logro considerable.

—Hemos sobrevivido —dije, atónito—. Como dijo el señor Bligh.

—Un hombre excepcional.

Parpadeé y la miré un instante, súbitamente preocupado, y me senté de forma que mis partes casi quedaron expuestas, pero no me importó.

—¿Y está vivo él también? —inquirí—. Dígamelo, por favor... el capitán, el señor Bligh, ¿está vivo?

—Sí, sí —contestó ella, apoyando una mano fresca en mi hombro desnudo para reconfortarme—. Ahora tiéndase, muchacho. No le conviene malgastar las energías. Tiene que recobrar primero.

—¿Pero se encuentra bien?

—No estaba bien cuando llegaron ustedes a nuestras costas —admitió—. Como todos los del bote, se encontraba muy enfermo. Era de los que más graves estaban, de hecho. Pero se recobró con rapidez. Tiene... una gran fortaleza de ánimo, sin duda. Y resentimiento.

—¿Resentimiento?

La mujer aguzó la mirada un instante, como insegura de si debía continuar, pero finalmente negó con la cabeza y desechó la idea.

—Tanto usted como él están vivos y se hallan a salvo. Éste es un asentamiento holandés, cristiano y civilizado. Nos hemos ocupado de ustedes.

—Y yo se lo agradezco. —Me tendí de nuevo, aliviado por las noticias—. ¿He estado muy enfermo?

—Mucho. En un momento dado creímos que lo habíamos perdido. Aquel primer día estuvo usted muy débil. Le dimos agua y lo obligamos a comer un poco de fruta, aunque rechazó la mayor parte. El segundo día se recobró un poco. El tercero, despertó un instante y se sentó, asustado, y me habló.

—¡No puede ser! —exclamé sorprendido—. No lo recuerdo en absoluto.

—Estaba delirando, eso es todo. Gritaba « No volveré con usted » y « Debo salvar a mis hermanos » .

—¿Eso dije? —pregunté en voz baja.

—Sí. Pero sus hermanos están a salvo. Ellos también se están recuperando.

Fruncí el entrecejo y consideré ese comentario.

—¿Mis hermanos? ¿Los conoce, entonces?

—Por supuesto —contestó—. Tiene que concentrarse, muchacho, no me comprende. Sus hermanos. Los hombres que navegaron con usted en el bote. Después del motín.

—Ah, claro. Ya entiendo. Pensaba usted que me refería a ellos.

—¿No era así?

—Sí —respondí con un encogimiento de hombros, preguntándome si en el fondo no sería cierto—. ¿Y qué pasó luego?

—Después sufrió usted una recaída y durante unos días no supimos si conseguiríamos retenerlo en este mundo. Pero entonces, ayer, observé color en sus mejillas, y despertó.

—¿Desperté ayer?

—Sí, y hablamos. Le di agua y usted quiso racionarla.

Apenas daba crédito a sus palabras.

—¿Eso fue ayer? —pregunté—. Tenía la sensación de que había sido hace sólo unos minutos.

—Y hoy se encuentra usted muy recuperado —admitió—. Está otra vez con nosotros; lo peor ha pasado ya.

—Así pues, ¿viviré?

—Creo que sí.

—Bueno, pues me alegra saberlo —concluí con un gesto de asombro ante todo lo ocurrido.

Me sentí dominado por un agotamiento incontrolable y le dije que necesitaba dormir otra vez. La mujer esbozó una sonrisa muy dulce y dijo que era buena

idea, que necesitaba restablecerme y que se ocuparía de que me alimentaran, me mantuvieran limpio y me dejaran descansar cuanto fuera preciso hasta que pudiese ponerme en pie y volver a correr antes de regresar a casa.

A casa, pensé. Lo había olvidado.

Y cuando volvía a dormirme, cuando mi mente se deslizaba ya de aquella habitación tan confortable a otro lugar, un lugar de sueños y recuerdos, juro que oí una voz familiar que hablaba con la dama y se interesaba por mi salud, y que ella le respondía que no había motivo de preocupación ya que podía tardar aún unos días, pero era un jovencito entusiasta y no permitiría que un poco de hambre y sed pudiesen conmigo.

—Bien, bien —repuso la voz, la del capitán—. Porque voy a necesitarlos a él y a sus recuerdos para lo que nos espera.

Y después volví a sumirme en el sueño.

En agosto, unas seis semanas después de que llegásemos a Timor, la tripulación del bote de la *Bounty* obtuvo pasaje a bordo de un barco holandés, el *Resource*, con destino a Java, desde donde zarpaban mercantes hacia Europa que nos permitirían regresar a casa. Tuve la suerte de disponer de casi dos semanas para recuperarme, durante las cuales hice ejercicio y pude seguir una dieta sana, lo que redundó en una cotidiana mejora de mi físico y la desaparición de mi palidez.

No todos fueron tan afortunados como yo, sin embargo.

Me entristece informar que, en el período entre que avistamos tierra y el día que volví a abrir los ojos, perdimos a cinco de nuestros compañeros, hombres que habían sobrevivido a las cuarenta y ocho jornadas en el mar pero que estaban prácticamente muertos para cuando llegamos a Timor. Peter Linkletter, el suboficial de bitácora, no sobrevivió más de un par de horas después de desembarcar y al parecer no llegó a saber que habíamos llegado sanos y salvos; lo cierto es que para entonces llevaba dos o tres días medio muerto y esperaba tan sólo a que el Señor advirtiera su estado y acabara la faena. Cuando anocheció, habíamos perdido también a Robert Lamb, el carnicero del barco, que se había puesto terriblemente enfermo, según recuerdo, durante la última semana en el bote, y que fue presa de un ataque poco después de pisar tierra firme.

El capitán habló con gran pesar de la desaparición del botánico de la *Bounty*, David Nelson, que no se recuperó con comida o agua y falleció el segundo día tras nuestra llegada. Creo que el señor Bligh lamentó especialmente perder el último vínculo con los frutos del árbol del pan de Otaheite, al hombre que había sentido tanta pasión por nuestra misión como el propio capitán, y de quien esperaba que hablase en su defensa cuando regresáramos a Inglaterra.

A ellos los siguió el señor Elphinstone, pobre hombre; fue el único oficial que murió. Como todos los demás, había llegado a Timor en un estado lamentable,

pero mientras que yo tuve la fortuna de recobrar la sensatez y la salud, él perdió todas las fuerzas y falleció un par de días más tarde.

Finalmente, el día después de que yo despertara, perdimos a Thomas Hall, el cocinero, lo cual me entristeció muchísimo, pues había sido excepcionalmente amable conmigo a bordo del barco y, si bien es cierto que nos preparaba las comidas con el mismo cuidado que un perro o un cerdo dedican al sabor o la higiene, no lo es menos que en cualquier caso las preparaba, aparte de que para mí era un tipo estupendo y un buen amigo. El funeral del señor Hall fue el único al que pude asistir y la presión de nuestra situación, la comprensión gradual de lo que habíamos padecido y soportado, sumado al hecho de que despertara para encontrarme con tanta muerte, me dejaron en tan penoso estado que me eché a llorar como un crío cuando le dimos sepultura. El capitán tuvo que llevarme de vuelta a la cama para que no diera un espectáculo lamentable.

—Lo siento, señor —dije, enjugándome los ojos y sintiéndome como si otra palabra amable por su parte fuera a provocar más llanto; más que lágrimas, todo un torrente de infelicidad y desdicha que manara de mis ojos.

—No lo sientas, muchacho. Hemos formado una tripulación de hombres, estas últimas siete semanas. Sí, y también a lo largo de estos dos últimos años. ¿Por qué no ibas a llorar por tus camaradas caídos?

—Pero ¿por qué he sobrevivido yo? ¿Por qué decidió el Señor que...?

—No te hagas esa pregunta —me interrumpió con aspereza—. Nuestro Señor toma sus propias decisiones con respecto a quién se queda y a quién se lleva. No nos corresponde cuestionarlas.

—Pero pensé que había llegado mi hora, señor —le dije, y el pesar volvió a embargarme—. Aquellos últimos días en el bote sentí la muerte alrededor. Sentí que mi vida acababa, que para mí no habría futuro.

—También yo temí por ti, muchacho —declaró, sin pensar en cómo podía afectarme esa frase—. En realidad, en cierto momento tuve la certeza de que habías fallecido, unas horas antes de que llegásemos a tierra, y fue un golpe duro para mí, durísimo, de hecho. Pero tienes una fuerza que tú mismo ignorabas. Te has fortalecido, muchacho, durante el tiempo que hemos pasado juntos. ¿No te das cuenta? Te has convertido en todo un hombre.

No me sentía como tal mientras estaba ahí sentado, llorando en el hombro de esa alma buena, que no me hizo sentirme menos hombre por ello, pero cuando hube acabado dijo que ya estaba bien de lágrimas, que ya las había hecho salir y no debía derramar más o sabría lo que era bueno.

—Sí, señor —dije, y no volví a llorar.

Trece miembros de la tripulación original de diecinueve a los que habían expulsado de su legítimo hogar en la *Bounty* subimos a bordo del *Resource* para navegar hasta Java; habíamos perdido a una tercera parte de los nuestros: las cinco bajas recientes y, antes, a John Norton, quien había caído a manos de los

salvajes de aquella primera isla que visitamos, un suceso que parecía haber ocurrido muchos años antes.

Había esperado que reinara una gran excitación entre nosotros, que tras nuestras aventuras tendríamos la sensación de que formábamos un grupo que nunca volvería a separarse, pero para mi sorpresa la atmósfera a bordo de aquel barco fue de lo más sombría. Capté entre mis compañeros muchos murmullos de rencor hacia el capitán, pese a que éste nos había guiado con éxito a través de los mares hasta un sitio desde el que podríamos zarpar rumbo a casa, pero al parecer no sentían la menor gratitud: había llegado el momento de las recriminaciones.

Esa noche estalló una pelea tremenda entre el capitán y el señor Fryer, un altercado que llevaba dos años fraguándose, y se dijeron cosas que nunca deberían haberse dicho. El señor Fryer acusó al capitán de haber provocado el motín con su actitud: quitándoles a los hombres privilegios que antes les había concedido, tratándolos como si le pertenecieran y con unos cambios de humor que iban de la alegría más desbordada al desánimo más amargo, como una novia ante el día de su boda. El capitán se negó a escucharlo y replicó que el señor Fryer nunca había sido el maestro que esperaba. Dijo que cuando él tenía bastantes años menos, apenas veintiuno, había sido maestro del capitán Cook ¿Qué clase de oficial, quiso saber, no tenía una capitania a su edad?

—Usted, señor, no es capitán —replicó el señor Fryer disparando una flecha al talón de Aquiles del capitán—. Tiene usted el mismo rango que yo, señor, el de teniente.

—¡Pero poseo el mando, señor, el mando! —exclamó el capitán con el rostro encendido—. Un mando que usted jamás tendrá.

—¡No querría un mando como el que usted posee! —gritó el oficial—. Y en cuanto a lo de ser maestro del capitán Cook... —Negó con la cabeza y, para su ignominia, escupió en el suelo—. Un hombre honesto tomaría nota de sus propios actos en aquel oscuro día.

Aquello fue el colmo y más que el colmo para el señor Bligh, que pareció dispuesto a hacerse con un sable y destripar allí mismo al señor Fryer. No obstante, se limitó a maldecirlo y abalanzarse sobre él, de forma que sus rostros casi se tocaron, aunque el maestro se mantuvo firme. Tras ello el capitán lo llamó cobarde y charlatán, y le preguntó por qué, si tenía tan mala opinión de él, no se había unido a su amigo el señor Christian y vuelto a su infame conducta en la isla de Otaheite.

—¡Fletcher Christian no es amigo mío! —bramó el señor Fryer—. ¿Acaso no abandoné el barco? ¿No estuve junto a usted mientras recorríamos cada legua de mar? ¿Y se atreve a acusarme de...?

—¡Me atrevo a acusarlo de lo que me viene en gana! —exclamó el capitán—. Lo acuso de cobarde, señor, ¿me oye?, y veré cómo lo ahorcan por su conducta y su insubordinación.

Un gran clamor estalló entonces entre los hombres y dos de ellos, William Purcell y John Hallett, se apresuraron a unirse al maestre y empezaron a chillarle al capitán, acusándolo de habernos conducido a ese desdichado día e insistiendo en que se harían oír cuando llegáramos a Inglaterra. Eso superó el aguante del señor Bligh, que hizo acudir al contra maestre del *Resource* y, si pueden creerlo, al cabo de unas horas los tres hombres —Fryer, Purcell y Hallett— se hallaban bajo arresto y encadenados a grilletes en la cubierta inferior para que, según el capitán, pudiesen reflexionar mejor sobre su conducta hasta la fecha.

Un ambiente sombrío se instaló a bordo y por primera vez me pregunté si al volver a Inglaterra nos considerarían héroes (y en realidad me refería al capitán) como siempre había supuesto, o si en cambio nos verían como algo absolutamente distinto.

Llegamos a Java de un humor desastroso y no sabía qué derroteros seguiría esa historia nuestra y si los hombres insistirían en amotinarse y pelearse hasta llegar a Inglaterra, donde cabezas más sabias podrían decidir por nosotros y aportar un final feliz.

El jefe del asentamiento en Java informó al capitán que en las semanas siguientes zarparían hacia Inglaterra dos barcos; el primero, un buque holandés llamado *Vlijt*, se haría a la mar al cabo de unos días, y el segundo no lo haría hasta una semana más tarde. Ambos eran barcos mercantes no diseñados para pasajeros, aunque el segundo podía llevar a la tripulación entera. Al ser informado de que el *Vlijt* sólo disponía de tres camarotes libres, el capitán seleccionó a su secretario, el señor Samuel, y a mí para que lo acompañáramos.

—Señor, he de protestar —dijo el señor Fryer, a quien habían liberado de los grilletes pese a seguir bajo arresto—. Como segundo al mando, debería viajar con usted en el primer barco.

—Desde su insubordinación ha dejado usted de ser el segundo al mando —replicó el capitán en voz baja, en un tono que sugirió que ya no tenía ganas de discutir, que aquel drama no tardaría en acabar—. Y si todavía se considera un oficial del rey, le sugiero que se ocupe de los hombres que dejo a su cargo. No tardaremos en encontrarnos en Inglaterra, se lo garantizo.

—Sí, señor —respondió Fryer aguzando la mirada—. Desde luego que nos encontraremos.

—Eso he dicho, ¿no? —espetó el capitán, y se me antojaron un par de críos que necesitaban unos azotes.

Toda la tripulación superviviente acudió al puerto a despedirnos, sin embargo, y el capitán tuvo buen cuidado de estrechar la mano de cada hombre, incluido el señor Fryer, y desearles buena fortuna y un viaje sin incidentes de vuelta a Inglaterra, antes de recorrer la pasarela con sus libros y carpetas y desaparecer de nuestra vista. Unos instantes después lo siguió el señor Samuel, lo que me dejó

solo, disponiéndome a despedirme de aquellos hombres que conocía desde hacía tanto, los mismos que habían luchado conmigo durante nuestra terrible experiencia de cuarenta y ocho días, y sobrevivido a ella.

—Adiós, tripulación —dije, y palabra que me costó no emocionarme, pues sentía un afecto fuera de lo común hacia todos ellos—. Vaya momentos hemos pasado juntos, ¿no?

—Ya lo creo, muchacho —repuso William Peckover, que también tenía los ojos vidriosos—. Quiero darte la mano antes de que te vayas.

Asentí con la cabeza y se la di; estreché la de todos, y fueron diciendo «Buena suerte, Tunante» o «Nos veremos en Inglaterra, Tunante», y parecieron lamentar verme marchar. Me resultó muy raro que nuestras aventuras hubiesen concluido.

—Adiós, señor Fryer —dije al dirigirme hacia la pasarela, y él anduvo un poco conmigo, alejándose para que los demás no nos oyeran—. Si puedo tener la osadía de decirlo, ha sido un placer servir con usted, señor. Le respeto muchísimo. —Tragué saliva con nerviosismo, pues era un comentario atrevido.

—Y yo te lo agradezco, John Jacob —repuso, utilizando por una vez mi nombre de pila—. ¿Estás deseando volver a casa?

—Trato de no pensar demasiado en ello, señor.

—Llegarás allí antes que nosotros, por supuesto. Quisiera pedirte... —titubeó y se mordió el labio un instante, considerando sus palabras con cautela—. Joven Turnstile, cuando llegues a Inglaterra te harán muchas preguntas graves y habrá muchas cuestiones que responder. Te debes al capitán, por supuesto. Y yo también, si el maldito imbécil lo reconociera.

—Señor... —empecé, pero me interrumpió.

—No lo digo para mancillar su nombre, muchacho. Lo digo porque es así. Todo lo que te pido es que contestes con honestidad y decencia a cualquier pregunta que se te formule. Verás... la cuestión es que no debes tu lealtad al capitán, ni a mí, ni siquiera al rey, sino a ti mismo. Quizá no comprendas siquiera el valor de las cosas que has visto y oído, pero si informas de ellas de manera justa y veraz, nadie podrá pedirte nada más. Ni el capitán ni yo. Ni siquiera el señor Christian y su banda de rufianes. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí, señor —respondí, pues lo entendía, y le prometí que seguiría su consejo.

—Entonces, deja que te estreche la mano y te deseé un buen viaje de vuelta a casa.

Tendí la mano y él la miró un instante, pero entonces pareció cambiar de opinión y avanzó para estrecharme entre sus brazos.

—Has sido un buen compañero de navegación —me susurró al oído—. Y serías un buen hombre de mar. Deberías considerarlo.

—¿Yo, señor? —pregunté, apartándome y enarcando una ceja.

—Sí, tú, señor —bromeó—. Piénsalo, ¿quieres?

Dicho lo cual se dio la vuelta y condujo a sus hombres de regreso al asentamiento, donde permanecerían hasta que su propio barco zarpara.

Y así empezó el viaje definitivo, el que había de conducirnos a casa.

El capitán no tenía responsabilidades oficiales a bordo y, aunque estaba encantado de prestar cualquier ayuda que se le solicitara, se convirtió en poco más que un pasajero de alto rango. La mayoría de las veladas las pasaba a solas en su camarote, pero de vez en cuando se unía a los oficiales y al capitán del *Vlijt* para cenar. Sin embargo, me daba la sensación de que no disfrutaba haciéndolo, pues nuestros anfitriones lo miraban asombrados, preguntándose cómo era posible que un capitán de una de las fragatas de Su Majestad hubiese perdido su barco.

Creo que se trataba de una pregunta que él mismo se haría durante todo el viaje de regreso.

Por mi parte, tampoco tenía gran cosa que hacer. El capitán del *Vlijt* tenía su propio criado, de forma que yo ayudaba al capitán Bligh cuando necesitaba algo, lo cual no sucedía a menudo, y me encontré cada vez más aburrido y proclive a las ensoñaciones a medida que el viaje continuaba. Tenía la barriga llena, por supuesto, y bebía siempre que tenía sed, pero a bordo de aquel barco mercante no había ni mucho menos la emoción que reinaba en la *Bounty*, y hasta el tiempo permaneció clemente durante la mayor parte del trayecto. La verdad es que echaba un poco de menos toda aquella agitación.

Durante ese tiempo el capitán se ocupó de sus cuadernos y continuó escribiendo su versión de nuestro viaje y el motín, con la intención de prepararse para lo que el señor Fryer había llamado las «preguntas graves» con que nos recibirían a nuestro regreso. También escribía largas cartas a *sir* Joseph Banks, a los almirantes de la armada y a su esposa Betsey, aunque por qué se molestaba en hacerlo cuando había de verlos a todos antes de que las misivas llegaran a su destino era un misterio para mí.

Antes de partir, había hecho una lista de todos los amotinados, con descripciones de su aspecto físico y su personalidad, que a su vez distribuyó en varios puertos; confiaba en que ése fuera el inicio de su captura, pero yo no estaba tan seguro de que ocurriera.

Y entonces, en la mañana del 13 de marzo de 1790, dos años y tres meses después de que zarpásemos de Spithead, nuestro barco nos llevó a Inglaterra. Nos llevó a casa.

Al teniente William Bligh, un capitán sin barco.

Y a John Jacob Turnstile, un joven de dieciséis años que no tenía donde caerse muerto.

Siendo niño, las calles de Portsmouth siempre me habían parecido muy anchas. La ciudad se me antojaba enorme, como si contuviera el mundo entero, y su gente me había parecido la única de relevancia. Pero al recorrer de nuevo las angostas callejas no pude sino sorprenderme por lo pequeñas que eran, o quizá por cuánto se habían ensanchado mis horizontes. No era el mismo muchacho que había salido de allí aquella fría mañana de diciembre de 1787. Enseguida fui consciente de la diferencia.

Había transcurrido un tiempo desde que habíamos vuelto a Inglaterra y, aunque no tardaría en tener que cumplir ciertas obligaciones en Londres, me encontré con que disponía de una semana libre. Decidí regresar al sitio donde había nacido y me había criado para verlo de nuevo.

Al llegar, se me hizo un nudo de aprensión en el estómago ante la idea de volver a ver al señor Lewis, aunque ya no le temía tanto como antes. Durante gran parte de mi viaje en la *Bounty* había planeado una huida, tratando de encontrar un sitio que me permitiera evitar su sombría mirada. Y ahora ahí estaba, por voluntad propia. Me sentí fuerte al considerarlo, pero aun así estaba nervioso.

Me abrí paso a través de las calles y mis pies me condujeron al lugar preciso donde habían comenzado mis aventuras. El puesto de libros en que el francés, el señor Zéla, había conversado conmigo mientras yo buscaba un modo de birlarle el reloj de bolsillo. Los puestos de fruta y verdura seguían allí, la gente era la misma, pero no se me echaron encima ni trataron de descuartizarme; bien al contrario, proclamaron a gritos que sus manzanas y nueces eran las mejores de la zona, las mejores que podía encontrar si viajaba de un extremo a otro de Inglaterra, invitándome a comprar algunas. Iba mejor vestido que antaño, ése era el quid de la cuestión. Y llevaba el cabello corto y bien peinado. La armada me había proporcionado unos buenos pantalones y un par de camisas y tenía toda la pinta de ser un joven caballero.

—¿Quiere comprar un pañuelo, señor? —preguntó una voz detrás de mí. Al volverme vi nada menos que a Floss Mackey, la misma a la que en mis tiempos yo le ofrecía pañuelos birlados a los caballeros, a los que ella les quitaba los anagramas por un cuarto de penique para que yo pudiera venderlos por un penique—. Son pañuelos muy buenos, señor. No los encontrará mejores.

—¿No me reconoces, Floss? —pregunté esbozando una sonrisa, y ella torció el gesto, algo nerviosa, como si yo estuviera a punto de acusarla de algo indigno y llamar a un guardia.

—No, señor —se apresuró a contestar—. Y si cree que a estos artículos les pasa algo, entonces no tiene obligación de comprarlos y le desearé buenos días.

—Floss, soy yo, John Jacob Turnstile. ¿No te acuerdas de mí?

Me miró fijamente unos instantes antes de quedarse boquiabierta, con los ojos como platos, y pensé que iba a dar un traspie de pura sorpresa.

—No puede ser.

—Pues sí, el mismo que viste y calza —confirmé.

Negó con la cabeza y tendió una mano, riendo, para palpar la calidad del tejido de mi atuendo.

—John Jacob Turnstile —dijo—. Pensaba que habías muerto.

—Pues estoy bien vivo.

—Y gozas de muy buena salud, por lo que se ve —añadió sonriendo—. Te largaste por mar, eso fue lo que me dijeron. Que encontraste pasaje en un barco mercante.

—No era ningún mercante, sino una fragata del rey Jorge. Pero sí, me hice a la mar. Acabo de volver.

—Vaya —comentó sonriendo y mirándome de arriba abajo—. ¡Y cómo has crecido! Estás alto, guapo y con la piel morena. No te habría reconocido. ¿Adónde fuiste?

—A una isla llamada Otaheite, en el océano Pacífico.

—No he oído hablar de ella, tesoro —repuso—. Pero te ha sentado de maravilla. Hiciste bien en salir de aquí; en este sitio no hay nada para los que son como tú. Estabas hecho para algo más que robar, si no me equivoco.

—Eso fue hace mucho —aduje, avergonzado ya de mi pasado—. No es lo que tengo planeado hacer en el futuro.

—¿Ah, no? Te consideras demasiado bueno para eso, ¿eh? —señaló con un deje de amargura en la voz—. ¿Y para qué estás hecho entonces? Hubo un gran alboroto después de que te fueras, ¿sabes? Ese hombre tuyo andaba buscándote por todas partes.

—¿El señor Lewis? —pregunté con nerviosismo.

—Sí, el que te alojaba en su casa.

—Ya.

—Recuerdo que hubo un barullo con un guardia a causa de ello; se enteró de que te habías ido y de que ellos habían tenido algo que ver. Quería una compensación por haberte perdido. Pero la respuesta fue que él no tenía ningún derecho sobre tí, que no era tu padre ni nada parecido, de manera que tuvo que dejarlo correr. No le hizo mucha gracia, desde luego. Se pasó meses sin hablar de otra cosa. Aunque lo olvidó al cabo de un tiempo, por supuesto; no eres tan especial como crees, John Jacob Turnstile.

—Yo nunca he pensado que...

—Pero estaba furioso de verdad. Yo que tú no me acercaría mucho a él.

—¿Entonces sigue vivo?

—Vívito y coleando.

—Sólo he venido a ver qué tal van las cosas por Portsmouth —me apresuré a

decir—. No tengo intención de quedarme.

Soltó unas cuantas palabrotas al respecto, sugiriendo que me creía demasiado bueno para Portsmouth, pero se equivocaba. No se trataba de eso. Sencillamente, mis planes eran otros. Había tenido una idea con respecto a mi futuro.

Esa misma tarde, me hallaba en otra zona de la ciudad, dando cuenta de una comida pagada de mi propio bolsillo en una taberna, y observaba cómo un chaval de unos nueve o diez años rondaba el exterior de la sombrerería de enfrente. Era un chico guapo, de cabello rubio y ojos azules, aunque un poco flacucho, y capté su juego de inmediato, pues tenía ese aire que yo tan bien conocía de quien espera el momento adecuado para actuar.

Un caballero y una dama se hallaban en la tienda, ella probándose sombreros, y desde donde estaba advertí la cartera que asomaba del bolsillo del abrigo del hombre. Podría habérsela birlado y nadie se habría dado cuenta, pero el chaval no parecía diestro y por la forma en que se comportaba me dije que lo pillarían y llamarían a los guardias. Estaba a punto de levantarme y acercarme a él para impedir que cometiera un error terrible cuando otra persona llegó junto al chico.

Un hombre se había acercado desde la otra acera —debía de hallarse fuera de mi vista, a la izquierda de la ventana donde yo me sentaba— y lo agarró con decisión por la muñeca para arrastrarlo hasta un rincón oscuro bajo un toldo, donde procedió a regañarlo, no porque fuera un ladronzuelo, sino porque no estaba haciendo bien su trabajo.

Sentí que la comida se me revolvía en el estómago al observar aquella escena. Por mucho que deseara darme la vuelta y correr tan rápido como me llevaran los pies, estaba petrificado.

Quizá algo en mi mirada fue tan intenso que el hombre dejó de reñir al chico un instante y vaciló, como si se supiera observado. Entonces volvió la cabeza en mi dirección, entornó los párpados y nuestros ojos se encontraron.

Y por primera vez en dos años y medio me encontré mirando directamente al señor Lewis. Y él me observaba también, de hito en hito.

Los tiempos habían cambiado. De habernos encontrado al cabo de unos meses de mi desaparición, quizá se habría abalanzado sobre mí para agarrarme con rudeza y arrastrarme hasta un callejón, donde me habría dado una paliza hasta que me saliera sangre por las orejas. Quizá incluso me habría matado. O tal vez me habría encerrado en el piso de arriba de su establecimiento para que trabajara todos los minutos del día hasta saldar mi deuda. Imposible saberlo. Lo que sí sé es que ambos habíamos cambiado —o más bien yo lo había hecho, en envergadura y confianza—, de manera que no hizo ninguna de esas cosas. Lo que hizo fue susurrarle algo al niño, sin perderme de vista, y decirle que se fuera; luego se apoyó en la pared como si no tuviera una sola preocupación en el mundo y, con una media sonrisa en la cara, se dedicó a esperar a que yo diera

cuenta de mi comida y saliera.

Estaba más o menos como lo recordaba —lo habría reconocido en cualquier parte—, pero quizá con las sienes un poco más canas que en 1787 y más ojeras. Era el mismo bruto maleducado de siempre, rascándose las partes sin el menor recato en plena calle, donde podían pasar damas por su lado en cualquier momento.

Bajé la vista hacia lo que quedaba de mi comida y supe que no tenía sentido continuar. Mi apetito había desaparecido. Titubeé, sin saber muy bien qué hacer, pero no tenía muchas opciones. No podía irme por ningún sitio que no fuera la puerta, y no había posibilidad de escapar. Tendría que enfrentarme a él.

Me ofreció una profunda reverencia cuando por fin salí, haciendo una floritura con la mano como si yo fuera de la realeza.

—Vaya, joven Turnstile —dijo—. Qué sorpresa tan interesante. Tenía más esperanzas de toparme con el rey Jorge al salir hoy a trabajar que contigo. Pero, desde luego, me alegro de volver a verte.

—Buenas tardes, señor —respondí, tragando saliva y evitando acercarme demasiado a él—. Me complace que mi aparición le sea tan grata, aunque sugerir que las actividades en que está enzarzado constituyen un trabajo es una desagradable subversión de significado, ¿no le parece?

—¡Oh, habrase visto! —rio, negando con la cabeza—. ¿Qué clase de lenguaje utilizas, si puedo preguntarlo? Me enteré de que te habías hecho a la mar para amasar fortuna, no de que te habían mandado a la universidad para convertirte en un cursi.

—En cualquier caso —contesté en voz baja—, soy lo que usted hizo de mí.

—Exacto, muchacho —asintió, acercándose entonces para guiarme hasta un banco del puerto, donde había menos gente y podíamos hablar con mayor privacidad—. Yo te hice, de eso no hay duda. Fui tu creador. Pero entonces me abandonaste, niño desagradecido.

—Pensaba que me habían hecho mis padres, señor Lewis. Y que usted sencillamente me recogió de la calle.

—Me acuerdo de tus padres —dijo entonces, sentándose, y yo me senté a su lado, pero manteniendo cierta distancia, de modo que un tercer hombre podría haberse acomodado entre los dos—. Tu padre era un borracho y tu madre una fulana. ¿No te lo había contado?

—No, señor —contesté, bajando la vista un instante y exhalando un suspiro. Debería haberme ido simplemente, pero algo me lo impidió. Había cosas que hacía falta decir.

—Bueno, pues eso eran —continuó—. Y, ya que eran así, habría dicho que estarías encantado de que te hubiese criado alguien como yo. ¿No tuviste siempre comida en la panza?

—Sí, señor, y de sobra.

—¿No te di una cama por las noches?

—Sí, señor, y una buena cama.

Aguzó la vista y ladeó la cabeza.

—¿Y no te sientes agradecido por ello, chico? ¿No te da la sensación de que había una deuda de honor entre nosotros?

—Recuerdo haberme pasado los días recorriendo estas calles, recolectando posesiones que no eran de mi incumbencia y llevándolas de vuelta a los cofres de su establecimiento —repliqué con aspereza—. Y recuerdo haberle hecho ganar mucho más con aquellos otros pasatiempos con que tan activo se mostraba.

—¿En los que yo me mostraba activo, dices? —preguntó con una risotada—. Ésa sí que es buena. Vaya, nunca hubo un chico tan activo en eso como tú, he ahí lo que recuerdo.

Apreté los dientes y cerré las manos; él lo vio también, pero pareció perplejo.

—¿Qué te pasa ahora, chico? ¿Pretendes pegarme? ¿Pretendes armar un escándalo? Aquí hay guardias por todas partes. ¿No crees que te llevarán a rastras a la cárcel si me atacas? Quizá sería lo mejor para todos los implicados. Después de todo, ¿no era ése tu destino cuando te arrebataron de mi protección?

—A uno no pueden arrebatarle lo que no posee —aduje, y algo en esa frase lo sacó de quicio, pues se inclinó de pronto y me agarró del cuello de la camisa.

—Yo sí te poseía, chico. Poseía tu cuerpo y tu alma. Me has costado dinero estos últimos dos años y medio y me veré recompensado.

—Ni mucho menos —contesté apartándome, pero sintiendo menos confianza que antes. El poder que ejercía sobre mí volvía a imponerse.

—Volverás conmigo y saldrás tu deuda, o juro que vivirás para lamentarlo. Todavía eres un chico apuesto; te quedan unos años de trabajo por delante.

Me levanté de un salto y tragué saliva, tratando de que mi voz no trasluciera emoción.

—Me voy de Portsmouth —declaré—. Tengo la intención de...

—Tú no vas a ninguna parte —me interrumpió, levantándose a su vez y cogiéndome del brazo.

Su mano era como una tenaza y solté un aullido, pero como no me soltaba no me quedó más remedio que pisarle con fuerza un pie antes de alejarme a buen paso.

—No puedes huir de mí, chico —exclamó a mis espaldas, riendo—. Soy el dueño de Portsmouth y de todo el que habita aquí. ¿Aún no lo sabes a estas alturas?

Corrí hasta que ya no pude oír su risa y me encontré en una calle desconocida: quizá las cosas habían cambiado desde la última vez que estuve allí. Me detuve, jadeando. No supe por qué fue, si por lo familiar de la situación, por la certeza de hasta qué punto podía llegar a ser cruel el señor Lewis, por la servidumbre que había experimentado hacia él toda mi vida. El caso es que, pese

a todo lo que me había ocurrido, me encontré con que los pies me llevaban a su establecimiento, y por un instante creí que era el único sitio en que podía vivir, que era, a falta de una palabra mejor, mi hogar.

No miraba por dónde iba, pues fui a chocar nada menos que con un guardia que salía de la comisaría.

—Cuida por dónde vas, muchacho —me dijo con aspereza pero no con mala intención; me disculpé y él se detuvo para preguntarme—: ¿Te encuentras bien? Pareces consternado.

—Creo que lo estoy —repuse—. Estoy en apuros.

—Y te hallas justo delante de una comisaría de policía. ¿Es por casualidad o deliberadamente?

Alcé la vista hacia el símbolo de la autoridad que pendía fuera y supe qué tenía que hacer. Quizá era demasiado tarde para salvarme, quizá mi alma se había perdido para siempre, pero había otros, como el chico rubio que había visto en el exterior de la sombrerería. Había otros a quienes podía ayudar.

—¿Puedo entrar, señor? —pregunté, sintiendo renacer mi confianza, sabiendo que había un solo modo de resolver la cuestión—. Sé de un delito del que creo debo informar.

—Entonces sígueme, muchacho —dijo el guardia, y me guio al interior.

Lo seguí, me senté y pasé la tarde contándoselo todo. No me callé nada, pese a la vergüenza, pese a cómo me miraba. Le conté la verdad sobre quién era y lo que había hecho, y cuando hube acabado se arrellanó en el asiento junto a otro guardia y negó con la cabeza.

—Es digno de elogio que hayas acudido a vernos —declaró por fin—. No sé qué decirte aparte de eso. Y ahora, si te parece, creo que ese señor Lewis de quien hablas merece una visita, ¿no crees?

Esa noche, desde el final de la calle, observé cómo los guardias echaban abajo la puerta del establecimiento del señor Lewis, cargaban escaleras arriba, se llevaban a los hombres que había allí hasta sus cupés y asumían la tutela de los niños. Todo el episodio no duró más de media hora y la calle quedó sumida en el caos cuando hombres y mujeres salieron de sus casas para presenciar el alboroto. Ninguno de los chicos pareció lamentar marcharse; reconocí a un par de los más jóvenes, que habían sido más pequeños aún cuando yo había vivido allí. No sabía adónde los llevarían los guardias, pero tuve la seguridad de que, fuera donde fuese, su existencia sería mejor que la que llevaban en casa del señor Lewis.

Todos los adultos presentes en el edificio fueron arrestados. Sin embargo, faltaba una persona: el propio señor Lewis. Los guardias fueron de casa en casa, preguntando a los vecinos si lo habían visto, pero no averiguaron nada. Poco después sellaron con tablones la puerta principal para que nadie pudiese entrar y se marcharon.

Al cabo de unas horas, cerca de medianoche, salí de la pequeña habitación en que me alojaba y vagué por las calles hasta el puerto, y contemplé en la distancia los barcos fondeados en la lejana Spithead. Tuve la seguridad de ver movimiento en algunos de ellos y me pregunté adónde se dirigirían, en qué compañía y con qué misión. Para mi sorpresa, me asaltó un curioso anhelo, y por fin comprendí cómo se había sentido el capitán cuando estábamos anclados en Otaheite y miraba hacia la *Bounty*, con ansia en el corazón. Fue una emoción que me sorprendió, pero no por ello era menos intensa, y me pregunté qué hacer con semejante anhelo.

Me di la vuelta para regresar al lecho y recorrí una calle sorprendentemente llena de carruajes a esas horas de la noche; a los caballeros que volvían de sus clubes no les importaba a qué velocidad transitaban y un par de ellos casi me atropellaron, lo que habría supuesto un final cruel para mi relato tras tantas aventuras.

—Turnstile.

Di media vuelta al oír mi nombre y ahí estaba, detrás de mí: el señor Lewis, con una mirada asesina en los ojos.

—Usted —dije, asustado.

—Sí, yo. —Avanzó hacia mí—. Creías que ya no volverías a verme, ¿eh?

—No, señor —repuse retrocediendo.

—Primero te fugas, cuando me perteneces. ¿Y luego vuelves para echarme encima a los guardias? ¿Para robarme mi negocio, es eso? ¿Para quitarme a mis chicos?

—No son sus chicos —insistí, con suficiente aplomo para contestarle—. No pertenecen a hombre alguno.

—Me pertenecen a mí, al igual que tú —replicó, y capté más odio en su voz del que había oído en mi vida—. No eres más que un ladrón, John Jacob Turnstile, y acabaré contigo por ello.

Miró alrededor unos instantes —la calle estaba desierta— y sacó una larga daga de la chaqueta. Abrí mucho los ojos al ver la hoja.

—Señor Lewis —le imploré, pero arremetió contra mí y apenas logré evitar que me asestara una cuchillada—. ¡Señor Lewis, por favor!

—Ésta es tu última noche en este mundo, muchacho —gruñó, cambiando de dirección ahora. Di un salto atrás, de cara a la calle, y él se situó entre el bordillo y yo—. Sí, y éste es tu último instante.

Levantó el cuchillo y, consciente de que sólo disponía de un par de segundos antes de que descendiera y penetrara en mi cuerpo, me abalancé sobre él, causándole una momentánea sorpresa que lo hizo retroceder un par de pasos hacia la calle.

—¿Qué diantre...?

Fueron sus últimas palabras.

¿Estuvo en mi mano impedirlo? ¿O en el fondo pretendía que ocurriera? No lo sé. El carruaje dobló la esquina y lo arrolló antes de que supiera siquiera qué ocurría; diría que sintió un instante de terror y luego nada. Observé horrorizado que el carruaje pasaba de largo y luego se detenía, y me llegó la voz del cochero, pero me deslicé en las sombras en tanto que el hombre se acercaba al cuerpo quebrado sobre los adoquines y buscaba en vano señales de vida.

Cuando echó a correr calle abajo en busca de un guardia, me di la vuelta y me fui.

La cuestión ya estaba zanjada.

Ya era finales de octubre cuando los trece supervivientes del bote de la *Bounty* fuimos llamados a la presencia del almirante Barrington para prestar declaración en el consejo de guerra del teniente William Bligh por la pérdida de la fragata *Bounty* de Su Majestad.

Al enterarme de que tenía que asistir, fui presa de una gran consternación, pues me pareció que estaban acusando indebidamente al capitán, pero los oficiales del Almirantazgo me aseguraron que era la forma habitual en que se resolvían tales asuntos. Las diferencias que habían tenido lugar entre el capitán y el señor Fryer habían concluido, pues los dos hombres parecieron apoyarse mutuamente y no se contradijeron con respecto a ninguna evidencia.

Como los demás supervivientes, fui llamado al estrado y acudí a él con nerviosismo, pues temía verme atrapado y decir algo que no pretendía. Sin embargo, mis interrogadores no parecieron considerarme muy importante y al cabo de sólo media hora volví a bajar los peldaños. Los jueces reflexionaron durante un breve lapso de tiempo. El capitán fue absuelto y salió del tribunal convertido en un héroe.

En los meses transcurridos desde nuestro regreso, los ingleses parecían haber quedado fascinados por la historia del motín en la *Bounty* y, en aquellos primeros tiempos al menos, el populacho tuvo en muy alta opinión al capitán Bligh por su éxito a la hora de llevar nuestro minúsculo bote a buen puerto. El rey en persona lo elogió y se le concedió por fin el único título que lo había eludido con anterioridad a nuestras aventuras, el de capitán, y su ascenso a partir de ahí en los rangos navales quedó asegurado.

Ese mismo año otra fragata, la *Pandora*, al mando del capitán Edward Edwards, fue enviada a Otaheite en busca de los amotinados, y me asombró leer en el periódico el nombre de aquéllos a quienes habían capturado: Michael Byrn, el violinista; James Morrison, el ayudante del contramaestre; los ayudantes del carpintero Charles Norman y Thomas McIntosh; los marineros de primera Thomas Ellison, John Millward, Richard Skinner, John Sumner y Thomas Burkett; el guardiamarina George Stewart; el ayudante del cocinero William Muspratt; el armero Joseph Coleman, y el tonelero Henry Hilbrant.

Y había otro más: el perro, Peter Heywood.

Fletcher Christian, el dandi, nunca fue descubierto.

Pero si eso me sorprendió, así como la noticia de que iban a regresar a Inglaterra para someterse a juicio acusados de amotinarse, no fue nada comparado con las nuevas que llegaron poco después. El *Pandora*, tras sufrir daños irreparables, se hundió en el viaje de vuelta y cuatro de esos miserables prisioneros —Skinner, Sumner, Stewart y Hilbrant— perecieron en el naufragio. Los demás fueron transportados por el capitán y la tripulación de la fragata

siniestrada en distintos botes hasta Timor, siguiendo la misma ruta que nos habíamos visto obligados a seguir nosotros, y de ahí hasta Inglaterra.

Si hubo un tiempo en que cupiera pensar que el Señor se andaba con jueguitos con el mundo, fue ése.

Los juicios que siguieron suscitaron enorme interés público, por supuesto, y el capitán declaró contra algunos hombres, pero sólo seis —Morrison, Ellison, Muspratt, Millward, Burkett y el señor Heywood— fueron condenados; a los demás se los consideró leales retenidos por los amotinados.

Y tras fervientes súplicas por parte de sus familias, el señor Heywood, así como Morrison y Muspratt, fueron indultados por el rey y puestos en libertad.

Los demás —Thomas Ellison, que después de todo nunca llegaría a casarse con su Flora-Jane Richardson, Thomas Burkett, que había arrestado al capitán en su camarote aquella fatídica noche, y John Millward— fueron condenados a muerte y ahorcados, una advertencia para otros del castigo por amotinarse.

Y a partir de entonces se le concedió el reposo a la historia de la fragata *Bounty* de su majestad.

Veintiséis años más tarde, poco antes de que cumpliera los cuarenta y cuatro, los sucesos de aquellos turbulentos dos años y medio volvieron enteramente a mi memoria. La causa de ello fue el funeral de uno de mis más antiguos y queridos amigos, el capitán William Bligh, el héroe de la *Bounty*, en la iglesia parroquial de Lambeth, no mucho antes de la Navidad de 1817.

Me había preguntado si vería en el funeral a algunos de mis antiguos compañeros de aventuras, pero para entonces la mayoría había muerto o estaba de viaje por el extranjero, y no hubo nadie en representación de la *Bounty*, excepto yo mismo. Lo cierto es que la asistencia fue escasa pese al gran servicio que el capitán había ofrecido a lo largo de su vida: había participado a las órdenes del almirante Nelson en la batalla de Copenhague, para desenvolverse en ella con valentía. Fue nombrado gobernador general de Nueva Gales del Sur durante un período y se lo consideró un gran héroe en esas regiones de las antípodas. Llegó a contralmirante, y finalmente a vicealmirante con insignia azul, uno de los más altos rangos de la armada. Sin embargo, el recuerdo del motín nunca se desvaneció y para algunos fue el villano de la historia, una caracterización que difícilmente podía estar más lejos de la verdad.

El señor Bligh no era perfecto, pocos de nosotros lo somos, pero por mi vida que valía más que mil Fletcher Christian juntos.

Tras el sepelio me encontré solo en Lambeth, pues mi esposa no había podido asistir a causa del alumbramiento inminente de nuestro octavo hijo, que nacería tres semanas más tarde. (Nuestro tercer vástago, y segundo varón, llevaba el nombre de mi amigo y su padrino, William). Como no deseaba aún volver a casa, pues los recuerdos de aquellos años dominaban mis pensamientos y me producían una curiosa mezcla de arrepentimiento, decepción y placer, me acerqué a una taberna y pedí una jarra de cerveza antes de retirarme a un rincón junto a la ventana a reflexionar sobre los sucesos de mi vida.

Apenas advertí que el caballero se acercaba a mí, mas su voz profunda me arrancó de mis pensamientos cuando habló.

—¿Capitán Turnstile?

Alcé la vista, pero no lo reconocí de inmediato.

—Buenas tardes, señor —dije.

—Me preguntaba si podría sentarme con usted un momento.

—Por supuesto —respondí, indicando el banco frente a mí.

Era un caballero muy bien vestido y de habla refinada, y aunque habría preferido estar solo, era obvio que me conocía y quería conversación, por lo que no me molestó en absoluto ofrecérsela. Sin embargo, guardó silencio unos instantes después de sentarse, dejar la jarra de cerveza ante sí y esbozar una leve sonrisa.

—Me parece que no me reconoce —señaló.

—Discúlpeme, señor —repuse—. ¿Nos conocemos, pues?

—Nos vimos una vez —explicó—. Hace muchos años. Quizá si dejara mi reloj de bolsillo a la vista, eso despertaría su recuerdo.

Fruncí el ceño, considerando qué quería decir con aquellas palabras, antes de que comprendiera su significado y mis ojos se abrieran desmesuradamente por la sorpresa.

—Señor Zéla —murmuré, pues en efecto se trataba del caballero francés cuyo reloj yo había robado tantísimos años atrás, el responsable de que me librara de la cárcel y fuera transportado en cambio a la cubierta de la *Bounty*.

—Llámeme Matthieu, por favor —replicó con una sonrisa.

—Apenas puedo creerlo —dije negando con la cabeza—. Los años se han portado bien con usted —añadí, pues, aunque debía de tener más de setenta, habría pasado por un hombre veinte años más joven.

—Sí, me lo dicen con cierta frecuencia, pero trato de no darle importancia. Para qué tentar al destino, he ahí mi lema.

—Y está usted aquí —añadí, todavía asombrado—. ¿Ha asistido al...?

—¿Al funeral del almirante Bligh? Sí, estaba al fondo de la iglesia. Lo he visto a usted cuando salía. He querido saludarlo una vez más. Han pasado muchos años.

—Sí, desde luego —admití—. Y me complace verlo. ¿Vive en Londres?

—Me muevo un poco por ahí. Tengo intereses por todo el mundo. He de decir, sin embargo, que me ha complacido verlo aquí. He seguido su carrera con gran interés.

—Esa carrera he de agradecerse a dos personas —admití—. A usted, por mandarme a bordo de aquel barco para empezar, y a William, por hacerme su protegido.

—¿Usted y él siguieron siendo amigos todos estos años, entonces?

—Oh, sí. Cuando regresé a Inglaterra, señor Zéla... Matthieu, me sentí perdido. Consideré volver a mi vida en Portsmouth, pero ese lugar ya no podía ofrecerme nada. Después de que el capitán fuera absuelto y ascendido, me invitó a formar parte de su siguiente tripulación como marinero de primera.

—Entonces ¿sus aventuras no lo llevaron a aborrecer el mar?

—Pensé que lo harían —admití—. De hecho, durante aquellos cuarenta y ocho días en el bote, juré incontables veces que, si sobrevivía, nunca volvería a bañarme siquiera, no digamos ya a navegar. Pero quizá esa experiencia me cambió para bien. William me lo ofreció, lo consideré y acepté, y después de eso...

—El resto, como dicen, es historia.

—Sólo serví a sus órdenes una vez más —puntalicé—. En ese siguiente viaje. Después emprendí mi propia carrera. Tuve la fortuna de descubrir un

talento para el trazado de cartas así como una habilidad natural, supongo, en el mar, y fui ascendido por mis esfuerzos. Antes de darme cuenta siquiera era primer oficial, y luego maestro.

—Y ahora es usted capitán —declaró con orgullo—. Y si he de creer los rumores, su carrera no acaba ahí.

—No sé nada de eso, señor —repuse sonrojándome un poco, aunque he de admitir que mi ambición aún no se había visto plenamente satisfecha—. Eso han de decidirlo personas más insignes que yo.

—Y lo harán, amigo mío —respondió con certeza en la voz—. No dudo que lo harán. Desde luego, es usted un motivo de orgullo para mí, John Jacob.

Sonreí.

—Y me alegro. Pero lo fui mucho más para William, se lo aseguro. Me acompañó al Almirantazgo el día que recibí mis documentos de la capitania. Después cenamos con unos amigos y durante los brindis me rindió un homenaje que me emocionó enormemente. Habló de lealtad. Y de deber. Y de honor. Los rasgos, creo yo, que definían su propia vida. —Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas al recordar aquella feliz velada y la forma en que William había hablado de mí.

—Lo consideraba un hijo, me parece —observó el señor Zéla.

—Quizá. Algo parecido, en cualquier caso. Sé que jamás lo olvidaré.

—¿Y la isla? Tahití. ¿Piensa en ella con frecuencia?

—La llamábamos Otaheite, Matthieu —lo corregí—. Y sí, pienso en ella con frecuencia. Pienso en los hombres que dejamos atrás. En los amotinados a los que nunca se descubrió. Pero ya no siento rabia hacia ellos. Fueron tiempos extraños. Y los hombres se comportan de manera curiosa en esos climas. Me reservo toda la enemistad para Fletcher Christian.

—Ah —repuso el señor Zéla, asintiendo pensativo—. Por supuesto. El auténtico villano del episodio.

—El peor de todos los villanos.

—¿Y cree usted que será recordado como tal?

Enarqué una ceja.

—Por supuesto. ¿No se volvió acaso contra su propio capitán? ¿No tomó un barco que no le pertenecía? ¿No rompió el solemne juramento de su rango?

—Me pregunto si la historia registrará todo eso —comentó.

—No me cabe la menor duda —insistí—. De todas formas, a estas alturas sin duda está muerto. Ha pasado mucho tiempo. Su acto de villanía ha concluido y su infamia está asegurada.

Zéla esbozó una leve sonrisa y guardó silencio durante un rato. Cuando volvió a hablar, yo ya no pensaba en los tiempos de Bligh y Christian, sino en mi propia vida.

—¿Y usted, John Jacob, ha tenido una existencia feliz?

—Sí, y plena —repuse—. Y confío en que aún me quede mucho por delante. Tengo una esposa cariñosa, una prole de niños felices y sanos. Una carrera que me satisface plenamente. Me pregunto qué más podría desear del mundo.

—Lo recuerdo cuando era un muchacho. Aquella mañana en que nos encontramos en los puestos de libros de Portsmouth. Tuvimos una conversación, usted y yo, ¿la recuerda?

Retrocedí mentalmente treinta años y fruncí el ceño al recordar al niño que había sido antaño.

—No del todo —reconocí—. Fue hace mucho.

—Dijo que tenía pensado dedicarse a escribir. Y que algún día le gustaría ponerse manos a la obra. Mencionó algo sobre China, si no me equivoco.

Solté una carcajada al acordarme.

—Era un muchacho extravagante —repuse sacudiendo la cabeza, divertido.

—Así pues, ¿nunca cumplió su propósito? ¿Nunca escribió?

—No, señor —admití—. En lugar de ello me dediqué a navegar.

—Bueno, pues aún está a tiempo —añadió con una sonrisa—. Quizá todavía lo hará.

—No lo creo. No tengo cabeza para inventar historias.

—Entonces, tal vez podría simplemente recordar la suya. En el futuro tal vez haya gente a la que le gustaría leer sobre sus aventuras. Puede haber quienes quieran saber la verdad sobre los años que pasó usted en su primera expedición. —Eché un vistazo al reloj, uno mucho más elegante que el del día en que nos conocimos—. Me encantaría quedarme a charlar, pero por desgracia mi sobrino y yo tenemos asuntos que atender en Londres y saldremos en carruaje en menos de una hora.

Miré en la dirección que había indicado y vi a un joven de cabello oscuro de unos dieciséis o diecisiete años, de aspecto muy parecido al del señor Zéla, sentado no muy lejos esperando con paciencia a su tío.

—¿Puedo escribirle? —quise saber, levantándome para estrecharle la mano—. Me gustaría continuar con nuestra conversación.

—Por supuesto. Le enviaré mis señas a través del Almirantazgo. —Vaciló y me oprimió con fuerza la mano, mirándome fijamente a los ojos—. Me alegro muchísimo, señor Turnstile, de que su vida haya sido un éxito. Quizá hice una buena obra aquel día en los muelles de Spithead.

—No me cabe la menor duda, señor. No sé qué rumbo habría seguido mi vida de no haber tomado usted esa decisión.

Sonrió y asintió con la cabeza, pero no dijo más, y salió de la taberna seguido por su sobrino. Lo observé por la ventana marchar calle abajo y desaparecer de la vista; nunca volví a verlo o a saber de él. Si sus señas se perdieron o nunca las envió, no lo sé.

La conversación con el señor Zéla me estuvo rondando la cabeza durante

días. Consideré lo que había dicho sobre dejar constancia de los sucesos de mi vida, pero no tardé en hacerme nuevamente a la mar y no dispuse de tiempo para eso. Una década después, sin embargo, estaba de vuelta en Londres y había dejado atrás mis días de navegante. Una batalla en el mar me había privado de la pierna izquierda, y aunque mi vida no se vio amenazada, a los cincuenta y cinco años me vi obligado a retomar una existencia más tranquila, que entrañó el solaz de los nietos y la gran satisfacción de un puesto en el Consejo del Almirantazgo, para seleccionar oficiales, elegir capitanes y asignar grandes tareas a hombres merecedores de ellas.

Por supuesto, también disponía de más tiempo libre que antes, de modo que volví a aquel día, y a aquella conversación, y me senté con pluma y papel y escribí una sola frase en el encabezamiento:

Había una vez un caballero, un tipo alto con cierto aire de superioridad, que acudía a la plaza del mercado de Portsmouth el primer domingo de cada mes con el propósito de reabastecer su biblioteca.

Y con eso empecé el relato de mis recuerdos, que parecen ahora haber llegado a su fin. Mi esperanza es que la verdadera personalidad del capitán Bligh haya emergido en estas páginas, así como la del villano Fletcher Christian, y que cuando las generaciones venideras tengan motivos para pensar en esos dos hombres, como sin duda sucederá, los elogios se sitúen donde es debido.

En cuanto a mí... He disfrutado de una vida larga y feliz, una vida que contó con la bendición de un encuentro casual con un hombre que me condujo al servicio de otro. Corrí muchas más aventuras en las décadas que siguieron — aventuras que llenarían miles de páginas, si mi pluma no estuviera ya cansada de escribir— pero lo cierto es que ninguna fue más excitante o maravillosa que las vividas en nuestra misión de ida y vuelta de Otaheite siendo yo un muchacho.

No obstante, esos días forman ya parte del pasado. Todavía debo mirar hacia el futuro.

FIN

Agradecimientos

Los siguientes libros me fueron de gran ayuda durante el proceso de escribir este libro:

Caroline Alexander, *La Bounty* (Editorial Planeta, 2002).

William Bligh y Edward Christian, *The Bounty Mutiny* (Penguin Classics, 2001).

ICB Dear y Peter Kemp, *The Oxford Companion to the Sea*, 2.^a ed. (Oxford University Press, 2005).

Greg Denning, *Mr Bligh's Bad Language* (Cambridge University Press, 1992).

Richard Hough, *Captain James Cook* (Hodder Headline, 1994) y *Captain Bligh & Mister Christian* (Hutchinson, 1972).

John Toohey, *Captain Bligh's Portable Nightmare* (Fourth Estate, 1999).

Las transcripciones de los distintos juicios que se celebraron con relación al motín de la *Bounty* me fueron también sumamente útiles a la hora de construir mi relato de lo ocurrido a bordo.



JOHN BOYNE. Escritor irlandés nacido en Dublín el 30 de abril de 1971. Acudió al colegio de los Carmelitas Terenure College antes de estudiar en el Trinity College de Dublín y en la universidad inglesa de East Anglia. Debutó como novelista con *El ladrón de tiempo* (2000), historia iniciada el siglo XVIII con un protagonista, Matthieu Zeia, que detiene su proceso de envejecimiento. Un año después Boyne publicó *The Congress Of Rough Riders* (2001), libro narrado por un descendiente del célebre Buffalo Bill que deja Londres para vivir en Japón. En *Crippen* (2004) contaba una intriga criminal centrada en la figura real del doctor Hawley Crippen, mientras que en *Next Of Kin* (2006) seguía las andanzas de Owen Montignac, un aristócrata que puede solventar sus deudas de juego gracias al testamento de su tío. La novela que concedió fama internacional a Boyne fue *El niño con el pijama de rayas* (2006), libro sobre el holocausto nazi. Más tarde aparecieron *Motín en la Bounty* (2008), título con el protagonista del déspota capitán Bligh, y *La casa del propósito especial* (2009), sobre la vida de los Romanov desde la perspectiva de un guardia personal de Alexis Romanov, hijo del zar Nicolás II.